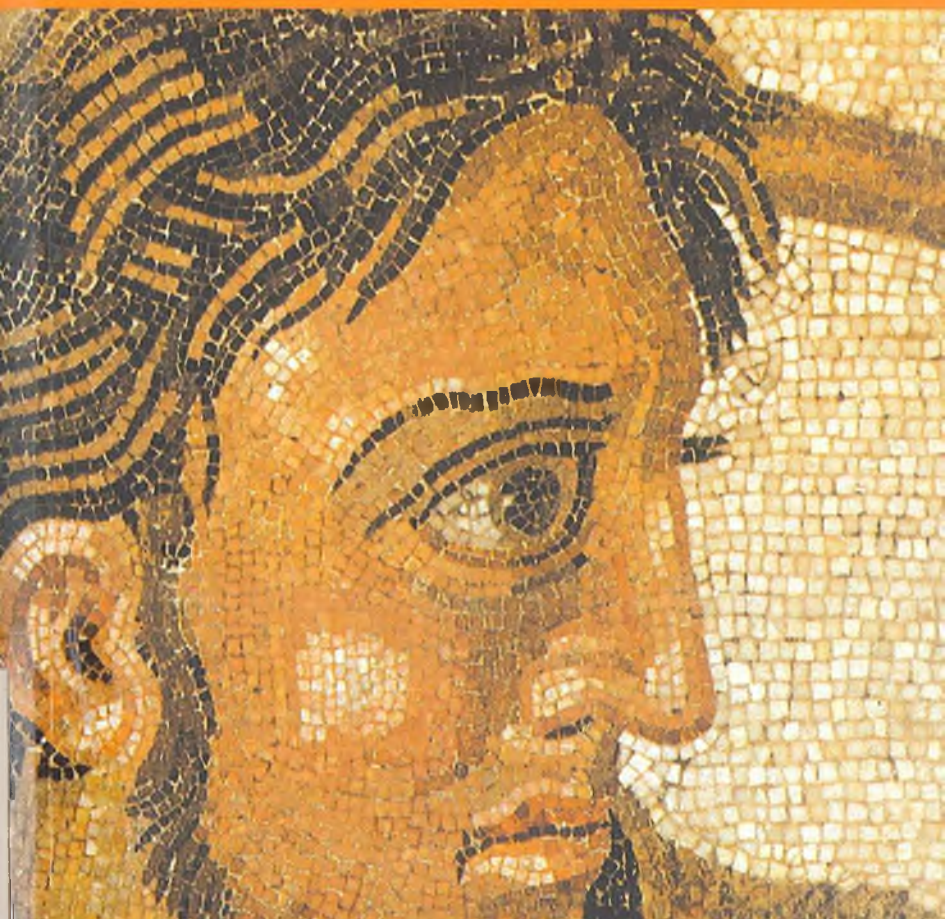


Alejandro Magno

A. B. Bosworth



Este estudio histórico del reinado de Alejandro Magno retoma las fuentes clásicas para presentar una nueva visión de un periodo fascinante y turbulento. El reinado de Alejandro fue testigo de la conquista militar del Imperio persa por parte del ejército macedonio, de la travesía por todo el mundo entonces conocido, del Danubio al Indo, y de los inicios de una emigración masiva que amplió los horizontes del helenismo en el Oriente Próximo. La fascinante historia de Bosworth se centra en la conquista y control del Imperio, y en los mecanismos de su consecución, a través de una narración detallada de las batallas y campañas de Alejandro. Concluye con un estudio de la condición semidivina y de su significado en los orígenes del culto al soberano.

Éste es el libro sobre Alejandro que todos esperábamos. Bosworth ha conseguido ese equilibrio perfecto que es, o debería ser, el objetivo de todos los historiadores profesionales. El lector que no sea especialista en el tema disfrutará con este libro y podrá confiar en él plenamente. Una obra admirable y excelente.

The Times Higher Education Supplement

Alejandro Magno

A. B. BOSWORTH

Catedrático de Historia Antigua y Clásica,
Universidad de Western Australia



Traducción de Carmen Francí Ventosa



Diseño interior y cubierta: RAG

Título original:

Conquest and Empire: the reign of Alexander the Great



CREATIVE COMMONS

© Cambridge University Press, 1988

© Ediciones Akal, S. A., 2005

para lengua española

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2308-3

ISBN-13: 978-84-460-2308-1

Depósito legal: M-821-2005

Impreso en Cofás, S. A.

Móstoles (Madrid)

DIS MANIBUS

S. F. J. B.

Índice general

<i>Índice de mapas</i>	ix
<i>Prefacio</i>	xi
<i>Abreviaturas</i>	xiii
 I. Narrativa general	 1
1. Prólogo	5
El legado de Filipo	5
El joven Alejandro	22
2. La conquista de un imperio (336-323 a. de J.C.) .	27
La subida al trono	27
Consolidación en Europa	31
Primera victoria	39
La costa del Egeo (verano del año 334 a. de J.C.)	50
De Halicarnaso a Cilicia (del otoño del año 334	
al verano del 333 a. de J.C.)	56
La campaña de Isos	63
La conquista de la costa siria (332 a. de J.C.)	74
La ocupación de Egipto (invierno del	
332/331 a. de J.C.)	80
La campaña de Gaugamela	86
Babilonia y Pérsida (invierno del	
331/330 a. de J.C.)	99
La ocupación del Irán oriental	109
Conspiración e intriga: la caída de Filotas	117
La conquista de la frontera del nordeste	122
El avance hacia la India	139
La campaña del Hidaspes	146
Del Hidaspes al océano	152

La marcha a través de Gadrosia	163
De Carmania a Susa.....	172
El último año	186
3. Epílogo: los rasgos del porvenir.....	204
II. Estudios temáticos.....	213
A. La Grecia continental durante el reinado de	
Alejandro	217
Alejandro y la Liga de Corinto	217
Agis III de Esparta y la guerra por Megalópolis..	229
Atenas bajo la administración de Licurgo	238
Atenas y la llegada de Hárpalo	250
El Decreto de Exiliados y sus consecuencias.....	256
B. Alejandro y su imperio	267
El gobierno de los sátrapas	267
Administración financiera	282
Las nuevas fundaciones.....	286
Los griegos de Asia Menor	292
C. Alejandro y el ejército.....	303
El ejército de invasión del año 334.....	303
Evolución y reorganización: 333-323 a. de J.C. .	312
El uso de tropas orientales.....	318
La estructura de mando	321
D. La condición divina de Alejandro	326
<i>Apéndice A. Tibrón en Cirenaica.....</i>	<i>341</i>
<i>Apéndice B. Atenas en 324/323 a. de J.C.: algunas</i>	
<i>notas biográficas</i>	<i>344</i>
<i>Bibliografía.....</i>	<i>347</i>
<i>I Fuentes clásicas</i>	<i>347</i>
<i>II Autores modernos.....</i>	<i>354</i>
<i>Índice analítico.....</i>	<i>373</i>

Mapas

1	El imperio de Alejandro	2-3
2	Asia Menor occidental.....	40-41
3	Cilicia y Siria septentrional.....	64
4	Egipto septentrional y Siwa	78
5	Asiria y Babilonia	88
6	El interior del Irán.....	101
7	Corasmia, Margiana, Sogdiana y Bactria	124
8	El valle de Kabul	142
9	El Punjab.....	147
10	Las Bela y el Makrān.....	165
11	Grecia y Macedonia.....	215

Prefacio

El reinado de Alejandro el Magno siempre ha despertado el interés de numerosos lectores, de modo que no resulta sorprendente que ese interés haya dado pie a abundantes biografías. En 1976 podía decirse que los libros sobre Alejandro aparecían con una frecuencia superior a un libro al año, y la década pasada no ha supuesto una ruptura en ese ritmo. Así pues, la publicación de una nueva monografía hace necesarias una disculpa y una justificación. Las circunstancias de la escritura de este libro pueden, en cierto modo, aportarlas. En un principio, esta obra se concibió como una contribución al volumen VI de la *Cambridge Ancient History*, ideada para ofrecer una visión general del periodo al lector informado, haciendo referencia a las publicaciones más recientes. El resultado sobrepasaba todos los límites razonables para una historia general, de modo que Cambridge University Press generosamente se comprometió a publicar una versión revisada como un libro con entidad propia. Esta obra es una síntesis de las investigaciones recientes y, al mismo tiempo, representa el fruto de mi propio pensamiento. Forma parte de una tetralogía escrita por mí, en la que los dos volúmenes de *Commentary on Arrian's History of Alexander* [Comentario sobre la Historia de Alejandro de Arriano] (el segundo tomo todavía no está publicado) aportan una exposición detallada de datos y debates técnicos sobre cuestiones cruciales, tanto históricas como textuales. Los principios historiográficos generales de investigación sobre Alejandro aparecen expuestos en mi nueva monografía *From Arrian to Alexander: Studies in Historical Interpretation* [De Arriano a Alejandro: estudios de interpretación histórica] (Oxford, 1988). En este trabajo, recurro a otras obras más especializadas para elaborar una historia del periodo. Tiene como objetivo ser una obra global, basada en las investigaciones recientes. No pretendo aportar un recorrido exhaustivo por toda la bibliografía (ese sería un esfuerzo tan hercúleo como improductivo) aunque confío en que el lector tenga acceso inmediato a aquellos datos que son nuevos o pertinentes.

Esta obra no pretende ser bajo ningún concepto una biografía de Alejandro, objetivo poco deseable e imposible de conseguir. En lugar de ello, me centro en el impacto de Alejandro en el sentido más amplio, en el efecto de sus conquistas en Macedonia, en el mundo griego y en lo que era antiguamente el Imperio persa. Aunque alguien se lo propusiera, resultaría imposible

eludir el personaje de Alejandro. Para bien o para mal, el testimonio de las fuentes está tercamente centrado en él y es un punto de referencia ineluctable. El núcleo de la obra es, necesariamente, la narración de las campañas, desarrollada en el largo capítulo titulado «La conquista de un imperio». Este describe el avance de Alejandro y el proceso de conquista. El resto del libro es más sinóptico y une temas generales: la historia de la Grecia continental bajo la soberanía macedonia, la organización y el control del territorio recién adquirido, la evolución del instrumento de conquista —el ejército macedonio— y, por último, los orígenes de la adoración al soberano. Los capítulos de narrativa abarcan la conquista, y los temáticos, el imperio. Ambas partes del libro están unidas por gran número de referencias cruzadas y espero que la obra no sólo se lea de modo secuencial sino también, por así decirlo, de modo horizontal. Las dos partes pretenden ser complementarias y producir un retrato acumulativo en el que los detalles expuestos en la narración de la campaña aparecen recapitulados en la síntesis general de los estudios temáticos. Espero que este método haga justicia a la riqueza y complejidad del periodo.

Mis agradecimientos son pocos y muchos a la vez. Como sir William Tarn antes que yo (*si parva licet componere magnis*), me he visto obligado a trabajar en aislamiento geográfico y mis contactos físicos con otros estudiosos se han visto reducidos a breves periodos. Eso significa que mi estudio tal vez sea más personal de lo que podría haber sido y por ello no puedo expresar mi agradecimiento por ayudas directas. Por otra parte, estoy en deuda con todos los estudiosos que trabajan en el tema, los cuales han mantenido vivo mi interés y, en general, han tratado mis herejías con cortesía y comprensión. Una vez más, me complace rendir tributo a la enseñanza y el ejemplo de Peter Brunt, cuyos principios metodológicos espero no haber violado en exceso, así como al estímulo de las obras publicadas y de la amistad personal de Ernst Badian, el cual ha producido, y para bien, el mayor impacto en las tres últimas décadas sobre los estudios sobre Alejandro. Debo también agradecer la influencia de Fritz Schachermeyr, autor del *Alejandro* más estimulante y evocador de todos los tiempos. Esos son los maestros. *Nobis in arto et inglorius labor.*

Este libro no habría podido escribirse sin el apoyo de mi universidad y, en particular, sin su biblioteca. Agradezco especialmente la beca de investigación (CTEC Special Research Grant) que me permitió dejar de dar clases durante un trimestre para dedicarme a escribir. Una vez más, debo expresar mi agradecimiento a Carol Freele, Kay Sanders y Susan O'Connor por su eficiencia y ánimo ante un pesado manuscrito como este. Por último, deseo dar las gracias de modo especial a mi esposa, que ha leído gran parte del libro y se ha hecho cargo de todo lo demás.

David Cox, de Cox Cartographic Ltd., ha dibujado los mapas.

A. B. B.

Abreviaturas

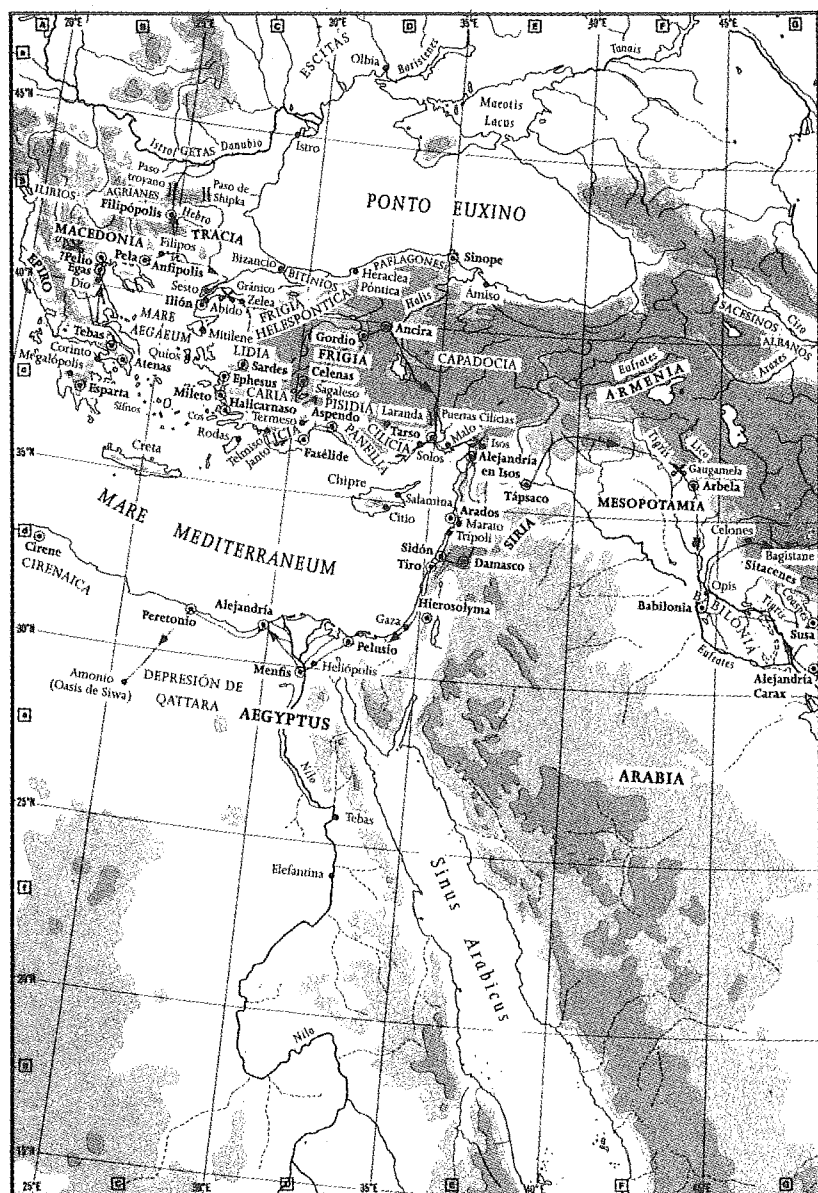
A continuación aparecen las abreviaturas utilizadas con mayor frecuencia. Las demás referencias a textos literarios y epigráficos siguen las convenciones estándar, y las citas de títulos de publicaciones se adaptan, en general, al formato de *L'Année Philologique*.

<i>FGrH</i>	F. Jacoby, <i>Die Fragmente der griechischen Historiker</i> , Berlín y Leiden, 1923 (véase, más adelante, p. 435). Los autores clásicos aparecen citados con un número (p. ej., <i>FGrH</i> 124 F 7 hace referencia al fragmento 7 del autor [Calístenes] al que Jacoby adjudica el número 124)
Head, <i>HN</i> ²	B.V. Head, <i>Historia Numorum</i> , Oxford, 1911 ²
<i>IG</i>	<i>Inscriptiones graecae</i> , Berlín, 1873 ¹ ; Berlín, 1913 ²
Moretti, <i>ISE</i>	L. Moretti, <i>Inscrizioni Storiche Ellenistiche</i> , Florencia, 1967, 1976
<i>OGIS</i>	<i>Orientis graecae inscriptiones selectae</i> , W. Dittenberger (ed.), Leipzig, 1903-1905, 2 vols.
<i>SEG</i>	<i>Supplementum epigraphicum graecum</i> , Leiden, 1923
<i>SIG</i> ³	<i>Sylloge inscriptionum graecarum</i> , W. Dittenberger (ed.), Leipzig, 1915-1924 ³
Tod, <i>GHI</i>	M. N. Tod, <i>A Selection of Greek Historical Inscriptions. 2: From 403 to 323 B.C.</i> , Oxford, 1948

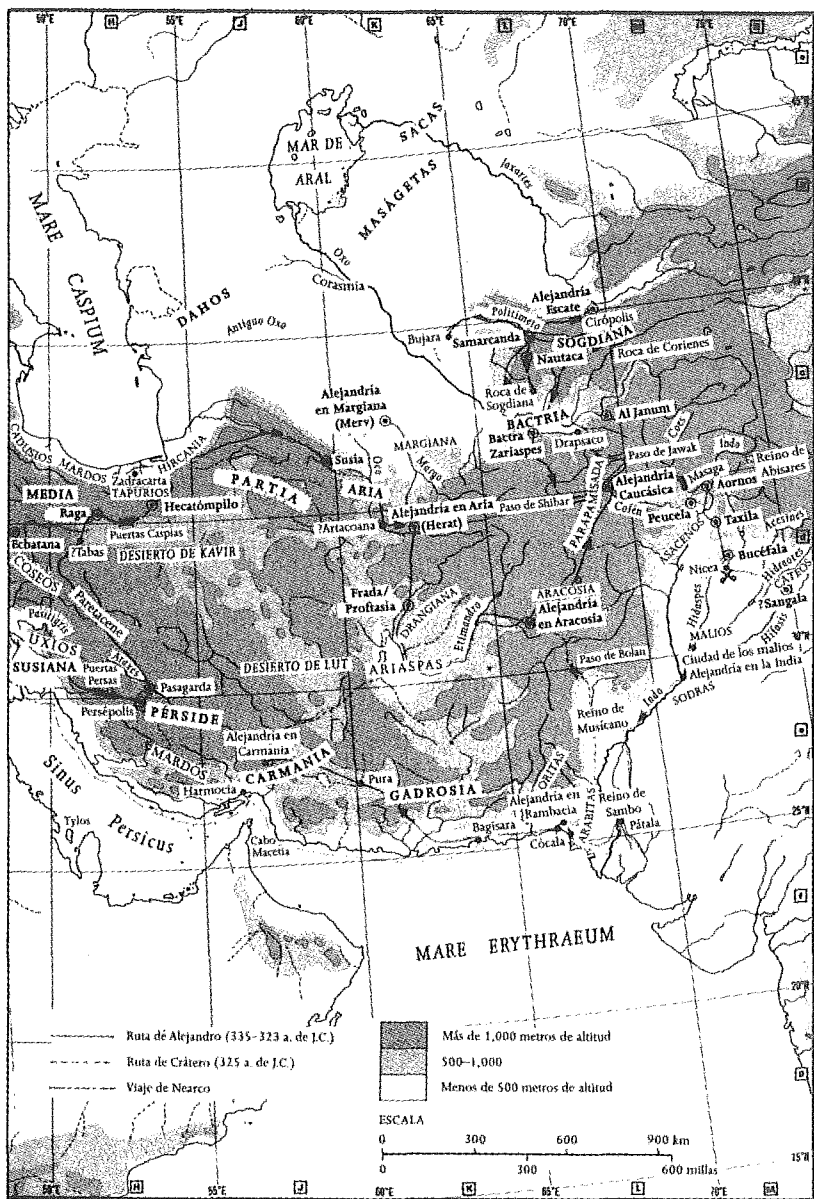
Parte I

Narrativa general





1. El imperio de Alejandro



1

Prólogo

EL LEGADO DE FILIPO

El periodo comprendido entre los años 336-323 a. de J.C. se conoce de modo inevitable como la época de Alejandro. Supuso una enorme expansión de las fronteras imperiales de Macedonia y una profusión, casi sin precedentes, de recursos, tanto materiales como humanos. *Imperium terris, animos aequabit Olympo*. La profecía hecha en relación con la fundación de Roma por Rómulo puede aplicarse, con mayor propiedad incluso, al entorno de Alejandro. Su imperio fue de carácter mundial en todos los sentidos; el concepto que tenía de sí mismo y de sus éxitos era de rango sobrehumano. En la época de su muerte, su nombre era ya un símbolo que evocaba gloria mundial y era alternativamente loado o execrado como conquistador magnánimo o tirano inmoderado. Con excesiva frecuencia, la historia de su reinado ha sido una biografía mal disimulada, distorsionada por la personalidad y el sistema de valores de cada autor¹. Este libro es un intento de analizar el impacto de Alejandro en su mundo sin atenerse a ningún modelo preconcebido en relación con su personalidad o con sus motivos. *Sine ira et studio* tal vez sea un ideal imposible, dado el carácter controvertido y emotivo de algunos de los temas pero, por lo menos, debemos intentar basar nuestra interpretación en las fuentes existentes². Estas también pueden albergar numerosos prejuicios, pero tenemos algunas posibilidades de identificarlos y dejar de lado las visiones sesgadas, tanto las apologéticas como las vituperadoras. Nuestra historia del periodo no puede dejar de ser fragmentaria, ya que está basada en episodios que la tradición literaria resalta al azar, o bien en los dispersos testimonios documentales conservados por casualidad. No podemos ir más allá del material de que disponemos. Alejandro como hombre siempre se nos escapará por culpa del filtro distorsionador de los juicios antiguos (y modernos) y de la escasa documentación; pero podemos discutir, en su contexto, sobre los hechos de su reinado y, de este modo, algunas veces se hace la luz. La cuestión es importante: la apariencia del

¹ SCHACHERMEYR (1973), pp. 609-657 y BADIAN (1976a) ofrecen un interesante resumen de los puntos de vista modernos sobre Alejandro. Véase también (en relación con el panorama alemán) DEMANDT (1972).

² Véase la bibliografía (pp. 347 ss.) para un breve examen de las fuentes tradicionales.

mundo cambió en una década, y merece la pena exponer y debatir los hechos y las fuerzas que intervinieron, aunque las personalidades de los protagonistas sean irre recuperables.

Con igual justicia, este periodo podría denominarse la era de Filipo. La Macedonia que Alejandro heredó había sido creación de su padre; el ejército que él dirigió lo había forjado Filipo; los recursos materiales del trono Macedonio los había obtenido Filipo; el sistema de alianzas que convirtió los Balcanes en un anexo virtual de Macedonia lo había desarrollado Filipo, y la guerra contra Persia se inició a finales del reinado de Filipo. Durante sus primeros años, por lo menos, Alejandro continuó un proceso iniciado por su padre, y su reinado no se puede entender sin una referencia constante a su predecesor. Lo que expondremos a continuación no es, en absoluto, una historia de Filipo, sino un marco histórico para introducir la subida al trono de Alejandro.

Como es bien sabido, Filipo llegó al poder en el año 359 a. de J.C., cuando Macedonia tenía ante sí la amenaza de su disolución, debilitada por una década de luchas dinásticas y paralizada por la derrota militar a manos de los ilirios. Durante los siguientes treinta y tres años, Filipo hizo de su arruinada herencia una potencia mundial y creó la base política, militar y económica del imperio. En el plano político, Macedonia pasó a ser una unidad que convergía en la persona del rey. Todo ello se realizó, en parte, mediante la coerción. Tras su temprana y decisiva victoria sobre los ilirios (358), Filipo pudo dominar los revueltos cantones de la Alta Macedonia (Lincéstide, Oréstide, Elimiótide y Tinfea), situados a caballo de la cordillera del Pindo, entre el alto curso del Haliacmón y el Epiro, que, tradicionalmente, se habían mantenido independientes de la monarquía de Macedonia propiamente dicha, con base en las llanuras de menor altitud. Por primera vez, pasaron a formar parte integral del reino de mayor tamaño. La corte de Pela absorbió a sus nobles y estos obtuvieron distinciones, tanto bajo Filipo como con Alejandro³. Al mismo tiempo, esos cantones ofrecían territorio abundante donde reclutar hombres, tanto para la infantería como para la caballería: no menos de tres de los seis batallones de la falange creados por Alejandro procedían de allí⁴.

La unión política se cimentó mediante matrimonios. Filipo, polígamo sin reparos, contrajo una serie de uniones, en especial durante los primeros años de su reinado. Una de sus primeras esposas procedía de la Elimiótide (Fila, la hermana de Derdas y Macato), y no cabe duda de que el matrimonio se proyectó para ayudar en el proceso de anexión. Otras esposas vinieron de zonas adyacentes a Macedonia: Audata de Ili-

³ Obsérvese la enumeración de triercarcos en ARR., *Ind.*, 18, 5-6, y la lista de lugares de residencia en BERVE (1926), pp. 2 y 445. Los más brillantes, Perdicas y Crátero, eran de Oréstide.

⁴ Véase más adelante, p. 303, así como la bibliografía allí citada.

ria, Filina y Nicesópolis de Tesalia, y Meda, del norte, donde vivían los getas⁵. La más importante fue la formidable Olimpiade, procedente de la casa real Molosa, llevada al lecho de Filipo en el año 357 como muy tarde. Este matrimonio unió las dos dinastías situadas a cada lado del Pindo y dio a Filipo una influencia directa sobre el trono Moloso. Cuando Filipo, finalmente, intervino en el Epiro, el rey reinante, Aribas, fue depuesto en favor de su sobrino Alejandro, hermano de Olimpiade⁶. Estos matrimonios fueron el eje del gran nexo de amistades invitadas a Macedonia que iban a respaldar los intereses de Filipo en los Balcanes. Al mismo tiempo, el riesgo de conflicto dinástico que suponían quedaba obviado por la clara superioridad que Olimpiade tenía sobre las demás consortes.

A medida que se extendía la red de alianzas del rey, la influencia de su nobleza se reducía. Filipo hizo crecer el cuerpo de elite de los Compañeros reales (*hetairoi*) atrayendo inmigrantes de todo el mundo griego. A aquellos hombres que aceptaban su patrocinio se les concedían generosas donaciones de tierra y un buen lugar en la corte. En el estrecho círculo de los amigos de la infancia de Alejandro, tres no eran macedonios (Nearco, de Creta; Erigio y Laomedonte, de Mitilene); otras figuras importantes, entre las que destacaba su principal secretario, Éumenes de Cardia, también venían de fuera. Sólo eran leales al rey. Por personales e importantes que fueran sus funciones; permanecieron al margen del resto de la jerarquía macedonia, sin que nunca fueran aceptados y, con frecuencia, fueron objeto de resentimiento⁷. Incluso tras la muerte de Alejandro, el origen extranjero de Éumenes fue un inconveniente para dirigir tropas, y sus propios hombres macedonios acabaron por volverse contra él, llamándolo «peste del Quersoneso» (Plut., *Éum.*, 18, 1).

La generosidad de Filipo con sus nuevos hombres fue acompañada de ventajas para la vieja nobleza, y las tierras conseguidas en la Calcídica y en Tracia se repartieron entre los nuevos y los viejos por igual. Polemócrates, padre del gran mariscal Ceno, obtuvo propiedades en el interior de Olinto⁸. Sus primeras posesiones se encontraban en Elimiótide, en la Alta Macedonia, y después tuvo bienes, concedidos directamente por el rey, en los nuevos territorios. Filipo compartía los beneficios de la conquista, al tiempo que diversificaba la base del poder de su nobleza. Tam-

⁵ Sobre los matrimonios de Filipo, el mayor testimonio histórico es un famoso fragmento de Sátilo el Peripatético (Ateneo, 557 B-E). En relación con los numerosos problemas que presenta, véase MARTIN (1982), pp. 66-70, y TRONSON (1984).

⁶ Cfr. HAMMOND y GRIFFITH (1979), 2, 504-509; *contra* ERRINGTON (1975b).

⁷ En relación con la antipatía general entre griegos y macedonios, véase BADIAN (1982), en especial, pp. 39-43.

⁸ SIG³ 332. En relación con su localización, véase Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 338.

bién, según parece, fundó la institución de los Pajes⁹: los hijos de los nobles destacados recibían educación en la corte, en el entorno inmediato del rey, así establecían un vínculo personal con este, al tiempo que servían de rehenes para forzar el buen comportamiento de sus familias. Como resultado, la nobleza se veía simultáneamente coaccionada y recompensada, diluida y diversificada. A medida que las fronteras del reino se expandían, la lealtad a la corona trajo consigo recompensas tangibles, y estas recompensas suponían bienes económicos y obligaciones fuera de los viejos centros de poder. En un clima de éxito y expansión, el incentivo de desafiar la supremacía del rey en Pela era menor, e incluso resultaba tolerable la afluencia de Compañeros favorecidos, procedentes de más allá de las fronteras.

Filipo reinó como un autócrata. Las instituciones políticas de Macedonia eran sencillas y rudimentarias, y un rey fuerte tenía pocas restricciones en la práctica. Como su hijo, Filipo probablemente consultaba a un consejo interno formado por amigos íntimos en relación con los temas de Estado más importantes¹⁰, pero nada sugiere que el consejo tuviera otra función que la consultiva. Por otra parte, podía ser prudente consultar la opinión del ejército en diversas ocasiones, pero nada obligaba al rey a convocar asambleas regulares y de ningún modo estaba constreñido por la opinión pública¹¹. Se ha sugerido alguna vez que, por tradición, el ejército tenía jurisdicción sobre la pena capital¹², pero esa es un área muy restringida. Incluso en esos casos, el procedimiento era aparentemente fluido e informal y, sin duda, en Macedonia no existía nada parecido al derecho escrito. El rey actuaba en el marco de la tradición, pero si tenía recursos y personalidad suficientes para imponer su voluntad, podía hacer lo que deseara con un mínimo de consultas. Ese es el lamento constante de Demóstenes: las *poleis* griegas, que tenían procesos públicos de toma de decisiones, no podían competir con un autócrata inmensamente astuto que ocultaba sus actos y sus políticas¹³. Poco más o menos, Filipo era Macedonia: firmaba tratados en su propio nombre con estados soberanos, enviaba sus propios embajadores al Consejo Anfictiónico y (como sus predecesores) acuñó monedas con su nombre. Quizá lo que mejor ilustra las ventajas de su posición es el destino de la desventurada embajada ateniense que viajó a Macedonia en el verano del año 346 para

⁹ Arr., IV, 13, 1: cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 401; cfr. pp. 167-168 (aunque no hay indicios de que existiera la institución antes de Filipo; nada indica que los asesinos de Arquelao fueran Pajes).

¹⁰ Cfr. Arr., I, 25, 4; CURCIO, VI, 8, 1-15; 11, 9-10. Véanse Berve (1926), pp. 1 y 33-34; BOSWORTH (1980a), pp. 161-162.

¹¹ Véanse LOCK (1977a); ERRINGTON (1978).

¹² Curcio, VI, 8, 25; cfr. Errington (1978), pp. 86-90. Sobre el ejemplo más famoso, el juicio y condena a la pena capital de Filotas (330 a. de J.C.); véase, más adelante, pp. 116 ss.

¹³ DEMÓSTENES, XVIII, 235; cfr. I, 4; VIII, 11.

ratificar la Paz de Filócrates. La ratificación exigía la presencia física de Filipo, y los embajadores se vieron forzados a esperar con impaciencia en Pela mientras el rey terminaba sus campañas en Tracia, incrementando las posesiones territoriales que la paz confirmaría. Finalmente, la paz se aceptó en Feras, la víspera de que Filipo atacara las Termópilas, cuando ya era demasiado tarde para que los atenienses pudieran oponerse de manera eficaz¹⁴. Dado que él era la única parte firmante por el lado macedonio, su iniciativa no tenía límites.

Esta considerable libertad de acción estaba sostenida por los enormes recursos económicos de Macedonia. Las reservas minerales del reino, centradas anteriormente en el territorio situado al este del río Axio¹⁵, se ampliaron considerablemente cuando Filipo ocupó el emplazamiento de Crenides en el año 356 y explotó las ricas vetas de oro y plata de las vecinas minas del monte Pangaeo. Según Diodoro (XVI, 8, 6), sólo esta área proporcionaba ingresos de más de 1.000 talentos, y Filipo extendió los trabajos de minería a la Calcídica para explotar los recursos del terreno montañoso al norte de Olinto. Es más, a medida que los límites del reino se expandían, lo mismo hacía su base fiscal, gravada con los derechos sobre bienes raíces e impuestos extraordinarios (*eisphorae*)¹⁶. El poder financiero de Filipo no tenía parangón, exceptuando el del Gran Rey, y le proporcionaba ventajas indudables. Diodoro menciona su capacidad para mantener una formidable fuerza mercenaria y para sobornar colaboradores en el mundo griego. Aunque expresada de modo muy personal, la afirmación es cierta e importante. Filipo atrajo a un cuerpo numeroso y versátil de mercenarios que podía utilizar en el teatro de operaciones más remoto y desplegar al margen de los impuestos macedonios. En 342/341, cuando el grueso del ejército estaba combatiendo en el interior de Tracia, pudo enviar dos contingentes separados de mercenarios, a cuyo mando se encontraban Euríloco y Parmenión, para intervenir en los asuntos de Eretria, en el sur¹⁷. Sus reservas financieras garantizaban que no se encontraría en la molesta situación de los generales atenienses que actuaban en el norte del Egeo, los cuales se veían obligados con frecuencia a mantener a sus mercenarios haciendo campañas subsidiarias al servicio de otros pagadores, o bien a recurrir a la simple extorsión, denominada eufemísticamente pagos «voluntarios» (Demós-

¹⁴ Obsérvese la clásica descripción de Demóstenes, XIX, 155-161 (cfr. XVIII, 32). Para los detalles, véase Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 341-345.

¹⁵ Véanse BORZA (1982), pp. 8-12; Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 69-73.

¹⁶ Arr., I, 16, 5. Sobre esto mismo, véase Bosworth (1980a), p. 126.

¹⁷ Demóstenes, IX, 58 (poco antes, una fuerza integrada por mil mercenarios había desmantelado las fortificaciones de Portmo). Para otros testimonios del uso de mercenarios por parte de Filipo, véase PARKER (1933), pp. 162-164.

tenes, VIII, 25). Los hombres de Filipo tenían garantizada la continuidad en el empleo y un sueldo regular.

Igualmente importante es la intriga diplomática de la que habla Diodoro. Filipo atrajo a las figuras más destacadas del mundo griego a Pela, donde acogía magníficamente y gastaba enormes cantidades en regalos, siguiendo la tradicional hospitalidad homérica. Según se mire, puede considerarse que era generoso con sus invitados, o bien que se trataba de sobornos. Filipo podía comprar voluntades, estimular cooptaciones políticas e incluso financiar disidentes para que estos se hicieran con el poder en sus ciudades de origen. El poder del dinero quedó claramente patente en la campaña de Olinto de 349/348, cuando Torone, Meciberna y tal vez la propia Olinto cayeron por traiciones internas y (si podemos creer a Demóstenes) incluso la caballería olintia fue traicionada por sus jefes¹⁸. No todos los que recibieron dinero de Filipo fueron desleales¹⁹, pero pocos pudieron ser indiferentes. Todo individuo y toda comunidad con dinero suficiente lo utilizaban para conseguir ventajas diplomáticas; además, el sistema de la proxenia garantizaba que algunos habitantes de una ciudad estuvieran obligados por su honor a promover los intereses de otra. En este sentido, la actividad de Filipo fue casi ortodoxa: lo infrecuente es la escala y la complejidad. Pocas ciudades griegas pudo haber sin ciudadanos que se beneficiaran directamente de su generosidad, que no sólo alcanzaba a los griegos. Filipo inauguró su reinado con pagos diplomáticos a su vecino, el rey peonio (Diod., XVI, 3, 4), y, en el norte, debió de conseguir tantos aliados por dinero como mediante la conquista. Incluso las relaciones con Persia pudieron verse afectadas por este sistema, ya que Filipo mantenía en Pela a refugiados de la corte del Gran Rey, hombres como Aminapes o incluso el mismo Artabazo²⁰, los cuales contraían obligaciones que podían compensar tras su rehabilitación. Las ventajas eran grandes; los gastos, colosales. Filipo no sólo gastaba dinero, afirma el crítico contemporáneo Teopompo (*FGrH* 115 F 224): lo tiraba. Su tesoro nunca estuvo rebosante y se supone que el mismo Alejandro tuvo serios problemas para conseguir dinero rápido la víspera de la invasión de Asia²¹. Eso da una medida del gasto. Lo que no se pone en duda es la magnitud de los ingresos reales y el poder económico de Macedonia.

El mayor recurso de Macedonia era, probablemente, su población. Tras incorporar la Alta Macedonia, Filipo fue dueño y señor de un terri-

¹⁸ Demóstenes, XIX, 265-267; cfr. Diod., XVI, 53, 2 con Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 322-324.

¹⁹ Para la situación de Atenas, véase, más adelante, pp. 246 ss.

²⁰ Para Aminapes (Berve [1926], 2 núm. 55) véase Curcio, VI, 4, 25; para Artabazo (Berve [1926], 2 núm. 152) véanse Diod., XVI, 52, 3; Curcio, V, 9, 1; VI, 5, 2.

²¹ PLUT., *Alejandro*, 15, 2; cfr. Arr., VII, 9, 6; Curcio, X, 2, 24 con HAMILTON (1969), pp. 36-37 contra BELLINGER (1963), pp. 30 ss.

torio de unos 20.000 kilómetros cuadrados de extensión que incluía algunas de las más ricas tierras agrícolas de los Balcanes²². La población era necesariamente numerosa y, sin duda, aumentó gracias a la paz interna que prevalecía en el reino. Como siempre, no existen estadísticas ni base alguna para hacer cuantificaciones. Pero, en relación con la población masculina en edad militar, tenemos algunas cifras interesantes. La infantería macedonia en armas en el año 334 a. de J.C. estaba integrada por 27.000 hombres, y había amplias reservas que pudieron ser llamadas a filas en los años siguientes²³. La caballería también era numerosa y de gran capacidad: unos 3.000 hombres en el momento de la muerte de Filipo. Estos números son impresionantes y comprenden únicamente el núcleo de los recursos militares de Filipo: las fuerzas de origen macedonio. Con los contingentes aliados que normalmente entraban en campaña con él, alcanzaban a formar un ejército sin paralelo en la historia griega. En efecto, puede decirse que Filipo nunca necesitó movilizar más de una fracción de las fuerzas de que disponía. Se estima que en la culminante batalla de Queronea su ejército se componía de 30.000 hombres a pie y 2.000 a caballo, y se trataba de un ejército incrementado por numerosos aliados (Diod., XVI, 85, 5). Sus campañas, si bien fueron numerosas, nunca explotaron totalmente sus reservas de hombres y se puede afirmar con seguridad que su fuerza militar se fue incrementando continuamente a lo largo de su reinado.

Los números aislados son sólo parte de la historia. Macedonia era populosa antes de Filipo, pero su infantería estaba integrada por una turba primitiva²⁴. La movilización de los soldados de infantería, tanto como fuerza política como militar, tal vez precediera a su reinado²⁵, pero es muy probable que la introducción de las *sarisae* de 12 codos como principal arma ofensiva fuera innovación suya²⁶. Desde el principio de su reinado, Filipo impuso un entrenamiento sistemático para obtener una formación cohesionada e inmensamente fuerte que pudiera superar la profundidad y densidad de la falange tebana. Esta fuerza de ataque primaria se reforzó con tropas auxiliares con armas ligeras, con arqueros y, en su momento, con un equipo de sitio llevado por los mejores ingenieros militares contemporáneos (retenidos por el oro de Filipo). La ca-

²² Véase Borza (1982), esp. 12-20, donde sugiere que en las tierras bajas costeras había malaria (cfr. BORZA [1979]).

²³ Véase más adelante, pp. 312 ss. y, para más información, BOSWORTH (1986).

²⁴ Tucídides, IV, 124, 1; véase también (un pasaje esclarecedor) II, 100, 5.

²⁵ Según la muy discutida interpretación de Anaxímenes, *FGrH* 72 F 4; para puntos de vista recientes y distintos sobre el problema, véanse BRUNT (1976), Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 705-709 y DEVELIN (1985).

²⁶ Implícito en Diod., XVI, 3, 1-2. Véase Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 421 y, para un punto de vista distinto, MARKLE (1978).

ballería macedonia era, como siempre, excelente, y la disciplina se reforzaba mediante entrenamientos regulares que hicieron evolucionar la táctica clásica de ataque en forma de cuña. Durante la mayor parte del reinado de Filipo, el ejército nacional se utilizó en campañas relativamente breves contra adversarios ilirios o tracios. Hizo pocas incursiones en el mundo griego propiamente dicho: para aplastar a los mercenarios focenses en la batalla del Campo de Azafrán (352) y quizá para terminar la campaña olintia. En general, el perfil militar era como lo describe Demóstenes en su *Tercera Filípica* (IX, 49-50): incursiones rápidas y oportunistas con fuerzas mercenarias, mixtas y flexibles, de caballería, y con armamento ligero, en lugar de un gran cuerpo de infantería pesada. Según dice, se consideraba que Filipo no podía compararse con Esparta en su mejor momento. Queronea destruyó bruscamente este error, e incluso Queronea ofreció una imagen imperfecta de la verdadera fuerza de Macedonia.

Deberíamos tener también en cuenta los territorios alejados, en especial Tesalia y Tracia, que Filipo transformó en verdaderos anexos de Macedonia. Desde el inicio de su reinado, se vio envuelto en los asuntos de Tesalia, y una de sus primeras esposas (Filina) procedía de Larisa, la ciudad que tradicionalmente más se había visto envuelta en la política macedonia²⁷. Posteriormente, en el año 353, Filipo intervino en la lucha de aniquilación mutua entre la casa del tirano de Feras y la Liga Tesalia, centrada en las viejas poblaciones de Farsalia y Larisa. Tras la aplastante derrota de Feras infligida por Filipo en 352, fue elegido arconte de una liga más amplia que abarcó también a Tesalia. No está claro lo que se pretendía con eso, pero aparentemente proporcionó a Filipo algunos ingresos procedentes de impuestos sobre el comercio tesalio y control sobre las fuerzas militares conjuntas de Tesalia²⁸. Filipo podía intervenir en conflictos entre ciudades y lo hacía; se impusieron guarniciones, especialmente en Feras y, lo que es más drástico, tuvo lugar un exilio masivo desde las ciudades del noroeste, Farcadón y Trica (Diod., XVIII, 56, 5). De modo inevitable, sus partidarios adquirieron posiciones clave y Filipo restableció las tetrarquías, las viejas divisiones regionales de Tesalia, imponiendo a sus propios hombres en cada una de ellas para controlarlas²⁹. Dos

²⁷ La cronología es controvertida, pero el matrimonio debió de celebrarse pronto. Cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 225; Martin (1982).

²⁸ En relación con los confusos datos sobre el tema, véase Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 285-295.

²⁹ TEOPOMPO, *FGrH* 115 F 208-209; SIG³ 274 VIII. Cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 553-558; Martin (1985), pp. 104-110; Errington (1986), pp. 55-57. Se ha dicho con frecuencia que Filipo también organizó un golpe de estado en Larisa, exilió a quienes le habían prestado apoyo e impuso una guarnición. Esta teoría se basa en datos muy cuestionables y habría que desecharla (Martin [1985], pp. 102-104 y 255-260).

de estos tetrarcos (Daoco y Trasideo) procedían de Farsalia y aparecen mencionados por Demóstenes (XVIII, 295) como traidores y colaboracionistas. Efectivamente, Farsalia ocupaba una posición dominante en la Tesalia de Filipo. Proporcionaba los representantes del Consejo Anfictiónico, así como un cuerpo de caballería de elite que hacía de contrapartida al escuadrón real macedonio (véase, más adelante, p. 309). Las otras ciudades pasaban por una etapa de relativa depresión, pero los familiares de las dos esposas de Filipo debieron de ejercer su poder e influencia en Larisa y en Feras, e incluso más allá, lo que es muestra de un acuerdo estable. Tanto Filipo como Alejandro colaboraron con la aristocracia de Tesalia (Medio de Larisa gozaba de gran favor como Compañero)³⁰ y ambos utilizaron la tradicional fuerza de caballería de ese territorio. No intentaron movilizar al deprimido campesinado para formar una infantería eficaz según el modelo macedonio. En comparación, Tesalia siguió siendo débil bajo su tradicional círculo gobernante, integrada ahora hasta cierto punto en la corte macedonia. Podía movilizarse con Macedonia, pero no desplegarse contra la monarquía mientras los partidarios de Filipo permanecieran en el poder de manera estable.

La política de Filipo en Tracia no fue muy diferente. Las tierras de Tracia, famosas por su numerosa población y por su poder económico, habrían supuesto una amenaza potencial si hubieran estado unidas bajo un solo rey³¹. Desde el acceso de Filipo al poder, lo que había sido un reino unido bajo el temible odrisio Cotis se dividió entre sus tres hijos, incapaces o poco deseosos de formar un frente común contra Filipo. Los dos reinos más occidentales fueron reducidos a una situación de vasallaje, probablemente en el año 352, y en la gran campaña en Tracia de 342/341, Filipo atacó y conquistó el corazón del territorio odrisio, en el valle del Hebro, en el interior de la actual Bulgaria. Como consecuencia, los soberanos reinantes, Teres y Cersobleptes, fueron destronados³², y toda Tracia pasó a estar bajo el dominio de un general macedonio. Se establecieron nuevas ciudades como puntos de control regional, las más importantes de las cuales fueron Filipópolis (Plovdiv) y Cabila, en las que los abigarrados grupos de nuevos pobladores formaron enclaves extranjeros que dependieron necesariamente del favor del rey macedonio (véase, más adelante, p. 286). Pero fue algo más que una simple ocupación militar. Los príncipes nativos siguieron ejerciendo el poder de modo local, y, a finales del reinado de Alejandro, el odrisio Seutes (Berve [1926], 2 núm. 702)

³⁰ Berve (1926), 2 núm. 521 (véase, más adelante, pp. 202-203). Probablemente, era nieto de Medio, dinasta de Farsalia en el año 395 (Diod., XIV, 82, 5).

³¹ HERÓDOTO, V, 3; TUCÍDIDES, II, 97, 5.

³² [Dem.], XII, 8; Diod., XVI, 71, 2. Véase en general Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 554-559.

prácticamente había restablecido un reino bajo la soberanía macedonia. La corte macedonia atrajo a otros príncipes que más tarde dirigieron contingentes de hombres de sus países de origen dentro del ejército de Alejandro (el más destacado fue Sitalces, que dirigió una unidad de lanzadores de jabalina en Isos y en Gaugamela)³³. Al igual que Tesalia, Tracia quedó neutralizada como peligro potencial, con sus gentes dirigidas por nativos sumisos bajo el dominio macedonio, y suministró tropas auxiliares, tanto de caballería como de infantería ligera. Otros pueblos del norte disfrutaron de relaciones similares con el trono macedonio. Desde principios del reinado, los peonios y los agrianes del alto valle del Estrimón estuvieron sometidos al rey de Macedonia, sus gobernantes se mantuvieron en el poder gracias a Filipo y sus tropas engrosaron el ejército de Macedonia.

A finales de la década de los 340 a. de J.C., Macedonia se había convertido en una gran potencia. Pocos se daban cuenta de ello y, desde luego, no lo hicieron los ciudadanos de las ciudades estado griegas que podrían haber sido consideradas las principales rivales de Filipo. Pero, de hecho, este no corría el menor riesgo. Ya en el año 346, el orador ateniense Isócrates escribió una carta abierta al rey macedonio, instándolo a unir los cuatro principales poderes de Grecia (Atenas, Argos, Esparta y Tebas) y ponerse al frente de ellos en una campaña contra Persia. Esas ciudades, dijo en una frase memorable, estaban reducidas a un nivel común de desastre (Isócrates, V, 40). Esta afirmación es exagerada por afanes retóricos, pero contiene algo de verdad. Ninguna ciudad estado (ni siquiera una coalición) se encontraba al nivel de Filipo. De hecho, ya en la época de Isócrates podía considerarse que dos de los cuatro grandes poderes mencionados por él habían pasado ya a la historia. Argos no podía considerarse una potencia militar significativa desde su catastrófica derrota a manos de Cleómenes de Esparta en el año 494 a. de J.C. y en años más recientes (370), había conocido uno de los ejemplos más atroces de la violencia política griega, cuando una purga de terratenientes fue seguida de represalias contra los dirigentes democráticos (Diod., XV, 57, 3; 58, 4). Argos era relativamente impotente y tenía escasa fuerza que pudiera ser utilizada a favor o en contra de Filipo.

Algo parecido podría decirse de Esparta. La derrota de Leuctra (371) y, más aún, la liberación de Mesenia (370/369) habían reducido las ambiciones de Esparta y los recursos espartanos. El número de ciudadanos varones no llegaba ahora a 1.000 y a nadie se le ocurría resolver la situación concediendo más derechos a las clases subordinadas. La sociedad espartana conservó su rígido corsé jerárquico, pero sus territorios queda-

³³ JUSTINO, XI, 5, 1; FRONTINO, *Strategemata*, II, 11, 3. Sobre Sitalces, véase Berve (1926), 2 núm. 712.

ron reducidos a las antiguas Laconia y Citera. Los antiguos ilotas de Mesenia formaban ahora un estado separado y opuesto; su capital, en el monte Itome, era una formidable fortaleza. Otra fortaleza, Megalópolis, cerraba el acceso a Mesenia por el norte. Había sido fundada por iniciativa tebana en los años sesenta del siglo IV a. de J.C. y unificaba las poblaciones dispersas del sudoeste de Arcadia en un único gran complejo defensivo. Los jefes espartanos eran totalmente reacios a cambiar, incapaces de renunciar a sus pretensiones tradicionales de hegemonía sobre el mundo griego. Esta hegemonía sólo podía conseguirse destruyendo primero Megalópolis y repoblándola después, y atacando luego Mesenia. Tan sólo llegaron a intentar la primera parte del plan; atacaron sin éxito Megalópolis en los años 353/352 y en 331/330. Dada la escasa población militar de Esparta, sus ambiciones políticas sólo podían sustentarse sobre mercenarios, y la única manera de retener a los mercenarios era haciendo campañas fuera de Laconia. Por necesidad, los reyes espartanos se convirtieron en alabados *condottieri*: el gran Agesilao terminó su vida al servicio de Egipto, y su hijo, Arquidamo, murió en batalla contra los lucanos del sur de Italia. Eso significaba que, en la práctica, las fuerzas espartanas raras veces podían desplegarse en campaña, y Esparta fue neutral en la gran crisis del año 338, ya que reservaba sus fuerzas para el más alto fin de la conquista de Mesenia.

Para Filipo, esta actitud fue un don del cielo que le permitió ofrecer apoyo y respaldar a las familias dirigentes de Argos y Mesenia, para no hablar de Megalópolis. Sus partidarios fueron considerados traidores por Demóstenes pero, dos siglos más tarde, el historiador de Megalópolis, Polibio, elaboró una enérgica defensa: el coqueteo con Filipo garantizó la autonomía local y la seguridad frente a Esparta³⁴. Estaba justificado: las intenciones de Esparta eran claras y temibles; las de Filipo, no tanto. El rey macedonio respaldó a sus partidarios económica, militar y moralmente y, en el año 338, la recompensa final fue el reparto de la zona fronteriza de Esparta a sus aliados de Mesenia, Arcadia y Argos (véase, más adelante, p. 229). Las ambiciones espartanas constituían una buena baza para Filipo, el cual podía ampliar su esfera de influencia abrazando la causa de los estados directamente amenazados.

Los tebanos se encontraban en una posición similar. Su época gloriosa de la década de los 360 fue breve y terminó bruscamente con la desagradable y ruinoso Guerra Sagrada contra la Fócide. Las ambiciones hegemónicas de Tebas habían llevado a los jefes focenses a ocupar el santuario de Delfos (356), y los recursos financieros de la ciudad y su confederación no se podían comparar con los ejércitos mercenarios que

³⁴ POLIBIO, XVIII, 14, 2-15, *contra* Demóstenes, XVIII, 295.

la Fócide pagaba con los tesoros de Apolo. Como los espartanos, los tebanos enviaron a sus fuerzas hoplitas a luchar por distintas causas a ultramar. En el año 353, en el momento culminante de la Guerra Sagrada, enviaron lo mejor de su ejército bajo el mando de su primer general, Pámenes, para respaldar la sublevación del sátrapa persa Artabazo. Una década más tarde, Lácrates, con un millar de hoplitas, formó la punta de lanza de la invasión de Egipto³⁵. El ejército de hoplitas tebanos todavía tenía la mejor reputación del mundo griego, pero su número era relativamente pequeño. Los ejércitos de operaciones que actuaban fuera de Beocia no tenían más de 8.000 hoplitas de la confederación. Al mismo tiempo, había intensas hostilidades internacionales. Los espartanos, los focenses y los tiranos de Feras habían sido enemigos inveterados. En Atenas, la actitud hacia Tebas era, por lo general, de fría indiferencia; y el drástico destino de los disidentes dentro de la confederación (destrucción de Platea, Tespias y Orcómeno) garantizaba una abundante provisión de exiliados para los cuales el nombre de Tebas resultaba odioso. Tras la Guerra Santa, Tebas no se encontraba en posición de dominar. En realidad, Filipo había servido a los intereses de Tebas cuando, en el año 346, aplastó el poder de la Fócide en la Grecia central y confirmó a Tebas como dueña y señora de la confederación beocia.

Atenas era el estado más complejo de Grecia. Firmemente democrática desde el año 403 a. de J.C., la ciudad, en cierto modo, había recuperado el poder que había perdido en la Guerra del Peloponeso. La marina ateniense, por lo menos en teoría, no tenía rival en aquel momento. Muchas de las naves de los astilleros no eran capaces de navegar pero, en situación de crisis, Atenas podía botar una armada de más de cien barcos³⁶. Es cierto que la Segunda Confederación Ateniense había sido casi destruida por la desastrosa Guerra Social (357-355). Sólo un residuo de aliados, insignificantes desde un punto de vista militar, permanecían leales a la ciudad. Afortunadamente, durante la ascendencia naval de los años sesenta, los atenienses pudieron establecer un cierto número de cleruquías (colonias de ciudadanos atenienses en ultramar). Samos había sido ocupada en el año 365; el rey tracio Cersobleptes cedió a Atenas en el 353/352 el Quersoneso en su totalidad. En el norte del Egeo, las islas de Imbros, Lemnos y Esciros se habían convertido en anexos del estado ateniense y (como Samos) recibían regularmente funcionarios de la capital. Los atenienses retenían esas colonias en el extranjero con mucho interés,

³⁵ Cfr. Diod., XVI, 34, 1; Demóstenes, XXIII, 138, con Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 264-267 (Pámenes); Diod., XVI, 44, 2; 47, 1; 49, 1-6.

³⁶ En los años 357-356, el número de barcos en los astilleros alcanza los 283 (IG II². 1611, línea 9); se estima que los barcos en acción en aquel tiempo eran 120 (Diod., XVI, 21, 1).

porque garantizaban unos ingresos modestos a ciudadanos que, de no ser así, habrían sido indigentes. Potidea, que acogió atenienses clerucos durante tan sólo cinco años (361-356), fue reclamada con terquedad como posesión ateniense y, pasada más de una década, se denunció la ocupación de Filipo como un ultraje ([Dem.], VII, 9-10).

Al mismo tiempo, los ingresos internos de la ciudad aumentaron y pasaron de 130 talentos, la cifra más baja, a unos 400 talentos hacia mediados de los años cuarenta del siglo IV a. de J.C.³⁷ Este proceso se produjo de la mano de un cambio fundamental en la administración económica. El *teórico*, que antaño sólo debía hacer desembolsos en los festivales, se convirtió en el receptáculo de todo el dinero público sobrante después de que se cubrieran los gastos administrativos básicos. Excepto en época de guerra, cuando el Ática se encontraba amenazada directamente, los comisarios del *teórico* desembolsaban el dinero como les parecía adecuado, tanto en trabajos públicos como en ayudas directas a la población³⁸. Tal como se lamenta Demóstenes repetidas veces, la existencia del *teórico* era un freno para hacer declaraciones de guerra impetuosas. El *demos*, que en conjunto se beneficiaba de la administración del *teórico*, en general era reacio a votar en favor de aventuras militares complejas. Cuando se consideraba que los intereses atenienses estaban amenazados, como en 352/351, cuando Filipo intentó tomar por asalto las Termópilas y después saltar a las orillas de la Propóntide, tal vez el *demos* respondiera enérgica y rápidamente, pero, en general, poco de lo que hizo se podía considerar como una iniciativa ofensiva. Los generales (en este periodo se trataba de generales profesionales como Cares y Foción, elegidos año tras año) eran asignados a zonas de especial importancia, el Helesponto y Samos, y se esperaba de ellos que retuvieran y mantuvieran a los mercenarios con los recursos locales.

Esto no contribuía a crear una resistencia militar eficaz contra Filipo. En realidad, sólo en momentos críticos, como la caída de Olinto, Filipo fue considerado una seria amenaza para los intereses atenienses. Incluso Demóstenes estaba lejos de mantenerse firme en su fervorosa campaña y estuvo dispuesto a apoyar la paz y la alianza entre el año 348 y principios del año 346. El rey macedonio inspiraba poca simpatía. Pocos atenienses habían olvidado su anexión oportunista de Anfípolis, Pidna y Metone, por no mencionar Potidea; y en general —y con razón— consideraban que el fin de la Guerra Sagrada, en 346, había sido una humillación diplomática intolerable. Para su disgusto, Filipo sufrió una intensa presión diplomática de Atenas para que devolviera lo que el *demos* consideraba sus

³⁷ Demóstenes, X, 37-80; Teopompo, *FGrH* 115 F 166.

³⁸ Para un resumen adecuado de los datos y de la literatura reciente, véase Rhodes (1981), pp. 514-517.

posiciones, y el dominio de Filipo en la Fócide se aceptó a regañadientes y bajo presión. Por otra parte, nadie quiso escuchar las advertencias de Demóstenes a finales de los años cuarenta del siglo IV. Pocos atenienses creían en serio que pudieran llegar a ver un ejército macedonio en el Ática. Votaban a favor de campañas limitadas contra los regímenes de Eubea, respaldados por Macedonia, o incluso a favor de la ayuda militar a la zona amenazada de Acarnania, pero no se plantearon nunca una guerra total contra Macedonia.

Resulta más difícil calibrar las intenciones de Filipo en relación con Atenas, dada la sistemática ambigüedad de sus actos. Parece poco probable que hubiera nunca aprobado un dominio definitivo que dejara a la ciudad libre de restricciones. Atenas había desempeñado un papel malicioso en la política macedonia en el momento de la subida al trono de Filipo. Había respaldado siempre el régimen focense contra él. Las exigencias de territorios que, supuestamente, en otro tiempo fueron atenienses y ahora eran suyos, eran incesantes y ultrajantes. Si Filipo necesitaba alguna prueba de la intransigencia ateniense, la obtuvo claramente en el año 341, cuando estaba combatiendo en Tracia, y el general ateniense Diopites aprovechó su ausencia para atacar a uno de sus aliados, Cardia, y sembrar hostilidades en los territorios tracios de Filipo. Cuando Filipo protestó, Diopites retuvo a su embajador y, en Atenas, Demóstenes lanzó convincentes argumentos contra la retirada del general delincuente³⁹. Al final, la confrontación militar era casi inevitable. Llegó a finales del año 340, cuando Filipo atacó Bizancio y, en el curso del asedio, capturó todos los cereales embarcados en dirección a Atenas. Fue un acto muy hostil contra abastecimientos vitales para Atenas que, de manera notoria, dependía del grano importado. La declaración de guerra que siguió fue reflejo de la gravedad de la acción. Frente a una amenaza al abastecimiento de cereales, el *demos*, sin dudarlo, desvió el excedente administrativo del teórico a la financiación de hostilidades.

La campaña final se retrasó un poco pero, una vez iniciada, fue rápida y decisiva. Filipo no se proponía en serio acosar a la flota ateniense en la Propóntide, porque su propia flota era rudimentaria e inexperta. En lugar de ello, dedicó la campaña del año 339 a asegurar sus fronteras septentrionales. A finales de año, se trasladó al sur dirigiendo, sin embargo, otras fuerzas anfictiónicas, en teoría, para atacar la Lócride. Esto le trajo conflictos inmediatos con los tebanos, que habían empezado a sentirse molestos por el dominio de Filipo sobre la Grecia central, y aprovecharon su ausencia en el norte para expulsar a una guarnición macedonia de la entrada de las Termópilas. Frente a una amenaza común, Atenas y Te-

³⁹ En su discurso *Sobre el Quersoneso* (Demóstenes, VIII). Sobre los antecedentes, véase Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 563-566.

bas se aliaron y, a pesar de las propuestas de Filipo y de sus aliados, la alianza se mantuvo firme. En agosto del año 338 se produjo el desenlace. El ejército de Filipo, una parte de la totalidad de sus fuerzas, se enfrentó a una coalición integrada por un número similar de hombres: los soldados reclutados por los tebanos y los atenienses más unos pocos contingentes aliados, la mayor parte de los cuales procedían de Aquea. No era una formación impresionante. Los dos grupos principales tenían muy poco apoyo de los demás estados griegos, los cuales se conformaban con esperar el resultado (y aprovecharse de él).

Este fue catastrófico. En la llanura de Queronea, la falange macedónica demostró su superioridad sobre las fuerzas de hoplitas tradicionales. Sólo los atenienses tuvieron 1.000 muertos y 2.000 prisioneros, y los beocios sufrieron grandes bajas, incluida la totalidad de la Banda Sagrada. Al final del día, Filipo había alcanzado la supremacía en Grecia. Para Tebas significó el fin de su hegemonía en Beocia y la sustitución de su moderada democracia por una junta oligárquica estrictamente limitada, integrada principalmente por exiliados que habían regresado⁴⁰. Atenas, en cambio, sólo sufrió la pérdida de los aliados que le quedaban (pero no la de sus cle-ruquías, con la posible excepción del Quersoneso) y se vio compensada con la obtención de Oropo, territorio que desde el año 366 formaba parte de Beocia. El precio que tuvo que pagar fue el de una alianza formal con Macedonia. Lo mismo les sucedió a los demás estados del sur de Grecia, los cuales, en caso de que no lo hubieran hecho ya, firmaron tratados de alianza. Los espartanos se quedaron solos. Rechazaron cualquier tipo de sumisión, fueron invadidos y perdieron territorios fronterizos a manos de sus rencorosos vecinos (véase, más adelante, p. 229). Las guarniciones macedonias ocuparon ciudadelas estratégicas por doquier. Tenemos testimonios de que las hubo en Tebas, Corinto y Ampracia, y debió de haber otras. Hubo también un cierto grado de subversión política, ya que Filipo se aseguró de que sus partidarios llegaran al gobierno. En el año 337, se convocó una reunión de aliados en Corinto y una paz común confirmó el sistema político que Filipo había creado⁴¹. Sus pilares eran la libertad y la autonomía de todas las partes (bajo la hegemonía macedonia) y la prohibición del cambio político y la revolución social. La dirigía un *syne-drion* de delegados de todos los estados aliados bajo el mando del propio Filipo. La propaganda se basaba en la defensa de la abolición de la guerra y de la *stasis* bajo la benigna presidencia de Macedonia; sin embargo, con excesiva frecuencia la realidad supuso el mantenimiento de regímenes opresores y serviles bajo la amenaza de una intervención militar. Inde-

⁴⁰ Véase en este punto el detallado estudio de GULLATH (1982), pp. 7-19.

⁴¹ Para los detalles, véase, más adelante, pp. 217 ss.

pendientemente de la perspectiva del estudioso, el resultado de la paz común es siempre el mismo: en este caso, atrincheró una red de gobiernos amistosos con Filipo y garantizó la estabilidad de todos ellos.

El foro de aliados en Corinto también declaró la guerra a Persia. Ese fue el acto culminante del reinado y fue cuidadosamente preparado. El Imperio Persa había estado maduro para el ataque desde los primeros años del siglo. Atormentado por disputas sucesorias en la casa real y por revueltas endémicas en las satrapías, su propia estructura había llegado a estar amenazada de disolución. A finales de la década de los años sesenta del siglo IV, prácticamente todo el imperio situado al oeste del Éufrates estaba distanciado del Gran Rey de Susa. Los egipcios habían hecho ya una declaración de independencia en el año 404 y bajo una serie de faraones nativos rechazaron sucesivas invasiones persas. Y, lo que era aún más grave, dado el impresionante despliegue que habían ofrecido los mercenarios de Ciro en Cunaxa, el núcleo de los ejércitos reales se había reclutado regularmente en Grecia, y la intervención del Gran Rey en la política de los Balcanes se había diseñado a menudo para garantizar una reserva de tropas de primera clase para sus campañas, o bien para evitar que las obtuvieran sus enemigos. El monarca más agresivo y que más éxito tuvo durante el siglo IV fue Artajerjes III Oco (358-338). Consiguió aplastar la revuelta en Asia Menor tras subir al trono. En Fenicia, forzó a Sidón a la sumisión con sangre y fuego y, finalmente (hacia el año 343 o 342), reconquistó Egipto y puso el país bajo un sátrapa nativo. Estos éxitos son ilusorios: Sidón había mantenido su independencia largo tiempo y cayó únicamente mediante la traición (del jefe de los mercenarios, el griego Mentor de Rodas). Y, además, la conquista de Egipto había sido precedida por un desastroso fracaso una década antes⁴². Las tropas griegas dirigidas por jefes griegos fueron la punta de lanza de la invasión victoriosa y en ambos bandos fueron los mercenarios quienes lucharon con eficacia. Aparentemente, llegaron a acuerdos privados los unos con los otros y, en una ocasión, Lácrates de Tebas se revolvió contra sus aliados persas para ponerse a favor de los defensores griegos de Pelusio (Diod., XVI, 494-496). El éxito persa dependía de la capacidad del Gran Rey para pagar y retener a los mercenarios: este hecho hacía ya tiempo que resultaba evidente, y la debilidad militar del Imperio Persa era comentario habitual cuando Filipo llegó al poder. Isócrates había propugnado repetidas veces una cruzada contra Persia y la colonia de refugiados griegos en las tierras del Rey. En un nivel más práctico, el rey de Esparta, Agesilao, aparentemente pretendía la anexión del este de Cilicia, en Asia Menor, y el dinasta de Tesalia, Jasón de Feras, también tenía sus proyectos en relación

⁴² Cfr. Diod., XVI, 48, 1, atribuye el éxito en Egipto a los generales griegos, el ateniense Diofanto y el espartano Lamio.

con las posesiones persas⁴³. Las satrapías de Asia Menor eran, sin lugar a dudas, un blanco natural y lucrativo para las agresiones.

No podemos fechar los orígenes de las ambiciones de Filipo contra Persia. No existen pruebas escritas de ellas hasta la última parte de su reinado. Todavía en su Cuarta Filípica (341), Demóstenes sólo pudo basarse en pruebas circunstanciales para decir que Filipo planeaba atacar al rey de Persia (Demóstenes, X, 31-33)⁴⁴. De hecho, Artajerjes Oco rechazó las propuestas atenienses en esa coyuntura y se negó a prestar ayuda económica para respaldar operaciones contra Filipo (Esquines, III, 238). La única vez que Persia se comprometió contra Filipo fue cuando Oco sintió su territorio amenazado por el sitio de Perinto (340) y dio órdenes a sus generales de que colaboraran con los defensores (Diod., XVI, 75, I). Cuando la supuesta amenaza a la Propóntide desapareció, el interés de Oco en contener a Filipo también decayó. Como siempre, Filipo había mantenido secretas sus últimas intenciones, aplazándolas (como era inevitable) hasta que impuso una colonia estable y permanente en el sur de Grecia. Tras Queronea, era un buen momento para una declaración de hostilidades. Poco antes de la batalla, Oco fue asesinado por su visir, el siniestro Bagoas, el cual, a continuación, eliminó a la familia inmediata del difunto rey, dejando a su hijo más joven, Arsés, para que reinara como un títere en sus manos. La convulsión dinástica provocó una revolución en Egipto y en Babilonia (véanse, más adelante, pp. 37-38), y la debilidad del imperio fue patente para todos los observadores. En consecuencia, Filipo hizo que sus aliados declararan la guerra a Persia, con la franca intención de vengar el sacrilegio de Jerjes y liberar las ciudades griegas de Asia Menor (véase, más adelante, p. 219). Se trataba de una renovación explícita de los objetivos de la Liga Delia, y el rey macedonio asumía el manto de Aristides. Expandiría su reino desquitándose por ofensas pasadas contra los helenos y, lejos de promover sus intereses privados, actua-

⁴³ HELL., *Ox.*, 22,4; JENOFONTE, *Helénicas*, IV, 1,41 (Agesilao); ISÓCRATES, V, 119-120; JENOFONTE, *Helénicas*, VI, 1, 12 (Jasón).

⁴⁴ Mucho se ha hablado de la supuesta relación entre Filipo y Hermias, el dinasta de Atarneos, en Asia Menor, el cual murió bajo custodia persa en el año 341 (véase Hammond y Griffith [1979], pp. 2 y 518-522 para una exposición conservadora del problema). Esta teoría se basa en la especulación moderna y en la convicción de los antiguos comentaristas de que Hermias era el agente de Filipo mencionado de manera tangencial por Demóstenes (X, 32). Aunque la identificación sea correcta, Demóstenes se basaba en rumores e insinuaciones, sin conocer las intenciones de Filipo. En realidad, la tradición sobre Hermias sólo cuenta con una declaración explícita sobre su colaboración. Calístenes (citado por Dídimo *in Dem.* col. 6, líneas 55-57) dice que Hermias murió sin revelar nada sobre sus acuerdos con Filipo. El contexto es complicado. La muerte de Hermias fue descrita de maneras muy diversas y resulta evidente que sucedió en circunstancias poco conocidas. En cualquier caso, Calístenes hablaba de colusión entre él y Filipo, pero resulta un completo misterio el tipo de colusión de que podría haberse tratado.

ría para todo el mundo griego. Sus aliados respaldaron la declaración de guerra, establecieron las contribuciones militares de cada uno de los estados y aprobaron resoluciones prohibiendo a todo heleno luchar en el bando persa. El comandante supremo de las fuerzas conjuntas era Filipo, simultáneamente *hegemon* de la paz común y general en la guerra de venganza. La campaña se inició en serio en la primavera del año 336, cuando una fuerza expedicionaria macedonia de 10.000 hombres cruzó el Helesponto e inició la liberación (y dominación) de la costa de Asia Menor. Filipo no llegó a tomar el mando. Fue asesinado en otoño de ese mismo año y el mando recayó en su sucesor con resultados fatales.

EL JOVEN ALEJANDRO

Ese sucesor fue Alejandro. Probablemente, era el menor de los hijos de Filipo: nació el verano del año 356⁴⁵. Pero en la tradición antigua, sólo la existencia de otro hijo, Arrideo, deficiente mental, aparece documentada de manera fidedigna y, según parece, desde el principio Alejandro fue distinguido como príncipe heredero⁴⁶. En tanto que hijo de Olimpiade, la sangre de la casa real del Epiro corría por sus venas, y él remontaba su linaje materno a Andrómaca y a Aquiles, y hasta Heracles por la línea paterna. Para él, estos orígenes no constituían una ficción genealógica y, en años posteriores, se comportó abiertamente como descendiente en línea directa de Heracles y de Aquiles, y cultivó de modo consciente rasgos de carácter propios de ambos (véanse, más adelante, pp. 329 ss.). Desde el principio, la emulación de los héroes fue un acicate para la acción.

No sabemos con certeza qué aspecto físico tenía Alejandro. Años más tarde, se consideró que el escultor de la corte, Lisipo, había conseguido la mejor representación plástica al captar la característica inclinación del cuello hacia la izquierda y la peculiar expresión de los ojos, brillantes y cubiertos por una fina película húmeda⁴⁷. Estos rasgos suaves, casi eróticos, quedaban compensados por una expresión general de ferocidad (que ilus-

⁴⁵ Plut., *Al.*, 3, 5, da la fecha precisa del 6 de Hecatombeo (20 de julio); cfr. Badian 1982, 48. Aristóbulo (*apud* Arr., VII, 28, 1) sugiere que nació en octubre.

⁴⁶ Justino, XI, 2, 1, menciona a otro hermanastro, Cárano, que fue asesinado tras la subida al trono de Alejandro. La afirmación ha sido aceptada sin ponerla en duda (Berve [1926], 2 núm. 411; UNZ [1985]), pero la ausencia de cualquier otro testimonio resulta muy sospechosa (los hermanos mencionados por JUSTINO, XII, 6, 14, probablemente son hermanos de Cleopatra). Dados otros testimonios de Justino, es muy probable que haya distorsionado el original. Cfr. HECKEL (1979).

⁴⁷ Véase en especial a Plut., *Al.*, 4, 1-3; *de Alex. fort.*, II, 2 (335 B). Para un comentario sobre el ὕπότης de los ojos de Alejandro, véase el fisonomista Polemón (en J. Cramer, *Anecdota Graeca* IV, 255, líneas 16-17). Véase también SCHWARZENBERG (1967), pp. 70-71.

tran algunos de los retratos tempranos que aparecen en las monedas) y una voz áspera y potente⁴⁸. Quedan testimonios fiables de estos atributos, y sabemos que los sucesores de Alejandro los imitaron *ad nauseam*. Pero los demás rasgos no están muy claros. Plutarco (*Al.*, 4, 3) nos cuenta que era de piel clara, con tendencia a enrojecer en el pecho y en el rostro: el sarcófago de Alejandro en Sidón lo muestra con un perceptible arrebolo⁴⁹. Tenía el cabello rizado, partido por una raya en medio (la famosa *anastole*). La nariz nacía de la frente, la cual, a juzgar por los retratos de las monedas, se abombaba ligeramente sobre los ojos⁵⁰. Tal vez sea imposible decir cómo se combinaban estos rasgos en la vida real. Todos los retratos existentes están, poco o mucho, idealizados, basados en originales que enfatizaban los atributos de majestad y divinidad del modelo; Lisipo evocaba el paralelo con Aquiles; y Apeles, sin pudor alguno, asimilaba el rey a Zeus⁵¹. Pero los retratos debieron de basarse en cualidades reconocibles y guardarían un cierto parecido. Eso es la que da a entender la famosa historia que cuenta que Casandro se echó a temblar con sólo ver una estatua de Alejandro en Olimpia (Plut., *Al.*, 74, 6). En cualquier caso, el retrato del sarcófago de Alejandro (tal vez contemporáneo) guarda un gran parecido con las monedas de la ceca de Babilonia que se acuñaron en los últimos años de su reinado⁵². Ambos tienen la misma barbilla redondeada, la misma nariz recta y el ligero abombamiento de la frente. Podrían reflejar un modelo común que asimilara el rey a Heracles, pero la peculiaridad de los rasgos (que se repiten en las emisiones conmemorativas de Ptolomeo I y de Lisímaco) parece auténtica.

No cabe duda de que Alejandro no era de estatura imponente, pero tenía una extraordinaria coordinación física y estaba dotado de una velocidad y una resistencia excepcionales. Según todas las fuentes, era muy apasionado y pasaba de arrebatos de afecto y generosidad espontáneos a paroxismos de rabia incontrolable. Las fuentes resaltan que, desde los primeros años, inspiró reverencia y respeto a su alrededor (cfr. Arr., I, 14, 4). No cabe duda de que, desde el principio, él consideró que tenía la prerrogativa real de imponer su voluntad a los demás, y el peor de los pecados era burlarse de su autoridad o rechazar sus favores. No resulta sorprendente que para los filósofos y retóricos de épocas posteriores se convirtiera en el estereotipo de la arrogancia vana y del engreimiento. La autocracia de la corte de Filipo

⁴⁸ Para el aspecto erótico, véanse, en especial, DION CRISÓSTOMO, IV, 112; LUC., XLIII (*Im.*), 6. En relación con la aspereza de la voz (y la moda posterior), véase PLUT., PYRRH. 8, 2; MOR., 53 C.

⁴⁹ SCHEFOLD (1968), láminas 52 y 58.

⁵⁰ Plut., *Pomp.*, 2, I; ELIANO, VH, XII, 14. Cfr. BIEBER (1964), pp. 50-55, con las láminas XXI-XXII.

⁵¹ Schwarzenberg (1967), (1976).

⁵² Bieber (1964), pp. 50-51. En relación con las emisiones de Babilonia, véase Durr, en Schwarzenberg (1976), 274.

acentuó y estimuló este temperamento. Según parece, su principal tutor, Leónidas, pariente de su madre, lo sometió a una disciplina física rigurosa, lo cual debió de contribuir a su capacidad para superar dificultades y para el esfuerzo físico, demostrada con creces en campañas posteriores.

Era inteligente. Desde sus primeros años, le entusiasmó la poesía, en especial (como era previsible), la épica homérica, pero también una amplia gama de lírica y dramaturgia. Se dice que conocía a Eurípides de memoria (Nicobulo, *FGH* 127 F 2) y —lo que fue fatal para Clito—, conocía bien el contexto de las citas. Si podemos creer a Plutarco (*Al.*, 8, 3), la gama de lecturas de Alejandro abarcaba al historiador Filisto y los diti-rambos de Telesto y Filóxeno. A la edad de catorce años, su educación se amplió cuando Filipo invitó a Aristóteles a la corte para que fuera su supervisor académico. En el recinto de las Ninfas, cerca de Mieza (en las laderas del monte Vermion, cerca de la actual Náousa), se estableció una Academia en miniatura. Esas concentraciones de cerebros típicas de los clásicos siempre han dado pie a las especulaciones y a los mitos, y resulta difícil esbozar siquiera lo que Aristóteles pudo haberle enseñado. Pero dos décadas antes, el filósofo de la Academia, Eufreo de Óreo, según parece, obsequió a la corte de Perdicas III con los rigores de la geometría y la dialéctica (Ateneo, 508E). Probablemente, Alejandro pasó por el programa de estudios habitual de Aristóteles⁵³. Plutarco habla de una enseñanza en ética y en política, y es muy probable que recibiera una formación básica en dialéctica. No puede decirse que esto le dejara una simpatía profunda y duradera por la filosofía, pero Alejandro fomentó el debate formal y mantuvo un séquito de intelectuales que incluía al filósofo Anaxarco de Abdera. Su enorme curiosidad sobre los límites geográficos del mundo, ya aparente en su infancia (Plut., *Al.*, 5, I), bien pudo ser estimulada por Aristóteles, pero no tenemos pruebas de que una enseñanza detallada en este campo dejara en él una huella profunda.

El periodo en Mieza probablemente terminó en el año 340. Ese año, Alejandro actuó como regente en Macedonia mientras su padre estaba ocupado en la Propóntide. Disponía del sello real y no cabe duda de que despachaba el trabajo diario de la monarquía. Sus energías se centraron más tarde en una victoriosa campaña contra los medios del alto Estrimón (véase, más adelante, p. 286). Su carrera militar continuó con su padre, primero en las campañas del norte, en el año 339 (cfr. Justino, IX, I, 8), y después en la batalla de Queronea, donde dirigió el ala izquierda de las fuerzas macedonias y, supuestamente, rompió las líneas tebanas. Más tarde colaboró con Antípatro, veterano diplomático de Filipo, para dirigir

⁵³ Plut., *Al.*, 7, 5. MERLAN (1954) defiende la formación en dialéctica (basándose en Isócrates, *Epistolae*, 5). Véanse Hamilton (1969), pp. 17-20; Schachermeyr (1973), pp. 81-93 (visionario); Badian (1982), pp. 38-39 (escéptico).

las negociaciones de paz con Atenas. Tenía una buena imagen pública y, por lo que parece, nadie discutía su posición de príncipe heredero.

Esta situación cambió bruscamente en el año 337, cuando Filipo decidió contraer otro matrimonio dinástico, en esta ocasión, con una dama de la misma Macedonia: Cleopatra, hermana de Hipóstrato y sobrina de Átalo. Los orígenes de Cleopatra son desconocidos, pero no cabe duda de que pertenecía a la nobleza tradicional de Macedonia. Según se dice, Filipo se casó con ella por amor, no por motivos políticos (como fue el caso de la princesa elimiota Fila, la única de las otras esposas de Filipo de origen macedonio). Eso provocó el distanciamiento de Olímpíade, y en la casa real se fue abriendo una profunda brecha⁵⁴. El tío de la nueva reina, Átalo, era hostil y ácido y, en el banquete de bodas, oró abiertamente por la llegada de hijos legítimos para Filipo (Ateneo, 557D; Plut., *Al.*, 9, 7). Era un insulto directo dirigido a la fidelidad matrimonial de Olímpíade y a sus orígenes no macedonios. Como resultado, se produjo una famosa riña, en la que Filipo desenvainó la espada contra su hijo y, como consecuencia de esta, Olímpíade se fue al Epiro, de donde era originaria. Alejandro, de manera ominosa, marchó a uno de los pueblos ilirios (no sabemos cuál exactamente). Eso marcó el punto álgido del distanciamiento. Probablemente, se había producido alguna disputa previa a la boda⁵⁵, cuando, supuestamente, Alejandro se mostró preocupado por la solicitud del sátrapa de Caria, Pixódaro, de casar a su hija con Arrideo, el hermanastro deficiente mental de Alejandro. Alejandro se dirigió al cario por su propia cuenta y, efectivamente, sabotó el matrimonio. Su actitud provocó una violenta respuesta por parte de Filipo, que lo regañó violentamente y mandó al exilio al menos a cinco de sus amigos, incluidos Hárpalos, Ptolomeo y Nearco. Este es un episodio oscuro y algunos de los detalles que menciona Plutarco pueden ser falsos. Pero el exilio de los amigos de Alejandro es cierto y lo confirma Arriano (III, 6, 5), el cual fecha el incidente hacia la época del matrimonio de Filipo con Cleopatra. Eso sugiere un ambiente de desconfianza e inseguridad en el cual Ale-

⁵⁴ Aparece de modo explícito en Sátiro (Ateneo, 557D); Plut. *Al.*, 9, 6; Justino, IX, 7, 2, 3; Arr., III, 6, 5. No debe minimizarse esta crisis.

⁵⁵ La única fuente es Plutarco (*Alejandro*, 10, 1-4). Registra el incidente como si se hubiera producido después del regreso de Alejandro tras su estancia con los ilirios. Apenas queda tiempo en el año 336 para las negociaciones que describe, y se ha puesto en duda la veracidad de toda la historia (Ellis [1981], pp. 135-136; Harzopoulos 1982b). Pero Plutarco no indica con precisión la cronología (interpreto αὐτοῖς en 10, 1 [cfr. 9, 5] con valor de conjunción, sin sentido temporal), y en su *Vida de Alejandro* Plutarco distorsiona con frecuencia la secuencia de los hechos por conveniencias narrativas. Hay que señalar que la historia de Plutarco presupone la presencia de Olímpíade en la corte (10, 1) antes de que se retire al Epiro. Los avances de Pixódaro pudieron producirse en la primavera o el verano del año 337, cuando Filipo había declarado sus planes de invasión y el Imperio persa era un caos. El hecho de que fechara un documento oficial situándolo en el primer año del reinado de Arsaces (véanse, más adelante, pp. 268-269) no significa nada. Si estaba planeando desertar, no lo anunciaría.

jandro veía su posición cada vez más minada por la facción ascendiente de Átalo. La brecha tenía que cerrarse, por lo menos, de modo aparente. Mientras Alejandro estaba alejado de su padre, acogido por los ilirios, sus posibilidades como pretendiente al trono de Macedonia corrían un serio peligro, tal como había sucedido ya muchas veces con miembros desafectos de la casa Argéada. Por consiguiente, los buenos oficios de un respetado amigo y huésped, Demarato de Corinto, lo convencieron de que regresara a la corte (Plut., *Al.*, 9, 12-14). Cuando llegó a Pela, probablemente Átalo había partido a Asia Menor como uno de los tres comandantes del ejército expedicionario (en la primavera del año 336). Se evitaba así una causa de fricción. Una segunda ofensiva diplomática tuvo Epiro como objetivo. El rey de Molosia, Alejandro (el hermano de Olímpíade), fue invitado a contraer matrimonio con su propia sobrina, Cleopatra. Si bien Olímpíade siguió mostrándose intransigente, ya no había ninguna amenaza de ruptura entre ambas monarquías. Transcurrió el año en preparativos para lo que debía ser un brillante casamiento de estado. El lugar escogido era la vieja capital, Egas, donde se había congregado a un fabuloso número de invitados procedentes de todo el mundo griego. Se celebró el matrimonio debidamente y se celebró con un banquete formal. Estaba previsto que, durante los días siguientes, se celebraran juegos en el teatro. Filipo hizo su entrada entre los dos Alejandros: su hijo y su yerno. La nueva concordia estaba a la vista de todo el mundo y, para dar muestras de su confianza, Filipo caminaba a cierta distancia de su guardia personal. En ese momento, un joven noble resentido, Pausanias de Oréstide, que se sentía agraviado por Átalo e, indirectamente, por Filipo, el cual se había negado a ofrecerle una compensación, lo apuñaló mortalmente. La verdad debe de ser más complicada, pues hay constancia de que había más personas envueltas en la conspiración (véanse, más adelante, pp. 27-28) y resulta evidente que intervinieron complejas fuerzas políticas. Es probable que sea demasiado fácil decir que, dado que Olímpíade y Alejandro se beneficiaban del asesinato, uno de los dos, o bien ambos, fueron los instigadores. Debió de haber muchas corrientes políticas secundarias en la corte macedonia, especialmente en el turbulento final del reinado de Filipo, y no podemos aspirar a reconstruirlas. Todo lo que se puede decir es que el asesinato que se produjo aquel día de octubre del año 336⁵⁶ precipitó una crisis. La posición de Alejandro era fuerte, pero estaba lejos de ser inatacable. Los hechos del último año le habían asegurado una viva oposición a su subida al trono y había otras personas con ciertas aspiraciones de alcanzarlo. La rivalidad dinástica había sido la ruina de la monarquía en el pasado y todo apuntaba a que volvería a serlo. En el peor de los casos, era la integridad misma del reino la que estaba en juego.

⁵⁶ Para la fecha, véanse Bosworth (1980a), pp. 45-46; HATZOPOULOS (1982a).

La conquista de un imperio (336-323 a. de J.C.)

LA SUBIDA AL TRONO

Los primeros días del reinado de Alejandro debieron de contarse entre los más críticos de su vida. Lamentablemente, no perdura ningún dato en relación con ellos. Quedan fragmentos de epítomes y alguna referencia suelta en historias posteriores, pero la mayor parte de los detalles cruciales se han perdido irremisiblemente. El campo para la especulación y la reconstrucción imaginativa es infinito¹, pero las propias fuentes permiten decir muy poco. Debemos estar dispuestos a admitir nuestra ignorancia, por mortificante que sea.

Al principio reinó la confusión. Los amigos de Alejandro se agruparon a su alrededor y ocuparon el palacio, armados para la batalla (Arr., I, 25, 2). Todo hacía pensar que habría problemas, dados los conflictos dinásticos del último año de reinado de Filipo. La familia y los partidarios de Átalo no se habrían alegrado de su subida al trono, y había otros personajes que podrían oponerse a él o formar un foco de oposición. Según parece, la atención general se centró en Amintas (el cual había sucedido de modo efímero a su padre Perdicas en el año 359)² y en los hijos de Aérope, príncipes de Lincéstide (Plut., Mor., 327C). Sólo uno de estos grupos aparece mencionado en el contexto del asesinato: los hermanos lincestas. Las fuentes indican con insistencia que estuvieron implicados en el asesinato mismo³. Puede tratarse de una invención *post eventum* para justificar su posterior ejecución, pero no hay motivos para creerlo así. Es posible que los hermanos ayudaran a Pausanias a planear el asesinato. Tenían motivos personales tan poderosos como los del propio Pausanias (según parece, Filipo había mandado al exilio a su padre)⁴ y, probablenmen-

¹ Las principales discusiones, dominadas por la cuestión de la responsabilidad en el asesinato de Filipo, se encuentran en BADIAN (1963), BOSWORTH (1971a), ELLIS (1971), (1981), KRAFT (1971), pp. 11-42, FEARS (1975), HAMMOND (1978b), DEVELIN (1981).

² Justino, VII, S, 9-10; cfr. Errington (1974), pp. 25-28, Prestiannini Giallombardo (1973/1974); *contra* Ellis (1971), pp. 15 ss., Hammond y Griffith (1979), pp. 2, 208-209 y 702-704.

³ Arr., I, 25, 2; Curcio, VII, 1, 6; Justino, XI, 2, 1-2. Aristóteles, *Pol.*, 1311bl-3 afirma que Pausanias actuó por motivos personales, pero no dice que actuara solo. Tan sólo Diodoro (XVI, 94, 2-3) da a entender que no tenía cómplices.

⁴ POLIENO, IV, 2, 3; cfr. BOSWORTH (1982), p. 79.

te, pretendían ser ellos quienes apoyaran al futuro rey en su acceso al trono, respaldando al ganador definitivo en la lucha por el poder. De hecho, uno de ellos tuvo éxito: Alejandro, hijo de Aérope, casó con una hija de Antípatro, el más veterano diplomático del reinado de Filipo. Junto con su suegro, tomó apego a su regio homónimo y fue uno de los primeros en aclamar rey a Alejandro. Tras esto, siguió una aclamación más general, probablemente maquinada por Antípatro, cuyo apoyo fue uno de los factores clave en la crisis sucesoria⁵. En ausencia de Parmenión, él era el más importante hombre de estado superviviente del régimen anterior y era capaz de congrega en la corte a una mayoría en torno a Alejandro. Sin duda, su consejo ayudó al rey, que tenía sólo veinte años, a colocarse en una situación segura. Los hermanos lincestas fueron las primeras víctimas. Dos de ellos, Arrabeo y Herómeno, fueron arrestados para ser ejecutados. El cómo y el porqué no están claros: tal vez los denunciaron o ellos mismos revelaron su implicación mediante alguna acción prematura. En cualquier caso, no estaban próximos a Alejandro o a Antípatro. Sólo el homónimo del rey obtuvo perdón y fue ascendido. Quizá no estaba involucrado tan directamente como sus hermanos, pero las fuentes ponen acento en que estaba comprometido y, como hermano de regicidas convictos, habría debido compartir su destino, aun siendo teóricamente inocente⁶. El hecho de que Antípatro pudiera proporcionarle seguridad es prueba muy sólida de que este dominaba en Egeas.

Alejandro subió al trono inmediatamente después de la muerte de su padre, pero los detalles de su investidura son un misterio. Desconocemos por completo los actos y ceremonias que conferían legitimidad a los reyes macedonios⁷. Sin duda, la aclamación era importante. Inmediatamente después de la muerte de Filipo, Alejandro fue proclamado rey en el palacio por los miembros de la nobleza y todo parece indicar que también el pueblo lo reconoció en una asamblea en Egeas. Tuviera o no una reunión como ésa un significado constitucional, era aconsejable que su régimen contara con el apoyo popular. Hay documentos que indican que se celebró una asamblea formal algunos días más tarde en la que Alejandro se dirigió al pueblo como rey, comprometiéndose a proseguir la política de su padre (Diod., XVII, 2, 2; Justino, XI, 1, 7-10). Alejandro estaba consiguiendo el favor popular poniendo énfasis en la continuidad del gobierno, haciendo un llamamiento al pueblo como hijo de su padre. No podían hacerse concesiones a los asesinos. En el funeral de Filipo, algu-

⁵ Cfr. Berve (1926), 2, 46, núm. 94, Badian (1963), p. 248. Su intervención activa sólo aparece registrada en la muy dudosa Leyenda de Alejandro (Pseudo Calístenes, I, 26), pero estaba lo bastante próximo al joven rey como para interceder con éxito a favor de su yerno.

⁶ Curcio, VI, 11, 20; VIII, 6, 28.

⁷ Véase Errington (1978), esp. 94-96.

nos días después del asesinato, fueron ejecutados varios culpables, incluidos los hijos de Aérope⁸. Esto, en gran medida, es prueba de que Alejandro no intervino en el asesinato. De haber intervenido, sus cómplices, en caso de sufrir castigo alguno, habrían sido eliminados en secreto y no en ejecución pública, durante la cual Alejandro habría corrido el riesgo de ser denunciado. Por mucho que le favoreciera la muerte de Filipo, Alejandro no intervino personalmente en ella y pudo asumir los deberes de la piedad filial. Una vez completado el acto de venganza, el cadáver de Filipo fue incinerado y sus cenizas fueron enterradas con gran pompa en el cementerio real⁹. Su relación había sido difícil, pero la muerte lo borraba todo. El hijo dio a su padre un entierro regio, mostrando públicamente una sucesión directa. El soberano había cambiado, pero la soberanía era la misma.

Tras la fachada pública, la lucha por el poder era intensa y despiadada. Los enemigos y rivales de Alejandro fueron destruidos gradualmente. Amintas, hijo de Perdicas, fue acusado de conspirar contra Alejandro y fue ajusticiado¹⁰. En el verano del año 335 había muerto ya: su esposa Cina estaba disponible para contraer nuevo matrimonio (Arr., I, 5, 4; cfr. *Succ. F I*, 22 Roos); probablemente, no sobrevivió en mucho a su tío. Un Argéada casado con una hija de Filipo resultaba una figura demasiado importante como para dejar que se moviera a sus anchas, y es probable que hubiera muerto ya cuando Alejandro viajó hacia el sur para enfrentarse a la inestabilidad en Grecia. La familia de Átalo suponía un problema algo menos acuciante, puesto que Átalo estaba en Asia Menor con la fuerza

⁸ Diod., XVII, 2, 1; Plut., *Al.*, 10, 7. Aparentemente, la escena está descrita en un epítome de papiro incompleto, *P. Oxy.*, 1798 (para un texto conservador con un nuevo nexa, véase Parsons 1979).

⁹ Existe una importante posibilidad de que la última morada de Filipo fuera la magnífica Tumba II del Gran Túmulo de Vergina, excavado recientemente por Manolis Andronikos. Su espléndido ajuar es, sin duda, compatible con el de una tumba real y la mayoría de los estudiosos han aceptado con cierta prudencia que contiene los restos mortales de Filipo II (ANDRONIKOS [1979], [1980], HAMMOND [1982], GREEN [1982], Borza [1981-1982]. Para un análisis forense de los huesos, véanse Prag *et al.* [1984]). Por desgracia, los problemas subsisten. Queda por explicar por qué la cámara principal, que contenía los restos de un varón, había sido cerrada a toda prisa y las paredes habían sido estucadas sin cuidado, cuando Alejandro tenía tiempo y motivos para dar a su padre un entierro perfecto. Aunque la crisis griega hubiera exigido su presencia en otro lugar, se habría podido cerrar la tumba en cualquier momento posterior, cuando la decoración estuviera completa. Resulta también desconcertante que la antecámara, en donde se encuentra la tumba de una mujer, fuera añadida más tarde. Si los restos son los de Cleopatra, resulta muy curioso que Alejandro permitiera que la usurpadora (cuya familia él había echado de la corte) compartiera la tumba de su padre para toda la eternidad.

¹⁰ Curcio, VI, 9, 17; 10, 24; cfr. Justino, XII, 6, 14. Según alguna versión, Alejandro tenía un hermanoastro llamado Cáranos (Justino, XI, 2, 3, cfr. XII, 6, 14; Berve [1926], 2 núm. 411), pero sólo aparece en Justino y no se puede aceptar sin más datos que lo corroboren.

expedicionaria enviada allí. Alejandro mandó a uno de sus amigos, Hecateo, para que la detuviera o la asesinara, tarea que resultó relativamente sencilla. Parmenión, el general más veterano de Filipo, compartía el mando con Átalo y se había negado a cooperar en ningún movimiento contra el nuevo rey. Por consiguiente, Átalo arrinconó sus planes de iniciar una acción conjunta con Atenas e intentó congraciarse con Alejandro. Demasiado tarde: Hecateo tramó su muerte antes de que el rey pudiera responder a sus avances¹¹. Átalo desapareció a los pocos meses de la muerte del rey, y sus familiares también fueron eliminados (Justino, XI, 5, 1). Su sobrina Cleopatra y la hija de esta, de corta edad, fueron víctimas de la implacable Olimpiade. La madre de Alejandro había regresado de su exilio voluntario en Epiro al conocer la noticia de la muerte de Filipo¹² y mostraba su satisfacción sin inhibiciones. Mientras Alejandro estaba fuera de la capital temporalmente, dio muerte de modo brutal a madre e hija. Alejandro mostró su horror ante el crimen, pero no parece que hubiera hecho nada para proteger a las víctimas y, además, sus muertes no dejaban de favorecerlo. La viuda del último matrimonio de Filipo y los beneficiarios de este casamiento habían desaparecido; Alejandro quedaba como único representante varón de la casa Argéada. Sólo sobrevivía otro hijo varón de Filipo, Arrideo, que estaba incapacitado mentalmente y no constituía una amenaza para él.

Alejandro tenía una gran deuda con los veteranos hombres de estado del reinado anterior. Antípatro, tal como hemos visto, contribuyó a asegurarle la capital tras el asesinato y, sin el apoyo de Parmenión, Átalo habría sido una amenaza mucho mayor en Asia. De hecho, Parmenión tenía una doble lealtad: había casado a una de sus hijas con Átalo (Curcio, VI, 9, 18) y habría podido esperarse que se mantuviera aliado de este. En lugar de ello, ayudó a Hecateo a maquinarse su muerte (Curcio, VII, 1, 3). Necesariamente, este apoyo tenía su precio y no resulta sorprendente que Parmenión y sus hijos se mantuvieran en la cumbre de la jerarquía militar durante los primeros años del reinado. Otros tomarían opciones similares y obtendrían similares recompensas. Aquellos que no se comprometieron se vieron ante la muerte o el exilio, como Amintas, hijo de Antíoco, el cual abandonó Macedonia por la hostilidad que sentía hacia Alejandro y se convirtió en comandante de mercenarios al servicio de los persas¹³. Las heridas de la subida al trono tardarían años en sanar, pero se había conseguido algo bien sencillo: Alejandro estaba seguro en el trono y no tenía rival verosímil; la fortuna de la casa Argéada estaba en sus ma-

¹¹ Diod., XVII, 2, 4-6; 5, 1-2; Curcio, VII, 1, 3.

¹² Berve (1926), 2 núm. 581; Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 685-686; Borza (1981), p. 76; *contra* Develin (1981), pp. 97-98.

¹³ Arr., I, 17, 9; Curcio, III, 11, 8; cfr. ERRINGTON (1974), pp. 26-27.

nos. Los asesinos habían sido necesarios hasta llegar a ese punto, del mismo modo que lo era que fueran ejecutados rápidamente. El nuevo rey no podía dejar que Macedonia se enfrentara a la inestabilidad griega, menos aún emprender una larga campaña en el norte, si todavía había rivales insatisfechos en la corte.

CONSOLIDACIÓN EN EUROPA

Alejandro necesitaba imponer su autoridad fuera del reino casi tanto como necesitaba hacerlo dentro. El asesinato de su padre había fomentado un estado general de agitación y disidencia en el sur de Grecia que Alejandro eliminó en el invierno posterior a su subida al trono, en una campaña prácticamente incruenta (véase, más adelante, p. 218). La única acción militar se produjo al principio, cuando los tesalios intentaron bloquear la vía principal que cruzaba el valle de Tempe. El joven rey los rodeó rápidamente, recorrió la costa en dirección al sur y, tras tallar escalones en el monte Osa, llevó su ejército a Tesalia para atacar al enemigo por la retaguardia¹⁴. Ese fue el fin de la resistencia armada. Alejandro fue reconocido sucesivamente en Tesalia, Termópilas y Corinto, y regresó a Macedonia antes de la primavera como *hegemon* de la Liga de Corinto y comandante supremo de la guerra de venganza contra Persia. A continuación se encaminó hacia el norte para completar algunas de las tareas pendientes del reinado de su padre. Su principal objetivo era el reino de los tribalos, centrado en el valle del Danubio, cerca de la confluencia con el Oesco. Probablemente, Filipo había luchado contra los tribalos durante la conquista de Tracia, pero no pudo imponer una paz duradera y lo cierto es que había sufrido pérdidas humillantes contra ellos (así como una herida que lo dejó marcado) cuando regresaba de la campaña escita en el año 339¹⁵. Había también tribus tracias que habían conseguido conservar la independencia. Los tetracoritas del monte Hemo habían sido objeto de una campaña de Antípatro hacia el año 340¹⁶ y, si entonces se vieron obligados a someterse, sólo fue de modo temporal. Una demostración en el norte del poder militar macedonio resultaba justificada y deseable, y se inició en la primavera del año 335 a. de J.C.

Alejandro se puso en marcha en dirección a Anfípolis con un ejército de tamaño mediano. De ningún modo se trataba de la leva completa de Macedonia, si bien contenía una serie de unidades que más tarde se

¹⁴ Polieno, IV, 3, 23 (única fuente, pero aceptada de modo general).

¹⁵ Justino, IX, 3, 1-3; DÍDIMO, in *Dem.*, col. 13, 1-7; cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2, 559 y 583; Bosworth (1980a), pp. 52-53; GEROV (1981).

¹⁶ Teopompo, *FGrH* 115 F 217-218; Polieno, IV, 4, 1.

utilizaron en Asia, como los batallones de la falange de la Alta Macedonia y los escuadrones de caballería de Botia y Anfípolis. Había también caballería procedente de la Alta Macedonia (Arr., I, 2, 5) que nunca se utilizaría en Asia, así como tropas ligeras, honderos y arqueros. No sabemos a cuánto ascendían las tropas: no es probable que superaran los 15.000 hombres pero, a diferencia del ejército que Alejandro llevó a Asia, esta era una fuerza mayoritariamente macedonia, plena de moral y de experiencia. Desde Anfípolis, Alejandro cruzó el río Nesto y después se dirigió hacia el norte, a través de los montes Ródope, en dirección a Filipópolis, en el valle del Hebro¹⁷. Este era un territorio pacificado ya por Filipo y no presentaba problemas militares; pero, tras una marcha de nueve días, Alejandro llegó al paso del Hemo central, en manos de tracios independientes que se resistían a su dominio. Probablemente, lo cruzó por el Paso Troyano, en lo que más tarde sería una vía romana entre Filipópolis y el Oesco, pero no hay que descartar la posibilidad de que utilizaran el paso de Shipka, situado más al este. En cualquier caso, la resistencia fue escasa. Los carros cargados que lanzaron contra las líneas macedonias las cruzaron sin hacer daño y los pobladores de la montaña, mal armados, no pudieron soportar el asalto frontal de los agrianes y los hipaspistas, seguidos de la falange. La matanza duró unos minutos y el paso quedó en poder de Alejandro, así como un número considerable de mujeres y de niños que el enemigo había dejado atrás. Este botín fue enviado con cuidado a la costa y, de ahí, a Macedonia (Arr., I, 1, 11; 2, 1).

Alejandro avanzó hacia el norte para negociar con el rey tribal, el cual había tomado la precaución de evacuar el campo de no combatientes. Los guerreros tribales hicieron frente al enemigo a unos pocos días de marcha del Danubio, rodeando al ejército macedonio a medida que este se acercaba y ocupando una posición hacia el sur, con el río Lígino a su espalda. Alejandro volvió sobre sus pasos para enfrentarse a ellos y, una vez más, consiguió una victoria rápida y aplastante. Los tribales podían resistir cuando se trataba de una lucha de escaramuzas con la avanzadilla de arqueros y de honderos, pero la combinación de la caballería y la sólida pared de la falange resultaba irresistible. Se dispersaron y los supervivientes se dispersaron en el bosque que tenían a su espalda. Fue una impresionante muestra de la eficacia macedonia y los tribales no volvieron a intentar impedirles el paso. El grueso de su población se había refugiado en Peuce, una de las muchas islas que forman los distintos brazos del Danubio. Estaba protegida por unas orillas escarpadas y, sobre todo, por la rápida corriente del río. Alejandro intentó cruzarlo hasta un embarcadero utilizando los barcos de guerra que había hecho traer desde Bi-

¹⁷ Arr., I, 1, 5. Para la ruta, véase NEUBERT (1934); Bosworth (1980a), p. 54; Gerov (1981), p. 488; *contra* PAPAZOGLU (1977), pp. 29-30.

zancio para que se unieran a su ejército, pero la corriente era demasiado fuerte y los embarcaderos estaban demasiado bien defendidos para las pocas naves disponibles. Un asalto directo habría sido un lujo excesivo. Alejandro podía invadir y devastar el interior del territorio tribal a sus anchas. No faltaba mucho para la cosecha y los tribales corrían el riesgo de morirse de hambre si no se ponía fin a la depredación de Alejandro, el cual sólo tenía que esperar la capitulación.

Entretanto, se produjo un breve interludio. Los getas de la llanura situada al norte del Danubio se habían reunido junto a la orilla con la esperanza de que su presencia disuadiera de cruzar al invasor. Eso fue un error. Alejandro tomó su presencia como un desafío y como una oportunidad de demostrar la versatilidad de su ejército. Utilizando barcos, largas canoas y cuero relleno de paja, trasladó a gran parte de sus fuerzas al otro lado del Danubio en una sola noche. En el punto en que habían cruzado se encontraba un rico campo de trigo y el rey procedió a asolarlo; las hojas de las *sarisae* de la falange, sostenidas horizontalmente y con un movimiento diagonal, hicieron estragos en la cosecha todavía no madura (Arr., I, 4, 1). Los desgraciados getas se mantuvieron a distancia; primero retrocedieron hasta una ciudad ligeramente fortificada y después retiraron a toda su población a una zona no cultivada. Se salvaron, pero su ciudad fue saqueada y arrasada. Alejandro se retiró al río, ofreció piadosos sacrificios en honor de Zeus, de Heracles y del propio río Danubio y trasladó a su ejército ileso de regreso al campamento. Fue un acto gratuito de terrorismo sobre un pueblo indefenso, pero demostró de nuevo la eficacia y lo implacable de los invasores, así como que el Danubio no era una defensa contra ellos.

La consecuencia inmediata de estas acciones fue un aluvión de embajadas de los pueblos vecinos, entre las que cabe destacar la de Sirmo, el rey tribal, el cual ofreció su sumisión, que fue aceptada, y el pueblo tribal se convirtió en amigo y aliado de Macedonia a un nivel similar al de los tracios. Fieles a su compromiso, enviarían un contingente al ejército invasor del año 334¹⁸, en menoscabo de las tropas de sus ciudades, que al mismo tiempo sería utilizado como rehén para garantizar su buena conducta. La presencia de Alejandro se había hecho notar y llegaron embajadas de lugares sorprendentemente lejanos. Los pueblos celtas, que estaban presionando en los Balcanes y causando dificultades a los ilirios, vecinos de Macedonia¹⁹, enviaron una delegación y recibieron el mismo trato que los tribales. El área que ahora quedaba teóricamente sometida a Macedonia abarcaba la llanura central del Danubio, y la demostración de las hazañas militares de Alejandro le garantizaba que la zona permanecería tranquila durante su ausencia.

¹⁸ Diod., XVII, 17, 4; cfr. L. Robert en *Fouilles d'Ai Khanoum* I, pp. 208-210.

¹⁹ Teopompo, *FGH* 115 F 40; Polieno, VII, 42.

Alejandro volvió entonces sobre sus pasos y tomó el camino directo hacia el sur, en dirección a Macedonia, a lo largo de los valles del Oesco y el Estrimón, y recibió la hospitalidad de su inquebrantable aliado, Lángaro, rey de los agrianes. Allí, en el curso alto del Estrimón, le llegó la noticia de una seria amenaza por parte de los pueblos ilirios del norte y del oeste. Clito, probablemente rey de los dardanos e hijo del formidable Bardileo, el cual había aterrorizado Macedonia en la época de Perdiccas III, había hecho causa común con el rey de los taulancios (situados en el interior de Epidamno) y se estaba preparando para invadir Macedonia (Arr., I, 5, 1). Alejandro no podía cerrar los ojos ante ese desafío. Las provincias situadas al noroeste del reino no podían quedar sin defensa ante sus enemigos tradicionales, en especial cuando, debido a la ejecución de los hermanos lincestas, había un riesgo especial de descontento. El territorio originario de estos se encontraba en el camino de los invasores, e incluso podrían tener ahí simpatizantes que les dieran la bienvenida. El rey se movió con la rapidez que estaba convirtiéndose en su sello. Mientras Lángaro invadía las tierras de los autariatas por el oeste e impedía así cualquier ataque a la columna macedonia (Arr., I, 5, 3), Alejandro se dirigió a Peonia, cruzó el Axio en Stobi y siguió en dirección al oeste, hacia el curso alto del Erigón (Crna). Después se encaminó hacia el sur, en dirección a la llanura donde está situada la actual Florina, en el corazón de la antigua Lincéstide. Allí Clito había ocupado ya una fortaleza. Arriano (I, 5, 5) la denomina Pelio y afirma que estaba situada junto al río Eordaico, pero los detalles topográficos que da son demasiado vagos como para respaldar una identificación²⁰. No cabe duda de que se encontraba en la frontera macedonia. cerca de Eordea y de Edesa, situada al oeste, y su ocupación constituía una amenaza para todo el oeste macedonio. Afortunadamente, Alejandro entró en escena antes de que Clito pudiera sumarse a sus aliados taulancios y empezó por sitiar Pelio. Pronto lo distrajo la llegada del rey taulancio con gran número de hombres de las tribus. Era imposible continuar el sitio mientras los hostigaban desde las montañas circundantes y las partidas encargadas de conseguir alimento no podían operar ante un ataque de los ilirios. que tenían mayor movilidad (Arr., I, 5, 9-11). Alejandro llevó a cabo una retirada táctica. que supuso cruzar un río bajo la amenaza de un ataque de los taulancios situados en las laderas de las montañas. Una vez más, la falange dio muestras de su capacidad maniobrando a plena vista del enemigo en la llanura situada junto a la ciudad y su actuación fue la bastante impresionante como para hacer que los enemigos dejaran las estribaciones de las montañas y entraran en la fortaleza. Entonces pudo cruzar el río con relativa comodidad; la re-

²⁰ Véase Bosworth (1982); *contra* Hammond (1980a), pp. 49-57.

taguardia de infantería ligera, que el rey dirigía personalmente, mantuvo a raya a los ilirios que quedaban en las montañas mientras el ejército cruzaba hilera por hilera. Un bombardeo de proyectiles protegía a la retaguardia mientras esta cruzaba. No hubo heridos y la superioridad de la técnica militar macedonia resultó más que evidente.

Por el momento, Alejandro estaba a la defensiva, situado entre los ilirios y las tierras bajas macedonias, pero no tuvo que esperar mucho. Sus soldados de reconocimiento le habían revelado que los invasores estaban acampados sin defensas ni centinelas, con la moral muy alta tras la retirada de los macedonios. Rápidamente lanzó un ataque nocturno, tan sólo dos días después de su retirada y, cayendo sobre el enemigo con una avanzadilla de arqueros, agrianes e infantería en falange, causó estragos. Los supervivientes corrieron hacia Pelio o bien se encaminaron hacia las montañas situadas al oeste, perseguidos con ahínco. Fue una victoria decisiva que eliminó toda amenaza iliria a las provincias del norte y, aunque no sin esfuerzo, se consiguió sin pérdidas importantes. Desde un punto de vista militar, un amplio golfo se había abierto entre Macedonia y sus vecinos del norte. Alejandro no pudo continuar con la campaña debido a las noticias de la revuelta tebana y al peligro de que estallara una guerra general en el sur de Grecia. No tenía tiempo para forzar a los reyes ilirios a una sumisión formal. En lugar de ello, Clito se quedó en Pelio para quemar la fortaleza y retirarse con el resto del ejército (Arr., I, 6, 11). Pero la derrota había sido demasiado completa para que se reprodujeran las hostilidades. No hay datos de que hubiera más conflictos con los ilirios durante el reinado de Alejandro y, además, había un contingente ilirio en su ejército en el año 334. No tenían más alternativa que estar en paz con Macedonia.

La crisis tebana (véase, más adelante, p. 226) era un motivo de preocupación más urgente y Alejandro le hizo frente de modo rápido e implacable. Condujo a su ejército hasta Eordea a través de varios pasos y avanzó hacia el sur cruzando Alta Macedonia, en dirección al curso medio del Haliacmón, pasando por la actual Kozani y por el desfiladero de Siatista, para dirigirse de nuevo al sur en dirección a Tesalia por el valle del Peneo y por Trica²¹. Al séptimo día de marcha había alcanzado Pelina, donde interrumpió el viaje brevemente. Cinco días más tarde entró en Beocia, probablemente a través de la ruta interior que cruza Heraclea, Dóride y el valle del Cefiso, en lugar de arriesgarse a pasar por las Termópilas. Avanzaba a tal velocidad que llegó a Onquesto, situado apenas a tres horas de marcha de Tebas, antes de que los rebeldes tuvieran noticias de su avance, y pudo hacerse cargo de las fuerzas adicionales que le en-

²¹ Bosworth (1982), pp. 78 y 81; Hammond (1980d).

viaban los numerosos simpatizantes que tenía en la ciudad. Los tebanos estaban solos, pero se encontraban acorralados y seguían siendo un enemigo formidable. Tiempo atrás habían tenido ejércitos de operaciones de hasta 7.000 hombres y en aquel momento de crisis habían reclutado esclavos y metecos para guarnecer las murallas (Diod., XVII, 11, 2). El punto clave de su defensa era la Cadmea, la ciudadela donde la guarnición macedonia estaba sitiada. Su lado sur formaba parte de las defensas de la ciudad y era vital mantener al ejército atacante lejos de la zona. Si los invasores llegaban a unirse con la guarnición y entraban en la Cadmea, la ciudad sería vulnerable por todas partes. Por ello, alzaron una doble empalizada en el exterior por el lado sur de la Cadmea y los tebanos se prepararon para la defensa final. Los macedonios los superaban en número (Diod., XVII, 11, 2), pero la desigualdad técnica no era tan grande como con las tribus del norte y, además, luchaban desde una posición bien preparada.

Existen distintas descripciones de la batalla y resulta difícil reconstruirla. Se inició con un ataque de dos batallones de la falange, respaldados por los arqueros y por la infantería ligera, dirigido contra las empalizadas. En un principio, el rey dejó a sus hipaspistas y al *agema* real en reserva²² y no hay pruebas de que utilizara la caballería. Los tebanos defendían un frente relativamente pequeño en las proximidades de la Cadmea y no había sitio para un combate generalizado. El primer ataque no tuvo éxito y los atacados fueron capaces de rechazar la línea agresora, desarticulada por las empalizadas. Alejandro entró entonces en acción y su *corps d'élite* se enfrentó a los hoplitas tebanos. En este punto crítico las fuentes no coinciden: Arriano afirma que los tebanos se encontraban ya en un estado de desorden tal que fueron incapaces de resistir el choque de la falange, mientras que Diodoro declara que se mantuvieron firmes a pesar del alto número de bajas hasta que los macedonios realizaron una entrada en una zona desprotegida de las murallas²³. La historia de Arriano es sospechosamente breve en este punto y es posible que su fuente, Ptolomeo, no quisiera poner énfasis en la heroica resistencia de los tebanos. En cualquier caso, el propio Arriano (I, 8, 5) confirma que las murallas estaban desguarnecidas de defensores y habría sido relativamente fácil para el ejército macedonio, más numeroso, enviar a un destacamento

²² Arr., I, 8, 1-3; cfr. Diod., XVII, 11, 1; 12, 2. Según Arriano (que cita a Ptolomeo), el ataque inicial fue premeditado y lo inició Perdicas sin autorización. En ese caso, se trata de un caso de insubordinación sin precedentes en un alto mando. Es más probable que la narración haya sido tergiversada para marcar a Perdicas con el estigma del fracaso (Bosworth [1980a], pp. 80-81; pero véase ROISMAN [1984], pp. 374-376).

²³ Arr., I, 8, 5; Diod., XVII, 12, 3. Polieno, IV, 3, 12 incluye la historia del ataque lateral pero, según él, Antípatro es el comandante victorioso y no Perdicas, como en Diodoro.

para que atacara un sector vulnerable de las fortificaciones. Aparentemente, Ptolomeo centraba la acción en Alejandro, dejando implícito que fue su intervención la que forzó a los tebanos a regresar a la ciudad y permitió que se ocuparan las murallas. Sin duda, no es imposible que las defensas tebanas se rompieran en cualquier otro punto y la noticia provocara pánico entre el ejército que defendía la Cadmea. En cuanto los atacantes consiguieron una entrada, los tebanos estuvieron perdidos. El asalto final procedió de todas las direcciones, y un grupo del ejército se sumó a la guarnición de la ciudadela mientras el resto invadía las murallas sin defensa. La caballería tebana consiguió librarse de la persecución y escapó por la puerta norte, pero el resto del ejército fue rodeado. Los macedonios quebraron la breve resistencia en el Anfeo y se produjo una matanza generalizada, mientras los aliados de Alejandro, los beocios y los focenses saciaban su odio hacia Tebas y arrastraban consigo entusiastamente en la carnicería a los macedonios. Desde el momento en que los tebanos optaron por la resistencia, la tragedia fue inevitable. Dado que eran inferiores en número, no pudieron impedir el contacto entre los atacantes y la guarnición de la Cadmea, y, además, sus fortificaciones eran lamentablemente inadecuadas. Lo mínimo que se puede decir es que su defensa fue terca y les costó muy cara. Según dicen las fuentes (Diod., XVII, 14, 1) cayeron 500 macedonios, lo que suponía una gran diferencia en comparación con las victorias incruentas del norte. Sin embargo, los tebanos tuvieron 6.000 bajas, y 30.000 supervivientes pasaron a ser esclavos. Su ciudad dejó de existir. La masacre y sus repercusiones eliminaron toda agitación en el sur de Grecia (véase, más adelante, p. 227) y Alejandro pudo felicitar-se con razón por un año brillante y lleno de éxitos. Había reforzado el control de Macedonia en todas las direcciones y había dado varias lecciones prácticas ilustrando la inutilidad de cualquier desafío a su impresionante máquina militar.

Tebas había caído a finales de septiembre. Poco después, Alejandro estuvo listo para regresar a Macedonia y prepararse para la invasión de Asia. De regreso a casa, pasó por Pieria, donde se detuvo durante nueve días en Dío para celebrar el festival dramático en honor a las Musas y al Zeus Olímpico que había instituido Arquelao unos setenta años antes²⁴. Tanto los sacrificios como las distracciones eran magníficas: destacaban entre ellas los banquetes en la tienda real, con sus 100 lechos, y el ejército en conjunto se dedicó a descansar tras casi siete meses de campañas ininterrumpidas.

La primavera siguiente vio el inicio de las hostilidades en Asia. No era demasiado pronto. El Imperio persa había alcanzado un cierto grado

²⁴ Arr., I, 11, 1-2; Diod., XVII, 16, 3-4; cfr. Bosworth (1976b), pp. 119-121; Hatzopoulos (1982a), pp. 39-41.

de estabilidad tras dos años de caos. El gran visir, el formidable eunuco Bagoas, había sido el artífice del cambio, primero envenenando a Artajerjes III y elevando al trono a su hijo más joven, Arsés, y después eliminando al nuevo rey junto con su familia cuando llevaba sólo dos años en el trono. Con eso liquidó a casi toda la descendencia masculina de Artajerjes. El sucesor pertenecía a una rama colateral de la casa real y era descendiente por línea directa de Darío II²⁵. Este hombre, llamado Artasata en los documentos babilonios²⁶, tomó al llegar al trono el nombre de su bisabuelo e inició su reinado como Darío III en el verano del año 336. Era de aspecto impresionante, alto y bien parecido, y se había distinguido en acción contra los cadusios de la costa sur del Caspio. Probablemente, antes de su subida al trono había colaborado con Bagoas pero, una vez en el trono, destituyó de inmediato al gran visir y lo mandó asesinar acusado de conspiración. Darío pudo entonces gobernar por derecho propio y lo primero que hizo fue reprimir las diversas revueltas que se habían producido durante el periodo de anarquía. Egipto se había ido distanciando desde la muerte de Artajerjes y estaba gobernado por un dinasta nativo, Khababash, el cual reclamaba la monarquía del Alto y del Bajo Egipto²⁷. Es también muy probable que Babilonia estuviera agitando bajo un usurpador cuyo nombre, Nidin-Bel, recordaba el del pretendiente que desafió a Darío I en el año 522²⁸. Si se produjo alguna usurpación, esta terminó pronto. La fragmentaria lista de reyes de Uruk que menciona a Nidin-Bel prosigue hasta dar a Darío cinco años en el poder; en tal caso, este habría restablecido el control persa de Babilonia en el año 335. Egipto fue reconquistado con igual rapidez en el invierno del año 336/335. Una flota persa penetró en el delta y el país volvió a verse sometido a un sátrapa del Gran Rey. A finales del año 335, el Imperio estaba en calma y Darío pudo volver su atención a la amenaza procedente del oeste. La flota que había demostrado su fuerza en Egipto fue movilizada para luchar en el Egeo y, en el verano del año 334, una armada de 400 barcos de guerra, la mayoría de los cuales eran chipriotas y fenicios, estaba dispuesta para la acción.

Entretanto, en Asia Menor la ofensiva macedonia había vacilado. La primera estación de la campaña, en el verano del año 336, había sido un éxito; las operaciones militares habían fomentado revoluciones democráticas hasta lugares tan al sur como Éfeso. Sin embargo, en el año 335 la de-

²⁵ Diod., XVII, 5, 3-5; cfr. Justino, X, 3, 1-5; Estrabón, 736; Arr., II, 14, 5.

²⁶ SACHS (1977), p. 143. Justino, X, 3, 3-4 da Codomano como el nombre de Darío anterior al trono.

²⁷ KIENITZ (1953), pp. 110 y 185 ss.; LANE FOX (1973), pp. 109-110.

²⁸ J. van DIJK, *Vorläufiger Bericht über die...Ausgrabungen in Uruk-Warka* 18 (Berlín, 1962), pp. 53-60; J. B. PRITCHARD, ANET³, 566.

fensa persa resultó mucho más eficaz gracias a la acción de Memnón de Rodas, terrateniente de la Tróade e íntimo amigo, así como pariente por matrimonio, del gran noble persa Artabazo. El Gran Rey facilitó mercenarios a Memnón y este inició las operaciones a finales del año 336. Antes de la muerte de Átalo, Memnón había derrotado en Magnesia (¿del Sípilo?) a una fuerza macedonia numéricamente superior²⁹. Por lo que parece, eso no tuvo como resultado la toma de la ciudad, pero fue un duro golpe para la moral macedonia, la cual pronto se vio aún más alterada por el asesinato de Átalo. Durante la siguiente estación, Memnón atacó hacia el norte, cruzando el monte Ida para lanzar un ataque por sorpresa contra Cícico en el que estuvo a punto de vencer³⁰. Tras asolar el territorio de Cícico, Memnón retiró sus fuerzas al teatro de operaciones de Parmenión, en el golfo de Elea. Llegó tarde para impedir la captura y sometimiento de Grineo, pero obligó a los macedonios a levantar el sitio de Pitane y los puso en situación de defenderse. Pero Memnón no era el único comandante persa. Se produjo una movilización general entre los sátrapas de Asia Menor, los cuales aunaron sus fuerzas militares y las concentraron en la Propóntide. Estos movimientos no se completaron hasta la primavera del año 334, pero podemos suponer que las fuerzas persas en el sector egeo fueron incrementándose gradualmente a lo largo del año 335. Arsites y Espitrídates, sátrapas de Frigia Helespóntica y de Lidia, respectivamente, debieron de estar involucrados en la defensa desde el principio. Como resultado de esta acción, Calas, colega de Parmenión en el mando de la fuerza expedicionaria, se vio superado en número, incluso en la Tróade, y se vio obligado a retroceder hasta la cabeza de puente de Reteo (Diod., XVII, 7, 10). En la primavera del año 334, las fuerzas macedonias parecían haberse concentrado en el Helesponto, donde mantenían a salvo los puntos de paso, pero el resto de sus conquistas territoriales se había evaporado. En Éfeso, una contrarrevolución de carácter oligárquico, respaldada por Memnón, había arrebatado la ciudad al control macedonio³¹, y es de suponer que se produjeron movimientos similares en otros lugares. Los persas tenían ahora la iniciativa y sus fuerzas terrestres estaban concentrándose peligrosamente cerca del Helesponto mientras su flota se acercaba gradualmente a las aguas del Egeo.

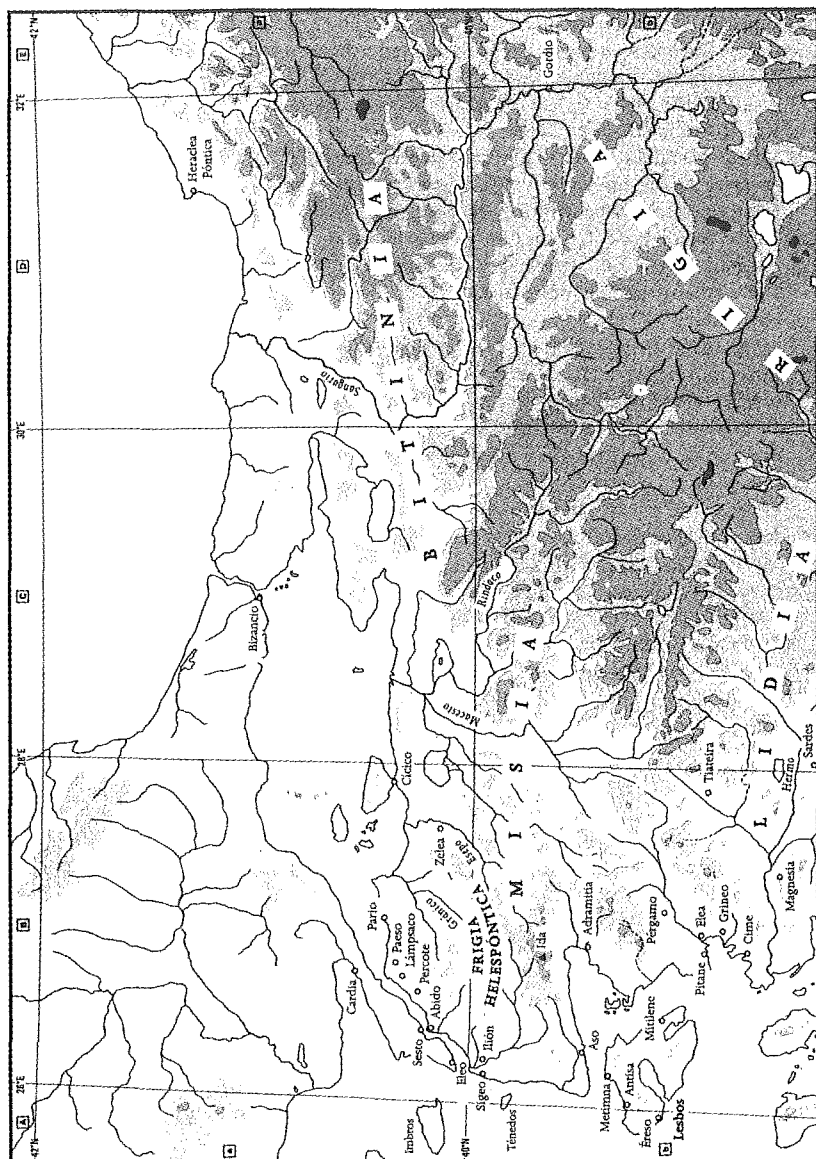
PRIMERA VICTORIA

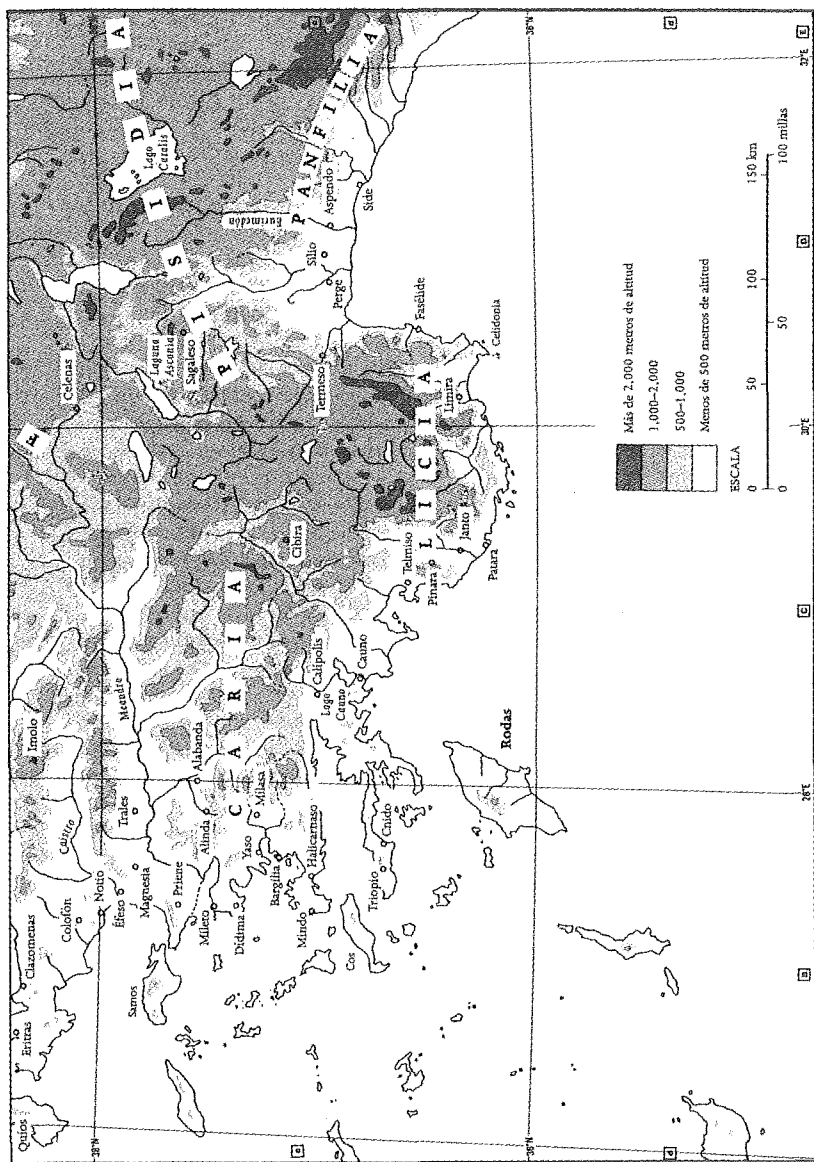
La campaña se inició a principios de la primavera del año 334. Alejandro había congregado en Macedonia a su ejército de invasión durante

²⁹ Polieno, V, 44, 4; cfr. Badian (1966), pp. 40-41 y 63.

³⁰ Diod., XVII, 7, 3; Polieno, V, 44, 5; cfr. GOUKOWSKY (1969).

³¹ Arr., I, 17, 11; cfr. Badian (1966), pp. 41-42; HEISSERER (1980), pp. 67-70.





2. Asia Menor occidental

el invierno anterior; este ascendía a unos 32.000 soldados de infantería y unos 5.000 de caballería y, cuando se sumaron a la avanzadilla situada en Asia, el total se acercaba a los 50.000³². Esta era, con diferencia, la mayor y más formidable expedición que había abandonado nunca las costas griegas, pero las fuerzas macedonias estaban lejos de quedar así agotadas. Alejandro pudo dejar una fuerza defensiva en Europa casi tan poderosa como su ejército de invasión, con un núcleo de 12.000 soldados de infantería de la falange (Diod., XVII, 17, 5). De momento, Antípatro, que iba a actuar como regente de Alejandro en Macedonia y sustituirlo como *hegemon* en la Liga de Corinto, tenía amplios recursos para hacer frente a cualquier disidencia en el mundo griego. Esta superioridad se perdería cuando se hizo necesario reforzar el ejército de invasión, pero Alejandro poco tenía que temer en relación con la seguridad de su reino cuando lo dejó en el año 334 a. de J.C. Su camino, de modo inevitable y, al mismo tiempo, simbólico, seguía los mismos pasos que la ruta de invasión de Jerjes: rodeó el macizo del Pangeo por el sur en dirección a Filipos, se dirigió al Hebro vía Abdera y Maronea, y de ahí al río Melas, en la parte superior del Quersoneso y, por último, se encaminó hacia el sur, en el paso de Sesto³³. Toda esta distancia, algo más de 500 km, se recorrió exactamente en veinte días (Arr., I, 11, 5).

Se produjo una pausa mientras el ejército cruzaba el Helesponto. Los estrechos que separaban Sesto de Abido no medían más de siete estadios de anchura, pero incluso con los 160 navíos de guerra y la flota suplementaria de barcos de carga a disposición del rey, el transporte del ejército y de la impedimenta tuvo que ser una actividad lenta. Alejandro pudo aprovechar el retraso y hacer una incursión hacia el sur para llevar a cabo uno de sus más impresionantes actos de propaganda. En la punta del Quersoneso se encontraba Eleo, el punto de cruce de la Tróade, un lugar de gran valor sentimental para él. Había sido el escenario de la primera gran expedición panhelénica a Asia y, en fechas más recientes, había pasado a tener una estrecha relación con la guerra de venganza. Atenea en Ilión, la diosa de la Tróade, había sido la víctima principal del sacrilegio persa en Atenas, y el sepulcro de Protesilao en Eleo también había sido saqueado en el año 480. Ahora, Alejandro el Argéada, descendiente de Heracles y de Aquiles, estaba dispuesto a seguir el camino de sus antecesores, pero contra un enemigo mayor. Lo primero que hizo fue ofrecer un sacrificio junto a la tumba de Protesilao antes de embarcarse, a lo que siguió un sacrificio formal a Posidón y las Nereidas a mitad de la travesía del estrecho, así como una libación en el Helesponto. Estos

³² Véase, más adelante, p. 303.

³³ Cfr. Bosworth (1980a), pp. 99-100; ENGELS (1978a), pp. 26-29.

eran los actos adecuados para un ritual propiciatorio; los repitió más tarde durante la campaña³⁴ y, probablemente, eran ceremonias de culto tradicionales en Macedonia. Pero, al mismo tiempo, nadie que los presenciara podría haber dejado de advertir el contraste con los látigos y grilletes de Jerjes. En la orilla opuesta, el escuadrón real arribó al Puerto Aqueo, donde el propio rey siguió el ejemplo de Protesilao, saltó a tierra vestido con su armadura completa y clavó la lanza en la playa. Se trataba de una clásica declaración de agresión, muy adecuada en una guerra de venganza, pero tal vez tuviera un significado más profundo. La tradición de la vulgata cuenta que Alejandro declaró acto seguido que aceptaba Asia de los dioses como territorio ganado con la lanza³⁵. En caso de que sea cierto (y no tenemos motivos para dudarlo), se trata de la primera declaración explícita de que Alejandro pretendía retener sus conquistas como territorio real. Aunque así fuera, no es muy significativo. Nada indica el límite de sus ambiciones imperiales, sólo es prueba de que planeaba extender su reino a Asia. Era de esperar. Filipo había expandido ampliamente sus dominios mediante las conquistas de la costa norte del Egeo, y su hijo no haría menos en Asia.

Para Arriano (y, posiblemente, para sus fuentes), lo que tenía más importancia era la invocación del pasado. El rey hizo una visita formal al santuario de Atenea en Ilión y obtuvo su bendición para la guerra al cambiar su armadura de ceremonia por unas reliquias venerables del templo. En el futuro, esas armas de la guerra panhelénica original serían llevadas a la batalla ante él. También ofreció honores heroicos a los muertos ilustres, en especial a sus antepasados descendientes de Éaco, Aquiles y Áyax³⁶. Pero no siguió el ejemplo de Heródoto al interpretar la Guerra de Troya como un primer ejemplo del antagonismo perpetuo entre los griegos y los bárbaros. Él tenía sangre troyana en las venas a través del linaje real Moloso, cuyos orígenes se remontaban a Neoptólemo, hijo de Aquiles, ya la princesa troyana cautiva, Andrómaca; y estaba deseoso de reconciliar los dos lados de su linaje. Se mostró generoso con la pequeña comunidad de Ilión en memoria de Andrómaca (Estrabón, 594) y, lo que es aún más significativo, ofreció un sacrificio para calmar las iras de Príamo en el supuesto lugar de su muerte y expiar así la culpa de Neoptólemo (Arr., I, 11, 8). Para Alejandro, los troyanos no eran bárbaros, sino helenos en suelo asiático, y tanto en su persona como en su propaganda unificaba las comunidades griegas de ambos lados del Egeo. Los descendientes de Aquil-

³⁴ Cfr. Arr., VI, 19, 5; *Ind.*, 20, 10; VI, 3, 1; *Ind.* 18. 11.

³⁵ Según Diod., XVII, 17, 2. Justino, XI, 5, 10 hace referencia tan sólo a una plegaria para que las tierras de Asia lo aceptaran como rey. Resulta fantasioso ver algún significado jurídico en sus actos: cfr. INSTINSKY (1949), pp. 29-40; SCHMITTHENNER (1968); MEHL (1980-1981).

³⁶ Arr., I, 12, 1; Plut., *Al.*, 15, 7-8; Diod., XVII, 17, 3; Justino, XI, 5, 12.

les y de Príamo lucharían ahora juntos contra su enemigo común. Se trataba de una variación llena de resonancias del tema del panhelenismo, y Alejandro se preparó para la lucha tras alistar en sus filas a los fantasmas del pasado.

Se unió a su ejército, el cual, después de cruzar el estrecho, se hallaba concentrado en la amplia llanura de Arisbe, e inició la marcha para enfrentarse al ejército persa. Las fuerzas defensivas estaban congregadas en la orilla de la Propóntide, cerca de Zelea, una pequeña ciudad situada tierra adentro, a 15 km de la desembocadura del río Esepo. Allí, los generales persas celebraron un consejo de guerra para decidir su estrategia inmediata, situación complicada por el hecho de que había multitud de comandantes y ninguna jerarquía clara de mando. Aparentemente, la táctica a seguir se decidía por mayoría³⁷. La cuestión fundamental era si debían arriesgarlo todo en una única batalla campal; si se comparaban las fuerzas de ambos ejércitos, no era una decisión fácil. Los persas eran mucho más poderosos en caballería, con 20.000 jinetes reclutados en Asia Menor, pero eran más débiles en infantería. Sus fuerzas de mercenarios griegos ascendían a menos de 20.000 hombres y sus tropas nativas, aunque numerosas, eran inferiores en capacidad. Memnón de Rodas era contrario a una batalla inmediata e insistía en la destrucción sistemática de todo tipo de alimento que se encontrara en el camino del ejército macedonio, táctica que habría sido especialmente eficaz durante el periodo de escasez que precedía a la cosecha³⁸, pero tuvo una fuerte oposición. No resulta sorprendente que Arsites, sátrapa de Frigia Helespóntica, fuera reacio a ver su territorio devastado y se mostrara partidario de un combate a gran escala que pusiera fin rápidamente a la guerra. Los limitados éxitos persas del año 335 debieron de crear expectativas de victoria sobre el joven rey, todavía un desconocido en Asia, y Arsites se impuso sobre los otros generales. En tanto que griego, sobre Memnón recaían la desconfianza y las sospechas —tal vez justificadas— de desear prolongar la guerra en beneficio propio. Una vez tomadas las decisiones, los persas ocuparon una posición defensiva en el camino principal al oeste de Zelea. Acamparon sobre la llanura de Adrastea, un terreno de aluvión cruzado por el río Gránico, para bloquear el avance macedonio hacia el este, en dirección a Zelea y Cícico³⁹. Suponían que Alejandro no rehuiría el desafío.

Los persas habían iniciado su avance tras tener noticia de que Alejandro había cruzado el estrecho, y la elección de esta posición debió de estar determinada por los informes de reconocimiento acerca de los movimientos del rey. El propio Alejandro también estaba indeciso, ya que

³⁷ DAVIS (1964); *contra* BADIAN (1977b), pp. 283-284.

³⁸ Arr., I, 12, 9; cfr. Diod., XVII, 18, 2.

³⁹ Janke (1904), pp. 128-36; Foss (1977); Hammond (1980c), pp. 76-80.

carecía de información precisa sobre la posición de los persas. Al principio, llevó a sus tropas a la cabeza del Helesponto, sin pasar por Lápsaco y desviándose hacia el interior al sur de Pario, para evitar el difícil paso de la costa situada junto a Priapo⁴⁰. Durante la última parte de la marcha, desplegó una avanzadilla de fuerzas de reconocimiento (Arr., I, 12, 7; 13, 1); sin duda, estaba esperando establecer contacto con el enemigo. Este contacto se produjo cuando llegó a la llanura de Adrastea, en el momento en que sus exploradores le informaron de que el ejército persa estaba en posición en la orilla oriental del Gránico, ocupando las laderas que rodean la actual ciudad de Dimetoka. El problema estratégico debió de saltar a la vista de inmediato. El río Gránico fluía hundido en un canal al pie de unas orillas escarpadas que actualmente tienen entre tres y cuatro metros de altura. Su curso, tal como muestran con claridad las ruinas de un puente romano, no ha cambiado significativamente desde la antigüedad, y su aspecto debió de ser muy similar al actual. En tal caso, la profundidad del río, poco mayor de un metro a principios de la primavera, no debió de ser un serio obstáculo. El problema era lo escarpado de las orillas, que excluía el asalto frontal en una amplia línea. La falange de Alejandro se habría dislocado de modo inevitable y corría el riesgo de ser masacrada en el lecho del río.

La estrategia de los persas estaba, sin duda, destinada a sacar el máximo partido del efecto perturbador del río, pero resulta un verdadero misterio el modo en que desplegaron sus fuerzas. Arriano (I, 14, 4-5) describe a la totalidad de la caballería persa desplegada a lo largo de la ribera del río, con la infantería detrás, sobre un terreno más alto: sólo puede referirse a las estribaciones de las colinas, situadas a 1,5 km al este del río⁴¹. Esto, como muchas veces se ha observado, era absurdo desde un punto de vista militar, ya que la caballería estaba separada de la infantería y se encontraba en una posición en la que se desperdiciaba por completo su ventaja. Para hacer frente de modo eficaz a las fuerzas macedonias habría debido alejarse del punto en que estas iban a cruzar el río, con el fin de cargar con ímpetu suficiente para hacer retroceder al enemigo hasta el río⁴². Así, inmóvil junto a la ribera, era vulnerable. Pero no todas las fuentes pintan a la caballería persa tan cerca del río. En la versión que Diodoro da de la batalla, esta está desplegada a lo largo de las laderas para aprovechar la momentánea desorganización de la falange macedonia. El contexto es retórico y está mutilado por una síntesis excesiva, pero la esencia de lo que dice aparece también en otras fuentes⁴³,

⁴⁰ Arr., I, 12, 6-7. Para el camino, véanse Bosworth (1980a), pp. 107-109; Foss (1977), pp. 496-498; SEIBERT (1985), pp. 30-32.

⁴¹ JANKE (1904), p. 129; Foss (1977), pp. 501-502; Hammond (1980c), p. 80.

⁴² JUDEICH (1908), p. 389; Badian (1977b), pp. 283-284.

⁴³ Diod., XVII, 19, 2; cfr. Polieno, IV, 3, 16.

y los detalles de la batalla que suministra Arriano (I, 15, 7) sugieren que, por lo menos, una parte de las líneas persas podía cargar a toda velocidad. Sin duda, en Arriano (y en Plutarco) hay párrafos llenos de colorido, pero que contienen escasa información, de modo que, de manera misteriosa, el combate pasa de desarrollarse en plena corriente a tener lugar en las orillas al otro lado del río (Arr., I, 15, 2-4); es posible que este modo de narrar refleje una tradición cortesana encomiástica destinada a resaltar las dificultades que suponía cruzar el río, en detrimento de las posibilidades militares. En cualquier caso, los datos concretos del enfrentamiento quedan oscurecidos sin remedio por las tendencias retóricas de las fuentes y, probablemente, los hechos precisos se han perdido para siempre. Tan sólo podemos aventurar la reconstrucción que encaje mejor con los datos que tenemos sobre la topografía.

Un segundo problema es el momento en que se produjo el ataque. Alejandro se acercó al Gránico hacia el atardecer. Arriano (I, 13, 3-7) narra una conversación entre el joven rey y Parmenión durante la cual el viejo general le aconsejó que retrasara el ataque, indicándole las dificultades que suponía cruzar el río e insistiendo para que atacaran al amanecer. Alejandro rechazó su consejo con el heroico (y fatuo) apotegma de que sería vergonzoso retroceder ante el Gránico después de haber cruzado el Hesponto. Lo mismo aparece, en esencia, en Plutarco (*Al.*, 16, 3), y parece evidente que el episodio era uno de los favoritos, parte de la tradición de las discrepancias entre Alejandro y su más que magno súbdito⁴⁴. Por otra parte, Diodoro habla como si se hubiera seguido el consejo de Parmenión y sostiene que Alejandro cruzó el río al amanecer, anticipándose al ataque de los persas⁴⁵. En caso de que reproduzca su fuente correctamente, sólo podemos llegar a la conclusión de que incluso los detalles más básicos de la contienda estaban poco claros en la antigüedad. El peso de las pruebas se inclina a favor de Arriano y de Plutarco, y es muy posible que la versión de Diodoro proceda de una síntesis confusa del consejo de Parmenión, en la que se mezcle lo que sugirió el viejo general con lo que sucedió realmente. Pero también es posible que se trate de un debate ficticio, destinado a dar a Alejandro la más heroica apariencia. Por suerte, supone poca diferencia que el ataque se produjera por la mañana o por la tarde; lo que importa es el problema estratégico del momento de cruzar el río. ¿De qué modo podía el rey hacer avanzar la línea de batalla a través del río sin que la caballería persa en masa los hiciera retroceder?

Las tropas de Alejandro tardaron poco en estar en orden de batalla. El orden de marcha tenía a la falange entre la caballería, situada a cada ala,

⁴⁴ Cfr. Arr., 1, 18, 6-9; II, 25, 2-3; III, 10, 1-2. La fuente original puede ser Calístenes.

⁴⁵ Diod., XVII, 19, 3; cfr. *Itin. Alex.* 20 (*sub luce*).

y Alejandro mantuvo la misma formación con los hipaspistas y los batallones de la falange en el centro, la caballería tesalia, griega y tracia a la izquierda, bajo el mando de Parmenión y, a la derecha, la caballería macedonia. A la derecha de la línea había dos grupos principales. En el extremo derecho se encontraba Filotas con el grueso de los Compañeros, respaldando a la infantería ligera, agrianes y arqueros, y había una fuerza compuesta bajo el mando de Amintas, hijo de Arrabeo, que incluía los *prodromoi*, peonios y un único *ile* de Compañeros (Arr., I, 14, 1). El destacamento de Amintas se colocó entre la infantería y la caballería de los Compañeros, y el propio rey tomó posición a su lado. Este iba a ser el punto de apoyo de su ataque: los hombres de Amintas abrieron paso a través del río, seguidos por Alejandro y el resto del ala derecha. Según parece, tenían en frente la ribera más practicable. No se podía pretender que los *prodromoi*, que en esta ocasión iban armados con la larga *sarisa* de la caballería⁴⁶, treparan por un acantilado. La explicación más probable es que, igual que ahora, de vez en cuando en algunos tramos del río hubiera acumulaciones de grava que hicieran el ascenso y el descenso relativamente sencillos⁴⁷. Estas pendientes de grava contrastaban con los tramos en donde las orillas eran escarpadas y estaban cubiertas de vegetación. Un ejército sólo podía cruzar por un número limitado de lugares y podemos dar por hecho que las fuerzas de Amintas tomaron el camino más fácil, cruzaron el río sin dificultad y subieron a toda velocidad la ribera opuesta. Su misión era llegar tan lejos de la orilla como fuera posible y resistir la carga inicial de la caballería persa para permitir que el resto del ala derecha cruzara el río. A medida que cruzaban, Alejandro puso en marcha al resto de los Compañeros y estos subieron tras ellos por la ribera de acceso. Este movimiento, de modo natural, lo llevó corriente abajo, hacia la izquierda, y mantuvo sus fuerzas formando una diagonal⁴⁸ para que pudieran utilizar toda la anchura del cauce de grava y salieran del agua, no en columna, sino en oleadas sucesivas que gradualmente tomarían la forma de cuña característica del ejército macedonio. Si podemos confiar en Diodoro (XVII, 19, 6), la misma operación tuvo lugar en el extremo izquierdo de la línea, donde la caballería tesalia, bajo el mando de Parmenión, estableció la cabeza de puente.

En un principio, la acción favoreció a los persas. La vanguardia macedonia quedó desbordada por el mayor número de persas y tuvo que hacer frente a lo mejor de la caballería enemiga, incluido Memnón y sus hijos. Fue gravemente vapuleada y obligada a retroceder al río, pero había

⁴⁶ Arr., I, 16, 3; cfr. Diod., XVII, 21, 3.

⁴⁷ Cfr. Janke (1904), p. 138; Foss (1977), p. 502; Badian (1977b), pp. 281-282.

⁴⁸ Arr., I, 14, 7, un *locus concludatus*: para exégesis muy distintas, véanse Badian (1977b), pp. 286-289; Hammond (1980c), pp. 75-76.

cumplido su principal misión: absorbió la fuerza de la carga de los persas y Alejandro tuvo el terreno limpio para contraatacar, cosa que hizo con su estilo brillante habitual, dirigiendo el asalto en persona y lanzándose a temerarios combates cuerpo a cuerpo. Este asalto casi terminó con la campaña. Una segunda carga, dirigida por un yerno del rey persa, atacó directamente a Alejandro (es posible que hubieran dejado en reserva a ese escuadrón para este fin) y el joven rey fue asaltado por varios lados a la vez. Los detalles aparecen descritos de diversas formas⁴⁹, pero está claro que sus principales antagonistas eran los hermanos Resaces y Espitrídates, que el casco de Alejandro fue partido en dos, y que habría recibido el *coup de grâce* si no hubiera sido por la oportuna intervención de Clito el Negro, comandante del *ile* real. Fue un momento crítico que hizo resaltar la mayor debilidad de la campaña: Alejandro se había embarcado en la expedición siendo soltero y sin ningún hijo, según parece, contra los deseos de sus consejeros, Antípatro y Parmenión. Si Alejandro fuera asesinado repentinamente, no sólo la invasión quedaría paralizada, sino que Macedonia se vería enfrentada a una lucha destructiva por la sucesión. Pocas empresas han dependido nunca tanto de la supervivencia de un solo hombre y, sin embargo, la historia de Alejandro era una saga continua de riesgos heroicos. Cada herida que le era infligida era una nueva prueba de la fragilidad de la estructura política que sostenía la campaña, un nuevo aviso de que cada victoria de su ejército podía quedar anulada por un proyectil fortuito o el cuchillo de un asesino. Debíó de producirse una gran expectación sobre la posibilidad de su muerte inminente y esa expectación debíó de insuflar resistencia a su régimen.

En el Gránico se evitó el peligro, Alejandro escapó sin sufrir daños y la caballería macedonia demostró su superioridad rápidamente. Tal como había sucedido en Platea siglo y medio antes, la superioridad en armamento inclinó el fiel de la balanza. Las lanzas macedonias de madera de cornejo eran muy superiores a las ligeras jabalinas de sus enemigos⁵⁰. La cabeza de puente se ensanchó y, a medida que otros escuadrones seguían adelante, la caballería persa se vio obligada a retroceder. Después de que sus jefes fueran diezmados, ocho de los cuales aparecen expresamente mencionados entre los caídos⁵¹, la línea persa se rompió en el centro y la retirada se convirtió en una desbandada. Los macedonios se mantuvieron firmes en su sitio hasta que todo el ejército hubo cruzado el río y entonces avanzaron contra la infantería de mercenarios. Estas tropas no habían tomado parte en la batalla, que para ellos debíó de parecer una especie de *mêlée* confusa y velada por el polvo, hasta que su propia caballería dio me-

⁴⁹ Arr., I, 15, 7-8; Plut., *Al.* 16, 8-11; Diod., XVII, 20, 5-7; Curcio, VIII, 1, 20.

⁵⁰ Arr., I, 16, 1. No obstante, véase Badian (1977b), pp. 285-286.

⁵¹ Arr., I, 16, 3; cfr. Diod., XVII, 21,3.

dia vuelta y abandonó el campo. Enfrentados a este repentino cambio de fortuna, se mantuvieron en su posición a los pies de las estribaciones de las colinas, sin duda, esperando un armisticio⁵². Pero en el calor de la batalla, Alejandro no estaba para negociaciones. Los infortunados mercenarios tuvieron que enfrentarse frontalmente a la falange mientras la caballería los rodeaba por los costados, y se produjo una masacre. Obligados hasta el último a luchar, los mercenarios infligieron algunas de las mayores heridas que se produjeron durante los combates; nueve de cada diez cayeron donde estaban y los dos mil restantes fueron hechos prisioneros de guerra. La primera victoria de Alejandro fue completa y decisiva, así como ominosamente rápida. Cuando su caballería consiguió despejar el lugar en que iban a cruzar el río, la batalla estaba prácticamente terminada. Los persas habían sido superados de manera palpable; habían perdido gran parte de su infantería y no estaban en situación de rechazar la ocupación de Asia Menor por tierra. Así lo reconoció el alto mando persa superviviente, Arsites, el cual dejó su satrapía y se marchó a la Frigia Mayor, donde se suicidó, consciente de su responsabilidad en el desastre⁵³. Los demás comandantes que sobrevivieron se dispersaron: Aticie y Arsames fueron a sus respectivas satrapías de Frigia y Cilicia, y Memnón a la costa del Egeo, donde se desarrollaría el siguiente acto de la obra.

Dueño del campo de batalla, Alejandro enterró a sus muertos y concedió honores especiales a la caballería que había caído al inicio de la batalla y era la artífice de la victoria. Encargó al gran Lisipo que realizara un grupo escultórico en bronce y lo concedió a Dío, la ciudad de las Musas, hasta que los invasores romanos se lo llevaron en el año 146 a. de J.C.⁵⁴ También rindió los debidos honores a Atenea y envió 300 armaduras persas al Partenón. Fueron los primeros frutos de una guerra de venganza, tal como Alejandro resaltó en la inscripción de la dedicatoria. Añadió que las enviaban todos los griegos, a excepción de los espartanos⁵⁵. La dedicatoria destacaba con rencor que la expedición no era totalmente panhelénica debido a la abstención de Esparta. Los mercenarios capturados eran culpables de un pecado aún más nefando, ya que eran helenos que luchaban contra otros helenos, violando los decretos de la Liga de Corinto. Así pues, fueron trasladados a Macedonia para que se redimieran mediante el trabajo y, posiblemente, para incrementar la mano de obra agraria que Alejandro había reducido para formar su ejército de in-

⁵² Plut., *Al.*, 16, 13; contrástese con Arr., I, 16, 2.

⁵³ Arr., I, 16, 3. El hijo de Arsites fue enviado al exilio en el Golfo Pérsico (NEARCO, *FGH* 133 F 27-28).

⁵⁴ Arr., I, 16, 4; Plut., *Al.*, 16, 16; Vell. Pat., I, 11, 3-5; Plinio, *NH XXXIV*, 64. Cfr. Bosworth (1980a), pp. 125-126, *contra* Hammond (1980b), pp. 460-461.

⁵⁵ Arr., I, 16, 7. Plut., *Al.*, 16, 18.

vasión. No era un destino envidiable y los mercenarios que permanecían al servicio de los persas no tuvieron otra opción que servir hasta el amargo final a los jefes que los habían contratado.

LA COSTA DEL EGEO (VERANO DEL AÑO 334 A. DE J.C.)

El rey no se detuvo mucho tiempo tras su triunfo. Declaró rápidamente su soberanía sobre la Frigia Helespóntica, instauró una satrapía propia en lugar de la de Arsites y exigió el tributo que antes se pagaba a Persia. Parmenión ocupó Dascilio, capital de la satrapía, situada a unos 32 km al sur de Cícico (Arr., I, 17, 2) pero, exceptuando esto, la región permaneció igual que antes y el nuevo sátrapa, Calas, quedó encargado de pacificarla. Alejandro tenía preocupaciones estratégicas más acuciantes en el sur, ya que la flota persa estaba a punto de entrar en el Egeo. La flota de Alejandro fue siguiendo la costa hacia Éfeso. No tenemos otro testimonio del camino que tomó el ejército que la vaga afirmación de Diodoro acerca de que este cruzó Lidia (XVII, 21, 7). Arriano (I, 17, 3) declara abiertamente que avanzó hacia Sardes, y la tradición no habla de ninguna operación cerca de la costa de Tróade o en el norte de Eólida. Es altamente probable que Alejandro siguiera el principal camino interior que parte de Propóntide y se dirigiera hacia el sudeste, desde Zelea hasta el valle del Macesto, después por las fértiles llanuras de las actuales Balıkesir y Kırcağaç hasta Tiateira y, finalmente, llegara al valle del Hermo⁵⁶. Fue una marcha de unos 270 km que lo acercó rápidamente a las proximidades de Sardes, frustrando cualquier intento por parte de la guarnición persa de llevarse su tesoro. El comandante de la guarnición, Mitrene, ofreció su rendición cuando el ejército de Alejandro estaba todavía a 15 km de distancia, y la ciudad con su ciudadela, una fortaleza colosal, cayeron en manos de Macedonia sin lucha.

Alejandro permaneció en Sardes tan sólo el tiempo suficiente para instaurar su propia guarnición y sus oficiales administrativos (véase, más adelante, p. 268), y para fundar un templo destinado al más importante de los dioses macedonios, el Zeus Olímpico, cuyo culto coexistiría con el del dios persa Ahuramazda, también adorado en Sardes bajo la apariencia de Zeus⁵⁷. Al mismo tiempo, concedió a los lidios sus leyes ancestrales y declaró que eran hombres libres. Esto era mera propaganda: Alejandro, efectivamente, los había liberado del dominio persa, pero lo sustituyó por un régimen que se distinguía bien poco, si lo hacía, del anterior. Los atri-

⁵⁶ Para el camino seguido, véanse Robert (1962), p. 50; MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor* pp. 797-799; SEIBERT (1985), pp. 35-37; *contra* Engels (1978a), pp. 30-33.

⁵⁷ Arr., I, 17, S; cfr. Robert (1975).

butos visibles de la dominación, tales como el gobierno de los sátrapas y el pago de un tributo, permanecieron. Naturalmente, los grandes terratenientes persas fueron desposeídos, pero no hay pruebas de que los beneficiarios fueran los lidios nativos. En cualquier caso, en vísperas de la guerra en el Egeo no había tiempo para instaurar una organización minuciosa, y el nuevo sátrapa, Asandro, pocas concesiones a la autonomía lidia podría hacer durante la tensión de la campaña. Los lidios habían cambiado de señores y, probablemente, abrigaban sentimientos contrapuestos hacia el nuevo déspota que proclamaba que les traía la libertad perfecta⁵⁸.

Por el momento, las preocupaciones del rey eran de carácter militar. Envío al norte una fuerza expedicionaria de tropas aliadas para combatir contra los territorios de Memnón en la Tróade, que habían permanecido intactos antes y después de la batalla del Gránico. Él mismo dirigió el grueso del ejército hacia el sur, en dirección al valle del Caistro y, siguiéndolo, avanzó hacia el oeste, en dirección a la costa de Éfeso, adonde llegó a los cuatro días de salir de Sardes tras cubrir unos 100 km. La ciudad le abrió sus puertas. Su flota estaba en la zona y la guarnición persa de la ciudad la había abandonado al considerarla indefendible. Éfeso estaba en manos de una contrarrevolución democrática. La anterior junta de gobierno oligárquica había sido linchada en cuanto sus protectores persas dejaron la ciudad; Alejandro evitó que siguieran las represalias imponiendo a los efesios una amnistía, acto de benevolente despotismo, pero despotismo al fin y al cabo. También restableció en su puesto a los dirigentes democráticos exiliados en el año 335, los cuales se convirtieron en la espina dorsal del nuevo gobierno, y dotó al famoso santuario de Ártemis con el tributo que antes se pagaba al Gran Rey⁵⁹. Sin duda, consideraba estos actos como benefactorías y estaban pensados para fomentar la sumisión en todas partes. En este aspecto, fueron eficaces de inmediato. Magnesia y Trales, ciudades situadas en la frontera sur de Caria, se rindieron a Alejandro cuando estaba todavía en Éfeso y este tuvo otro gesto magnánimo: Alcímaco, hermano del famoso Lisímaco, fue enviado al norte para que operara en las zonas de Jonia y Eólida donde todavía quedaban guarniciones persas, y recibió instrucciones precisas de restablecer la democracia, restaurar la autonomía y perdonarles el tributo que antes pagaban a los persas⁶⁰. No se trataba de un manifiesto de carácter general. La misión de Alcímaco era derrotar a las ciudades ocupadas y, evidentemente, se le concedió la mayor libertad de movimientos posible para hacer atractivas las condiciones de rendición. También podía conce-

⁵⁸ TIBILETTI (1954); Badian (1966), pp. 44-45; Bosworth (1980a), pp. 128-129.

⁵⁹ Véase, más adelante, p. 294.

⁶⁰ Arr., I, 18, 2. Para más datos, véase, más adelante, pp. 294-295.

der la libertad a otras ciudades, pero eso no iba necesariamente acompañado de la remisión del tributo, y Alejandro se reservaba el derecho de intervenir arbitrariamente en los asuntos internos de cualquier ciudad. Ni siquiera en el caso de Alcímaco tenemos indicios de que tuviera un gran éxito. En Eólide guardaban un amargo recuerdo de las operaciones que los macedonios habían llevado a cabo bajo Parmenión y, a finales del año 334, la flota persa pudo operar casi sin obstáculos en el norte del Egeo. Quizá las ofertas más generosas no bastaron para fomentar la revolución en las ciudades ocupadas.

El interludio en Éfeso concluyó con un sacrificio y una solemne procesión en honor a Ártemis, y Alejandro se trasladó al sur, a Mileto, mientras su flota rodeaba la península rocosa de Mícale. Aquí, el comandante de la guarnición optó por resistir⁶¹. La flota persa tan sólo estaba a unos días de distancia y Mileto, que tenía tres de sus lados rodeados por el mar, podía ser una base perfecta para ella. Lo cierto es que la flota de Alejandro llegó primero y ocupó la isla de Lade, impidiendo el acceso de los persas. Estos tenían una flota de 400 barcos de guerra, más del doble que la de Alejandro, pero en esa situación no podían hacer nada. Dado que no podían fondear cerca de Mileto, no tenían otra alternativa que retirarse y establecer una base en las estribaciones de Mícale, a unos 15 km, por lo menos, de la ciudad. Entretanto, la acción proseguía en tierra. No era cuestión de entablar batalla con las expertas tripulaciones chipriotas y fenicias, y Alejandro concentró la atención en el asedio. Rechazó de modo categórico la propuesta de un oligarca de Mileto, Glaucipo, que ofrecía Mileto como ciudad abierta para persas y macedonios (Arr., I, 19, 1) e inició las operaciones para el asalto. Los primeros asaltos se frustraron, pero, en cuanto las máquinas de sitio funcionaron, todo cambió. La lluvia de flechas y, posiblemente, de piedras, lanzadas desde las torres de asedio vaciaron las murallas de defensores, y los arietes pronto abrieron una brecha en una estrecha zona. Al mismo tiempo, la flota de Alejandro formó una barrera defensiva ante las entradas del puerto, de modo que los barcos de guerra persas quedaron reducidos al papel de meros observadores, obligados a contemplar la acción desde el mar, a una distancia segura (Arr., I, 19, 2). En la ciudad cundió el pánico. La defensa de las murallas se derrumbó y la población civil milesia se rindió en el último momento⁶². Eso, sumado al hecho de que sus antepasados habían resistido ante Persia durante la revuelta de Jonia, garantizó la supervivencia de la ciudad, aunque es probable que se le adjudicara una guarnición y se le impusiera un tributo. Las fuerzas defensoras fueron masacradas, excepto

⁶¹ Arr., I, 18, 4; cfr. Diod., XVII, 22, 1.

⁶² Diod., XVII, 22, 4-5; Arr., I, 19,6; BICKERMANN (1934), p. 358; Bosworth (1980a), p. 140.

unos 300 mercenarios que se habían refugiado en uno de los islotes de Mileto y que Alejandro tomó a su servicio. Fue el primer acto conciliador con los griegos que luchaban junto a los persas, pero se trató de un gesto demasiado limitado como para compensar la masacre del Gránico.

La superioridad numérica de la flota persa había sido totalmente inútil. Incluso su base en Mícale quedó neutralizada cuando Alejandro envió su caballería y tres batallones de infantería para impedir que desembarcaran (Arr., I, 19, 7-8). La falta de agua y de provisiones los forzó a cruzar el estrecho en dirección a Samos, donde los clerucos atenienses les permitieron aprovisionarse⁶³. Con todo, no tenían una base segura en tierra y sólo podían seguir la costa con la esperanza de que la flota macedonia fuera lo bastante temeraria como para presentar batalla. El éxito de Alejandro había sido tal vez demasiado completo. Había demostrado el principio clásico según el cual una flota de barcos de guerra, por grande que sea, nada puede hacer sin una base segura en tierra. Al mismo tiempo, su propia flota había sido, en el mejor de los casos, accesoria, incapaz de hacer frente a los persas en mar abierto y totalmente impotente sin la ayuda del ejército. En lugar de ampliarla hasta ponerla a la altura de la del enemigo, Alejandro tomó la que, tal vez, fuera la decisión estratégica más controvertida de su reinado y disolvió toda su flota, exceptuando un pequeño escuadrón que utilizó para transporte de carga⁶⁴. En el futuro, sus acciones militares se desarrollarían sólo en tierra y él seguiría con la táctica empleada en Mileto, impidiendo que los persas desembarcaran y se aprovisionaran. Esta estrategia funcionaba de manera admirable si la flota persa se quedaba cerca de él y pretendía impedirle el paso. Si se iba a otro lugar, la situación cambiaba por completo. Los sátrapas de Alejandro no tenían recursos militares para patrullar la costa del Egeo y el norte corría serio peligro de ser reconquistado por los persas. De hecho, estuvieron a punto de hacerlo durante los primeros meses del año 333 y Alejandro no tuvo más remedio que formar una nueva flota, admitiendo tácitamente que había cometido un error desde el punto de vista militar⁶⁵. Los persas podían causar un daño incalculable a lo largo de la recortada costa de Asia Menor, y Alejandro les había dado carta blanca.

De momento, el rey prosiguió su marcha costa abajo, en dirección al principal arsenal persa, situado en Halicarnaso. Bajo el mando Hecatónida, la ciudad se había fortificado aprovechando su emplazamiento natural, de modo que las murallas seguían el contorno de las colinas circundantes⁶⁶. Había también poderosas ciudadelas en el interior del recorrido

⁶³ Arr., I, 19,8; cfr. Gell., NAXI, 9.

⁶⁴ Arr., I, 20, 1; Diod., XVII, 22, S; 23,3; cfr. Bosworth (1980a), pp. 141-143.

⁶⁵ Curcio, III, 1, 19-20; Arr., II, 2, 3. Véanse, más adelante, pp. 59-60.

⁶⁶ Cfr. BEAN y COOK (1955), pp. 89-91; HORNBLOWER (1982), pp. 297-305.

de las murallas, tal como la de Salmácide en el extremo oeste de las fortificaciones, así como la isla fortaleza de Cefirio, en la cual se encontraba el palacio de Mausolo. La aproximación por el mar era fácil y ahora que nada desafiaba a la flota persa, esta podía aprovisionar a la ciudad indefinidamente. Memnón de Rodas, que había sido ascendido a comandante de la guerra en el oeste, organizó la defensa. El informe sobre el desastre del Gránico había empujado a Darío a encomendar toda la responsabilidad a un único general, al cual le fue otorgado poder sobre toda la costa del Egeo⁶⁷. Por pura cortesía, Memnón cooperaba con el sátrapa cario, Orontóbates, pero, por lo que parece, la autoridad de Memnón era primordial. Este debió de recibir la noticia de su ascenso la víspera de la llegada de Alejandro y se puso en marcha de inmediato. Concentró en Halicarnaso a las tropas mercenarias evacuadas de las guarniciones de las ciudades que se encontraban en el camino de Alejandro. Comprobó que las murallas se encontraban en buen estado y defendió los puertos con una protección de trirremes. Así defendida, la ciudad era el mayor reto militar al que se había enfrentado nunca Alejandro.

El ejército macedonio se aproximó por el camino de la costa, procedente de Yaso y de Bargilia, y el asalto se inició en la puerta de Milasa, en el extremo nordeste de las murallas. Al principio, el ataque no fue eficaz, en gran medida porque Alejandro no había reunido aún su equipo de sitio completo. En un corto interludio intentó infructuosamente capturar Mindo, una ciudad dependiente de Halicarnaso, situada en el lado oeste de su península; después prosiguió el sitio, durante el cual ambos bandos utilizaron todo tipo de refinadas técnicas militares⁶⁸. Los macedonios empezaron por rellenar el foso defensivo situado ante las murallas de la ciudad y, a continuación, trajeron torres de sitio para desalojar a los defensores de las almenas con una lluvia de flechas y piedras lanzadas por catapultas de torsión, mientras arietes y zapas atacaban los cimientos. Los atacados respondieron con salidas cada vez más desesperadas, intentando incendiar las máquinas de asedio de los macedonios. Al mismo tiempo, reforzaron las murallas con un muro de ladrillo de forma semicircular. En la narración de Diodoro queda claro que tuvieron un éxito considerable. El incidente más notable se produjo cuando casi habían abierto una brecha en las murallas: dos torres y el lienzo intermedio de las murallas habían sido ya demolidos cuando dos miembros del batallón de Perdicas, borrachos, iniciaron un ataque nocturno al intentar escalar las defensas en un arrebato temerario. Otros miembros del batallón siguieron su ejemplo hasta que aquello se convirtió en un combate generalizado. Los macedonios tuvieron muchas bajas y los atacados fueron obligados a regresar den-

⁶⁷ Arr., I, 20, 3; II, 1, 1; Diod., XVII, 23, 6; 29, 1.

⁶⁸ Diod., XVII, 24, 4; 25, 5; Arr., I, 20, 8-10. Cfr. MARSDEN (1969), pp. 100-102.

tro de los muros tras una lucha intensa. Los macedonios no podían recuperar a los muertos debido a la terrible lluvia de proyectiles procedentes de Halicarnaso, y Alejandro se vio obligado a parlamentar pidiendo una tregua, humillación única en su reinado⁶⁹. Arriano pasa por alto casi todo esto, se concentra en los éxitos macedonios y presenta el sitio como una serie de victorias fáciles⁷⁰. La realidad fue muy diferente. Incluso cuando los macedonios cruzaron el muro exterior, encontraron el paso cerrado por la segunda defensa de ladrillos en forma de media luna, de modo que eran vulnerables por el flanco y por la retaguardia. Los defensores incluso habían montado sobre la muralla una gran torre de madera con catapultas que lanzaban flechas⁷¹. A pesar de las bajas, los hicieron retroceder y la situación de los defensores se hizo crítica. El muro de ladrillo, construido a toda prisa, no podía resistir indefinidamente el ataque en masa del equipo de sitio macedonio y los persas se lanzaron a una última gran salida. Dirigidos por los comandantes de los mercenarios, los atenienses Efiltes y Trasíbulo, las fuerzas persas atacaron las máquinas concentradas junto al muro de ladrillo. Al mismo tiempo, un grupo más pequeño entabló combate con otras unidades macedonias estacionadas junto a la triple puerta situada en el lado oeste de la ciudad. Una vez más, el ataque estuvo a punto de tener éxito. Algunas de las torres de asedio fueron incendiadas y Efiltes empezó a poner en fuga a la infantería macedonia, protegido por los proyectiles lanzados desde las murallas. En este momento crítico, un grupo de veteranos reforzó la resistencia macedonia y cambiaron las tornas, rechazando la salida y haciendo que los soldados persas volvieran a entrar en la ciudad⁷². Efiltes, entre otros, fue asesinado.

Llegados a este punto, Memnón consultó con sus oficiales y decidió abandonar la defensa. Cuando todavía era de noche, prendió fuego a los arsenales de municiones y a la gran torre de las murallas, y retiró a sus hombres a las dos ciudadelas interiores. Abandonaron la ciudad a la lucha y a Alejandro. Al alba, el rey contempló la ciudad en ruinas. Estaba abierta a su ejército, pero las tropas enemigas, relativamente incólumes, ocupaban las ciudadelas de Salmácide y de Cefirio, ambas fáciles de avituallar desde el mar. A pesar de todo el esfuerzo y la matanza que había supuesto el sitio de la ciudad, Alejandro apenas había avanzado en lo fundamental. Halicarnaso seguía en manos de los enemigos y la flota, con base en Cos, era totalmente operativa y estaba preparada para tomar la ofensiva en cuanto le diera la espalda. Alejandro no pensó siquiera en tomar por asalto las ciudadelas. Su moral había flaqueado demasiado durante la sali-

⁶⁹ Diod., XVII, 25, 5-6; Arr., I, 21, 1-4.

⁷⁰ Arr., I, 20, 8; 21, 3; 21, 6; 22, 2-4; cfr. Bosworth (1976a), pp. 21-22.

⁷¹ Arr., I, 21, 4; 23, 2; cfr. Diod., XVII, 26, 6.

⁷² Diod., XVII, 26, 7-27; Curcio, V, 2, 5; contrástense con Arr., I, 22, 1-3.

da final como para correr el riesgo de un segundo asedio en otro lugar. Así que arrasó las viviendas y murallas de Halicarnaso, y asoló, como mínimo, la zona que rodeaba Salmácide (el Mausoleo permaneció intacto, para satisfacción de la posteridad). También dejó una pequeña guarnición de 3.000 soldados de infantería y 200 de caballería⁷³. Resultó escasa para contener a las fuerzas persas y Halicarnaso fue un bastión del enemigo hasta principios del año 332. El sitio había perjudicado más a Alejandro que al enemigo: había sido caro en dinero y en hombres, y, al final de todo, la situación estratégica no había cambiado en nada. Memnón quedó con las manos libres para causar estragos en el norte del Egeo y eso fue lo que hizo después de trasladarse a Quíos para la campaña del año 333.

DE HALICARNASO A CILICIA (DEL OTOÑO DEL AÑO 334 AL VERANO DEL 333 A. DE J.C.)

Alejandro dejó a Memnón y a la flota persa a su suerte, se alejó de la costa del Egeo y dividió a sus tropas para la campaña de invierno. Dejó Caria en las manos de Ada, princesa Hecatómnia, respaldada por el general macedonio Ptolomeo y su modesto complemento de tropas en Halicarnaso (véase, más adelante, p. 268). El rey y su ejército se marcharon. Los hombres que se habían casado inmediatamente antes del inicio de la campaña fueron enviados de regreso a Macedonia para que pasaran el invierno con sus mujeres. Al mismo tiempo, sus oficiales marcharon a reclutar tropas para cubrir las bajas del verano⁷⁴. La pérdida de estos soldados (3.000 de infantería y 300 de caballería) superaba en mucho la contribución a la tasa de natalidad que los recién casados pudieran aportar y los recursos humanos del país empezaron a menguar. En Asia, Parmenión fue enviado con las tropas aliadas a combatir en la altiplanicie de Anatolia. Pasó por Sardes y el valle del Hermo hacia el interior de Frigia, donde el sátrapa persa Aticie todavía tenía a sus hombres sobre las armas. Alejandro se adentró en el sur, en Licia. Arriano (I, 24, 3) sostiene que tenía intención de controlar la costa e inutilizar la flota enemiga (los estudiosos alemanes se han referido a ello con el término «Kontinentalssperre»)⁷⁵ pero los hechos sugieren otra cosa. Su ruta lo llevó de Telmiso al valle del Janto; llegado a ese punto, se encaminó hacia el interior pasando por Milíade, el corredor montañoso entre el norte de Licia y Pisidia, y se aproximó a la costa en Fasélide⁷⁶. Envío tropas para ocupar las

⁷³ Arr., I, 23, 6; Diod., XVII, 27, 6.

⁷⁴ Arr., I, 24, 1-2; 29, 4.

⁷⁵ DROYSEN (1952), p. 113; Schachermeyr (1973), p. 182.

⁷⁶ Arr., I, 24, 4-6; cfr. Bosworth (1980a), pp. 156-158; Seibert (1985), pp. 50-52.

ciudades de la Licia Inferior, pero la zona apenas quedó protegida contra la flota persa. Durante el verano siguiente, Farnabazo pudo operar con bastante libertad en Licia (Arr., II, 2, 1), donde la rocosa costa proporcionaba numerosos puertos naturales seguros. Pero el rey se apartó de la costa por otros motivos: probablemente, había decidido ya seguir las huellas de Ciro y los Diez Mil, y desafiar al Gran Rey para hacerse con su imperio. El siguiente verano lo vería avanzar hacia el este en dirección a las Puertas Cilicias. En el intervalo, la campaña de invierno de Alejandro se anexionó más territorios pertenecientes a la corona persa y liberó a las ciudades del Egeo de la necesidad de abastecer a su ejército. Alejandro corría el riesgo de perder lo obtenido en el año 334, pero el atractivo de conquistar tierras en el este era irresistible.

A mediados del invierno, Alejandro estaba en Fasélide, en el extremo más oriental de la costa licia. Allí se desarrolló una curiosa correspondencia con Parmenión en relación con un agente persa enviado desde Susa. Este hombre, llamado Sisines, había sido capturado en Frigia y enviado al cuartel general del rey, situado en el sur. En Arriano (I, 25, 3-9), la historia involucra al príncipe Lincesta, Alejandro, hijo de Aérope, el cual dirigía la caballería tesalia bajo Parmenión. Sisines lo implicó en un asunto de correspondencia traidora con la corte persa. Darío había ofrecido la fantástica cantidad de 1.000 talentos en oro por el asesinato de su homónimo, así como el trono de Macedonia —que no se encontraba en situación de garantizar—. Tras consultar con el consejo de los Compañeros, Alejandro envió un despacho secreto a Parmenión con instrucciones de arrestar al lincesta. Aquí termina la historia y Arriano no dice nada sobre cómo continuó. En realidad, el lincesta permaneció bajo arresto hasta finales del año 330, cuando se le juzgó y ejecutó como consecuencia de la supuesta conspiración de Filotas⁷⁷. No es fácil entender por qué el proceso legal se retrasó tanto tiempo si Alejandro el lincesta estaba tan incriminado como sugiere Arriano. Diodoro (XVII, 32, 1) afirma que su detención se produjo casi un año más tarde, en vísperas de Isos, y menciona tan sólo vagas sospechas suscitadas por una carta de Olímpíade. Dado su pasado regicida, había motivos fundados para vigilarlo como sospechoso. Algunas acusaciones de traición concretas podrían haber desembocado en su ejecución inmediata, por muy yerno que fuera de Antípatro. Es probable que la historia de la correspondencia mantenida durante el invierno del año 334/333 derive de las alegaciones hechas durante el juicio, en el año 330, cuando se declaró que Sisines era un intermediario en una conspiración contra Alejandro, y tal vez la fuente de Arriano repitió estas

⁷⁷ Diod., XVII, 80, 2; Curcio, VII, 1, 5-9 (Arriano no habla de este tema). Véase, más adelante, p. 120.

alegaciones como si fueran hechos probados. El núcleo de la historia, el arresto de Sisines, probablemente sea cierto: Parmenión capturó a un mensajero que el Gran Rey enviaba a su sátrapa de Frigia y lo envió a Licia para que fuera interrogado. No podemos saber qué salió de aquel interrogatorio, pero el incidente es buena prueba de que existía comunicación entre los dos ejércitos. Pudo ser en este momento cuando se fijó Gordio como punto de contacto para finales de la primavera.

Desde Fasélide, Alejandro llevó su ejército a Panfilia; envió a la mayoría de sus hombres a través del monte Clímaco por un camino hecho especialmente por los zapadores tracios y él viajó siguiendo la costa con su equipo de ayudantes. Allí, el camino estaba sumergido parcialmente. Los vientos del sur lanzaban grandes olas contra la estrecha costa y obligaban a los hombres a marchar mojados e incómodos (Estrabón, 667). En plena marcha, el viento viró al norte, se hizo la calma y la playa quedó despejada y seca, con el paso libre. Tal cambio de tiempo no era inusual, pero los acompañantes de Alejandro lo acogieron como signo de favor divino⁷⁸. Algún tiempo después, el historiador de la corte, Calístenes, se extendió sobre la aparición de unas olas que el viento había arrastrado y cuya forma arqueada sugería el gesto oriental de la prosternación (*FGrH* 124 F 31); incluso el mar reconocía que había cambiado su dueño y ofrecía al conquistador el adecuado gesto de obediencia. La fértil llanura de Panfilia se abría ante Alejandro y este entró como un huésped bienvenido en la helenizada ciudad de Perge, que utilizó como base para sus operaciones en la zona. La estancia allí no tuvo excesivo éxito. Los ciudadanos de Aspendo eran reacios a acatar las exacciones y tuvieron que ser sometidos por la fuerza⁷⁹. En Silio, la guarnición de mercenarios y de habitantes de Panfilia consiguió resistir el primer asalto de Alejandro (*Arr.*, I, 26, 5) y este los dejó tranquilos mientras se encargaba de los recalcitranes aspendios y, por lo que sabemos, nunca reanudó el sitio. Poco después, Alejandro se trasladó al norte, a Frigia, y dejó a su amigo de la infancia, Nearco de Creta, en calidad de sátrapa⁸⁰, con una base en Perge, guarniciones en Side y, probablemente, en Aspendo, y toda la provincia por pacificar y organizar.

Alejandro empezó a moverse con rapidez. Hacia el principio de la primavera del año 333 tomó el camino situado al norte de Perge en dirección al cinturón montañoso de Pisidia. Su primer objetivo era la plaza fuerte de Termeso, que cerraba la vía de comunicación con el valle del Meandro⁸¹. Consiguió abrirse paso a la fuerza hacia la ciudad (la actual

⁷⁸ *Arr.*, I, 26, 1-2; cfr. *Plut.*, *Al.*, 17, 8; *App.* BC II, 149,622; *FGrH* 151 F 1, 2.

⁷⁹ Véase, más adelante, p. 298.

⁸⁰ *Arr.*, III, 6, 6; IV, 7, 2. Cfr. Berve (1926), núm. 544; Badian (1975), pp. 149-150.

⁸¹ *Arr.*, I, 27, 5-28, 2; cfr. ESTRABÓN, 666; Bosworth (1980a), p. 170.

Gülük), pero la ciudadela se alzaba inexpugnable sobre el valle que la rodeaba, desafiándolo. Dado que no contaba con su equipo de sitio, Alejandro se vio obligado a volver sobre sus pasos y, con la ayuda de las gentes de Selge (enemigos acérrimos de sus vecinos pisidios), se encaminó a una segunda plaza fuerte situada en Sagaleso (la actual Ağlasun). Esta era más accesible y no se encontraba tan bien defendida. Alejandro llevó a su infantería de frente, cuesta arriba por la colina cónica que llevaba a la ciudad, y venció a los defensores, armados ligeramente. Entonces cayó la ciudad sin un solo golpe. Alejandro prosiguió su marcha hacia el norte y, por el camino, tomó fortalezas pisidias de menor importancia por asalto o capitulación. Esta campaña no fue una conquista; aparentemente, Alejandro no dejó guarniciones en Pisidia y, a finales de su reinado, esta zona era todavía tenazmente independiente. El paso del rey tuvo un efecto disuasorio muy limitado. La marcha discurrió por la esquina nordeste de la laguna Ascania (Burdur Gölü), un lago interior de agua salada, y pronto alcanzó la capital de la satrapía, Celenas, donde, en la base de la ciudadela, nacía el río Marsias. Allí Alejandro encontró otra guarnición persa con una fuerza mixta de carios y mercenarios griegos. Una vez más, se negaron a rendirse y, tras diez días de asedio, Alejandro aceptó una capitulación provisional: la acrópolis se rendiría si no llegaban tropas de ayuda en el plazo de sesenta días⁸². El hecho de que accediera a una petición tan inusual es prueba clara de su prisa y Alejandro se limitó a dejar a Antígono para que controlara el acuerdo con una modesta fuerza de 1.500 mercenarios. Al mismo tiempo, nombró a Antígono sátrapa de la Frigia Mayor, puesto que desempeñó sin interrupción hasta la muerte del rey. Sin duda, su tarea fue muy difícil desde el principio, ya que el ejército macedonio había cruzado su satrapía a toda velocidad, emprendiendo tan sólo las acciones militares más someras: Antígono tuvo que establecer el control con unas fuerzas mínimas y, posteriormente, incluso remitió a Alejandro parte de estas.

La siguiente etapa, de Celenas a Gordio, duraría, como mínimo, un mes. No tenemos testimonios de que se produjeran incidentes y el rey debió de seguir la ruta de la campaña de Parmenión, cosechando los beneficios de sus operaciones invernales. El viejo general se unió al ejército principal en Gordio, al igual que los recién casados procedentes de Macedonia junto con los refuerzos. Alejandro también encontró a una embajada ateniense esperándolo. Esta presionó ante él, sin éxito, para que liberara a los mercenarios atenienses capturados en la batalla del Gránico, pero el rey fue reacio a mostrarse clemente antes de enfrentarse a los ejércitos persas en el este⁸³. No obstante, no pudo dedicar toda su atención

⁸² Arr., I, 29, 1-2; Curcio, III, 1, 6-8; cfr. Briant (1973), pp. 101-106.

⁸³ Arr., I, 29, 5-6; Curcio, III, 1, 9.

al inminente enfrentamiento, ya que llegaron noticias alarmantes del oeste: Memnón había emprendido operaciones en el norte del Egeo con un éxito considerable. En el inicio de la ofensiva de primavera ocupó Quíos sin violencia, ya que la oligarquía en el poder abrió sus puertas ante la fuerza abrumadora de la flota persa. Lo mismo sucedió en Lesbos, donde las ciudades de Antisa, Metimna y Éreso ofrecieron su rendición⁸⁴. Sólo Mitilene resistió, respaldada por una guarnición mercenaria enviada por Alejandro, mientras Memnón se dedicaba a un bloqueo intensivo por tierra y por mar. Corrieron rumores, si no fue algo más, de que Memnón tenía intención de cruzar a Eubea y atacar a Macedonia directamente desde tierra firme griega. Alejandro no pensó ni por un momento en volver sobre sus pasos, pero estaba lo bastante preocupado como para invertir sus planes estratégicos. Puso en servicio una nueva flota en el oeste y envió a Anfótero al Helesponto y a Hegéloco a liberar las islas. El gasto fue tremendo: envió 500 talentos con los almirantes, 600 más a Antípatro y, además, las ciudades de la Liga de Corinto recibieron órdenes de facilitar contingentes navales (Curcio, III, 1, 19-20). Aún así, pasaron muchos meses antes de que esta iniciativa diera frutos. Memnón murió de enfermedad durante el sitio de Mitilene, en el verano del año 333, pero su sobrino Farnabazo presionó a la ciudad para que capitulara. Entonces la ofensiva persa se desvió hacia el Helesponto, donde se rindió la isla de Ténedos, si bien muy a pesar suyo. Hegéloco todavía no había reunido un número suficiente de barcos de guerra como para prestar un apoyo eficaz, y los habitantes de Ténedos no tuvieron otra alternativa que rendirse (Arr., II, 2, 3). Su lealtad a la causa macedonia aparece registrada de modo específico y es de suponer que las ciudades con menos motivaciones políticas acogieron a los persas con escasas reservas. No contamos con la mayoría de los detalles, pero es cierto que Mileto estaba de nuevo en manos persas a finales del año 333 (Curcio, IV, 1, 37) y su flota pudo navegar casi sin problemas por las Cícladas. Un pequeño escuadrón bajo el mando de Datames fue sorprendido por fuerzas más numerosas en Sifnos y perdió ocho trirremes (Arr., II, 2, 4-5) pero este fue el único revés registrado. El grueso de la flota hizo una demostración de fuerza en la zona occidental de las Cícladas y ocupó Sifnos de nuevo. En esta ocasión, no se les opuso ningún ejército procedente de Eubea.

No obstante, la supremacía persa en el mar estaba ya minada. Según parece, incluso antes de la muerte de Memnón⁸⁵, Darío había decidido reunir sus fuerzas militares con la esperanza de aplastar al ejército de Macedonia en una única batalla campal y, en la primavera del año 333, si no

⁸⁴ Arr., II, 1, 1-2; Diod., XVII, 29, 2: véase, más adelante, p. 223.

⁸⁵ *Contra* Diod., XVII, 30, 1; Curcio, III, 2, 1; Schachermeyr (1973), pp. 194-196. Cfr. Bosworth (1980a), p. 183.

antes, estaba reuniendo un ejército real en Babilonia. El núcleo indispensable del ejército lo formaban los mercenarios griegos y el Gran Rey los fue congregando, procedentes de todos los rincones. Los comandantes del oeste recibieron la orden de enviar el grueso de sus fuerzas mercenarias a Asia. Esta orden llegó durante el sitio de Mitilene y fue obedecida al instante. Farnabazo dirigió las tropas exigidas hacia el sur, en dirección a Licia, donde se las entregó a un enviado de Darío, otro sobrino de Memnón llamado Timondas, hijo de Mentor⁸⁶. Este contingente comprendía una gran parte de la flota persa, quizá llegaba a los 200 barcos (los 8.000 refugiados de Isos no pudieron utilizar más que parte de ellos en su huida de Trípoli)⁸⁷. Como resultado de todo esto, la guerra en el Egeo languideció irremisiblemente y los almirantes macedonios consiguieron igualar su situación con la del enemigo a principios del año 332. Pero la transferencia de mercenarios no tuvo lugar antes de finales del verano del año 333: cuando Alejandro estaba en Gordio, la ofensiva de Memnón se encontraba en lo más álgido, los persas tenían las fuerzas intactas y el rey debió de tener preocupaciones muy serias.

En este momento de perplejidad, Alejandro visitó el antiguo palacio de los reyes frigios y examinó el legendario carro de Gordio, el fundador mítico de la dinastía frigia. El yugo del carro estaba atado a la lanza con un elaborado nudo de hilachas de cornejo, cuyos extremos resultaban invisibles. Según una leyenda local, fuera auténtica o fabricada para la ocasión, la persona que deshiciera el nudo sería dueña de Asia⁸⁸. Alejandro resolvió debidamente el problema, ya fuera cortando el nudo para mostrar sus extremos escondidos o (como decía Aristóbulo)⁸⁹ quitando la clavija que fijaba el yugo a la lanza y deshaciendo así el nudo. En ambas versiones, Alejandro evitaba la tarea principal y, sin embargo, podía decirse que había realizado lo que dictaba la profecía. La divergencia entre ambas versiones es, sin duda, desconcertante. Quizá lo que Alejandro hiciera con el nudo sucedió en privado y nunca existió una explicación oficial. El misterio se discutió ya en la época, en chismorreos de campamento más o menos informados. Sin duda, Calístenes repetía la versión más dramática del golpe con la espada, en tanto que Aristóbulo recordaba otra solución menos drástica. Alejandro mostró a todos el carro sin yugo y ofreció sacrificios de agradecimiento a Zeus Basileus, el cual había saludado adecuadamente la hazaña de Alejandro con truenos y relámpagos. No

⁸⁶ Arr., II, 2,1; Curcio, III, 3, 1-8, 1.

⁸⁷ Arr., II, 13, 3; Diod., XVII, 48, 2.

⁸⁸ Arr., II, 3, 6-7; Curcio, III, 1, 16; Justino, XI, 7, 4; Plut., *Al.*, 18, 2; MARSYAS, *FGrH* 135/6 F 4. cfr. TARN (1948), 2, pp. 262-265; Fredricksmeyer (1961); SCHMIDT (1959); KRAFT (1971), pp. 84-92; Bosworth (1980a), pp. 184-188.

⁸⁹ Arr., II, 3, 7; Plut., *Al.*, 18, 4 (= *FGrH* 139 F 7).

podemos decir cómo interpretó Alejandro la profecía en aquel momento: quizá se limitó a verla como la legitimación de su soberanía en Asia Menor pero, en vísperas de su marcha hacia el este, es probable que le concediera el sentido más amplio posible. Tanto entonces como más tarde, en la historia de Calístenes, el éxito de Gordio se saludó como un respaldo divino a toda la campaña, que no sólo era por venganza, sino también para conseguir conquistas permanentes.

Hacia finales de mayo, Alejandro dirigió a su ejército unificado fuera de Gordio y se encaminó rápidamente a través de Anatolia. Tenía serios motivos para darse prisa. El hecho de que Darío estuviera movilizand o toda su leva era un incentivo y además (como consideración más inmediata) Alejandro había iniciado su marcha antes de la cosecha (actualmente el trigo madura en agosto en la altiplanicie de Anatolia). Las provisiones de alimentos estaban bajo mínimos⁹⁰. Se detuvo brevemente en Ancira para recibir las muestras de sumisión de las tribus paflagonias de la costa pónica. Estas fueron asignadas a la satrapía de la Frigia Helespónica, si bien quedaron exoneradas de la obligación de pagar tributo, igual que lo habían estado bajo los persas⁹¹. Aunque tomó rehenes, Alejandro no intentó imponer su soberanía y Calas tenía demasiados problemas con los persas en la costa como para molestar a los paflagonios. Calas luchó en una breve campaña contra ellos en el año 332 (Curcio, IV, 5, 13), pero, por lo que parece, no consiguió nada. A finales del reinado, Paflagonia era todavía un territorio sin pacificar. Algo parecido sucedió con la Capadocia. Alejandro probablemente tomó el camino más directo a Tiana, pasando por el lago Tatta⁹². Durante el viaje, Alejandro nombró a Sabictas, el dinasta nativo, sátrapa de la satrapía del sur de Capadocia —el norte estaba bajo el dominio de Ariarates y Alejandro lo dejó totalmente solo (véase, más adelante, pp. 269-270)—. Esta fue una conquista simbólica: Alejandro proclamó su soberanía, pero no dejó tropas ni administración alguna y se puso en marcha para alcanzar lo antes posible la costa del Mediterráneo, a la que llegó a finales del verano. Las Puertas Cilicias, el principal paso a través de la cadena montañosa de Tauro (al sur de la actual Pozanti)⁹³, estaban custodiadas por una fuerza mínima de defensores persas que fue rápidamente desalojada por los hipaspistas y la infantería ligera⁹⁴. Entretanto, el sátrapa de Cilicia, Arsames, había decidido evacuar su capital y replegarse en Siria para es-

⁹⁰ Cfr. BRUNT (1976), p. 154; ATKINSON (1980), pp. 457-461; *contra* Engels (1978a), pp. 37-42.

⁹¹ Arr., II, 4, 1-2; Curcio, III, 1, 22-24.

⁹² Engels (1978a), pp. 41-42; Bosworth (1980a), pp. 188-189; Hornblower (1981), pp. 240-243; *contra* Seibert (1985), pp. 62-63.

⁹³ Janke (1904), pp. 98-111; Schachermeyr (1973), pp. 663-666.

⁹⁴ Arr., II, 4, 3-4; Curcio, III, 4, 3-5.

perar al ejército real. Recordando el consejo de Memnón en el Gránico, empezó a devastar los campos de Cilicia. Como en tantas otras ocasiones, Alejandro llegó antes de lo esperado. Una columna avanzada de caballería y de infantería ligera cubrió los 55 km que separan las Puertas Cilicias de Tarso en un solo día e impidió el incendio de la ciudad.

LA CAMPAÑA DE ISOS

Durante los meses siguientes, Cilicia sería la base de Alejandro. De una fertilidad proverbial, su llanura había sido un importante contribuyente al erario Aqueménida y estaba rodeada por las cadenas montañosas de Tauro y Amano, las cuales limitaban su acceso. Alejandro se propuso convertirla en una fortaleza y ordenó a Parmenión que avanzara para ocupar los pasos del Camino Real a Siria⁹⁵. Se trataba de los desfiladeros que se extienden desde la Columna de Jonás, donde las estribaciones de los montes Amano descienden hasta el mar, hasta el Paso de Belén que controla el acceso por los montes Amano hacia la llanura de Amik, situada en el interior⁹⁶. Los macedonios echaron pronto a los persas de los puestos avanzados de los desfiladeros del sur y ocuparon Cilicia hasta la frontera con Siria.

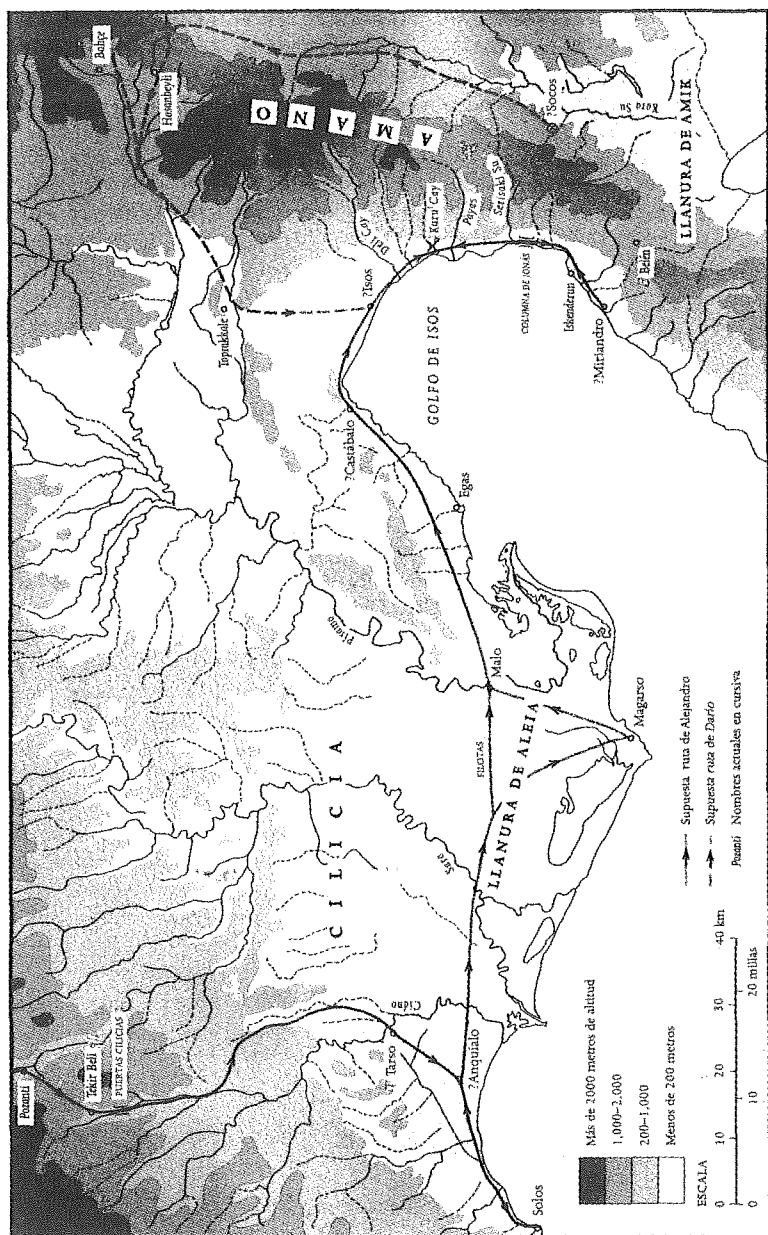
De momento, la posición se mantuvo estática. Alejandro se había puesto enfermo como consecuencia de un imprudente baño en Tarso⁹⁷. Acalorado después de cabalgar por la sofocante y palúdica llanura, se sintió tentado por las claras aguas del Cidno, que entonces fluían por el centro de la ciudad, y se tiró a ellas sin vacilar. Por desgracia, el río estaba alimentado por las nieves de las montañas de Tauro y el agua estaba muy fría, incluso en verano. Alejandro pronto se vio en dificultades, con calambres y tiritonas. Tuvo un acceso de fiebre tropical, acompañado de un insomnio persistente y, durante un tiempo, pareció que no iba a sobrevivir⁹⁸. Finalmente, el médico de la corte, Filipo el Acarnanio, le administró una purga drástica. Quizá la medicación fue eficaz o simplemente coincidió con que se la administró en el momento oportuno; en cualquier caso, la fiebre fue desapareciendo y Alejandro se recuperó lentamente. La enfermedad incapacitó a Alejandro durante varias semanas y

⁹⁵ Arr., II, 5, 1. Para la cronología, véanse Schachermeyr (1973), p. 203; Bosworth (1980a), pp. 192-193.

⁹⁶ Cfr. Janke (1904), pp. 21-31; (1910), pp. 139-142; Engels (1978a), p. 44.

⁹⁷ Arr., II, 4, 7-11; Plut., *Al.*, 19, 2-9; Diod., XVII, 31, 4-6; Curcio, III, 5, 1-6, 20; Justino, XI, 8, 3-9; *FGrH* 151 F 1,6.

⁹⁸ Engels (1978b) sugiere que se trataba de un caso de paludismo pernicioso *falciparum*. Green (1974), p. 220, opta por una neumonía bronquial.



3. Cilicia y Siria septentrional

creó una atmósfera de intensa inseguridad justo en el momento en que el ejército persa se aproximaba a Cilicia. Debieron de producirse abundantes intrigas entre el alto mando a medida que la posibilidad de la muerte del rey se hacía más concreta. Probablemente, fue en ese momento cuando el tesorero de Alejandro, Hárpalos, hijo de Mácata, huyó a Europa. Nada dicen las fuentes de sus motivos, excepto que un aventurero llamado Taurisco⁹⁹ lo convenció para que se marchara, pero parece bastante probable que decidiera que Cilicia se iba a convertir en un lugar muy desagradable si su rey moría. Si se producía una crisis sucesoria, él se encontraría mucho mejor situado en las proximidades de Macedonia. En cualquier caso, la recuperación del rey y la victoria de Isos frustraron sus planes. Hárpalos vegetó en la Megáride durante casi un año hasta que lo llamaron de nuevo a la corte y volvió a asumir sus deberes como tesorero en la primavera del año 331. Así pues, el suyo no habría sido un delito de traición o de malversación, porque habría resultado inexplicable que Alejandro lo reintegrara en su puesto. La especulación política, fuese cual fuese su carácter, no era lo bastante seria como para comprometer su cargo de administrador del tesoro, pero su desertión es síntoma de la inquietud que reinaba en el cuartel general macedonio durante la enfermedad del rey, y no sería esta la única que se produjera.

Entretanto, el ejército persa se iba acercando. Darío había alistado sus levas en Babilonia durante la primavera y principios de verano del año 333 y había reunido fuerzas procedentes de las satrapías centrales del imperio. La formidable caballería de la frontera del nordeste no apareció por falta de tiempo, pero se movilizaron todas las levas de Pérsida y de Media. Darío contrató también lo que debió de ser el mayor número de mercenarios griegos que sirviera nunca en un ejército persa. Las fuentes dan la cifra de 30.000 hombres¹⁰⁰ y no deben de exagerar demasiado. No obstante, las cifras totales del ejército de Darío han sido vergonzosamente magnificadas para la mayor gloria de Alejandro y ni siquiera podemos lanzar hipótesis con cierta base. Sin embargo, hay cierta unanimidad en afirmar que el ejército persa superaba francamente en número al de Alejandro, y los contemporáneos esperaban ver cómo las hordas de la caballería enemiga lo pisoteaban en la llanura cilicia (Esquines, 3, 164). Darío había decidido arriesgarse en una única batalla. Era una decisión controvertida y las fuentes sugieren que fue debatida. El ateniense Caridemo era partidario de una división de las fuerzas, de modo que el rey permaneciera en Babilonia mientras un ejército de menor tamaño (¡dirigido por él mismo!) atajaría el paso de los macedonios. La envidia de los nobles

⁹⁹ Arr., III, 6, 7; Badian (1960b); Heckel (1977b); JASCHINSKI (1981), pp. 10-18; WORTHINGTON (1984); KINGSLEY (1986).

¹⁰⁰ Calístenes *apud* Polibio, XII, 18, 2; Arr., II, 8, 6; Curcio, III, 9, 2.

persas, que en otras ocasiones ya habían puesto trabas a Memnón, minaron las ambiciones de Caridemo y, por lo que parece, este fue ejecutado por su inoportuna franqueza en el debate. El desacuerdo en relación con la estrategia persistiría (otra tradición dice que el desertor macedonio Amintas mostró más tarde, durante la campaña, su oposición a la decisión de trasladarse de la base de Socos), y la falta de unanimidad, sumada a los mutuos celos entre los comandantes persas y los griegos, supuso una grave debilidad en el alto mando persa¹⁰¹. Pero a principios de verano la decisión vital estaba tomada y el gran ejército inició su lenta marcha saliendo de Babilonia en dirección al norte; la gran caravana de impedimenta que transportaba el tesoro real y, lo que es más importante, a las princesas y concubinas de la corte, hacía más lento el avance. Poco antes de que Darío alcanzara el paso del Éufrates en Tápsaco, le llegaron noticias de la enfermedad de Alejandro e intentó apresurarse. Tardó cinco días en cruzar el río y luego avanzó hacia la llanura de Amik. Envío a Damasco, situado a unos 300 km hacia el sur, el grueso de la impedimenta, y las fuerzas de combate acamparon en Socos, un lugar situado en la llanura de Amik, en las estribaciones de la cadena montañosa de Amanö. El viaje desde Babilonia había durado, por lo menos, tres meses y Darío tomó posición en Socos en el mes de septiembre¹⁰².

Entretanto, Alejandro se había recuperado y se había puesto en marcha en Cilicia. Desde Tarso se dirigió a la costa y de ahí se desplazó en dirección al oeste, a la ciudad de Solos, en el límite de la llanura. En ese lugar la dominación de Alejandro fue draconiana: introdujo una guarnición y exigió una enorme multa de 200 talentos por supuestas simpatías hacia los persas, al tiempo que tomaba rehenes para garantizar el pago. Este feroz trato contrasta con la remisión del tributo que concedió a la ciudad de Malo, en el otro extremo de la llanura. Solos, al igual que Malo, atribuía sus orígenes al héroe argivo Anfíloco, pero Alejandro sólo admitió las pretensiones de una de las comunidades. Curcio puede tener razón al decir que la multa impuesta a Solos era un impuesto camuflado¹⁰³; la ciudad estaba aislada, lejos de su retaguardia, y no podía prestar ningún apoyo significativo a la causa persa, en tanto que Malo estaba mucho mejor situada y su buena voluntad resultaba mucho más importante. Desde Solos, Alejandro se lanzó a las estribaciones costeras de los mon-

¹⁰¹ Curcio, III, 2, 10-19; Diod., XVII, 30 (Caridemo); Arr., II, 6, 3-6; Plut., *Al.*, 20, 1-4 (Amintas). cfr. Berve (1926), 2 núms. 58, 823.

¹⁰² Engels (1978a), pp. 42-43, sostiene que fueron 48 los días que tardó en recorrer las 577 millas (928 km) desde Babilonia (cfr. también Marsden [1964]). Probablemente, subestiman la distancia. Compárese con el ritmo de avance del ejército de Ciro (Diod., XIV, 21,5; cfr. Atkinson [1980], pp. 460-461).

¹⁰³ Curcio, III, 7, 2; Arr., II, 5, 5. Cfr. Welles (1930), pp. 136-140 (núm. 30) con Bosworth (1980a), p. 195. Para los orígenes argivos de las ciudades cilicias, véase, más adelante, p. 298.

tes Tauro, la zona conocida posteriormente como «Cilicia Escabrosa», y dirigió una campaña de siete días con una fuerza selecta de infantería. El episodio fue demasiado breve como para que fuera considerado un ejercicio estratégico importante. Probablemente, sólo se trataba de una exhibición de fuerza destinada a impresionar a los hombres de las montañas con la eficacia militar de los conquistadores y disuadirlos de hacer incursiones a la llanura. No cabe duda de que a Alejandro no le preocupaba la proximidad del ejército persa; si no, no se habría alejado tanto en dirección diametralmente opuesta a la tan esperada ofensiva. Tras la diversión, regresó a Solos para celebrar sacrificios y un festival, como acto de agradecimiento a Asclepio por su recuperación. Mientras estaba allí, le llegaron noticias de una victoria de sus sátrapas en el oeste sobre el comandante persa Orontóbates. No se trató de una victoria final ni tampoco decisiva, porque Halicarnaso permanecía en manos de los persas y la flota enemiga seguía indiscutida en el Egeo¹⁰⁴. Pero, dado que llegó poco después que la noticia de la muerte de Memnón, fue una inyección de ánimo en la moral macedonia y, para los persas, una ominosa señal de que la retirada de los mercenarios había destruido la ofensiva en el oeste.

Alejandro inició entonces la marcha hacia el este y avanzó por la costa hasta Malo, donde recibió informes de que el ejército persa había acampado en Socos. Ante la noticia, Alejandro aceleró la marcha, primero hasta llegar a Castáballo, en la cabecera del golfo de Isos¹⁰⁵, donde se encontró con Parmenión, y, de ahí, marchó hasta Isos. Tras dejar allí a los enfermos y heridos, Alejandro avanzó por los desfiladeros de la costa y cruzó las estribaciones de la Columna de Jonás. Al llegar a este punto, las fuentes divergen radicalmente. Arriano describe al rey como ansioso por entrar en batalla con los persas, aunque una tormenta otoñal lo retuvo en su campamento, en tanto que Quinto Curcio Rufo alega que la estrategia de Alejandro era de carácter defensivo y pretendía dar batalla en los desfiladeros de la costa¹⁰⁶. Lo que parece cierto es que se produjo un retraso antes de la batalla. La caravana de la impedimenta de Darío consiguió recorrer los 300 km que separan la llanura de Amik de Damasco

¹⁰⁴ Arr., II, 5, 7; Curcio, III, 7, 4 (cfr. Arr., II, 13, 4-6).

¹⁰⁵ Curcio, III, 7, 5-6. En relación con el posible emplazamiento de Castáballo, véanse RUGE, *RE* X, 2336; Atkinson (1980), pp. 470-471. No hay que identificarlo con Hierópolis, situada a unos 42 km hacia el noreste (contra Engels [1978a], pp. 48 ss.; Devine [1984]). Para el emplazamiento de Isos, véanse Seton-Williams (1954), pp. 159-161; Hellenkemper (1984).

¹⁰⁶ Arr., II, 6, 1-2; Curcio, III, 7, 8-10. Para diversas interpretaciones sobre la estrategia, véanse Seibert (1972a), pp. 99 ss.; Bosworth (1980a), pp. 199-201 (en fechas más recientes, MURISON [1972]; WIRTH [1977]; Engels [1978a], pp. 42-53 y pp. 131-134; Hammond [1980a], pp. 94-110). La mayoría de los estudiosos parten de la suposición, basada en Arr., II, 6, 2, de que Alejandro avanzó a marchas forzadas desde Malo a Miriandro en dos días. Sin embargo, véanse Brunt (1976-1983), 1, 458-459; Atkinson (1980), p. 177; Bosworth (1980a), p. 220.

cuando la batalla había tenido ya lugar, en un viaje que debió de tomarle, por lo menos, tres semanas. Por consiguiente, el ejército persa llevaba quizá una quincena de días en Socos cuando se produjo la batalla. Lo más probable es que ambos bandos recurrieran a una estrategia defensiva. Darío escogió la llanura más adecuada para desplegar su mayor número de soldados, en tanto que Alejandro optó por recibir a los persas en los pasos angostos de la costa. Su marcha desde Malo lo había colocado en una situación tal que tenía la Columna de Jonás a la espalda mientras el mar y las montañas de Amano protegían sus flancos¹⁰⁷. Si los persas seguían el Camino Real a través del Paso de Belén, encontrarían a Alejandro en los estrechos y el número desigual de sus tropas quedaría neutralizado. Sólo era cuestión de esperar. ¿Cuál de los dos ejércitos se arriesgaría a luchar en el terreno escogido por el otro?

Al final, fue Darío quien se movió. Los escritores clásicos, con la ventaja de tener una visión retrospectiva del tema, sugieren que a Darío lo engañó su tremenda arrogancia y algo de cierto debe de haber en ello. El Gran Rey, héroe militar por derecho propio, no se sentiría inclinado a esperar indefinidamente a un adversario numéricamente inferior. Además, estaba el tema de las provisiones. En la llanura de Amik, Darío dependía del transporte terrestre para sus suministros y, dado que hacía tiempo que había pasado la cosecha, las existencias pronto menguarían. Por otra parte, Alejandro tenía fácil suministro por el mar desde Cilicia. Los factores logísticos forzarían a los persas, de modo inevitable, a tomar la iniciativa y avanzar. Pero lo hicieron en una dirección inesperada. Darío condujo a su ejército hacia el norte, dando un rodeo de, por lo menos, 150 km a través del paso de Bahçe y los estrechos de Toprakkale¹⁰⁸. Sus tropas no encontraron ninguna oposición e inundaron la llanura situada al norte de Isos, cortando las comunicaciones entre el ejército de Alejandro y sus bases en Cilicia. Esta marcha hacia el norte fue una verdadera sorpresa y Alejandro no se creyó la noticia hasta que envió a hombres de su equipo a verificarla por mar (Arr., II, 7, 2; Curcio III, 8, 17). Alejandro, o bien desconocía la existencia de los pasos situados al norte, lo que sería extraño, ya que llevaba dos meses o más en Cilicia, o los había descartado como ruta posible para el ejército persa. Por una vez, lo habían sorprendido, pero podía consolarse pensando que el enemigo había caído en la tentación de adentrarse en su terreno, aunque la dirección de la aproximación fuera inesperada. Alejandro no podía creer que todo el ejército persa hubiera partido hacia el norte; a su parecer, un segundo contingente podría estar preparado para tomar por asalto el Paso de Belén y

¹⁰⁷ Sobre la topografía, véase Janke (1904), pp. 12-31; (1910), pp. 137 ss.

¹⁰⁸ Calístenes *apud* Polibio, XII, 17, 2; Arr., II, 7, 1; Curcio, III, 8, 13; cfr. Janke (1904), pp. 37-44.

atrapar a su ejército por la retaguardia. Probablemente, Alejandro dejó a la infantería aliada (cuya presencia no aparece registrada en la batalla) con unidades de apoyo para que controlaran los pasos del sur. El grueso del ejército retrocedió en dirección al norte y pasó la noche anterior a la batalla sobre el paso de la Columna de Jonás, en el punto más estrecho de los desfiladeros de la costa (Arr., II, 8, 1-2; Curcio, III, 8, 22-24).

Los persas habían establecido una posición defensiva al sur del río Pí-naro, uno de los muchos arroyos que desembocaban en el mar procedentes de los montes Amano. Su localización exacta es un misterio que, debido a la variación de la hidrografía de la zona, quizá nunca se resuelva¹⁰⁹. Es posible que la batalla se librara en las proximidades del río Kuru Çay, a unos 15 km al norte de la Columna de Jonás, donde la llanura es relativamente estrecha, mide unos 4 km de anchura —Calístenes, contemporáneo a estos sucesos, decía que el campo de batalla medía 14 estadios del mar a las colinas (Polibio, XII 17, 4)—. Este terreno convenía a los macedonios, pero las fuerzas persas se encontraban incómodas y estrechas. La caballería se concentró a la derecha, junto al mar; la infantería mercenaria ocupó el centro y la infantería nacional persa prolongaba la línea de batalla en las estribaciones de los montes Amano, extendiéndose hacia delante en ángulos casi rectos para envolver al flanco macedonio. El resto del ejército persa estaba concentrado, en profundidad, detrás de la línea delantera. Para enfrentarse a esta sólida pared de enemigos, Alejandro preparó su línea de batalla con mucha antelación. Al alba, el ejército macedonio bajó a la llanura, primero la infantería y luego la caballería. La operación de ir pasando a través de los estrechos pasos fue necesariamente lenta y tomó gran parte de la mañana. A medida que la llanura se ensanchaba, la infantería pudo desplegarse en formación de batalla; al principio en una formación de 32 hileras de profundidad, después de 16 y, finalmente, de 8¹¹⁰. Fue un proceso gradual: a medida que el terreno se ensanchaba, los hombres adelantaban, de modo que la falange se iba ensanchando y acortando simultáneamente. Como consecuencia, Alejandro formó una línea de batalla capaz de hacer frente y de rechazar cualquier salida de la caballería mientras él avanzaba hacia la batalla. Se produjeron retrasos inevitables mientras el ejército cruzaba los barrancos y arroyos que atravesaban la llanura pero, cuando llegó la tarde, la línea macedonia se acercó a los persas. A izquierda y derecha de la falange se encontraba la caballería; la de los tesalios y

¹⁰⁹ Se trata de una discusión interminable. Para un resumen de la controversia (estimulada por la obra de Janke), véanse SCHIER (1909); Seibert (1972a), pp. 99-100; Atkinson (1980), pp. 471-476. Los cálculos de Engels ([1978a], pp. 131-134) del tiempo necesario para encauzar todo un ejército a través de los pasos excluyen que la batalla tuviera lugar en cualquier emplazamiento situado al norte de la Columna de Jonás. Véase también Hammond (1980a), pp. 97-100.

¹¹⁰ Calístenes *apud* Polibio, XII, 19, 5-6; cfr. Arr., II, 8, 2; Curcio, III, 9, 12.

los aliados estaba situada junto al mar, la de los macedonios junto a las montañas. Hacia atrás, en un ángulo oblicuo, se encontraban los arqueros y la infantería ligera, dispuestos para enfrentarse a los persas en las laderas de las montañas. El propio Alejandro se encontraba a la cabeza de la caballería macedonia, justo a la derecha de su falange de infantería. En un ajuste de última hora, Alejandro hizo pasar a su derecha dos *ilai* de Compañeros para aumentar las fuerzas de caballería y amplió la línea frontal que, hasta el momento, no llegaba a las laderas, para contrarrestar la infantería persa situada en el tramo superior del río Píaro. Esto supuso el traslado de agrianes, arqueros y mercenarios procedentes del flanco y de la retaguardia¹¹¹. Se pretendía tan sólo que se mantuvieran ahí e impedirían que la infantería persa los desbordara por el flanco. El principal ataque, como siempre, lo lanzaron Alejandro y la caballería de los Compañeros.

Darío se mantuvo firme detrás del Píaro, dejando la ofensiva a los macedonios. Esta se inició con cuidado, con un avance muy lento para mantener la alineación de la falange hasta que, cuando se encontraron al alcance de los proyectiles, Alejandro dirigió la carga. Su caballería atacó cruzando un arroyo, por lo que no debió de hacerlo con una fuerza enorme; no obstante, la infantería persa, portadora de armas ligeras, no pudo hacer frente al impacto. La caballería de Alejandro avanzó, girando hacia la izquierda en dirección a Darío, el cual se encontraba en el centro de las tropas persas, rodeado por su guardia personal. En otros puntos la acción no fue tan eficaz. La falange no pudo mantener el paso de la carga de Alejandro y se abrió un hueco entre la infantería y la caballería. Y, peor aún, la cohesión de la línea de infantería se rompió mientras esta cruzaba el río, de modo que quedó interrumpida a tramos¹¹². Los hoplitas mercenarios al servicio de Darío pudieron infiltrarse entre las letales *sarissae* y atacar a los macedonios por el costado, donde eran más vulnerables. Esa fue la táctica usada por los romanos para destruir los ejércitos macedonios en el siglo II a. de J.C. y, en Isos, la falange se vio envuelta en un riesgo mayor del que correría nunca durante el reinado de Alejandro, ya que estuvo a punto de ser desarticulada y puesta en fuga. En el extremo izquierdo, hacia el mar, la caballería persa, debido a su gran número, era casi irresistible y obligó a retroceder a los tesalios, que tuvieron que cruzar el río de nuevo¹¹³. La línea macedonia quedó en posición oblicua e interrumpida, de modo que el rey se encontraba en el lado más alejado del Píaro, su izquierda había retrocedido hasta su propia orilla y la falange estaba detenida en el lecho del arroyo.

¹¹¹ Arr., II, 9, 1-2; cfr. Calístenes apud Polibio, XII, 21, 5-6; Curcio, III, 11, 2; Bosworth (1980a), pp. 209-12.

¹¹² Arr., II, 10, 4-7; cfr. Curcio, III, 11, 4-6.

¹¹³ Calístenes apud Polibio, XII, 18, 11-12; Arr., II, 11, 2; Curcio, III, 11, 1.

Por fortuna, la línea persa fue más débil en el punto culminante del ataque de Alejandro. La infantería persa cedió ante las lanzas de los macedonios y el rey fue acercándose gradualmente a Darío. Los historiadores de la corte de Alejandro, ansiosos por denigrar a su rival, sugirieron que Darío huyó en cuanto empezó el combate¹¹⁴. Eso es muy poco probable, dada la valentía demostrada en ocasiones anteriores. Por el contrario, la tradición de la vulgata da una descripción vívida de Darío luchando desde su alto carro de guerra hasta el momento en que su guardia fue aniquilada ante él, cuando él mismo estuvo a punto de caer en manos de los enemigos. Esta es la escena que describe el célebre mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya, inspirado sin duda en una pintura de la época (obra, tal vez, de Filóxeno de Eretria) basado en testimonios de testigos presenciales¹¹⁵. Darío resistió con mayor tenacidad de lo que sugiere Arriano pero, con todo, el combate no duró mucho. Los persas, con sus jabalinas arrojadizas, no pudieron hacer nada contra las punzantes lanzas de los macedonios. Al final, y para evitar ser capturado, Darío huyó, primero en su carro de guerra y después, para obtener mayor velocidad y anonimato, en una yegua que acababa de parir. Su retirada desmoronó la moral de las tropas que lo rodeaban y, a medida que cundía el pánico, todas las tropas de Darío situadas a su izquierda, entre él y las montañas, empezaron a abandonar, en tanto que Alejandro avanzaba firmemente hacia el mar para relevar a su falange, sometida a una gran presión. En ese momento, los mercenarios de Darío tuvieron que hacer frente a una embestida de la caballería en su flanco, al mismo tiempo que los contingentes persas de su izquierda huían (Arr., II, 11, 1). Mientras vacilaban, la falange macedonia se alineó de nuevo y la barrera de *sarísae*, ahora intacta, echó a los mercenarios del río. Bajo esta doble ofensiva se desmoronaron y la retirada se generalizó. Los tesalios, bajo el mando de Parmenión, observaron el movimiento y contraatacaron en el momento en que la moral de los enemigos se hundía ante el rumor de la huida de su rey. El último fragmento de la línea persa dio media vuelta e inició la desbandada general.

Durante la batalla, el mayor número de soldados del ejército persa no les había supuesto ninguna ventaja; en la retirada, fue un estorbo letal. Cada unidad, una por una, fue sumándose al caos. Por un cruel azar, la caballería, la parte más rápida y pesada del ejército, fue la última en huir y, para escapar, los caballos tuvieron que echarse sobre la masa de la infantería. El proceso era irreversible y los macedonios victoriosos los persiguieron hasta el anochecer, hostigando constantemente la retaguardia de

¹¹⁴ Arr., II, 11, 4 (cfr. 10, 1); Calístenes *apud* Polibio, XII, 22, 2. Cfr. Berve (1926), 2 núm. 124; Schachermeyr (1973), pp. 209-210; Bosworth (1980a), pp. 215-216.

¹¹⁵ Diod., XVII, 34, 2-7; Curcio, III, 11, 7-12; Justino, XII, 9, 9. Sobre el mosaico de Alejandro, véanse Seibert (1972a), pp. 55-58; RUMPF (1962).

la retirada. La matanza fue peor durante el cruce de los arroyos, donde el obstáculo natural frenó aún más el paso de los hombres que huían. Ptolomeo afirmó, tal vez exagerando un poco, que su caballería cruzó un barranco sobre un puente de cadáveres¹¹⁶. La retirada, más que la batalla, destruyó al ejército persa. Según dicen las fuentes, Alejandro perdió unos 500 hombres; los persas, 100.000. Estas cifras son propagandísticas, destinadas a subrayar y ensalzar la victoria macedonia pero, aun así, las bajas persas fueron desproporcionadamente numerosas. El gran ejército había sido destruido y la costa siria se abrió al joven conquistador.

Este fue el final de la campaña en Cilicia. El rey persa se retiró a Táp-saco con parte de los rezagados de la batalla, incluidos 4.000 mercenarios. Otro cuerpo de supervivientes se desvió hacia el norte tras cruzar las Puertas Cilicias, donde se sumó a los insurgentes de Capadocia y Paflagonia. Esa fue una ofensiva muy seria; según Curcio (IV, 1, 34), destinada a recuperar la altiplanicie de Anatolia. Antígono, el sátrapa de Frigia, había desplegado totalmente sus escasas fuerzas, desgarnecidas por las exigencias de Alejandro en vísperas de la batalla de Isos; al final, consiguió tres victorias sobre las fuerzas persas y prosiguió sus campañas en el montañoso y remoto país de Licaonia¹¹⁷, pero la lucha duró un año entero. Aun así, el interior de Capadocia siguió revuelto y su conquista requirió la presencia de Perdicas y del gran ejército en el año 322¹¹⁸. La derrota tuvo efectos desestabilizadores en todas partes. Un gran grupo de mercenarios, integrado por 8.000 hombres, se encaminó hacia el sur, hacia Trípoli, y embarcó en dirección a Chipre¹¹⁹. Otro grupo, dirigido por el fugitivo macedonio Amintas, navegó hacia el sur, hacia Egipto, donde intentó anexionarse el país. Amintas ocupó Pelusio y de ahí fue a Menfis, alegando que era el sucesor natural del sátrapa Sábaces, muerto en Isos. Sus fuerzas eran demasiado indisciplinadas y una salida de la ciudad las hizo pedazos. Por el momento, Egipto permaneció en manos persas. Los demás mercenarios, según parece, navegaron hacia el oeste en dirección a Creta, donde ayudaron a los espartanos en su campaña en la isla (véase, más adelante, p. 231). La situación era confusa, pero el equilibrio se había inclinado de modo definitivo hacia las fuerzas macedonias en el oeste. La noticia de Isos llegó cuando la flota persa estaba anclada en Sifnos y esta envió a toda prisa a sus comandantes a la costa de Asia Menor para suprimir la rebelión de la zona¹²⁰. Demasiado tarde. Con la llegada

¹¹⁶ Arr., II, 11, 8 = *FGrH* 138 F 6; cfr. Calístenes *apud* Polibio, XII, 11, 3.

¹¹⁷ Curcio, IV, 1, 34-35; 5, 13. Cfr. Burn (1952), pp. 82-84; Briant (1973), pp. 58-80.

¹¹⁸ Cfr. Errington (1970), pp. 60-61; Bosworth (1978), pp. 233-234.

¹¹⁹ Diod., XVII, 48, 2-6; Curcio, IV, 1, 27-33; Arr., II, 13, 2-3; Anaxímenes, *FGrH* 72F 17.

¹²⁰ Arr., II, 13, 4-6; Curcio, IV, 1, 37; cfr. Badian (1967), pp. 175-177.

de la primavera del año 332, la flota se desintegró. Los contingentes de las ciudades de Fenicia y Chipre regresaron a sus casas para hacer las paces con el conquistador, y Farnabazo y Autofrádates se quedaron con una fracción de las fuerzas que tenían al principio. Estas ya no suponían un desafío eficaz ante la rehecha flota macedonia y sus baluartes cayeron uno por uno en el curso de las campañas del año 332. Los macedonios ocuparon sin resistencia Ténedos, Quíos, Lesbos y Cos, y cogieron por sorpresa al propio Farnabazo, que más tarde escaparía en Cos¹²¹. Toda la costa del Egeo fue liberada de la ocupación persa y quedó bajo la voluntad de Alejandro. Como en ocasiones anteriores, el rey impuso la democracia, incluso en el caso de oligarquías que la Liga de Corinto había sancionado y donde sus partidarios estaban en el poder. Los restos de la flota persa encontraron refugio en Creta, donde se representó el último acto de la guerra del Egeo (véase, más adelante, pp. 231-232).

Mientras tanto, Alejandro disfrutaba de los beneficios de la victoria. Inmediatamente después de la batalla, se apropió de la caravana de impedimenta del Gran Rey, tanto la de Isos como la de Damasco. El tesoro incluía más de 3.000 talentos, pero otras adquisiciones eran mucho más valiosas que el dinero. Las princesas de la casa real, incluida Estatira, la esposa de Darío, y la reina madre Sisigambis, fueron capturadas en el campamento situado junto al Píparo, y un distinguido grupo de nobles damas cayó en las manos de Parmenión en Damasco¹²². Todas fueron tratadas con extrema deferencia y las princesas conservaron su entorno y su título real. Alejandro se negó a pedir rescate por ellas y las mantuvo consigo; se dirigía a Sisigambis llamándola «madre» (tal como había hecho con Ada en Caria) y prometió dotar a las hijas de Darío. En efecto, se hizo cargo del papel de Darío y estas damas de la realeza fueron un factor importante en su pretensión de ser el Rey de Asia. Cuando Estatira murió en el año 331 fue enterrada con los debidos honores reales y, lo que es aún más significativo, cuando Alejandro dejó a las damas reales en Susa dio instrucciones de que recibieran educación en griego (Diod., XVII, 67, 1; Curcio, V, 2, 17). El paso del poder real a los macedonios no podía ser más claro. Las princesas iban a aprender las costumbres de sus conquistadores y Alejandro completó el proceso en el año 324, cuando él y sus colaboradores contrajeron matrimonio con ellas (véase, más adelante, p. 183). Pero en el año 333 la guerra de venganza estaba todavía en marcha y el matrimonio con una princesa persa era impensable.

¹²¹ Arr., III, 2, 3-7; Curcio, IV, 5, 14-22. En relación con los hechos que tuvieron lugar en Lesbos y en Quíos hay considerables testimonios epigráficos (Tod, *GHI*, núms. 191-192; véase, más completo, HEISSERER [1980], pp. 27-110).

¹²² Cfr. Arr., II, 12, 3-8 con Bosworth (1980a), pp. 222 ss.; Curcio, III, 13, 12-14 (Damasco).

En lugar de ello, Alejandro tomó una amante, Barsine¹²³. Esta había sido la esposa de Mentor y de Memnón de Rodas; era hija de Artabazo y descendiente de Artajerjes II. Había recibido una educación griega y era una de las bellezas de la época. De la relación nació un hijo, Heracles, que en dos breves momentos desempeñó el papel de peón en el juego del imperio, pero nunca se le consideró en ningún sentido heredero de su padre.

LA CONQUISTA DE LA COSTA SIRIA (332 A. DE J.C.)

Alejandro dejó Cilicia y el norte de Siria en manos de dos de sus Compañeros, Bálacro y Menón (véase, más adelante, p. 270). Entró en Fenicia y recibió la rendición de Estratón, príncipe heredero de Arados, principal ciudad del norte. La propia ciudad de Arados estaba edificada en una isla y por ello se vio libre de la presencia del ejército macedonio. Alejandro se detuvo en la costa del sur, en Marato (la actual 'Amrit), donde recibió las primeras propuestas diplomáticas de Darío. Si podemos creer lo que cuentan Arriano y Curcio, que coinciden en gran medida¹²⁴, estas eran muy poco conciliatorias. El rey ofrecía pagar un rescate por su familia, pero no hacía concesiones territoriales; sin embargo, estaba dispuesto a tratar a Alejandro como amigo y aliado. Esto era ya un paso psicológico significativo para el Gran Rey, el cual, en teoría, no tenía rival e imponía sus condiciones a sus inferiores. Pero, para Alejandro, en plena euforia de la victoria, era totalmente inaceptable. Su respuesta fue inflexible; él no era el agresor en aquella guerra, sino el vengador de las injusticias persas; de la invasión del 480, de la ayuda a Perinto en el 340 y, además, de la instigación al asesinato de Filipo. Y eso no era todo. Darío había usurpado el trono persa, era producto de la obra de Bagoas, y ahora Alejandro había establecido su derecho al trono de Asia y así lo reconocían los nobles persas a su servicio. Así pues, tan sólo estaba dispuesto a parlamentar si Darío se acercaba como un súbdito a un rey. En caso contrario, la cuestión se decidiría en el campo de batalla. Esto puso fin a las negociaciones y Darío empezó a congregarse un segundo ejército para defender Mesopotamia del invasor. En contra de todo lo previsto, la espera duró casi dos años.

Alejandro siguió avanzando por Fenicia. Biblos y Sidón lo recibieron con entusiasmo, y el rey sidonio, Estratón II, amigo de Darío, fue recha-

¹²³ Plut., *Al.*, 21, 7-9; Justino, XI, 10, 2-3; XII, 15, 9; cfr. Errington (1970), p. 74; Brunt (1975); *contra* TAÍN (1948), 2. 330-337.

¹²⁴ Arr., II, 14; Curcio, IV, 1, 7-14; Diod., XVII, 39, 1-2. Sobre las fuentes, véanse Bosworth (1980a), pp. 227-230; Atkinson (1980), pp. 271-277 y, para la discusión del detalle, GRIFFITH (1968); MIKROGIANNAKIS (1969); Schachermeyr (1973), pp. 222-227.

zado y depuesto por su pueblo. Parecía que lo mismo iba a suceder en Tiro, que siguió el ejemplo de Arados y ofreció su sumisión mediante una delegación a cuya cabeza iba el príncipe heredero (el rey, Acemilco, al igual que Geróstrato de Arados, todavía se encontraba con el contingente tirio de la flota persa en el Egeo). Todo fue bien hasta que Alejandro expresó su deseo de ofrecer sacrificios en el templo oficial del dios de la ciudad, Melkart, al que consideraba una manifestación de su antepasado Heracles¹²⁵. Sucedió, además, que su presencia coincidió con el principal festival de Melkart, en febrero del 332¹²⁶, y un sacrificio en ese momento habría resultado una exhibición de su soberanía muy llamativa. Así, según parece, lo interpretaron los tirios. Se mostraron bien dispuestos a permitirle que ofreciera un sacrificio en el continente, en el Viejo Tiro, pero el santuario de la isla permanecería cerrado (del mismo modo que lo había estado el de Arados) tanto a los persas como a los macedonios. Esta fue una clara declaración de neutralidad y Alejandro estaba tan poco dispuesto a tolerársela a Tiro como lo había estado con Mileto. Alejandro despidió furioso a los embajadores y se preparó para sitiar la ciudad isla. Desde un punto de vista estratégico, era innecesario. Como Celenas, habría bastado una guarnición en el continente para vigilarla y la enemistad de sus vecinos la habría mantenido a raya. Al final, habría tenido que hacer las paces con el invasor. Pero había desafiado frontalmente la soberanía de Alejandro y este no estaba dispuesto a dejar semejante contumacia sin castigo. Ofrecería el sacrificio a Melkart costara lo que costase.

Fue algo prodigioso. La isla de Tiro estaba separada del continente por un estrecho de cuatro estadios de anchura; Alejandro inició la construcción de un vasto muelle de asedio y demolió el Viejo Tiro para hacer un terraplén. Cuando este llegó a las aguas más profundas, cerca de las murallas de la ciudad, el trabajo empezó a ir más despacio porque los tirios acosaban a los obreros desde el mar¹²⁷. El trabajo de construcción necesitó la protección de dos grandes torres de sitio que despejaron las almenas de tiradores. Con todo, las torres también eran vulnerables. Los tirios aprovecharon una fuerte brisa marina y llevaron al final del malecón un barco en llamas que destruyó las dos torres. Más daños causó una tempestad equinoccial que derribó la infraestructura de piedra (Curcio, IV, 3, 6-7; Diod., XVII, 42, 5). Entretanto, las fuerzas macedonias habían permanecido activas en otros lugares. Parmenión marchaba hacia el interior

¹²⁵ Arr., II, 15, 7; Curcio, IV, 2, 2-3; Diod., XVII, 40, 2. Cfr. BRUNDAGE (1958); PICARD (1964).

¹²⁶ Curcio, IV, 2, 10; cfr. Menandro de Éfeso, *FGH* 783 F 1.

¹²⁷ Para detalles sobre el sitio, véanse Arr., II, 18, 3-24, 6; Curcio, IV, 2, 8; 4, 18; Diod., XVII, 40, 4; 46, 6, y, sobre las características de las fuentes, Rutz (1965); Bosworth (1976a), pp. 16-25; Atkinson (1980), pp. 315-319.

de Siria y Alejandro en persona dirigió una incursión de castigo en el Antilíbano para tomar represalias por un ataque a sus hombres, los cuales, probablemente, habían estado talando madera para las labores de asedio¹²⁸. Este se encontraba atascado debido a la superioridad naval de los tirios. A principios del verano, las cosas cambiaron cuando regresaron a casa los desertores de la flota del Egeo. Ochenta barcos de otras ciudades fenicias anclaron en el puerto de Sidón, a los que se sumaron poco más tarde 120 navíos de guerra de Chipre, y sus reyes ofrecieron sumisión formal a Alejandro. Tres de ellos, los reyes de Salamina, de Curio y de Amantunte, participaron en la campaña con sus contingentes. Eso cambió la situación del asedio. Alejandro tenía ventaja en el número de barcos de guerra y podía acorralar a los tirios en su isla. Ahora, los preparativos para tomar por asalto la ciudad podían acelerarse. El terraplén del asedio fue extendiéndose lentamente hacia las murallas y los ingenieros militares de Alejandro, en especial, el brillante tesalio llamado Diades, construyeron un formidable arsenal ofensivo nunca visto en una guerra de asedio helénica¹²⁹. Las más famosas fueron las torres de sitio, transportadas por barco, con puentes de escalada, pero había también poderosas catapultas de torsión capaces de lanzar piedras de dimensiones considerables. En el otro bando, los tirios habían construido armamento defensivo casi tan eficaz como el macedonio, habían reforzado sus murallas en los puntos más vulnerables y habían añadido bases profusamente equipadas con material incendiario y equipo contra la infantería. Había también pantallas defensivas de piel rellena para amortiguar el impacto de las piedras de las catapultas, y engranajes para bloquear y romper las flechas¹³⁰. Durante un tiempo, la acción militar fue escasa y se concentraba toda en despejar el rompeolas defensivo situado delante de las murallas (Arr., II, 21, 4-7). Antes de los asaltos finales, se produjo un momento de calma. En el último instante, una salida naval desde Tiro causó pánico, pero poco daño.

Finalmente, en algún momento del mes de julio del año 332 se inició el ataque. El muelle de asedio había demostrado ya su ineficacia. Los tirios habían dispuesto de tanto tiempo para prepararse que habían construido una muralla interior y habían rellenado el hueco con tierra y con piedras. En ese punto, la defensa era inexpugnable. En todas partes el ataque lo iniciaron los arietes llevados por barcos y, en el sur, rompieron las fortificaciones. Los tirios se desquitaban con todo su arsenal defensivo y los macedonios lo pagaron caro. El primer intento de utilizar los puentes

¹²⁸ Arr., II, 20, 4; Curcio, IV, 2, 24; 3, 1; Plut., *Al.*, 24, 10-12; Polieno, IV, 3, 4.

¹²⁹ Berve (1926), 2 núm. 267 (cfr. núms. 656, 789, 821). Para la ingeniería de asedio, véase Marsden (1969-1971), pp. 1, 62-63 y 102-103; (1977).

¹³⁰ Diod., XVII, 43, 1-2 (cfr. Goukowsky [1976], pp. 197-198), 43, 9; 44, 5; Curcio, IV, 3, 24-26.

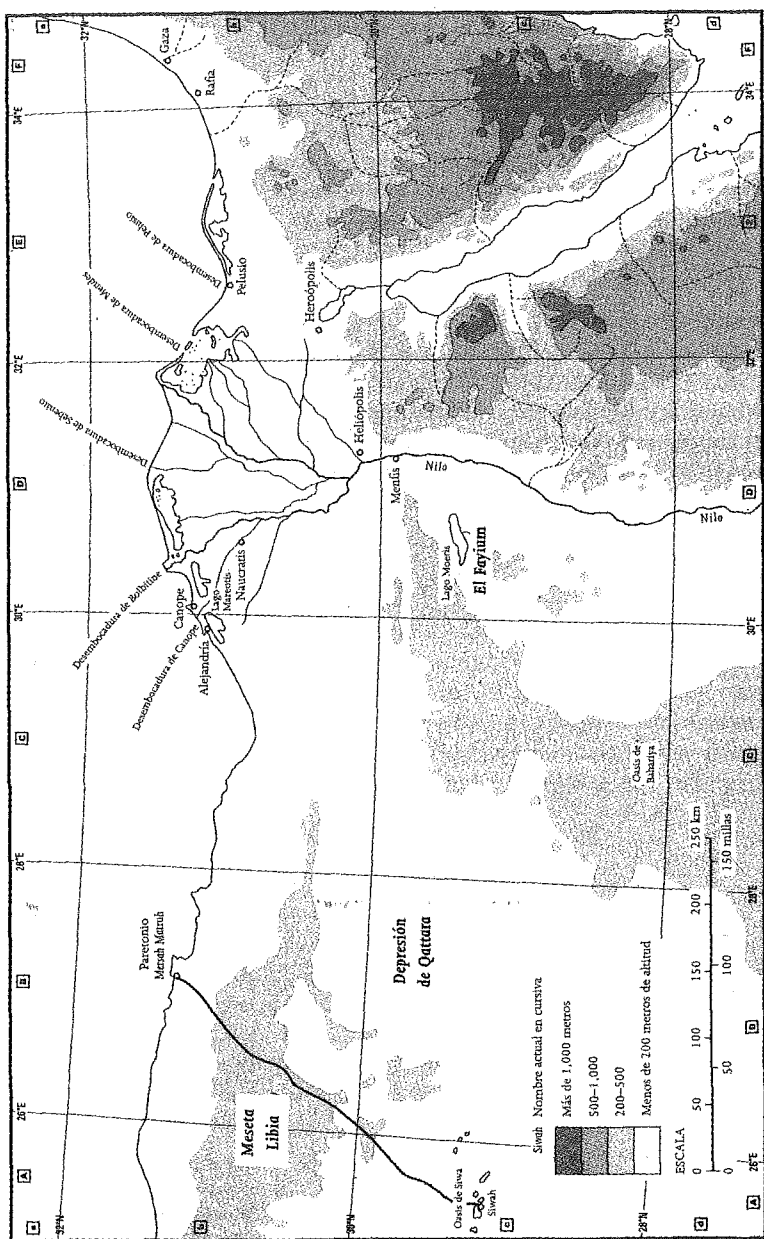
de escalera fracasó. Al anochecer, las operaciones cesaron y, según parece, el rey estuvo pensando en abandonar el sitio¹³¹. Alejandro se mantuvo firme, pero los vientos en contra impidieron que se reanudaran los ataques en los dos días siguientes. En el ataque final, Alejandro amplió la brecha en las fortificaciones y desguarneció la muralla de defensores. Entonces trajeron los puentes de escalera, y los hipaspistas, junto con los hombres del batallón de la falange de Ceno, tomaron las murallas al asalto. Una vez aseguradas las almenas, las tropas macedonias entraron al asalto en el palacio y, de ahí, a la ciudad. Mientras los defensores se retiraban de las murallas, la flota fenicia y la chipriota se abrieron paso entre las barricadas del puerto. La ciudad había caído y se produjo una terrible masacre ya que la población militar tiria fue asesinada de modo sistemático. Los macedonios se desahogaron ampliamente de las frustraciones producidas por el largo asedio y murieron 8.000 tirios. Unos 2.000 fueron crucificados a lo largo de la costa, como macabro aviso de la inutilidad de la resistencia al conquistador. El resto de los habitantes fueron vendidos como esclavos, a excepción de un grupo de dignatarios que se habían refugiado en el templo de Melkart. Entre ellos se encontraban el rey y un pequeño grupo de nobles tirios y, lo que es más, una delegación de Cartago, la famosa colonia de Tiro. Los cartagineses habían acudido cumpliendo su papel tradicional de observadores en el festival de Melkart y por ello presenciaron el inicio del sitio. Más tarde, una delegación de 30 hombres regresó a la ciudad, rechazó con disgusto la ayuda militar, y quedó atrapada por el inicio del bloqueo naval. Alejandro respetó sus vidas, pero consideró que las acciones de Cartago correspondían a las de una potencia hostil y los envió de regreso con amenazas de represalias en el futuro¹³².

La nueva victoria exigía una celebración. Sobre los escombros de la ciudad asolada, el rey satisfizo su intención de ofrecer un sacrificio a Heracles-Melkart y ordenó un gran desfile en el que el ejército y la flota se exhibieron con todas sus insignias, seguido de un festival atlético (Antígono, hijo de Calas, obtuvo dos victorias: en el estadio y en la carrera con armadura), y, por último, una revista con antorchas¹³³. Fue una copia de la ceremonia de agradecimiento celebrada en Solos por la recuperación de su enfermedad; pero en esta ocasión la ceremonia conmemoraba una matanza en masa y la esclavitud de hombres libres; Melkart recibió una dedicatoria brutal e irónica por parte de aquel que se proclamaba descen-

¹³¹ Diod., XVII, 45, 7; Curcio, IV, 4, 1 (Arr., II, 22, 6-7 lo disfraza); cfr. Bosworth (1976a), pp. 16-20.

¹³² Curcio, IV, 4, 18 (cfr. 2, 10), 3, 19; Arr., II, 24, 5. Para las relaciones posteriores con Cartago, véanse Justino XXI, 6, 1-7 (con Berve [1926], 2, núm. 52); Arr., III, 24, 5 (con Bosworth [1980a], p. 354).

¹³³ Arr., II, 24, 6; Diod., XVII, 46, 6; MORETTI, *ISE* núm. 113.



4. Egipto septentrional y Siwa

diente suyo, de la maquinaria de sitio que había hecho todo lo posible por destruir su ciudad. Tiro perdió todos sus habitantes, vendidos como esclavos o desvanecidos gracias a los buenos oficios de los sidonios. Se reclutaron nuevos pobladores del interior del país y se dejó una guarnición residente con un comandante macedonio. Como resultado de siete meses de asedio, no fue muy espectacular: se había destruido una sola ciudad con un alto coste, tanto material como humano (la cifra de Arriano [II, 24, 4] de 400 bajas durante todo el sitio es simple propaganda), y la principal ventaja fue el efecto de desanimar toda resistencia en otros lugares.

Alejandro estaba dispuesto para marchar a Egipto. El sátrapa, Mazaces, estaba ya en comunicación con él y, probablemente, le había dado garantías de que admitiría a las tropas macedonias. En cambio, encontró también resistencia en Gaza, donde Batis¹³⁴, el comandante de la ciudad, había contratado mercenarios y hecho acopio de provisiones para sostener un sitio prolongado. Como de costumbre, Alejandro hizo frente al desafío. Alejandro marchó con su ejército hacia el sur de Tiro y avanzó por la costa hacia Gaza. Se produjo un segundo sitio y este duraría dos meses (Diod., XVII, 48, 7; Josefo, *AJ*, XI, 325). Los retrasos los provocó el suelo arenoso que rodeaba las murallas de la ciudad e impedía el uso eficaz de las torres de sitio que los ingenieros de Alejandro habían sido capaces de construir con los escasos recursos locales¹³⁵. La defensa fue también inesperadamente enérgica. Una salida de la ciudad puso a los sitiadores en un aprieto y Alejandro fue herido en el hombro por el proyectil de una catapulta. Como resultado, se pospusieron los asaltos hasta que las murallas de Gaza estuvieron minadas por túneles, fáciles de construir en la blanda arena. Finalmente, transportaron por mar, hacia el sur, el armamento de sitio de Tiro y lo instalaron en un gran montículo de asedio, de modo que las murallas de la ciudad, minadas por las excavaciones, sufrieron un bombardeo. Rechazaron tres asaltos a las murallas, pero el bombardeo de la artillería fue despejándolas de defensores y, finalmente, las ocuparon los asaltantes con los hipaspistas en cabeza, como era habitual. Alejandro estaba en la vanguardia y recibió una segunda herida, menor que la anterior, en la pierna (Curcio, IV, 6, 23). Alejandro estaba furioso y sus tropas estaban dispuestas a llevar a cabo una matanza, amargadas por las semanas de dificultades que habían pasado preparando el asalto (por ejemplo, en lo que respecta al agua, esta pudo ser muy escasa durante los meses de septiembre y octubre)¹³⁶. A continuación se produjo la inevitable masacre y los defensores de Gaza, que resistieron hasta el final, fueron

¹³⁴ Según Arr., II, 25, 4. Por lo general, se dice que el nombre es iraní, pero Hegesias (*FGrH* 142 F 5) da a entender que era babilonio.

¹³⁵ Curcio, IV, 6, 8 ss., más verosímil que Arr., II, 25, 2 ss.

¹³⁶ Cfr. Engels (1978a), pp. 57-58.

exterminados. Las mujeres y los niños fueron la recompensa de la guerra. La narración de Arriano termina en este punto, pero Curcio (IV, 6, 25-29) relata un episodio aún más sombrío. Probablemente, Clitarco lo repitió y, sin duda, Hegesias de Magnesia (*FGrH* 142 F 5) lo escribió (en una prosa llana y fría). Según esta tradición, el comandante de Gaza fue capturado con vida y ejecutado de un modo horrible: se le taladraron los talones y un carro lo arrastró hasta que murió. No puede demostrarse que la historia sea falsa —desde luego, que Arriano la omita no es un argumento sólido—¹³⁷ y es verosímil que Alejandro, molesto por los largos retrasos producidos en Tiro y en Gaza, deseara dar una terrible lección a toda comunidad o comandante que pudieran cometer la temeridad de resistirse a su avance. El hecho de que se trate de un episodio particularmente repugnante no es óbice para que sea cierto.

LA OCUPACIÓN DE EGIPTO (INVIERNO DEL 332/331 A. DE J.C.)

Gaza se rehízo con población nativa reclutada en el interior del país y se estableció en ella una fortaleza militar para vigilar el acceso a Egipto. Por fin Alejandro estaba preparado para avanzar hacia el oeste y hacerse con el control de la satrapía. Empezó por enviar una expedición a Macedonia para reclutar tropas, dirigida por el comandante de la falange, Amintas, hijo de Andrómeno, al cual se le entregó un escuadrón de 10 trirremes y se le envió a Macedonia a través de los mares, en pleno invierno¹³⁸. La actividad del rey no podía esperar hasta la primavera y su necesidad de hombres de refresco, tras un año de guerras de asedio casi ininterrumpidas, era urgente. Con todo, la misión fue larga y dificultosa. Transcurrió más de un año antes de que Amintas regresara con sus refuerzos (véase, más adelante, p. 100). Por el momento, no había ningún problema militar. Egipto se abrió ante Alejandro, que había dedicado los dos meses de asedio en Gaza a preparar una entrada triunfal e incruenta. La marcha desde Gaza a la frontera egipcia transcurrió sin incidentes. Tardaron siete días en llegar a las proximidades de Pelusio (Curcio, IV, 7, 2; Arr., III, 1, 1), una distancia de unos 200 km. Fue un viaje rápido, pero no una marcha forzada, a través de un terreno francamente inhóspito. Probablemente, la flota los abastecía de agua¹³⁹ y habían tenido muchas oportunidades para preparar depósitos de suministros durante la demora

¹³⁷ Cfr. Tarn (1948), pp. 2 y 268; PEARSON (1960), p. 248; Hammond (1983a), p. 126; véanse, sin embargo, RADET (1931), pp. 104-105; Schachermeyr (1973), p. 220, n. 242; LANE FOX (1973), p. 193; Green (1974), p. 267.

¹³⁸ Diod., XVII, 49, 1; Curcio, IV, 6, 30-31; VII, 1, 37-40.

¹³⁹ Engels (1978a), p. 60; Bosworth (1980a), p. 216.

en Gaza. Así pues, el ejército llegó a Egipto sin incidentes y la gran fortaleza de Pelusio, en el extremo oriental del Delta, acogió en su puerto a la flota. La desembocadura pelusia había sido la primera línea de defensa egipcia desde los tiempos de los faraones y había frustrado sucesivas invasiones persas durante el siglo IV. Ahí era donde los macedonios encontrarían resistencia si Egipto pensaba hacerles frente. En lugar de ello, fueron bienvenidos y los nativos egipcios se congregaron a miles en Pelusio para saludar a Alejandro como libertador. Mientras su flota navegaba Nilo arriba, Alejandro llevó a sus fuerzas terrestres a través del desierto de Heliópolis, cruzaron el río y llegaron a Menfis, la capital, donde el último sátrapa persa, Mazaces, ofreció su sumisión formal y entregó la ciudad con su tesoro y su ajuar real intacto.

La acogida había sido impresionante y a Alejandro no le cupo la menor duda de que era popular entre los habitantes indígenas de Egipto. Por ello, celebró su llegada a la capital con un sacrificio general e incluyó al buey Apis entre las deidades honradas. Fue una celebración totalmente helénica, marcada por certámenes gimnásticos y musicales en los que compitieron los especialistas más famosos de Grecia (Arr., III, I, 4). Se incluyó a Apis en las celebraciones como acto de deferencia hacia la religión egipcia¹⁴⁰. Alejandro conocía bien las tradiciones según las cuales los dos conquistadores aqueménidas de Egipto, Cambises y Artajerjes III, habían sido responsables de la muerte de los bueyes de Apis, y ningún otro acto habría podido tener un simbolismo mayor, pues ponía de relieve el contraste entre el nuevo monarca y sus predecesores persas. En ningún momento se intentó adoptar el ceremonial religioso egipcio. Alejandro pudo ser lo bastante curioso como para visitar al buey en su santuario (cfr. Heródoto, II, 153; Estrabón, 807), o incluso para ir al gran templo funerario de Saqqara, donde, tras su muerte, se guardaban los bueyes momificados y eran adorados como una entidad conjunta Osiris-Apis (Wsr-Hp), señor del mundo de los muertos¹⁴¹; no obstante, las deidades egipcias se mantuvieron al margen: fueron honradas y respetadas pero en absoluto absorbidas por el panteón macedonio. De igual manera, Alejandro recibió la secular nomenclatura de los faraones: rey del Alto y Bajo Egipto, Hijo de Ra, amado de Amón y, como Horus, era dios manifiesto. Los títulos le fueron dados de modo natural en las inscripciones oficiales, igual que a los reyes persas, pero no tenemos pruebas fiables de que recibiera el trono en una investidura formal al estilo egipcio. Aunque la Leyenda de Alejandro (Pseudo Calístenes, I, 34, 2) registra una ceremonia de coronación en Menfis, el contexto inmediato está tan entreverado de fantasía que no se

¹⁴⁰ Cfr. Diod., I, 84, 8 (= HECATEO, *FGH* 264F 25). Sobre el supuesto sacrilegio persa, véanse Kienitz (1953), pp. 57-59; SCHWARTZ (1948).

¹⁴¹ Cfr. Wilcken (1922-1937), I, 7 ss., esp. 25-29.

puede aislar como cierto un solo detalle¹⁴². Lo más probable es que Alejandro asumiera el trono como un derecho propio y prescindiera del ceremonial nativo. Permaneció poco tiempo en la capital y no tuvo tiempo para adquirir otra cosa que un conocimiento superficial sobre las instituciones locales.

Mucho más importante era el santuario de Amón en el oasis de Siwa. Alejandro consideraba que el libio Amón era una manifestación local de Zeus. Queda bien claro en los testimonios de su primer historiador, Calístenes, el cual se refería al dios llamándolo simplemente Zeus y, dado que escribía en la corte, sin duda repetía las ideas de Alejandro¹⁴³. Sin embargo, el dios y su culto eran familiares en el mundo griego, el santuario de Siwa había sido un centro de peregrinación desde el siglo V a. de J.C., y sus oráculos se celebraban y respetaban. Había también ramificaciones en la Grecia continental, la más famosa era la de Afítide, en Calcídica, donde había un templo dedicado a Zeus Amón, construido en la segunda mitad del siglo IV, cuyas monedas retrataban al dios libio completo, con cuernos de carnero¹⁴⁴. Alejandro debió de conocer el culto desde su infancia y estaba ya dispuesto a considerarse el hijo de Zeus (véase, más adelante, p. 330). Se sintió atraído por la reputación de un oráculo con el que estaba asociado de modo tan estrecho por su nacimiento y, además, tenía el acicate de la tradición que decía que sus antepasados Argéadas, Heracles y Perseo, habían visitado el santuario¹⁴⁵. La historia de que Cambises perdió un ejército de camino a Siwa¹⁴⁶ pudo haber inspirado también su deseo de emularlo, del mismo modo que las historias similares sobre Ciro y Semíramis lo atraerían más tarde al desierto de Gadosia. La motivación de la visita a Siwa era compleja pero, sin duda, era fuerte y suponía mucho más que un impulso casual. Con toda probabilidad, se conocían sus deseos antes de que entrara en Egipto y éstos inspiraron a una serie de oráculos rivales de Asia Menor, los cuales confirmaron su filiación divina. Tras una breve estancia en Menfis y, quizá, una excursión hacia el sur, ala Tebaida¹⁴⁷, se encaminó al punto más impor-

¹⁴² No obstante, véase KOENEN (1977), pp. 30-31.

¹⁴³ *FGrH* 124F 14a. Cfr. Bosworth (1977a). Para la historia antigua de Amón en Grecia, véanse CLASSEN (1959); WOODWARD (1962).

¹⁴⁴ Cfr. E. LEVENTOPOULOS-YOURI, *AAA* 3 (1971), pp. 356-357; *Arch. Delt.* 25, Cron. 2, 354-361; *Arch. Delt.* 29, Cron. 677. Para la acuñación de monedas, véanse *BMC Macedonia* 61; *HEAD, NH²* 210; R. PLANT, *Greek Coin Types* (Seaby, 1969), núms. 1488, 1544 y 2105.

¹⁴⁵ Calístenes, *FGrH* 124F 14a; Arr., III, 3, 1-2; Curcio, IV, 7, 8. Para la literatura, véase Seibert (1972a), pp. 116-125. Véanse especialmente Wilcken (1970), pp. 1 y 260 ss.; Tarn (1949), 2 y 353 ss.; KRAFT (1971), pp. 53-60; Bosworth (1977a), pp. 69 ss.

¹⁴⁶ Heródoto, III, 25, 3-26, 3; cfr. Curcio, IV, 7, 6-7; Plut., *Al.*, 26, 11-12.

¹⁴⁷ Curcio, IV, 7, 5 da a entender que subió río arriba hasta el Alto Egipto y resolvió allí sus asuntos. Arriano es muy esquemático en este punto y es fácil que omitiera una excursión que consideraba poco importante. Un viaje por el río, aunque fuera a un lugar tan

tante de su visita. Con una pequeña fuerza de infantería ligera y el *ile* real descendió el Nilo navegando, siguió el brazo oeste del delta hacia la desembocadura de Canope. Se detuvo para investigar las orillas del lago Mareotis, impresionado por las posibilidades del estrecho istmo entre el lago y el mar, que albergaba el puesto militar del puerto de Racotis. Ese sería el emplazamiento de su primera gran fundación, Alejandría en Egipto (véase, más adelante, p. 287). Por el momento, no hizo más que tomar la decisión de fundar una nueva ciudad y aplazó la inauguración formal del emplazamiento y el trazado de sus límites a su regreso de Siwa.

Alejandro avanzó a continuación hacia el oeste hasta la ciudad de Paretonio (Mersah Matruh), a unos 290 km de la futura fundación. Ahí el camino seguía hacia el oeste hasta el pueblo de Apis, antes de girar hacia el desierto situado al sur, por el que discurre unos 260 km hasta el oasis de Siwa. al que, según Estrabón (799), se puede llegar en cinco días. Alejandro se detuvo brevemente para recibir a una embajada de Cirene que le ofreció ricos regalos, entre los cuales se contaban caballos de combate y carros, y lo invitó a visitar su territorio (Diod. XVII, 49, 3; Curcio, IV, 7, 9). Es de suponer que el conflicto civil que atraería Tibrón a Cirenaica en 324/3 (véase, más adelante, p. 341) se estaba tramando ya y el gobierno establecido de la ciudad tenía la esperanza de utilizar las fuerzas de Alejandro para reforzar su poder. No obstante, Alejandro tenía la intención de visitar a Amón y se contentó con un tratado de paz y alianza. Por el momento, Cirenaica permanecería fuera del imperio, pero la atención de Alejandro se había centrado otra vez en el Mediterráneo Occidental y tal vez su mente empezó a gestar ideas de intervención y de conquista. Pero en el año 331 era el desierto lo que lo atraía, y Alejandro y su gente siguieron el camino hacia el sur. Calístenes describió de manera muy vívida el viaje, si bien más tarde se censuró con mordacidad su narración como una muestra de adulación flagrante (FGrH 124F 14; cfr. Timeo, *apud* Polibio, XII, 12b, 2). Sin duda, se trata de una visión romántica: un diluvio providencial alejaba la amenaza de la sed, un fuerte viento del sur borraba la pista en el desierto y una pareja de cuervos aparecía para guiar al grupo hasta Siwa. Pero parece tratarse de una elaboración sobre características concretas del desierto de Libia, tales como lo desagradable que resulta el siroco del sur, la variabilidad de las precipitaciones en invierno y la presencia de cuervos cerca de los oasis en el Sáhara, y es fácil que los viajeros se encontraran con todo ello. Calístenes enfatizaba aspectos del

lejano como la Tebaida, no habría tomado un tiempo excesivo. En el año 654, la princesa Nitocris tardó 17 días en total en hacer un viaje oficial de Sais a Tebas (Breasted, *Anc. Records* 4, 677 ss., núms. 944-945). Menfis estaba más cerca, y Alejandro no debió de necesitar más de 14 días río arriba, e incluso menos río abajo (cfr. Heródoto, II, 175, 2). Si visitó la Tebaida, el viaje entero no tendría que haber durado más de un mes.

viaje que sugerían la intervención divina en favor de Alejandro y preparaba el terreno para su recepción en Siwa. Su relato, aunque exagerado, proporcionó la base para escritores posteriores, incluso testigos presenciales como Ptolomeo y Aristóbulo (Ptolomeo llegó a transformar los cuervos que los guiaron hasta Siwa en un par de serpientes), así como todas las fuentes, incluida la tradición de la vulgata, mencionan las dificultades en el desierto. Pudo haberlas (la duración del viaje de Alejandro, ocho días [Diod., XVII, 49, 3-4; cfr. Curcio, IV, 7, 10; 15], es mayor que el tiempo normal necesario para una pequeña caravana), pero no es probable que corrieran serio peligro en una pista tan bien trazada.

Una vez en Siwa, Alejandro consultó al oráculo en el santuario central de Agurmi¹⁴⁸. Como sucesor de los faraones, fue admitido directamente en el santuario interior, donde consultó al dios en privado. El modo de preguntar era curioso: se seguía un procedimiento que, según los datos que tenemos, se utilizaba en los oráculos egipcios desde el segundo milenio antes de J.C. y aparece documentado de modo completo en un papiro del reinado de Psamético I (651 a. de J.C.)¹⁴⁹. La imagen de culto no era la del familiar Amón con sus característicos cuernos de carnero, sino una piedra con la arcaica forma onfálica y con esmeraldas engarzadas, llevada en una litera dorada en forma de barco. La cargaban entre ochenta sacerdotes¹⁵⁰ cuyos movimientos, así como el balanceo de la litera, se interpretaban como la respuesta del dios. En el Egipto Saíta el simbolismo era relativamente simple. Si la litera avanzaba, significaba aprobación; si retrocedía, lo contrario. Sin embargo, por lo que parece, en Siwa existía todo un repertorio de movimientos que se tenían que interpretar, y Alejandro estaba alejado de la imagen de culto, en la cámara interior del templo, que medía sólo diez pies por dieciocho. Probablemente, las preguntas se formulaban en privado al sacerdote que oficiaba la ceremonia, el cual observaba los movimientos de la imagen de culto y regresaba al santuario interior para emitir su interpretación. Los detalles debieron de permanecer oscuros¹⁵¹. Lo

¹⁴⁸ STEINDORFF (1904); FAKHRY (1944); PARKE (1967).

¹⁴⁹ PARKER y CERNY (1962).

¹⁵⁰ Según Diod., XVII, 50, 6: el número puede estar exagerado. Parker y Cerny (1962), p. 47 n. 5 (cfr. Goukowsky [1976], p. 205) sugieren que eran sólo ocho.

¹⁵¹ Estrabón, 814 complica el tema al citar a Calístenes en los siguientes términos: «Las respuestas del dios no se dan en palabras, como en Delfos y en Bránquidas, sino, en su mayor parte, mediante movimientos de la cabeza y símbolos, como el Zeus de Homero, que “hablaba y asentía con sus oscuras cejas”, y el profeta interpretaba a Zeus». Estas últimas palabras (τοῦ προφήτου τὸν Δία ὑποκριναμένου) se utilizan generalmente para indicar que el sacerdote representaba el papel del Zeus homérico y expresaba las señales y el asentimiento a través de las expresiones de su rostro (cfr. Pearson [1960], p. 34). Esto no coincide con el resto de la tradición e implica que en Siwa existían dos modos de respuesta del oráculo totalmente distintos. Deduzco pues que, o bien Estrabón de un modo u otro lo entendió mal, o que ὑποκρίνεσθαι debe entenderse como «interpretar», no como representar el papel del dios.

que sí es cierto es que Alejandro consultó al oráculo en el templo, separado de sus hombres, los cuales plantearon sus propias preguntas en el exterior del recinto sagrado. Sin embargo, lo que preguntó Alejandro se mantuvo en privado¹⁵². La tradición posterior, iniciada tal vez con Clitarco, desarrolló una serie de preguntas relacionadas con el dominio del mundo y el castigo de los asesinos de Filipo, pero no podemos seguir el rastro de ninguna de ellas hasta alguna fuente próxima a Alejandro. Ptolomeo y Aristóbulo se limitaron a afirmar que quedó satisfecho con las respuestas que recibió (Arr., III, 4, 5), y los textos aduladores de Calístenes, por lo que parece, no incluyeron las preguntas y respuestas concretas del oráculo. Lo único que sabemos con cierta seguridad es que Alejandro más tarde afirmó que Amón le había autorizado a ofrecer sacrificios a determinados dioses (Arr., VI, 19, 4), pero no sabemos si esta autorización se la dio en Siwa o en alguna consulta posterior, o incluso en un sueño¹⁵³. Con todo, podemos afirmar con certeza una cosa: el sacerdote se dirigió a Alejandro en público como hijo del dios (véase, más adelante, p. 331). Podría haberse tratado de la interpretación griega del título dado al faraón (como rey de Egipto, Alejandro era, por definición, hijo de Amón, la manifestación egipcia del dios de Siwa) pero es más probable que lo reconocieran como el verdadero hijo de Amón y del griego Zeus. En cualquier caso, así era como se representaba a sí mismo oficialmente. Calístenes lo describía como hijo de Zeus (no de Amón) y, hacia finales de su reinado, tanto en palabras como en obras, Alejandro conmemoraba su paternidad divina. Había visitado Siwa para consultar a la deidad que, en cierto modo, consideraba su padre, y recibió, con énfasis, confirmación en su creencia.

Tras permanecer brevemente en el oasis, donde vio la célebre «fuente del sol» ('Ain el Hamman), Alejandro se dirigió a Egipto de regreso. Aristóbulo afirmaba que Alejandro regresó por el mismo camino, en tanto que Ptolomeo, por lo que parece, decía que volvieron directamente a Menfis¹⁵⁴. El conflicto entre las fuentes puede ser tan sólo aparente. Si Ptolomeo se refería simplemente aun regreso a Menfis, sin mencionar las etapas intermedias, Arriano pudo deducir que se trataba de un camino distinto, directamente hacia el este a través del desierto. En cualquier caso, el peso de las pruebas da la razón a Aristóbulo. Por lo general, la ceremonia de fundación de Alejandría se sitúa después de la visita a Siwa, durante el viaje de regreso a Menfis, y la fecha de la inauguración de la ciudad, tal como se celebraba en el periodo romano, era el 25 de Tibi, que (en el año 331 a. de J.C.)¹⁵⁵ equivalía al 7 de

¹⁵² Calístenes, *FGH* 124F 14a; cfr. Wilcken (1970), pp. 1, 267-271 y 321-326.

¹⁵³ Según Ehrenberg (1965), p. 455, citando una nota anterior de Wilcken.

¹⁵⁴ Arr., III, 4, 5, cfr. Borza (1967); Bosworth (1976b), pp. 136-138.

¹⁵⁵ Pseudo Calístenes, I, 32, 10; cfr. JOUGUET (1940); Welles (1962), p. 284; BAGNALL (1979); *contra* Wilcken (1970), pp. 1 y 263; FRASER (1972), pp. 2 y 2-3, n. 6.

abril. Si la fecha se basa en una tradición sólida (y no se trata de una aproximación posterior para proporcionar un equivalente egipcio a la fecha de fundación original de acuerdo con el calendario macedonio) resultaría que la nueva Alejandría se habría fundado en primavera, poco antes de que el rey dejara Egipto. Alejandro regresó de Siwa hasta la costa, volvió a pasar por la desembocadura del Nilo en Canope y supervisó personalmente la demarcación de la zona central de la futura ciudad (véase, más adelante, p. 287). Llegó a Menfis poco después y celebró su llegada con un sacrificio a Zeus Rey, la deidad cuya manifestación libia había consultado en Siwa y cuyo hijo ahora pretendía ser (Arr., III, 5, 1). Su ejército lo estaba esperando, descansado tras pasar el invierno en el valle del Nilo, y Alejandro pudo retomar el hilo de su campaña.

LA CAMPAÑA DE GAUGAMELA

En algún momento del mes de abril, el ejército dejó Menfis y marchó rápidamente por un camino preparado en el que se habían construido de antemano puentes de pontones sobre el Nilo y sus principales canales (Arr., III, 6, 1). Alejandro cruzó el Sinaí y avanzó hacia el norte, hacia Fenicia. No hay nada escrito sobre esta marcha, excepto que Alejandro llevó a cabo una breve campaña punitiva en Samaria, donde su gobernador, Andrómaco, había sido capturado y ejecutado (véase, más adelante, p. 271). Hacia el verano, Alejandro se había instalado temporalmente en Tiro y había honrado a Melkart con otra grandiosa celebración. Los reyes chipriotas de Salamina y de Solos ocupaban un lugar especialmente destacado, y se esforzaron en contratar a los mejores actores del momento, Atenodoro y Tésalo; este último, amigo personal de Alejandro. El atractivo de la corte real era ya irresistible y Atenodoro quebrantó el contrato que lo obligaba a figurar en las fiestas dionisiacas atenienses para estar en las competiciones dramáticas de Egipto y Siria (Plut., *Al.*, 29, 5). Los atenienses le impusieron una multa, pero no tenían ningún poder para impedir el flujo de actores y atletas profesionales. Ellos mismos enviaron una embajada oficial encabezada por Aquiles y Diofanto¹⁵⁶. Esta, en parte, tenía la misión de felicitar a Alejandro. Los delegados de la Liga de Corinto se habían reunido en los Juegos Ístmicos del año 332 y habían votado enviarle una corona de oro en conmemoración de sus hazañas «para la salvación y la libertad de Grecia» (Curcio, IV, 5, 11; Diod., XVII, 48, 6). En Atenas pareció prudente hacer lo mismo (*IG* II².1496, líneas 52 y sigs.) y la embajada oficial apareció debidamente en Tiro en el verano del año 331. Además de ofrecer sus felicitaciones, también solicitó la liberación

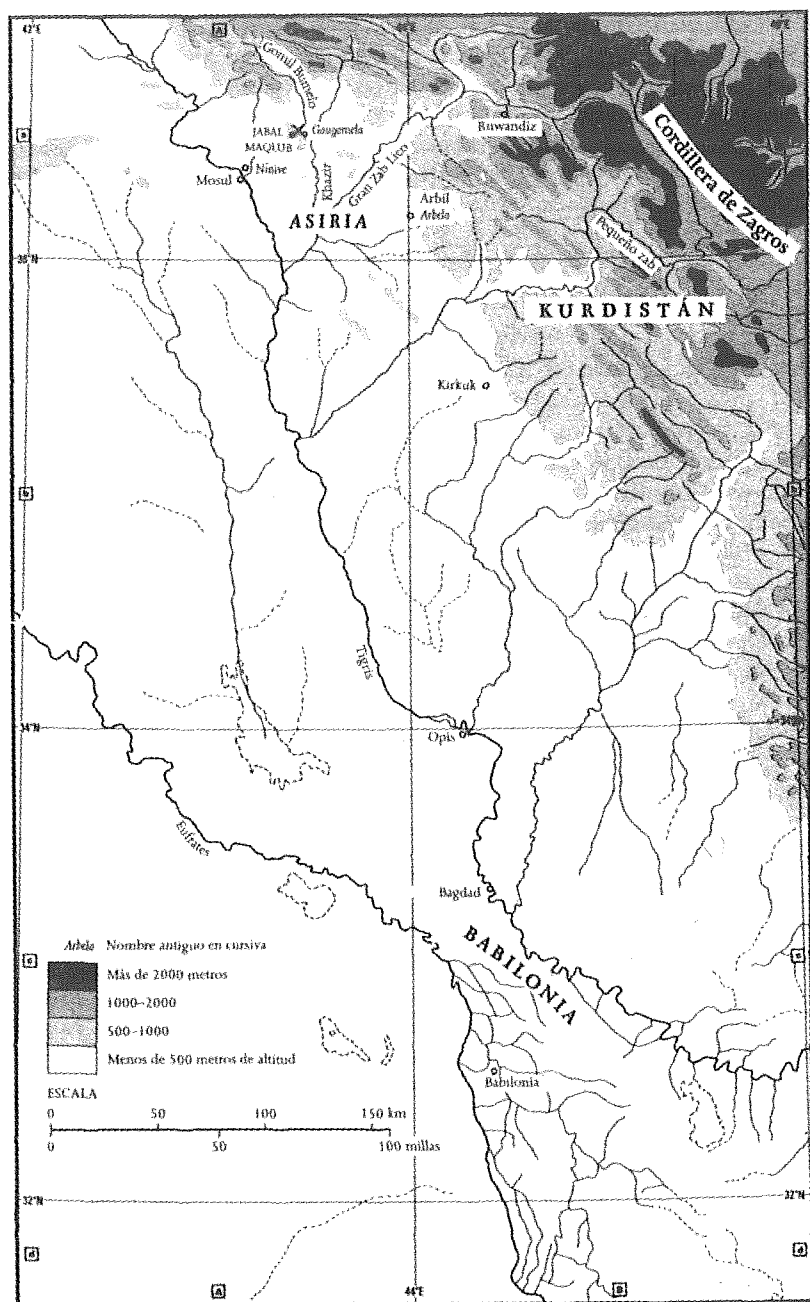
¹⁵⁶ Arr., III, 6, 2; Curcio, IV, 8, 12. Cfr. WILL (1983), pp. 71-77.

de los prisioneros de guerra capturados en el Gránico; Alejandro satisfizo la petición y concedió lo que había negado categóricamente a principios del año 333 (Arr., I, 29, 6). Este cambio de actitud, sin duda, estaba relacionado con la situación de la propia Grecia. Desde el año 332 había guerra en Creta entre las fuerzas macedonias y el ejército mercenario del rey espartano Agis, y existía el serio peligro de que las hostilidades se extendieran al continente. Alejandro había respondido enviando a su almirante Anfótero con una importante flota para que interviniera en Creta y reforzara a los aliados macedonios en el Peloponeso (véase, más adelante, p. 231), pero no tenía intención de hacer frente en persona a los disturbios. Sus objetivos se centraban exclusivamente en la siguiente campaña contra Darío y los únicos recursos que quería enviar al oeste eran barcos y dinero. Antípatro y sus aliados, cuyas reservas estaban agotadas, tendrían que arreglárselas sin la ayuda del ejército de Alejandro. En ningún momento se sugirió que se cancelara o retrasara la misión de reclutamiento que Amintas llevaba a cabo en Macedonia y, en la primavera del año 331, un ejército de 15.000 hombres se dirigía hacia Mesopotamia (véase, más adelante, p. 100). En estas circunstancias, era fundamental garantizar la neutralidad o la amistad de Atenas y la promesa de liberar a los prisioneros del Gránico era una manera barata y eficaz de garantizar su buena disposición. En el agitado verano del año 331, Atenas se mantuvo al margen de la alianza espartana y uno de los factores debió de ser la expectación creada por la inminente liberación de los prisioneros (ignoramos cuánto tardó Antípatro en repatriarlos).

También tuvo lugar un intercambio diplomático con Darío, pero aquí Alejandro se mostró mucho menos conciliador. El rey persa había llegado a aceptar algunas de las amargas realidades de la derrota y estaba cada vez más dispuesto a hacer concesiones territoriales, con la esperanza de evitar una catástrofe militar. Durante el sitio de Tiro, según parece, renovó la oferta de pagar un rescate por su familia y cedió a Alejandro el viejo imperio de Lidia, Asia Menor entre el Helesponto y el Halis¹⁵⁷. Se trataba de una concesión sin precedentes para el rey persa, pero resultaba muy poco atractiva para los macedonios, que en su avance triunfal habían dejado el Halis muy atrás. La última y más seria aproximación diplomática tuvo lugar en el verano del año 331. Las diferentes fuentes la sitúan en momentos distintos pero, aparte de Arriano (II, 25), que la fecha (erróneamente) en la época del sitio de Tiro, en el año 332, todos coinciden en que tuvo lugar inmediatamente antes de Gaugamela¹⁵⁸. En esta ocasión, la

¹⁵⁷ Curcio, IV, 5, 1-8; Diod., XVII, 39, 1-2; Justino, XI, 12, 3; cfr. Val. Max., VI, 4, ext. 3.

¹⁵⁸ Plut., *Al.*, 29, 7-8 (Tiro, 331); Diod., XVII, 54, 1-5 (antes de la batalla); Curcio, IV, 11, 1-22; Justino, XI, 12, 9-15. Cfr. MIKROGIANNAKIS (1969), pp. 87 ss.; Bosworth (1980a), pp. 228-229; Atkinson (1980), pp. 320 ss. y 395-396.



5. Asiria y Babilonia

oferta era verdaderamente impresionante. Darío ofrecía todo el territorio comprendido hasta el Éufrates, sumado a un tratado de amistad y alianza y a un enorme rescate de 30.000 talentos por su familia cautiva. Además, ofrecía en matrimonio a Alejandro a su hija mayor, Estatira. Resultaba muy tentadora la idea de aceptar y disfrutar de los beneficios de la conquista, aplazando las campañas contra Persia hasta el día en que el territorio conseguido estuviera pacificado y organizado. Quizá Filipo se habría detenido en ese momento y es probable que sufriera fuertes presiones por parte de los miembros más ancianos de su equipo para que lo hiciera. Todos los historiadores coinciden en afirmar que Parmenión instó a Alejandro a que aceptara y este le contestó duramente que él, en su caso, también lo haría. Tal vez sea discutible que el altercado se produjera en esos términos, pero parece claro que hubo desacuerdo en cuestiones de política y que Parmenión ponía reparos a proseguir las campañas mientras el oeste siguiera agitado, en tanto que Alejandro insistía en la conquista total. Al final (tras la muerte de Parmenión), el historiador de la corte, Calístenes, dio a este episodio una forma definitiva. Calístenes presentaba un Parmenión prosaico y sin imaginación, una obstrucción a las aspiraciones heroicas del joven rey. y, en una serie de conversaciones dramáticas similares, mostraba a Parmenión como una persona precavida en exceso, cuya prudencia, al final, los hechos demostraban injustificada¹⁵⁹. No obstante, Parmenión compartía con la mayoría de los próximos a Alejandro la inclinación a aceptar las propuestas persas (Diod., XVII, 54, 3-4) y Alejandro debió de conocer esta oposición. Sin embargo, no vaciló en rechazar enérgicamente las propuestas de Darío en una exhibición impresionante de autocracia. Una vez más, reclamó abiertamente el reino persa y declaró que sólo aceptaría un trato si su oponente se sometía de modo incondicional a su jurisdicción. Esto descartó cualquier compromiso o negociación posteriores. Alejandro preparó la nueva campaña con su habitual entusiasmo pero, probablemente, su equipo y su ejército estaban menos unidos a él que antes.

El ejército al que se iba a enfrentar Alejandro tal vez fuera más formidable que el que había derrotado en Isos. Darío ya no tenía los recursos del oeste, excepto los destacamentos procedentes de Siria, Capadocia y Armenia que no habían caído bajo el dominio de Alejandro o se habían batido en retirada ante la conquista. En cambio, podía explotar los recursos humanos del este y del noreste del imperio. Lo más eficaz era la caballería de Bactria y Sogdiana, cuyo número se vio incrementado por tropas auxiliares procedentes del oeste de la India y por los sacas de las estepas del norte y el oeste de la frontera sogdiana. Dirigidos por su sátra-

¹⁵⁹ Plut., *Al.*, 33, 9-10 = *FGrH* 124F 37. En relación con otros elementos de la tradición hostil a Parmenión, véanse CAUER (1894), pp. 33-34; Bosworth (1980a), pp. 29-32.

pa Beso, familiar del Gran Rey (Arr., III, 21, 5; 30, 4), formaban un cuerpo unificado de un calibre comparable al de los Compañeros y, por lo menos los jinetes sacas, llevaban pesados catafractos, de modo que tanto ellos como sus monturas estaban cubiertos por armaduras flexibles formadas por láminas¹⁶⁰. Casi tan formidable como esa era la caballería de las satrapías centrales: arios, aracosios, partienos y sus aliados. Como era habitual, los soldados de infantería eran de inferior calidad y su único valor residía en su gran número; su armamento pudo ser algo mejor que el empleado en ocasiones anteriores, ya que Darío, por lo que parecía, había estado experimentando con espadas y lanzas más largas (Diod., XVII, 53, 1; cfr. Curcio, IV, 9, 3), pero seguían sin estar a la altura de la infantería pesada macedonia. Casi todas las fuerzas mercenarias helenas se habían marchado ya, aunque un pequeño contingente todavía servía con Darío bajo el mando de Patrón y de Glauco¹⁶¹, pero era bastante insignificante en comparación con la gran tropa que había luchado en Isos. La fuerza persa se centraba ahora exclusivamente en la caballería y, si Darío quería triunfar en la defensa de su imperio, tendría que luchar en un terreno llano, donde pudiera desplegar de modo adecuado todas sus tropas. No podemos decir a cuánto ascendían estas, porque las fuentes dan totales muy exagerados que varían entre los 200.000 soldados de infantería y los 45.000 de caballería (Curcio) al 1.000.000 de soldados de infantería y los 400.000 de caballería (Arriano)¹⁶². Sin duda, los persas tenían ventaja numérica, pero no podemos cuantificarla.

El punto de reunión para el gran ejército era Babilonia, aunque Darío no tenía intención de celebrar ahí la batalla. La lealtad del pueblo era dudosa y las reservas de alimentos de la región, si bien eran abundantes, debían de haber menguado tras la prolongada residencia de la corte y del ejército, cada vez más numeroso. Darío escogió dirigirse al norte, a las llanuras de Asiria. En el verano del año 331, envió una misión exploradora bajo el mando de Maceo, su anterior sátrapa en Siria, para que le informara de los avances de Alejandro e impidiera que cruzara el Éufrates mientras él guiaba a su ejército lentamente por la rica llanura de Mesopotamia. Cruzó el Tigris en cinco días y prosiguió hacia Arbela. Finalmente, llegó a Gaugamela, el lugar que había escogido para librar la batalla. Allí se atrincheró y preparó su terreno en el llano comprendido entre el río Bumelo (Gomil) y la Jabal Maqlub, la más alta de la serie de colinas que

¹⁶⁰ Curcio, IV, 9, 3; Arr., III, 13, 4; cfr. RUBIN (1955); EADIE (1967), pp. 161-163; BERNARD (1980a), pp. 452-457.

¹⁶¹ Arr., III, 11, 7, 16, 2; cfr. Curcio, V, 8, 3, 12, 4.

¹⁶² Arr., III, 8, 6; Curcio, IV, 12, 13; cfr. Diod., XVII, 53, 3; Plut., *Al.*, 31, 1. En relación con un intento de estimación precisa del número de soldados, véase Marsden (1964), pp. 32-37, *contra* Brunt (1976-1983), pp. 1 y 511; Bosworth (1980a), p. 293.

se alzan en el espacio comprendido entre el Tigris y las estribaciones de los montes Zagros¹⁶³. Esta era una posición descaradamente defensiva. Darío esperaba que su enemigo llegara hasta él y había escogido el terreno para sacar el máximo partido de la caballería. Además, tenía preparados 200 carros falcados y había hecho alisar las ondulaciones del campo de batalla para darles más margen de maniobra. Esta táctica había fracasado claramente contra los Diez Mil en Cunaxa (Jenofonte, *Anábasis*, I, 8, 20), pero contra una fuerza sin experiencia y desorganizada, los carros falcados podían ser muy eficaces¹⁶⁴. Jenofonte hizo de ellos un factor decisivo en su batalla ficticia de Timbrara (*Ciropea*, VII, 1, 30-32) y señaló que constituían un arma importante en el arsenal de todo rey persa (VII, 1, 47). No cabe duda de que habían tenido un cierto éxito en batallas campales en el Próximo Oriente y Darío esperaba que su ímpetu dislocara la línea de batalla de Alejandro y creara huecos que su caballería pesada pudiera aprovechar. La victoria llegaría gracias a la superioridad numérica de su ejército y Darío hizo todo lo que pudo para que esta fuera eficaz.

A mediados de verano del año 331, Alejandro estaba ya listo para salir de Tiro y su camino estaba bien preparado hasta el Éufrates. En Tápsaco, dos puentes cruzaban el Éufrates, aunque la presencia de Maceo con una importante tropa de caballería impidió que se terminaran hasta la víspera de la llegada del rey (Arr., III, 7, 1-2) pero, a medida que se fue acercando el ejército del rey, los defensores persas se esfumaron y este cruzó sin oposición. A diferencia de Ciro y los Diez Mil, el ejército macedonio no siguió el curso del Éufrates hacia el sur, en dirección a Babilonia, sino que se dirigió hacia el este, hacia el Tigris. La razón que da Arriano (III, 7, 3) es que el forraje y las provisiones eran más abundantes y el calor menos intenso. Esto último tal vez sea dudoso, pero no cabe la menor duda de que la zona norte de Mesopotamia era más fértil y productiva que el sur: los bosques que rodeaban Nísibis eran famosos, incluso en época de Trajano (Dion, LXVIII, 26, 1). Además, el ejército de Darío había iniciado la marcha hacia el norte desde Babilonia y no era un secreto la dirección que pensaba tomar. Alejandro tenía motivos más que suficientes para dirigirse directamente hacia la llanura de Asiria. El camino que recorrió entre Tápsaco y el Tigris se estimó en la antigüedad en 2.400 estadios (Estrabón, 90), unos 440 km y, probablemente, Alejandro fue de Tápsaco a Harran, después hacia el este, vía Resaena, y quizá de Nísibis al Tigris, que cruzaría más tarde ligeramente al norte de la actual ciudad de Mosul¹⁶⁵. Las parti-

¹⁶³ Para la localización del campo de batalla, véase Schachermeyr (1973), p. 270, *contra* Stein (1942). Sobre la línea de marcha de Darío, véase Marsden (1964), pp. 11 ss.

¹⁶⁴ JENOFONTE, *Hell.*, IV, 1, 17-19: cfr. Anderson (1970), pp. 184-188.

¹⁶⁵ Marsden (1964), pp. 18-21; Engels (1978a), pp. 68-70. No podemos dar por hecho que los pasos del río en la Antigüedad fueran los mismos que los actuales.

das de exploradores habían observado sus movimientos; algunos de ellos fueron capturados e indicaron, probablemente con intención de engañar, que Darío quería impedirles cruzar el Tigris. La noticia aceleró la marcha de Alejandro por Mesopotamia, pero cuando llegó al río no había enemigo a la vista. Sin duda, Darío se limitaba a esperar en el campo que había preparado. Había enviado grupos para que se quedaran con la cosecha y quemaran los rastros ante el avance de Alejandro, pero ni siquiera esta acción la realizaron con amplitud suficiente como para causarle serios problemas (Curcio, IV, 10, 11-15). En cualquier caso, Alejandro había llegado hasta el Tigris en septiembre, cuando bajaba poca agua y era posible cruzarlo a pie, sin ningún sistema artificial de flotación, si bien la corriente era fuerte y hacía que la tarea resultara agotadora. Alejandro hizo descansar dos días a las tropas y la víspera de su marcha, a las 9 de la noche del 20 de septiembre, se produjo un eclipse de luna, un augurio siniestro para el ejército persa y, actualmente, un criterio seguro para datar en la época de Alejandro¹⁶⁶.

Tras cruzar el río, los macedonios prosiguieron vagamente hacia el este, dejando las montañas kurdas a su izquierda. Al cuarto día, los exploradores divisaron una avanzadilla de la caballería persa. Alejandro en persona dirigió una salida y consiguió capturar algunos rezagados, los cuales le dieron información sobre la situación exacta del ejército persa, a 150 estadios, oculto por el macizo de Jabal Maqlub. Alejandro reaccionó acampando y haciendo descansar a las tropas cuatro días¹⁶⁷. Durante este tiempo, habría enviado destacamentos para reconocer el terreno hasta el campo de batalla y, al final de la estancia en el campamento de descanso, debió de estar totalmente informado sobre el tamaño y la localización de las fuerzas enemigas. Así pues, trasladó su ejército a un campamento base situado bajo los afloramientos septentrionales del macizo de Jabal Maqlub¹⁶⁸, donde depositó la impedimenta y a los no combatientes y, durante el curso de la noche siguiente, llevó a sus tropas a través de las colinas que se interponían. La caballería enemiga, bajo el mando de Maceo, había seguido la pis-

¹⁶⁶ Arr., III, 7, 6; Curcio, IV, 10, 1-7; Plut., *Al.*, 31, 8; Plinio, *NH*, II, 180.

¹⁶⁷ Arr., III, 9, 1; Curcio, IV, 10, 15.

¹⁶⁸ Esta reconstrucción se basa en Arr., III, 9, 1-2, complementada por la narración de Quinto Curcio, más completa pero también más confusa. Sin embargo, la historia de Arriano es insuficiente: falta un día. Plutarco (*Al.*, 31, 8) afirma que la noche anterior a la batalla fue la undécima antes del eclipse, pero, según la narración de Arriano, pasan sólo 10 días (Atkinson [1980], pp. 486-487). Existe también cierta confusión entre los dos campamentos de descanso. Curcio establece una clara distinción entre el campamento situado a 150 estadios del emplazamiento de la batalla y otro campamento fortificado situado bajo las estribaciones de las montañas (IV, 12, 17). La discrepancia se explica mejor si tenemos en cuenta que el texto de Arriano confunde el campamento de descanso con el campamento avanzado. Cfr. Bosworth (1980a), p. 294; Wirth (1980-1981), pp. 23-31. Para bibliografía sobre la batalla en general, véase Seibert (1972a), pp. 127-130.

ta de su aproximación, pero, por lo general, los ejércitos persas eran reacios a pasar la noche cerca del enemigo, de modo que los macedonios pudieron ocupar las laderas que daban sobre la llanura de Gaugamela. Entonces Alejandro pudo dejar que sus hombres descansaran otra vez y llevar a cabo un examen detallado del campo de batalla, tal como, sin duda, le aconsejó Parmenión (Arr., III, 9, 3-4). Los persas estaban a 30 estadios de distancia, perfectamente visibles, colocados ya en posición defensiva, y Alejandro pudo examinarlos a sus anchas mientras mantenía a sus fuerzas parcialmente preparadas por si se producía un ataque.

Según Aristóbulo (*FGrH* 139 F 17), el *ordre de bataille* persa cayó en manos de Alejandro tras el combate, y este daba un análisis detallado de la alineación de las tropas, enumerando por orden los contingentes nacionales. En el centro, como de costumbre, iba el Gran Rey con su escuadrón de elite, los «Parientes del Rey», y su guardia real de *melophoroi*, reforzada por lo que quedaba del ejército mercenario griego. Inmediatamente delante había 50 carros falcados y el pequeño contingente de elefantes de Darío, y, hacia atrás, alineado en profundidad, se encontraba el grueso de la infantería, reclutada principalmente en Mesopotamia. A la derecha, estaban las tropas procedentes de Siria y Mesopotamia, junto con la leva de Media y los hombres procedentes de las orillas del Caspio, incluso de extremos tan occidentales como Partia. El punto más fuerte de la alineación era el ala izquierda, preparada para hacer frente a Alejandro y a la Caballería de los Compañeros. Ahí estaban colocados los jinetes del nordeste, los bactrianos con sus tropas auxiliares de sacas, dahos y maságetas, seguidos por las levas de Aracosia y Pérsida propiamente dicha. El ala quedaba reforzada por una vanguardia de caballería pesada con no menos de 100 carros falcados (para equilibrar, en la derecha se encontraban las caballerías armenia y capadocia junto con 50 carros). La estrategia persa era necesariamente simple: crear huecos en las líneas enemigas que pudiera aprovechar la caballería y, al mismo tiempo, mantener la unidad de su propia formación. Mientras la línea frontal estuviera intacta, la caballería de Alejandro no podría lanzar un ataque y, si los carros falcados hacían su trabajo, el frente macedonio tendría grandes aberturas.

Por la tarde, la situación estaba clara y Alejandro reunió y aleccionó a sus oficiales veteranos. Ofreció ante su tienda un sacrificio a Fobo y dirigió ritos secretos bajo la supervisión de Aristandro de Telmiso (Plut., Al., 31, 9). El ejército descansó como pudo; probablemente, poco, pero más que los persas, que pasaron toda la noche en posición de batalla debido al tradicional miedo paranoico de sus generales a un ataquesorpesa (Arr., III, 11, 1; Curcio, IV, 13, 11; cfr. Jenofonte, *Anab.*, III, 4, 34-35). Al alba, Alejandro apareció, resplandeciente con su armadura ceremonial, se dirigió a sus aliados griegos y, según Calístenes (*FGrH* 124 F 36), rogó ayuda a su supuesto padre, Zeus (la plegaria tuvo respuesta inme-

diata con la aparición de un águila que voló directamente hacia las líneas persas). A continuación, Alejandro puso en orden sus tropas y creó una formación compacta y relativamente estrecha. Formó el frente según la alineación habitual, con la falange de la infantería macedonia en el centro, los hipaspistas a la derecha, mezclándose con la caballería de los Compañeros, formada en sus ocho escuadrones, y el Escuadrón Real con Alejandro también a la derecha. A la izquierda, la caballería aliada griega y la de los tesalios cumplían la misma función que los Compañeros en la derecha, y el escuadrón de Farsalia formaba un cuerpo de elite alrededor de Parmenión. Paralela a la frontal, se extendía una segunda línea de infantería con las tropas helénicas de la Liga de Corinto y el resto de los mercenarios y de las tropas de los Balcanes que no estaban desplegadas en otro lugar. En los flancos, la formación se iba ensanchando escalonadamente. A la derecha, se encontraban las tropas ligeras, agrianes y arqueros, y los «mercenarios veteranos» bajo el mando de Cleandro. Estos cerraban el hueco entre los dos frentes paralelos y, por delante de ellos, había una cobertura de caballería, primero de exploradores y de peonios y, en el punto culminante de la línea, un contingente de caballería mercenaria bajo el mando de Menidas. En el flanco izquierdo se situaba una formación similar: en primer lugar, la infantería tracia colmaba el hueco entre las dos líneas y, después, estaban los escuadrones de la caballería mercenaria aliada. La formación al completo era, más o menos, rectangular¹⁶⁹. Alejandro había comprendido que era inevitable que los desbordaran por los flancos y estaba preparado para hacer frente a un ataque procedente de cualquier dirección, en tanto que la flor y nata de su ejército, situada en primera línea, estaría lista para aprovechar cualquier resquicio en las líneas enemigas.

La formación preliminar es relativamente clara, pero los detalles de la batalla varían según las fuentes y resulta imposible formar un todo coherente. Incluso en la época debió de ser una tarea casi imposible reconstruir el curso de la contienda, dado que, necesariamente, todos los participantes tenían una experiencia muy parcial, limitada a su propio sector. Nadie, y menos aún Alejandro, tenía una visión sin óptica, suponiendo que tal cosa fuera posible. De hecho, la batalla tuvo lugar a finales de verano y la polvareda levantada por la caballería, en un enfrentamiento dominado por esta, fue tremenda y envolvió la acción en un manto opaco y sofocante (cfr. Diod., XVII, 61, I; 60, 4; Curcio, IV, 15, 32). Sólo aparecen registrados unos pocos hechos fundamentales y es difícil situarlos en un contexto acertado. Al principio, según parece, Alejandro fue desbordado masivamente por su derecha y él en persona se enfrentó a Darío

¹⁶⁹ Arr., III, 12, 1-5; Curcio, IV, 13, 31-32. Sobre esta formación, véanse Griffith (1947), pp. 77-79; Devine (1975), pp. 374-378.

en el centro de la línea persa, mientras toda el ala izquierda persa desbordaba la guardia del flanco. Así pues, Alejandro se movió hacia la derecha, manteniendo al escuadrón real en el punto culminante de la línea, que inevitablemente se convirtió en oblicua¹⁷⁰. Los persas intentaron contrarrestar ese movimiento, pero sus fuerzas estaban demasiado comprimidas para poder desplegarse rápidamente como un todo y los carros falcados tuvieron que quedarse en el terreno preparado para ellos. La línea macedonia avanzó inexorablemente hacia la derecha y, de modo igualmente inexorable, el desbordamiento del lado persa pasó del lado izquierdo al derecho. Parmenión y sus tropas, situados a la izquierda, tuvieron que hacer frente a una masa de persas cada vez mayor y su función, evidentemente, fue mantenerse firmes y aguantar lo más recio del ataque mientras Alejandro cimentaba el resquicio crucial de la derecha. Mientras Alejandro alcanzaba el extremo de la línea persa, la caballería de los sacas y los bactrianos, que custodiaba el flanco (Arr., III, II, 6), se desplazó hacia delante para impedir cualquier avance. La primera parte de la batalla propiamente dicha empezó entonces, cuando la caballería mercenaria de Menidas, situada en la extrema derecha, se enfrentó con las tropas del flanco persa. Poco después, Darío lanzó sus carros falcados, mientras Alejandro se encontraba todavía en el terreno alisado para que estos se desplazaran. La táctica fracasó por completo. Una cobertura de infantería ligera integrada por agrianes y lanzadores de jabalina demostró su terrible destreza y su agilidad derribando los caballos y desviando los carros. Los pocos que penetraron las defensas macedonias las cruzaron sin causar daño a medida que los hombres se apartaban para dejarlos pasar y quedaron neutralizados por los mozos de los Compañeros y por los hombres de las últimas hileras de los hipaspistas, que también se vieron afectados por la carga¹⁷¹. Arriano sólo describe la situación del ala derecha. Resulta evidente que la izquierda se vio sometida a un duro ataque desde el principio. Maceo, el comandante del ala derecha persa, tenía menos carros, pero los utilizó en conjunción con la caballería y pudo aprovechar los escasos huecos abiertos en la línea macedonia. Al mismo tiempo, envió un destacamento de caballería para que atacara y pillara el campamento base macedonio, movimiento que tuvo un éxito rápido, pero que no influyó en el curso de la batalla. Más tarde, sería el origen de un mito: se dijo que la reina madre Sisigambis estaba en el campamento y, orgullosa, declinó ser liberada¹⁷². Según otra historia, Parmenión envió varios mensajes instando a Alejandro a salvar el campamento

¹⁷⁰ Arr., III, 13, 1; Curcio, IV, 15, 1; Diod., XVII, 57,6.

¹⁷¹ Arr., III, 13, 5; Curcio, IV, 15, 4. Cfr. Bosworth (1980a), pp. 306-307.

¹⁷² Curcio, IV, 15, 9-11; Diod., XVII, 59, 6-7. Cfr. Burn (1952), 89-90; Wirth (1980-1981), pp. 30-38.

y este los rechazó con un gesto heroico¹⁷³, pero resulta difícil entender cómo podría haber llegado un mensaje de este tipo hasta el rey, que luchaba en una posición expuesta, en el punto crucial de la derecha, y más difícil todavía resulta imaginar de qué modo podría haberlo tenido en cuenta. El mensaje y su rechazo forman parte del retrato de un Parmenión temeroso y lerdo que Calístenes creó por razones propagandísticas, pero el núcleo de la historia, es decir, el ataque persa al campamento, seguramente es histórico.

La izquierda se mantuvo firme, cada vez más acosada, en tanto que los hechos decisivos de la batalla se desarrollaron en la derecha. A medida que el resto de la caballería de la guardia del flanco de Alejandro fue reforzando a la caballería mercenaria de Menidas se fue desarrollando una batalla a gran escala entre ambas caballerías. En el bando persa, las unidades bactrianas, bajo el mando de Beso, se fueron desplazando hacia la izquierda y, finalmente, se produjo un hueco entre la izquierda persa y el resto de la línea. Este fue un momento culminante. Alejandro se encontraba en la punta de una cuña: a un lado, tenía a los Compañeros y, tras ellos, a la falange, y al otro, a los agrianes y la infantería de la guardia del flanco. La formación parecía una lambda aplastada y, en el vértice, se encontraba el escuadrón real¹⁷⁴. Esta punta se introdujo en el hueco de las líneas persas y lo fue ensanchando progresivamente. Los Compañeros presionaron hacia dentro, contra los flancos expuestos de las tropas persas, mientras la falange, en densa formación, hacía retroceder la primera línea con su hilera de *sarisae*. Igual que había sucedido en Isos, Darío, situado en el centro, se veía sometido a una presión cada vez mayor a medida que el asalto macedonio se aproximaba y la urgencia de los fugitivos creaba confusión en sus propias filas. En un momento u otro, Darío huyó. No fue el primero en poner pies en polvorosa, como Arriano afirma (III, 14, 3), pero tampoco pudo esperar hasta que Alejandro se encontró a la distancia de una lanza, tal como afirma la tradición de la vulgata, porque en ese momento, la huida (en su carro de ceremonia) habría sido imposible. Es imposible reconstruir los detalles de la desbandada, pero está claro que, una vez rota la línea persa, era inevitable que se produjera. Nada en el bando persa podía resistir el ímpetu de la falange y la caballería combinadas.

Según parece, el principal objetivo de Alejandro era capturar a su rival vivo o muerto, e inició la persecución cuando el centro de la línea del enemigo se desintegraba. Pero este apenas fue el fin de la historia. El ejército macedonio era incapaz de llevar a cabo una persecución manteniendo

¹⁷³ Plut., Al., 32, 5-7; Curcio, IV, 15, 6-8.

¹⁷⁴ Arr., III, 14, 1-2; Curcio, IV, 15, 20-21. Cfr. Schachermeyr (1973), p. 237; Bosworth (1980a), p. 307; Devine (1983), pp. 214-216.

la unidad. El ala izquierda seguía desbordada y no podía presionar hacia delante junto con Alejandro, así que, de modo inevitable, se abrió un hueco hacia la izquierda de la falange. Los dos batallones situados en el extremo izquierdo se mantuvieron en su sitio para conservar la continuidad con el resto del frente macedonio, mientras el resto presionaba hacia delante, en diagonal, a través del centro. Unas pocas unidades de caballería persa e india, situadas en la proximidad de Darío, penetraron en el hueco, pero fue una irrupción limitada que la falange de reserva situada en la retaguardia pronto neutralizó¹⁷⁵. Menidas y la caballería de la guardia del flanco quedaron también aislados en su combate contra los bactrianos cuando Alejandro lanzó su asalto, pero Beso estaba en posición de observar la destrucción del centro y retiró sus tropas para replegarlas en orden, prácticamente incólumes (Arr., III, 16, 1). Mucho más importante fue el ala izquierda, todavía superada en número, que resistía el ataque al flanco. Todas las fuentes coinciden en que Parmenión envió un aviso al rey informándole de la gravedad de la situación, pero la suerte que corrió el mensaje varía según sea su origen. Según Plutarco (que quizá seguía a Calístenes), Alejandro recibió el recado y eso fue lo que impidió que alcanzara a Darío; Arriano, de manera similar, mantiene que el rey retrocedió y tan sólo prosiguió la persecución cuando pudo garantizar la seguridad de su ejército. Por otro lado, Diodoro (que coincide parcialmente con Curcio) afirma que los mensajeros enviados por Parmenión vieron a Alejandro separado del resto de la línea de batalla y renunciaron a llegar hasta él¹⁷⁶. Seguramente, eso es cierto: el polvo que envolvía el combate habría impedido que se supiera en qué lugar concreto se encontraba el rey y ningún mensajero podía esperar alcanzarlo una vez lanzado a la persecución de Darío. Las otras versiones del episodio están trufadas de propaganda, sea con la intención de inculpar a Parmenión por haber sentido un pánico prematuro, o bien de exculpar a Alejandro de las imputaciones de temeridad. Lo que sí parece cierto es que Alejandro insistió en la persecución hasta la llegada de la tarde y siguió a los fugitivos en dirección al río Lico (Gran Zab), a unos 30 km del campo de batalla. Se encontraba, como de costumbre, a la cabeza de los Compañeros, muy por delante del resto de la línea, que estaba separada en dos partes: la mayoría de la falange siguió barriendo los restos del centro persa, situado ante ella, mientras la izquierda de la línea estaba estacionaria, atacada to-

¹⁷⁵ Arr., III, 14, 4-6. Este pasaje resulta problemático; cfr. Griffith (1947), pp. 84-85; Burn (1952), pp. 88-90; Marsden (1964), pp. 59-60; Wirth (1980-1981), pp. 41-48; WEL-WEI (1979), pp. 225-228; Bosworth (1980a), pp. 308-309.

¹⁷⁶ Plut., Al., 33, 9-10; Arr., III, 15, 1-2; Curcio, IV, 16, 1-7; cfr. Diod., XVII, 60, 7. Para diversas interpretaciones, véanse Griffith (1947), pp. 87-88; Marsden (1964), pp. 61-62; Devine (1975), p. 382; Bosworth (1980a), pp. 309-311.

davía. Gradualmente, la noticia de la desbandada del centro y de la huida del Gran Rey fue penetrando en el ala derecha persa, y el asalto languideció. La caballería tesalia, que había luchado de modo excelente, se reorganizó y forzó la retirada del enemigo. De modo imprevisto, se produjo un último combate: cuando los Compañeros regresaban de la persecución se encontraron con un gran cuerpo de rezagados, integrado por persas, partienos e indios, procedente de la izquierda de la línea persa, que, probablemente, se había retirado ante la falange macedonia¹⁷⁷. Cabalgaban en formación de fondo y chocaron frontalmente con los Compañeros que regresaban, y estos les cerraron la retirada. El resultado fue una de las refriegas más salvajes del día; en ella cayeron unos sesenta Compañeros, pero fue un simple apéndice de la batalla. Los supervivientes persas se dispersaron y los Compañeros se reunieron con el resto del ejército victorioso.

Es imposible estimar las bajas de ambos bandos, porque las cifras que proporcionan las fuentes clásicas exageran desvergonzadamente las bajas persas y, de modo igualmente desvergonzado, minimizan las del bando macedonio. El hecho fundamental de la contienda, la destrucción del centro persa por parte de Alejandro, se llevó a cabo con relativa celeridad y, probablemente, la matanza fue limitada. Allí no había nada parecido a los desfiladeros de Isos para hacer más lenta la retirada y es probable que la mayoría de la caballería persa escapara con relativa facilidad. En cambio, en la izquierda tuvo lugar una lucha feroz y prolongada que debió de maltratar por igual a ambos bandos, y las fuentes dicen explícitamente que la caballería de la guardia del flanco sufrió más pérdidas que sus oponentes bactrianos y sacas, vestidos con pesadas armaduras (Arr., III, 13, 4). La proporción de bajas no debió de ser tan desequilibrada como en Isos pero, aun así, la victoria fue decisiva. Alejandro había desplegado sus fuerzas, menos abundantes, con habilidad consumada. Su desplazamiento hacia la derecha y el combate de la caballería en el flanco habían apartado a la caballería persa y habían creado una brecha justo en el lugar donde estaban concentradas las unidades más eficaces de Alejandro. Pero esta estrategia supuso sacrificios: la caballería mercenaria, los exploradores y los peonios tuvieron que soportar un ataque de enemigos superiores en número y con armas más pesadas, y la izquierda quedó expuesta a un desbordamiento por fuerzas enemigas mucho más numerosas. Era fundamental que la izquierda resistiera y el éxito de Parmenión en esa empresa fue notable. Merecía más que las mezquinas insinuaciones de los propagandistas de Alejandro, que lo representaron como un hombre negligente e incompetente, un freno al progreso heroico de su rey.

¹⁷⁷ Arr., III, 15, 1-2 (pero no la caballería, como por lo general se supone, que había roto la línea macedonia en un momento anterior de la batalla [III, 14, 4]).

Darío no reagrupó a sus diezmadas fuerzas. Regresó rápidamente a Arbela y, sin detenerse, se dirigió hacia el este adentrándose en Media, cruzó las montañas de Zagros por el paso de Spilik y la ciudad que actualmente se conoce con el nombre de Ruwandiz. Con él se encontraba un núcleo de su guardia real y los restos de su ejército mercenario. También se le sumaron Beso y su caballería, que había sobrevivido a la batalla más o menos intacta. El resto de los supervivientes persas se dispersaron; el grupo más numeroso se sumó a Maceo, el cual dio un gran rodeo por detrás del ejército macedonio, cruzó el Tigris y se refugió en Babilonia. Alejandro reanudó la persecución la noche siguiente a la batalla. Asaltó Arbela, pero se encontró con que Darío se había marchado ya, así que abandonó el propósito de proseguir la persecución y se preparó para la invasión de Babilonia, que no iba a ofrecer ninguna resistencia a su ejército. Estaban ya a principios de octubre. Alejandro había dado un paso gigantesco hacia la destrucción de Darío y el final de la guerra de venganza. Ambos temas se reflejaron en sus acciones públicas. Por una parte, fue proclamado Rey de Asia, el verdadero Gran Rey, y esa aclamación reflejaba la situación real: había ocupado el lugar de Darío en los territorios que se extendían al oeste de los montes Zagros. Al mismo tiempo, Alejandro evocó el recuerdo de la Guerra Persa, prometió la restitución de Platea y envió parte del botín a la lejana Crotona en honor de los servicios prestados por Faílo en el año 480 a. de J.C.¹⁷⁸ El sucesor de Jerjes era, sin embargo, el vengador del sacrilegio de Jerjes, y el déspota de Asia afirmaba ser el campeón de la libertad y de la autonomía de los helenos.

BABILONIA Y PÉRSIDE (INVIERNO DEL 331/330 A. DE J.C.)

Alejandro permaneció en el campo de batalla sólo el tiempo suficiente para enterrar a sus muertos; después se puso en marcha hacia el sur, a través de Babilonia, resuelto a consolidar su dominio sobre las ciudades de las tierras bajas del Imperio Persa. Igual que había sucedido en Egipto, fue recibido como un libertador. Cuando llegó a Babilonia, no se produjo el menor intento de resistencia. Dados los antecedentes de revueltas de la ciudad, los persas se habían ocupado de hacerla indefendible¹⁷⁹ y su guarnición, prácticamente encerrada en el viejo palacio de Nabucodonosor, no podía oponerse a un ataque del exterior si este lo fomentaba una población hostil desde dentro de las murallas de la ciudad. Durante las tres semanas o más que Alejandro necesitó para cubrir los 460 km que

¹⁷⁸ Plut., *Al.*, 34, 1-4. Cfr. Hamilton (1969), pp. 90-92; Schachermeyr (1973), pp. 276 ss.; *contra* ALTHEIM y STIEH (1970), pp. 195 ss.

¹⁷⁹ Cfr. Schachermeyr (1970), pp. 56-57 (interpretación de Heródoto, I, 180, 1; 181, 2).

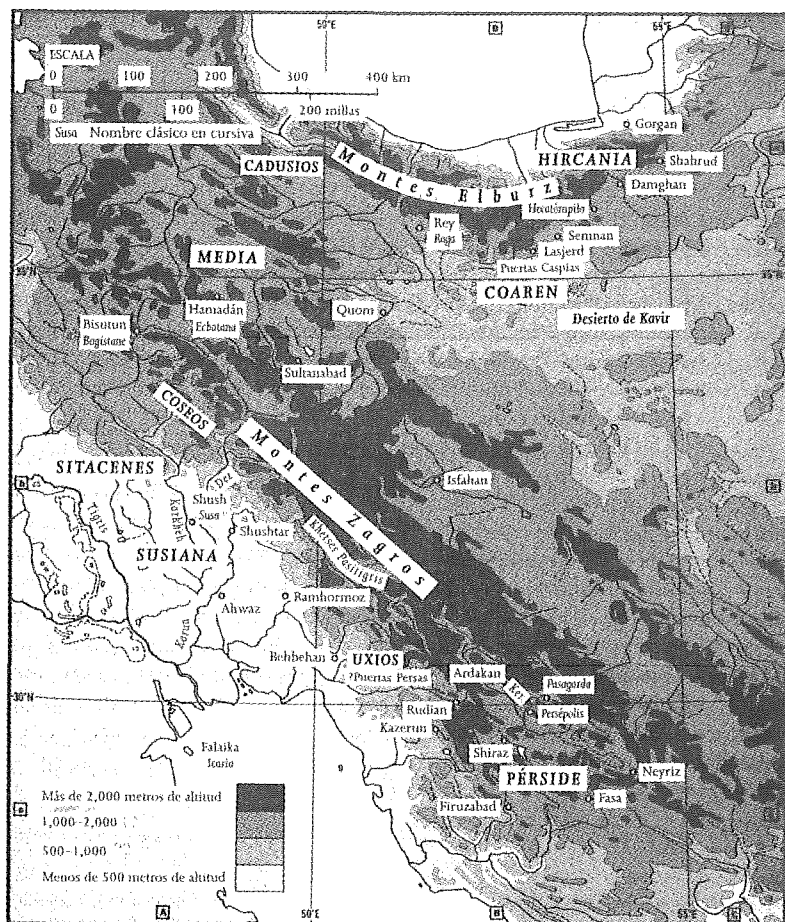
separan Arbela de Babilonia debieron de tener lugar las negociaciones para su rendición. El ejército macedonio avanzó en orden de batalla, proporcionando un espectáculo magnífico, para entrevistarse con el general persa Maceo y con sus hijos mayores, fruto del matrimonio con una dama babilonia¹⁸⁰. En Maceo se unían ambas culturas y no podría encontrarse persona más adecuada para rendir la capital a su conquistador. Tras él iban Bagófanos, el comandante persa de la ciudadela, y los representantes de los sacerdotes babilonios, todos ellos con una selección de regalos exóticos. El rey entró en triunfo en su nueva capital por calles cubiertas de flores, respirando el intenso aroma a incienso procedente de los altares colocados a ambos lados del desfile. Alejandro tomó posesión de inmediato del palacio y del tesoro, e hizo un sacrificio formal al dios de la ciudad, Bel-Marduk, siguiendo el protocolo prescrito por el sacerdocio local. Como sus predecesores Aqueménidas, Alejandro aceptó el título formal de la vieja monarquía de Babilonia e incluso es posible que pasara por el rito de investidura tradicional y estrechara las manos a Marduk¹⁸¹. Como rey de Babilonia, Alejandro era guardián del gran conjunto de templos del Esagil, que había sufrido un deterioro considerable bajo el dominio persa. Los daños se achacaban a Jerjes y los sacerdotes tenían grandes esperanzas en que su nuevo señor devolviera al Esagil su tradicional esplendor. Pronto se desengañaron. Alejandro se mostró dispuesto a autorizar la reconstrucción del santuario, pero no se encargó personalmente de la tarea. Los babilonios tendrían que encargarse del trabajo (y del coste) de la reconstrucción¹⁸² y él mismo no mostró interés en el proyecto hasta su regreso de la India (véase, más adelante, p. 197). En sus declaraciones públicas, Alejandro podía halagar el sentimiento nacional babilonio, pero no tenía serias intenciones de actuar como un monarca babilonio. Los metales preciosos del tesoro se destinaron a un fin más práctico e inmediato, como el pago de gratificaciones a las tropas (Diod., XVII, 64, 6; Curcio, V, 1, 45). El ejército también necesitaba descanso y recreo, y, durante más de un mes, disfrutó de los lujos de la ciudad. Hacia finales de noviembre del año 331, Alejandro inició la marcha hacia Susa, dejando Babilonia en manos de su primer sátrapa persa, Maceo, respaldado y vigilado por los comandantes militares macedonios (véase, más adelante, p. 274).

Alejandro no tenía en perspectiva ningún problema militar. Inmediatamente después de Gaugamela, Alejandro había enviado a uno de sus oficiales, Pilóxeno, para que garantizara la rendición de Susa y de sus legendarios tesoros (Arr., III, 16, 6). No hubo resistencia. El sátrapa Abu-

¹⁸⁰ Curcio, V, 1, 17-23; cfr. Badian (1965b), p. 175; Bosworth (1980a), p. 341.

¹⁸¹ Arr., III, 16,5; cfr. Schachermeyr (1973), p. 282; Lane Fox (1973), p. 248.

¹⁸² Arr., III, 16, 4; VII, 17, 3; Estrabón, 738; cfr. Bosworth (1980a), p. 314.



6. El interior del Irán

lites abrió rápidamente su ciudad al enviado del rey y permitió que le confiscara los metales preciosos. Alejandro sólo tuvo que tomar posesión. Su ejército estaba ahora pletórico y las bajas de Gaugamela estaban más que compensadas por la llegada de un enorme convoy de refuerzos de Macedonia. Amintas había regresado por fin con más de 15.000 hombres reclutados en Macedonia, Tracia y el Peloponeso, y estos refuerzos devolvieron al ejército la potencia que tenía antes de Isos¹⁸³. Los recién llegados, como de costumbre, fueron distribuidos en unidades de la misma etnia y se produjo una pequeña reorganización de la estructura de mando: se asignaron subcomandantes tanto a la caballería de los Compañeros como a los hipaspistas, escogidos únicamente por sus méritos, sin tener en cuenta su origen (véase, más adelante, p. 314). Se trató de un cambio menor, pero tuvo su importancia; fue un primer paso para la remodelación de la caballería de los Compañeros tras la muerte de Filotas y es síntoma de que el rey no estaba satisfecho con la estructura de mando tradicional que mantenía las divisiones regionales y aseguraba un vínculo natural entre comandante y subordinado. Los nuevos nombramientos se realizaron durante un periodo de descanso en la rica región de Sitacenes, al este del Tigris; Alejandro marchó hacia Susa con tranquilidad y tardó veinte días en recorrer los 365 km que la separan de Babilonia (Arr., III, 16, 7). Allí se repitió lo sucedido en Babilonia: Alejandro fue recibido junto al río Coaspis (Karkheh), a unos tres kilómetros al oeste de Susa. El sátrapa le trajo regalos espléndidos, entre los cuales había camellos de carreras y elefantes indios, y lo escoltó en ceremonia hasta la ciudad, la principal capital del imperio Aqueménida. Allí Alejandro tomó posesión del tesoro, el cual contenía reservas por valor de 40.000 talentos en lingotes de oro y plata, y 9.000 talentos en dárlicos de oro¹⁸⁴. Se trataba de la mayor cantidad que había caído nunca en manos de un dinasta europeo y, sin embargo, era sólo una fracción de las reservas totales persas, de las que Alejandro se apropiaría en el plazo de un mes. A diferencia de sus predecesores Aqueménidas, Alejandro no tenía intención de economizar sus nuevos recursos y el resto de su reinado presencié una prodigalidad de una magnitud tal que probablemente sea única en la historia. Inmediatamente después de asegurarse el tesoro, Alejandro envió a Menes a la costa de Oriente Próximo con una reserva en lingotes de 3.000 talentos de plata destinada apagar (en parte) a Antípatro¹⁸⁵. La guerra contra Agis estaba en el punto álgido (véase, más adelante, p. 233) y el regente tenía dificulta-

¹⁸³ Diod., XVII, 65, I; Curcio, V, 1, 39-42; Arr., III, 16, 10.

¹⁸⁴ Diod., XVII, 66, 2; cfr. Estrabón, 731; Plut., *Al.*, 36, 1; Justino, XI, 14, 9; Curcio, V, 2, 11; Arr., III, 16, 7; Bellinger (1963), p. 68, n. 148.

¹⁸⁵ Arr., III, 16, 9; cfr. Diod., XVII, 64, 5; Curcio, V, 1, 43. Véase Bosworth (1974), pp. 53-64; *contra* Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 179.

des para formar un ejército adecuado. No era cuestión de enviar tropas para ayudarlo en un momento de crisis, pero había dinero abundante para atraer mercenarios y sostener intrigas políticas. Los dáricos persas podían resultar tan letales para Agis como lo habían sido para Agesilao en el año 394. La guerra terminó antes de que fuera necesario recurrir al dinero, pero el mensaje resultó dolorosamente claro: el oro persa garantizaba la supremacía de Macedonia y nadie podía desafiarla en serio.

El siguiente objetivo era Pérsida propiamente dicha, el corazón del imperio. El invierno estaba ya iniciado (finales de diciembre del 331), pero Alejandro estaba dispuesto a correr el riesgo de que la nieve bloqueara los pasos de los montes Zagros. Cuanto más se retrasara en la llanura de Khuzestan, mayor sería la resistencia que podría esperar cuando se abriera paso por las montañas a la primavera siguiente. El ejército se puso en marcha y salió de Susa, cruzó sobre puentes de pontones el Dez y el Pasitigris¹⁸⁶, y entró en el territorio de los uxios, el cual formaba un pasillo entre Susa y Pérsida propiamente dicha. Comprendía dos sectores distintos: las tierras más bajas, en las laderas de los montes Zagros, entre las poblaciones actuales de Ramhormoz y Behbahan, y las montañas mismas. Los habitantes de las tierras bajas eran agricultores de tierras de una fertilidad proverbial (Diod., XVII, 67, 3) y estaban gobernados por un sátrapa, familiar de Darío. Los habitantes de las montañas eran pastores más intratables, independientes de la organización en satrapías de los Aqueménidas, y recibían regalos regularmente cuando el Gran Rey atravesaba su tierra (Arr., III, 17, 1; Estrabón, 728). Según parece, Alejandro tuvo problemas con ambos grupos. Como de costumbre, las fuentes son vagas e imprecisas, pero parecen referirse a dos acciones independientes¹⁸⁷: por un lado, se suponía que Medates, gobernador de los uxios de las tierras bajas, quería bloquear el camino hacia Pérsida, pero Alejandro se le adelantó. El rey atacó frontalmente al alba, mientras una columna de agriarines y mercenarios ligeramente armados rodeaba la posición del enemigo por un camino lateral que los colocó sobre él¹⁸⁸. Medates y sus hombres retrocedieron a una fortaleza donde negociaron rápidamente una capitulación en términos muy generosos (la reina madre, Sisigambis, envió un mensaje desde Susa intercediendo por su pariente político)¹⁸⁹. Hubo también una campaña contra los uxios de las montañas, los cuales exigieron

¹⁸⁶ Estrabón, 729; cfr. Diod., XVII, 67, 1; Curcio, V, 3, 1; III, 17, 1.

¹⁸⁷ Según Briant (1982b), pp. 161-173; Hammond (1983a), p. 130. Pero cfr. Badian (1985), p. 441, n. 2.

¹⁸⁸ Diod., XVII, 67, 4-5; Curcio, V, 3, 4-10.

¹⁸⁹ Curcio, V, 3, 12-15. Ptolomeo también se refirió a la intervención de la reina madre, pero Arriano (III, 17, 6) lo unifica todo en la acción contra los habitantes de las montañas. No parece posible (Bosworth [1980a], pp. 323-324).

el tradicional peaje a Alejandro. Este los invitó a enfrentarse en los pasos estrechos que ellos controlaban y desplegó una de sus impresionantes exhibiciones de movilidad rápida: pilló y saqueó los poblados uxios más próximos, y llevó a cabo una marcha forzada para ocupar los pasos antes de que los guerreros uxios tuvieran tiempo de formar allí. Envío a Crátero por delante para que ocupara los altos que daban sobre el paso. Como consecuencia, los uxios quedaron atrapados entre dos fuegos y fueron diezmados por las tropas macedonias, superiores en número; los supervivientes quedaron sujetos a un gravoso tributo anual en ganado (Arr., III, 17, 2-6). Los dos episodios se parecen de modo superficial y en ambos se dan movimientos envolventes, pero son acciones completamente distintas: la una supone el aplastamiento de la resistencia en las tierras bajas de los uxios y la otra es una campaña punitiva contra los de las montañas. Dada la vaguedad de los datos topográficos, no es probable conseguir una identificación segura de ninguno de los dos teatros de operaciones. El intento frustrado de Medates de resistir en el puesto, según parece, tuvo lugar bastante cerca de la frontera norte con Susiana, y la campaña contra los uxios de las montañas se desarrolló un poco más avanzado el camino de Alejandro, pero no tenemos ni un solo detalle lo bastante explícito como para identificar con precisión una localización. Lo cierto es que la resistencia en Uxiana no fue lo bastante decidida como para frenar el avance de Alejandro o para infligirle bajas. Medates pudo retrasar la marcha de Alejandro un par de días, pero los habitantes de las montañas, si algo hicieron, fue acelerar su avance. Ninguno de los dos enfrentamientos ocasionó bajas.

Poco antes de llegar a las fronteras de Pérsida, Alejandro dividió sus fuerzas. Las tropas aliadas y mercenarias, junto con la caravana de la impedimenta, quedaron bajo el mando de Parmenión para tomar lo que Arriano describe como camino para los carros hacia Persépolis (Arr., III, 18, 1; cfr. Curcio, V, 3, 16). El rey en persona se hizo cargo de las tropas macedonias, caballería incluida, junto con los agrianes y arqueros indispensables, y se dirigió directamente por las montañas hacia la capital persa. Una vez más, resulta difícil identificar el camino exacto. Existen varias vías a través de las montañas de Zagros que podrían haber sido accesibles para una fuerza tan experta en la montaña como la de Alejandro. Actualmente, se considera que la ruta más probable es la propuesta por sir Aurel Stein, que, si bien no acaba de encajar con las fuentes clásicas, es, hasta la fecha, la única en la que han aparecido pruebas de uso durante el periodo aqueménida¹⁹⁰. Según esta hipótesis, el ejército avanzó unido hasta la actual ciudad

¹⁹⁰ Stein (1940), pp. 18 y ss.; HANSMAN (1972). Henry Speck publicó en 2002 una crítica de los argumentos de Stein en el *American Journal of Ancient History*: «Alexander at the Persian Gates. A study in Historiography and Topography».

de Fahlian. Ahí Parmenión se dirigió hacia el sur, siguiendo el mismo camino que toma la carretera moderna a Kazerun. Pudo describir un gran bucle hacia el sur camino de Firuzabad, y tomar la vía de subida más suave hacia Shiraz y hacia la llanura de Persépolis. Era el camino más sencillo y podía permitirse el lujo de ir despacio. Una vez Alejandro hubiera cruzado las defensas de Pérside, él podría acercar la impedimenta con facilidad y sin oposición. El rey tomó entonces el camino directo, a lo largo del río Fahlian y su prolongación por el este, el Tang-i Layleh. Hacia la cabecera del valle, en un espacio abierto conocido como Mullah Susan, el camino se bifurca; un camino sigue hacia el este por el paso de Bolsoru y sigue hasta Ardakan, el otro discurre por una estrecha garganta conocida hasta hace poco con el nombre de Tang-i Mohammad Reza¹⁹¹, que asciende hasta una línea divisoria de aguas situada a 2.167 metros de altitud y que da acceso a la llanura de 'Aliabad. Esa garganta corresponde, probablemente, a lo que los historiadores denominaban las Puertas Persas (o Susianas), y Alejandro las encontró ocupadas por un ejército bajo el mando del sátrapa Ariobarzanes. Se trataba de una posición bien preparada. Ariobarzanes había bloqueado la garganta con un muro (Arr., III, 18, 2-3) que, probablemente, estaba atravesado en los pasos estrechos situados bajo la línea divisoria de aguas, y sus hombres dominaban las alturas a ambos lados. Es probable que el campamento se extendiera hasta la línea de aguas y tuviera una serie de fortificaciones externas. En las cumbres del Kuh-i Rudian situadas sobre la garganta, habría vigías apostados para advertir cualquier movimiento envolvente. Se trataba de una posición defensiva casi ideal y no sería la única defensa establecida. Los persas no podían calcular el camino de Alejandro con precisión matemática ni podían prever que, al final, decidiría abrirse paso haciéndoles frente en las Puertas.

Alejandro, como de costumbre, hizo frente al desafío. Primero dirigió un ataque frontal, pero no consiguió atravesar las defensas. Una lluvia de proyectiles lanzados desde los puntos más altos del Tang-i Mohammad Reza causó muchas bajas en la infantería, de modo que se vio obligado a retirarse y dejar a los muertos en los desfiladeros¹⁹². Era imposible un segundo asalto, pero era impensable abandonar a los muertos (o pedir que se los devolvieran). El interrogatorio a los prisioneros de guerra reveló un sendero que daba un rodeo y Alejandro se puso en marcha por la noche con la mayor parte de sus fuerzas, dejando a Crátero en el campamento con dos batallones de la falange y un núcleo de arqueros y de caballería. Alejandro cruzó el paso de Bolsoru al abrigo de la oscuridad y, en lugar de seguir hacia Ardakan, viró hacia el sudeste siguiendo la base del Kuh-i

¹⁹¹ Stein lo ha denominado equivocadamente el Tang-i Khas, que, de hecho, es un paso paralelo, pero situado a unos 10 km más al oeste.

¹⁹² Diod., XVII, 68, 2-3; Curcio, V, 3, 17-23; cfr. Arr., III, 18, 3.

Rudian. En ese punto, se produjo una segunda división de las fuerzas. Alejandro dirigió una avanzadilla integrada por más o menos la mitad de la infantería y de la caballería, mientras que el resto, bajo el mando de Filotas y tres de los comandantes de la falange, tomó un camino ligeramente distinto. Las fuentes divergen un poco acerca de la función de este segundo grupo, pero Curcio resulta bastante convincente cuando sugiere que actuó como segundo grupo de asalto, explotando la confusión creada por el ataque inicial de Alejandro¹⁹³. El relato de Arriano está distorsionado, probablemente debido a Ptolomeo, el cual se atribuyó el éxito del segundo asalto y sugirió que Filotas y sus hombres fueron enviados a construir un puente sobre el río Araxes, situado a más de 100 km de distancia del campamento persa. En cualquier caso, no cabe duda de que el rey dirigió el rodeo, probablemente a lo largo de dos noches (Curcio, V, 4, 17; 22-23), y utilizó la vegetación del bosque como cobertura contra los grupos de reconocimiento persas del Kuh-i Rudian. Alejandro cayó sobre las defensas persas desde el nordeste, destruyó dos fortificaciones avanzadas e hizo huir a los ocupantes de la tercera hacia las montañas. Después atacó el campamento persa, situado en la línea de aguas, y dio aviso de inmediato a Crátero mediante un toque de trompeta convenido. El doble ataque pilló por sorpresa a los persas y los sumió en la confusión. Los que pudieron se retiraron a las defensas situadas en el lado sur del recinto del campamento, pero fueron vulnerables al segundo asalto, dirigido por Filotas, que incrementó el caos. Ptolomeo se había quedado en el norte de la garganta para hacer frente a los rezagados que fueran capaces de rodear el ataque de Alejandro. Los persas no pudieron hacer frente a ninguna de las tres fases del ataque y sucumbieron en masa. Ariobarzanes escapó con un pequeño cuerpo de caballería y una guardia de infantería algo más numerosa. Intentó entrar en Persépolis, pero la guarnición de la ciudad se lo impidió y cayó en la batalla contra el ejército macedonio en marcha (Curcio, V, 4, 33). El resto de los combatientes persas murió en la batalla o capituló. Fue una victoria completa y decisiva para Alejandro, el cual, una vez más, había hecho gala de su talento para los movimientos rápidos e invisibles, y había lanzado su ataque en el momento en que el enemigo era más vulnerable, tanto física como psicológicamente. Sin embargo, el primer ataque frustrado había sido un error temerario y las pérdidas debieron de provocar cierto resquemor, por mucho que Alejandro consiguiera más tarde enderezar la situación.

Persépolis abrió sus puertas al ejército invasor. El comandante de su ciudadela, Tirídates, estaba dispuesto a hacer las paces con los vencedores:

¹⁹³ Curcio, V, 4, 20; *contra* Arr., III, 18, 6-9. Cfr. Bosworth (1980a), pp. 327-329, y (para otro punto de vista) Heckel (1980).

primero impidió la entrada en la capital a Ariobarzanes y después escribió a Alejandro para que tomara posesión del tesoro antes de que fuera saqueado. El rey aceptó la invitación y cabalgó a toda velocidad hacia el Pulvar, que cruzó por un puente improvisado. La capital no ofreció ninguna resistencia ante él, pero esta recibió un trato muy distinto al de Babilonia y al de Susa. Alejandro invocó la propaganda oficial de la guerra y entregó la ciudad a sus tropas para vengarse de los daños que Jerjes había infligido a Grecia¹⁹⁴. Sólo se salvaron —por el momento— los edificios del palacio. Las residencias privadas de la nobleza persa fueron saqueadas sin piedad, los hombres fueron asesinados y las mujeres vendidas como esclavas. Fue un ultraje, calculado con frialdad, infligido a un pueblo indenfeso. Los hombres de Alejandro habían visto cómo los tesoros persas de Arbela, Babilonia y Susa pasaban a las manos de su rey y, aparte de la gratificación que habían recibido en Babilonia, las recompensas materiales de la victoria habían sido escasas. En Persépolis tuvieron a su alcance las riquezas de la nobleza persa (es probable que la promesa del pillaje hubiera actuado como un potente acicate durante los meses previos) y, además, el saqueo tenía la piadosa justificación de la venganza. La capital perdería su condición de tal, sus recursos serían transferidos a otro lugar y Pérside pasaría a ser una satrapía como cualquier otra, una parte subordinada del imperio del nuevo rey, cuyo principal centro de gobierno sería Babilonia (Estrabón, 731). El gobernador titular podía ser persa, pero quedó una guarnición permanente de tropas helenas (Curcio, V, 6, 11; Plut., *Al.*, 69, 3) para reforzar la voluntad del vencedor. Persépolis, relacionada íntimamente con Darío I y con Jerjes, se llevó la peor parte de la invasión. La capital antigua, Pasargada, fue tratada con más respeto; su modesto tesoro de 6.000 talentos fue confiscado, pero los monumentos quedaron intactos, en particular la tumba de Ciro el Grande, por la cual Alejandro mostraría una especial veneración (véase, más adelante, p. 181).

Los macedonios se quedarían cuatro meses en Pérside (Plut., *Al.*, 37, 6) mientras esperaban que las nieves del invierno se fundieran. Durante este tiempo, el Tesoro de Persépolis fue despojado de sus reservas acumuladas de oro y plata en lingotes que las fuentes de la vulgata estiman en la cifra colosal de 120.000 talentos (Diod., XVII, 71, 1; Curcio, V, 6, 11). Como mínimo, el botín era tan grande como el de Susa. Alejandro no tenía intención de dejar nada en su depósito tradicional y requisó un vasto convoy de camellos y bestias de carga de las tierras bajas mesopotámicas (mantenían la principal carretera, por lo menos, limpia de nieve). Algunos de los lingotes se enviaron a Susa y otros se reservaron para que

¹⁹⁴ Diod., XVII, 70, 1-6; Curcio, V, 6, 1-8; Plut., *Al.*, 37, 3-5. Los detalles aparecen exagerados de modo patético, pero no hay motivo para dudar de la verdad histórica del saqueo.

viajaran con el ejército hacia Media, pero en Persépolis no quedó nada. Los arqueólogos del s. XX no encontraron en el Tesoro ni un solo objeto de oro o de plata por pequeño que fuera¹⁹⁵. Mientras se formaba el convoy, Alejandro y sus hombres descansaron en Persépolis y se reunieron con el resto del ejército bajo el mando de Parmenión. Hacia finales de marzo¹⁹⁶, tuvo lugar una breve maniobra de diversión cuando Alejandro tomó una pequeña fuerza de infantería y de caballería para realizar una campaña de 30 días en los montes Zagros. Así entró en contacto con los mardos, otro pueblo de las montañas que vivía en el límite sur de Perside; la campaña supuso la devastación de parte del territorio persa (Curcio, V, 6, 17), pero a escala demasiado pequeña como para que tuviera efectos duraderos.

En la capital, su ejército lo recibió en el palacio de Jerjes, despojado de sus lingotes de metales preciosos. Diodoro (XVII, 71, 3) lo interpretó como signo de que Alejandro pretendía destruir Persépolis por completo y quizá no estuviera del todo equivocado. Es probable que se discutiera el destino del palacio durante los meses de ocupación. ¿Debía destruirse, como compensación por el incendio de la Acrópolis, o debía permanecer en pie como residencia de los sátrapas y como un centro para la guarnición, símbolo perpetuo del cambio de dinastía? Arriano (III, 18, 11-12) narra una discusión entre Parmenión y Alejandro que, probablemente, es apócrifa en esos términos, pero que puede reflejar un debate genuino en relación con el palacio y su uso futuro. La cuestión se resolvió de modo dramático después de que Alejandro ofreciera sacrificios ceremoniales en honor de sus éxitos recientes; tras estos, tuvo lugar un banquete con abundante bebida en el que estuvieron presentes varias cortesanas, incluida la ateniense Tais, futura amante de Ptolomeo. Según Clitarco (cuya narración es la base de la tradición en Diodoro, Curcio y Plutarco), Tais precipitó la crisis al sugerir que quemaran inmediatamente el palacio como venganza por el sacrilegio de Jerjes en Atenas¹⁹⁷. Los comensales del banquete, Alejandro incluido, se pusieron manos a la obra, cogieron antorchas y prendieron fuego al palacio, cuyo techo de madera de cedro pronto ardió de modo incontrolable (quedan huellas del incendio en la Sala de las 100 columnas y en el Tesoro). El ejército, atraído por el resplandor, se sumó a la fiesta y enloqueció en una orgía de des-

¹⁹⁵ Cfr. Schmidt (1953-1970), pp. 1 y 179; Bosworth (1980a), p. 332.

¹⁹⁶ Curcio, V, 6, 12: *sub ipsum Vergiliarum sidus*; cfr. BORZA (1972), p. 237, n. 29; Engels (1978a), pp. 73-77.

¹⁹⁷ CLITARCO, *FGrH* 137 F 11; Diod., XVII, 72, 1-5; Curcio, V, 7, 2-7; Plut., *Al.*, 38, 1-8; cfr. Estrabón 730. Para las distintas interpretaciones del episodio, véanse Seibert (1972a), pp. 132-134; Bosworth (1980a), pp. 331-332. Véanse especialmente Badian (1967), pp. 189-190; (1985), pp. 443-446; Wirth (1971), pp. 149-152; Borza (1972).

trucción durante la cual el resto del Tesoro, en especial, el servicio de mesa real, fue destruido¹⁹⁸. Vaciaron el palacio y, al llegar la sobria luz del día, surgieron las primeras dudas acerca de si la destrucción estaba justificada. Hay una cierta coincidencia en las fuentes al afirmar que Alejandro lamentó el hecho en el mismo momento en que se produjo¹⁹⁹ y, cuando regresó a Persépolis casi seis años más tarde, por lo que parece, estaba dispuesto a admitir el error (Arr., VI, 30, 1). Pero tenía a mano la propaganda. La ciudad de Persépolis había sido ya saqueada como acto de venganza, el incendio del palacio era su culminación y así se conmemoró en la ceremonia de agradecimiento a Zeus que más tarde celebró el contingente de caballería procedente de Tespias²⁰⁰. En la primavera del año 330 todavía tenía cierto sentido poner énfasis en el pretexto oficial de la guerra²⁰¹. Antípatro estaba ocupado luchando contra Agis y, por lo menos, tendría cierto valor sentimental la insistencia en que las victorias de su rey se habían conseguido luchando por la causa de los griegos. Alejandro, en lugar de proceder como los espartanos, que se habían vendido al Gran Rey, había destruido el centro de su poder. Pero la realidad no coincidió con la propaganda. El palacio, efectivamente, quedó inhabitable, pero la ciudad que lo rodeaba siguió siendo la capital de la satrapía (Diod.. XIX, 21, 2; 46, 6) y el pueblo no se dispersó por completo. La mayoría de los persas no se habían visto afectados por el saqueo de su capital y estaban dispuestos a aceptar al invasor mucho tiempo después de que el impacto de la derrota y la conquista pasara. No hubo disturbios en Pérsida, ni siquiera en el momento álgido de la contraofensiva de Beso (véase, más adelante, p. 123) y, desde el año 324, el gobierno del macedonio Peucestas fue bien acogido por la población nativa.

LA OCUPACIÓN DEL IRÁN ORIENTAL

El final de la campaña y el final de la vida de Darío eran inminentes. Se había establecido en la capital media de Ecbatana y allí aguardaba a que se desarrollaran los acontecimientos. Permanecían con él unos pocos consejeros notables, como el quiliarco Nabarzanes, el veterano Artabazo y los sátrapas del imperio oriental, dominado por Beso, pariente de Darío y señor de las marcas septentrionales de Bactria y Sogdiana. Todavía quedaban fuerzas sin utilizar y Darío había pedido nuevas levadas en Bactria y en las tribus de la costa del Caspio, en especial entre los cadusios,

¹⁹⁸ Cfr. Schmidt (1953-1970), pp. 1 y 178-179; OLMSTEAD (1948), pp. 521-523.

¹⁹⁹ Plut., *Al.*, 38, 8 (ὁμολογείται); Curcio, V, 8, 11 (*paenituisse constat*).

²⁰⁰ *Anth. Pal.*, VI, 344; cfr. BELLEN (1974), pp. 60-64.

²⁰¹ Cfr. Badian (1967), pp. 188-190.

que se habían distinguido en Gaugamela (Arr., III, 19, 4; Diod., XVII, 73, 2). Su intención era organizar una última defensa desesperada del corazón del imperio, dando por supuesto que Alejandro se desplazaría hacia el norte, hacia Media, y no lo distraería una rebelión en Pérsida o incluso en Grecia (Arr., III, 19, 1). Sin embargo, tanto optimismo demostró carecer de base. Alejandro salió de Persépolis en mayo, impasible ante la situación en el oeste, y los refuerzos todavía no habían llegado. No cabe duda de que los sátrapas del este habían hecho una valoración demasiado aséptica de la posibilidad de que Media entregara más hombres. Las fuerzas de Darío eran excesivamente escasas para arriesgarse a la batalla: 3.300 jinetes, la mayoría bactrianos bajo el mando de Beso, y una fuerza de infantería mayor en número que todavía incluía a un núcleo de mercenarios griegos. No había más alternativa que retirarse. Las satrapías del este serían el siguiente campo de batalla y Darío se vio obligado a abandonar Media al invasor. Darío desocupó la capital y se fue al nordeste en dirección a las Puertas Caspias, la serie de desfiladeros que separaban Media de Partia y de las satrapías del este²⁰². Ahí se unió al convoy de carros que había enviado por delante con la corte real e inició el largo viaje hacia el este.

Era ya demasiado tarde. Al enterarse de que Darío pensaba resistir, Alejandro dejó la gran caravana con el tesoro de Persépolis y llevó su ejército a toda velocidad a través de la satrapía limítrofe de Paretacene. Tras una marcha de once días, salió a su encuentro un noble persa, Bistanes (supuesto hijo de Artajerjes III), trayéndole la noticia de que Darío había salido de Ecbatana hacía cinco días, por lo menos, llevándose consigo el tesoro de Media. Alejandro reaccionó inmediatamente. Ya no era necesario marchar sobre la capital de Media. Lo que le importaba era adelantar a Darío y, para eso, necesitaba ir de prisa, por lo que redujo sus fuerzas al mínimo: a la caballería (Compañeros, *prodromoi* y mercenarios), el grueso de la falange macedonia, y los agrianes, arqueros e infantería ligera indispensables; en total, menos de 20.000 hombres. Con este cuerpo de elite se apartó del camino principal hacia Ecbatana²⁰³, probablemente en las proximidades de la moderna Sultanabad, y se dirigió hacia el norte, hacia Raga (actualmente llamada Rey, a 12 km al sur de Teherán). Dejó al resto del ejército para que tomara posesión de Media bajo el mando de Parmenión, el cual debía asegurarse de que el convoy de lingotes, que iba de camino hacia el sur bajo la formidable protección de 6.000 soldados de la falange macedonia, alcanzaba su destino en Ecbatana. Después debía

²⁰² Curcio, V, 8, 1 ss. (embellecido por la retórica); Arr., III, 19, 1-2. Sobre la importancia estratégica de las Puertas, véase Standish (1970).

²⁰³ Curcio, V, 13, I. Arr. (III, 19, 5) afirma que Alejandro sí entró en Ecbatana, pero, seguramente, se debe a una mala interpretación de la fuente. Cfr. Bosworth (1976b), pp. 132-136; (1980a), pp. 335-336; contra Badian (1985), p. 447.

llevar a cabo un movimiento de tenaza por la costa del Caspio, aplastando a los aliados cadusios de Darío y cerrando el paso a cualquier retirada de los persas hacia el norte de las montañas de Elburz²⁰⁴. Pero pronto recibió una contraorden y el viejo general permaneció en Ecbatana con las fuerzas de la guarnición, separado de Alejandro y cada vez más aislado de las tropas que había conocido.

Alejandro llegó a Raga después de 10 días de avanzar a marchas forzadas, pero no consiguió cortar el paso a Darío, el cual, viajando de prisa, había llegado ya a las Puertas Caspias. Alejandro se detuvo en Raga para que el ejército descansara y pudiera reagruparse (no podía adivinar si encontraría algún obstáculo en las Puertas). Tras descansar cinco días, la persecución se reanudó (Arr., III, 20, 2-4). Dos días de marcha rápida lo llevaron a unos 90 km al este de Raga, a través de las Puertas, que encontró sin defensa, y entró en la fértil provincia de Coaren (Khar). Mientras hacía acopio de provisiones para el viaje que tenía previsto a través de un territorio desértico, recibió más noticias sobre el campamento enemigo, en el que el alto mando persa se hallaba al borde de la desintegración debido a la lucha interna por el poder. Darío estaba retirándose a las marcas orientales de su imperio, unas tierras que, por lo que parece, no había visitado nunca en persona (ni tampoco ninguno de los anteriores reyes aqueménidas) y cuyos sátrapas estaban poco dispuestos a aceptar su autoridad, debilitada como estaba por una serie de catástrofes. Poco después de la evacuación de Ecbatana hubo propuestas²⁰⁵ para que el mando supremo pasara, al menos de modo temporal, a Beso, el más distinguido y poderoso de los sátrapas del este (cfr. Curcio, V, 9, 8). El quiliarco Nabarzanes respaldó la intriga y Darío quedó con el único apoyo de Artabazo (cuya familia había estado ligada durante generaciones a la Frigia Helespóntica) y de los mercenarios griegos que seguían al lado del rey que conocían. Las disensiones internas hicieron más lento el avance de la columna persa y esta fue dejando una estela de desmoralización a medida que un flujo de desertores abandonaba desesperado la causa de Darío y se replegaba para hacer las paces por su cuenta con el vencedor.

La primera noticia de la crisis la tuvo Alejandro a través del noble babilonio Bagistanes y reanudó la persecución con la caballería y lo mejor de la infantería en la que sería la marcha más famosa de su reinado, en la que cubrió casi 200 km en tres etapas²⁰⁶. Desde la llanura de Coaren avanzó ha-

²⁰⁴ Arr., III, 19, 7. Cfr. Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 35-37; Bosworth (1980a), pp. 336-338.

²⁰⁵ Repetido en una serie de discursos narrados por Curcio (V, 8, 6 ss.; cfr. 9, 3-8); cfr. Berve (1926), 2, núms. 244 y 543.

²⁰⁶ Cfr. Arr., III, 21, 3-10; Curcio, V, 13, 3-13. En relación con las variaciones y los detalles de la topografía, véase Bosworth (1980a), pp. 340-345; *contra* RADET (1932).

cia el desierto y siguió por el límite norte de este, el Dasht-i Kavir. En el oasis de Tara (¿Lasjerd?) recibió más noticias de los disturbios producidos en el campamento persa. Beso y sus cómplices habían arrestado a Darío y lo transportaban en un carro, prisionero con cadenas de oro. Esto había precipitado la ruptura final. Artabazo y sus hijos, los pocos que permanecían leales al rey, habían tomado el mando de los mercenarios griegos y se habían retirado hacia el norte, en los montes de Elburz²⁰⁷. Lo único que quedaba del ejército real eran las fuerzas de los sátrapas orientales, que ya no constituían un problema para Alejandro. La etapa final de la persecución se realizó sólo a caballo, con la flor y nata de la infantería montada para poder realizar un último esfuerzo. Ayudada por guías locales, esta tropa de 6.000 jinetes cruzó el desierto por un camino directo, sin agua, y alcanzó a los persas rezagados poco después del alba. El fin llegó de prisa. Al primer indicio del avance macedonio, los captores de Darío lo apuñalaron. Según Arriano, los asesinos fueron Satibarzaues, sátrapa de Aria, y Barsantes, sátrapa de Drangiana y de Aracosia, pero los instigadores fueron Beso y Nabarzanes, que huyeron por separado; Nabarzanes a esconderse en Hircania, dejando a su rey mortalmente herido para que falleciera minutos antes de que el conquistador de su imperio llegara hasta él²⁰⁸. Las fuentes hacen referencia a distintos motivos, pero está claro que no tenían intención de permitir que el Gran Rey cayera en manos de Alejandro y fuera considerado su vasallo. Si hubieran podido salvarlo de la persecución, podrían haberlo utilizado como testaferrero para la resistencia en Extremo Oriente bajo la autoridad de facto de Beso. En ese caso, estaba mejor muerto.

El acoso había terminado a poca distancia de la ciudad de Hecatómpilo, identificada hace poco como Shahr-i Qumis²⁰⁹. Alejandro utilizó la ciudad como base temporal mientras la infantería que había dejado en el desierto los alcanzaba. Entretanto, Alejandro trató el cadáver de su rival con todo respeto y lo envió a Persépolis para que recibiera un entierro real (pero no en la tumba que Darío había previsto para sí mismo, todavía inacabada)²¹⁰. Este fue el final de una época. El último Aqueménida había muerto y hasta el momento no había rival para Alejandro, el autoproclamado Rey de Asia. Podía decirse que la guerra de venganza estaba consumada en todos los sentidos, ahora que todas las ciudades del Imperio persa estaban en manos de Alejandro y el palacio de Jerjes había quedado reducido a escom-

²⁰⁷ Arr., III, 21, 3-5; Curcio, V, 12, 14-18.

²⁰⁸ Arr., III, 21, 10; Diod., XVII, 73, 3. Para más historias noveladas, véanse Plut., *Al.*, 43, 3-4; Curcio, V, 13, 23-25; Justino, XI, 15, 5; y para la tradición que cuenta que los dos reyes llegaron a encontrarse, véanse Diod., XVII, 73, 4; Pseudo Calístenes, II, 20, 5 ss., así como MERKELBACH (1977), 28 ss.

²⁰⁹ HANSMAN (1968); HANSMAN y STRONACH (1970).

²¹⁰ Arr., III, 22, 1. Cfr. Schmidt (1953-1970), pp. 3 y 80 ss., esp. 107.

bros humeantes. Para sus aliados griegos, la guerra había terminado. En cuanto la persecución de Darío finalizó, el rey mandó aviso a Ecbatana²¹¹ para autorizar la desmovilización de las tropas de la Liga de Corinto y dar la orden de tomar más de 2.000 talentos del tesoro de Persépolis para gratificaciones a los soldados licenciados. Todos aquellos que quisieron seguir a su servicio se alistaron como mercenarios. El resto de los soldados fueron enviados a la costa siria para que se embarcaran rumbo a Eubea, donde podrían considerarse hombres libres. Fue una decisión, ante todo, simbólica. La infantería helénica nunca se había utilizado en primera línea (véanse, más adelante, pp. 309-310) y su marcha no perjudicaba significativamente a la eficacia del ejército de Alejandro. Para funciones secundarias, en especial las guarniciones, había más mercenarios, y las fuerzas helénicas, cada vez más unidas a Parmenión, se estaban convirtiendo en un estorbo. Pero la desmovilización constituyó un precedente peligroso y provocó una violenta reacción entre las tropas de Alejandro, que deseaban regresar, y tal vez estuvieron cerca de amotinarse²¹². Las tensiones suscitadas por el consejo de Parmenión de aceptar la frontera en el Éufrates se hicieron manifiestas y el ejército expresó de modo inequívoco su rechazo a abrirse paso por Asia de modo indefinido. Parmenión no estaba ahí para defender su punto de vista y Alejandro consiguió imponer su voluntad sobre sus hombres. Arengó a sus macedonios en una asamblea con un poderoso discurso, insistiendo en el peligro de rebelión que existiría si desocupaban Asia, peligro que, en primer lugar, tendría su origen en Beso, refugiado invicto en Bactria²¹³. Esta era la cuestión fundamental: Alejandro no hablaba de venganza, sino de un imperio. Era el sucesor de Darío, pretendía todo su reino y no toleraría que ninguna parte de él permaneciera independiente. Impondría su autoridad real a cualquier precio y, aunque en teoría sus hombres eran los beneficiarios del imperio (Plut., *Al.*, 47, 3), en la práctica, la cuestión fundamental radicaba en su insistencia categórica en alcanzar un poder autocrático indiscutido. Sus hombres se dejaron persuadir para ayudarlo en su ambición, enardecidos por la retórica del rey y, tal vez más aún, por la esperanza de gratificaciones presentes y futuras (Diod., XVII, 74, 4), pero la oposición a Alejandro había sido seria y, durante los años siguientes, ganaría fuerza.

La primera preocupación de Alejandro fue encargarse de los restos del ejército de Darío, cuyos soldados se habían refugiado en Elburz. Alejandro salió de Hecatómpilo y, a los tres días de marcha, cerca de la actual ciudad de Damghan, dividió sus fuerzas con la intención de penetrar en las mon-

²¹¹ Justino, XII, 1, 1-3; Curcio, VI, 2, 17; cfr. Diod., XVII, 74, 3 (mutilado); Arr., III, 19, 5-6; Plut., *Al.*, 42, 5. Véase Bosworth (1976b), pp. 133 ss.

²¹² Curcio, VI, 2, 15-16; cfr. Diod., XVII, 74, 3; Justino, XII, 3, 2-3; Plut., *Al.*, 47, 1-3.

²¹³ Curcio, VI, 3, 1-4; Justino, XII, 3, 3; aparece un material similar en Plut., *Al.*, 47, 1-2 (cfr. Diod., XVII, 74, 3).

tañas por tres caminos distintos. Su columna, integrada por hipaspistas, hombres de la falange escogidos e infantería ligera, tomó el camino más directo, avanzando en dirección al Caspio por el paso de Shamshirbun y la cuenca alta del Dorudbar, mientras Crátero y Erigio utilizaban otros pasos; este último llevó a la caballería y la caravana de la impedimenta por la principal vía para carros (por Shahrud y el Paso de Chalchanlyan)²¹⁴. Nadie intentó defender los pasos. Los agrianes de la retaguardia de Alejandro rechazaron con facilidad el ataque desordenado de algunas de las tribus nativas (Arr., III, 23, 6); por lo demás, avanzaron sin oposición. Pero eso no quiere decir que no los observaran. Durante la primera parada, en las orillas del río Ridagno (Neka), Alejandro recibió propuestas por parte de Nabarzanes, regicida y quiliarco fugitivo²¹⁵, a las que respondió cortésmente, ofreciéndole garantías de seguridad. Un poco después, Fratafernes, sátrapa de Partia e Hircania, se rindió en persona. Para entonces, Alejandro había llegado a Zadracarta, capital de Hircania, y había unido sus fuerzas a las de Crátero y de Erigio. Los pueblos del este de los montes Elburz habían capitulado sin resistencia y Autofrádates, el sátrapa de la montañosa comarca de Tapuria, también se rindió en persona y Alejandro lo mantuvo en su puesto (a diferencia de Fratafernes, que fue sustituido por Amínapes, un noble persa que le había ayudado a someter a Egipto dos años antes). La capitulación se hizo general. El gesto de rendición más impresionante tuvo lugar cerca de la frontera occidental de Hircania: Artabazo llegó a los cuarteles generales macedonios acompañado de sus hijos y de los representantes de los mercenarios griegos que habían desertado del campamento persa con él. Alejandro lo trató con cálido respeto. Los mercenarios tenían motivos para ser cautelosos tras la suerte que habían corrido sus colegas en el Gránico y pidieron una garantía de buena fe. A diferencia de lo que le había sucedido a Nabarzanes, se les negó categóricamente. El rey invocó las prohibiciones de la Liga de Corinto e insistió en la rendición incondicional. No tuvieron otra opción que obedecer.

Se produjo un breve interludio en forma de campaña de cinco días de duración contra los mardos, tribu independiente que habitaba en el territorio situado junto a la frontera sudoeste de Hircania. La única provocación por su parte era su independencia, y fueron atacados totalmente por sorpresa. Muchos huyeron a las boscosas montañas, donde los acosaron sistemáticamente hasta que ofrecieron su sumisión y proporcionaron rehenes. El imperio los absorbió como un anexo de Tapuria²¹⁶. Cuando Ale-

²¹⁴ Arr., III, 23, 2; Curcio, VI, 4, 2-3; cfr. Von Stahl (1924), p. 324; Pédech (1958), pp. 75-77.

²¹⁵ Curcio, VI, 4, 8-14; cfr. Arr., III, 23, 4 (condensado).

²¹⁶ Arr., III, 24, 1-2; Curcio, VI, 5, 11-21; Diod., XVII, 76, 3-8; Plut., *Al.*, 44, 3-5. En relación con los mardos, véanse Marquart (1907), pp. 57-58; Von Stahl (1924), p. 328.

jandro regresó, encontró a los mercenarios en su campamento base esperando su decisión. A pesar de sus amenazas, esta fue benévola: se limitó a alistarlos a su servicio; a los veteranos que se habían unido a Darío antes de la declaración de guerra del año 337 se les ofreció la posibilidad de la desmovilización. En cuanto se hubieron sometido, el rey se mostró clemente y conciliatorio. Sólo trató con dureza a un grupo de embajadores espartanos, representantes de un estado que todavía (según creía Alejandro) era abiertamente hostil, que fueron sometidos a arresto mayor. El resto de los refugiados fueron asimilados por la corte o el ejército, incluso Nabarzanes, el cual se rindió cuando Alejandro regresó a la ciudad hircana²¹⁷. El hecho de que hubiera instigado el arresto y el asesinato de su rey no fue obstáculo para que recibiera un cálido recibimiento, debido en parte a los encantos del eunuco real, Bagoas, uno de los muchos regalos que había ofrecido al vencedor²¹⁸. El factor fundamental fue su adhesión al nuevo régimen y, por el momento, pareció como si Alejandro hubiera sido aceptado por todas las facciones de la vieja corte persa, tanto la integrada por los asesinos de Darío como la de sus partidarios. Alejandro tenía buenos motivos para las celebraciones en forma de sacrificios y de juegos que tuvieron lugar durante su estancia de 15 días en Zadracarta²¹⁹.

Esta armonía fue temporal, porque casi inmediatamente surgieron problemas. Alejandro volvió a cruzar los montes Elburz para ir a Partia y avanzó en dirección al este hasta los límites de la satrapía de Aria. En Susia (probablemente, se puede identificar como la ciudad de Tus, al noroeste de Meshed), se encontró con el sátrapa Satibarzanes, el cual ofreció su sumisión de modo formal y fue confirmado en su puesto²²⁰. Debía cooperar con un oficial macedonio, Anaxipo, el cual dirigía una unidad sorprendentemente pequeña, integrada por cuarenta jinetes armados con jabalinas (véase, más adelante, p. 319). Resulta evidente que Alejandro no preveía problemas. Inmediatamente fue desengañado cuando llegó la noticia de que Beso pretendía el trono Aqueménida. Durante el interludio de Hircania, el regicida se había encaminado a su satrapía y ahí había usurpado las insignias del trono, llevaba la tiara cónica colocada hacia arriba y había adoptado el nombre regio de Artajerjes, como quinto monarca de ese nombre²²¹. No sólo estaba decidido a resistir frente a Alejandro, sino que se arrogaba el trono con la idea de que las satrapías de

²¹⁷ Curcio, VI, 5, 22-23. Por lo general, su cronología es preferible a la de Arriano (cfr. Badian [1958a], pp. 144-147; Bosworth [1980a], p. 350).

²¹⁸ GUNDERSON (1982), pp. 184 ss., retoma la idea de Tarn de que Bagoas no existió nunca. Véase también Hammond (1980a), p. 322, n. 114.

²¹⁹ Arr., III, 25, 1; cfr. Curcio, VI, 5, 32; Diod., XVII, 77, 3.

²²⁰ Arr., III, 25, 1-2; cfr. Curcio, VI, 6, 13; cfr. Heckel (1981), p. 69.

²²¹ Arr., III, 25, 3; Curcio, VI, 6, 12-13; *Epit. Metz* 3. Cfr. RITTER (1965), pp. 6 ss.

Extremo Oriente lo respaldarían de modo unánime. La reacción de Alejandro fue previsible; pelear de inmediato con el usurpador. Planeó dirigirse hacia el este desde Susia, siguiendo las estribaciones del macizo del Kopet Dag para invadir Bactria desde el oeste. Viajaba de prisa y, según Curcio²²², quemó los carros de transporte antes de iniciar la marcha. Su objetivo era, sin duda, aplastar a Beso inmediatamente, antes de que pudiera concentrar sus fuerzas. Esta fue la reacción militar; hubo también una reacción política. Alejandro adoptó algunas piezas de la vestimenta de la corte persa: la diadema, la túnica con rayas blancas y el cinturón, que combinó con la característica *kausia* macedonia y el manto. Al mismo tiempo, repartió entre los veteranos Compañeros los ropajes escarlata de los cortesanos persas, introdujo chambelanes de la corte de origen asiático y unió a su entorno un grupo de nobles persas, entre los que destacaba el hermano de Darío, Oxiatres²²³. Era una clara demostración de que Alejandro se había tomado en serio sus pretensiones al trono: él no era un conquistador de paso, sino el sucesor auténtico de los monarcas persas, respaldado y servido por el hermano de su predecesor. Esto pretendía minar el terreno de Beso, pero tenía sus peligros. Los macedonios, que ya se habían mostrado reacios a seguir hacia el este, ahora veían como su rey asumía, por lo menos en parte, el protocolo de la corte persa. Era una ruptura flagrante con la tradición y tuvo que irritar a los nobles más conservadores pero, por lo que parece, Alejandro no prestó atención a la oposición. Parmenión estaba aislado en Media y pronto se vería privado de sus soldados de la falange macedonia (su caballería mercenaria y los voluntarios tesalios habían ido a unirse con Alejandro en Aria), y las tropas bajo su mando en Ecbatana estaban integradas principalmente por tracios. Su influencia sufrió otro golpe cuando su hijo Nicanor, el jefe de los hipaspistas, murió de enfermedad en el momento en que Alejandro iniciaba la marcha contra Beso. El rey no se quedó a las exequias, pero envió a Filotas con una tropa importante para que ofreciera un entierro adecuado a su hermano²²⁴. Por primera vez, ninguno de los miembros de la familia de Parmenión se encontraba cerca de Alejandro y esto probablemente facilitó sus tanteos con el ceremonial de la corte.

Y llegó la crisis. Cuando Alejandro se lanzó a invadir Bactria, la revuelta estalló a sus espaldas. Satibarzanes se declaró partidario de Beso,

²²² Curcio, VI, 6, 15-17; cfr. Plut., *Al.*, 57, 1; Polieno, IV, 3, 10 (fechado antes de la invasión de la India). Véase Engels (1978a), p. 86; *contra* Hamilton (1969), p. 157.

²²³ Diod., XVII, 77, 4-7; Curcio, VI, 6, 1-10; Justino, XII, 3, 8-12; *Epit. Metz.*, 1-2; cfr. Plut., *Al.*, 45, 1-2; Arr., IV, 7, 4-5. Véanse Ritter (1965), pp. 31-55; Bosworth (1980b), pp. 4-8.

²²⁴ Curcio, VI, 6, 18-19 (cfr. Arr., III, 25, 4). La tropa de 2.600 hombres incluía a los hombres de Nicanor, los hipaspistas, los cuales tan sólo dejaron de estar bajo el mando de Alejandro durante la campaña de Aria (Arr., III, 25, 6).

masacró la minúscula fuerza de Anaxipo e inició la movilización de sus súbditos contra el rey macedonio. Alejandro detuvo su avance hacia el este. Dejó a Crátero al frente del grueso del ejército, cogió a los Compañeros, la infantería ligera y dos batallones de la falange macedónica y, según parece, recorrió 600 estadios durante dos días y dos noches avanzando a marchas forzadas hasta llegar a la capital de Aria (cerca de la actual Herat). Satibarzanes huyó al este con 2.000 jinetes y dejó que sus hombres defendieran una ciudadela situada en una colina muy boscosa, cerca de la capital²²⁵. La resistencia fue tenaz, pero los defensores fueron vencidos por un incendio forestal provocado, avivado de modo incontrolable por el vendaval de finales de verano que soplaba del noroeste. Una breve campaña de castigo volvió a colocar la satrapía en manos de Alejandro, y este la confirió a otro noble persa, Arsaces. Pero Alejandro no estaba dispuesto a avanzar directamente contra Beso. Situadas al sur, junto a Aria, se encontraban las satrapías de Drangiana y Aracosia, el reino de otro regicida, Barsaentes. Tras sus experiencias con Satibarzanes, Alejandro no tenía intención de permitir la existencia de una amenaza como aquella en el interior de su imperio. Y, lo que es más, debía vengar un regicidio. Inmediatamente después de la muerte de Darío, Alejandro podía hacer las paces con los asesinos, pero la declaración de Beso y la rebelión de Satibarzanes habían alterado la situación. Ahora el desafío se dirigía contra el propio Alejandro y el papel de vengador suponía una propaganda excelente. Beso era un traidor y un usurpador, y Alejandro aprovechó la situación para apuntalar su propia legitimidad a los ojos del pueblo del Irán. Ante la invasión, Barsaentes huyó a la India, más allá de los límites del imperio²²⁶, y el ejército macedonio se desplazó hacia el sur, a la capital de Drangiana, Frada.

CONSPIRACIÓN E INTRIGA: LA CAÍDA DE FILOTAS

En Prada tuvo lugar uno de los grandes escándalos del reinado, que supuso la ejecución de Filotas y el asesinato de su padre, Parmenión. Se trata de una historia sensacionalista de la que las fuentes dan distintas versiones, las cuales abarcan un amplio espectro, desde la engañosa narración de Arriano, breve y apologética (basada de modo explícito en Ptolomeo y Aristóbulo), hasta el detallado y tremendo relato de Curcio Rufo, que

²²⁵ Diod., XVII, 78, 2; Curcio, VI, 6, 22-23; cfr. Arr., III, 25, 7. Engels identifica la fortaleza como Qalat-i Nadiri ([1978a], pp. 87-91), pero su tesis es insostenible. Para otro punto de vista, véanse Goukowsky (1976), p. 231; Seibert (1985), p. 120.

²²⁶ Arr., III, 25, 8; Curcio, VIII, 13, 3-4.

incluye una serie de discursos retóricos²²⁷. Todos parecen estar de acuerdo en que se tramó una conspiración contra la vida de Alejandro. El personaje central fue Demetrio, un miembro de la guardia personal, y había también una serie de conspiradores menores (Curcio, VI, 7, 15), ninguno de los cuales parece haber tenido ninguna importancia especial. La conspiración se descubrió de modo fortuito cuando Dimno, un ayudante secundario del rey, intentó reclutar para la causa a su joven favorito. El joven, aterrorizado, se dirigió a los oficiales de su hermano, Cebalino, y les reveló los detalles de la acción. En ese punto, Filotas resultó implicado. Cebalino se le acercó, fuera de los aposentos del rey, le informó de la trama y le pidió que actuara como intermediario ante el rey. No sucedió nada y Cebalino repitió su petición al día siguiente. Finalmente, perdida toda esperanza en que Filotas interviniera, se dirigió al rey directamente. Como consecuencia, se ordenó el arresto de Dimno, el cual se suicidó (o lo mataron) cuando la guardia fue a buscarlo²²⁸, y el resto de los supuestos conspiradores también fue encarcelado. Tras consultar con sus amigos, en especial con Crátero, Hefestión y Ceno, Alejandro ordenó la detención de Filotas y su comparecencia en un juicio ante el ejército al día siguiente.

En esta historia hay muchos puntos oscuros y el grado de implicación de Filotas es una cuestión muy controvertida²²⁹. Podemos admitir que la conspiración era una amenaza seria contra la vida de Alejandro. Demetrio y Dimno pudieron haberse movido por motivos puramente personales, pero también es posible que fueran contrarios a las pretensiones de Alejandro a la sucesión de los Aqueménidas y desearan limitar el imperio. Filotas pudo simpatizar con sus objetivos, pero no era un personaje fundamental en la conspiración. No se le mencionó de modo explícito y Cebalino nunca se habría dirigido a él si hubiera sabido que estaba al tanto de la conspiración; pero no reveló lo que había oído. Eso es algo que admiten todas las fuentes y, para Arriano, es prueba suficiente a primera vista de su complicidad (III, 26, 2). Filotas arguyó que creía que los detalles de la conspiración eran ficticios, producto de la imaginación calenturienta de Cebalino pero, de ser así, es incomprensible que se comprometiera de ese modo al no informar sobre ello y al no investigar mejor las acusaciones. Tal vez lo mejor sea admitir que tenía cierta afinidad con los conspiradores, si bien no estuvo involucrado activamente en la intriga. Esto es lo que da a entender

²²⁷ Arr., III, 26-27; Curcio, VI, 7, 1-VII, 2, 38; Diod., XVII, 79-80; Plut., *Al.*, 48-49; Justino, XII, 5, 1-8; Estrabón, 724. Para un análisis de las fuentes, véanse CAUER (1894); Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 118-134; *contra* EGGE (1978), pp. 41 ss.

²²⁸ Curcio, VI, 7, 28-30; Diod., XVII, 79-82; cfr. Plut., *Al.*, 49, 7.

²²⁹ La obra que dio origen al debate es la de Badian (1960a). Véanse también Hamilton (1969), pp. 132-138; Schachermeyr (1973), pp. 326-336; Heckel (1977a); Bosworth (1980a), pp. 359-363.

un oscuro episodio que narra Curcio, según el cual Filotas, cuando estaba a punto de ser ejecutado, fue capaz de inculpar a un tal Calis como cómplice de Demetrio, si bien Cebalino no lo había mencionado²³⁰. Es posible que hubiera oído algo en relación con alguna reunión sediciosa y se preparara para la acción por si la conspiración tenía éxito. En ese caso, se trataría de una deslealtad pasiva de la que sus enemigos sacaron el mayor partido. Crátero había sobornado ya a la amante de Filotas y, a través de ella, canalizó informes sobre su desafecto creciente hacia Alejandro (Plut., *Al.*, 48, 4; 49, 2). Crátero presionó para que se eliminara a Filotas y organizó su arresto en total acuerdo con Alejandro²³¹. Filotas había corrido un grave riesgo y había demasiados miembros de la corte interesados en que desapareciera como para que la ocasión se pasara por alto.

Fue un juicio cuidadosamente manipulado ante una asamblea del ejército que, según Curcio (VI, 8, 23), estaba compuesta por unos 6.000 hombres (evidentemente, no se trataba de una reunión plenaria)²³². Alejandro mostró el cadáver de Dimno y es muy probable que acusara a Filotas de organizar la conspiración. Lo respaldaron los apasionados discursos de los comandantes de la falange, Amintas, hijo de Andrómenes, y Ceno (cuñado de Filotas): Filotas pronunció un discurso defendiéndose, pero Bolón, un oficial de menor importancia, popular entre las tropas, lanzó un ataque personal contra el acusado, insistiendo en su notoria arrogancia. Como resultado, la asamblea, en la cual las tropas de Filotas (la caballería) estaban, por fuerza, en minoría, pidió a gritos la pena capital. Filotas fue interrogado y, coaccionado violentamente, admitió su deslealtad en diversos aspectos, algunos de los cuales tal vez involucraban a su padre. Pero nadie pudo implicar a Parmenión en la conspiración de Dimno; todo lo que consiguieron sacar a Filotas fue una historia relacionada con conversaciones sediciosas con Hegéloco, el cual, en el año 330, estaba oportunamente muerto²³³. Todo esto era insuficiente para garantizar una condena, incluso por parte del ejército macedonio, y Alejandro debió recurrir al asesinato político. Había tomado la decisión de erradicar a aquella familia y no tenía intención de permitir que el padre sobreviviera al hijo. Parmenión estaba todavía en Ecbatana, pero sin apoyo de tropas macedonias: la infantería de la falange que había escoltado el convoy de los lingotes hacía tiempo que había iniciado su larga marcha hacia el este para unirse a Alejandro²³⁴.

²³⁰ Curcio, VI, 11, 36-37; cfr. Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 130.

²³¹ Curcio, VI, 8, 2-10, 17-18; cfr. Berve (1926), 2 núm. 446 (p. 224); Badian (1960a), pp. 337-338.

²³² LOCK (1977a); Errington (1978), esp. 86-91; *contra* AYMARD (1967), pp. 156-157; BRIANT (1973), pp. 287 ss.

²³³ Curcio, VI, 11, 22-30; cfr. Berve (1926), 2 núm. 341.

²³⁴ Curcio, VII, 3, 4; cfr. Bosworth (1980a), pp. 338 y 356; *contra* Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 38-39.

Así pues, el rey intrigó directamente con Cleandro, el comandante de los mercenarios de Ecbatana y hermano de Ceno, uno de los responsables del arresto de Filotas. Envío la orden de asesinato a lomos de camello de carreras, a través del desolado desierto de Lut; su portador era un amigo y ayudante de Parmenión. Un duro viaje de once días llevó el despacho a la capital de Media, y Cleandro y los demás comandantes actuaron de inmediato, asesinando al viejo general mientras leía una carta de su rey²³⁵. Certero y despiadado, el golpe fue eficaz y Parmenión obtuvo así su recompensa por toda una vida de servicio al trono de Macedonia. Sus desacuerdos políticos se habían hecho demasiado intensos para que un Alejandro cada vez más autocrático los tolerara y este aprovechó la primera oportunidad para eliminarlo.

Mientras tanto, en Drangiana, Filotas había encontrado la muerte, destrozado por la tortura y lapidado junto con los conspiradores mencionados por Cebalino. Pero no terminó ahí el caso, porque hubo más enjuiciamientos, motivados en parte por rencores personales. Los más importantes fueron los de los hijos de Andrómenes (Amintas, Simias y Átalo), que habían sido amigos íntimos de Filotas y se vieron peligrosamente comprometidos cuando su hermano menor Polemón, al tener noticias del interrogatorio bajo tortura de Filotas, huyó del campamento, presa del pánico²³⁶. Sin duda, los enemigos de Amintas sugirieron que se trataba de un caso de culpa por asociación, y el comandante de la falange se vio obligado a defenderse. Lo hizo y fue exculpado, mientras que su hermano volvió por voluntad propia. Parece evidente que Alejandro no tenía motivos personales para desear la caída de los hijos de Andrómenes (Amintas había participado en la acusación de Filotas), y los hermanos más jóvenes sobrevivieron al reinado sin que, aparentemente, su prestigio menguara. Amintas, sin embargo, murió en el campo de batalla poco después de su absolución (Arr., III, 27, 3). Otra baja fue la de Alejandro el Lincesta, el cual pasó del arresto mayor al juicio por traición (véase, más arriba, p. 57). Los tres años de confinamiento tuvieron un efecto inevitable: con la mente y las palabras confusas, no pudo defenderse de los cargos dirigidos contra él y fue ejecutado sumariamente²³⁷. Este caso no tenía nada que ver con la conspiración. Alejandro explotó el estado de ánimo histérico del ejército, que él mismo había creado, para quitarse de en medio a un hombre que era un estorbo y una amenaza po-

²³⁵ Curcio, VII, 1, 11-32; Diod., XVII, 80, 3; Arr., III, 27, 3-4; Plut., *Al.*, 49, 13; Estrabón, 724.

²³⁶ Curcio, VII, 1, 10 ss.; Arr., III, 27, 1-3; cfr. Bosworth (1976a), pp. 12-14; Heckel (1975).

²³⁷ Curcio, VII, 1, 5-9; Diod., XVII, 80, 2; cfr. Berve (1926), 2 núm. 37; Badian (1960a), pp. 335-336.

tencial, un posible testaferro para conspiraciones futuras. Aunque fuera yerno de Antípatro, era mejor eliminarlo, y los cargos de traición, aunque endebles, podían resultar convincentes tras la ejecución de Filotas, cuando cualquier persona de la corte, por exaltada que fuera, podía haber sido considerada capaz de intriga sediciosa.

El rey había hecho saber del modo más claro que no se toleraría ninguna oposición y que cualquier forma de deslealtad recibiría el castigo más merecido. La graduación no era una protección. Por otra parte, había puestos de mando que cubrir. Alejandro no tenía intención de reemplazar a Parmenión en la estructura de mando; en lugar de ello, se inició un proceso de fragmentación. Los grandes mandos permanentes tendieron a desaparecer y se desarrolló una política de separación de los comandantes de sus unidades, destinada a cortar los lazos regionales que habían existido entre los oficiales y los soldados (véase, más adelante, pp. 314 ss.). Filotas fue sustituido por dos hiparcos: Clito el Negro y Hefestión. Esta fue una combinación de lo viejo y lo nuevo: un oficial de la generación anterior unido a una de las nuevas estrellas de la corte y tenía como propósito, según nos dicen (Arr., III. 27, 4), impedir que la caballería se hiciera leal a una sola figura. El odio que hubiera podido provocar la ejecución de Parmenión lo mitigaría el ascenso de Clito, que ya era comandante del *ile* real, pero su influencia quedaba contrarrestada por el nombramiento paralelo de Hefestión. En cambio, los hipaspistas permanecieron bajo un solo jefe. Neoptólemo, familiar del propio Alejandro, relacionado por nacimiento con la casa real de Epiro²³⁸. Y lo que es más, los puestos superiores, los mandos de las divisiones del ejército que operaban separados de Alejandro, pasaron a ser monopolizadas por un pequeño grupo de mariscales dominados por los hombres que habían tramado la caída de Filotas: Crátero, Hefestión, Perdicas y Ceno. Estos eran los amigos íntimos del rey, sus consejeros y mariscales. Ocupaban de modo colectivo la posición que había tenido Parmenión al principio del reinado, pero ninguno de ellos dominaba y existían ciertas antipatías entre ellos, en especial entre Hefestión y Crátero. Al mismo tiempo, los coetáneos de Alejandro ocupaban puestos en la corte, desplazando a la vieja generación de Filipo. El sustituto del guardia de corps Demetrio fue Ptolomeo, hijo de Lago, que había estado exiliado en el año 337/6, tras el escándalo de Pixódaro (Arr., III, 27, 5). Los ascensos fueron acompañados de degradaciones, la mayoría de las cuales se nos escapan. Sin embargo, hubo una compañía disciplinaria especial, conocida como la «unidad de los insubordinados», a la cual Alejandro destacó todas las tropas macedonias que habían manifestado sus críticas a la eliminación de Par-

²³⁸ Plut., *Eum.*, I; cfr. Arr., II, 27, 6; Berve (1926), 2 núm. 548.

menión²³⁹. Evidentemente, el número de desafectos era considerable, pero Alejandro no tenía intención de mostrarse conciliatorio. La crítica a su política sería sofocada en todos los niveles y ningún crítico, por importante o humilde que fuera, estaba a salvo de las represalias. El castigo de la conspiración se había transformado hábilmente en una purga política y desanimó la creación de una oposición, por lo menos, durante los dos años siguientes.

LA CONQUISTA DE LA FRONTERA DEL NORDESTE

Desde Frada, cuyo nombre Alejandro cambió por el de Proftasia («Anticipación»)²⁴⁰ para conmemorar la detección de la conspiración, el ejército avanzó hacia el sur en dirección al conjunto de lagos de agua dulce que reciben el caudal del río Helmand. Este era uno de los graneros del antiguo Irán, con amplias reservas para mantener a los macedonios durante el invierno. Alejandro permaneció en la zona durante unos 60 días (Curcio, VII, 3, 3), disfrutando de la hospitalidad de los ariaspas, a quienes los Aqueménidas habían honrado como benefactores después de que socorrieran al hambriento ejército de Ciro el Grande. Impresionado por sus instituciones municipales (y por la tradicional inviolabilidad de la región), Alejandro amplió sus fronteras y les otorgó la libertad nominal bajo la supervisión de un sátrapa responsable de ellos y de las tribus gadrosias situadas más al sur²⁴¹. Durante su estancia, llegaron noticias tranquilizadoras en relación con una segunda revuelta en Aria. Satibarzanes había regresado con tropas de caballería facilitadas por Beso y estaba tomando de nuevo el control de la satrapía. Esta invasión estaba relacionada con una agitación más amplia. Beso había nombrado a un tal Brazanes sátrapa de Partia²⁴² y había enviado tropas desde Bactria a lo largo del corredor del norte para extender la revuelta hasta lugares tan lejanos como Media. Alejandro tardó cierto tiempo en enterarse de la amplitud del alzamiento, pero no regresó en persona a hacer frente a la situación en Aria. En cualquier caso, el ejército de Media, que incluía 6.000 soldados de infantería de la falange, estaba en camino para unirse a Alejandro (probablemente había llegado hasta Drangiana) y se podía confiar en

²³⁹ Diod., XVII, 80, 4; Curcio, VII, 2, 35-38; Justino, XII, 5, 5-8.

²⁴⁰ Steph. Byz. s.v. Φράδα; Plut., *Mor.*, 328 F. Cfr. Diod., XV, 18, 4 (festival de Proftasia en Clazómenas).

²⁴¹ Arr., III, 27, 4-5; Diod., XVII, 81, 1-2; Curcio, VII, 3, 1-3; Estrabón, 724; *Epit. Metz.*, 4. En relación con la localización, véanse Fisher (1967), pp. 195-199; Bosworth (1980a), pp. 365-366; *contra* Brunt (1976-1983), pp. 1 y 498-489.

²⁴² Arr., IV, 7, 1 (Heckel [1981], p. 66, y Guderson [1982], pp. 187-188, lo identifican como el ex quiliarco Nabarzanes).

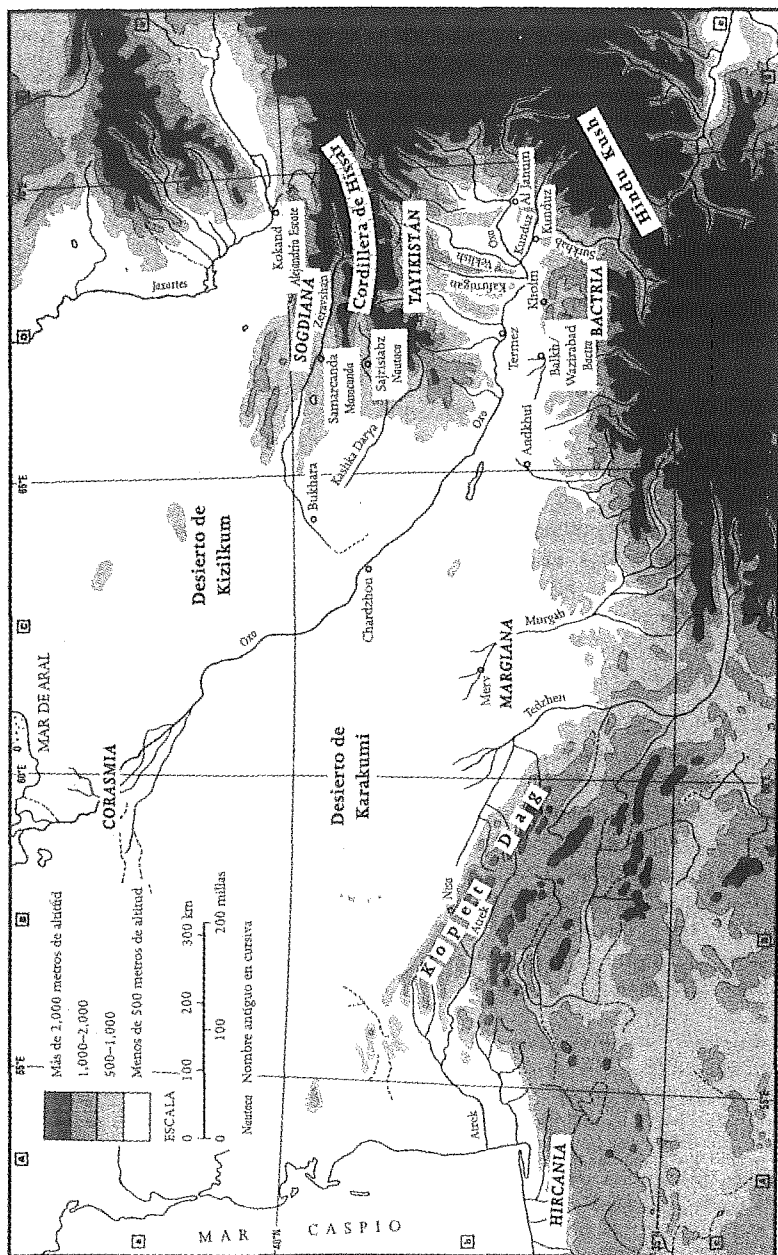
él para que impidiera que la insurrección se extendiera por el sur. Erigio y otros dos comandantes, que operaban junto con el veterano noble persa Artabazo²⁴³, fueron los encargados de contener los disturbios. Fratafernes, restablecido recientemente en Partia (véase, más adelante, p. 276), recibió la orden de sumarse a las operaciones desde el norte, pero estaba demasiado preocupado por las amenazas a su propia posición como para cooperar. La fuerza expedicionaria entró en Aria en la primavera del año 329 y rápidamente se enfrentó a Satibarzanes. Erigio mató al jefe de los insurgentes en un combate cuerpo a cuerpo y Alejandro recibió su cabeza en Bactria en pleno verano (Curcio, VII, 4, 32). Pero el conflicto estaba lejos de haber terminado. El sátrapa nativo de Aria había mostrado poca afinidad con los macedonios y Alejandro ordenó que lo sustituyera Estasanor, un Compañero de origen chipriota (Arr., III, 29, 5). Estasanor tuvo que luchar para imponerse y, hasta el invierno del 328/7, no pudo notificar su éxito, junto con Fratafernes, el cual había capturado al usurpador Brazanes. Los disturbios habían durado casi dos años y el control de Alejandro sobre las satrapías del norte estaba seriamente amenazado.

El rey mismo estaba ansioso por ajustar las cuentas con Beso. Penetró en Aracosia sin oposición y, finalmente, sumó sus fuerzas al convoy procedente de Media (Curcio, VII, 3, 4). Esto le permitió dejar una importante guarnición con su nuevo sátrapa, Menón, suficiente para sofocar una revuelta en los meses venideros. Dirigió el resto de sus tropas por el valle del Helmand y cruzó el Hindu Kush por los pasos que daban acceso a Bactria. A finales de marzo del año 329 empezó a cruzar la región de Parapamísada, centrada en el valle del Kabul, en el cual se hallaba el cruce de caminos entre Bactria, la India y Aracosia. El viaje había estado lleno de nevadas y escaso de recursos, y los pasos estaban todavía bloqueados por la nieve. Alejandro no tuvo más remedio que esperar mientras abastecía a su ejército con los bien provistos pueblos de Parapamísada²⁴⁴ y fundaba una nueva Alejandría cerca de Begram (véase, más adelante, p. 288) para que controlara los pasos de Shibar y Khawak e impidiera toda incursión procedente de Bactria entrada ya la estación.

Entretanto, Beso había estado preparándose para defender Bactria. Arrasó gran parte de las tierras de cultivo de las laderas septentrionales del Hindu Kush, probablemente, mientras se concentraba en los accesos al camino principal que cruzaba los valles de Bamian y de Gorbant. Pero no pudo hacer otra cosa que estorbar el paso de Alejandro. A pesar de sus

²⁴³ Curcio, VII, 3, 2-3; Diod., XVII, 81, 3; Arr., III, 28, 2. En relación con esta campaña, véase Bosworth (1981), pp. 20-24.

²⁴⁴ Estrabón, 725; Curcio, VII, 3, 18. Para la cronología, véanse Jones (1935); Hamilton (1969), pp. 98-99, y para el camino, véanse FISHER (1967), pp. 129-232; Engels (1978a), pp. 93-95.



7. Corasmia, Margiana, Sogdiana y Bactria

pretensiones al trono, fue incapaz de unir a la nobleza bactriana en una defensa conjunta de su territorio. La caballería bactriana que movilizó no pasaba de los 7.000 hombres²⁴⁵, el equivalente a una pequeña parte del ejército invasor. Así pues, se retiró al norte del río Oxo (Amu Daria) acompañado de unos pocos nobles de Sogdiana y planeó una guerra de guerrillas en las provincias del norte con la ayuda de los sacas, pueblo nómada que habitaba en las estepas circundantes. Alejandro dejó la ciudad recién fundada en cuanto los pasos estuvieron lo bastante limpios de nieve como para permitir que su ejército los cruzara. Tal vez hubiera oído algo en relación con las operaciones devastadoras de Beso y por ello tomó uno de los caminos menos concurridos (el paso de Khawak es el más frecuentado) y, tras catorce días de incómodo viaje, llegó a Drapsaco (¿Kunduz?), uno de los centros más importantes de Bactria²⁴⁶. No había encontrado resistencia y tuvo pocos problemas, a excepción de la escasez de comida y de leña en las zonas altas, lo que obligó a que la tropa se alimentara durante un tiempo con la carne de sus bestias de carga, adobada con el jugo de las plantas de asa fétida que crecían allí. Pero Bactria se abría ante él y ocupó la capital sin un solo golpe. Había sido engañosamente fácil. Alejandro se detuvo brevemente para nombrar comandantes de las guarniciones de las ciudades bactrianas y nombró sátrapa a Artabazo (véase, más adelante, p. 277). Después reanudó la persecución de Beso y se encaminó hacia el norte, dirigiéndose hacia el río Oxo a través del desierto.

Fue un viaje de 75 km a través de tierras sin agua bajo un implacable calor veraniego. El ejército macedonio no estaba preparado para semejante situación y sufrió mucho a causa de la sed y el calor mientras se extendía por el desierto en una larga columna²⁴⁷. Cuando por fin llegaron al río, los hombres bebieron de modo incontrolado y eso produjo un gran número de muertes. La tarea de cruzar el río resultó más ardua de lo previsto. Beso había requisado y quemado todas las barcas disponibles (Arr., III, 28, 9), y el Oxo, un río ancho y de corriente rápida, no podía vadearse. De modo que, tal como había hecho en el Danubio en el año 335, el ejército cruzó el río en improvisadas balsas hechas con pellejos rellenos de paja. Con todo, los contingentes tardaron cinco días en cruzarlo. Sin embargo, la persecución casi había terminado. Beso fue víctima de la desmoralización creciente de sus seguidores. Era evidente que Alejandro tenía como prioridad atrapar al autoproclamando Artajerjes V y también

²⁴⁵ Arr., III, 28, 8; 8.000 según Curcio, VII, 4, 20.

²⁴⁶ Arr., III, 28, 4-29; Estrabón 725; Curcio, VII, 4, 22-24. En relación con los pasos del Hindu Kush véanse FOUCHER (1942), 1, 20 ss. Schachermeyr (1973), pp. 336-337 y 676-681.

²⁴⁷ Curcio, VII, 5, 1-16; Diod., XVII, *arg.* 10 (no mencionado por Arriano). Cf. STRASBURGER (1982), pp. 1 y 464-465; Engels (1978a), pp. 100-102.

resultaba evidente que las fuerzas de este no servían para otra cosa que huir. Alejandro, hábilmente, había anunciado que su enemistad abarcaba tan sólo a Beso y había acogido y recompensado a un desertor procedente de su campamento²⁴⁸. Los nobles sogdianos Espitámenes y Datafernes decidieron firmar la paz por su cuenta con el más grande de los dos monarcas mediante la entrega del menor. Entonces, como su señor Aqueménida, Beso fue vencido y encadenado. Alejandro se enteró de que lo habían capturado poco después de cruzar el Oxo y envió a Ptolomeo para que supervisara la rendición. En sus memorias, Ptolomeo describiría más tarde una persecución suicida a través de Sogdiana para arrebatar a Beso a sus captores, los cuales vacilaban en su decisión de entregarlo. Otras fuentes, en especial Aristóbulo, hacen referencia a una transacción sin incidentes: Ptolomeo acompañó a los persas, tanto al cautivo como a los captores, hasta que se encontraron en presencia de Alejandro y los propios nobles sogdianos entregaron formalmente a Beso²⁴⁹. Lo más probable es que la segunda versión sea la correcta, en contraste con la romántica narración de Ptolomeo, destinada a darse importancia. Pero existe un cierto acuerdo en relación con el destino de Beso: fue entregado desnudo y encadenado; fue azotado y enviado a Bactra, donde le fueron mutiladas la nariz y las orejas y, por último, fue trasladado a Ecbatana para ser ejecutado. En sus declaraciones públicas, Alejandro afirmó que estaba vengando la traición y muerte de Darío²⁵⁰. Naturalmente, era cierto, pero no era toda la verdad. Alejandro había estado dispuesto a convivir con los regicidas en el periodo inmediatamente posterior a la muerte de Darío. El cambio de actitud se produjo cuando Beso adoptó la tiara vertical, y el castigo que se le infligió al final era el que sufrían los usurpadores durante el periodo Aqueménida. Como Beso, Fravartish (Fraortes), que había sido proclamado rey de Media cuando Darío I subió al trono, sufrió mutilaciones, fue exhibido en público y murió empalado en Ecbatana. Alejandro siguió el precedente Aqueménida y, además, tenía el pretexto de una justa venganza.

El espíritu de la venganza ya había mostrado su feo rostro aquel verano. Mientras Ptolomeo estaba ocupado con la entrega de Beso, el ejército principal había llegado a una pequeña ciudad habitada por una comunidad de origen griego que, supuestamente, descendía de los Bránquidas que habían entregado el templo de Dídimos a Jerjes en el año 479 a. de J.C. Ale-

²⁴⁸ Diod., XVII, 83, 7-8; Curcio, VII, 4, 18-19; cfr. Berve (1926), 2 núm. 196.

²⁴⁹ Arr., III, 29-30, 5 (Ptolomeo, *FGrH* 138F 14; Aristóbulo, *FGrH* 139F 24); cfr. Curcio, VII, 5, 36-42; Diod., XVII, 83, 8; *Epit. Metz.*, 5-6. En relación con las peculiaridades de la versión de Ptolomeo, véanse Welles (1963), pp. 109-110; Seibert (1969), pp. 14-16; Bosworth (1980a), pp. 376-377.

²⁵⁰ Arr., III, 30, 4-5; Curcio, VII, 5, 38-39.

jandro aceptó su rendición, pero, al día siguiente, permitió el saqueo de la ciudad y la masacre de la población como expiación final del antiguo sacrilegio. Se trata de una historia extraña y se ha rechazado muchas veces como ficción novelesca²⁵¹. Pero es difícil rechazar la tradición de la masacre. La narraron Curcio y Diodoro, los cuales, presumiblemente, partían de Clitarco, y también aparece en Estrabón en un contexto que se diría basado en otras fuentes²⁵². Fueran o no las víctimas los descendientes de los Bránquidas, no tiene la menor importancia: la acusación pudo partir de los mismos ayudantes de Alejandro para utilizarla como justificación para un acto de crueldad con el que sus tropas, sin duda, disfrutaban, exacerbadas como estaban por la marcha a través del desierto y la penosa travesía del Oxo. El saqueo y el asesinato suponían un desahogo catártico que Alejandro pudo justificar más tarde mezclándolo con el tema de la venganza. Así se compensó el agravio a un santuario griego —santuario que, además, había tenido la prudencia y la diplomacia de reconocer la filiación divina de Alejandro (véase, más adelante, p. 330)—. El episodio resulta repugnante desde todos los puntos de vista y el comportamiento del ejército no habría encantado a Aristóbulo ni tampoco a Ptolomeo, el cual, seguramente, en ese momento se encontraba en otro lugar. Sin duda, el hecho de que Arriano lo omita no es un argumento en contra de su verdad histórica. Lo probable es que se produjera una masacre, un terrible acto de violencia contra la población indefensa, y fue un augurio siniestro para la campaña del verano.

Alejandro prosiguió hacia el palacio de los sátrapas de Maracanda (Samaracanda); sufrió una herida en la pierna (una fractura menor del peroné) en un enfrentamiento contra los hombres de las tribus locales que habían atacado a sus destacamentos encargados de buscar alimento²⁵³. Desde ahí caminaron hacia el norte, hasta las orillas del actual Sir Daria, el límite norte del Imperio Persa. El río era conocido localmente como el Jaxartes, pero Alejandro y sus hombres consideraron que era el mismo río que el europeo Tanais (Don). Seguramente, influiría en ello la concepción geográfica griega del este de Asia imperante en aquel momento. Aristóteles (*Meteorologica*, 1, 13, 350a24-25) sostenía que el Sir Daria, que él llamaba Araxes, nacía en el Hindu Kush, pero se bifurcaba en el europeo Tanais y desembocaba en el Mar de Azov. Alejandro estaba dispuesto a considerar-

²⁵¹ Véanse, en fechas recientes, Bigwood (1978), pp. 36-39, que sigue a Tarn (1948), pp. 2 y 272-275 en lo esencial, y Pearson (1960), p. 240. No hay motivo aparente para que se trate de una invención que, desde luego, no podría achacarse a Calístenes. Bellen (1974), pp. 63-65 y Parke (1985), pp. 62 ss. dan la historia por cierta.

²⁵² Curcio, VII, 5, 28-35; Diod., XVII, *arg.* κ; Estrabón, 517-518 (cfr. 634).

²⁵³ Curcio, VII, 6, 1-9; Arr., III, 30, 10-11; cfr. Bosworth (1980a), p. 379. Para un intento de localización, véase Von Schwarz (1906), 40.

los el mismo río y la abundancia de bosques de abetos blancos en las proximidades del Sir Daria le recordaron los abetos europeos que, según se creía erróneamente, no crecían en Asia. Se admitía que un brazo del río desembocaba en el Caspio (no hay pruebas que indiquen que los macedonios conocieran el mar de Aral), y Policlito de Larisa llegó al extremo de afirmar que el Caspio y el mar de Azov eran lagos comunicados entre sí²⁵⁴. Esto era pura especulación, pero en el año 323 Alejandro se lo tomó lo bastante en serio como para enviar una expedición para establecer si había alguna unión entre los dos mares (véase, más adelante, p. 200). En el año 329 llegó a la conclusión de que había llegado a un afluente oriental del europeo Tanais. Esto tuvo importantes consecuencias. Durante siglos, se había dado por hecho que el Tanais marcaba el límite entre Europa y Asia, y las fuentes se muestran unánimes al describir a los pueblos situados al norte del río como los escitas europeos. Según su punto de vista, Alejandro había llegado al límite de Asia y los pueblos que había encontrado no eran muy distintos de los familiares escitas del mar Negro. Hay diversos indicios de que consideraba que el mar Negro era fácilmente accesible desde el Tanais/Sir Daria, e hizo varios intentos de reconocimiento en esa dirección²⁵⁵. En ese caso, el regreso a Europa era una opción clara, pero ni siquiera pensaba en ella mientras hubiera zonas de Asia que su imperio no abarcara. Resulta significativo que estuviera dispuesto afirmar un tratado con los sacas situados al norte del río: serían sus amigos y aliados, no sus súbditos²⁵⁶. El río Sir Daria iba a ser una frontera del imperio en el verdadero sentido, al menos, por el momento.

El rey fundó una nueva ciudad, Alejandría Escate, situada en la orilla sur del río, cerca de la ciudad actual de Kokand/Leninabad (véase, más adelante, p. 289). Cuando estaba empezando a planear sus acciones, recibió la noticia de una insurrección general en la gran satrapía de Bactria, las fuerzas de la guarnición de Alejandro eran masacradas en el norte y los magnates de Bactria y Sogdiana daban rienda suelta a un frente común de rebelión. Tras el movimiento se encontraban Espítámenes y Datáfernes, los cuales demostraron que su rendición era un mero recurso y que se retractaban de ella en el momento oportuno, la nobleza local, con razonables sospechas hacia una asamblea general que Alejandro había anunciado en Bactra, estuvo más que dispuesta a revocar su vasallaje²⁵⁷. Tomaron por sorpresa a Alejandro y este emprendió la reconquista con una ferocidad comprensible. Su primer objetivo fueron siete fortalezas

²⁵⁴ *FGrH* 128 F 7 = Estrabón, 509-510. Cfr. HAMILTON (1971), pp. 108-110; Schachermeyr (1973), pp. 398-401.

²⁵⁵ Arr., IV, 1, 1-2; Curcio, VII, 6, 12; VIII, 1, 7; cfr. Berve (1926), 2 núm. 250.

²⁵⁶ Arr., IV, 1, 2; 15, 5; véase, más adelante, p. 367.

²⁵⁷ Arr., IV, 1, 5; Curcio, VII, 6, 13-15.

mayores situadas en las proximidades del Sir Daria. Con sus murallas de adobe, estaban mal preparadas para resistir a las sofisticadas tácticas de asedio de los macedonios y la mayoría cayó al primer asalto. Por una cuestión de política, se cumplieron las convenciones: los hombres fueron todos asesinados y las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos (Arr., IV, 2, 4). En algunos casos hubo una resistencia tenaz, en especial en Cirópolis, la mayor de las fortalezas, supuestamente fundada por Ciro el Grande (la moderna Kurkath)²⁵⁸, y, si aceptamos el relato de Curcio, en una misteriosa ciudad de los memacenos²⁵⁹. La población corrió la suerte habitual, pero los macedonios sufrieron algunos daños. Crátero y otros oficiales resultaron heridos, y el propio rey sufrió una herida en la cabeza y en el cuello que lo conmocionó e hizo que su voz resultara casi inaudible.

El primer sector de la rebelión estaba contenido, pero había otras amenazas. La noticia del levantamiento había penetrado por el norte del río, en la zona de los sacas, y hordas de jinetes se estaban congregando en el lado opuesto a Alejandría Escate (Arr., IV, 3, 6). Igualmente serio fue el ataque que Espitámenes lanzó sobre Maracanda, donde sitió a la guarnición macedonia en la ciudadela. Alejandro regresó a la frontera y con celeridad febril completó en veinte días las fortificaciones de la ciudad que acababa de fundar²⁶⁰. Con su población de colonos greco-macedonios y de mano de obra campesina en situación semiservil integrada por sogdianos nativos, serviría como fortaleza básica en la frontera septentrional, capaz de resistir un ataque de los nómadas del norte. Alejandro reforzó la lección en persona. Había estado construyendo barcas de madera y balsas de piel para cruzar el río y, una vez terminados los preparativos, lanzó un ataque directo sobre la caballería de los sacas, situados en la otra orilla. Los barcos que iban delante tenían catapultas en la proa para lanzar proyectiles, y su primer bombardeo creó pánico en el enemigo y dejó un espacio libre en la orilla que ocupó entonces una cobertura de vanguardia integrada por la infantería ligera²⁶¹. Después desembarcó la infantería de la falange y extendió la cabeza de puente mientras la caballería iba infiltrándose por el río. Cuando el ejército estuvo seguro en la otra orilla, Alejandro atacó con su propia caballería. Se produjo un pequeño retroceso cuando los escuadrones avanzados de los mercenarios y los macedonios armados con la *sarisa* se detuvieron, desconcertados, ante las clásicas tácticas envolven-

²⁵⁸ Benveniste (1943-1945).

²⁵⁹ Curcio, VII, 6, 17-23; cfr. Arr., IV, 2, 5.

²⁶⁰ Arr., IV, 4, 1; cfr. Curcio, VII, 6, 25-6; Justino, XII, 5, 12.

²⁶¹ Curcio, VII, 9, 2-9; *Epit. Metz*, 11-12. Arr., IV, 4, 4, aparentemente, sitúa a la artillería en la orilla sur. *Pace* MARSDEN (1969-1971), pp. 1 y 165-166, Curcio es más detallado y debería aceptarse como válido.

tes de los nómadas. Alejandro se adaptó rápidamente al desafío. Combinó su caballería y las fuerzas de la infantería ligera, utilizando a los arqueros y a los lanzadores de jabalinas para frustrar cualquier movimiento que pudiera desbordarlos. Neutralizó la táctica de golpear y salir huyendo del enemigo y lanzó su propio ataque, un avance con un amplio frente de tres hiparquías de Compañeros y de jinetes lanzadores de jabalina, junto con una carga en masa del resto de la caballería, formada en una columna profunda²⁶². Los detalles son oscuros, pero el resultado de la maniobra fue dramático. La caballería de los sacas cedió ante el asalto frontal e, incapaces de girar y atacar los flancos macedonios, huyeron. Alejandro los persiguió durante unos 15 km hasta que se vio obligado a detenerse, incapacitado por su reciente herida y por un violento ataque de diarrea provocado por beber el agua local contaminada. Con todo, fue una victoria brillante y las pérdidas sufridas por los sacas fueron desproporcionadamente grandes. Como resultado, Alejandro recibió una embajada del rey de los sacas y, posiblemente, también de las tribus vecinas, disculpándose por la provocación y ofreciendo su sumisión (Arr., IV, 5, 1). El peligro de una acción hostil en el futuro inmediato era escaso.

Ahora que el norte de Sogdiana estaba pacificado, Alejandro podía volver su atención hacia el sur, donde había sufrido un serio revés. Había enviado una pequeña fuerza expedicionaria para aliviar a los defensores de Maracanda, una fuerza de caballería e infantería mercenaria dirigida por sus comandantes: Cáranos, Andrónico y Menedemo, respaldados por un núcleo de sesenta Compañeros a caballo. Al enterarse de que se acercaban, Espítámenes levantó el sitio de la ciudadela y se retiró hacia el oeste siguiendo el valle del Zeravshan. En el curso de su retirada, recibió el refuerzo de jinetes de los dahos, los más occidentales de los nómadas sacas, y se animó a tender una emboscada a la fuerza expedicionaria macedonia, que había salido en su persecución a pesar de la mala calidad de sus monturas, debilitadas por la fatiga y la falta de forraje. El combate que se produjo fue descrito de distinta manera por Ptolomeo y Aristóbulo²⁶³, aunque ambos alegan deficiencias en el mando macedonio, ya sea por falta de coordinación o por puro rechazo a asumir responsabilidad, y parece claro que la derrota se achacó a los oficiales al mando, posiblemente para exculpar a Alejandro de cualquier acusación de haber enviado fuerzas poco adecuadas²⁶⁴. Sin duda, el campo para la especulación era amplio. En lo único en que coinciden los estudiosos es que los hombres de Alejandro fueron hostigados por un enemigo con mayor movilidad, fueron presas del pánico y, al final, sucumbieron bajo los implacables arque-

²⁶² Arr., IV, 5, 4-7; cfr. Curcio, VII, 9, 10-13.

²⁶³ Arr., IV, 5, 2-9 (Ptolomeo); 6, 1-2 (Aristóbulo); cfr. Curcio, VII, 7, 31-39.

²⁶⁴ Plut., *Al.*, 50, 8; Schachermeyr (1973), p. 366.

ros de los enemigos. La mayoría de los macedonios murieron, y Arriano (IV, 6, 2) afirma que no escaparon más de 300 soldados y 40 jinetes. Estos escasos supervivientes, ninguno de los cuales era oficial, tendrían recuerdos confusos y contradictorios de la acción y es poco sorprendente que las fuentes tradicionales diverjan. Lo que resulta innegable es que el rey había sufrido una importante derrota y que la moral de los rebeldes se había reforzado. Alejandro se encontraba en las orillas del Sir Daria cuando se enteró y rápidamente terminó las negociaciones con los sacas antes de marchar al sur con la mitad de los Compañeros, los hipaspistas y lo más selecto de la infantería de la falange. Cubrió los 290 km que lo separaban de Maracanda a máxima velocidad (Arriano afirma, exagerando, que tardó tres días y tres noches completos)²⁶⁵ y forzó a Espítámenes a detener de nuevo el sitio. Una vez más, Espítámenes se retiró al desierto situado al oeste y Alejandro, a regañadientes, abandonó la esperanza de alcanzarlo, ya que se retrasó por la necesidad de visitar el emplazamiento de la batalla y dar a sus hombres un entierro decente. Después volvió para tomar represalias. Con razón o no, Alejandro consideraba que la población nativa había colaborado con Espítámenes y devastó sistemáticamente el valle del Zeravshan, posiblemente el sector más rico y poblado de Sogdiana. Tomó por asalto sus fortalezas y masacró a los defensores en una calculada campaña de terror comparable con la realizada contra los rebeldes del norte (Arr., IV, 6, 5). Al final de la estación, el este de la satrapía se había convertido en un yermo y Alejandro retiró sus fuerzas al refugio relativamente seguro de Bactra, donde estableció su corte para el invierno.

La situación todavía era delicada, con bolsas de rebelión no controlada, no sólo en las satrapías de Bactria, sino en todo el nordeste. Así pues, Alejandro permaneció inmóvil durante un tiempo mínimo, hasta que lo peor del invierno hubo pasado y una serie de grandes convoyes de mercenarios reforzaron su ejército²⁶⁶. En cuanto la estación permitió el desarrollo de la actividad militar, se encaminó hacia el este, siguiendo los límites de los campos cultivados a lo largo del valle del Oxo y eliminando las plazas fuertes que quedaban en las estribaciones de las montañas²⁶⁷. En su momento, llegó al valle del Kokcha y cruzó el Oxo en las proximidades del emplazamiento de Al Janum que, probablemente, designó para un asentamiento futuro (véase, más adelante, p. 290). Ahí dividió sus fuerzas y dejó cuatro jefes de la falange para guarnecer Bactria adecuadamente bajo la supervisión general de Crátero. La campaña continuó en Sogdiana. Alejandro estableció inmediatamente al norte del Oxo una trama de

²⁶⁵ Arr., IV, 6, 4; cfr. Curcio, VII, 9, 21; Brunt (1976-1983), pp. 1 y 505-506.

²⁶⁶ Arr., IV, 7, 1-2; Curcio, VII, 10, 10-12.

²⁶⁷ Curcio, VII, 10, 13-15; *Epit. Metz*, 14; cfr. Arr. IV, 15, 7-8. En relación con las fuentes y la supuesta ruta de Alejandro, véase Bosworth (1981), pp. 23-29.

seis ciudades, cada una de ellas en un emplazamiento elevado, que serviría como núcleo para sus fuerzas de ocupación (véase, más adelante, p. 289). Después dividió de nuevo su ejército y envió a algunos comandantes veteranos con pequeñas fuerzas compactas para que invadieran y controlaran sectores separados del territorio insurgente. La arremetida general del avance se dirigía hacia las montañas de Hissar, la gran barrera natural que separaba la Sogdiana del este de la del oeste, y el este de la satrapía fue reducido de manera sistemática, de modo que plaza fuerte tras plaza fuerte cayeron bajo las fuerzas macedonias²⁶⁸. El enfrentamiento más espectacular fue un ataque a una fortaleza situada sobre una gran roca, defendida por un tal Arimazes. Hay desacuerdo entre Arriano y la tradición de la vulgata sobre la fecha exacta del enfrentamiento, pero todo parece indicar que sucedió hacia el verano del año 328. En esa ocasión, Alejandro envió a un grupo de elite de montañeros para que escalaran la vertiente vertical que quedaba fuera de la vista de los defensores, estimulándolos con la promesa de una recompensa enorme en dinero, 12 talentos, para el primero que llegara a la cumbre. Tras una ardua escalada y algunos accidentes mortales, el grupo de escaladores llegó a la cumbre, situada sobre el anfiteatro natural en el cual Arimazes había organizado la defensa. Cuando vieron a los «hombres con alas» macedonios sobre su plaza fuerte, la moral de los defensores cayó por los suelos y se rindieron a Alejandro, el cual los instaló como campesinos en las nuevas fundaciones²⁶⁹.

A finales del verano, las distintas fuerzas expedicionarias convergieron en Maracanda, la base de operaciones para el final de un año de campaña. Aquí el rey recibió a una serie de embajadas de las tribus de los sacas del norte y del oeste del Sir Daria. Se habían dirigido a él en el verano anterior y después habían acogido a los enviados macedonios que habían ido a inspeccionar sus tierras. Impresionados por la campaña celebrada al otro lado del Sir Daria y por las operaciones de castigo en Sogdiana, consideraron prudente confirmar su lealtad²⁷⁰. Iban acompañados del rey de Corasmia, Farásmenes, cuyo reino (situado en el tramo inferior del Sir Daria) era el más centralizado y poderoso de las tierras situadas al norte

²⁶⁸ La narración más coherente es la de Curcio VII, 11, 1 y sigs. (cfr. *Epit. Metz*, 15 ss.; Diod., *arg.* κε). El relato de Arriano es difícil y fragmentado (IV, 16, 1 ss.), y contiene una serie de repeticiones. La principal divergencia con la versión de la vulgata es la datación de la captura de la fortaleza de Arimazes en la primavera del 327 (Arr., IV, 18, 4 y sigs.). La cronología adoptada en el texto es la defendida por Bosworth 1981, 29-39. Para una narración basada en Arriano (pero que fecha el sitio a mediados de invierno) véase Tarn (1948), pp. 1 y 72-76.

²⁶⁹ Curcio, VII, 11, 28; *Epit. Metz*, 18; Arr., IV, 19, 4-5 (cfr. IV, 16, 3).

²⁷⁰ Curcio, VIII, 1, 7-9. Arr., IV, 15, 1-6 sitúa estas embajadas en Bactra algunos meses antes.

de la frontera²⁷¹. Con una escolta de 1.500 jinetes vestidos con pesadas armaduras, visitó al nuevo monarca del sur y firmó un tratado de paz y alianza. Estaba al corriente de las investigaciones geográficas de Alejandro y de su idea de que el Mar Negro estaba relativamente cerca, e intentó utilizar el ejército macedonio para expandir sus dominios, insinuando que en sus fronteras había amazonas. El rey declinó con tacto la invitación de Farásmenes y le dijo que la India era su primer objetivo, pero prefigurando ya un proyecto posterior de conquista en la zona del mar Negro, para el que pediría ayuda a los corasmios. Por el momento, lo que pretendía era dominar Asia. Cuando terminara, volvería a emprender operaciones en el oeste, dominaría las muchas zonas en conflicto de Asia Menor y uniría sus dominios europeos y asiáticos²⁷². Este proyecto inicial, aunque era bastante vago, quedaría totalmente eclipsado por los planes más amplios de conquista del Mediterráneo que Alejandro maduró durante su regreso de la India (véase, más adelante, p. 178), pero no tenemos razones para creer que no se debatió en serio en el año 328. Otra invitación que tuvo un efecto más inmediato vino de parte de un dirigente de los sacas que ofreció su propia hija como esposa para Alejandro y la descendencia de sus súbditos más destacados como pareja para los Compañeros²⁷³. Alejandro la rechazó diplomáticamente, pero la idea de tomar a una dama persa como consorte arraigó en su mente y dio fruto unos meses más tarde.

La estancia en Maracanda fue relativamente prolongada e incluyó una excursión a una reserva de caza en Básiata, donde tuvo lugar una enorme cacería y los animales salvajes, a quienes nadie había molestado durante generaciones, fueron muertos en masa (Curcio, VIII, 1, 11-19). Tras el regreso a la capital, se celebró un festival y un sacrificio ceremonial dedicado a los Dioscuros. Las celebraciones continuaron con un banquete y, bajo la influencia del vino local, los aduladores de la corte insistieron en halagar a Alejandro y en denigrar a su padre. Las tres fuentes principales del caso dan distintas versiones de la conversación²⁷⁴; en realidad, incluso los que participaron en ella la recordarían mal cuando estuvieran de nuevo sobrios. Sin embargo, coinciden en que había dos líneas de adulación, una en la que comparaban el nacimiento de Alejandro con el de los Dioscuros, con lo que negaban la paternidad de Filipo (véase, más adelante, p. 331), mien-

²⁷¹ TOLSTOV (1953), pp. 112-113; HERZFELD (1968), pp. 325-326; Altheim y Stiehl (1970), 188 ss.

²⁷² Arr., IV, 15, 4-6; cfr. ROBINSON (1957), p. 336; Kraft (1971), pp. 127-128.

²⁷³ Arr., IV, 15, 2, 5; Curcio, VIII, 1, 9; Plut., *Al.*, 50-2; cfr. Brown (1949b), 236-238; Hamilton (1969), pp. 139 ss.; Bosworth (1977a), pp. 62-64.

²⁷⁴ Arr., IV, 8, 1-9; Curcio, VIII, 19-51 (cfr. Justino, XII, 6, 1 ss.); Plut., *Al.*, 50-52; cfr. Brown (1949b), pp. 236-238; Hamilton (1969), 139 ss.; Bosworth (1977a), pp. 62-64.

tras la otra se burlaba de los generales que habían muerto a manos de Espítámenes en el Zeravshan, implicando que los éxitos de los macedonios se debían tan sólo al mando de Alejandro²⁷⁵. Esto provocó resentimiento entre la vieja generación de macedonios, que no admitía que el rey monopolizara la gloria militar. Clito, hijo de Drópides, el jefe de la caballería, actuó como su portavoz. No sabemos si lo movían otros motivos que la ebriedad y la irritación: Clito había sido nombrado recientemente sucesor de Artabazo en la satrapía de Bactria-Sogdiana y es posible que lo considerara una degradación²⁷⁶, un paso previo a la destrucción, como lo había sido el cargo de Parmenión en Media, pero no tenemos pruebas de que Clito hubiera caído en desgracia ni de que se tratara de un personaje lo bastante importante por derecho propio como para que Alejandro quisiera minar su poder y destruirlo. No podemos ir más allá de las fuentes, las cuales mencionan que Clito se había ido distanciando por la tendencia creciente de la corte al despotismo oriental y que, en esta ocasión, reforzada su agresividad por el alcohol, expresó la inquietud general. Con la ayuda de una cita adecuada de la Andrómaca de Eurípides (693 ss.), sugirió que la gloria del rey era parásita de las vidas de sus hombres²⁷⁷. Eso era ya bastante ofensivo, pero Clito prosiguió elogiando las acciones de Filipo en detrimento de las de Alejandro, e insistió en sus propios méritos al salvar la vida de Alejandro en el Gránico. Ninguno de los dos pudo controlar su cólera. Alejandro llamó a sus hipaspistas y se dirigió a ellos hablándoles en macedonio²⁷⁸ pero, ante su lengua nativa, reaccionaron con una lentitud digna de encomio. La guardia real retuvo físicamente a Alejandro mientras este se lamentaba de que era otro Darío, traicionado también por su corte. Entretanto, los amigos de Clito intentaron sacarlo a la fuerza de la sala. Aristóbulo afirmaba que Ptolomeo consiguió hacerlo salir más allá de los muros de la acrópolis y que Clito se empeñó en regresar (Arr., IV, 8,9 = *FGrH* 139 F 29), pero su versión es algo tendenciosa con el fin de exculpar al rey en la medida de lo posible. Otras fuentes afirman que Clito no pudo ser controlado y que regresó en lo más violento de su ira de borracho²⁷⁹. En la confusión que se produjo mientras la compañía salía de la sala, Alejandro cogió un arma de uno de los guardias y derribó a Clito. Las circunstancias que rodearon este hecho son tan oscuras como el preludio. No se nos dice por qué los amigos del rey dejaron de

²⁷⁵ Plut., *Al.*, 50, 8-10; Curcio, VIII, 1, 20 ss.; Arr., IV, 8, 5.

²⁷⁶ Curcio, VIII, 1, 19, 35; cfr. Lane Fox (1973), pp. 311-312 y, para más especulaciones, Carney (1981).

²⁷⁷ Plut., *Al.*, 51, 8; Curcio, VIII, 1, 29; Juliano, *Conv.*, 331B.C. Cfr. AYMARD (1967), pp. 51-57; Instinsky (1961).

²⁷⁸ Plut., *Al.*, 51, 6; cfr. Arr., IV, 8, 8; Badian (1982), p. 41.

²⁷⁹ Plut., *Al.*, 51, 8, cfr. Curcio, VIII, 1, 48-51.

retenerlo (cfr. Arr., IV, 8, 8). Probablemente, la furia del rey era tanta que temieron por sus propias vidas si seguían oponiéndose a él o tal vez su preocupación por Clito fue sólo aparente. Lo que está claro es que el rey actuó libremente cuando era presa de una ira incontrolable y que Clito murió casi en el acto.

Tras la ira del beodo llegaron los remordimientos del borracho. Una de las fuentes describía al rey intentando matarse con el arma letal²⁸⁰ mientras su guardia personal, que ahora volvía a estar atenta, se lo impedía. Todas las fuentes coinciden en que pasó tres días encerrado sin comer ni beber, postrado por paroxismos de remordimientos. Al final se consoló. Calístenes tuvo algo que ver, pero tal vez lo eclipsara Anaxarco, el filósofo escéptico de Abdera, al cual se le atribuye un discurso nihilista en el que establecía una analogía entre Alejandro y Zeus, y alegaba que todos los actos de un rey deben ser considerados justos dado que él es la encarnación de la justicia²⁸¹. Es fácil encontrar un paralelo a esta idea en el *Ciro* de Jenofonte (*Ciropedia*, VIII, 1, 22) o el monarca ideal de Aristóteles (*Política*, III, 1284b 25-34)²⁸², pero, en la densa atmósfera de adulación que impregnaba la corte de Alejandro, era una doctrina peligrosa, una justificación de todo acto, cualquiera que fuera, de despotismo. Este episodio tal vez no sea verídico, pero concuerda con las muestras de adulación que tenemos y no podemos rechazarlo de plano. En cualquier caso, Alejandro salió por fin de su tienda para el alivio de todos. La muerte de Clito no produjo un resentimiento duradero, tal como había sucedido con la de Parmenión. En realidad, el ejército condenó su contumacia y, por lo que parece, estaba dispuesto a negarle enterramiento (Curcio, VIII, 2, 12). Clito tendría sus seguidores y simpatizantes, pero eran una pequeña minoría y no desearon o no pudieron sacar provecho de su muerte. Resulta significativo que su sobrino Próteas siguiera gozando de un alto favor en la corte; era un famoso bebedor que, por un curioso azar, dio pie a la última y fatal borrachera de Alejandro (Efipo, *FGrH* 126 F 3).

La grave tarea de la campaña seguía pendiente. Todavía quedaban bolsas de resistencia en Sogdiana, y Espítámenes fue particularmente eficaz en una serie de ataques por sorpresa a las guarniciones macedonias, ayudado por la caballería de los maságetas de las estepas. Un ataque contra Bactra fracasó por muy poco y la heroica salida de su pequeña guarnición de caballería mercenaria terminó en desastre. Fue necesaria la intervención de Crátero para echar a los invasores al desierto. Crátero derrotó a los maságetas, pero no pudo impedir que encontraran un santuario en el desolado desierto de Kizilkum (Arr., IV, 16, 4; 17, 2). Poco antes, en esa misma es-

²⁸⁰ Arr., IV, 9, 2; Plut., *Al.*, 51, 11; Curcio, VIII, 2, 4.

²⁸¹ Arr., IV, 9, 7-8; Plut., *Al.*, 52, 3-7; *Mor.*, 781A. Cfr. Brown (1949b), pp. 239-240.

²⁸² Cfr. VOLKMANN (1975), pp. 65-73; BRAUNERT (1968); FARBER (1979).

tación, Alejandro había enviado a Ceno para que atacara directamente a los aliados nómadas de Espítámenes. En ese momento, le dio dos batallones de la falange y una gran fuerza mixta de caballería, y la delegó para que continuara organizando operaciones desde Maracanda. Alejandro se desplazó al sur hasta Nautaca, donde Hefestión había establecido los cuarteles de invierno para el ejército²⁸³. Esta fue una de las últimas zonas de rebelión; Alejandro la había visitado brevemente durante la persecución a Beso, pero, desde entonces, la había dejado tranquila. El dirigente local, Sisimetres, se había retirado a una ciudadela supuestamente inexpugnable que tenía agua y arbolado, y cuyo acceso estaba bloqueado por un profundo barranco²⁸⁴. Como de costumbre, Alejandro aceptó el desafío e inició las operaciones de asedio: su ejército hizo, con dificultad, un puente sobre la sima con un terraplén que amontonó sobre unas estacas hábilmente colocadas en voladizo sobre la parte más estrecha de la brecha²⁸⁵. Esta exhibición de ingeniería de asedio impresionó a los defensores, los cuales se rindieron antes de que sus defensas internas fueran hostigadas. Sisimetres fue colocado de nuevo en sus dominios y la roca, con su gran almacén de provisiones, cayó en manos macedonias y los alimentó durante todo el invierno.

Entretanto, las cosas habían ido bien en el norte. Ceno había hecho frente a una invasión de Espítámenes y sus aliados maságetas, y los había derrotado. Como consecuencia, los insurgentes sogdianos abandonaron a Espítámenes y firmaron la paz con los macedonios. Espítámenes huyó por última vez al desierto. Había fracasado demasiadas veces y sus aliados nómadas lo mataron al enterarse de que el propio Alejandro entraba en campaña contra ellos. Enviaron su cabeza a Alejandro y el otro dirigente de los rebeldes, Datafernes, le fue entregado encadenado²⁸⁶. Cuando llegó el invierno, podía decirse que la revuelta había terminado ya. La gran mayoría de los personajes poderosos de Bactria y de Sogdiana se habían rendido, la población nativa había sido aterrorizada y diezmada, y las tribus nómadas situadas al otro lado de la frontera eran aliadas o estaban intimidadas. En un amplio frente, los problemas habían amainado. Durante el invierno, Estasanor y Fratafernes anunciaron el brillante final de las operaciones en Partia y en Aria-Drangiana (Arr., IV, 18, 1-3; Curcio, VIII, 3, 17). El mando de Alejandro se extendía sin obstáculos por las satrapías del este, y la insurrección general que Beso inspirara por fin había terminado.

²⁸³ Arr., IV, 18, 1; Curcio, VIII, 2, 19; *Epit. Metz*, 19.

²⁸⁴ Curcio, VIII, 2, 19-33 (*Epit. Metz*, 19); cfr. Estrabón, 517. Arriano, IV, 21, 1-9 sitúa el asedio en fecha ligeramente posterior y llama al dirigente Corienes (este aparece en un contexto distinto en la tradición de la vulgata: *Epit. Metz*, 29; Curcio, VIII, 4, 21). Véanse más detalles en Bosworth (1981), pp. 30-32.

²⁸⁵ Arr., IV, 21, 4-5; Curcio, VIII, 2, 23-24.

²⁸⁶ Arr., IV, 17, 4-7; cfr. Curcio, VIII, 3, 1-16 (*Epit. Metz*, 20-23). Cfr. Berve (1926), 2 núm. 718.

Había llegado el momento de la reconstrucción. Las revueltas en Bactria y Sogdiana habían requerido casi dos años de campaña activa para suprimirlas, y resultaba evidente que la satrapía necesitaba una guarnición excepcionalmente grande. Así pues, su sátrapa, Amintas, tuvo un ejército considerable integrado por 10.000 soldados de infantería y 3.500 de caballería, y contó con el respaldo de los miles de colonos europeos que, al margen de lo que opinaran acerca del lugar de su residencia, tenían interés personal en erradicar la rebelión. Al mismo tiempo, Alejandro alistó a un gran número de soldados de caballería en su propio ejército e implantó un programa de entrenamiento para 30.000 jóvenes con la finalidad de adiestrarlos en la formación de una falange nativa, armada y disciplinada al estilo macedonio (véase, más adelante, p. 319). Al final, la satrapía perdería una parte considerable de sus soldados y el resto de la población resultaría más fácil de tratar para la nueva clase dirigente de origen heleno. Finalmente, Alejandro tomó esposa entre la nobleza de Bactria. La elegida se llamaba Roxana, hija del magnate bactriano Oxartes, que había caído en sus manos durante la campaña del año 328. El trato favorable que Alejandro dispensó a la muchacha hizo que el padre colaborara con él y, a principios de la primavera del año 327²⁸⁷, Alejandro celebró formalmente su matrimonio según el rito macedonio²⁸⁸, animando a algún miembro de su corte (probablemente, a los comandantes de las fuerzas de ocupación) a que hicieran lo mismo. Este fue prácticamente el último acto en el proceso de conquista. Alejandro subrayó sus pretensiones de dominio tomando una esposa procedente de los territorios conquistados, siguiendo en parte el ejemplo de su padre; pero, en este caso, se trataba de su primer matrimonio y era con una princesa bactriana y no macedonia. Aunque fuera un matrimonio por intereses políticos, suscitó resentimiento entre el círculo enemigo del creciente orientalismo que se adueñaba de la corte, un resentimiento que emergería en los disturbios que se produjeron en Babilonia tras la muerte del rey (cfr. Curcio, X, 6, 13-16).

La primavera presenció el final de la guerra en Sogdiana. Primero, Alejandro se puso en marcha tras pasar dos meses en los cuarteles de invierno (Curcio, VIII, 4, 1), pero su ejército quedó muy maltrecho tras una tormenta eléctrica acompañada por un fuerte descenso de temperaturas, y la caravana de provisiones enviada por Sisimetres apenas consiguió resucitarlo²⁸⁹. Tras algunas operaciones menores al norte de Oxo,

²⁸⁷ Arr., IV, 19, 5 ss.; Curcio, VIII, 4, 21-30; *Epit. Metz*, 28-31; Plut., *Al.*, 47, 7-8; Estrabón, 517.

²⁸⁸ Curcio, VIII, 4, 27; cfr. RENARD y SERVAIS (1955); Bosworth (1980b), pp. 10-11.

²⁸⁹ Curcio, VIII, 4, 1-19; *Epit. Metz*, 24-27; Diod., XVII *arg.* κθ; cfr. Strasburger (1982), pp. 1 y 465; Bosworth (1981), pp. 35-36.

Alejandro se llevó el grueso de sus fuerzas hacia el sur, en dirección a Bactra, el punto de reunión para la futura invasión de la India. Crátero y tres comandantes de la falange se quedaron para hacer frente a los dos líderes insurgentes que quedaban, tarea que realizaron enseguida con pocas pérdidas y éxito total (Arr., IV, 22, 1-2; Curcio, VIII, 5, 2; cfr. *Epit. Metz*, 23). Con todo, el ejército tardó en congregarse en Bactra. Entretanto, tuvo lugar el famoso y frustrado experimento de la *proskynesis* (véase, más adelante, p. 333), seguido por el episodio sensacionalista de la Conspiración de los Pajes. Ese fue un serio atentado contra la vida del rey, iniciado por sus asistentes más próximos. Las fuentes narran la historia con un grado inusual de unanimidad. Coinciden en que el cabecilla era Hermolao, hijo de Sopólide, el cual se había adelantado al rey en una cacería y había matado a la presa antes que él, con la que el rey la hizo azotar en público. Entonces Hermolao reclutó a un pequeño grupo de amigos íntimos que planearon asesinar a Alejandro la noche que compartirían la guardia del dormitorio real²⁹⁰. Pero la conspiración se frustró porque el rey bebió hasta el alba y no necesitó su guardia. Entonces fue ya demasiado tarde. Uno de los conspiradores se fue de la lengua y Caricles, hermano del paje imprudente, se la contó al rey. Todos los conspiradores fueron arrestados inmediatamente y, bajo severa tortura, admitieron su culpa. Murieron lapidados.

Esta cuestión sigue siendo un misterio. No se conoce ningún nexo político entre los conspiradores. Aparte de Sopólide (padre de Hermolao) y Asclepiodoro (el padre de Antípatro), no se sabe quiénes eran sus padres, y los pajes involucrados sólo aparecen en este episodio. Es poco probable que la ofensa al amor propio de Hermolao fuera suficiente para motivar a todos los conspiradores²⁹¹, y los grupos más amplios de descontentos que se insinúan en la tradición de la vulgata tenían abundantes motivos²⁹². El despotismo creciente de la corte pudo distanciar a los miembros más jóvenes de la nobleza tanto como a sus mayores, y el reciente intento de introducir la *proskynesis* pudo servir de catalizador de su descontento. En todo caso, las fuentes coinciden en que el grupo había recibido la influencia de Calístenes: según se dice, Hermolao era amigo íntimo suyo y el historiador pudo sostener alguna conversación con los Pajes en conjunto (Curcio, VIII, 6, 24). La oposición de Calístenes pudo inspirar a los conspiradores la idea de asesinar a su rey. Aun así, Calístenes no estaba al corriente del complot, tal como Ptolomeo y Aristóbulo pretendieron (Arr., IV, 14, 1). Las autoridades clásicas coincidían en que

²⁹⁰ Curcio (VIII, 6, 11) afirma que pasaron un mes esperando a que surgiera la oportunidad (cfr. Arr., IV, 13, 4).

²⁹¹ Hamilton (1969), pp. 154-155; Schachermeyr (1973), p. 388.

²⁹² Arr., IV, 14, 2, ampliado en los discursos retóricos de Curcio (VIII, 7, 1-8, 23).

los Pajes, que se incriminaron ellos mismos y a otros bajo tortura, no pudieron ser inducidos a testificar contra Calístenes²⁹³. Sin embargo, se pensó que había fomentado su traición y fue arrestado. Si podemos creer a Ptolomeo (el cual no tenía ningún empeño personal evidente), también fue torturado y ejecutado. La otra tradición, que dice que permaneció bajo arresto mayor y murió de enfermedad, probablemente pretende exculpar a Alejandro²⁹⁴ como reacción contra el escándalo que su muerte provocó en el mundo griego²⁹⁵. Su pecado había sido oponerse a la corriente política dominante en la corte y sus enemigos aprovecharon la traición de sus amigos íntimos para sugerir su culpabilidad por asociación. Se trataba de la misma táctica utilizada contra Filotas y tuvo el mismo éxito. El rey había sufrido una verdadera amenaza, su vida había estado en peligro y reaccionó con fiereza. A pesar de su juventud, los Pajes fueron tratados con todo el rigor del procedimiento criminal macedonio, y Calístenes, que había sido el principal representante de la oposición, fue eliminado de modo despiadado y sin juicio previo.

EL AVANCE HACIA LA INDIA

A finales de la primavera del año 327, el ejército estaba listo para iniciar la invasión de la India. Alejandro llevaba tiempo madurando el proyecto; por lo menos, desde el verano del año 328 (Arr., IV, 15, 6). Había recibido ya a los representantes de algunos dirigentes indios que esperaban utilizar el ejército invasor para expandir sus propios dominios²⁹⁶. El más importante era el mandatario de Taxila, el cual se había dirigido a Alejandro en Sogdiana para ofrecerle sus servicios en la conquista de su país (Diod., XVII, 86, 4; Curcio, VIII, 12, 5). Hubo también refugiados como Sisicoto, que había servido con Beso y después cooperó con Alejandro en las campañas sogdianas (Arr., IV, 30, 4). Esos hombres tenían muchas razones para animar al rey a invadir la India y el propio rey necesitaba muy poco que lo animaran. Se ha discutido mucho hasta qué punto se extendió el control de Persia sobre la India. Según Heródoto (IV, 44), Darío I había llevado su imperio hasta el Indo y el

²⁹³ Arr., IV, 14, 1; Plut., *Al.*, 55, 6; Curcio, VIII, 6, 24; 8, 21.

²⁹⁴ Arr., IV, 14, 3 (Aristóbulo, *FGrH* 139F 33); Plut., *Al.*, 55, 9 (Cares, *FGrH* 125 F 15). Cfr. Hamilton (1969), p. 156; Badian (1981), pp. 50-51; *contra* Hammond (1980a), p. 198.

²⁹⁵ Testimonios en JACOBY, *FGrH* 124T 19 (cfr. *RE* X, 1683-1684). El hecho de que Teofrasto escribiera una monografía en su honor («Calístenes o sobre la tristeza»: Diógenes Laercio, V, 44) no debe tomarse como prueba de que existió una *vendetta* peripatética contra Alejandro; cfr. Badian (1958a), 153 ss.; MENSCHING (1963); Bosworth (1970).

²⁹⁶ Para un análisis (excesivamente racional) de los motivos de la invasión, véase Andreotti (1957), pp. 140 ss.

océano, pero no se sabe si la presencia de los persas se limitó a alguna incursión o fue duradera. En época de Alejandro, la soberanía persa, aunque sólo fuera de modo nominal, no se extendía más allá del valle del Kabul, cuyos habitantes habían enviado caballería y elefantes al ejército de Darío en Gaugamela²⁹⁷. En cualquier caso, para Alejandro eso fue un incentivo más para restablecer y expandir el imperio que había conquistado, y tal vez seguía abrigando la idea de llevar sus conquistas hasta el océano, que él y su entorno creían relativamente cerca del Punjab. Estaba también presente el factor de la emulación de los héroes. Ctesias había repetido la leyenda de que Semíramis conquistó la India y es probable que una tradición contara que Dioniso había iniciado su avance triunfal hacia al oeste partiendo de la India²⁹⁸. Sin duda, el impulso de seguir sus huellas y superarlas era muy fuerte, y los hombres que rodeaban a Alejandro estaban muy dispuestos a señalar las pruebas del paso mítico de Heracles y de Dioniso. El hijo de Zeus seguiría el camino de sus antepasados (cfr. Curcio, VIII, 10, 1) y establecería un imperio duradero. Tras diez días de marcha desde Bactra, Alejandro llegó a los pasos del Hindu Kush y de ahí a la Parapamisada, donde reforzó con nuevos colonos la Alejandría que acababa de fundar (véase, más adelante, p. 288). Después inició la invasión propiamente dicha, bajando por el valle del Cofén (el río Kabul) hacia la llanura del Indo.

El ejército invasor estaba dividido en dos columnas. Aproximadamente, la mitad de las tropas macedonias y todos los mercenarios estaban asignados a Hefestión y Perdicas, que tenían como misión asegurar el principal camino hacia la India y destruir todos los puntos de resistencia. Alejandro tomó tropas de elite, en especial, los hipaspistas, los agrianes y los *asthetairoi* de la Alta Macedonia (véase, más adelante, p. 303), y se concentró en los pueblos situados al norte del río, en la zona montañosa de Bajaur y Swat. Desde el principio, consideró a sus habitantes como súbditos, esperó sumisión inmediata y castigó la resistencia con matanzas y esclavitud. Al inicio de la campaña, dio un ejemplo siniestro: tras cruzar el río Coes (¿Alingar?)²⁹⁹ se encontró con que los pobladores se ha-

²⁹⁷ Arr., III, 8, 3; 16. Los indios de las montañas de III, 8, 4 formaban parte, probablemente, de la satrapía de Aracosia y ocupaban las colinas situadas al este del camino principal que llevaba a la Parapamisada (Arr., III, 28, 1). Véase Badian (1985), pp. 461-462, el cual defiende la existencia de «algún resto de control aqueménida» en Gandhara.

²⁹⁸ Diod., III, 65, 7 (Antímaco de Colofón); cfr. Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 11-14.

²⁹⁹ La topografía de la campaña es muy discutida. El punto de partida es el río Gureo (Arr., IV, 25, 7) que, por lo general, se identifica con el actual Panjkora (Gauri en sánscrito). Antes de llegar al Gureo, los macedonios habían cruzado un paso de montaña (Arr., IV, 24, 6; Curcio, VIII, 10, 10), procedentes del valle de otro río (Arr., IV, 24, 1), que sólo puede ser el del Kunar. La zona de operaciones estaba, por lo menos, a dos días de marcha rápida desde el valle del Coes que considero distinto al del Kunar. Los tramos inferiores del

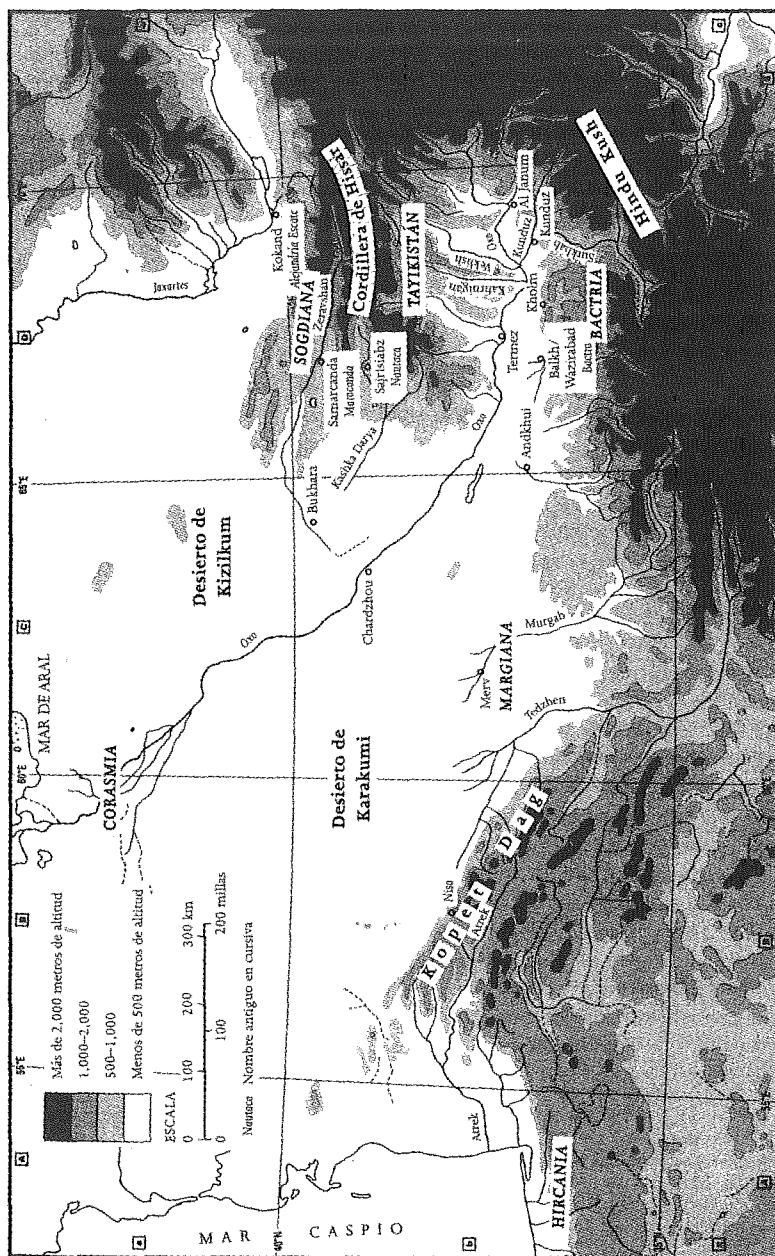
bían retirado a las fortalezas situadas contra las colinas. La primera plaza fuerte que atacó ofreció resistencia y una flecha fortuita lo hirió ligeramente en el hombro. Al día siguiente, fue tomada por asalto. Todos los defensores que no consiguieron escapar fueron masacrados sistemáticamente y el lugar fue destruido (Arr., IV, 23, 4-5; Curcio, VIII, 10, 6). Bajo el impacto de este acto de terror, la vecina ciudad de Andaca capituló y Crátero se quedó con una fuerza de infantería para organizar el territorio y destruir todos los focos de resistencia. Alejandro cruzó entonces hacia el valle del Kunar, donde los habitantes huyeron a las montañas tras quemar sus casas. Atacó a los fugitivos, pero no los forzó a capitular. Lo mismo sucedió cuando cruzó las montañas y pasó a la región de Bajaur. Aquí, según Ptolomeo (*FGrH* 138 F 18), consiguió acorralar a los refugiados en su huida, cogió muchos prisioneros y un enorme número de valioso ganado, el mejor del cual intentó enviar a Macedonia. Fundó también una nueva ciudad en el emplazamiento más estratégico de todo el territorio (Arr., IV, 24, 7) El procedimiento que utilizó, la intimidación militar y el establecimiento de la población de una guarnición, era el mismo que había usado de modo tan eficaz en Sogdiana.

La intimidación no fue necesaria en todas las comunidades. Entre el valle del Coes y el del Kunar, Alejandro recibió a una embajada con un mensaje de rendición y la petición de un trato especial debido a la santidad de su ciudad³⁰⁰. El dios local (fuera Indra o Siva) fue identificado por los ayudantes de Alejandro como el dios griego Dioniso, y Alejandro estuvo dispuesto a creer que aquella gente descendía del entorno del dios. Esta impresión se reforzó cuando encontró hiedra y laurel en una ladera cercana. Así pues, la ciudad se llamó Nisa en honor de la mítica nodriza de Dioniso, y la montaña recibió el nombre de Mero y se consideró que había inspirado la leyenda griega de que el dios se gestó en el muslo (*meros*) de Zeus. Alejandro celebró el descubrimiento con un sacrificio formal y, según una tradición (el primero en narrarla fue Teofrasto), celebró una fiesta báquica allí mismo, en la que él y su ejército se ciñeron coronas de hiedra³⁰¹. La ciudad se benefició de modo material: Alejandro accedió a dejar su gobierno en manos de 300 notables y concedió a sus ha-

Alingar parecen la elección más evidente. Alejandro cruzó entonces en dirección al Kunar por el paso de Dunda. Cfr. EGGERMONT (1970), p. 108; Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 23-24; *contra* STEIN (1929), p. 41; Brunt (1976-1983), p. 1.508; Seibert (1985), pp. 150-151.

³⁰⁰ En relación con este episodio, véanse Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 21-33; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 437-442. No hay motivos para rechazar la historia como una ficción posterior. De un modo u otro, Teofrasto (*HP* IV, 4, 1) lo sabía y lo repitió, por lo menos, una de las fuentes principales de Arriano (la caballería de Nisa mencionada en IV, 2, 3 vuelve a salir en VI, 2, 3 en el curso de la narración principal).

³⁰¹ Teofrasto *HP*, IV, 4, 1; Arr., V, 2, 5-7; Curcio, VIII, 10, 15-17; Justino, XII, 7, 6-8; *Epit. Metz*, 36-38.



8. El valle de Kabul

bitantes una libertad similar a la de los *euergetae* del Helmand, para que continuaran viviendo con las leyes y costumbres locales bajo el mismo dirigente, el cual, sin embargo, pasó a estar bajo la supervisión del sátrapa de Alejandro. Al mismo tiempo, Alejandro insistió en que la comunidad le proporcionara un contingente de caballería y tomó al hijo y los nietos del dirigente local como rehenes. La conducta de Alejandro en este caso no fue, en esencia, distinta de la seguida en Malo, por ejemplo, donde había reconocido los orígenes argivos de la ciudad y la había tratado adecuadamente. Cuando le convenía, aceptaba sin vacilar las pretensiones de los habitantes y conmemoraba con entusiasmo las huellas de sus míticos antepasados. Pero su entusiasmo estaba condicionado a la rendición: si el pueblo de Nisa hubiera ofrecido resistencia, habría sido sordo a sus protestas y ninguna referencia a Dioniso los hubiera salvado.

Alejandro se enfrentó a una lucha más seria cuando planeó una invasión del reino de los asacenos, en el valle del bajo Swat. Su gobernante epónimo contaba con un ejército considerable, que Arriano (IV, 25, 5) estima en 30.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería, reforzado con mercenarios reclutados en las llanuras. No era lo bastante fuerte como para hacer frente a Alejandro en el campo de batalla, y los defensores se dispersaron por las plazas fuertes locales, la más importante de las cuales era Masaga, una fortaleza con murallas de adobe y piedra situada en algún lugar al norte del Swat, en las proximidades del paso de Katgala³⁰². Allí Alejandro concentró su principal asalto y preparó una impresionante batería de torres de sitio. La única esperanza para los asacenos residía en mantener las murallas guarnecidas de hombres, pero durante cuatro días de fuego de artillería procedente de las máquinas macedonias, las murallas se rompieron y los defensores fueron diezmados. Cuando el comandante de Masaga murió por el proyectil de una catapulta³⁰³ y la captura era ya inminente, los defensores intentaron negociar con Alejandro, el cual aceptó la rendición de la fortaleza con la condición de que los mercenarios importados se sumaran a su ejército. Así pues, los mercenarios salieron de la ciudad con sus armas y su impedimenta y acamparon en una colina a cierta distancia de las fuerzas macedonias. Según Arriano, Alejandro tuvo noticia de que pretendían levantar el campamento, de modo que rodeó la colina y exterminó a todo el contingente. Las fuentes narran el episodio de distintas maneras, con cierta crítica hacia la ingenuidad de Alejandro. Probablemente, se produjo algún malentendido y los indios no se dieron cuenta de que debían alistarse con el rey

³⁰² CAROE (1962), pp. 51-53; Eggermont (1970), p. 66.

³⁰³ Arr., IV, 27, 2. Probablemente no haya que identificarlo con el rey Asaceno, el cual murió antes de que empezara el asedio (Curcio, VIII, 10, 22; *Epit. Metz*, 39). El otro hermano, el cual dirigió la resistencia en las montañas del este (Arr., IV, 30, 5), es otro personaje.

de Macedonia, pero el hecho es que fueron asesinados con un débil pretexto después de que se pusieran a merced del conquistador.

Todo el mundo aprendió la lección y las defensas se reforzaron en otros lugares. La ciudad de Bacira, que había sido atacada por Ceno, probablemente al mismo tiempo que se producía el sitio de Masaga, se resistió con firmeza. Otras tropas macedonias sitiaron Ora con idéntica falta de éxito, hasta que Alejandro llevó allí al grueso del ejército y tomó la ciudad al primer asalto (Arr., IV, 27, 9; cfr. Curcio, VIII, 11, 1). En otros lugares, los asacenos siguieron el ejemplo de los pueblos del Kunar, evacuaron sus poblaciones y se refugiaron en la fortaleza montañosa de Aornos. La leyenda local asociaba la roca con la deidad india Krishna, y los ayudantes de Alejandro recordaron la historia de que Heracles (equivalente a Krishna en la mitología griega) había intentado asaltarla infructuosamente en una ocasión. Alejandro no pudo resistir el reto de emular y superar a Heracles. A pesar de la formidable dimensión de la fortaleza y del hecho de que tuviera abundante agua potable y tierra de cultivo (Arr., IV, 28, 3)³⁰⁴, Alejandro preparó el asedio. Dejó guarniciones en Masaga, Ora y Bacira y garantizó la seguridad de las tierras bajas cercanas al Indo, en las proximidades de Aornos (Arr., IV, 28, 7). El inestimable Crátero tenía su base en Ecbolima, la ciudad más próxima a la fortaleza, y su misión era la de acumular grano suficiente como para mantener un asedio prolongado. La precaución resultó ser innecesaria. Alejandro utilizó guías locales y ocupó una posición situada encima de la ciudadela, en un puerto que se dirigía a ella (si Stein tenía razón en su identificación, se trataba de la ladera del Pequeño Una, a unos 2.440 metros sobre el nivel del mar y unos 1.525 sobre el río Indo). Si podemos creer el relato de Arriano³⁰⁵, Ptolomeo ocupó primero el puerto con una pequeña columna de agrianes y de infantería, y Alejandro dirigió el resto de la fuerza de asalto, bajo el ataque enemigo, hasta colocarse justo debajo de la fortaleza principal. El resto de la historia fue otro triunfo de la ingeniería de sitio macedonia. Alejandro hizo construir un terraplén de asedio a lo largo del puerto, de modo que sus catapultas contra la infantería pudieran subir gradualmente a atacar a los defensores de la meseta más alta. Tras cuatro días de trabajos, el terraplén se alzaba inmediatamente debajo de las defensas principales y, enfrentados a la abrumadora potencia de fuego macedonia, los indios iniciaron las negociaciones e intentaron evacuar la fortaleza al amparo de la noche. Las partidas de reconocimiento

³⁰⁴ Esta fue una de las principales razones de Stein ([1929], pp. 131-132) para identificar Aornos con los montes de Pit Sar, una meseta con campos de trigo a lo largo de casi toda su extensión, unos 2,5 km.

³⁰⁵ Arr., IV, 29, 1; 30, 4. Los otros relatos (Curcio, VIII, 11, 3-25; Diod., XVII, 85, 3; 86, 1; *Epit. Metz*, 46-47) son distintos al de Arriano y se contradicen entre sí.

de Alejandro avisaron de la retirada y Alejandro consiguió ascender a la meseta sin oposición y atacar al enemigo cuando este se retiraba. La matanza fue considerable. A pesar de su impresionante inaccesibilidad, Aornos fue capturada con una pequeña tropa (infantería ligera y tropas de la falange seleccionadas) y con pérdidas relativamente pequeñas los macedonios dieron una lección práctica de su total preeminencia en tecnología militar.

Entonces la resistencia de los asacenos se hundió. Los mariscales de Alejandro habían seguido con sus operaciones en las tierras bajas mientras él atacaba Aornos, y las últimas fuerzas enemigas ofrecían resistencia bajo un príncipe nativo en las montañas de Buner³⁰⁶. Ante el avance de Alejandro, la población abandonó las ciudades y, a medida que este marchaba hacia el Indo por un camino construido especialmente por sus pioneros, los enemigos mataron a su jefe y enviaron su cabeza al conquistador. La mayoría de los hombres sobre las armas cruzaron el río para refugiarse con Abisares, príncipe de lo que ahora se denomina Hazara, y dejaron que sus elefantes vagaran en estado salvaje hasta que Alejandro los cazó y los sumó a su ejército. Tras él, en las fronteras de Parapamisada, el terreno era seguro por el momento. Hefestión y Perdicas habían avanzado rápidamente por el valle del Cofén. El príncipe de Peucelótide intentó ofrecer resistencia y defendió su capital (Charsadda)³⁰⁷ durante treinta días, hasta que la ciudad fue asaltada y él perdió la vida. No hubo más combates serios en las tierras bajas. Hefestión y su fuerza expedicionaria llegaron pronto al Indo y, antes de que Alejandro hubiera iniciado el sitio de Aornos, había construido ya un puente. Todo estaba preparado para cruzar el río. Alejandro pudo nombrar un sátrapa macedonio sobre el territorio conquistado para supervisar a una serie de dirigentes nativos (hiparcos), muchos de los cuales habían sido desafectos al régimen anterior (véase, más adelante, p. 278). Este nuevo orden fue mal tolerado. Antes de que hubiera transcurrido un año, los asacenos se alzaron en una revuelta que tuvo como resultado la muerte del sátrapa Nicanor³⁰⁸ y fue indicio de que había un gran resentimiento contra los invasores. Pero en la primavera del año 326, Alejandro pudo seguir avanzando hacia el Indo, confiado en que un otoño y un invierno de terror y represión le habían asegurado el valle del Cofén, el eslabón vital que unía su imperio con el nuevo mundo de la India.

³⁰⁶ Arr., IV, 30, 5-9; Curcio, VIII, 12, 1-4; Diod., XVII, 86, 2-3; cfr. Eggermont (1970), pp. 93-102.

³⁰⁷ Arr., IV, 22, 8. Para la localización, véase Wheeler (1962); (1968), pp. 95-98. Esta ciudad debe de ser distinta a la Peucelótide del Indo, la cual se había rendido a Alejandro la víspera del sitio de Aornos (Arr., IV, 28, 6; Estrabón, 698; véanse, sin embargo, Eggermont [1970], pp. 68 ss.; Seibert [1985], pp. 148-149).

³⁰⁸ Arr., V, 20, 7; cfr. Berve (1926), 2 núm. 556; Bosworth (1983), pp. 37-38.

LA CAMPAÑA DEL HIDASPES

El ejército cruzó el Indo, probablemente en las proximidades de Ohin (Udabhandapura), por el puente erigido por Hefestión y con la ayuda de una serie de barcos contruidos en el lugar para pasar el río. Fue un momento importante que Alejandro conmemoró con pródigos sacrificios y juegos de atletismo (Arr., V, 3, 5; Diod., XVII, 86, 3) Ahora se encontraba en un país amigo. El príncipe nativo Onfis (Ambhi), que había visitado a Alejandro en Sogdiana (véase, más arriba, p. 142), llegó para conocer en persona a su señor con un impresionante cortejo que incluía treinta elefantes. Había suministrado provisiones a Hefestión durante la construcción del puente (Curcio, VIII, 12, 6) y ahora traía generosos regalos para Alejandro. Como recompensa, fue confirmado en el principado de su padre (bajo un sátrapa macedonio) y recibió un trato generoso que compensaba con creces sus regalos. El gran rey y su vasallo entraron juntos en la capital de Taxila (Takshiçila), a unos 30 km al norte de la actual Islamabad³⁰⁹ que, según Arriano, era la mayor ciudad de las situadas entre el Indo y el Hidaspes, y se celebraron nuevos juegos y sacrificios. Entretanto, tuvieron lugar algunos comactos diplomáticos con los dos príncipes vecinos más importantes, ambos enemigos del gobernante de Taxila (Curcio, VIII, 12, 12; cfr. Arr., V, 18, 6), contra los cuales este esperaba lanzar al ejército macedonio. Uno de esos dinastas, Abisares, fue lo bastante prudente como para ofrecer muestras de sumisión, pero el otro, Poro, manifestó un rechazo inflexible³¹⁰. Gobernaba el rico y populoso país situado entre los ríos Hidaspes (Jhelum) y Acesines (Chenab), y, según Estrabón (698), su territorio tenía casi 300 ciudades. El tamaño del ejército que podía formar varía según las fuentes³¹¹, pero en lo que se refiere a la infantería y a la caballería, sin duda era menor que el de Alejandro Su fuerza principal era la división de elefantes, mayor en número y calidad que ninguna otra que Alejandro hubiera encontrado nunca. En ningún caso podría producirse una batalla campal equilibrada. Poro pretendía utilizar el Hidaspes como principal línea defensiva con la esperanza de poder rechazar todos los intentos de cruzarlo y de que, en último término, desviara a los macedonios hacia objetivos más fáciles.

³⁰⁹ Marshall (1951), 1, 1 ss.; Wheeler (1968), 102 ss.

³¹⁰ Berve (1926), 2 núm. 683. El nombre es una aproximación griega al indio Paurava. Como los otros nombres reales, corresponde también al del pueblo gobernado: Poro era monarca del Paurava, como Asacanes era monarca del Açvaka.

³¹¹ Como máximo, 4.000 soldados de caballería, 300 carros, 200 elefantes y 30.000 soldados de infantería (Arr., V, 15, 4); como mínimo, 85 elefantes, 300 carros, 30.000 soldados de infantería (Curcio, VIII, 13, 6; *Epit. Metz*, 54). Cfr. Diod., XVII, 87, 2 (recursos totales de Poro); Plut., *Al.*, 62, 1.



Cuando llegó la noticia de la resistencia de Poro, Alejandro salió de Taxila de inmediato, a pesar de los exóticos atractivos de la nueva civilización. Tanto él como sus hombres habían quedado muy impresionados por las costumbres locales, en especial por el ascetismo de los sabios brahmanes, y Alejandro consiguió sumar uno a su entorno, el famoso Cálano, cuya muerte en Pérsida fue uno de los grandes espectáculos de la expedición (véanse, más adelante, pp. 182-183), y cuyo consejo debió de ser importante en los tratos con los nativos indios³¹². Pero, por el momento, la curiosidad científica pasó a un segundo plano tras las exigencias militares. Era fundamental llegar al Hidaspes antes de que subiera el nivel de las aguas con el deshielo de las nieves del Himalaya y, más aún, con la llegada de las lluvias monzónicas, que normalmente empiezan a finales de junio. De modo que Alejandro llevó su ejército a través de las montañas del Gran Salt y estableció su campamento base en las orillas del Hidaspes. No se conoce la localización exacta³¹³ y, dados los cambios radicales que han sufrido los cursos de los ríos del Punjab a lo largo de los siglos³¹⁴, es muy improbable que pueda determinarse nunca, a menos que se encuentren y se identifiquen las fundaciones conmemorativas de Nicea y Bucéfala (véase, más adelante, p. 290). Sin duda, detrás tenía la cordillera del Gran Salt que formaba un promontorio a unos 30 km aguas arriba (Arr., V, 11, 1), y en el río había una serie de islas que facilitaron el cruce. Al otro lado de la corriente se encontraba el ejército indio, con los elefantes colocados en primer lugar para desanimar cualquier intento de cruce.

Alejandro se preparó meticulosamente para la campaña. Los barcos que había utilizado para cruzar el Indo se desmontaron y se transportaron laboriosamente durante unos 300 km hasta el Hidaspes, y recogió grano de todos los rincones del reino de Taxiles, dando la impresión de que estaba preparado para esperar a que bajaran las aguas en el mes de septiembre (Arr., V 9, 3-4). Al mismo tiempo, organizó expediciones de diversión regulares por tierra y por agua durante el día y la noche. Las fuerzas

³¹² Cfr. Nearco, *FGrH* 133 F 23 (Estrabón 716), donde comenta el hecho de que los príncipes indios tenían con frecuencia consejeros brahmanes. Véase también Megástenes, *FGrH* 715 F 19b (Estrabón) en relación con sus deberes públicos en el tiempo de Chandragupta.

³¹³ Para las distintas localizaciones, véase Seibert (1972a), pp. 158-160; (1985), pp. 156-157. La más respaldada ha sido la de Stein (1932); (1937), pp. 1-36, que sitúa el campamento base en Haranpur, a 176 km de Taxila (cfr. Plinio, *NH*, VI, 62), y el punto de cruce del río lo sitúa en Jalalpur, 238 km aguas arriba. BRELOER (1933) propuso otra localización al norte de Jhelum, pero esta tiene una aceptación limitada (Radet [1935]: sin embargo, véase 1938).

³¹⁴ Aristóbulo advirtió ya el fenómeno (*FGrH* 139 F 35 = Estrabón 693). La pretensión de Stein ([1932], p. 62) de que el curso del río no ha cambiado sustancialmente es infundada e improbable. Véase, en especial, Wilhelmy (1966).

de Poro estaban continuamente marchando de un lado a otro para frustrar cualquier intento de cruzar el río y había tiradores en las islas situadas en mitad del cauce (Curcio, VIII, 13, 12 ss.; Arr., V, 9, 3). Entretanto, Alejandro había decidido cruzar el río en el lugar donde se alzaba el promontorio, donde había una vegetación espesa y una isla situada en el lugar adecuado para ocultar el paso de sus barcos. Allí escondió la mayoría de ellos, tomando todo tipo de precauciones para ocultar el lugar por donde pensaba cruzar el río. El campamento base quedó bajo el mando de Crátero con un importante cuerpo de caballería e infantería, equipado y preparado para cruzar el río, mientras las fuerzas mercenarias de infantería y caballería se dispersaban a lo largo de la orilla bajo el mando de tres oficiales de la falange, Meleagro, Átalo y Gorgias³¹⁵. Estas unidades tenían como fin distraer la atención de los indios del principal paso, donde Alejandro estaba concentrando sus fuerzas de ataque. Según la enumeración de Arriano (V, 12, 2), estas eran bastante pequeñas y estaban integradas, más o menos, por la mitad de las hiparquías macedonias, junto con la caballería saca y la bactriana procedentes de la frontera del nordeste, más todos los hipaspistas junto con dos batallones de la falange y la infantería ligera. Si Arriano enumera correctamente las tropas utilizadas, hay un número considerable de unidades omitidas: por lo menos, tres batallones de la falange y tres hiparquías de caballería. Las narraciones que tenemos de la batalla son, sin duda, insuficientes y pudieron pasar por alto algún detalle importante de la lucha, pero Arriano es relativamente coherente cuando menciona el total de las fuerzas de Alejandro y afirma que, justo después de cruzar, estas ascendían a 6.000 infantes y 5.000 jinetes (Arr., V, 14, 1). Ninguna fuente sugiere que se produjera un incremento antes de la batalla propiamente dicha³¹⁶ y existe la posibilidad de que el ejército no desplegara todas sus fuerzas en el Hidaspes: una segunda columna de la que no tendríamos noticia podría haber intentado cruzar en otro punto. Alejandro no se enfrentaba a toda la leva del Imperio persa, sino a un único príncipe indio, con un territorio limitado y cercado por enemigos en el este y el oeste. Alejandro podía permitirse dividir su ejército y apartar algunas tropas. El principal problema era cruzar el río. En cuanto lo hizo, no necesitó gran número de soldados para vencer.

³¹⁵ Arr., V, 11, 3-12, 1; cfr. Curcio, VIII, 18, 22 (la misma estrategia, pero nombres distintos).

³¹⁶ Arr., V, 18, 3, calcula las bajas de la infantería en el Hidaspes y repite que, en el momento del primer ataque, el total ascendía a 6.000 hombres. No indica que hubiera otras fuerzas de infantería presentes en la batalla y a fortiori no hubo ninguna. Las interpretaciones que presuponen que tropas suplementarias cruzaron el río más tarde (especialmente Tarn [1948], pp. 2 y 190-191; Hammond [1980a], p. 270) deben descartarse. Las cifras de las fuerzas de Alejandro pueden minimizarse, pero no hay motivo para dudar de la lista que da Arriano de las unidades presentes en el paso del río.

Pasaron el río sin problemas al amparo de una tormenta de primavera. Las fuerzas de Alejandro, transportadas en barcos y balsas de piel rellenas de paja, cruzaron justo antes del alba, cuando la lluvia escampaba³¹⁷ y los vigías de Poro no los vieron hasta que habían rodeado el costado de la isla y estaban casi en la otra orilla. Desembarcaron sin problemas, pero se encontraron con la dificultad imprevista de un segundo brazo del Hidaspes que sólo pudieron vadear a costa de tiempo y molestias considerables. Una vez cruzado todo el río, Alejandro desplegó su caballería formando una cobertura defensiva, con los arqueros sacas montados a caballo en la vanguardia, y avanzó para hacer frente a la vanguardia de la caballería india mandada por uno de los hijos de Poro. Esta fue derrotada por la caballería de Alejandro, superior en todos los aspectos, que atacó en columna, rechazó a los jinetes y capturó los voluminosos carros de seis hombres que quedaron inmovilizados por el barro formado por el agua de la lluvia³¹⁸. Los fugitivos regresaron con Poro y comunicaron la noticia de que Alejandro estaba ahí en persona y que el grueso del ejército macedonio había cruzado el río. Poro concentró su ejército en el ataque a Alejandro, dejó sólo un pequeño destacamento de elefantes y de tropas para impedir el paso de Crátero y escogió un claro llano y arenoso para organizar su defensa. Los elefantes constituían su mayor esperanza y los colocó a intervalos regulares a lo largo de la línea defensiva³¹⁹, en los espacios intermedios puso a la infantería, y la caballería y los carros de combate en las alas. Consideraba que los elefantes serían invulnerables a la caballería (los caballos no los querían atacar frontalmente) y causarían estragos en la falange de infantería.

Era una estrategia lógica, pero los macedonios habían adquirido ya experiencia con los elefantes durante los meses anteriores y sabían cómo hacerles frente. Alejandro se dio cuenta de que su infantería cargaría con lo más recio del ataque y, bajo la cobertura de la caballería, desplegó la falange en una línea extendida, permitiéndoles un respiro antes de que empezara la batalla propiamente dicha. Los preliminares corrieron a cargo de la caballería, muy superior a la del ejército de Poro, que había sufrido ya una derrota. Alejandro hizo que la cobertura de la caballería se retirara, se puso al frente del grueso de la caballería e hizo que esta se desplazara para atacar a la caballería situada en el flanco izquierdo de Poro.

³¹⁷ Arr., V, 12, 3-4. Cfr. Curcio, VIII, 14, 23-24; Plut., *Al.*, 60, 3-4 (exagerado).

³¹⁸ Arr. (V, 14, 3; 15, 2) cuenta las distintas versiones de Aristóbulo y Ptolomeo, que difieren en el tamaño de la fuerza india y en el momento en que tuvo lugar el enfrentamiento. Curcio VIII, 14, 2-8 también da detalles distintos, pero coincide con Ptolomeo en situar la escaramuza en un lugar relativamente próximo al de la batalla principal.

³¹⁹ Arr., V, 15, 5 (habla de 200 elefantes situados cada uno de ellos a un plectro [30 m] del siguiente: sin duda, la cifra es una exageración); cfr. Curcio, VIII, 14, 13; Diod., XVII, 89, 4-5.

Una fuerza menor, integrada por dos hiparquías bajo el mando de Ceno, atacó el flanco derecho de los indios³²⁰. La maniobra tuvo un éxito contundente. Alejandro inició su ataque con una incursión de sus arqueros y explotó la confusión causada por estos para girar a la derecha, al frente de los Compañeros, y cargar contra el expuesto flanco izquierdo de las líneas enemigas. Superada en número y vacilante, la caballería india necesitó refuerzos del lado derecho de su línea y las unidades empezaron a moverse por detrás de la falange de elefantes de Poro. Mientras estaban desplazándose, Ceno cargó desde la derecha y los infortunados jinetes indios se encontraron atacados por ambos frentes. Cedieron bajo el ímpetu del ataque macedonio y se refugiaron en la columna de la infantería, donde generaron confusión y corrieron el riesgo de provocar el pánico en los elefantes. En este punto se inició la acción de la infantería. La infantería india, cuyos arqueros no podían actuar sobre el terreno mojado (Curcio, VIII, 14, 19), no pudo responder a las *sarisae* macedonias. El ataque de los elefantes sí fue serio, pero los macedonios consiguieron abrir sus filas, tal como lo habían hecho para los carros falcados en Gaugamela, y con las largas *sarisae* lograron tirar a los cornacas y pinchar a los elefantes, haciéndolos retroceder a su lugar en la línea³²¹. Ese fue el momento de mayor confusión, pero los macedonios mostraron una gran disciplina. Rechazaron una salida de la caballería india, y la caballería de Alejandro, unida en un solo cuerpo, aprovechó todos los huecos que se produjeron en el flanco y en la retaguardia india para sembrar el caos (Arr., V, 17, 3-4). En la primera línea, los elefantes, la mayoría sin sus conductores, eran incontrolables y pisoteaban sus propias tropas indiscriminadamente. La falange macedonia recuperó su integridad y presionó con su filo de *sarisae* mientras la caballería prácticamente rodeaba al enemigo por detrás (Arr., V, 17, 7). Atacados por todas partes, amontonados a los pies de sus elefantes, los indios fueron masacrados sin piedad hasta que la presión de los hombres abrió un hueco en el cordón de la caballería macedonia y permitió que parte de la infantería escapara. La caballería fue casi toda exterminada y los elefantes supervivientes fueron capturados. Poro resistió hasta el final. Su figura gigantesca, de más de dos metros de estatura, sentada sobre el mayor de los elefantes, resultaba visible para todos³²². No quiso parlamentar hasta que resultó herido y vio a su ejército derrotado. Cuando se quedó

³²⁰ Arr., V, 16, 3 (cfr. Curcio, VIII, 14, 15; Plut., *Al.*, 60, 10). La narración de Arriano es un resumen difícil de entender y ha dado pie a muchos debates (véase, en especial, Hamilton [1956]). Las dificultades se reducen si partimos de la base de que la caballería india quedó superada en la izquierda por las fuerzas de Alejandro.

³²¹ Arr., V, 17, 3; cfr. Curcio, VIII, 14, 16; Diod., XVII, 88, 2-3. La infantería ligera de los agrianes también estaba activa (Curcio, VIII, 14, 24).

³²² Arr., V, 18, 4; 19, 1; Curcio, VIII, 14, 31-36; Diod., XVII, 89, 2-3; Plut., *Al.*, 60, 12-13. Cfr. Goukowsky (1972).

casi aislado en el campo de batalla, se rindió a su conquistador. Entretanto, Crátero había cruzado el Hidaspes (probablemente, la defensa que impedía el paso se había disuelto al llegar la noticia de la victoria de Alejandro) y sus tropas, reforzadas por las fuerzas mercenarias estacionadas río arriba a la largo de la orilla, emprendieron la persecución de la infantería india, que fue acosada hasta la aniquilación (Arr., V, 18, 1).

Fue una victoria aplastante y Alejandro la celebró como tal. Celebró juegos atléticos y gimnásticos en el lugar donde había cruzado el río y planeó dos nuevas fundaciones, una en el emplazamiento de la victoria, que recibió el adecuado nombre de Nicea, y la otra en el campamento base, llamada Bucéfala en honor a su gran caballo, que había muerto durante la batalla³²³. Más tarde, la ceca de Babilonia acuñaría una serie de tetradracmas representando a los dos enemigos que Alejandro tuvo que superar: llevaban un elefante en el reverso y un arquero indio en el anverso. Más espectaculares aún eran las grandes decadracmas que representaban a Alejandro a caballo, armado con una *sarisa* y atacando a un par de indios montados sobre un elefante³²⁴. En cierto modo, la celebración era justificada. La lucha fue exótica y espectacular, y la victoria fue completa; pero, por otro lado, la batalla no fue de grandes dimensiones. Como siempre, las cifras exactas aparecen oscurecidas por la propaganda, que minimizó las bajas macedonias y exageró el número de indios en el campo de batalla, pero no se puede negar que Alejandro luchó con una fracción de su ejército e, incluso así, superaba en número al enemigo en la caballería y tal vez también en la infantería. Como comandante, dio muestras de un talento considerable al cruzar el Hidaspes y desplegar sus fuerzas para neutralizar la amenaza de los elefantes, pero la resistencia de Poro estaba condenada al fracaso desde el momento en que las fuerzas macedonias consiguieron llegar a la otra orilla.

DEL HIDASPES AL OCÉANO

Alejandro estaba más que satisfecho de su victoria. Poro le había impresionado profundamente por su heroísmo y lo confirmó como gobernador de las tierras situadas más allá del Hidaspes, todavía rey de sus súbditos, pero vasallo del Gran Rey. Recibió también como recompensa la ampliación de su territorio. Mientras las nuevas fundaciones iban tomando forma bajo la experta supervisión de Crátero, Alejandro inició una campaña contra los glaucas, que ocupaban el país montañoso, rico en

³²³ Arr., V, 19, 4 (localización precisa); cfr. Estrabón, 698-699; Curcio, IX, 1, 6; Diod., XVII, 89, 6. Cfr. Radet (1941), *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 236-237.

³²⁴ Para esas monedas, véase DÜRR (1974).

madera, situado al nordeste³²⁵. Esta tierra le suministraría el material para la flota macedonia que lo llevaría al océano más tarde, ese mismo año. Si podemos creer a Nearco (*FGrH* 133 F 21), Alejandro quedó impresionado por el descubrimiento de cocodrilos en el Indo y, algo después, de flores de loto en el Acesines, y llegó a la conclusión de que los ríos del Punjab eran, en realidad, las fuentes del Nilo; un brazo del Indo, por lo menos, doblaría por el país desierto situado al sur del golfo Pérsico (que él creía un mar interior) para llegar finalmente a Egipto donde se conocería como el Nilo. Los indios nativos pronto lo desengañaron sobre sus especulaciones geográficas y le confirmaron que había un solo canal en el curso inferior del Indo y que este desembocaba en el océano situado al sur³²⁶, pero su curiosidad siguió inquieta e intentó inspeccionar el fenómeno por sí mismo y llevar sus conquistas en dirección al sur, hacia su fin natural. No cabe duda de que abrigaba ya ese plan cuando se produjo la batalla y que tomó medidas para asegurarse la madera suficiente para una flota capaz de transportar al grueso de su ejército. La campaña contra los glaucas, que Alejandro dirigió con infantería y caballería seleccionadas, se desarrolló sin incidentes. Los habitantes se rindieron sin resistencia y sus tierras se sumaron a los dominios de Poro. Taxiles, que había acompañado a Alejandro hasta ese punto, fue «reconciliado» con su viejo enemigo y enviado a su ciudad de regreso (*Arr.*, V, 20, 4). No debió de quedar muy satisfecho. El hombre al que él había intentado destruir lo había desplazado en el favor de Alejandro y parecía ir a convertirse en el principal beneficiario de la invasión.

Ahora los enemigos de Poro eran los de Alejandro. Los pueblos situados al este del Acesines se habían llevado muy mal con Poro, y este, junto con Abisares, había intentado sin éxito invadirlos (*Arr.*, V, 22, 2). El vecino inmediato de Poro, un primo suyo del mismo nombre, había ofrecido su sumisión a Alejandro antes de la batalla del Hidaspes (*Arr.*, V, 21, 3); después de esta se asustó ante el inesperado ascenso de Poro y huyó cruzando el Hidraotes (Ravi) con el grueso de su ejército. Eso bastó para provocar la intervención de Alejandro. Amenazó con una invasión a Abisares, que, aparentemente, había revocado su nueva lealtad y había prometido ayuda a Poro³²⁷, y le ordenó que se presentara ante él inmediatamente. La dirección de la marcha fue hacia el este. Alejandro envió a Poro para que reclutara un ejército entre las reservas militares que

³²⁵ *Arr.*, V, 20, 2-4; cfr. Estrabón, 698-699 (menciona la presencia de Taxiles: se marchó a su país inmediatamente después de la campaña contra los glaucas); Diod., XVII, 89, 4-5; Curcio, IX, 1, 4-5.

³²⁶ *FGrH* 133 F 20 = Estrabón, 699; cfr. *Arr.*, VI, 1, 2-6. En relación con los conceptos geográficos de Alejandro, véase Schachermeyr (1973), pp. 443-451.

³²⁷ *Arr.*, V, 19, 5; Curcio, VIII, 14, 1; XI, 1, 7; Diod., XVII, 90, 4.

quedaban tras su derrota (véase, más arriba, p. 148) y dejó a Ceno en el Acesines para que dirigiera a las partidas encargadas de conseguir provisiones destinadas al ejército principal (Arr., V, 21, 1). La empresa militar no era formidable, pero el tiempo se estaba estropeando y provocaba problemas logísticos y de moral. La batalla en el Hidaspes se había librado hacia el mes de mayo y las disposiciones y campañas posteriores de menor importancia habían durado casi un mes³²⁸. Cuando Alejandro estableció su campamento junto al Acesines, las tormentas primaverales fueron sustituidas por las lluvias continuas del monzón, y el río estaba inundando ya las llanuras adyacentes. Resultaba incómodo, y el paso del río, con las aguas altas y rápidas, era francamente peligroso (véase la descripción de Ptolomeo, citada por Arriano, V, 20, 8-10). Se encontraban en el solsticio de verano y el diluvio no iba a cesar hasta que ascendiera la estrella Arturo, a finales de septiembre³²⁹. Del Acesines en adelante, la campaña iba desarrollarse en condiciones penosas. La historia de Ptolomeo las pasa por alto por completo, si podemos confiar en la versión que de ella da Arriano, que ni siquiera menciona la lluvia durante este periodo³³⁰.

Al principio, la resistencia fue escasa o nula. Los macedonios invadieron las tierras del primo de Poro y dejaron guarniciones en lugares destacados para ayudar a que las partidas que debían buscar provisiones expoliaran los campos bajo el mando de Ceno y Crátero. Hefestión se quedó para consolidar la conquista mientras su rey cruzaba el Hidraotes y atacaba a los llamados indios autónomos, los cuales se organizaron para resistir por primera vez en su plaza fuerte principal, la ciudad de Sangala (su emplazamiento, en las proximidades de Lahore y Amritsar, no ha sido todavía identificado). Una vez más se demostró la habilidad de los macedonios en la guerra de asedio con un efecto devastador, y Ptolomeo, que se distinguió en la acción, optó por ofrecer una descripción completa. Los indios colocaron una triple defensa de carros para proteger la ciudad, pero no pudieron resistir la presión de la falange de Alejandro, reforzada por la infantería de la retaguardia. Tras el primer día, quedaron prisioneros dentro de las murallas, encerrados por una doble empalizada, esperando a que los macedonios terminaran las torres de sitio. Intentaron una

³²⁸ Diod., XVII, 89, 6. Esta afirmación ha sido discutida (cfr. Brunt [1976-1983], pp. 2 y 456-457) basándose en que Arriano (V, 9, 4; pero cfr. V, 19, 3) parece situar la batalla hacia el solsticio de verano. Pero Arriano, a su vez, contradice la fecha que da Nearco para el campamento junto al Acesines (Estrabón, 692; Arr., *Ind.*, 6, 5), y utiliza términos poco concretos. Es posible que su fuente afirmara que los ríos indios estaban crecidos hacia el solsticio (así lo dice Nearco), y Arriano dedujera erróneamente que la batalla se libró en ese momento. Cfr. ANSPACH (1903), pp. 40-41; Schachermeyr (1973), p. 423.

³²⁹ Eso dicen Aristóbulo (F 35) y NEARCO (F 18) en Estrabón, 691-692.

³³⁰ Hay una referencia retrospectiva al daño causado por una tormenta en Nicea y Bucéfala (Arr., V, 29, 6; cfr. Strasburger [1982], pp. 1 y 465-456).

salida, pero Ptolomeo la rechazó. Finalmente, cuando Poro se había sumado ya al asedio con un ejército recién reclutado y más elefantes, se inició el ataque propiamente dicho. Las murallas de ladrillo de Sangala fueron socavadas antes incluso de que las torres entraran en combate y la ciudad fue tomada por asalto con las consecuencias habituales³³¹. Es posible que las lluvias constituyeran un problema mayor que el mismo enemigo. La visibilidad debió de ser reducida, con lo que sería fácil cometer un error, y el número de heridos fue considerable (Arr., V, 24, 5). Con todo, el asedio fue decisivo. Los habitantes de las ciudades vecinas abandonaron sus hogares antes de tener que pasar por las vicisitudes de una conquista y fueron perseguidos sin piedad; a medida que el ejército alcanzaba a los enfermos y a los fatigados, los asesinaba sin compasión. La ciudad de Sangala fue arrasada y los pueblos vecinos, que habían aceptado a los macedonios, se anexionaron su territorio. Una vez más, fue Poro el beneficiario último, ya que pudo instalar sus propias guarniciones incluso en las ciudades que se habían rendido (Arr., V, 24, 8).

Alejandro avanzó hasta el Hífasis (Beas) sin oposición, recibiendo a su paso la rendición de los gobernantes locales. No se sabe a ciencia cierta hasta dónde pretendía avanzar. Todas las fuentes coinciden en que tenía intención de cruzar el Beas y atacar a los pueblos situados al otro lado. Arriano (V, 25, 1) habla de un pueblo numeroso, gobernado por aristócratas, rico en elefantes³³². Pero no da su nombre ni su localización. La tradición de la vulgata, basada en último término en Clitarco, menciona a la monarquía de los prasios y los gangaridas, que vivían junto al gran río Ganges³³³, y parece claro que se refería a la dinastía Nanda, cuya capital, Pataliputra (la griega Palimbotra), estaba situada en la confluencia del Son y del Ganges, junto a la actual ciudad de Patna³³⁴. La ciudad se dio a conocer tras las visitas de Megástenes a la corte de Chandragupta poco antes del 300 a. de J.C., pero resulta absurdo empeñarse en negar la posibilidad de que Alejandro hubiera oído algún relato y deseara conquistarla. Jerónimo, por lo menos, parece haber creído en esta historia³³⁵: con todo, no podemos determinar la exactitud de la información que poseía Alejandro. (La tradición de la vulgata habla de un viaje a través del desierto durante doce días para llegar a las fronteras del reino, que difícilmente encajan con los actuales 330 km de terreno poblado que se extiende entre

³³¹ Arr., V, 22, 5; 24, 5 (FGH 138 F 35); Curcio, IX, 1, 15-18.

³³² Véase también Estrabón 702 *fin.* para la misma tradición. Si la fuente de Arriano se refería al reino de los prasios, debemos llegar a la conclusión de que los gobernantes aristócratas eran los huéspedes de los funcionarios reales cuyo número impresionó a Megástenes (Estrabón, 707 ss.; Arr., *Ind.*, 12, 6-7).

³³³ Diod., XVII, 93, 2-4; Curcio, IX, 2, 2-7; *Epit. Metz.* 68; Plut., *Al.*, 62, 2-3.

³³⁴ Wheeler (1968), pp. 130 ss.

³³⁵ Diod., XVIII, 6, 1-2; II, 37, 1-3; cfr. Meyer (1927); Hornblower (1981), pp. 84-86.

el Beas y el alto Ganges). Resulta verosímil que Alejandro tuviera noticia del gran río Ganges y del reino que dominaba la llanura del curso alto, pero las medidas detalladas de las distancias sólo habría podido tenerlas tras la conquista³³⁶.

Esta no llegaría a producirse. La frustración que se había ido gestando en el ejército macedonio desde la víspera de Gaugamela terminó por manifestarse. Para entonces, el diluvio monzónico llevaba setenta días cayendo (Diod., XVII, 94, 3), estropeando las ropas, las armas y la moral, y la perspectiva de atravesar de nuevo otro río peligroso y de iniciar una campaña indefinida contra ejércitos equipados con escuadrones de elefantes de fuerza legendaria resultaba intolerable. El deseo de detenerse, regresar y gozar de los frutos de la conquista se hizo irresistible. Se celebraron reuniones en el campamento y se elevaron protestas, demasiado fuertes y numerosas como para que Alejandro pudiera desoírlas. Alejandro intentó calmar a sus hombres y convocó un consejo con los oficiales veteranos para comprobar el estado de los ánimos³³⁷. Su llamamiento a cruzar el Hí-fasis y continuar la conquista fue recibido en silencio y, finalmente, Ceno, hijo de Polemócrates, comandante de la falange de indiscutida veteranía, expuso la causa de sus hombres e insistió en que era inaceptable seguir con el avance hacia el este³³⁸. Su intervención representaba claramente al espíritu de la reunión, que Alejandro rechazó con enfado. Una segunda reunión celebrada al día siguiente no tuvo un éxito mayor. Alejandro, como Aquiles, se retiró a su tienda y permaneció furioso durante tres días, esperando signos de un cambio de opinión. Este no se produjo. Al final, según la versión de Ptolomeo (Arr., V, 28, 4), Alejandro celebró el sacrificio que se ofrecía habitualmente antes de cruzar el río (cfr. Arr., V, 3, 6) y las predicciones resultaron adecuadamente adversas. Alejandro podía ahora aceptar el veredicto de los dioses y renunciar a cruzar el Hí-fasis. Para conmemorar la renuncia, erigió doce altares de piedra maciza decorada como acción de gracias a los dioses que habían bendecido su éxito. Las ambiciones del rey se habían frustrado, pero él consideró que se sometía a los dioses, no a sus hombres. Los soldados reaccionaron con aclamaciones histéricas que confirmaron su profunda oposición a seguir avanzando. Alejandro se había visto obligado a ceder ante sus presiones y nunca se lo perdonó. A partir de aquel momento estuvo dispuesto a

³³⁶ Cfr. Schachermeyr (1955); Brunt (1976-1983), pp. 2 y 463-465; *contra*, KIENAST (1965).

³³⁷ Arr., V, 25, 2 (probablemente basado en Ptolomeo). Otras fuentes (Curcio, IX, 2, 13 ss.; Diod., XVII, 94, 5; Justino, XII, 8, 10-16) mencionan una asamblea plenaria del ejército, menos verosímil.

³³⁸ Arr., V, 27, 1 ss.; Curcio, IX, 3, 3-5. Ceno había sido destinado a la retaguardia para coordinar las partidas recolectoras de provisiones (Arr., V, 21, 1; 21, 4) pero, al igual que Hefestión (Arr., V, 21, 5; cfr. Curcio, IX, 1, 35), se había unido al ejército en el Hí-fasis (Brunt [1976-1983], pp. 2 y 88-89; *contra* Tarn [1948], pp. 2 y 287 ss.).

desmovilizar al ejército y a prescindir de sus veteranos y de aquellos que habían representado sus puntos de vista. Ceno murió, víctima de una enfermedad indeterminada, pocos días después de sus acciones en el Híasis. Tuvo un funeral magnífico, pero las circunstancias de su muerte resultaron sospechosas y suscitaron comentarios³³⁹. Asimismo, Crátero, cuya popularidad era grande entre los macedonios por su defensa de las tradiciones nacionales, recibió honores ostensibles, pero se le mantuvo alejado de la corte en distintas misiones³⁴⁰. A partir de aquel momento, el entorno de Alejandro incluiría a hombres que aprobaran sus ambiciones.

Estas se centraban ahora con firmeza en el océano situado al sur. Alejandro ratificó el control de facto de Poro sobre los territorios al este del Híasis. A diferencia de Taxiles, Poro no tenía que coexistir con ningún sátrapa europeo y las únicas imposiciones que tenía eran la fundación de las ciudades del Hidaspes y del Acesines (véanse, más adelante, pp. 278-279). Alejandro había perdido prácticamente todo interés en la zona. Cuando regresó al Hidaspes, confirmó a Abisares en su trono y lo amplió a expensas de su vecino, Arsaces (Berve 1926, 2 núm. 147), pero le impuso un tributo. Aquí terminaron las anexiones en la India del norte. Alejandro llegó al Hidaspes poco antes de la ascensión de Arturo, a finales de septiembre³⁴¹, y se dedicó a la construcción de su flota fluvial. Alejandro tenía como base las nuevas fundaciones de Bucéfala y Nicea, donde se había construido un puerto artificial, y allí se iba transformando en embarcaciones la madera que hacían bajar por el río procedente de los bosques de las montañas. Los cortesanos de Alejandro actuaban como trierarcos: se supone que ayudaban a la construcción con sus propios recursos y después, durante el viaje río abajo, ocuparían un puesto honorífico³⁴². El verdadero mando de la flota estaba a cargo de Nearco de Creta, el amigo de la infancia de Alejandro y antiguo sátrapa de Licia y Panfilia, secundado por el timonel del buque insignia real, Onesícrito de Cos. Se trataba de una miscelánea de embarcaciones que incluía barcas locales requisadas. Todas ellas eran ligeras; el núcleo, constituido por los triacónteros con dos

³³⁹ Arr., VI, 2, 1; Curcio, IX, 3, 20. Cfr. Badian (1961), p. 20.

³⁴⁰ Plut., *Eum.*, 6, 3; cfr. Bosworth (1980), p. 7.

³⁴¹ En relación con la cronología, véase Aristóbulo, *FGrH* 139 F 35 = Estrabón, 691. Las lluvias cesaron justo antes de la aparición de Arturo, cuando Alejandro estaba ya de regreso en el Hidaspes; el viaje se inició unos pocos días antes de la ascensión de las Pléyades (a principios de noviembre del 326) y terminó en Patalene hacia el momento de la ascensión de Sirio (a mediados de julio del 325). Los macedonios estuvieron ocupados con su flota durante todo el otoño, invierno, primavera y verano, por un total de 10 meses (que corresponden al tiempo transcurrido entre la ascensión de Arturo y la de Sirio, desde el regreso al Hidaspes hasta la llegada a Pátala).

³⁴² Arr., *Ind.*, 18, 3-9; cfr. 20, 9.

órdenes de remos contruidos originalmente para cruzar el Hidaspes, se reforzó con galeras más ligeras y barcas de transporte³⁴³. No se trataba de una flota de guerra destinada a la batalla, sino solamente a facilitar el transporte de los caballos, los hombres y las provisiones. Según Nearco, el número total de embarcaciones ascendía a 800, y Ptolomeo hace subir la cifra hasta 2.000³⁴⁴. No cabe duda de que se trataba de un ejército formidable y las ceremonias de partida de Alejandro fueron solemnes e impresionantes. Se celebraron certámenes musicales y atléticos, sacrificios a los dioses ancestrales de Macedonia y a las deidades de los océanos y de los ríos y, finalmente, Alejandro ofreció al río libaciones desde su buque insignia, primero dedicadas al Hidaspes y después, una tras otra, a otras deidades³⁴⁵. A la señal de una trompeta, la flota soltó amarras e inició el viaje río abajo. Por las orillas de la izquierda y de la derecha marchaban columnas del ejército al frente de las cuales se encontraban Hefestión y Crátero. Era una escena exótica y festiva: el golpeteo de miles de remos resonando en el espacio limitado por las orillas atrajo espectadores de todas partes que acompañaron a la flota con bailes y canciones.

Los ríos habían pasado el momento de crecida tras el periodo de los monzones, pero todavía había tramos de peligro, en especial en la confluencia del Hidaspes y el Acesines, donde el canal de unión era muy estrecho y la corriente era lo bastante rápida para lanzar fuera de control a las galeras de Alejandro³⁴⁶. La pérdida de barcos y de vidas fue alta y exigió un periodo de reconstrucción durante el cual realizaron campañas menores contra las tribus vecinas. Pero la principal arremetida del avance de Alejandro se dirigió contra los oxídracos y los malios (Ksudrakas y Malavas), que tenían fama de ser los pueblos más belicosos del bajo Punjab y estaban preparándose en aquel momento para resistir a la invasión (Arr., VI, 4, 3). Resulta difícil ubicar sus territorios, dado que el curso de los ríos principales era muy distinto en la antigüedad (por ejemplo, parece que el Hifasis era afluente del Hidraotes en lugar de serlo del Sutlej, como ahora, para unirse más tarde al Indo)³⁴⁷, pero parece cierto que los malios, el principal objetivo del ataque de Alejandro, ocupaban las tierras situadas a cada lado del Hidraotes, a cierta distancia de su unión con el

³⁴³ Véanse en especial Arr., VI, 3, 2; 5, 2; 18, 3; Berve (1926), pp. 1 y 163-166; CASSON (1971), 123 ss.

³⁴⁴ Arr., *Ind.*, 19, 7 (Nearco); VI, 2, 4 (Ptolomeo); cfr. Diod., XVII, 95, 5; Curcio, IX, 3, 22; *Epit. Metz*, 70.

³⁴⁵ Arr., VI, 3, 1-2; *Ind.*, 18, 11-12.

³⁴⁶ Arr., VI, 4, 5; 5, 4, adornado de modo novelesco en Diod., XVII, 97, 1-3; Curcio, IX, 4, 9-14.

³⁴⁷ Megástenes *apud Ind.*, 4, 8 (cfr. Arr., VI, 14, 5, donde la confluencia del sur se dice que es la del Acesines y el Hidraotes juntos). Cfr. LAMBRICK (1964), pp. 105-107; WILHELMY (1966), pp. 271 ss.; (1969).

Acesines³⁴⁸. Así pues, el rey dividió sus fuerzas. Nearco llevó la flota hacia el sur desde el Acesines hasta las fronteras de los malios, mientras Crátero y Filipo, hijo de Mácata (el sátrapa de la India del norte), mandaban una larga columna por la orilla del oeste. Hefestión y Ptolomeo dirigirían otros dos grupos del ejército por la orilla del este: su paso debía producirse ocho días más tarde para interceptar a los rezagados y refugiados de la invasión de Alejandro. Naturalmente, era Alejandro quien comandaba la columna principal, una fuerza ligeramente equipada que comprendía hipaspistas, un solo batallón de la falange, infantería ligera, la mitad de la caballería de los Compañeros y los arqueros a caballo dahos, que se habían hecho indispensables. Avanzando rápidamente hacia el Hidraotes a través de un terreno desértico, Alejandro atacó a los malios desde el norte, tomándolos por sorpresa. Lo que sucedió a continuación resulta tristemente familiar³⁴⁹. Las poblaciones situadas en su camino, al oeste del Hidraotes, fueron tomadas al asalto y la caballería persiguió a los habitantes que intentaron huir. La matanza continuó en el río cuando los hombres de Alejandro cayeron sobre la población civil que evacuaba la orilla del oeste, y el ataque se trasladó al este del Hidraotes, donde asaltaron las ciudades que ofrecían resistencia y la mayor parte de la población se vio obligada a refugiarse en el desierto. Los malios evacuaron incluso su capital y transportaron otra vez a través del Hidraotes a los que se habían refugiado allí, con la intención de utilizar las escarpadas orillas para defenderse del ejército macedonio. A la hora de la verdad, ni siquiera les impidieron el paso, se retiraron del río y ocuparon la ciudad más fortificada de la región.

Alejandro inició el asedio como siempre: rodeó la ciudad con la caballería hasta que la infantería estuvo en sus puestos y después tomó por asalto las murallas con toda facilidad. Como de costumbre, la ciudadela fue lo último en caer. Ahí el asalto flaqueó por motivos poco claros. Si podemos creer a Arriano (VI, 9, 2), se encontraron con pocas escalas y con cierta reticencia a iniciar el asalto por parte de los hipaspistas (Arr., VI, 9, 3; cfr. Curcio, IX, 4, 30). Alejandro había detectado unos días antes (o creyó verlo así) similar cansancio ante la guerra y decidió dar ejemplo lanzando él el ataque a las murallas (Arr., VI, 7, 5). Es posible que, en efecto, los macedonios hubieran perdido algo de su presteza en la secuencia de escaramuzas y asedios, aparentemente interminable, que había marcado su cam-

³⁴⁸ Probablemente, en la zona situada al nordeste de la actual Multan; cfr. MUGHAL (1967), esp. 16-23.

³⁴⁹ La campaña del Hidraotes la conocemos tan sólo por Arriano (VI, 6-10), cuyo relato es unitario y, por lo que parece, se basa en el de Ptolomeo (VI, 10, 1 = *FGH* 138 F 25). Sin embargo, no se basa en un análisis crítico directo, puesto que Ptolomeo estaba lejos, con la retaguardia, en el Acesines (VI, 5, 6-7).

pañía en la India, y la perceptible pérdida de moral, que agravó el efecto causado por su rechazo a seguir en el Híasis, hizo que el rey llevara a cabo uno de sus más heroicos hechos de armas. Una vez más, dirigió el asalto, pero, cuando se encontró sobre las almenas, los hipaspistas rompieron las escaleras tras él al intentar subir todos a la vez, y lo dejaron aislado momentáneamente con un puñado de Compañeros, entre los que destacaba Peucestas, el portador del escudo sagrado procedente de Ilión. Arrastrado por el calor de la batalla, Alejandro saltó de las almenas, donde se mantenía en un difícil equilibrio, al interior de la ciudadela, y allí se convirtió en el único blanco de los defensores hasta que una flecha atravesó su corselete y penetró en el costado derecho de su pecho, tal vez dañando un pulmón³⁵⁰. Cuando cayó a tierra, Peucestas, y quizá también Leónato, hicieron frente a lo más recio del ataque y defendieron a su rey hasta que los hipaspistas asaltaron las murallas de adobe, abrieron la puerta de la ciudadela y mataron a todo ser vivo que había en su interior como salvaje acto de represalia (Arr., VI, 11, 1; Curcio, IX, 5, 20; Diod., XVII, 99, 4).

El episodio rápidamente se convirtió en materia de leyenda; la identidad de los héroes que protegieron al rey se discutió acaloradamente. Todo el mundo coincidía en que Peucestas había representado el papel principal, pero se cuestionaba la presencia de Leónato. Más tarde, Ptolomeo silenció las hazañas de su enemigo Arístono³⁵¹, y sus historiadores, especialmente Clitarco, afirmaron en falso que él se encontraba allí³⁵². Dado lo llamativo del episodio y el eco que podía tener el hecho de haber salvado la vida de Alejandro, resulta poco sorprendente que la tradición esté contaminada desde el principio. En aquel momento, la emoción dominante fue la ansiedad, si no el pánico. El rey había recibido una herida peligrosa y podía morir en breve, precipitando una crisis de mando. Las noticias de la herida penetraron rápidamente en el campamento base, situado en la confluencia del Acesines y el Hidraotes, y fueron recibidas con profunda consternación: si su jefe indiscutido moría, los soldados rascos no se hacían ilusiones en relación con su futuro en un territorio hostil bajo el mando de oficiales en plena lucha por el poder (Arr., VI, 12, 2-3). Una vez fuera de la ciudad de los malios, Critóbulo de Cos operó de urgencia a Alejandro; este perdió gran cantidad de sangre y estuvo a las puertas de la muerte. Transcurrió cierto tiempo hasta que pudo moverse y se preparó una flotilla para transportarlo desde la confluencia hasta el campamento base. A su llegada, Alejandro se esforzó en desfilarse ante

³⁵⁰ Ptolomeo, *apud* Arr., VI, 10, 1; Diod., XVII, 99, 3; Curcio, IX, 5, 9-10; Plut., *Al.*, 63, 6. Véase, sin embargo, LAMMERT (1953).

³⁵¹ Curcio, IX, 5, 15 (contrástese con Arr., VI, 11, 7; Plut., *Al.*, 63, 8); cfr. Errington (1969), pp. 235-236; *contra* Roisman (1984), p. 382.

³⁵² Curcio, IX, 5, 21 (= *FGrH* 137 F 24); Arr., VI, 11, 8; Pausanias, 1, 6, 2.

el ejército y, en una escena de intensa emoción colectiva, consiguió montar a caballo y demostrar que las noticias de su muerte eran una exageración (Arr., VI, 13, 2-3). Con todo, necesitó un largo periodo de convalecencia durante el cual se reparó y aumentó la flota; entretanto, llegó una embajada de sumisión de los malios y de los oxídracos que, desmoralizados por la matanza llevada a cabo en sus territorios, prefirieron la sumisión al exterminio. Así pues, Alejandro los anexionó a la satrapía de Filipo, cuya autoridad se extendía ahora hasta la confluencia final del Acesines y el Indo. Ahí se dirigió la flota a continuación. Como antes, los pueblos cercanos al río fueron sometidos. Perdicas dirigió una columna a través del territorio de los abástanos, mientras la tribu de la orilla del río se rendía ante Alejandro³⁵³. También el pueblo de la confluencia de los ríos le dio la bienvenida a sus tierras y Alejandro fundó una Alejandría en el lugar donde se había alzado la capital, destinada a ser guarnición y base naval en la frontera entre el norte y el sur de la India³⁵⁴.

Alejandro tenía ya proyectos en relación con el sur del valle del Indo. En la confluencia del Indo y los ríos del Punjab, declaró a Pitón, hijo de Agenor, sátrapa de todas las tierras situadas al sur hasta el océano (Arr., VI, 15, 4). El príncipe del país vecino, Musícano, no le había rendido homenaje y Alejandro se valió de este hecho como *casus belli*. Alejandro invadió su territorio sin ceremonias y la noticia de su avance fue suficiente para que Musícano le ofreciera presentes y le rindiera sus tierras, rogándole perdón por su error. Alejandro, magnánimo, lo confirmó en su principado, visitó su capital, probablemente situada en el emplazamiento antiguo de Aloro (la capital medieval de Sind)³⁵⁵ y se dice que admiró el país y sus instituciones. Su jefe de timoneles, Onesícrito, quedó aún más impresionado y más tarde dedicó un apéndice de su libro sobre Alejandro a un elogio de la tierra de Musícano, que consideraba un paradigma de moderación social y le recordaba Esparta y la Creta de los dorios³⁵⁶. Pero, como siempre, las primeras ideas que se le ocurrieron a Alejandro fueron de carácter militar. Fortificó la ciudad y le impuso una guarnición para tener un centro de control en la región (Arr., VI, 15, 7) y, una vez garantizada la lealtad de Musícano, atacó a sus vecinos. Tras asaltar las dos principales ciudades, Alejandro dominó rápidamente el territorio ribereño situado al sur de Sukkur, gobernado por un dinasta llamado Oxicano o Porticano. Más seria fue la revuelta de Sambo, señor de ciertas tribus de

³⁵³ Arr., VI, 15, I; cfr. Diod., XVII, 102, 1-4; Curcio, IX, 8, 4-7.

³⁵⁴ Diod., XVII, 102, 4; Curcio, IX, 8, 8. En Arriano hay dos narraciones (VI, 15, 2, 4) que pueden ser variaciones de la misma fundación (Bosworth [1976b], pp. 130-132).

³⁵⁵ Lambrick (1964), p. 108; Wilhelmy (1966), pp. 272-273; Eggermont (1975), pp. 7-9.

³⁵⁶ Estrabón, 701-702 = *FGrH* 134 F 24. Cfr. Brown (1949b), pp. 56-61; Pearson (1960), pp. 100-106.

las montañas situadas al oeste del Indo. Según parece, se había rendido a Alejandro antes de la invasión (Arr., VI, 16, 3) pero, al igual que había hecho el primo de Poro el año anterior, renunció a su fidelidad después de que su enemigo, Musícano, se atrincherara en el favor del conquistador. Una demostración de fuerza bastó para asustar a la capital, Sindimana, y hacer que se sometiera. En otras ciudades, los influyentes ascetas brahmanes indujeron a la rebelión³⁵⁷ y fueron capturadas y saqueadas con el terrible coste de vidas habitual (Clitarco afirmaba que hubo 80.000 bajas)³⁵⁸.

Durante la campaña contra Sambo se produjo una segunda revuelta, en esta ocasión por parte de Musícano, cuya rendición había sido tan sólo una medida para contemporizar con Alejandro. A este le bastó con enviar contra él al sátrapa Pitón mientras él capturaba, arrasaba y colocaba guarniciones de modo sistemático en las ciudades del sur de su país. Pitón capturó al príncipe insurgente y lo crucificó en su capital junto con sus consejeros brahmanes (Arr., VI, 17, 1-2; Curcio, IX, 8, 16). Ese fue el final de toda resistencia, por el momento. Sobrecogido por las atrocidades cometidas en sus fronteras, el gobernante de Patalene, el territorio del delta del Indo, se adelantó al encuentro de Alejandro y se rindió de modo incondicional en su propio nombre y en el de sus reinos. Alejandro ya no tenía oposición a su avance hacia el océano y fue en este punto, si no antes³⁵⁹, cuando destacó una gran columna de veteranos bajo el mando de Crátero: Alejandro envió directamente al oeste por los pasos de Bolán o de Mulla en dirección al valle del Helmand, desde el que marcharían hacia Carmania pasando por Sistan, a tres batallones de la falange, todos los elefantes y todas las tropas macedonias, tanto de infantería como de caballería, que consideró poco aptas para el servicio activo. Alejandro decidió tomar el camino de la costa, más difícil (véanse, más adelante, pp. 169-172), y determinó que podía pasarse sin muchos de los hombres que habían proclamado que no querían someterse a más pruebas. El ejército principal pudo desplazarse ya hacia el sur; Alejandro navegó con la flota mientras Pitón y Hefestión dirigían fuerzas expedicionarias a cada lado del Indo. Llegaron sin incidentes a la capital de Pátala, que se identifica con las ruinas de Bahmanabad, situadas a unos 75 km al nordeste de Hyderabad³⁶⁰. El país en el que entró estaba vacío,

³⁵⁷ Arr., VI, 16, 5. La resistencia de los brahmanes se convirtió en un tema literario popular en la época helenística: cfr. Plut., *Al.*, 64; *FGrH* 153 F 9; *Epit. Metz.*, 78-84; con Hamilton (1969), pp. 178-179; Wilcken (1970), I, pp. 174-207; Martin (1959).

³⁵⁸ Curcio, IX, 8, 15 (= *FGrH* 137 F 25); Diod., XVII, 102, 6.

³⁵⁹ Arr., VI, 17, 3-4. En relación con la fecha anterior, véase VI, 15, 5 (quizá se trate tan sólo de una repetición: Bosworth [1976b], pp. 127-129; *contra* Brunt [1976-1983], pp. 2 y 146-147); Estrabón 721; Justino, XII, 10, 1-2. Para detalles del camino hacia Chaa-rene (Estrabón, 725) véase Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 105-107.

³⁶⁰ Cfr. WILHELMY (1968b), pp. 258 ss.; Eggermont (1975), p. 27 (sin embargo, véase pp. 189-190: poco convincente).

abandonado por sus habitantes, aterrorizados ante su avance. Para obtener provisiones para su estancia y mano de obra para sus proyectos militares, Alejandro se vio obligado a ofrecer garantías de seguridad e inmunidad bajo la ocupación macedonia y, en su momento, muchos de los indios regresaron a regañadientes (Arr., VI, 17, 5; Curcio, IX, 8, 28). Los hechos de los últimos meses habían demostrado lo inútil de la resistencia militar, pero habían convertido a Alejandro en un ser que causaba terror. Los indios podían dejar sus posesiones y ofrecerle muestras de sumisión, pero siempre lo verían como un invasor, como un destructor, y lo odiarían por ello. No era una buena señal en lo que se refiere a la duración de las conquistas.

LA MARCHA A TRAVÉS DE GADROSIA

Las fuerzas macedonias llegaron a Pátala coincidiendo con la aparición de Sirio, el Can Mayor, a mediados de julio del 325 (Aristóbulo, *FGrH* 139 F 35). Una vez allí, Alejandro inició los preparativos para la siguiente parte de la campaña, el paso por la costa de Makrán. Iba a ser un viaje doble, por tierra y por mar, y está claro que las preocupaciones y ansiedades del rey se concentraban en su flota. Nearco (Arr., Ind., 20, 1-6) da una vívida descripción de sus deseos de que le fuera confiada la flota hasta el océano en una narración sesgada, sin duda, a su favor, para exagerar la confianza que el rey depositaba en él³⁶¹ pero que, sin embargo, refleja una preocupación sincera. La flota tenía como misión realizar un viaje de reconocimiento detallado (*Ind.*, 32, 11) a lo largo de una costa desconocida y los riesgos eran, literalmente, incalculables. Así pues, los preparativos se hicieron con más cuidado y meticulosidad que los otros hechos en el curso de la expedición. En primer lugar, Alejandro convirtió Pátala en una base militar con un puerto y astilleros para acomodar la flota existente, y dejó a Hefestión al mando de la ciudadela mientras él exploraba los principales brazos del delta del Indo. El primer intento de bajar por el brazo occidental se frustró. Sus ligeras embarcaciones se hundieron en una tempestad repentina y tuvo que reemplazarlas. También necesitaba un buen conocimiento del terreno, de modo que envió a la infantería ligera para que capturara a algunos de los esquivos nativos con el fin de que actuaran como guías. Al final, a pesar de las tempestades intermitentes procedentes del sur y las extremas variaciones de la marea que en ocasiones hicieron encallar a los barcos³⁶², llegó a la isla de Ciluta, situada en la desembocadura del río. Más allá de Ciluta había otra isla, situada ya en el océano, que Alejandro visitó y desde la cual navegó mar adentro.

³⁶¹ Cfr. Badian (1975), pp. 153-156; *contra* Brunt (1976-1983), pp. 2 y 365.

³⁶² Arr., VI, 18, 5; 19, 2; Curcio, IX, 9, 1-26 (adornado por la retórica).

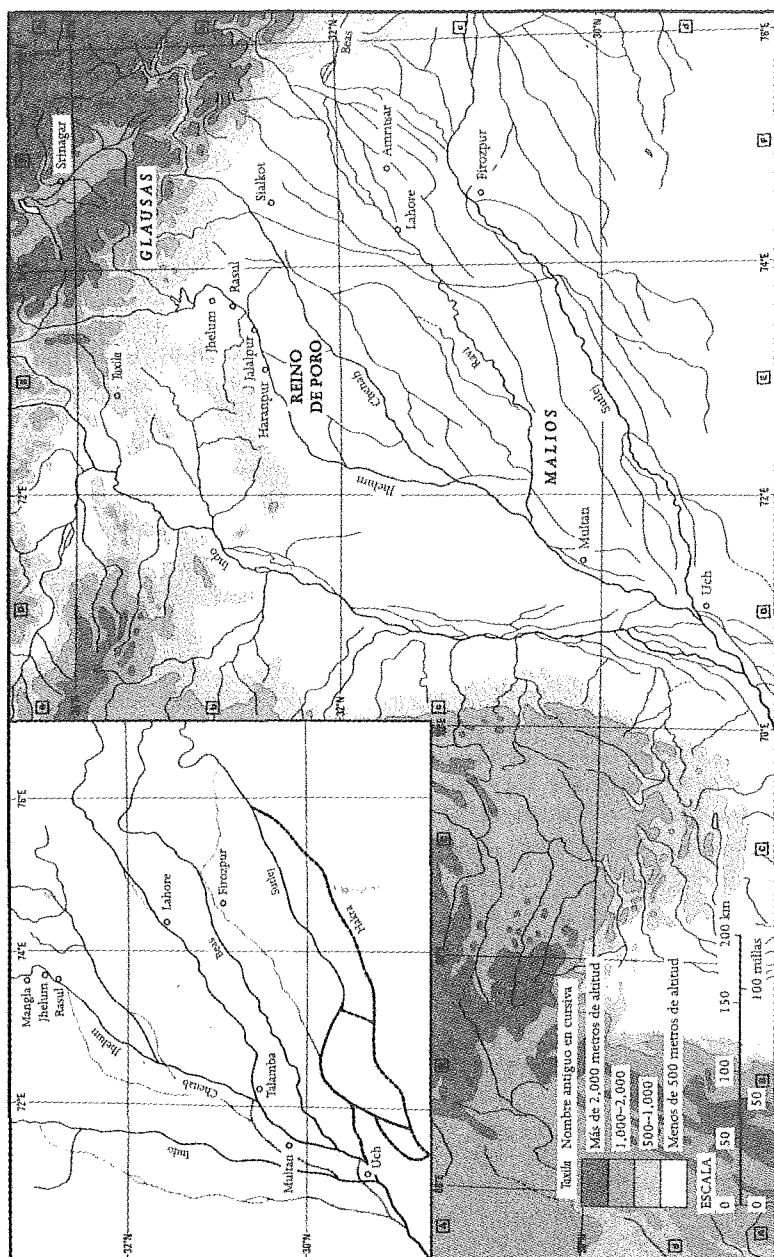
tro para ofrecer sacrificios a Posidón y a los dioses del mar³⁶³. La ceremonia conmemoraba la celebrada al inicio de la expedición, cuando ofreció sacrificios a Posidón y a las Nereidas en el Helesponto. Ahora se enfrentaban a riesgos mayores que el que suponía para el ejército cruzar un estrecho, y Alejandro hizo todo lo posible para que las deidades que tenían que conservar su flota le fueran propicias. Al mismo tiempo, satisfizo su deseo de navegar por el océano circundante que había alcanzado mediante conquistas: un pequeño consuelo por la frustración del Híasis.

Todavía no había terminado la exploración preliminar. Alejandro regresó a Pátala e hizo un segundo viaje descendiendo por el brazo oriental del río (Arr., VI, 20, 2). En este hubo menos dificultades y, por lo que parece, no tuvo problemas con los vientos ni las mareas. Utilizó un gran lago salado como base para sus fuerzas terrestres mientras él llevaba sus barcos más ligeros de nuevo hacia el océano, y llegó a la conclusión de que la flota del océano debía utilizar la ruta oriental³⁶⁴, aunque eso prolongara el total del viaje. El lago estaría destinado a ser un puerto secundario. Hizo construir un puerto y muelles mientras sus fuerzas terrestres estaban ocupadas cavando pozos en la costa situada al oeste de la desembocadura del río. La flota ya tenía una base en Pátala que Hefestión había convertido en una fortaleza, un puerto intermedio en el lago del Indo, y reservas de agua para iniciar el viaje. También tenía reservas de grano para cuatro meses destinadas a satisfacer las demandas de provisiones antes de que Nearco estuviera preparado para iniciar el viaje.

No podían partir de inmediato. El monzón del sudoeste estaba a punto de empezar. Sus efectos empezaban anotarse cuando Alejandro descendió navegando por el brazo occidental del Indo, pero no eran lo bastante intensos como para impedir que se aventurara a entrar en el océano. Actualmente, el monzón empieza en el sur de Pakistán hacia mediados de julio, pero puede retrasarse hasta tres semanas e incluso más, y en el año 325 parece claro que no empezó hasta agosto, como mínimo. Pero, cuando Alejandro estuvo preparado para marchar de Pátala, los vientos del sur se habían hecho continuos y los nativos le informaron de que sería imposible navegar durante la época de los monzones. Sólo se podría navegar desde el momento en que se produjera el ocaso de las Pléyades (ca. 5 de noviembre), cuando los vientos monzónicos se habrían calmado

³⁶³ Arr., VI, 19, 5; *Ind.*, 20, 10; Plut., *Al.*, 66, 1-2; Diod., XVII, 104, 1; Curcio, IX, 9, 27. Para una reconstrucción de lo que pudo ser la línea de la costa en el año 325 y una identificación de la isla (Aban Shah), véanse Lambrick (1964), p. 113; Wilhelmy (1968a).

³⁶⁴ Arr., VI, 20, 4 es difícil y tal vez esté alterado (para la traducción, véase Hammond [1980b], pp. 467-468). No da a entender que Alejandro pretendiera utilizar el brazo occidental: las instalaciones navales del lago (Arr., VI, 20, 5) implican claramente que sus preparativos estaban centrados en el ramal oriental. Cfr. Lambrick (1964), pp. 114-115.



10. Las Bela y el Makrán

(Arr., VI, 21, 2)³⁶⁵. Alejandro sabía que transcurrirían casi tres meses antes de que la flota pudiera desplazarse con seguridad, pero la dejaba en una base muy fortificada, con muchas provisiones y con las instalaciones de un segundo puerto cerca de la desembocadura del Indo. Al final sucedió que todo eso no sirvió para nada. Las instalaciones portuarias del gran lago no se utilizaron nunca y Nearco descendió el río por el brazo occidental y no por el oriental, como Alejandro había previsto. Además, lo hizo demasiado pronto, hacia el momento de la ascensión nocturna de las Pléyades, a principios de octubre (Estrabón, 721; Arr., *Ind.*, 21, 1 (= FGrH, 133 F 11 a)), cuando los vientos soplaban todavía en contra. Se vio obligado a cortar la barra costera de arena para llegar al océano y después quedó varado en una isla desierta cercana a la costa durante 24 días, hasta que los vientos monzónicos procedentes del sur se calmaron (*Ind.*, 21, 5-6; 12-13). Nearco atribuye su prisa a la presión a la que se veían sometidos por parte de los nativos hostiles, y es fácil de creer. Los habitantes de Pátala habían desaparecido ante el ejército de invasión de Alejandro y tuvieron que ir tras ellos (Arr., VI, 17, 5-6; 18, 5). Incluso cuando todas las fuerzas macedonias estaban presentes, los indios habían atacado a las partidas que trabajaban en el desierto (VI, 18, 1), y no es sorprendente que, cuando Alejandro abandonó la zona, se volvieran contra la flota. Es muy posible que atacaran y destruyeran las instalaciones del gran lago, de modo que la flota, sitiada en Pátala, se viera forzada a retirarse en la dirección más segura desde el punto de vista militar, aunque no fuera la más adecuada para el viaje. Alejandro salió de Pátala con la mayoría de sus fuerzas terrestres, sobre cuyo número tan sólo podemos especular. Las numerosas tropas indias que habían ido engrosando el ejército durante el viaje por el Indo (Arr., *Ind.*, 19, 5; cfr. Plut., *Al.*, 66, 5) se habían dispersado y sólo se mantuvo el núcleo de tropas permanentes. Este era bastante numeroso: contaba con las tropas macedonias no incluidas en la columna de Crátero, los mercenarios helenos y la caballería auxiliar de las satrapías orientales. Había también una considerable caravana de impedimenta con una hueste de no combatientes que incluía a las concubinas y a los hijos del ejército. Sólo se pueden hacer conjeturas en relación con la cifra total, pero en ningún caso esta pudo ser inferior a los 30.000 individuos³⁶⁶, e incluso esta cifra sería peligrosamente alta para las tierras áridas que tenían por delante. Al principio, el ejército pudo utilizar los

³⁶⁵ Actualmente, los vientos monzónicos cesan a principios de octubre. En época romana, la fecha más temprana para un viaje de regreso desde el sur de la India fue el 28 de diciembre (Plinio, *NH* VI, 102; cfr. Böker, *RE*, supl. IX, pp. 403-412).

³⁶⁶ Para las estimaciones, véanse Strasburger (1982), pp. 1 y 479-480 (demasiado dependiente de Plut., *Al.*, 66, 5); Engels (1978a), pp. 111-112 (*contra* Brunt [1976-1983], pp. 2 y 482); Kraft (1971), pp. 109-118 (imposibles por escasas).

pozos cavados en el desierto en las proximidades de Pátala (Arr., VI, 18, 1), y marchó desde las estribaciones de las montañas de Kirthar hasta la desembocadura del río Arabio (¿Hab?)³⁶⁷. Desde el Arabio, Alejandro siguió la línea de la costa para lanzar un ataque por sorpresa a los oritas, un pueblo indio independiente que habitaba en la llanura que rodea lo que ahora es Las Bela, en Beluchistán. Envioó ahí a una partida para cavar pozos a lo largo de la costa, mientras él avanzaba con una fuerza de ataque para invadir el territorio orita. Hefestión iba detrás con la caravana de la impedimenta.

Alejandro cruzó el desierto costero situado al norte del Arabio en una sola noche y lanzó un ataque inesperado sobre los oritas. Tres columnas asolaron la llanura de Las Bela (que era mucho más estrecha que en la actualidad, dado que la línea de la costa ha avanzado hasta 35 km gracias al limo aportado por el río Purali y los depósitos de arena arrasados por el monzón del sudoeste)³⁶⁸, y Alejandro alcanzó la zona fértil de Welpat situada más al norte, que ha sido siempre la zona más poblada de la región de Bela. Destinó la principal población de la zona, Rambacia, a convertirse en una nueva ciudad³⁶⁹, y Hefestión, que acababa de llegar con la impedimenta, quedó encargado de mantener el sinecismo. Pero, en esta ocasión, la resistencia orita quedó reducida al oeste de la llanura, concentrada en los pasos que llevaban al Makrān, yes casi seguro que bloqueó el paso entre Las Bela y la parte superior del valle de Kolwa (el paso de Kumbh por el Jau Lak). A los oritas se habían sumado sus vecinos gadrosios del Makrān que compartían su interés en cerrar el paso a Alejandro, pero evitaron prudentemente el enfrentamiento directo con el ejército macedonio y ofrecieron su rendición formal (Arr., VI, 22, 2). Los oritas quedaron bajo el mando directo de la satrapía de Apolófanes, y Alejandro dejó ahí a Leónato con una fuerza móvil de agrianes, arqueros y mercenarios, tanto de infantería como de caballería, con la tarea de organizar el territorio, poblar la nueva ciudad y arreglar las cosas para el paso de la flota. Según Diodoro (XVII, 104, 8), Alejandro deseaba establecer una ciudad junto a la costa y, al encontrar un puerto seguro, planeó fundar una Alejandría en las proximidades. Pero la cuestión parece responder a la mezcla de dos textos diferentes: Alejandría es, claramente, el sinecismo situado en el emplazamiento de Rambacia descrito por

³⁶⁷ Stein (1943), pp. 213-214; Eggermont (1975), pp. 89-93; Engels (1978a), p. 138; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 478. Para la identificación alternativa, menos convincente, del Arabio con el Purali, véanse Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 92-100; Seibert (1985), pp. 173-174.

³⁶⁸ Cfr. Snead (1966), pp. 37-38; Engels (1978a), pp. 139-140.

³⁶⁹ Arr., VI, 21, 4; Curcio, IX, 10, 7. Sobre su localización, véanse Stein (1943), pp. 213-216; Engels (1978a), pp. 138-139; *contra* Hamilton (1972), Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 96-100; Seibert (1985), p. 175.

Arriano, y la fundación de la costa, si existió, tuvo que ser el depósito costero donde Leónato almacenó grano para la flota (Arr., *Ind.*, 23, 6). Parece evidente que hubo dos zonas de concentración: la costa, donde la flota necesitaría obtener provisiones, y el interior, asegurado por una nueva fundación, poblada por colonos de Aracosia (Curcio, IX, 10, 7). Tal como estaban las cosas, Leónato era el nexo fundamental en la estrategia global de Alejandro. Iba a mantener sumisos a los oritas, establecer una ciudadela permanente para mantener el dominio extranjero y garantizar que la costa acogía bien a la flota de Nearco. No es sorprendente que los nativos no quisieran aceptar la situación. Las fuerzas de Leónato fueron atacadas y, por lo que parece, derrotadas poco después de que Alejandro dejara el territorio (Diod., XVII, 105, 8), y poco antes de que Nearco llegara a la costa se produjo una batalla generalizada en la cual Leónato se enfrentó a un ejército de oritas y pueblos aliados y dio muerte a 6.000 enemigos con un mínimo de bajas por su parte (Arr., VII, 5, 5; *Ind.*, 23, 5). La victoria despejó la costa y Nearco pudo aprovisionar su flota con reservas de grano para diez días, las únicas que encontró en todo su viaje por la costa. Eso sucedía en noviembre. Leónato había estado en el territorio orita durante toda la estación de los monzones y pudo requisar la cosecha a medida que maduraba³⁷⁰. La depredación de la invasión inicial de Alejandro llevó a los nativos a la desesperación y, sumada al hambre y la derrota, debieron de ver muy cerca la amenaza de la despoblación. Leónato había ganado con creces la corona que recibió en Susa.

Alejandro dejó el territorio orita hacia principios del mes de octubre. Sin duda, la estación de los monzones había llegado y los escasos cultivos otoñales del Makrān estarían creciendo. El ejército macedonio se desplazó hacia el oeste para iniciar el largo viaje hacia Carmania y el golfo Pérsico. El territorio que atravesó era notoriamente desértico. Según Nearco, Alejandro lo sabía perfectamente, ya que había oído historias de que tanto la legendaria Semíramis como Ciro el conquistador habían perdido allí sus ejércitos (Arr., VI, 24, 2-3; Estrabón, 686, 722) pero eso, en lugar de disuadirlo, hizo que deseara triunfar donde ellos habían fracasado³⁷¹. Al mismo tiempo, tenía intención de aprovisionar la flota a lo largo de la costa (Arr., VI, 23, 1; 4, 6; 24, 2). Dada la proverbial desolación del Makrān, eso podía parecer una ambición absurda, pero Alejandro avanzaba en la mejor estación del año, por lo menos en las zonas del este, y aprovechaba el crecimiento de los cultivos producido por el incremento del caudal de los

³⁷⁰ En relación con el ciclo de cultivos en Beluchistán y su dependencia de las lluvias del verano, véase el *Baluchistan District Gazetteer*, Serie VII (1906), 31 ss. y 147 ss.

³⁷¹ Cf. Strasburger (1982), pp. 1 y 458-459. El testimonio de Nearco, molesto para algunos, ha sido pasado por alto de diversas maneras (Kraft [1971], 106 ss.; Engels [1978a], 111 ss.; Hammond [1980a], p. 234). Véase Radian (1985), pp. 471-473.

arroyos debido a las lluvias monzónicas. En años posteriores, el Makrān, aunque terrible, no fue una barrera infranqueable. En el año 711 después de J. C., el conquistador de Sind, Muhamad Ben Qasim, lo atravesó, a sus diecisiete años, en la misma época del año que Alejandro, con una fuerza marítima y terrestre. Su ejército era más pequeño y más móvil, e incluía caballos y camellos, y su expedición tuvo lugar cuando el Makrān estaba seguro en manos árabes y con el paso bien preparado. Con todo, cruzó el territorio sin pérdidas importantes y se embarcó de inmediato en una gran campaña en Sind. Las fuerzas de Alejandro podían tener la esperanza de encontrar alguna clase de provisiones, y podría sobrarles como para abastecer a la costa. La línea de la marcha lo llevó hacia el interior de modo inevitable, hacia los centros de Gadosia más poblados. Si hubiera marchado a lo largo de la costa, inevitablemente habría asolado la zona y habría perjudicado a la flota. Lo cierto es que Nearco no dice que se encontrara con rastros del paso del ejército, y sugiere que Alejandro pasó por el interior (Arr., *Ind.*, 26, 1; 32, 1); y, sin duda, las comunidades que explotó para obtener provisiones no habían tenido el placer de mantener a Alejandro en fechas anteriores. Arriano (VI, 23, 1) pone énfasis en que Alejandro estaba ansioso por cavar pozos y proporcionar depósitos de alimento, pero que el reconocimiento de la costa resultó decepcionantemente negativo. Su camino lo llevó, casi siempre, hacia el interior. Estrabón (721) afirma que Alejandro no se alejó más de 500 estadios de la costa para hacerla accesible a la flota, pero resulta difícil imaginar cómo podían ir midiendo las distancias con precisión. De ser así, el rey quedaría a merced de los informes fortuitos de las partidas de reconocimiento y pocas veces tendría una estimación fidedigna de la distancia del mar a la que se encontraba.

Lo más probable es que tomara el camino principal hacia el oeste que transcurre por el paso de Jau Lak que, aunque es estrecho y empinado, parece accesible, con tiempo seco, para animales cargados y, desde allí, habría seguido hacia el oeste por la línea de los valles de Kolwa y Kech³⁷². Así llegó a una de las zonas más accesibles y fértiles de Gadosia. Envío muy lejos a las partidas encargadas de conseguir alimentos y el sector norte de Gadosia (la zona del actual Panjgur) quedó destinado a enviar suministros hacia el sur para la flota: orden que, en cuanto Alejandro estuvo lejos, nadie obedeció. En esta primera parte del viaje, Alejandro consiguió almacenar un excedente de provisiones y se encaminó hacia el sur para enviarlas a la flota. Probablemente, eso fue en el oasis de Turbat, a unos 400 km (238 millas) de Las Bela, donde hay una pista muy clara hacia el sur en dirección a Pasni, junto al océano, a

³⁷² Según Stein (1943), 216 ss.; Engels (1978a), pp. 137-143; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 478-479. Para la ruta de la costa, véanse Strasburger (1982), pp. 1, 459-462 y 487-490; Hamilton (1972), pp. 607-608; Seibert (1985), pp. 171-176.

una distancia de 120 km³⁷³. El esfuerzo resultó inútil. Las tropas asignadas al convoy de la impedimenta, frenéticas por el hambre, rompieron los sellos reales de la carga y consumieron la mayoría de las provisiones. Alejandro se enteró cuando ya estaba cerca del mar (Arr., VI, 23, 4) y había abandonado toda idea de abastecer a la flota. Las exigencias de su ejército eran perentorias y se hicieron más intensas a medida que avanzaban hacia el este, en un territorio que ya no tenía los arroyos de los monzones. En otoño, el Makrân persa es casi completamente árido, ya que las lluvias de invierno empiezan en noviembre, tras cinco meses de sequía casi total³⁷⁴. Las dificultades tuvieron que hacerse mayores a medida que el ejército avanzaba hacia el oeste a la largo de la costa, en los siete días siguientes después de salir de Pasni, antes de virar hacia el norte para retomar el camino del interior. Este camino los llevó a través de la llanura de Dashtiari y, hacia el norte, hasta el río Bampur, el centro de la civilización en el este de Gadrosia. Allí descansó el ejército en el palacio de Pura (¿la actual Iranshahr?)³⁷⁵, tras una marcha por el desierto que, según todas las fuentes, duró sesenta días (Arr., VI, 24, 1; Estrabón, 723; Plut., *Al.*, 66, 7). La cuenca del Bampur estaba en la línea de comunicación con Sistan (Drangiana), uno de los principales graneros del Irán, y había estado asociada a Drangiana desde el año 329, cuando sus habitantes se habían rendido a Alejandro (Arr., III, 28, 1; Diod., XVII, 81, 2). En respuesta a los mensajes enviados durante la travesía por el desierto, Estasanor, sátrapa de Drangiana, había enviado un contingente de alimentos sobre camellos de carreras (Diod., XVII, 105, 6-7; Curcio, IX, 10, 17; Plut., *Al.*, 66, 7). Eso reforzó los escasos recursos de la capital de Gadrosia pero, a pesar de todo, Alejandro permitió que su hambriento ejército descansara sólo unos días antes de avanzar hacia el oeste por la depresión de Jaz Murian hasta las fronteras de Carmania. Allí encontró más suministros procedentes de Drangiana y de lugares tan lejanos como Partia (Arr., VI, 27, 6; Curcio, IX, 10, 22). Los rigores de la marcha a través del desierto se habían terminado de modo definitivo.

Es difícil valorar el efecto causado por la travesía de Gadrosia. Plutarco (*Al.*, 66, 4-5) habla de bajas masivas que redujeron el ejército a un cuarto de su tamaño anterior, pero él parte del total de las fuerzas presentes al inicio del viaje por el Hidaspes, la que es una cifra exagerada, de modo que su afirmación resulta dudosa. No cabe duda de que los macedonios no fueron diezmados, ya que, por lo menos, 18.000 soldados de infantería se dirigieron hacia Opís³⁷⁶. Aproximadamente la mitad habían llegado con Crátero

³⁷³ Stein (1943), pp. 220-221; (1931). Para las distancias, véase la *Baluchistan District Gazetteer* pp. 348-349.

³⁷⁴ Estadísticas de *Cambridge History of Iran* 1, 246.

³⁷⁵ Stein (1937), pp. 104 ss.; sin embargo, véase COOK (1983), pp. 190.

³⁷⁶ Para los detalles, véanse Bosworth (1986) y el tema que se debate en la p. 391.

pasando por Aracosia y Drangiana, y habían tenido un viaje relativamente cómodo, pero es evidente que el grupo de Alejandro no tuvo bajas calamitosas. Es posible que los soldados hubieran sufrido menos y recibieran mejores víveres que el resto del convoy, pero no se produjo un desastre militar total. No cabe duda de que la marcha fue muy dura y los supervivientes narraron las penalidades pasadas como algo terrible. Diodoro y Curcio ponen énfasis en la ausencia de provisiones y en la consiguiente amenaza del hambre, en tanto que Arriano y Estrabón dan una vívida descripción de las penalidades a partir de una fuente común que es, casi sin ningún género de dudas, Nearco³⁷⁷. Este insistía en el calor y la duración de las marchas, las dificultades de encontrar agua, los peligros de las riadas y los efectos del agotamiento progresivo. Pero Nearco no estaba con ellos y tal vez diera una versión tendenciosa para resaltar la relativa ausencia de bajas en su propio grupo. No cabe duda de que todas las fuentes ponían énfasis en las penalidades de la marcha, incluso la narración utilizada como fuente por Arriano para describir el intento de aprovisionar la flota (Arr., VI, 23, 4), sin embargo, es probable que las penalidades no fueran uniformes. Los animales de carga se sacrificaron como comida en cuando apareció el hambre (Arr., VI, 25, 2), pero el proceso duró cierto tiempo. En las primeras fases de la marcha, hacia Turbat, los animales todavía se utilizaban y, aunque sufrían por el terreno y el clima, todavía sobrevivían. Había alimentos para las bestias de carga y provisiones sobrantes para los hombres. El esfuerzo se hizo cada vez mayor a medida que el ejército abandonaba la zona afectada por el monzón. El hambre y la sed infligieron pérdidas y la caravana de la impedimenta fue desapareciendo. Al mismo tiempo, los no combatientes más débiles, las esposas y los niños de los soldados, fueron las primeras víctimas del hambre, de las privaciones y los accidentes (Arr., VI, 25, 5). Las bajas, sin duda, fueron grandes, pero no todo el ejército las sufrió por igual. Los soldados sufrirían menos y podemos pensar que el ganado fue exterminado por completo. Sin embargo, retrospectivamente, el episodio pudo parecer una pesadilla de marchas forzadas, sed y hambre, y el rey debió de obtener poca popularidad de todo ello. Sus motivos pudieron ser, en parte, dignos de elogio, tales como facilitar víveres a la flota desde la costa, pero su conocimiento previo de la costa era escaso y su egoísmo y su ambición son censurables, ya que nada justificaba que llevara tras él a los no combatientes y, además, el tamaño de su ejército era muy desproporcionado frente a los objetivos militares en juego. Había eclipsado a Semíramis y a Ciro, y había conducido un ejército a través del desierto, pero el sufrimiento fue terrible. Y los hombres de Alejandro no fueron los más afectados: hay que tener en cuenta a los des-

³⁷⁷ Véanse, en especial, Strasburger (1982), pp. 1 y 449-470; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 475-476. La antigua atribución a Aristóbulo todavía tiene sus partidarios: Pearson (1960), p. 178; Schachermeyr (1973), pp. 464; Hammond (1980a), p. 320, n. 105.

graciados habitantes del Makrān, despojados de sus cosechas por el paso de Alejandro en el interior y por el de Nearco en la costa (cfr. Arr., *Ind.*, 28, 1, 7-9). Sus perspectivas de morir de hambre fueron más evidentes y su dura situación duraría más de sesenta días.

DE CARMANIA A SUSÁ

En la capital de Gadosia, Alejandro volvió a ponerse en contacto con el mundo exterior y las noticias procedentes de este no fueron buenas. Es probable que, incluso durante la marcha, se hubiera enterado de la derrota que habían sufrido sus tropas en Orítide (Diod., XVII, 105, 8). Respondió destituyendo al sátrapa, Apolófanes (Arr., VI, 27, 1)³⁷⁸, pero casi de inmediato recibió la noticia de la victoria de Leónato y de la muerte de Apolófanes en el campo de batalla (Curcio, IX, 10, 19, cfr. Arr., *Ind.*, 23, 5). Procedente del norte, llegó un mensaje de Crátero, que ahora se encontraba a tan sólo unos días de distancia del rey, anunciándole que se había producido una rebelión entre los nativos y que la había sofocado con éxito. Al mismo tiempo, recibió informes inquietantes sobre insurrecciones en las provincias iraníes y sobre la actitud autoritaria de los sátrapas que él había nombrado (véanse, más adelante, pp. 280 ss.). En un primer momento, Alejandro no se encontró en situación de responder con violencia, ya que tenía el ejército dividido y debilitado por el desierto de Gadosia, de modo que simuló un talante amistoso y dio la bienvenida a Astaspes, el sátrapa nativo de la vecina Carmania, a pesar de las acusaciones de planear una revolución durante la campaña de la India (Curcio, IX, 10, 21).

Entretanto, el ejército inició una marcha hacia Carmania a través de la depresión de Jaz Murían hasta el valle del Halil Rud. En algún punto, tras cruzar la frontera de Carmania, se le unió la columna del ejército de Crátero junto con gran número de convoyes de comida y de ganado procedentes de las satrapías centrales. Al mismo tiempo, los nativos de Carmania le suministraron sus propios productos, sobre todo el vino por el que era famosa la región (Curcio, IX, 10, 25; Arr., VI, 28, 1; cfr. Estrabón, 726-727). La relativa abundancia llevó a un lógico exceso, ya que las tropas deseaban resarcirse del hambre pasada en el desierto. La tradición de la vulgata habla de una bacanal en la que Alejandro se disfrazó de Dioniso y se divirtió en una plataforma elevada arrastrada por ocho caballos, seguido del resto de sus colaboradores, también montados en carros; todo el ejército marchó durante siete días en plena exaltación etílica. Arriano rechaza la historia con el argumento de que Ptolomeo y Aristóbulo no la mencionan, ni tam-

³⁷⁸ Cfr. Badian (1958), p. 148; (1961), p. 21; Bosworth (1971b), p. 124.

co ninguna autoridad digna de confianza (en esto debe de incluir a Nearco)³⁷⁹. Parte de la historia, como la imitación de Dioniso, puede ser un añadido posterior, pero la mayoría de los detalles, descritos de manera independiente por Plutarco y Curcio, parecen auténticos. Si Aristóbulo no menciona la juerga se debe a que sentía una aversión generalizada a registrar los detalles sobre la intemperancia de Alejandro, y Ptolomeo debió de pensar que no valía la pena describir el episodio. Este fue, fundamentalmente, una cuestión terapéutica: las penalidades de la marcha por Gadosia necesitaban ser superadas, si no olvidadas, y una bacanal era útil para tal fin.

Los excesos duraron siete días, tras los cuales Alejandro regresó a asuntos más serios. Astaspes fue la primera víctima, ejecutado sumariamente durante la propia fiesta (Curcio, IX, 10, 29). Los generales macedonios en Media fueron detrás. Cleandro, Agatón, Sitalces y Heracón habían llevado el grueso de sus fuerzas hasta Carmania. Habían recorrido, como mínimo, 1.700 km desde Ecbatana, la capital de Media, con una columna de 6.000 hombres, reunidos, sin duda, antes de que el rey saliera de la India. Sabían o intuían su disgusto, ya que una serie de notables agraviados habían viajado desde Media con ellos con graves acusaciones respecto a su conducta, que incluían el sacrilegio y la violación. Las tropas de los generales corroboraron las quejas de sus súbditos (Arr., VI, 27, 4), y los culpables (Cleandro y Sitalces, por lo menos) fueron apresados y ejecutados, y no menos de 600 de sus hombres compartieron su destino. Se trata de un episodio muy misterioso (véase, más adelante, p. 281), pero parece bastante evidente que los culpables no intuían lo que les esperaba; confiaban en poder pasar por encima de las quejas que habían presentado contra ellos. Pero Alejandro se mostró inexorable. La evidencia de la insubordinación le había causado un profundo efecto y decidió dar así una terrible señal de advertencia que impresionara a todos los gobernadores, cualquiera que fuera su rango. Había también otra consideración: los generales delincuentes habían tramado el asesinato de Parmenión y, probablemente, el ejército en su conjunto recibió su ejecución con cierta satisfacción. Como la bacanal de Carmania, podemos considerar que este hecho estaba destinado a compensar los sufrimientos padecidos en el desierto. Esta fue la primera de una serie de purgas de sátrapas, mayoritariamente iraníes (véase, más adelante, p. 280), y sus ecos recorrieron todo el imperio.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar una de las acciones más controvertidas de Alejandro³⁸⁰. Mientras se encontraba en Carmania, envió cartas a todos los sátrapas y generales de Asia dándoles órdenes de que li-

³⁷⁹ Plut., *Al.*, 67 (cfr. Hamilton [1969], pp. 185-187); Diod., XVII, 106, 1; Curcio, IX, 10, 24-29; cfr. Arr., VI, 28, 1-3. El escepticismo de Arriano es el punto de vista general en las discusiones modernas, pero véase Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 47-64.

³⁸⁰ Cfr. Radian (1961), pp. 26-28; JASCHINSKI (1981), pp. 45-61.

cenciaran a sus ejércitos mercenarios inmediatamente. Sólo Diodoro habla de ese hecho (XVII, 106, 3; 111, 1) y lo relaciona con la represión de la insubordinación de los sátrapas. Los mercenarios que servían en las fuerzas provinciales habían sido utilizados como instrumentos de despotismo personal (el hecho de que diezmará la guarnición de Media es indicio de lo grave que Alejandro consideraba ese problema), y Alejandro estaba decidido a detener el proceso. No hacía mucho que se había dado un precedente. En el 359/8, Artajerjes III dio órdenes a los sátrapas del oeste de que licenciara a sus ejércitos mercenarios, y eso provocó la revuelta de Artabazo (véase, más arriba, p. 15). Se trataba de una pura y simple medida de seguridad y Diodoro sugiere que Alejandro actuó guiado por los mismos principios. Pero, probablemente, también intervenían otros factores: los mercenarios licenciados de los ejércitos de las satrapías no eran desmovilizados, sino que pasaban al servicio personal de Alejandro. Durante los dieciocho meses siguientes a la orden, se pusieron en marcha una serie de convoyes de mercenarios en dirección al corazón del imperio que culminaron con la llegada conjunta de contingentes de Caria y Lidia encabezados por sus respectivos sátrapas³⁸¹. Pausanias (I, 25, 5; cfr. VIII, 52, 5) menciona incluso la intención general de llevar a Persia a todos los griegos que habían servido bajo Darío y los sátrapas. Es una exageración, pero contiene una cierta verdad. Las reservas de mercenarios de Alejandro debían de ser bajas tras los numerosos asentamientos del nordeste y la India, así como las demandas constantes de fuerzas para las guarniciones de las satrapías (véanse, más adelante, pp. 288 ss.). El problema podía reducirse licenciando fuerzas de las satrapías del oeste y ordenando a los gobernadores afectados que llevaran a sus hombres a la corte. Esta política probablemente tuvo su origen en las instrucciones dadas mucho antes en la India, encargando a los comandantes de Media y Babilonia (?) que llevaran sus fuerzas para unir las al ejército real³⁸². Cuando llegaron a Carmania, Alejandro estaba lo bastante conmovido por lo que había encontrado como para generalizar la acción. No tenía intención de despojar a las satrapías de sus ejércitos. No podía dejarlas indefensas contra las rebeliones internas, y los sátrapas debieron de tener autorización para volver a reclutar hombres. Peucestas, destinado en Pérsida a principios del año 324, consiguió reclutar un ejército de más de 20.000 hombres nativos en el transcurso de un año³⁸³. Por lo que parece, todos los sátrapas y generales de Asia recibieron las mismas instrucciones y, en su momento, incluso Antípatro recibió la orden de llevar a Asia al ejército de Macedonia para sustituir a los veteranos de Alejandro. Todo esto tuvo como resultado el caos y la desarticulación. Según parece, los merce-

³⁸¹ Arr., VII, 23, 1; 24, 1; cfr. Berve (1962), pp. 1 y 183-185.

³⁸² Arr., VI, 28, 3; VII, 18, 1.

³⁸³ Arr., VII, 23, 1; 24, 3-4; cfr. Jaschinski (1981), pp. 56-60.

narios fueron desmovilizados, pero no todos estaban dispuestos a sumarse a los convoyes que partían hacia Asia. Muchos pasaron a ser desertores y formaron bandas para vivir del campo mediante la fuerza y la intimidación. Un número considerable siguió al ateniense Leóstenes, el cual los sacó de Asia y los asentó en Ténaro, en Laconia, que era una gran base de mercenarios, incluso tras el fracaso de la guerra de Agis (véase, más adelante, p. 251). La capacidad de causar daño de los sátrapas se redujo, pero el precio que se pagó en forma de inestabilidad fue alto. También se produjeron tensiones duraderas entre los oficiales. Una llamada a la corte bastaba para provocar una profunda ansiedad (Arr., VII, 18, 1); Hipérides (*Dem.*, col. 19; cfr. Diod., XVII, 106, 2) describe muy bien la atmósfera de miedo y sospecha. Su alegato afirmando que muchos sátrapas y generales estaban a punto de levantarse en el verano del año 324 puede ser sólo una ilusión retrospectiva, pero refleja bien una atmósfera general de miedo y recelo en todo el imperio.

La primera y principal consecuencia fue la huida de Hárpalos de Babilonia³⁸⁴. Quizá Alejandro lo convocó junto con las fuerzas de las satrapías que estaban bajo el mando de Apolodoro. Hárpalos se mantuvo firme en sus cuarteles. Quizá tuvo alguna sospecha de lo que se avecinaba y, sin duda, tenía motivos para desconfiar sobre su recepción en la corte. Al margen de su competencia en la administración de las finanzas, sus pretensiones de poseer una posición regia habían sido muy evidentes: su enemigo Teopompo lo acusó de establecer a su amante ateniense, Glicería, como reina por derecho propio en Cilicia (Ateneo, 58 6C, 59 5 D-E = *FGH* 115 F 254). Así pues, cuando llegaron noticias de las ejecuciones en Carmania, se sintió amenazado directamente. Como Cleandro, procedía del reino de Elimiótide, y, bajo su mando, Ecbatana había sido uno de los centros financieros (véase, más adelante, p. 283). Hubiera colaborado con él o no, era probable que resultara inculcado en las supuestas fechorías de Cleandro, y huyó rápidamente hacia el oeste con 5.000 talentos y un pequeño ejército de mercenarios (Diod., XVII, 108, 6), causando una honda impresión en el mundo griego en la primavera del año 324, como factor político potente y peligroso (véase, más adelante, pp. 250 ss.). La noticia de su marcha fue un duro impacto para Alejandro, el cual detuvo a los primeros informadores por mentirosos malintencionados (Plut., *Al.*, 41, 8). A medida que se convencía de la defección de su viejo amigo, la conmoción se convirtió en hostilidad. Poco antes del verano del año 324³⁸⁵ se representó en la corte una obra satíri-

³⁸⁴ Para bibliografía, véase Seibert (1972a), pp. 167-169. El artículo fundamental sigue siendo el de Badian (1961). Sobre la huida de Hárpalos y la llegada a Atenas, véanse Jaschinski (1981), pp. 23-44; Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 72 ss.; Ashton (1983).

³⁸⁵ Hay una acalorada discusión en torno a la fecha exacta. Cfr. SUTTON (1980), pp. 75 ss.; Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 72 ss.; Ashton (1983).

ca tópica llamada *Agén*. Alababa a Alejandro (el «Agén» del título) de modo comprensible, y Hárpalo aparecía ridiculizado por sus relaciones con su amante ateniense (se mencionaba de modo explícito el templo dedicado a Pitionice) y sus generosos tratos con Atenas. En el momento de la representación, Hárpalo se encontraba todavía en la costa del Mediterráneo oriental y aún no había huido a Atenas, pero tanto él como la ciudad fueron amenazados con un justo castigo (Ateneo, 586D, 596B). La situación diplomática empeoró después de que los atenienses admitieran a Hárpalo en el Pireo y, durante un periodo de tiempo tenso y breve, se contempló la posibilidad de entrar en guerra con Alejandro (véase, más adelante, p. 262). Por el momento, en el invierno del 325-324, los movimientos de Hárpalo todavía eran difusos y fue necesario posponer las represalias, pero las sospechas de Alejandro hacia sus subordinados se intensificaron. Mientras Alejandro proseguía su viaje, sometió a los sátrapas nativos a un examen riguroso e intimidatorio, y los recién nombrados, todos ellos europeos, no fueron, en general, hombres muy distinguidos. Así en el futuro sería menos probable que se produjera una insubordinación y esta supondría un riesgo menor.

A medida que avanzaba el invierno, Alejandro se fue acercando a la capital de Carmania, que Diodoro (XVII, 106, 4) llama Salmos. Según Nearco (Arr., *Ind.*, 33, 7), se encontraba a cinco días de viaje de la costa. Su emplazamiento sigue siendo un misterio³⁸⁶ pero, probablemente, se encontraba en el lado oeste del valle del Halil Rud, en las proximidades de la actual ciudad de Khanu. El ejército estaba en una zona de relativa abundancia, pero lo bastante cerca de la costa como para recibir noticias del avance de la flota de Nearco. Ahí, Alejandro ofreció sacrificios para conmemorar su victoria en la India y la salida del desierto de Gadrosia, y celebró un festival atlético y musical, una ceremonia festiva y étlica en la que es de destacar la aclamación que recibió el favorito de Alejandro, Bagoas, cuando entró en el coro de los ganadores³⁸⁷. Durante las celebraciones, si no antes, tuvieron noticia de la llegada de Nearco, sano y salvo, a Harmozeia, el puerto principal de Carmania. Nearco nos da detalles, aunque despiertan sospechas razonables. Nearco narra una historia interesante, llena de *peripeteia* dramáticas, en la que se entera inesperadamente de la presencia del rey en las proximidades, se pone en marcha con una pequeña escolta y, por causas extrañas, no consigue encontrar las partidas que su rey, lleno de ansiedad, había enviado para buscarlo hasta que, finalmente, lo salvan, irreconocible por el efecto de la sal y la fatiga, y consigue dar personalmente a Alejandro la buena noticia de que su flota ha sobrevivido.

³⁸⁶ Stein (1943), p. 223; Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 54-58; Cook (1983), p. 187.

³⁸⁷ Plut., *Al.*, 67, 8; Ateneo, 603A-B. Cfr. Badian (1958), pp. 150 ss.; contra Tarn (1948), pp. 2 y 322.

do. No podemos verificar los detalles de su odisea y es muy probable que contenga una buena parte de adornos para embellecerla³⁸⁸. Lo cierto es que la flota llegó a Harozeia sin grandes pérdidas y que fue Nearco en persona quien anunció su llegada a Alejandro. Fue un momento de exaltación general y, si podemos creer a Nearco (Arr., *Indi.*, 36, 3), Alejandro renovó los sacrificios y prolongó los juegos. Las celebraciones que habían empezado conmemorando la salida del ejército de Gadrosia terminaron con una acción de gracias por la llegada de la flota sana y salva.

A continuación, Nearco ofreció un informe formal sobre sus experiencias, que más tarde se convirtió en el núcleo de sus memorias literarias, resumidas por Estrabón y Arriano³⁸⁹. Era un detallado cuaderno de bitácora lleno de horarios, distancias y lugares, con detalles pintorescos sobre las principales aventuras del viaje. Cuando los vientos monzónicos se calmaron, a finales de octubre, Nearco viajó bordeando la costa. Se dirigió hacia el oeste partiendo de la desembocadura del Indo y se detuvo en la del Arabio, donde no había ni rastro de los pozos que había hecho cavar Alejandro al principio de la estación (Arr., VI, 21, 3; cfr. *Ind.*, 22, 8). Probablemente, los nativos los habían rellenado, de modo que los hombres de Nearco se vieron obligados a penetrar 40 estadios en el interior para encontrar agua potable. Hasta Orítide no encontraron provisiones; allí estaban las que Leónato había almacenado en el puerto de Cócala (véase, más arriba, p. 168). A partir de Orítide se encontraron con *terra incognita*, la tierra de los ictiófagos. Sus habitantes, de una pobreza miserable, no pudieron impedir, con sus espadas de madera endurecidas al fuego, que la flota desembarcara y los derrotara sin ceremonias; no obstante, sus recursos eran mínimos. Durante la travesía por la costa, los exploradores se vieron limitados a una dieta escasa de pescado, reforzada en alguna ocasión con cordero y dátiles verdes (cfr. *Ind.*, 26, 7). Los problemas del viaje fueron los del aprovisionamiento y los hombres de Nearco caían como langostas sobre los poblados, despojándolos de sus escasas reservas. Una pequeña ciudad rodeada de murallas, cuyo nombre Nearco ni siquiera menciona pero, probablemente, situada cerca de la desembocadura del río Dasht, fue especialmente maltratada. Sus habitantes se acercaron a los extranjeros con mágros regalos en forma de comida y permitieron que Nearco entrara en las murallas. Como recompensa, recibieron un ataque general y la promesa de que destruirían la ciudad si no les entregaban la cosecha

³⁸⁸ Pearson (1960), pp. 134-135; Badian (1975), pp. 160-162. Para la valoración tradicional de la narración de Nearco, véase especialmente Lehmann-Haupt en Papavastru (1936), pp. 117-137.

³⁸⁹ Para la bibliografía más antigua, véase Seibert (1972a), pp. 163-165. La obra más influyente ha sido la de Tomaschek (1890). Véanse también Schiwiek (1962); Eggermont (1975), pp. 33-55; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 518-525.

(Arr., *Ind.*, 27, 7; 28, 9). A pesar del éxito de la extorsión, en pocos días la flota vio reducida su dieta al corazón de las palmeras datileras ya un rebaño de camellos domesticados, encontrado en un golpe de suerte (*Ind.*, 29, 5). Cuando llegaron a Carmania, las condiciones se hicieron más fáciles, ya que los cereales, frutas y vino eran más accesibles. Finalmente, vararon en Harmozeia, en la desembocadura del río Minab, cerca de la actual ciudad de Bandar Abbas donde, por fin, había abundantes provisiones. Habían recorrido unos 1.300 km desde la desembocadura del Indo y el viaje había durado unos sesenta días (la narración de Nearco, tal como la conserva Arriano es incompleta y no permite hacer una suma exacta). Hasta cierto punto, no habían sufrido ningún desastre. Nearco reconoció que un barco desapareció durante el viaje con toda su tripulación, integrada por egipcios (Arr., *Ind.*, 31, 3) y unos fuertes vientos causaron daños, especialmente durante la primera parte del viaje (*Ind.*, 23, 3; 25, 1). Pero la flota había terminado su travesía relativamente indemne, a pesar de la novedad de las condiciones y lo inhóspito de la costa. Incluso el encuentro con un grupo de ballenas sobrevino sin incidentes, ya que los animales se sumergieron bajo la flota y salieron a la superficie a cierta distancia de la popa (Arr., *Ind.*, 30, 2-7; Estrabón, 725). Tal como estaba previsto (cfr. Arr., VI, 21, 2), los vientos dominantes, procedentes del sudeste, habían llevado a la flota sana y salva hasta Carmania.

Nearco recibió los correspondientes halagos por su informe y se le encargó que siguiera explorando la costa entre Carmania y Susa (Arr., VI, 28, 6; *Ind.*, 36, 4-5; cfr. Curcio, X, 1, 16; Diod., XVII, 107, 1). Pero Nearco había puesto en marcha algo más que la exploración de la costa: había demostrado que una flota podía recorrer la costa de un desierto desconocido sin ayuda desde tierra. Eso estuvo en la base de planes para nuevas conquistas y exploraciones en una escala tan gigantesca que resulta increíble para muchos estudiosos actuales³⁹⁰. Alejandro pretendía conquistar el Mediterráneo occidental desde Egipto hasta el Atlántico y, según parece, planeaba la circunnavegación de África con su flota. En relación con este proyecto, hay varios testimonios en fuentes de autenticidad dudosa, pero no hay motivos poderosos para rechazarlo como apócrifo. Sería ingenuo suponer que Alejandro ya no tenía más ambiciones de conquista, cuando incluso el contemporáneo Aristóbulo observó que su afán de conquistar un imperio era insaciable³⁹¹. De hecho, tenía un antiguo motivo de queja contra Cartago, a la que había amenazado con la guerra por su apoyo moral a la resistencia de los tirios en el año 332 y, a principios del año 328, Alejandro había ela-

³⁹⁰ Véanse, en especial, Wilcken (1970), pp. 2 y 369-384; Schachermeyr (1954); Badian (1968). Las discusiones escépticas más importantes son las de Tarn (1948), pp. 2 y 378-398; HAMPL (1953); ANDREOTTI (1957), pp. 133-140; Kraft (1971), pp. 119-127.

³⁹¹ Arr., VII, 20, 6; Estrabón, 741 (*FGH* 139F 55-56); cfr. Arr., V, 24, 8.

borado planes de expansión desde el mar Negro. Estos proyectos embrionarios se habían desarrollado hasta constituir una ambición generalizada de conquista en el Mediterráneo y los últimos meses de su vida estuvieron dominados por los preparativos. A su muerte, se hicieron públicos documentos que revelaban los planes para la construcción de 1.000 barcos de guerra en la costa oriental del Mediterráneo, así como la de una vía militar que atravesara todo el norte de África hasta las Columnas de Hércules, junto con instalaciones navales en puntos estratégicos. El número de barcos es alto y las dimensiones también resultan impresionantes: todos debían ser mayores que los trirremes (Diod., XVIII, 4, 4). La cantidad de marineros necesarios habría acaparado todos los hombres, formados y sin formar, de la costa fenicia (Alejandro reclutaba tanto a hombres libres como a esclavos—Arr., VII, 19, 5—). Pero los puertos de Cilicia y Fenicia producían, efectivamente, un gran número de barcos que cambiaron de signo la Guerra Lamíaca en el año 322 (véase, más adelante, p. 243), y Alejandro tenía muchos motivos para construir una flota de magnitud sin precedentes si tenía la intención de atacar Cartago y Sicilia. Alejandro conocía bien a Filisto³⁹² y estaría familiarizado con la famosa descripción que este historiador hace del gran arsenal acumulado por Dionisio el Viejo para el sitio de Motia (*FGrH* 556 F 28). Se dijo que Dionisio había construido una flota de 400 barcos de guerra, incluyendo cuadrirremes y quinquerremes, y la fuerza opuesta cartaginesa era mayor incluso (cfr. Diod., XIV, 54, 5)³⁹³. Estos números han sido criticados por considerarlos sospechosamente inflados, pero Alejandro no tenía motivos para rechazarlos o subestimar el desafío militar al que quería enfrentarse. Si iba a conquistar el Mediterráneo occidental, necesitaba una fuerza naval de un tamaño sin precedentes.

Los primeros pasos para llevar a cabo el nuevo programa de conquista se tomaron en Carmania. Esta empezaría con una ofensiva al sur de Babilonia, en la costa oeste del golfo Pérsico. Para ello, Alejandro necesitaba barcos, barcos que era imposible obtener en la llanura sin árboles de Mesopotamia. Tanto Plutarco (*Al.*, 68, 2) como Curcio (X, 1, 19) mencionan las instrucciones para que se construyeran barcos de guerra en Fenicia y en Cilicia, y para que luego se transportaran en piezas al Éufrates. El plan no tiene nada de inverosímil. En el Egipto de los faraones³⁹⁴ se habían desmontado barcos para facilitar su transporte y el propio Alejandro había utilizado esa técnica en la India, aunque en menor escala (Arr., V, 8, 5; Curcio, VIII, 10, 3). Así que las maderas del Amano y del Líbano iban a explotarse masivamente para formar flotas que operarían en el Mediterrá-

³⁹² Plut., *Al.*, 8, 3. No obstante, véase Brown (1967).

³⁹³ Cfr. Berve (1967), pp. 1 y 241-244.

³⁹⁴ CASSON (1971), p. 136. En relación con el transporte de madera del Líbano en la época babilónica, véase Herzfeld (1968), pp. 67-71.

neo y el golfo Pérsico. Cuando Alejandro llegó a Babilonia en la primavera del año 323 se encontró con que estaban construyendo un gran puerto nuevo, capaz de dar acogida a 1.000 barcos de guerra, y los primeros barcos de guerra de la costa oriental del Mediterráneo, 47 en total, habían llegado ya³⁹⁵. En el momento de su muerte había una fuerza expedicionaria preparada para partir, dispuesta a iniciar la colonización y conquista del golfo Pérsico y de Arabia, el primer paso de sus planes en el oeste (véase, más arriba, p. 198). En su momento, vendrían más flotas tripuladas desde Fenicia y Siria y, en último término, las fuerzas se dividirían, se enviaría una flota alrededor, de la costa de África mientras Alejandro llevaría al ejército principal a la costa del Mediterráneo para iniciar la guerra de conquista³⁹⁶. Ese era el núcleo de la idea que había tomado forma en Carmania. Los detalles se irían modificando durante los meses y los años siguientes a medida que los resultados de los viajes costeros de reconocimiento que Alejandro encargó en el año 324 estuvieran disponibles. Los informes de Arquias, Andróstenes y Hierón de Solos, en cierto modo desalentadores, debieron de tener un cierto efecto negativo (cfr. Arr., VII, 20, 7-9). Al margen de lo que Alejandro pudiera haber decidido al final, no hay motivos para dudar de que durante los primeros meses del año 324 el éxito de Nearco lo animó a planear un proyecto naval mucho más ambicioso, una circunnavegación total de África que supondría la aceptación del reto de los viajes de descubrimiento de los Aqueménidas, y resolvería los misterios que ellos no habían llegado a desentrañar (cfr. Heródoto, IV, 42-44).

En pleno invierno, Alejandro dejó el palacio de Carmania y, con un pequeño destacamento de caballería e infantería ligera, se dirigió directamente a Pasargada, la antigua capital de Pérsida (Arr., VI, 29, 1). No podemos seguir su ruta exacta pero, con toda probabilidad, avanzó hacia el norte, hacia el nacimiento del Halil Rud y más tarde tomó hacia el este por Sirjan y Sahr-i Bahbek, pasando por el norte del lago Neyriz a la llanura de Pasargada³⁹⁷. Entretanto, Hefestión se hizo cargo del grueso del ejército, incluyendo los elefantes, por un camino más suave y más cercano a la costa (quizá vía Lar, Fasa y Shiraz). Por el momento, Alejandro estaba aislado, con relativamente pocos hombres, y debía enfrentarse a una situación delicada. El sátrapa de Pérsida, Orxines, no había sido nombrado por él, sino que había usurpado el puesto tras la muerte de Frasaortes, confiando en su calidad de descendiente de Ciro y en su mando de las levas persas en Gaugamela (véase, más adelante, p. 280). Alejandro no tenía intención de

³⁹⁵ Arr., VII, 20, 3; Estrabón, 741.

³⁹⁶ Plut., *Al.*, 68, 2; Arr., VII, I, 1-3 (cfr. IV, 7, 5; V, 26, 2). Por lo general no se tiene en cuenta esta tradición (sin embargo, véase Schachermeyr [1973], p. 539), pero es circunstancial y puede derivarse de una de las fuentes principales de Arriano.

³⁹⁷ Cfr. Herzfeld (1908); Goukowsky (1978-1981), pp. 2 y 60-62.

ratificar la situación y había elegido ya el sucesor de Orxines (cfr. Arr., VI, 28, 3), pero no tenía modo de calibrar su popularidad y se vio obligado a actuar con extrema cautela, tal como había hecho en Carmania.

Orxines era consciente del peligro que corría y recibió a su soberano con una ceremonia impresionante y regalos más impresionantes todavía (Curcio, X, 1, 24). Lo acogió con cortesía, pero pronto estalló el escándalo. Alejandro había decidido presentar sus respetos a la tumba de Ciro, la pequeña cámara situada sobre una base de piedra con escalones que hoy día domina las ruinas de Pasargada³⁹⁸. En cuanto quitaron el sello, su contenido resultó ser muy poco en comparación con lo esperado. Un diván y un sarcófago deteriorado constituían todo el equipo funerario, y el cuerpo del conquistador yacía en fragmentos en el suelo. La tumba, según dijeron, había sido violada y se inició inmediatamente una investigación que no llegó a ninguna conclusión. Torturaron a los magos encargados de la tarea hereditaria de custodiar el monumento, pero demostraron ignorar por completo las circunstancias de la violación y los soltaron. El mismo Orxines estuvo bajo sospecha, pero fue justificado por pruebas indirectas (Estrabón, 730) y la identidad de los culpables, según parece, nunca se supo. La tumba fue arreglada y sellada bajo la supervisión de Aristóbulo, el cual dejó su relato personal sobre el misterioso suceso³⁹⁹, y Ciro recibió adornos dignos de su grandeza en vida. Pero el episodio tuvo repercusiones lamentables. El saqueo de la tumba fue tomado como prueba del desorden que había reinado durante la ausencia de Alejandro y pronto aparecieron más acusaciones. Alejandro se desplazó al sur, a Persépolis, donde el siniestro Bagoas, su eunuco favorito, orquestó un ataque contra el sátrapa⁴⁰⁰. Fue acusado de expoliar tumbas reales y de la ejecución arbitraria de sus súbditos, y fue crucificado sumariamente (Arr., VI, 30, 2). Algunas de las acusaciones pudieron tener algo de cierto: en cualquier caso, un veterano oficial macedonio (tal vez el jefe de la guarnición) también fue ejecutado (Plut., Al., 69, 3); pero el pecado principal de Orxines fue, sin duda, la usurpación. Hacía poco que Alejandro había juzgado y castigado a un usurpador en Media que se había puesto hacia arriba la tiara real (Arr., VI, 29, 3) y Orxines, con su linaje real, había estado peligrosamente cerca de hacer lo mismo en Pérsida. Era de desear que el futuro sátrapa no fuera iraní pero, al mismo tiempo, que lo aceptara el pueblo nativo. El titular escogido fue Peucestas, el salvador de Alejandro en la ciudad de

³⁹⁸ Stronach 1978, 24-43.

³⁹⁹ *FGrH* 139 F 51. De las dos versiones, la de Arriano (VI, 28, 4-8) es la más completa y, aparentemente, la más digna de confianza. No dice nada de una anterior visita a la tumba, que sólo menciona Estrabón (730) y resulta dudosa.

⁴⁰⁰ Curcio, X, 1, 30-37. Cfr. Badian (1958a), pp. 147-150, *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 321; Gunderson (1982), pp. 190-195; Hammond (1983a), p. 157.

los malios, y este se propuso absorber las *mores* persas. Con la aprobación plena del rey, adoptó el vestido persa, aprendió la lengua, y se granjeó la amistad de los persas por completo. En el año 317 sus súbditos lo habían aceptado sin reservas y protestaron amargamente cuando Antígono lo echó de su cargo (Diod., XIX, 14, 5; 48, 5). Su orientalismo provocó el resentimiento de los soldados macedonios tanto como satisfizo a Alejandro, y lo cierto es que los otros sátrapas no lo copiaron. Diodoro sugiere, sea cierto o no, que Peucestas fue el único sátrapa al cual Alejandro permitió vestirse con las ropas locales⁴⁰¹ y que su posición fue única. En Pérsida, el viejo corazón del imperio, se aceptaba peor a un gobernante extranjero que en cualquier otro lugar, y la conformidad con las *mores* locales era más importante. Peucestas fue animado a integrarse en la cultura local y a hacer que lo aceptaran. Así pudo gobernar Pérsida sin revoluciones internas, pero nunca pudo unir al pueblo para que se rebelara contra la autoridad real. En otros lugares, los sátrapas europeos no lo hicieron por su cuenta y no fueron estimulados a adoptar las costumbres de sus súbditos. Permanecieron como símbolos evidentes del despotismo extranjero, con más problemas de seguridad interna, pero con un potencial muy escaso para la insurrección en su propio interés.

Hefestión había llevado ya al grueso del ejército a Persépolis, donde, bajo la cáscara vacía del palacio de los Aqueménidas, tuvo lugar una segunda fogata, menor que la anterior. El sabio indio, Cálano, vencido por la enfermedad, insistió en suicidarse mediante el fuego⁴⁰². Fue llevado a la pira sobre un caballo real de origen niseo y el ejército entero se despidió solemnemente de él con un grito de guerra, a modo de adiós, al que se sumaron incluso los elefantes (Nearco *apud* Arr., VII, 3, 6). Cálano murió en silencio e inmóvil, como un paradigma de la resistencia que alaban todas las historias sobre Alejandro⁴⁰³, y su muerte fue celebrada con competiciones gimnásticas y musicales. Menos digna que las anteriores fue una competición de bebida de vino sin diluir que tuvo como resultado cuarenta y una muertes⁴⁰⁴. La intemperancia de la corte estaba alcanzando proporciones legendarias y los excesos producidos durante el tránsito por Carmania se repetirían periódicamente durante los últimos meses de vida de Alejandro. A continuación, Alejandro llevó a todo su ejército por el camino real hacia la capital de invierno, Susa, a la que llegó en marzo del año 324⁴⁰⁵, tras unos 24 días de ca-

⁴⁰¹ Diod., XIX, 14, 5; cfr. Bosworth (1980b), p. 12.

⁴⁰² Se sintió enfermo en Pasargada (Estrabón, 717) y murió poco después en Pérsida (Arr., VII, 3, 1). La localización de Diodoro (XVII, 107, 1) es extremadamente vaga.

⁴⁰³ Estrabón, 717-718; Arr., VII, 3, 1-6; Plut., *Al.*, 69, 6-7; Diod., XVII, 107, 2-5. Cfr. Berve (1926), 2 núm. 396.

⁴⁰⁴ Cares, *FGrH* 125 F 19 (Ateneo, 437 A-B; Plut., *Al.*, 70, 1).

⁴⁰⁵ Onesícrito *apud* Plinio, NH VI, 100 (al séptimo mes de su marcha de Pátala); cfr. Brunt (1978-1981), pp. 2 y 500.

mino (Diod., XIX, 21, 2). Justo antes de entrar en Susa, Alejandro cruzó un puente de pontones, donde encontró a Nearco esperando con la flota (Arr., *Ind.* 42, 7-8). El viaje desde Harmozeia había transcurrido casi sin sobresaltos. A pesar de la costa desértica, consiguieron abundantes víveres de las islas cercanas a tierra y Alejandro, en este caso, consiguió —no como en Gardrosia, donde había fallado estrepitosamente— tener suficiente grano almacenado en la desembocadura del Sítacos para aprovisionar a la flota durante una reparación que duró tres semanas⁴⁰⁶. Pero, desde el punto de vista de la exploración, el viaje no fue un éxito. La costa estaba llena de bajíos y ofrecía pocos fondeaderos. Allí donde los barcos podían aproximarse a la costa, las fuertes mareas hacían difícil atracar. Como consecuencia, Nearco se mantuvo en mar abierto y más tarde explicó que era incapaz de dar detalles precisos sobre otra cosa que fondeaderos y horarios de navegación⁴⁰⁷. El viaje terminó en la desembocadura del Éufrates, hasta donde llegaron noticias de que Alejandro había iniciado el viaje a Susa. La flota se dirigió entonces hacia el este, a la desembocadura del Pasitigris, para encontrarse con el ejército principal en el puente, a 60 estadios de la capital (Estrabón, 729)⁴⁰⁸. Las fuerzas de Alejandro estaban de nuevo unidas, a los tres meses de su separación en Carmania, y se produjo un alegre encuentro. Como en ocasiones anteriores, se celebraron sacrificios y juegos, y los oficiales veteranos fueron coronados por sus hazañas: Peucestas por su conducta heroica en la ciudad de los malios (había dejado su satrapía temporalmente), Leónato por su victoria en Orítide, y Nearco y Onesícrito por su éxito en el viaje por el Océano Índico. Hefestión y otros guardias de corps también recibieron coronas (Arr., VII, 5, 4-6; *Indi.*, 42, 9-10). Las celebraciones marcaron el fin de una época. El rey había regresado triunfante y honraba a los más humildes arquitectos de su éxito.

Tras este, se produciría un espectáculo mucho más brillante. Antes de salir de Susa, a finales del año 331, Alejandro había instalado allí a las princesas reales con instrucciones de que aprendieran griego. A su regreso, le estaban esperando y Alejandro cumplió su promesa de darles un marido (Diod., XVII, 38, 1). Esto planteaba un problema: si se casaban con sus iguales, dentro de la aristocracia persa, existía el peligro de que se convirtieran en instrumentos de revolución. Orxines y los pretendientes iraníes recientemente ejecutados constituían una señal de aviso de que la conquista de Persia no era todavía un hecho consumado, y era peligroso dar a los nobles persas el prestigio de un matrimonio real. Por otra parte, en Bactria-Sogdiana se había establecido ya un precedente de matrimonio mixto cuando Alejandro se casó con la hija de Oxiartes y, aparentemente, con-

⁴⁰⁶ Arr., *Ind.*, 38, 9. No obstante, véase Engels (1978a), p. 118.

⁴⁰⁷ *Ind.*, 40, 9; cfr. Estrabón, 732. Para el itinerario, véase SCHWEK (1962), pp. 69-86.

⁴⁰⁸ Para la localización y sus problemas, véase Bosworth (1987).

venció a algunos de sus nobles para que hicieran lo mismo. Así que Alejandro dispuso una elaborada ceremonia matrimonial que supuso un gasto enorme⁴⁰⁹. Alejandro, junto con otros noventa y un miembros de su corte, tomaron esposa entre la nobleza persa en una ceremonia que duró cinco días, acompañada de músicos, bailarines y actores procedentes de todo el mundo griego. Los matrimonios se celebraron en un recinto especial, con una cámara nupcial para cada pareja, y el ritual, a diferencia del primer matrimonio de Alejandro, siguió el rito persa. El propio Alejandro escogió a dos princesas: la hija mayor de Darío y la hija menor de Artajerjes III Oco. Hefestión casó con Dripetis, otra hija de Darío, en tanto que Crátero casó con Amastrines, prima de la anterior y sobrina del Gran Rey. Perdicas tomó a la hija de Atrópates de Media, y Nearco, Ptolomeo y Eumenes contrajeron matrimonio con miembros de la familia de Artabazo, consanguíneo de la familia real. Por último, Seleuco casó con Apama, hija del insurgente bactriano Espítámenes. Se celebraron unos ochenta matrimonios más y cada pareja recibió una dote del rey; todos los macedonios que habían tomado concubinas asiáticas recibieron una gratificación.

La ceremonia fue importante y simbólica, pero se nos escapan los matices. Con frecuencia se ha considerado que prefiguraba una fusión general de la aristocracia griega y la persa en una sola clase dominante⁴¹⁰. Desde luego, no fue así: no se produjo un proceso paralelo de promoción de la aristocracia persa y ninguno de sus miembros destacaba en la corte. Los únicos iraníes pertenecientes al grupo de los Compañeros son Oxiatres, el hermano de Darío (que permaneció con Alejandro poco más de un año), y Bagoas, hijo de Farnuces. Sin contar la respuesta al motín de Opis, no se intentó poner a persas en puestos de mando militar o de poder político. Un grupo selecto de nobles jóvenes fue reclutado en el *agema* de la caballería de los Compañeros y fueron armados con armas macedonias (Arr., VII, 6, 4-5), lo que puede sugerir un cierto grado de integración, pero a pequeña escala: colocaron a miembros de familias cuidadosamente escogidas en el escuadrón de la caballería macedonia de elite, pero no estaban en posición de mando y los macedonios los superaban con mucho en número. La quiliarquía (el puesto de gran visir) había recaído en Hefestión⁴¹¹, mientras sus Compañeros tomaban los ropajes púrpura de los cortesanos

⁴⁰⁹ Arr., VII, 4, 1-8; Plut., *Al.*, 70, 3; Diod., XVII, 107, 6; Justino, XII, 10, 9-10. Adviértase la vívida descripción testimonial de Cares (*FGrH* 125 F 4 = Ateneo, 538B).

⁴¹⁰ Véase en especial Droysen (1877), pp. 1, 2 y 241-242; Berve (1938); Schachermeyr (1973), pp. 479-487; *contra* Hampl (1954). Para una visión general de los problemas, véase Bosworth 1980b.

⁴¹¹ Schachermeyr (1970), pp. 31-37. Compárese con la posición de Ptolomeo como ἑδέατρος (Cares, *FGrH* 125 F 1); Berve (1926), pp. 1 y 39-40 negaba que fuera un puesto de la corte persa. Esto contradice la evidencia explícita de los lexicógrafos (Ael. Dion. *apud* Eustacio *Od.*, 1403, 40; *Etym. Magn.*, 315, 37-40; «Suda» s. v. ἑδέατρος).

aqueménidas. Lo cierto es que el predominio de los europeos en los puestos de poder aumentó en los últimos años del reinado, a medida que los sátrapas iraníes eran destituidos de sus puestos en las purgas del 325/4 (véase, más adelante, p. 280). Los matrimonios de Susa siguieron esa tendencia. A las princesas de la casa Aqueménida y a las damas destacadas de la corte anterior se les dio marido de origen macedonio. El poder había pasado a los conquistadores europeos y los matrimonios simbolizaron ese hecho. El mismo Alejandro, el autoproclamado sucesor de Darío y Artajerjes, se había casado con una hija de cada uno de sus predecesores inmediatos y, como en tiempos anteriores, las mujeres de la casa real dieron continuidad al régimen. Alejandro no era sólo el hijo de Filipo, sino el mismo Rey de Asia. Las pretensiones que había proclamado en Marato (véase, más arriba, p. 74) se habían satisfecho por completo.

Los novios no estaban tan contentos con estos acuerdos (Arr., VII, 6, 2). El rey había utilizado sus poderes de persuasión —o de coerción— y sus oficiales superiores aceptaron los matrimonios, incluso Crátero, que era conocido por su devoción a las tradiciones macedonias. Pero las uniones no duraron. Antes de que hubiera transcurrido un año tras la muerte de Alejandro, Crátero se había divorciado de su esposa y la había prometido a Dionisio, el tiranuelo de Heraclea Póntica (Memnón, *FGrH* 434 F 1 [4, 4]) y, exceptuando a la esposa de Seleuco, Apama, no hay constancia de que ninguna de las damas persas tuviera ningún papel en la era de los Sucesores. El hecho de tener que tomar esposa entre los vencidos, aunque fuera entre la nobleza de los vencidos, fue considerado una degradación, y se produjeron reacciones de hostilidad hacia las esposas asiáticas de Alejandro que culminaron en la resistencia, en Babilonia, al nombramiento del hijo de Roxana como futuro rey (Curcio, X, 6, 13; Justino, XIII, 2, 9-10). La incomodidad de los colaboradores veteranos de Alejandro tuvo eco e incluso mayor resonancia entre las tropas, cada vez más distanciadas por el modo en que Alejandro asimilaba el papel de Rey de Reyes. El hecho de que hubiera adoptado la vestimenta de los medos había provocado un resquemor duradero (véase, más arriba, p. 115), y ahora era un rasgo permanente de la vida cortesana: el traje habitual de Alejandro era la túnica púrpura con rayas blancas del rey persa (llevada con una capa macedonia), junto con la diadema persa⁴¹². La corte de Susa resplandecía con el equipo del ceremonial aqueménida. El antiguo cuerpo de guardia real de *melophoroi* se creó de nuevo y asistía al rey; si bien no sustituyó a los hipaspistas, sirvió como un cuerpo separado y complementario. El resentimiento fue aumentando gradualmente y, a medida que las extravagancias de Susa continuaban día a día, debió de extenderse la impresión

⁴¹² Éfipo, *FGrH* 126F 5; cfr. Ritter (1965), pp. 31 ss.; Bosworth (1980b), pp. 5-8.

generalizada de que Alejandro había perdido el contacto con sus orígenes macedonios. Era un monarca absoluto, gobernaba con un estilo marcadamente oriental y poco era lo que distinguía, si es que algo había, al ejército victorioso de los persas que había conquistado. La llegada de 30.000 jóvenes iraníes procedentes de las satrapías del nordeste, especialmente entrenados con las armas y las tácticas macedonias (véase, más adelante, p. 319), aumentó la irritación. Su instrucción era impresionante y su número todavía más; su nombre, Epígonos, resultaba ominoso. Podían sustituir a la falange macedonia como fuerza de ataque del ejército real y, en una emergencia, podían utilizarse incluso contra los macedonios⁴¹³. El desencanto de la tropa, exacerbado por las penalidades de la marcha por el desierto, era profundo, de modo que cuando Alejandro ofreció saldar las deudas de sus tropas, en un acto de generosidad para celebrar los matrimonios de Susa, sus motivos fueron puestos en duda. El registro de los deudores que solicitó fue interpretado como medio para recoger una lista de malgastadores y los hombres no se decidieron hasta que Alejandro prometió que se les pagaría en cuanto presentaran un pagaré. Se trata de un episodio instructivo que revela una inquietante falta de fe en el altruismo del rey y un sorprendente nivel de indigencia en el ejército (entre las que se manejan, la cifra más reducida destinada a pagar las deudas es de 9.870 talentos)⁴¹⁴. La conquista, a pesar de los vastos tesoros que había obtenido, no había enriquecido al grueso del ejército, y la carga de las deudas, sin duda, había sido opresora.

EL ÚLTIMO AÑO

En la primavera del año 324, el ejército salió de Susa y la mayoría de las fuerzas terrestres marchó con Hefestión directamente al golfo Pérsico. Alejandro embarcó parte de su guardia de infantería ya algunos de los Compañeros y navegó hasta la desembocadura del Euleo (Karun), repitiendo en sentido inverso la última fase del viaje de Nearco⁴¹⁵. Como había hecho en la India, salió a mar abierto y navegó con una escuadra pequeña y rápida hasta la desembocadura del Tigris. La mayor parte de la flota siguió un canal que unía el Euleo con el curso inferior del Tigris y

⁴¹³ Diod., XVII, 108, 3; cfr. Briant (1982b), pp. 30-39; Bosworth (1980b), pp. 5-8.

⁴¹⁴ Arr., VII, 5, 1-3 cuenta toda la historia y menciona la cantidad de 20.000 talentos (como, de modo más breve, hace Justino, XII, 11, 1-3). Plutarco narra, en esencia, la misma historia, situada en el mismo momento (*Alejandro*, 70, 3-6; cfr. *Mor.*, 339B-C) pero da la cifra de 10.000 menos 130, exactamente la misma que aparece en la versión de Curcio, presentada como una escena retrospectiva durante el motín de Opis (X, 2, 9; también Diod., XVII, 109, 2).

⁴¹⁵ Arr., VII, 7, 1-2.

el ejército se congregó cerca del gran estuario donde desembocaba el Tigris entonces. Este fue el emplazamiento de otra Alejandría, llamada más tarde Spasinou Charax⁴¹⁶. Una ciudad autóctona llamada Durine fue trasladada de lugar para suministrar la población agraria y una elite de veteranos macedonios retirados se instaló en un sector especial llamado Peleo, en honor a la capital macedonia (véanse, más adelante, pp. 364-365). Pocos de los colonos estarían contentos con su nueva suerte y el malestar entre las tropas no pudo hacer otra cosa que aumentar.

Desde el punto de encuentro, Alejandro siguió por el Tigris hacia el norte hasta Mesopotamia. A medida que avanzaba, destruía las cataratas artificiales que impedían la navegación por el río. Era a finales de la primavera, el río estaba crecido y el agua fluía en torrentes sobre las presas que, en estaciones más tranquilas, canalizaban parte del caudal hacia los canales de riego. A Alejandro le explicaron que se trataba de una defensa contra un ataque naval y él, con desprecio, puso a trabajar a los nativos para que quitaran las presas e hicieran que su flota pudiera navegar por el Tigris⁴¹⁷. Sin duda, pretendía preparar la ofensiva del año siguiente contra Arabia, que requeriría una armada procedente de Mesopotamia, y estaba adecuando el Tigris a sus propósitos; el río recibiría tráfico naval en ambas direcciones y la nueva población de la desembocadura serviría de arsenal. Alejandro no dudó en destruir obras vitales para la irrigación con tal de mejorar la navegabilidad. En cambio, en el Eufrates no había barreras artificiales para el transporte naval y los preparativos de Alejandro sólo supusieron beneficios, ya que mejoró el sistema de canales existente con el fin de que hubiera siempre un caudal de agua adecuado (véase, más adelante, p. 200). Nada iba a impedir el paso de su flota en cuanto se iniciara la nueva campaña. Envío también expediciones de reconocimiento e inspeccionó la costa de Arabia hasta el estrecho de Ormuz. La intensidad y la escala de los preparativos (véase, más arriba, p. 178) son testimonios elocuentes de la importancia que tenían para Alejandro los nuevos proyectos de conquista, que, aunque previstos todavía para un futuro indefinido, dominaban ya sus actos.

A mediados de verano, el ejército había llegado a Opis, una ciudad a orillas del Tigris, situada ligeramente por encima de Babilonia. Allí Alejandro declaró que licenciaría a todos los macedonios que no fueran aptos para el servicio debido a su edad o a sus heridas⁴¹⁸. Era una decisión lógica. Los veteranos serían sustituidos por sangre nueva procedente de Macedonia con tiempo suficiente para las campañas del oeste y, a su regreso,

⁴¹⁶ Plinio, *NH* VI, 138; cfr. NODELMAN (1960); Hansman (1967).

⁴¹⁷ Arr., VII, 7, 6-7; Estrabón, 740; cfr. Schachermeyr (1973), p. 539.

⁴¹⁸ Arr., VII, 8, 1 (cfr. Hammond [1980b], pp. 469-471); Plut., *Al.*, 71, 2-9; Diod., XVII, 109, 2-3; Curcio, X, 2, 13 y sigs.; Justino, XII, 11. Véanse WÜST (1953-4b); Badian (1965a).

servirían como reserva para el ejército de su país. Este anuncio hizo estallar toda la frustración reprimida durante los meses anteriores y se produjo una oleada de protestas comprensible, si bien poco lógica. El regreso a casa podía ser intrínsecamente deseable, pero lo vieron como un rechazo. El rey licenciaba a su vieja guardia la víspera de conquistas nuevas y provechosas. Al mismo tiempo, la perspectiva inmediata de permanecer en un ejército dominado ahora por tropas orientales no era en absoluto atractiva y, ambas partes, los retenidos y los licenciados, compartieron un descontento común. Este se expresó mediante insultos y con la petición de que la licencia fuera general: Alejandro podía proseguir la campaña con su padre Amón⁴¹⁹. Esta protesta a duras penas puede dignificarse con el término de «motín» con el que se conoce universalmente. Las tropas se limitaron a quejas verbales, pero fueron contumaces e hirientes. Alejandro ya no estaba acostumbrado a la franqueza tradicional macedonia. Las ofensas, en especial por parte de los hombres que habían rechazado su liderazgo en el Hífasis, eran intolerables y la desobediencia que implicaban suponía un desafío a su autoridad real. Alejandro respondió con violencia, hizo detener a trece de los agitadores más destacados y mandó que los ejecutaran. En cuanto al resto, los censuró en una arenga memorable en la que los acusó de ingratitud manifiesta y rechazó sus protestas de plano. Si querían, podían marcharse a casa y dejarlo; recurriría a los pueblos conquistados en busca de ayuda⁴²⁰. Alejandro cumplió de inmediato su última amenaza: se retiró furioso al palacio y se recluyó en él. Desde un punto de vista superficial, su actitud recuerda la del motín del Hífasis, pero en esta ocasión no se ablandó. Tras dos días de reclusión, reunió a un selecto grupo de persas y les ofreció puestos de mando. Los títulos militares macedonios iban a pasar a unidades persas⁴²¹. Ahora, según parecía, los veteranos macedonios ya no tenían cabida en el nuevo esquema de cosas y las unidades persas no sólo podían sustituirlos, sino también desplegarse contra ellos. No podemos decir hasta dónde habría llegado Alejandro, porque los macedonios capitularon sin condiciones, lanzando sus armas ante la puerta del palacio y pidiendo perdón del modo más humillante. Tras unos pocos días, Alejandro los recibió y aceptó su homenaje. Besó a Calines, el portavoz, permitió que este lo besara y, en un gesto grandilocuente, los abrazó a todos como parientes. La tensión estaba rota y las lamentaciones histéricas fueron sustituidas por una alegría igualmente histérica.

⁴¹⁹ Arr., VII, 8, 3; Justino, XII, 11, 6; Diod., XVII, 109, 2. Cfr. Bosworth (1977a), pp. 64 ss.; *contra* Kraft (1971), pp. 64-65.

⁴²⁰ Los discursos aparecen en Arriano (VII, 9-10) y en Curcio (X, 2, 15 ss.). Sobre su autenticidad, véanse Tarn (1948), pp. 2 y 290-296; Wüst (1953-1954a); Brunt (1976-1983), pp. 2 y 532-533.

⁴²¹ Arr., VII, 11, 1-4; Plut., *Al.*, 71, 4-6; Curcio, X, 3, 5 ss.; Diod., XVII, 108, 3.

Alejandro tenía que expiar algunas acciones: había jugado deliberadamente con la profunda hostilidad entre macedonios y persas, y el ascenso deliberado de los persas había producido un profundo impacto en su tropa. Para sanar las heridas, ofreció un enorme banquete de reconciliación al que, según se dice, asistieron más de 9.000 comensales. Tal como debía ser, se rodeó de macedonios, situó a los persas en el siguiente círculo y a los representantes escogidos de otras naciones en la periferia. Era la misma disposición general que había seguido en sus recepciones de Susa⁴²², pero en esta ocasión mostró una enfática y significativa preferencia hacia los macedonios. Alejandro y los que con él estaban sacaron vino de la misma crátera y lo sirvieron para una solemne libación a la que se sumaron todos los invitados. Alejandro rezó una oración en la que, entre otras cosas, rogó por «la concordia y el imperio común para macedonios y persas» (Arr., VII, 11, 9). Era normal pedir concordia tras un periodo de conflicto (cfr. Diod., XVI, 20, 6), así como que deseara un imperio común un dirigente cuyo ejército imperial integraba tropas iraníes y macedonias. El ruego indicaba que ambos pueblos figuraban en los proyectos imperiales de Alejandro y que debían convivir en paz. Nada más indicaba que Alejandro tuviera previsto formar una raza dirigente híbrida hecha a partir de la fusión de ambas nacionalidades, o que considerara la humanidad como una hermandad bajo su dominio universal⁴²³. De hecho, el ruego ocupó su lugar en la ceremonia de reconciliación como un instrumento pragmático (casi cínico) para relajar las tensiones con las que Alejandro había jugado para sus propios fines. La política no cambió. Los iraníes siguieron dominando en el interior del ejército, por lo menos, en cuestión de número, y las posiciones de poder en la corte y en las satrapías siguieron monopolizadas por los europeos. El imperio común siguió siendo un ruego piadoso y nada más.

La licencia se llevó a cabo. Se seleccionaron 10.000 veteranos macedonios (y 1.500 de caballería) para la repatriación, casi la mitad de los macedonios del ejército de Alejandro (véase, más adelante, p. 312). Recibieron una magnífica recompensa, ya que cada hombre recibió un talento, además de su paga completa, y la columna fue puesta bajo el mando de Crátero y de una serie de oficiales veteranos, entre los cuales estaban Polipérconte y Clito el Blanco. La salud de Crátero no era perfecta (Arr., VII, 12, 4) y era la elección natural para el mando de un formidable ejército de veteranos. Probablemente, fue un alivio alejarlo de la corte. Había sido muy franco en su defensa de la tradición macedonia (Plut., *Eum.*, 6, 3; *Al.*, 47, 9) y, como Parmenión, Alejandro lo había

⁴²² Filarco, *FGH* 81 F 41; cfr. Bosworth (1980b), p. 8.

⁴²³ Sobre estas fantasías, cuyas representaciones más elocuentes son Berve (1938) y Tarn (1948), pp. 2 y 399-440, véanse Andreotti (1956), Badian (1958b), junto con MERLAN (1950), y Bosworth (1980b), pp. 2-4.

mantenido casi siempre alejado de la corte, en misiones militares importantes, pero aisladas. Alejandro se despidió de él conmovido, insistiendo en el profundo afecto que sentía por él (Arr., VII, 12, 3), pero no cabe duda de que respiró más tranquilo tras su marcha. Su misión era compleja. Primero tuvo que ir a Cilicia para supervisar la construcción del armamento destinado a la futura campaña del Mediterráneo⁴²⁴ y, en su debido momento, llevaría las tropas hasta Macedonia y sustituiría a Antípatro como regente en Europa, con plena responsabilidad sobre Macedonia, Tracia y la Liga de Corinto. Antípatro debía ir a reunirse con el rey en Asia con un ejército nuevo recién reclutado. Aparentemente, este también era otro movimiento destinado a preparar la guerra venidera: Antípatro, como los demás oficiales del imperio del oeste, iba a traer sus fuerzas excedentes para engrosar los ejércitos reales (véase, más arriba, p. 174). Pero, en este caso, había otros factores en juego. Las relaciones entre el rey y su regente se habían deteriorado a lo largo de los años y no se habían beneficiado demasiado con una serie de cartas virulentas procedentes de Olimpiade. La reina madre se había retirado al Epiro tras una prolongada lucha con Antípatro y allí se dedicaba a minar su posición. Su hija, Cleopatra, hacía lo mismo desde Macedonia, adonde había regresado tras la muerte de su esposo, Alejandro de Epiro⁴²⁵. Esta campaña de desprestigio por parte de las dos mujeres de su familia debió de producir en Alejandro más irritación que inquietud, pero debió de ayudar a que la balanza se inclinara contra Antípatro. La ejecución del yerno Lincesta de Antípatro había provocado ya tensiones, y el hecho de que no enviara los refuerzos macedonios que Alejandro había pedido debió de agriar aún más las relaciones. La partida de reclutamiento que Alejandro había enviado desde Nautaca en el invierno de 328/327 no había producido ningún resultado y es probable que ahora Alejandro tuviera la sensación de que la única manera de conseguir que vinieran sus hombres era ordenando a Antípatro que los trajera en persona.

Antípatro no respondió de inmediato; en lugar de ello, envió a la corte a su hijo mayor, Casandro (Plut., *Al.*, 74, 2), sin duda para explicar su posición y alegar que la delicada situación de Grecia (véanse, más adelante, pp. 263 ss.) le impedía debilitar al ejército del país. Para decirlo en términos suaves, la misión no fue un éxito total. Alejandro no congenió con Casandro y le trató con una ferocidad brutal cuyas repercusiones duraron

⁴²⁴ Diod., XVIII, 4, 1; 12, 1. Crátero estaba todavía en Cilicia en el momento de la muerte de Alejandro. Cfr. Badian (1961), pp. 36 ss.; Bosworth (1971b), pp. 125-126; Schachermeyr (1973), pp. 516-519.

⁴²⁵ Arr., VII, 12, 5-7; Diod., XVII, 118, 1; Plut., *Al.*, 39, 7; *Mor.*, 180E (Olimpiade); Plut., *Al.*, 68, 4-5 (Cleopatra). Hammond (1980b), pp. 473-475, argumenta que ambas mujeres compartían una *prostasia* oficial ratificada por Alejandro.

toda la vida⁴²⁶. La actitud de Alejandro hacia toda la familia de Antípatro parece hostil. La noticia de la sustitución del regente había provocado la llegada de embajadas de quejas que el rey, si es que algo hizo, fomentó, y se extendió la idea de que Antípatro había caído en desgracia. Hasta tal punto que, cuando Alejandro murió, se difundió de inmediato el rumor de que Antípatro lo había envenenado, y los atenienses, irónicamente, votaron conceder honores a su hijo Iolao, el copero de Alejandro y supuesto asesino⁴²⁷. Los rumores son disparatados y, por supuesto, no es posible verificarlos, pero el hecho de que existieran es un testimonio elocuente de la inseguridad de la posición de Antípatro. Tal vez consiguiera que, por el momento, su ejecución se aplazara. Por lo menos, las fuentes no registran más instrucciones para que dejara Macedonia, y Crátero tenía suficiente trabajo en Cilicia como para permanecer activo (junto con sus hombres) hasta el fin del reinado. No hay indicios de que su demora no gozara de la aprobación oficial. Pero las perspectivas de Antípatro no eran excelentes y, de modo inevitable, llegaría el momento en que debería escoger entre seguir las instrucciones del rey o bien permanecer en Macedonia rebelándose contra la autoridad real. No podemos saber de qué modo habría actuado, pero resulta desconcertante leer que llevó a cabo negociaciones secretas con los etolios, los enemigos más acérrimos de Alejandro en suelo griego⁴²⁸. En el mejor de los casos, sus acciones fueron ambiguas y sus detractores pensarían lo peor de él.

En Opis, Alejandro estaba preparado para ponerse en marcha de nuevo. Las necesidades del enorme ejército que lo rodeaba habrían supuesto una grave merma para los recursos de Mesopotamia y era tanto una necesidad como un placer llevar su corte desde la sofocante llanura a las altiplanicies de Zagros, donde pasaría el otoño en Ecbatana, la tradicional capital de verano de los reyes persas (Estrabón, 523-524). No tenía prisa e hicieron muchas paradas para descansar, entre las que hay que incluir una visita a Bagistane (Bisutun). Allí, el ejército disfrutó de los frondosos jardines y del imponente escenario del famoso santuario, el cual tal vez estuviera ya asociado con Heracles, el antepasado del rey⁴²⁹, antes de ascender por el valle del Gamasiab en dirección a los campos de Nisea⁴³⁰ donde pastaban los caballos reales de la corte Aqueménida. Una vez más, la realidad no estuvo a la altura de las expectativas. En lugar de los supuestos

⁴²⁶ Plut., *Al.*, 73, 2-6. cfr. BENDINELLI (1965). Sobre la hostilidad de Casandro hacia la memoria de Alejandro, véase Errington (1976), pp. 146-152; *contra* Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 105-111.

⁴²⁷ [Plut.], *Mor.*, 849 F. Para el otro dato, véase Bosworth (1971b), pp. 113-116.

⁴²⁸ Plut., *Al.*, 49, 14-15. Cfr. Badian (1961), pp. 36-37; Bosworth (1977b); Mendels (1984), pp. 137-140.

⁴²⁹ Diod., XVII, 110, 5; cfr. BERNARD, (1980b).

⁴³⁰ Cfr. Herzfeld (1968), pp. 15-24.

150.000 ejemplares, encontraron menos de 50.000; se dijo que la mayoría había sido víctima de los bandidos (Arr., VII, 13, 1; Diod., XVII, 110, 6). Los últimos seis años, con la guerra civil y la usurpación del poder en Media, pudieron animar a los coseos del Zagros a hacer incursiones contra los caballos niseos, que habrían sido atractivos animales de reproducción. Por el momento, Alejandro pasó por alto los estragos causados, concedió a sus hombres un mes de descanso en la llanura Nisea y siguió avanzando hacia Ecbatana, adonde llegó tras una marcha de siete días.

Su llegada fue motivo para prolongadas celebraciones. La marcha en sí había sido relajada, con repetidas juergas por el camino; y Atrópates, el sátrapa de Media, tuvo noticia de su llegada a la capital y pudo hacer dispendiosos preparativos para distraer a su rey: su futuro e incluso su vida podían depender de ello. Al mismo tiempo, acudió el inevitable conglomerado de visitantes, embajadores y artistas, y es muy probable que Alejandro recibiera allí la noticia de que Atenas había acogido a Hárpalo (véase, más adelante, p. 263). El resultado fue una oleada de hostilidad contra la ciudad, que alcanzó el clímax en un sacrificio dedicado a Dioniso⁴³¹. Atrópates convidó a todo el ejército y los embajadores allí reunidos rivalizaron en ofrecer coronas y decretos honoríficos al rey. La culminación fue la promesa del distinguido cortesano Gorgo de Yaso de aportar panoplias y máquinas de asedio de escala gigantesca para un futuro bloqueo a Atenas. Afortunadamente, la situación se alivió pronto con la detención de Hárpalo y su huida de Atenas. La guerra no llegó a producirse, pero en el otoño del año 324 las tensiones habían alcanzado el punto máximo y estas se liberaron en el banquete. Tras el sacrificio se celebraron certámenes atléticos y teatrales que duraron varios días, acompañados de fiestas entre los Compañeros en las que se bebía mucho. Durante las celebraciones, Hefestión se puso enfermo y, aunque estaba bajo tratamiento médico, sufrió una súbita recaída y murió al séptimo día de enfermedad⁴³². La muerte de Hefestión produjo una profunda conmoción. Es difícil calibrar la importancia de Hefestión en la corte pero, según parece, era el miembro del equipo de Alejandro que más cerca estaba de él desde un punto de vista sentimental y político. Había fomentado con entusiasmo la adopción del ceremonial persa, en agudo contraste con Crátero, y, como quiliarco, ocupaba el segundo lugar en la jerarquía de la corte, por detrás tan sólo de Alejandro. Desde el año 330, dirigía la primera hiparquía de los Compañeros y era uno de los miembros más

⁴³¹ EFIPQ, *FGrH* 126F 5 (Ateneo, 538A-B). Se ha discutido el valor del fragmento (cfr. Jacoby, *FGrH* 11D, pp. 437-438; Pearson [1960], pp. 64-65; Errington [1975a], pp. 54-55) pero los detalles son circunstanciales y verosímiles (a excepción, posiblemente, del inmenso valor de la corona de Gorgo) y hay otros testimonios sobre los personajes involucrados. Cfr. HEISSERER (1980), pp. 169-193.

⁴³² Arr., VII, 14, 1; Plut., *Al.*, 72, 2; Diod., XVII, 110, 7-8.

destacados de la guardia personal. Todas las fuentes acentúan la proximidad de su relación personal con Alejandro, pero no era indispensable en la corte; durante los últimos años, Alejandro lo había enviado en numerosas ocasiones al mando de columnas secundarias del ejército y alguna vez había permanecido alejado de Alejandro durante varios meses seguidos. Pero no cabe duda de que gozaba del afecto de Alejandro y había provocado los celos de otros miembros destacados de la jerarquía. Sus enfrentamientos con Crátero eran legendarios y había tenido numerosas peleas con Éumenes; de la última de ellas se reconciliaron sólo unas semanas antes de su muerte⁴³³. Las sospechas de que había habido algo turbio en su muerte probablemente fueron numerosas. El rey ejecutó al desgraciado médico de Hefestión, y los oficiales superiores —en especial, Éumenes— tuvieron buen cuidado de honrar a su colega muerto del modo más exagerado. No parece haber duda de que en esos días había una pesada atmósfera de desconfianza y de sospecha alrededor del rey. Pero la reacción de Alejandro estuvo dominada por una pena histérica que recordaba el duelo de Aquiles por Patroclo. Como afirma Arriano (VII, 14, 2-3), tal vez los detalles se exageraron para alabar el amor que sentía por su amigo o para reprobar la indecorosa falta de pudor en la expresión de su pena, pero todos coincidieron en que esta era extrema. Ayunó durante tres días, echado sobre el cadáver, proclamó un periodo de luto para todo el imperio y, con la aprobación de un oráculo de Amón, institucionalizó el culto como héroe de su amigo (véase, más adelante, p. 337). Perdicas, su sucesor en la quiliarquía, llevó el cuerpo a Babilonia. Alejandro proyectó construir allí un inmenso monumento funerario. Según Diodoro, debía ser un gran cubo de ladrillo de un estadio de lado y unos 200 pies de altura, con la base rodeada por proas doradas de quinqueremes y las paredes decoradas con cinco frisos sucesivos⁴³⁴. La construcción nunca se terminó, quizá nunca llegara a iniciarse formalmente, pero se destinaron a ella 10.000 talentos y se congregó a artesanos procedentes de todo el mundo civilizado. Estos planes se hicieron públicos tras la muerte de Alejandro, cuando Perdicas los explicó al ejército macedonio (para invalidarlos)⁴³⁵ y, no cabe duda de que son ciertos y, aunque a otra escala, paralelos a los juegos funerarios que se celebraron y para los que Alejandro congregó a 3.000 competidores que celebraron, no sólo las exequias de Hefestión, sino también las suyas (cfr. Arr., VII, 14, 10).

La enormidad del funeral planeado por Alejandro es coherente con los otros planes que, según las fuentes, maduró en este periodo. Los proyectos

⁴³³ Cfr. Berve (1926), 2 núms. 317, 357 y 446.

⁴³⁴ Diod., XVII, 115, 1-5; Plut., *Al.*, 72, 5; Arr., VII, 14, 8; Justino, XII, 12, 12. Cfr. Wüst (1959).

⁴³⁵ Diod., XVIII, 4, 2 ss. Cfr. Badian (1968) con discusión completa de la literatura anterior; Hornblower (1981), pp. 94-96, manifiesta algunas dudas.

que Perdicas hizo rechazar al ejército en Babilonia incluían la construcción de una tumba para Filipo siguiendo el modelo de la Gran Pirámide, y de seis templos grandiosos, cada uno de los cuales debía de costar 1.500 talentos, así como un santuario insuperable dedicado a Atenea en Ilión. Estas extravagancias arquitectónicas están a la altura del grandioso proyecto de conquista en el oeste y son la expresión física del estado de ánimo que llevó a Alejandro, a nivel político, a promulgar edictos reales dirigidos al mundo griego en su totalidad y, en la esfera religiosa, a desfilarse como un dios manifiesto. Alejandro, como Arriano decía (VII, 30, 2), era consciente de que era un hombre distinto de cualquier otro. Sus conquistas lo habían situado por encima de todo conquistador conocido (eso había demostrado repetidas veces de modo deliberado) y los monumentos materiales que dejaría tras él debían eclipsar el pasado y disuadir de todo intento de emulación. Incluso su pena estaba por encima de todo comportamiento normal.

El otoño se había transformado en invierno antes de que terminara el primer estallido de tristeza de Alejandro. Prosiguió con la campaña y Plutarco (*Al.*, 72, 4) afirma que buscaba consuelo en la guerra, pero se trata de una simplificación excesiva. El objetivo escogido eran los coseos de Zagros, los descendientes de los casitas de los tiempos babilónicos, que ahora ocupaban el territorio montañoso que limitaba con Media. En concreto, dominaban el camino secundario que unía directamente Ecbatana con Susa, la carretera que actualmente pasa por Dezful y Korramabad hacia Nahavand y Hamadan⁴³⁶. Vivían del pastoreo en sociedades tribales y, de vez en cuando, hacían incursiones contra las comunidades agrarias que lindaban con su territorio. Sin embargo, en general, el régimen Aqueménida había tolerado su relativa independencia y los reyes persas les pagaban un derecho de paso cuando se trasladaban directamente por las montañas entre Ecbatana y Babilonia (Estrabón, 524 = Nearco, *FGrH* 133 F 1g). Quizá Alejandro recibió la misma petición de peaje que le habían hecho los uxios (véase más arriba, p. 120), y es muy probable que considerara a los coseos responsables de la reducción del número de los caballos de Nisea. Eso, más su intolerancia habitual hacia la independencia, bastó para que iniciara contra ellos una campaña invernal. Dividió el ejército en columnas y esperó a que el hambre obligara a los montañeros a salir de su escondite. A los cuarenta días recibió la sumisión de, por lo menos, algunas tribus coseas y estableció «ciudades», es decir, asentamientos militares, para controlar las insurgencias (Diod., XVII, 111, 6). La mano de obra campesina la facilitaban los coseos que habían pasado de pastores a labradores. Nearco veía todo esto como una extensión de la civilización⁴³⁷, pero es difícil que los beneficiarios estu-

⁴³⁶ Diod., XIX, 19, 2-8. Cfr. BRIANT (1982a), pp. 57 ss.

⁴³⁷ Arr., *Ind.*, 40, 8; cfr. Briant (1982a), pp. 100-112.

vieran tan entusiasmados como él. La conquista fue transitoria. No se supo nada más de las fundaciones de Alejandro y, cuando Antígono llevó un ejército desde Susa a Ecbatana, en el verano del año 317, se encontró con unos coseos independientes y extremadamente hostiles (Diod., XIX, 19, 3-8). Alejandro tal vez los intimidó momentáneamente, pero no intentó o no pretendió pacificar la región por completo.

A principios del año 323, la corte inició su marcha de regreso a Babilonia. Al llegar a la llanura, empezaron a congregarse embajadas procedentes de casi todos los rincones del mundo occidental. Arriano da testimonio de legaciones venidas de Epidauro, en Grecia, y de los libios, brucios, lucanos y etruscos, procedentes del oeste⁴³⁸. Otras legaciones estaban esperándolo en Babilonia y los últimos meses del reinado conocerían un flujo continuo de embajadas. La audiencia más impresionante fue la concedida tras su primer regreso a Babilonia, cuando Alejandro escuchó a una muchedumbre de representantes de la Grecia continental y recibió embajadas de Cartago y de comunidades del oeste, llegadas de puntos tan lejanos como España. Hubo también contactos con habitantes del norte de los Balcanes, con los escitas europeos, los ilirios y pueblos tracios⁴³⁹. Todos ellos tenían buenos motivos para solicitar el favor del rey. Los planes de conquista del oeste llevaban más de un año de gestación, tiempo suficiente para que los rumores penetraran por toda la costa del Mediterráneo, y la mayoría de las legaciones mencionadas tenían motivos verdaderos para inquietarse. Cartago era el primer objetivo manifiesto de la conquista hacia el oeste (véase, más arriba, p. 77). Los brucios y los lucanos habían sido los principales adversarios de Alejandro de Epiro⁴⁴⁰ y era razonable que esperaran represalias por parte de su sobrino. La amenaza sobre los etruscos era menos directa, pero había habido protestas, en especial de Atenas, contra los estragos causados por su navegación en el Adriático (véase, más adelante, p. 241), y se dice que Alejandro atendió la reclamación (Estrabón, 232). En el norte, la situación era caótica tras la desastrosa derrota de Zopirión, el general de Alejandro en Tracia, el cual había organizado de cualquier modo una invasión del territorio de los escitas y, tras penetrar hasta el río Borístenes, sufrió una severa derrota y su ejército fue aniquilado (c. 326 a. de J.C.)⁴⁴¹. Como consecuencia del desastre se produjo un levantamiento en Tracia y el príncipe odrisio, Seutes, consiguió mantener su independencia durante toda la vida de Alejandro, e

⁴³⁸ Arr., VII, 15, 4-6 (cfr. 14,6).

⁴³⁹ Arr., VII, 19, 1-2; Diod., XVII, 113, 1-2. Cfr. Jaschinski (1981), pp. 122 ss.; Brunt (1976-1983), pp. 2 y 495-499; *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 374 ss.

⁴⁴⁰ Cfr. E. PAIS, *Storia dell' Italia antica* 2, pp. 272-273; Berve (1926), 2 núm. 38.

⁴⁴¹ Justino, XII, 2, 16-17; Curcio, X, 1, 44; cfr. Berve (1926), 2 núm. 340; ZIEGLER, *RE X*, pp. 763-764.

incluso tras su muerte⁴⁴². Cada una de las comunidades balcánicas tenía interés en presentar su propia versión de los hechos y desviar hacia otras cabezas la justa ira del rey. De modo similar, las ciudades de Grecia estaban preocupadas con el problema que planteaba la puesta en práctica del Decreto de Exiliados (véase, más adelante, pp. 323, 324), y hubo embajadas de agradecimiento o de protesta, según los intereses de los embajadores, hasta el fin del reinado. No sabemos qué fallos pronunció Alejandro. Según Diodoro (XVII, 113, 3-4), agrupó las embajadas por categorías, de modo que escuchó primero a los delegados encargados de asuntos sagrados, después a los que le habían llevado presentes, a los que tenían disputas con sus vecinos, a los que acudían en misiones privadas y, por último, a los que protestaban contra el regreso de los exiliados. La mayor prioridad se dio a los centros panhelénicos, incluido el santuario de Amón, que Alejandro colocaba en segundo lugar tras Olimpia. A continuación pasaron los delegados que ofrecían sumisión en forma de presentes o de aceptación de las leyes reales. Los que presentaban objeciones los situó con firmeza en la base de la jerarquía. Alejandro aceptaría nuevos súbditos con magnanimidad y respondería a un regalo con otro, pero sus proyectos no iban a cambiar y la guerra en el oeste era inevitable.

Arriano plantea una cuestión curiosa, si bien sin importancia desde un punto de vista histórico. Cita a los escritores posteriores Aristón y Asclepiades como fuentes de la tradición que dice que Alejandro recibió una embajada de Roma y profetizó la grandeza futura de la ciudad. Añade que Ptolomeo y Aristóbulo omitieron este episodio, y eso ha hecho que muchos estudiosos modernos se inclinen a considerarlo falso. Sin duda, en esta versión posterior citada por Arriano, la historia está escrita con pleno conocimiento de que Roma se convirtió en una potencia mundial y aparece adornada con detalles poco verosímiles y anacrónicos⁴⁴³. Pero ese no es el caso de todas las historias sobre la embajada. Clitarco mencionó el hecho de que enviaron una embajada (*legutionem tantum ud Alexundrum missum*)⁴⁴⁴ y nada sugiere que le pareciera un dato especialmente destacable. Lo que es más, tal vez no la mencionó en el contexto de la recepción de Babilonia. Si los romanos, efectivamente, enviaron una legación a Alejandro, esta pudo llegar en cualquier momento anterior a su muerte. Clitarco la habría mencionado casualmente en parte de su narración no extractada por Diodoro o Justino/Trogo (como una de las muchas legaciones de menor importancia), y ni Ptolomeo ni Aristóbulo consideraron el hecho digno de mención. Los

⁴⁴² Curcio, X, 1, 45; Diod., XVIII, 14, 2; cfr. MICHAÏLOV (1961).

⁴⁴³ Arr., VII, 15, 5-6. Cfr. Tarn (1948), pp. 2 y 21-26; Pearson (1960), pp. 232-234; *contra* Sordi (1964); Schachermeyr (1970), pp. 218-223; WEIPPERT (1972), pp. 1-10.

⁴⁴⁴ Plinio, NH III, 57 = *FGH* 137 F 31. Cfr. Hamilton (1961); Badian (1965c).

romanos tenían tantos motivos para acercarse a Alejandro como cualquier otro pueblo de Italia. Estaban envueltos en la apertura de hostilidades de la Segunda Guerra Samnita y era prudente ganar la buena voluntad del conquistador del este, al que faltaba poco para enfrentarse al Mediterráneo occidental. Es posible que ellos también tuvieran necesidad de alegar en defensa propia, si es que Alejandro se había hecho ya eco de los actos de piratería de las gentes de Anzio, bajo el dominio romano en el Lacio (Estrabón, 232). No plantea ninguna dificultad histórica el hecho de que hubieran enviado una embajada, un asunto de menor importancia que tuvo poco impacto en la corte. Años más tarde, se convirtió en materia prima para la leyenda de Alejandro, cuando Aristón y Asclepiades concedieron a Alejandro una visión inspirada de lo que sería una potencia mundial, pero Clitarco escribió antes del año 300 a. de J.C., sin las ventajas de tener una perspectiva del pasado y sin ninguna intención propagandística. Si anotó la presencia de una embajada romana, es probable que se trate de un registro auténtico: no tenía motivos para inventarla. En ese caso, sería cierto que los romanos dieron pasos para establecer relaciones con Alejandro. Fue un momento lleno de simbolismo que ninguna de las dos partes pudo apreciar. Para Alejandro, se trató de una embajada trivial, si bien no tanto para los romanos, pero la muerte del rey borró cualquier ventaja o desventaja conseguida gracias a la reunión.

Según parece, la muerte de Alejandro fue prevista en Babilonia. Los detalles son oscuros, pero todos coinciden en que los astrólogos nativos le enviaron un mensaje aconsejándole que no entrara en Babilonia. Se han sugerido varios motivos: según Diodoro (XVII, 112, 2-6), dijeron que el destino podía alejarse si reconstruía el conjunto de templos del Esagil y evitaba la ciudad con un rodeo, en tanto que una de las fuentes de Arriano (¿Ptolomeo?) afirma que se trataba de una argucia: los sacerdotes babilonios deseaban impedir la reconstrucción del Esagil y seguir disfrutando de los ingresos que, de otro modo, estarían dedicados al mantenimiento del templo (VII, 17, 4-1). Sea cual fuere la verdad que subyace bajo estas tradiciones, parece claro que Alejandro prestó cierta atención al aviso. Aristóbulo (*FGrH* 139 F 54) afirmaba que evitó acercarse a la ciudad por el oeste y, siguiendo los consejos de los sacerdotes, dio un rodeo por el norte y siguió el Éufrates hacia los barrios del este. Cuando no pudo acercarse por ahí debido a las marismas, se vio obligado a hacer una entrada más ortodoxa, contra las advertencias de sus consejeros religiosos. No podemos decir si se produjo alguna fricción entre el rey y los sacerdotes babilonios, pero su sombría profecía parece ideada para mantener a Alejandro lejos de la ciudad. Quizá, tal como sugiere Arriano, temían la interferencia real y alguna usurpación de sus prerrogativas, pero eso sucedería estuviera o no presente de forma física el rey en Babilonia. Otro motivo de recelo, que las fuentes no mencionan, era la construc-

ción de la monstruosidad que iba a sostener la pira de Hefestión, que destacaría sobre los otros templos de los dioses nativos y los eclipsaría, al tiempo que exigiría la demolición de una parte importante de la muralla de la ciudad. Es posible que los sacerdotes quisieran impedir que Alejandro fuera en persona a dedicar sus prodigiosas energías a la tarea. Si podrían convencerlo de que rodeara la ciudad y diera prioridad a la reconstrucción del Esagil (tal como implica Diodoro), el monumento se retrasaría de modo indefinido. Más tarde, su acción dilatoria se atribuiría, inevitablemente, a la corrupción.

En Babilonia, el rey concedió la que fue famosa audiencia a las embajadas del oeste y se puso en marcha para despejar los terrenos destinados a la reconstrucción del Esagil (y también al monumento de Hefestión). Su principal preocupación, como siempre, era de carácter militar. La primera flota para la expedición a Arabia estaba casi preparada⁴⁴⁵. Nearco había llegado ya con los restos de su unidad militar, navegando curso arriba del Éufrates desde el golfo Pérsico, y la primera expedición de barcos de guerra procedente de la costa oriental del Mediterráneo había navegado hacia el sur desde Tápsaco, después de que estos hubieran sido enviados en piezas desde la costa del Mediterráneo. El contingente era pequeño, integrado por cuarenta y siete barcos en total, pero tenía que ampliarse mucho más con barcos producidos en los astilleros mediterráneos, y los bosques de cedros de Babilonia fueron talados para construir una flota adicional. Para facilitar las instalaciones necesarias, se dragó un gran puerto en Babilonia con capacidad para más de 1.000 barcos de guerra, y un agente de reclutamiento, Mícalo de Clazómenas, fue enviado a la costa fenicia con 500 talentos para conseguir tripulaciones. El primer objetivo era Arabia. Las expediciones de reconocimiento enviadas por Alejandro habían llegado hasta la península de Musandam y las islas de Icaria (Falaika) y Tilo (Bahrein)⁴⁴⁶, en especial a los lugares con fama de fértiles y que parecían prometedores para un asentamiento. La legendaria abundancia de las especias de Arabia era un incentivo más (Arr., VII, 20, 2) y Alejandro no sólo planeaba conquistar el litoral meridional del golfo Pérsico, sino también establecer asentamientos permanentes. Tomó como pretexto para la invasión el hecho de que los árabes no le habían enviado ninguna embajada ni le hubieran rendido homenaje. En este aspecto, fueron los únicos de la zona. Aristóbulo también tenía una historia pere-

⁴⁴⁵ Lo que sigue se basa principalmente en Aristóbulo (*FGH* 139 F 55-56) tal como lo transmiten Arr., VII, 19, 3; 22, 5, y Estrabón, 741. Para los planes de Alejandro en el oeste, véase, más arriba, p. 178.

⁴⁴⁶ Arr., VII, 20, 3-8; cfr. HÖGEMANN (1985), pp. 80 ss. En relación con el asentamiento selúcida posterior en Falaika, véanse JEPPESEN (1960); Cohen (1978), pp. 42-44, Roueché y Sherwin-White (1985).

grina acerca de que los árabes adoraban sólo a dos dioses, Urano y Dioniso, y que Alejandro se consideraba digno de ser el tercero si los conquistaba y les concedía su independencia tradicional⁴⁴⁷. Por extraña que sea, la historia procede de un contemporáneo y cuenta con alguna corroboración. Cuando Antíoco III visitó la ciudad árabe de Gerrha, le rogaron que no revocara lo que les habían dado los dioses, es decir, paz eterna y libertad (Polibio, XIII, 9, 4). Los dioses les garantizaban paz y libertad, y Alejandro pensó que podía ofrecer la misma garantía *bajo su soberanía*. Una vez conquistados, los árabes disfrutarían de la paz bajo su protección y él (o su sátrapa) vigilaría la continuidad de sus instituciones libres. Era la misma garantía que había dado a los lidios en el año 334 ya los ariaspas en el 330. Bajo el mando de Alejandro, había (según su criterio) una libertad perfecta y no era una ilusión disparatada la idea de que podía desempeñar el papel que normalmente ocupaban los dioses ancestrales de los árabes. No podemos decir si esperaba ser adorado, pero no cabe duda de que se consideraba igual, si no superior, a las deidades árabes. También tenía intención de conquistar y someter de modo permanente a los nativos⁴⁴⁸. Es difícil saber hasta qué punto. La isla de Tilo (Bahrein), cuya feracidad habían ensalzado Andróstenes y Arquias, fue uno de los objetivos primeros, una base para la colonización, como lo era el gran centro comercial de Gerrha en la costa opuesta. Este era uno de los principales puntos de distribución del comercio de especias con la Arabia Félix. Sus habitantes transportaban sus mercancías sobre balsas Éufrates arriba (Aristóbulo, *FGrH* 139 F 59 = Estrabón, 766) y, años más tarde, tuvieron recursos suficientes para pagar a Antíoco un regalo real de 1.000 talentos de incienso y 200 de aceite de mirra (Polibio, XIII, 9, 5). Pero esto era, probablemente, el principio. Arriano (VII, 20, 2) sugiere que Alejandro tenía ambiciones en las tierras productoras de especias y tenía intención de avanzar hasta el Yemen. En ese caso, la invasión duraría más de lo previsto. Se anexionaría la costa meridional del golfo Pérsico para equiparla con bases militares desde las que lanzaría el ataque a la Arabia Félix. Si bien eso sólo era el preludio de planes más amplios relacionados con la conquista por el oeste que seguían dominando las especulaciones de Alejandro. Mientras se encaminaba hacia Babilonia, había encargado a Heraclides de Argos que construyera una flota de guerra para explorar las costas del Caspio y determinar si se trataba de un golfo del océano o parte del mar Negro (Arr., VII, 16, 1-2). Fue algo más que un viaje de exploración, por importante que este fuera. Si Alejandro llevaba alguna vez a cabo su intención de conquistar el Ponto Euxino y unir su

⁴⁴⁷ Arr., VII, 20, 1; Estrabón, 741. Cfr. Högemann (1985), pp. 120-135.

⁴⁴⁸ No obstante, véanse Tarn (1948), pp. 2 y 394-395; Andreotti (1957), 147-148; contra Schachermeyr (1973), pp. 538-546.

imperio por el este con el mundo occidental (véase, más arriba, p. 132), necesitaba datos geográficos y estratégicos detallados, y la principal tarea de Heraclides fue establecer si había arterias adecuadas para la comunicación naval entre el Ponto Euxino y el este. Era el mismo trabajo de reconocimiento que habían llevado a cabo Arquias, Andróstenes y Hierón en el golfo Pérsico, pero la expedición de Heraclides iba a ser mucho más importante, ya que participaba en ella una flota de guerra y tal vez pretendiera hacer algo más que explorar.

Mientras la flota invasora se concentraba en Babilonia, Alejandro revisó el sistema de drenaje del Éufrates e hizo despejar los extremos de algunos canales y bloquear otros para adecuar el caudal a la navegación. La actividad se concentró en la entrada del principal canal de drenaje, el Palácopas, el cual desviaba el exceso de agua durante las crecidas y la repartía entre los lagos y marismas cercanos a la costa, que formaban la frontera con el territorio de Arabia. Cuando el caudal del agua era escaso, un número ingente de babilonios, bajo el control del sátrapa, cerraba la boca del canal, pero el blando subsuelo de material de aluvión hacía que el trabajo resultara muy difícil. Así pues, Alejandro abrió una nueva entrada para el canal 30 estadios río arriba, en un lugar donde el terreno era rocoso y proporcionaba una base firme para formar el dique estacional⁴⁴⁹. En aquel momento, el río bajaba lleno, y Alejandro descendió navegando el Palácopas en dirección a los lagos de Arabia, donde fundó la última de las Alejandrías, cuya población griega procedía de sus fuerzas mercenarias. Durante la futura invasión constituiría una base para el ejército invasor, comparable a Alejandría Cárax, situada en la desembocadura del Tigris. Alejandro remontó el Palácopas y se aseguró de que la entrada quedara bloqueada cuando las aguas del Éufrates disminuyeran, de modo que las marismas de Arabia quedaran parcialmente desecadas y fueran vulnerables a una invasión por tierra (Aristóbulo, *FGH* 139 F 56 = Estrabón, 741), mientras el Éufrates retenía agua suficiente para que su flota navegara.

En Babilonia, la concentración de las fuerzas era ya casi completa. La flota estaba preparada, la moral era alta, y realizó maniobras navales espectaculares en el Éufrates (Arr., VII, 23, 5). El ejército se había engrosado con fuerzas mercenarias que los sátrapas de Lidia y Caria habían traído de Asia Menor, pero el contingente más impresionante era el que aportaba Peucestas, que había reclutado un ejército de 20.000 infantes persas entre los que había coseos y tapurios de las montañas. Estas tropas nativas se incorporaron a la falange macedonia con sus armas tradicionales, el arco y la jabalina, totalmente incompatibles con las *sarisae* macedonias. Los ma-

⁴⁴⁹ Arr., VII, 21, 2-7; Estrabón, 740-741; cfr. Högemann (1985), pp. 145-149.

cedonios formaban las tres primeras hileras y la última, y en el centro de cada fila vertical había doce persas⁴⁵⁰. Así aportarían el número suficiente de soldados para dar impulso a las tres hileras delanteras de *sarisae* y permitirían que Alejandro sacara el mayor partido de sus escasas reservas de veteranos macedonios. Había un abismo entre la nueva falange y la que había cruzado el Helesponto en el año 334, pero sus adversarios eran árabes ligeramente armados, un enemigo muy desigual, en una batalla campal, para cualquier ejército de infantería pesada bien entrenada. Hasta que llegaran los refuerzos con Antípatro, ellos cargarían con lo más duro de la lucha junto con los *epigoni* formados según las técnicas macedonias.

El nuevo ejército nunca se puso a prueba porque sobrevino la enfermedad final de Alejandro. Hacia finales de mayo, su embajada oficial regresó de Siwa con el sello de aprobación de Amón para que se honrara a Hefestión como héroe (véase, más adelante, p. 337). La noticia fue recibida con júbilo⁴⁵¹. A los sacrificios acostumbrados siguieron las fiestas en las que se repartió comida y bebida entre las compañías del ejército. El rey mismo bebió hasta altas horas de la noche con sus amigos y Medio de Larisa lo invitó a seguir la fiesta en una celebración más íntima, con 20 invitados, donde bebieron cantidades enormes que dieron pie a leyendas. Pronto se dijo que Alejandro bebió hasta morir o, peor aún, que fue envenenado por las siniestras maquinaciones de los hijos de Antípatro. Según se dijo, el punto álgido fue un intercambio de brindis en el cual el rey bebió un recipiente lleno hasta el borde de vino sin diluir, de una capacidad de unos 6 litros⁴⁵². Eso lo llevó a un dramático colapso, acompañado (según dice la tradición de la vulgata) de un violento espasmo de dolor, como si hubiera recibido un golpe violento⁴⁵³. La muerte le sobrevino rápidamente ya que sus médicos fueron incapaces de tratar la enfermedad. Esta tradición está sesgada para poner énfasis en los rasgos de la enfermedad compatibles con el envenenamiento y se originó inmediatamente después de su muerte. A continuación, los atenienses votaron conceder honores al hijo de Antípatro, Iolao, el supuesto asesino ([Plut.], *Mor.*, 849 F), y es posible que el contemporáneo Onesícrito hablara abiertamente de envenenamiento (*FGrH* 134 F 37). Estas alegaciones procedían de rumores de la época y fueron difundidas por personas hostiles a Antípatro, en especial la reina madre, Olímpíade, que profanaría la tumba de Iolao para vengar la muerte de su hijo (Diod., XIX, 11, 8)

⁴⁵⁰ Arr., VII, 23, 3-4; cfr. Bosworth (1980b), 18-19.

⁴⁵¹ Arr., VII, 24, 4. Cfr. Plut., *Al.*, 72, 3; 75, 3.

⁴⁵² Efipto, *FGrH* 126 F 3; «Nicobulo», *FGrH* 127F 1-2.

⁴⁵³ Efipto, *FGrH* 126 F 3; Diod., XVII, 117, 1-3; Justino, XII, 13, 7-10; *Epit. Metz*, 99; Plut., *Al.*, 75, 5; Arr., VII, 27, 2. Cfr. Merkelbach (1977), pp. 164 ss.; Bosworth (1971b), pp. 113-116.

cuando ocupó Macedonia en el año 317 a. de J.C. Esto es muestra elocuente de lo precario de la situación de Antípatro al final del reinado pero, dejando de lado el hecho de que le interesara la muerte de Alejandro, no prueba nada. Dado lo repentino del fallecimiento del rey, los rumores fueron muy abundantes.

Existe una versión mucho menos sensacionalista, citada por Arriano (¿de Ptolomeo?) y Plutarco partiendo de el «El Diario Real»⁴⁵⁴. Este documento ofrecía una narración diaria y selectiva de las acciones del rey y se remontaba, por lo menos, hasta 10 meses atrás, al mes Dío del año 324, y su redacción se atribuye al secretario principal, Éumenes de Cardia, y a un tal Diódoto de Eritras (del que no sabemos nada). Lo escrito cada jornada era relativamente breve y daba un simple resumen de los actos públicos y privados del rey, con un cierto énfasis en los banquetes (*simposia*) reales y en sus efectos posteriores, y los últimos diez días de la vida de Alejandro aparecen registrados en un breve resumen. El banquete con Medio tuvo lugar el día decimoctavo del mes macedonio de Desio (finales de mayo del año 323). Cuando terminó, Alejandro había contraído ya fiebre y pasó la noche en la cámara de baño. Tras un día en el que intentó recuperarse, reanudó sus actividades normales todavía con fiebre, ofreció sacrificios todas las mañanas y mantuvo repetidas conferencias con sus oficiales superiores para preparar la expedición a Arabia. El 24 de Desio la fiebre se había agudizado peligrosamente. El rey quedó postrado en la cama y sus oficiales superiores lo velaron durante toda la noche. Al día siguiente se quedó sin voz y permaneció en la cama, gravísimo, en el palacio de Nabucodonosor. Finalmente (el 26 de Desio), los soldados, convencidos de que estaba muerto, se abrieron paso hasta la cámara del lecho y desfilaron ante su rey, mudo, pero todavía consciente. Por último, cayó en coma y murió hacia la tarde del día 28 de Desio (el 10 de junio del año 323)⁴⁵⁵. El registro es muy vívido, pero se ha puesto en duda su autenticidad⁴⁵⁶. Hay discrepancias, algunas de ellas importantes, entre las versiones citadas por Plutarco y Arriano, y la tradición común contiene un anacronismo evidente: se dice que siete oficiales superiores intentaron comunicarse con el dios mediante el sueño para consultar sobre Alejandro en el santuario de Sérapis. Lo cierto es que se considera que la deidad helenística llamada Sérapis fue una creación del

⁴⁵⁴ Arr., VII, 25, 1-26; Plut., *Al.*, 76. Estos y otros fragmentos aparecen editados por Jacoby, *FGH* 117.

⁴⁵⁵ Sachs (1955), núm. 209; SAMUEL (1962), pp. 46-47; LEWIS (1969).

⁴⁵⁶ Pearson (1954-1955), pp. 429-439; Samuel (1965); Bosworth (1971b), pp. 117-121; Brunt (1976-1983), I, XXIV-XXVI. Para la vieja teoría de que las Efemérides eran un diario oficial de la corte, redactado por Eumenes como parte de sus deberes habituales, véanse Wilcken (1894); KAERST, *RE* V, pp. 2749 ss.; Berve (1926), pp. 1 y 50-51; Hammond (1983a), pp. 4-11.

rey Ptolomeo I⁴⁵⁷ y no pudo tener ningún templo en Babilonia durante el reinado de Alejandro. O la información es una invención que hace retroceder el culto sanador de Sérapis a la generación anterior, o bien se trata de un complicado caso de sincretismo religioso, en el que un dios babilónico sería más tarde identificado con el helénico Sérapis (en ese caso, nuestras versiones de las Efemérides se habrían editado durante la transmisión), o bien había realmente un santuario en Babilonia dedicado al dios del mundo de los muertos de Menfis, Oserapis, el precursor del Sérapis ptolemaico⁴⁵⁸. No es fácil llegar a una conclusión y, aunque se justificara que las Efemérides eran una recopilación de la época hecha por Éumenes, eso no garantizaría que se trataba de una fuente totalmente fidedigna. Puesto que hubo rumores de envenenamiento, era natural que Éumenes, que era huésped en el banquete fatal, redactara un registro que hiciera que la muerte pareciera debida a la enfermedad, tal vez agudizada por la bebida. En esta versión, Alejandro no cae mientras bebe, sino que sucumbe a una fiebre que lo incapacita gradualmente. Hasta el mismo final, la corte siguió funcionando como siempre. Se supone que los detalles dados (si Éumenes era el autor definitivo) eran precisos, pero estaban cuidadosamente escogidos para excluir las sospechas de que había sucedido algo turbio⁴⁵⁹. En ese caso, el registro es demasiado parcial para intentar cualquier diagnóstico de la enfermedad. Podemos descartar el fallecimiento rápido que describe la tradición de la vulgata, pero lo que nos queda es una fiebre que se agudizó a lo largo de diez días para terminar con un estado de coma. Nunca sabremos si se trataba de malaria⁴⁶⁰ o de cualquier otra enfermedad tropical que pudo verse favorecida por la indudable debilidad de Alejandro tras la herida recibida en el pecho en la ciudad de los malios y las continuas fiestas épicas de su corte; además, el avance de la enfermedad también pudo ser acelerado de modo artificial y malintencionado. En esas circunstancias, era previsible que se sospechara de la existencia de alguna trama oscura pero las pruebas, tanto entonces como ahora, son demasiado escasas como para respaldar ninguna tesis.

⁴⁵⁷ FRASER (1967); (1972), pp. 1 y 246-250; *contra* Welles (1972).

⁴⁵⁸ Para distintas soluciones, véanse LÉVY (1913); Wilcken (1922-1937), pp. 1 y 79 ss.; Bosworth (1971b), pp. 119-121; Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 199-200.

⁴⁵⁹ Véase Wilcken (1967), p. 236: «Los Diarios de esos últimos días, que fueron redactados más tarde, probablemente para refutar con algún documento oficial la afirmación falsa de que había sido envenenado».

⁴⁶⁰ Cfr. Schachermeyr (1973), p. 561; Engels (1978b); Hammond (1980a), p. 323, n. 116. Para las sugerencias de que se trató de un envenenamiento con estricnina, véanse MILNS (1968), pp. 255-257; Green (1974), pp. 476-477.

Epílogo: los rasgos del porvenir

La muerte de Alejandro condujo, de modo inevitable, a la desmembración de su imperio. No hubo un sucesor inmediato y, desde el principio, los jefes militares que se encontraban en Babilonia no tuvieron intención de dar el poder a un rey legítimo. Si podemos creer a Curcio y a Justino, su primer plan fue esperar el nacimiento del hijo que Roxana había concebido¹. Nada garantizaba que fuera varón y resultaba evidente que el monarca sería un títere; la regencia sería fundamental. Este acuerdo en torno al rey no nacido fue denunciado inmediatamente como absurdo. Incitada por Meleagro, un comandante de la falange, la infantería se amotinó y apoyó las pretensiones de Arrideo, el hermanastro deficiente mental de Alejandro. El resultado de todo ello fue una solución de compromiso: se proclamó rey a Arrideo, que asumió el nombre real de Filipo (III), y unos meses más tarde, el hijo de Roxana, afortunadamente un varón, se unió a él en el trono con el nombre de Alejandro (IV), como su padre. Era un trono doble, tal como muestran los documentos contemporáneos², pero este extraño emparejamiento de un tonto y un niño nunca fue otra cosa que un recurso político. Los reyes eran los títeres de sus protectores, primero Perdicas, el cual se convirtió en el verdadero guardián de los reyes en Babilonia, y después Antípatro, que asumió la tutela en Triparadisos (321) y envió a los desventurados gobernantes a Macedonia. La farsa terminó bruscamente a finales del año 317, cuando la esposa de Arrideo, Eurídice (nieta de Filipo II), desafió a su guardián habitual, Poliperconte, e intentó hacer valer la autoridad real³. Ella y su esposo murieron a los pocos meses, y el vencedor último de la lucha por el poder en Macedonia, el hijo mayor de Antípatro, Casandro, recluyó al niño Alejandro con su madre en Anfípolis con la intención de negarles los privilegios reales. El fantasma del poder real estuvo presente durante unos pocos años. En el año 331, Casandro fue nombrado general de Eurcpa «hasta la mayoría de edad de Alejandro, hijo de Roxana» (Diod., XIX, 105, I). Entonces terminó la farsa.

¹ Curcio, X, 7, 8; Justino, XIII, 2, 14. Véase el análisis completo de Errington (1970), pp. 49-53 y, para una bibliografía completa, Seibert (1983), pp. 84-89.

² Por ejemplo, *OGIS* 4, líneas 5-7; *Hesperia* 37 (1968) 222; *MDAI* (A) 72 (1957) 158. Para más datos, véase HABICHT (1973).

³ Sobre estos hechos, véase Errington (1986), pp. 114-120.

Casandro hizo asesinar al último Argéada junto con su madre y mandó que se ocultaran los cadáveres⁴.

Pero el proceso de disolución estaba avanzado incluso antes del fallecimiento de los reyes. El asentamiento en Babilonia había separado a Macedonia del imperio del este; Antípatro y Crátero fueron destinados a los Balcanes, en una división de la autoridad que resulta muy oscura⁵, mientras Perdicas dirigía el ejército real en Asia. Durante las guerras civiles que se produjeron a continuación, la separación de Macedonia se fue convirtiendo en un hecho establecido y reconocido, hasta que en el año 316 Casandro se estableció firmemente como dirigente de hecho. En otros lugares se produjeron procesos similares, en especial en el oeste del imperio, donde a los oficiales más capaces de Alejandro les fueron asignadas satrapías. Egipto se convirtió en territorio indiscutido de Ptolomeo tras su eficaz defensa contra la invasión de Perdicas. Contemplaba el país como «ganado con la lanza»⁶ y lo gobernó sin referencia a ninguna autoridad superior. El principal desafío a las ambiciones separatistas procedió de Antígono. El más eficaz sátrapa de Asia Menor en vida de Alejandro fue nombrado general de las fuerzas reales contra Éumenes y los restos de los ejércitos de Perdicas (320). Una vez nombrado, puso sus ojos en el control total de Asia, haciendo caso omiso de las directrices procedentes de los guardianes reales en el año 317. Su campaña contra Éumenes lo llevó a un lugar tan al este como Persia, y no vaciló en poner y quitar sátrapas, así que depuso a Peucestas y a Estasandro, los cuales debían sus nombramientos al propio Alejandro⁷. Sus ambiciones se confirmaron temporalmente con la paz del año 311, cuando se le cedió el mando de «toda Asia» (Diod., XIX, 105, I) y, en el año 306, él y su hijo Demetrio asumieron el título y el traje propios del trono. Sus rivales (Ptolomeo, Casandro, Lisímaco y Seleuco) siguieron su ejemplo inmediatamente⁸. En lugar de un solo reino, ahora había cinco. Egipto y Macedonia eran entidades separadas, tal como lo habían sido siempre. Los territorios tracios del Helesponto cayeron en manos de Lisímaco y se formaron dos grandes conglomerados imperiales: las tierras que había entre el Egeo y el Éufrates quedaron bajo el mando de Antígono y las que iban desde el Éufrates

⁴ Diod., XIX, 105, 1; Justino, IX, 2, 5; Pausanias, IX, 7, 2.

⁵ Las fuentes son vagas y divergentes, y la posición de Crátero es especialmente difícil de dilucidar (para las distintas sugerencias, véase Seibert [1983], pp. 84 ss.). Por fortuna, hay pocas dudas acerca del hecho de que Macedonia estaba separada de hecho del resto del imperio. La victoria de Antípatro en el año 321 (y la muerte de Crátero) garantizaron que la división fuera permanente.

⁶ Diod., XVIII, 39, 5; 43, 1; XIX, 105, 4; XX, 76, 7. Cfr. Hornblower (1981), p. 51.

⁷ Véase en especial Diod., XIX, 48, 1-5.

⁸ Diod., XX, 53, 2-4; Plut., *Demetr.*, 18 (véanse, en resumen, AUSTIN [1981], pp. 65-67; Seibert [1983], pp. 136-140).

hasta las fronteras de la India, bajo Seleuco. El mundo helenístico había empezado a perfilarse. El ideal de un imperio unificado no se había perdido y Antígono y Demetrio lo persiguieron hasta el final, pero siguió siendo sólo un ideal. Las conquistas de Alejandro quedaron divididas en bloques de poder separados, cuyas fronteras podían cambiar de modo dramático, tal como sucedió tras Ipsos y Corupedión, pero para un solo gobernante era prácticamente imposible dominar el resto.

El imperio mundial había desaparecido de modo irremediable. Sin embargo, Alejandro dejó tras él un ideal de monarquía seductor y persistente. Inmediatamente después de su muerte (si no antes), sus generales imitaron sus gestos y su vestimenta. Ya en el año 322, Leónato transformó su aspecto físico para parecerse a Alejandro; también tenía un contingente de caballos reales niseos y su propio *agema* de Compañeros⁹. La mezcla de la *kausia* (el sombrero macedonio) y la diadema, característica de Alejandro, se convirtió de hecho en un símbolo de la realeza, en tanto que la pompa y el ceremonial de los últimos días de la corte alentaron a los siguientes dinastas a emular sus exagerados dispendios. También se imitaron sus relaciones con los dioses. Seleuco proclamaba que Apolo era su padre divino y sostenía que su trono estaba sancionado por los oráculos (de los bránquidas)¹⁰. En un ámbito menos elevado, los lágidas de Egipto reivindicaron el mismo linaje divino que la casa Argéada: Ptolomeo remontó sus orígenes hasta Heracles, y Arsínoe, su esposa, hasta Dioniso¹¹. Quedaba establecida la deificación del gobernante vivo. Ya en el año 311 a. de J.C., Antígono fue objeto de honores en Escepsis con todos los aditamentos de altar, estatua de culto, recinto sagrado y festival anual (OGIS 6) y, cuatro años más tarde, él y su hijo recibieron una verdadera profusión de honores de culto por parte de los atenienses. El rey en el trono era un verdadero dios entre los hombres y, como el de Alejandro, su poder era autocrático, sin prácticamente ninguna restricción en su libertad de acción. Se convirtió casi en un lugar común filosófico decir que, como monarca, era *nomos empsychos*, la ley encarnada. La autocracia, tal como hemos visto, era una característica de la monarquía macedonia mucho antes de Alejandro, pero la conquista de Persia y la adopción del protocolo de la corte oriental añadieron una nueva dimensión. No era fácil encontrar un paralelo para el Alejandro del año 324, que ordenó con toda calma el regreso de los exiliados en todo el mundo griego, sin preocuparse por las leyes y convenciones existentes, nacionales o internacionales. Alejandro había introducido un nuevo estilo de gobierno, un nuevo concepto de grandeza regia que los reyes que la sucedieron imitarían.

⁹ Una vívida descripción en Arr., *Sic.* F 12 (Ruus) = «Suda» s. v. εὐννατος.

¹⁰ GÜNTHER (1971), pp. 66-73; HADLEY (1974), p. 58.

¹¹ SÁTIRO, *FGrH* 631 F 1 (genealogía completa); OGIS, 54, líneas 1-5.

Dejó muy poco más. En Babilonia, el ejército anuló sus ambiciones insatisfechas de conquista en el oeste. Perdicas leyó en voz alta los *hypomnemata* del difunto rey y las tropas los rechazaron por imposibles y extravagantes. Eso terminó con los planes de conquistas externas. Otros dinastas posteriores, como Pirro, tal vez soñaron con llevarlos a cabo¹² pero, en la práctica, la primera necesidad era consolidar el territorio en el interior del imperio. Varios de los sátrapas reunidos en Babilonia tuvieron que luchar para conservar el poder que se les había concedido. Lisímaco se encontró en acerba lucha con el renaciente reino del odrisio Seutes, y Éumenes pidió la intervención de Perdicas y el gran ejército para poder establecerse en Capadocia (322). Las guerras civiles consiguientes y la fragmentación del imperio indican que las aspiraciones eran más limitadas y se dirigían contra los dinastas rivales y no contra pueblos exteriores. Ptolomeo podía incluir la Cirenaica en su gran Egipto y extender su frontera al sur de Elefantina, pero no compensaba los territorios del lejano este a los que Seleuco había renunciado. Las satrapías del Indo probablemente habían sido conquistadas por Chandragupta cuando Seleuco se estableció en Babilonia en el año 312 (Justino, XVI, 4, 22) y, poco antes de Ipso, Seleuco reconoció el nuevo régimen mediante la cesión del territorio situado al este de Aracosia a cambio de 500 elefantes¹³. Muchas de las fundaciones de Alejandro (incluida la famosa Alejandría en el Cáucaso) pasaron a estar bajo el dominio de los maurias, y el control seléucida se contrajo hasta el oeste de la meseta iraní¹⁴. Resultaba poco práctico extender las conquistas. Alejandro había establecido la matriz del imperio, y la lucha por la supremacía era interna.

La principal víctima del proceso de fragmentación fue Macedonia. Las tremendas exigencias de tropas por parte de Alejandro habían agotado las reservas de infantería. Los efectos eran evidentes en el momento de su muerte, cuando Antípato tuvo problemas para movilizar un ejército destinado a combatir la alianza de los estados griegos insurgentes. Según se ha dicho, se debía al efecto debilitador de los refuerzos enviados a Asia¹⁵, ya que pocos de los hombres de Alejandro regresaron. La mayoría permaneció en Asia, alimentando los ejércitos de los dinastas en conflicto (y no puede haber existido una máquina de militares profesionales más terrible). El número de hombres en Macedonia tuvo que descender ne-

¹² Plut., *Pirro*, 14; cfr. Polibio, V, 101, 8-10. Austin (1986), p. 456, acentúa, con razón, la necesidad que los reyes helenísticos tenían de conseguir territorios. Las ambiciones, sin duda, eran grandes, pero las posibilidades de realizarlas eran muy limitadas.

¹³ Estrabón, 724; App., *Syr.*, 55, 282; cfr. Seibert (1983), pp. 145-147.

¹⁴ Sin embargo, en las satrapías del nordeste, los seléucidas mantuvieron un cierto control hasta mediados del tercer siglo a. de J.C.

¹⁵ Para el debate completo, véase Bosworth (1986).

cesariamente y la emigración hacia los nuevos centros de poder en Asia y en Egipto aceleró ese descenso. A finales del siglo IV, las fuerzas que Casandro tenía a su disposición eran una fracción de las legadas por Filipo en el año 336¹⁶. Macedonia ya no era un coloso que dominaba por completo el mundo griego. Incluso cuando Casandro se había afianzado ya en el poder, tuvo que hacer frente a repetidos desafíos por parte de Antígono y de Ptolomeo, que se entrometieron en la política de las ciudades estado griegas. No fue, como se ha dicho con frecuencia, el fin de la independencia de Grecia. El choque entre dinastas tuvo un efecto similar al de la rivalidad entre Atenas y Esparta durante la guerra del Peloponeso. Cada contendiente favorecía la institución política que convenía a sus intereses. Como su padre Antípatro (y como Filipo II), Casandro favoreció a la oligarquía y la restricción severa de los derechos políticos. Esto permitió que los antigónidas defendieran la causa de la democracia y la autonomía. Las facciones políticas de cada ciudad se aliaban con los monarcas rivales, del mismo modo que lo habían hecho con las ciudades estado hegemónicas del pasado. En algunos sentidos, los ptolomeos y los seléucidas asumieron el papel de Persia y de Egipto a principios del siglo IV. Daban empleo a los exiliados, bien como mercenarios, bien como colonos militares y, en otro nivel, como amigos y consejeros. Demetrio de Falero disfrutó del exilio en Egipto con algunos altibajos tras perder el poder en Atenas, y lo que es más significativo todavía, Calias de Esfeto, actuando como comandante de mercenarios para Ptolomeo I, pudo cooger sus fuerzas de la isla de Andros para apoyar la revuelta del demos ateniense contra la guarnición de Demetrio (287 a. de J.C.) y más tarde representó los intereses atenienses con gran éxito en la corte de los lágidas¹⁷. En fechas posteriores, los dos hombres de estado atenienses, Cremónides y Glaucón, encontraron refugio y apoyo con Ptolomeo II y siguieron promoviendo los intereses de su ciudad en Alejandría¹⁸. Macedonia siguió siendo una amenaza constante para la autonomía griega, pero nunca recuperó el dominio total que Filipo había ejercido tras Queronea.

Tras Alejandro, los Balcanes tuvieron una importancia secundaria. El centro político cambió necesariamente. En parte, fue una consecuencia económica de las conquistas de Alejandro. Los recursos acumulados del Imperio persa se habían dispersado por los tesoros del este: las reservas más importantes eran las de Babilonia y de Cilicia; y las fueron gastando

¹⁶ Las tropas reunidas para hacer frente a la invasión de Demetrio en el año 302 alcanzaban los 29.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería (Diod., XX, 110, 4; cfr. Bosworth [1986], p. 10).

¹⁷ Cfr. SHEAR (1978), con modificaciones por parte de OSBORNE (1979) y Habicht (1979), pp. 45-67. Véase también Austin (1981), pp. 78-83.

¹⁸ TELES, p. 23 (Hense²); cfr. ÉTIENNE y PIÉART (1975), pp. 56-58.

los sátrapas de Babilonia y después los monarcas que acudieron a controlarlos. En noviembre del año 316, antes incluso de que Éumenes hubiera pasado por Cilicia, Antígono pudo tomar 10.000 talentos del tesoro real de Cinda (los ingresos anuales de la satrapía, que se anexionó, ascendían a 10.000 talentos)¹⁹. Egipto siempre había sido rico y se dice que con Ptolomeo II los ingresos anuales de la monarquía llegaban a los 14.800 talentos, en tanto que las reservas del tesoro oscilaban (seguramente se trata de una fuente apócrifa) alrededor de los 740.000 talentos²⁰. Los ingresos de los seléucidas tal vez no alcanzaran esta cifra pero, de todos modos, eran muy importantes. Se dice que Ptolomeo III consiguió un botín de 40.000 talentos en una sola guerra contra la Siria seléucida y uno de los tesoros de los que se apropió (en Cilicia) contenía 1.500 talentos²¹. Este apuntalamiento económico permitió a los dinastas del este atraer a una multitud de colonos militares para poblar las ciudades fundadas en Mesopotamia y la Siria seléucida, así como para formar el núcleo de los ejércitos de los Ptolomeos. Los hombres indigentes o ambiciosos tendían a trasladarse hacia el este, donde se podía esperar obtener empleo y era realista aspirar a la fortuna.

El proceso de transición fue gradual. Al principio, las tierras europeas se beneficiaron del flujo de riqueza de la conquista de Alejandro. Hay testimonios de grandes acumulaciones de riquezas en manos privadas y hubo grotescas exhibiciones de bienes. En cuanto a los reyes, basta con mirar la grandiosa preparación naval de Demetrio en el año 288 a. de J.C., cuando en los astilleros de Grecia se encontraban las quillas de no menos de 500 barcos de guerra, entre los que había «quince» y «dieciséis» de un tamaño nunca visto hasta la fecha²². En un nivel más modesto, tenemos un informe de un testigo presencial del mismo periodo en relación con el fantástico banquete que un tal Cárano dio en Macedonia, el cual, sin duda, exhibió las riquezas amasadas dos generaciones atrás en una orgía vulgar y sensacional de excesos gastronómicos²³. Pero la riqueza no seguía creciendo. Tras Alejandro, Macedonia no tuvo la fuerza ni la oportunidad de llevar a cabo nuevas guerras de anexión y no obtuvo ningún botín procedente de otro país para incrementar los ingresos nacionales. El declive fue lento, pero inevitable, debido al gran cambio de centro que había producido el reinado de Alejandro. Desde cierta perspectiva, había

¹⁹ Diod., XIX, 56, 5.

²⁰ Porfirio, *FGrH* 260 F 42; App. *Proem*, 10, 40.

²¹ Porfirio, *FGrH* 260 F 43; cfr. *FGrH* 160 F 1, col. II, Austin (1986), p. 465.

²² Plut., *Demetr.*, 43, 4-5; cfr. Casson (1971), pp. 138-140.

²³ Ateneo, 128C-139D. La fuente, Hipoloco, escribía en tiempos de Teofrasto (antes del 288) pero, aparentemente, en la segunda generación tras las conquistas de Alejandro (Ateneo, 129A).

desempeñado las funciones de rey de modo insuperable. Había adquirido territorio y botín en un grado sin precedentes; por otra parte, había creado un nuevo reino y se veía como el heredero de Darío, al mismo nivel que el de Filipo. A finales de su reinado, las capitales de su imperio eran las del Gran Rey: Babilonia, Susa y Ecbatana, y los botines de la conquista se concentraban en Babilonia y no en Pela. Se trataba de una dinastía personal a gran escala: Alejandro gobernaba el mundo del mismo modo que su padre había gobernado Macedonia, concentrando el poder en sus manos y delegando la riqueza y cargos en sus Compañeros, cuya nacionalidad seguía siendo mayoritariamente helénica. Los pocos persas admitidos en este cuerpo tan selecto eran los hombres del rey, del mismo modo que lo fueron los griegos atraídos a la corte de Filipo. En cuanto al pueblo macedonio, había perdido la importancia que tuviera en el momento de la muerte de Alejandro. El «motín» de Opis se había saldado con la humillación total de los soldados macedonios. Poco después, la mayoría de los veteranos fueron desmovilizados y los que quedaban fueron mezclados con las tropas del este. Los Epígonos de las satrapías del nordeste estaban equipados y formados al estilo macedonio, y la falange macedonia fue rellenada de modo deliberado con infantería persa, que conservó sus armas tradicionales. Nada podía ilustrar mejor eso que los súbditos de Alejandro, macedonios y no macedonios, estaban al mismo nivel. En ese momento, el imperio de Alejandro era ya supranacional. No dependía de su legitimación en Macedonia, sino del grado en que Alejandro podía imponer sus deseos, y este era prácticamente ilimitado. Los recursos financieros de Alejandro no tenían parangón y sus ejércitos, en los que ya no predominaban los macedonios, podían desanimar cualquier resistencia con eficacia. Las sanciones que hubieran modificado tradicionalmente las conductas de los reyes macedonios no podían ya aplicarse.

El modelo de los últimos años de Alejandro afectó a sus Sucesores de modo inevitable. Aunque algunas de las monarquías establecidas tenían bases de poder regionales, en especial en Egipto, su carácter era firmemente dinástico, con pocos lazos culturales en común entre el gobernante y el pueblo gobernado. El rey ejercía el poder mediante su ejército, el cual, a su vez, se financiaba con los recursos de su reino. Su territorio proporcionaba la base económica de su régimen, pero el rey no era en absoluto responsable ante sus súbditos. Sus «amigos» compartían los beneficios del trono pero, si tenían algún poder, este era delegado y revocable. Tan sólo en Macedonia sobrevivía algo parecido a una monarquía nacional. Allí, Casandro tendió a denominarse «rey de los macedonios»²⁴, distanciándose de modo ostentoso de los demás monarcas, que gobernaban poblaciones he-

²⁴ AYMARD (1967), pp. 86 y 103. Obsérvense las reservas de Errington (1974), pp. 23-25.

terogéneas con (a lo sumo) una pequeña elite militar de origen macedonio. Los nuevos reinos eran creaciones militares y su fuerza dependía de la personalidad del gobernante y de la calidad de la corte que este fuera capaz de atraer. Su legitimidad se asentaba sobre la conquista; su continuidad, sobre un ejército eficaz, bien financiado. En todos estos aspectos, Alejandro era el gran ejemplo, el símbolo permanente de la monarquía absoluta.

La permanencia de la importancia de Alejandro reside más en el terreno del debate filosófico y moral que en la práctica política. Durante la primera generación tras sus conquistas, su nombre se invocaba como justificación del imperio. Los territorios que sus sucesores desmembraron los había adquirido él mediante la conquista, y los sátrapas y los príncipes que él había nombrado directamente tenían un derecho moral a ocupar su puesto que resultaba difícil discutir²⁵. A otro nivel, las tropas que habían luchado con Alejandro disfrutaban de la reputación de ser invencibles, por lo que se consideraron una adquisición muy valiosa en los años posteriores a su muerte. Con ellas, por lo menos, el recuerdo de Alejandro era imperecedero; Éumenes consiguió controlar a los revueltos Escudos de Plata con el simbólico nombramiento del difunto rey como su comandante espiritual. Todas las reuniones con sus comandantes se celebraban ante un trono vacío que llevaba la insignia real, y se consideraba que las decisiones tomadas eran órdenes de Alejandro²⁶. Éumenes utilizó el ardid en el año 317, cuando llegó a Susa y tuvo que imponerse a la camarilla, enzarzada en riñas, de los sátrapas rivales. Todos los comandantes contrarios a Antígono se reunieron ante el trono vacío (Diod., XIX, 15, 3-4). Pero se trataba de un sofisma reconocido y se utilizaba con el fin de obtener una unidad de mando donde no había ninguna; y lo que Éumenes evocaba no era un recuerdo concreto del difunto rey, sino un símbolo del poder político unificado. Alejandro permaneció como símbolo, en especial en Egipto, donde su cuerpo embalsamado se quedó, con gran pompa, en Alejandría en un mausoleo especial (el *Sema*), que contenía también los sarcófagos de los reyes ptolemaicos. Alejandro muerto era ahora el talismán de la casa Ptolemaica. Fue un final paradójico: las ambiciones separatistas de Ptolomeo habían contribuido en gran medida a destruir la unidad del imperio que Alejandro había tenido en vida, y ahora su cuerpo y su nombre se utilizaban para asegurar un régimen cuya misma existencia habría sido odiosa para el rey. También Seleuco afirmaba que su trono tenía el respaldo espiritual de Alejandro. En las monedas que acuñó a partir del año 305 aparecía el difunto rey con un tocado he-

²⁵ Cfr. Arr., *Suc.* F 1, 36 (Roos). Seleuco, cuyo mando no había sido ratificado por Alejandro, buscó la legitimidad en un sueño (Diod., XIX, 90, 4).

²⁶ Diod., XVIII, 60, 4-61, 3; Plut., *Eum.*, 13, 8; Polieno, IV, 8, 2; cfr. Curcio, X, 6, 13-15, con Errington (1976), pp. 140-141.

cho con cuero de elefante²⁷, exactamente en el mismo momento que Seleuco cedía formalmente las satrapías del este que con tanto esfuerzo había conquistado Alejandro. A cambio de la renuncia a esos territorios, obtuvo los 500 elefantes indios que le dieron la victoria en Ipsos, y con esa renuncia destruyó toda esperanza de reunificación del imperio de Alejandro. El nombre y la imagen del rey se invocaban al tiempo que sus conquistas se cedían y desmembraban.

El debate sobre la legitimidad duró tan sólo una generación, tras la cual Alejandro se convirtió en un símbolo y nada más. Durante las épocas venideras, Alejandro fue el prototipo del conquistador mundial y sus adquisiciones territoriales fueron una inspiración permanente y un reto para los sucesivos dinastas. Disponemos de más datos en relación con el periodo romano. Pompeyo, cuyo mismo nombre (Magno) evocaba al conquistador macedonio, copió de modo ostensible a Alejandro desde su infancia, adoptó los modales de Alejandro y resulta evidente que se veía recreando sus conquistas en el este. Lo mismo puede decirse de Trajano, que ofreció sacrificios a Alejandro e, imitándolo de modo deliberado, descendió en barco por el Éufrates hasta el océano; en sus despachos, dejó escrito que había llegado más lejos que el rey macedonio. Con Caracalla, la imitación se convirtió en una manía, hasta tal punto que volvió a crear la falange de Alejandro, compuesta en su totalidad por macedonios y equipada con armamento auténtico de la época. En ese momento, Alejandro era tema favorito de las escuelas de retórica. Sus ambiciones, convertidas más en leyenda que en historia, eran debatidas por los oradores aspirantes, que aconsejaban o disuadían al Gran Rey de cruzar el océano para conquistar nuevos mundos. La trivial ampulosidad que Séneca el Viejo²⁸ registró refleja tres siglos de simplificaciones literarias, filosóficas y retóricas. Alejandro se había convertido en una figura de repertorio de la literatura popular, un ejemplo que se podía citar sin fin, ya fuera para alabarlo o censurarlo. Por desgracia, este ha sido su destino. Pronto se olvidaron los éxitos que obtuvo en vida y el mundo que sus conquistas modelaron guardó pocos recuerdos tangibles de él. Lo único que quedó, y queda todavía, es su megalomanía. Todo aspirante a general debe preguntarse en algún momento *Alexander potuit, ego non potero?* El coste humano se olvida con excesiva frecuencia, pero hay que tenerlo presente. Millones de seres humanos podrían lamentar, con razón, el encanto y la mística con que las campañas de Alejandro invistieron al trabajo sucio de las anexiones imperiales. *Non utile mundo / editus exemplum, terras tot posse sub uno / esse viro:* el epigrama de Lucano tal vez sea exagerado y parcial, pero en relación con la reputación póstuma de Alejandro es absolutamente cierto.

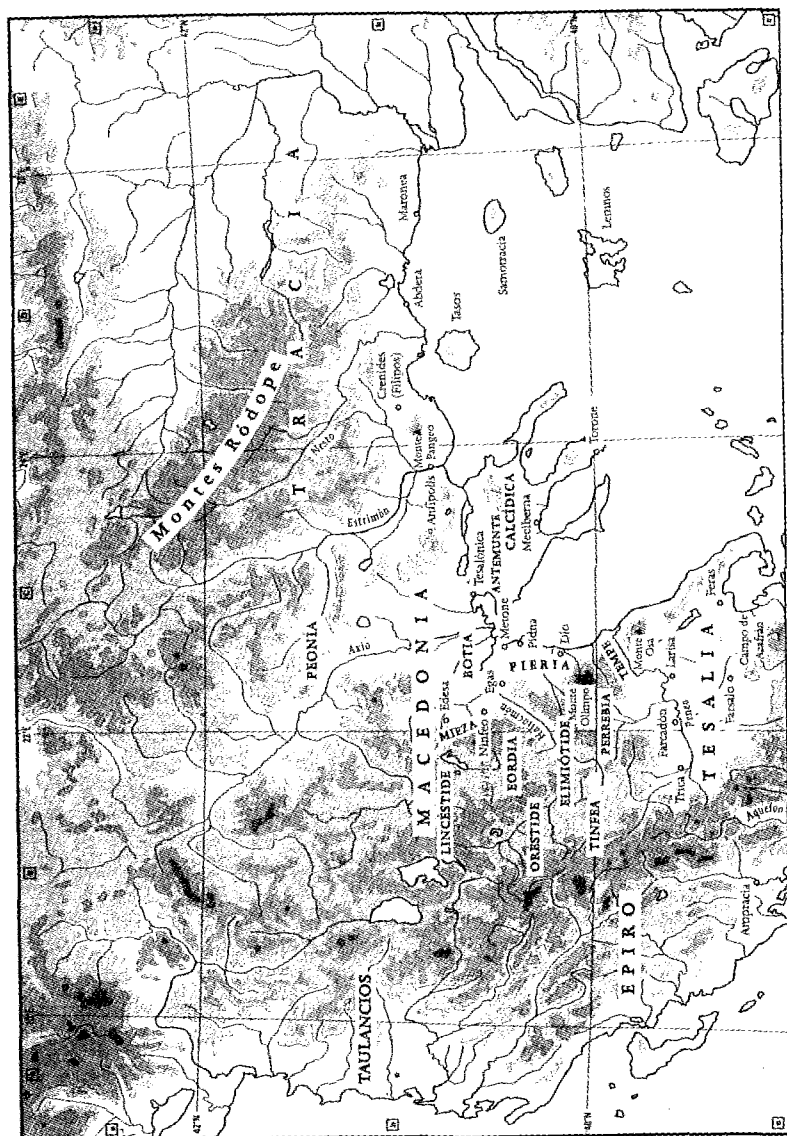
²⁷ Para las fechas, véase Hadley (1974), pp. 52-54.

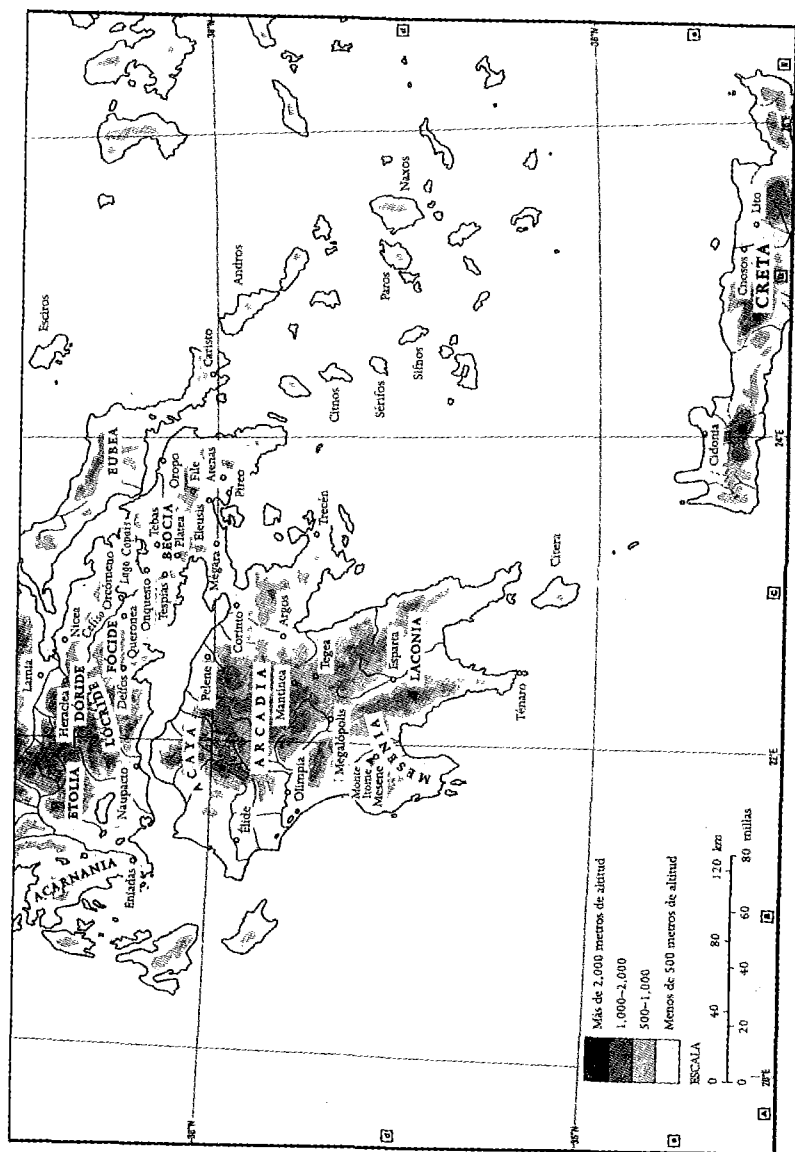
²⁸ Séneca, *Suasoriae*, I; *Controversiae*, VII, 7, 19. *Suas.* trata de la cuestión de entrar o no en Babilonia ante los augurios adversos.

Parte II

Estudios temáticos







11. Grecia y Macedonia

A

La Grecia continental durante el reinado de Alejandro

ALEJANDRO Y LA LIGA DE CORINTO

La batalla de Queronea marcó una época para siempre. Con los muertos, se enterró la libertad de Grecia. De eso se lamentaría Licurgo en el año 330 a. de J.C. y, a pesar de toda su retórica, no exageraba demasiado (Leocr., 50). La aplastante derrota militar se combinó con un acuerdo político que dio a Filipo carta blanca para intervenir donde y cuando se le antojara. Los estados de la Grecia meridional, la mayor parte de los cuales se encontraban bajo gobiernos amistosos, habían formado alianzas individuales con Filipo, y la reunión fundacional de Corinto los había unido en una paz común. Todas las partes acordaron mantener la paz entre sí, conservar las constituciones vigentes en la época en que se firmó la paz y luchar contra las violaciones de la paz cuando así lo dijeran el consejo y su *hegemon*. Todo lo cual decepcionó por su cortedad. Como todos los griegos sabían, la historia de los acuerdos multilaterales durante el siglo anterior había sido una historia de la explotación por parte de la potencia dominante, fuera esta Esparta o Tebas. Un tratado de paz podía garantizar la autonomía de todos los griegos, pero el estado más poderoso impondría su propio concepto de autonomía, al tiempo que haría caso omiso de las violaciones más flagrantes, siempre que favorecieran sus intereses. Los espartanos, espoleados por Agesilao, habían insistido en que la autonomía de las ciudades de Beocia implicaba la disolución del gobierno federal de estas, pero habían pasado por alto su sometimiento a Mesenia. Alrededor de una década más tarde, los tebanos se convirtieron en adalides de la autonomía de Mesenia, pero tomaron como axioma que había un solo e indisoluble estado beocio: la existencia de la constitución federal no era negociable (cfr. Jenofonte, *Helénicas*, VII, 1, 27; Diod., XV, 70, 2). La autonomía, tal como había dicho Pericles (Tucídides, I, 144, 2), era en gran medida una cuestión de definición, y no costaba mucho ver cómo la definiría Filipo. Los gobiernos como el de la oligarquía tebana, que él mismo había impuesto, podían tener esperanzas de que los defendiera y, si los atacaban, de que se impusieran las sanciones que la Liga dictaba. Otros regímenes tal vez no habrían tenido tanta confianza. Entre los intereses de Filipo no se encontraba, necesariamente, el de protegerlos y, si alguien socavaba su poder, no tenían garantías de que el consejo los es-

cuchara con atención. Tenemos pruebas claras de la ansiedad que había en Atenas justo antes de la muerte de Filipo. La ley propuesta por Eucrates durante la novena pritanía del 337/336 prohíbe todo intento de abolir la democracia y establecer la tiranía¹. La ley prohíbe de modo expreso que el consejo del Areópago celebre sesiones tras la caída de la democracia. Fueran las que fuesen las corrientes políticas subyacentes tras la legislación, esta refleja una seria inquietud y la posibilidad de un cambio constitucional. El peligro que parece contemplado es el que supondría el gobierno de un tirano o de una junta oligárquica con el apoyo del consejo de los ex magistrados: no muy distinto del consejo oligárquico integrado por 300 miembros que Filipo impuso a Tebas. No cabe duda de que los legisladores atenienses del 336 no esperaban que la paz común protegiera la democracia; más bien parece como si esta hubiera estado envuelta en una atmósfera de crisis e inseguridad.

El asesinato de Filipo se produjo tan sólo un año más tarde del establecimiento de la Liga de Corinto y no tenemos datos que indiquen qué actuación esperaba Filipo de la Liga. Esta no debió de ser muy popular, porque la noticia de la muerte de Filipo provocó una profunda inquietud en todo el sur de Grecia. En Atenas se celebró con el júbilo previsible y enviaron embajadas destinadas a exhortar a otras ciudades para que apoyaran la causa de la libertad, e incluso se produjeron contactos secretos con Átalo en Asia (Diod., XVII, 3, 2; Plut., *Dem.*, 22, 2): ambas acciones eran violaciones flagrantes de la paz común. Algunas voces pidieron moderación; Foción, en particular, en relación con la muerte de Filipo, señaló que el ejército macedonio, simplemente, había perdido un hombre. Sin embargo, el *demos* estuvo a punto de ser dominado por la retórica de Demóstenes, que confiaba en que el joven y loco Alejandro no se moviera nunca más allá de los confines de Macedonia. En otro lugar, los tebanos votaron para echar la guarnición macedonia, mientras que en el Peloponeso había agitación en Argos, en la Élide y en la Liga Arcadia. Es probable que fuera en esta coyuntura cuando los mesenios expulsaron a los hijos de Filíades, que encabezaban el régimen oligárquico que Filipo había respaldado. Más tarde, Alejandro volvió a colocarlos en el poder, haciendo valer los términos de la paz común ([*Dem.*], XVII, 4, 7), pero fue necesaria su intervención para mantener a sus partidarios en una ciudad que podía haber pasado por el más evidente aliado macedonio (cfr. Polibio, XVIII, 14, 5-7). También hubo problemas en la Grecia occi-

¹ MERRIT (1952), pp. 355-359, núm 5 = SEG XII, 87. Esta legislación se ha interpretado como un ataque contra Demóstenes (cfr. SEALEY [1967], pp. 183-185); pero no hay motivo para dudar que existiera un miedo real de que se aboliera la democracia cuando las medidas se adoptaran (cfr. OSTWALD [1955], pp. 119-128; GEHRKE [1976], pp. 66-67; pero véase WILL [1983], pp. 28-30).

dental. Los etolios votaron a favor del regreso de los exiliados a Acarnania, cosa que era una contravención de la paz común, agravada por el hecho de que, una vez más, actuaban como un estado federal unido a pesar de que Filipo había disuelto su *koinon*². En Ampracia echaron a la guarnición macedonia e implantaron la democracia (Diod., XVII, 3, 3), lo que constituía una violación más de la paz. Este movimiento generalizado era un testimonio elocuente de descontento con la hegemonía de Macedonia y hacía necesaria una intervención rápida si no se quería que la inquietud política se extendiera y se convirtiera en resistencia militar.

Desde el primer momento, Alejandro actuó de modo decisivo y con moderación, sin duda, aconsejado por Antípatro, el veterano diplomático. Convocó a la Liga Tesalia, la cortejó con promesas (por desgracia, sin concretar) y les recordó su antepasado común, Heracles. Así pues, fue elegido por votación para el puesto de su padre, archon de la Liga, y también recibió su respaldo como *hegemon* de la paz común, que volvió a promulgarse en nombre de Alejandro³. Lo mismo sucedió en la Grecia central, donde Alejandro convocó al Consejo Anfictiónico en Antela e hizo que sus miembros (evidentemente, aquellos que llegaron a tiempo para reunirse en las Puertas tras ser convocados urgentemente) repitieran el voto de los tesalios. Siguiendo hacia Beocia, acobardó a los tebanos y provocó un cambio de opinión en Atenas. Al no tener una perspectiva clara de contar con aliados inmediatos contra Macedonia, el *demos* no tenía otra alternativa que llegar a un acuerdo, renovar la alianza en nombre de Alejandro y rendirle honores. Entretanto, el *demos* votaba que se evacuara el campo, como se había hecho después de Queronea, y se preparaba para lo peor. Estas preocupaciones resultaron infundadas. Después de que Demóstenes abandonara discretamente la embajada oficial en las laderas del Citerón, los demás delegados fueron recibidos amablemente por el joven rey. Así negociaron la paz y la alianza.

En Corinto tuvo lugar el último acto de esta primera representación. El *synedrion* se reunió, quizá sólo acudieron los delegados cuyas ciudades todavía no habían reconocido a Alejandro, y este fue confirmado en el puesto que había creado su padre: jefe de los griegos en la guerra contra Persia. Tanto Arriano como Diodoro ponen énfasis en que el voto, en un

² Para esta reconstrucción, basada en el texto sin adulterar de Teopompo, *FGrH* 115 F 235, véase Bosworth (1977b). No parece haber otra explicación para la hostilidad virulenta y prolongada de los etolios contra Macedonia.

³ Diod., XVII, 4, 1 menciona sólo la votación sobre la hegemonía de Grecia, voto repetido en el consejo Anfictiónico y en Corinto (4, 2, 9). Justino, XI, 3, 2 se refiere únicamente a la magistratura federal de Tesalia. En relación con diversos intentos de reconciliar la discrepancia, véase Bosworth (1980a), p. 50. Deduzco que los autores han seleccionado distintos aspectos de una negociación única y compleja, tal como sucede en sus narraciones de la reunión fundacional celebrada en Corinto entre el 338 y el 337.

principio, sólo se refería a la guerra en Asia, y no puede haber duda de que el *synedrion* de Corinto vigilaba la paz común y, además, aprobaba la legislación de la ofensiva contra Persia⁴. Aunque se niegue este hecho con frecuencia, la Liga de Corinto sí era una alianza. Comprendía estados ligados por tratados bilaterales con Macedonia y era perfectamente natural que formaran un alianza general bajo el liderazgo del rey macedonio para actuar como sucesores espirituales de la Liga Helénica del año 480 a. de J.C. En tanto que consejo de aliados, los delegados aprobaron decretos generales en relación con el desarrollo de la guerra. Del mismo modo que la Liga Helénica había prohibido el «medismo», el *synedrion* de la Liga de Corinto promulgó decretos prohibiendo la colaboración con Persia, en especial el servicio como mercenario (Arr., I, 16, 6; III, 23, 8). Estos decretos eran, en gran medida, sólo fachada, puesto que una vez la guerra se desarrollara en Asia, el *synedrion* no tendría ya control sobre ella. De hecho, había delegado el poder en Alejandro, el *hegemon*⁵, que podía presentarse como dirigente electo de los aliados voluntarios en una cruzada de venganza (Arr., II, 14, 4; cfr. Curcio, IV, 1, 13). La alianza tuvo como corolario la paz. Una vez más, se podría decir que los delegados de Corinto siguieron los pasos de los miembros de la Liga Helénica, los cuales sellaron su alianza poniendo fin a todas las hostilidades (Heródoto, VII, 145, I). Como *hegemon* de la Liga, Alejandro tenía una función dual: supervisar la aplicación de la paz común y dirigir las fuerzas aliadas contra Persia. Así, Arriano (III, 24, 5) hace referencia a la paz y la alianza, dando a entender que no se trataba de dos pactos distintos, sino de dos facetas indisolubles de un solo acuerdo⁶.

⁴ Arr., I, 1, 2; Diod., XVII, 4, 9. El carácter de la Liga de Corinto ha provocado debates interminables (para la bibliografía anterior, véase Seibert [1972a], pp. 76-77). Algunos estudiosos han argumentado que la paz común era lo fundamental y que no existía una alianza como tal; la Guerra persa había sido objeto de una votación informal, celebrada en Corinto porque era un foro adecuado (véase, en fechas recientes, Hammond y Griffith [1979], pp. 2 y 628-631). Otros estudiosos han admitido que la cuestión se centraba en ambas cosas: una paz y una alianza, pero, siguiendo a Ulrich Wilcken (1917), han tendido a afirmar que se celebraron dos actos constitutivos distintos, primero para establecer la paz y, después, para declarar la guerra contra Persia. El punto de vista que se expone en el texto aparece documentado de manera más completa en Bosworth (1980a), pp. 46-49.

⁵ En relación con la terminología, véase Tod, *GHI* núm. 177, línea 22; Arr., II, 14, 4; VII, 9, 5. Diodoro escribe en dos ocasiones que el rey macedonio había sido elegido στρατηγός αὐτοκράτωρ para la guerra contra Persia (XVI, 89, 3; XVII, 4, 9, así como la Crónica de Oxirrincio, *FGrH* 255 [5 fin.]), pero su lenguaje es muy elástico y el término, probablemente, es suyo. Resulta altamente improbable que existiera un término para describir las funciones del rey en Grecia y otro para su liderazgo en la guerra de Asia. En el 302, el título que daba Demetrio en la guerra contra Casandro era el de *hegemon* (Plut., *Demetr.*, 25, 2) y, al igual que Alejandro, también presidía la paz común y dirigía la guerra común.

⁶ Sería erróneo dar excesivo énfasis al texto de Arriano: el punto de vista de Schehl ([1932], p. 139) de que la repetición del artículo definido es prueba de que hubo dos tratados distintos, el tratado de paz y el de alianza, firmados en dos momentos diferentes, va

Los aliados tenían obligaciones por los dos conceptos. Como participantes en la guerra de Asia, tenían que contribuir con tropas al ejército de invasión. Los atenienses habían pagado ya impuestos destinados a naves y caballería durante el reinado de Filipo (Plut., *Phoc.*, 16, 4), y la petición se renovó en el año 336 (cfr. Diod., XVII, 22, 5). Hemos oído hablar mucho más sobre la paz común gracias a un apasionado discurso que aparece en el corpus de obras atribuidas a Demóstenes (XVII), que los antiguos comentaristas asignaban, de modo verosímil, a Hipérides. Este discurso, probablemente pronunciado en el año 331, acusa a los macedonios de repetidos abusos del tratado de paz y cita unas cuantas de sus cláusulas. Estos documentos están corroborados por el abundante número de inscripciones que documentan la Liga, que Antígono y Demetrio establecieron en el año 302, basando sus regulaciones en el modelo de Filipo y Alejandro (Moretti, *ISE* núm. 44; Schmitt, *Staatsvertrage* núm. 446). Parece evidente que se repitieron las principales disposiciones de la paz común del 338/337. Se garantizaba la libertad y la autonomía; las constituciones debían quedar igual que en el momento de la firma de la paz, y no podía haber subversión interna. Se prohibían totalmente las ejecuciones y los exilios contrarios a las leyes existentes, así como las medidas revolucionarias tales como la redistribución de tierras, la cancelación de deudas y la liberación de los esclavos. Ninguna ciudad podía respaldar a los exiliados en un ataque contra el gobierno de su país de origen ([Dem.], XVII, 15-16). En caso de que se produjera alguna violación del tratado, era posible invocar la aplicación de sanciones de modo conjunto por parte de la Liga. Según el acuerdo firmado por Filipo, era obligatoria la participación en todas las expediciones votadas por el *synedrion* (Tod, *GHI*, núm. 177, líneas 19-22), y lo mismo sucedió bajo el de Alejandro ([Dem.], XVII, 19). Pero el consejo era algo más que el destinatario de las quejas; en caso necesario, podía tomar la iniciativa. Hipérides dice que el consejo y «aquellos situados por encima de la defensa común» velaban por el mantenimiento de la paz⁷. No hay ninguna referencia al *hegemon*; en lugar de ello, encontramos a un grupo de altos mandos poco definido. Esto refleja la situación en el año 336, cuando la expedición a Asia era inminente. El *hegemon* no estaría presente en persona para dirigir las operaciones de la Liga. Por consiguiente, el tratado permite que este delegue su poder y, probablemente, la vaguedad de la terminología

demasiado lejos (cfr. Hammond y Griffith [1979], pp. 2 y 628-629). Pero no creo en absoluto que Arriano hubiera hecho referencia simultáneamente a la paz o a la alianza a menos que hubiera encontrado algo similar en la fuente que utilizaba.

⁷ El tono general de esta descripción queda confirmado por las reglamentaciones de Antígono y Demetrio, algo más específicas, que se refieren a «el general que los reyes habían puesto al frente de la paz común» (líneas 68-69, 72).

es deliberada para dar a Alejandro libertad de opción. De hecho, el comandante que ocuparía el lugar de Alejandro en su ausencia sería Antípatro, pero los comandantes de las guarniciones pudieron tener también categoría oficial para representar a Antípatro si se viera retenido en Macedonia o para convocar al *synedrion* rápidamente en el caso de que se produjera una emergencia local.

El margen para las iniciativas era amplio, dada la estructura y la reglamentación de la Liga. Si la autonomía de una ciudad se violaba, todos debían emprender una acción militar, pero sólo si así lo votaba el *synedrion*. El voto de la mayoría podía dirigirse en el sentido que el dirigente de la Liga decidiera; y las presiones eran muy eficaces si, como en la Liga de Antígono y Demetrio, los delegados no podían ser juzgados en sus ciudades de origen (Moretti, *ISE* núm. 44, líneas 75-76). Más aún, el presidente macedonio podía hacer comparecer ante el consejo a cualquier estado que, a su parecer, estuviera violando la paz, en tanto que una ciudad tendría que presentar sus quejas a través de sus delegados y no podía confiar en que se la escuchara con comprensión. Una vez se había votado a favor de una expedición, lo probable era que esta se llevara a cabo. Las fuerzas que cada ciudad debía aportar se establecían de antemano. Un mortificante fragmento de piedra procedente de Atenas enumera detalles de las disposiciones militares (Tod, *GHI* núm. 183 = Heisserer 1980, 3-26); parece referirse al aprovisionamiento de las fuerzas y a los pagos, pero no hay detalles suficientes para la exégesis. Con todo, el documento ilustra el cuidado con el cual se formulaban las obligaciones militares. Probablemente, había sanciones previstas para los casos en que no se cumplieran los compromisos, importantes multas (la Liga de Antígono y Demetrio tenía una escala móvil que iba desde la media mina *per diem* para cada soldado de caballería hasta las 10 dracmas por la infantería ligera) o, en los casos extremos, la intervención militar. Estas normas garantizaban una fuerza importante, aunque no necesariamente entusiasta.

Sería imprudente despachar la Liga como un simple instrumento de represión. Podía llevar a cabo una función útil como tribunal internacional de arbitraje, zanjando disputas entre vecinos antes de que estas los llevaran a la guerra. Existe un registro epigráfico de un acuerdo menor entre Melos y Cimolo por la posesión de tres islotes (Tod, *GHI* núm. 179). El *synedrion* aprobó un decreto delegando el arbitraje a la ciudad de Argos, que al final falló a favor de Cimolo. No sabemos si los dirigentes llevaron el asunto ante el consejo o si este intervino por iniciativa propia, pero los resultados parecen haber sido positivos. Por desgracia, las cosas eran menos rotundas cuando se trataba de los intereses de la potencia dominante. No se podía esperar que un organismo representativo de los aliados de Macedonia, presidido por oficiales de Macedonia, pronunciará fallos que perjudicaran a Macedonia. No sería realista esperar que la

Liga actuara si las violaciones de la paz procedían de Macedonia. Una cosa era que el tratado previera sanciones y otra muy distinta que las aplicara de modo equilibrado e imparcial.

Tal vez donde aparece mejor documentado el uso que Alejandro hizo de la Liga es en sus decisiones durante la guerra del Egeo (véase, más arriba, p. 58). Las islas del oeste del Egeo habían estado casi siempre bajo gobiernos oligárquicos desde su defección de Atenas durante la Guerra Social. Estas oligarquías, descritas de modo excesivo como tiranías en las fuentes atenienses, se habían asociado con Filipo hacia finales de su reinado y se habían convertido en miembros de la Liga de Corinto. No eran muy distintas de los regímenes que Filipo respaldaba en la Grecia continental, con gobiernos estrictamente limitados que dependían del apoyo macedonio. Tenemos testimonios detallados en los casos de Quíos y Lesbos. En la pequeña ciudad de Éreso, en Lesbos, se habían sucedido varias juntas oligárquicas⁸. En algún momento, probablemente antes del año 340, tres hermanos (Apolodoro, Hermón y Hereo) ocuparon el poder hasta que tuvieron que marchar al exilio y los sustituyó otra facción dirigida por Agonipo y Eurisilao. Esta última facción se alió con Filipo y dedicó altares al Zeus Filipo en conmemoración del pacto (véase, más arriba, p. 31) y, en la fundación de la Liga, en Corinto, fue confirmada en el poder. De modo similar, la oligarquía de Quíos había contestado a los avances de Filipo en el año 340 (Frontino, *Strat.*, I, 4, 13a, cfr. Hammond y Griffith [1979]) y, probablemente, fue miembro fundador de la Liga: hasta ese punto llegaba la colaboración del rey de Macedonia con las oligarquías existentes. Nada indica que Filipo alentara o instituyera regímenes democráticos. El cambio llegó en el año 334/333, durante la guerra en las islas. Entonces, por primera vez en décadas, los persas tenían una importante presencia naval en el Egeo y los macedonios no estaban en situación de proteger a sus partidarios en las islas. Como resultado, se produjeron muchas defecciones. Quíos se rindió a Memnón a principios del año 333 y se mantuvo como base persa durante casi dos años, mientras que en Éreso, según parece, la junta gobernante invitó a entrar en la ciudad a las fuerzas persas y, según se supone, colaboró en diversas atrocidades. Los gobiernos sancionados

⁸ Esta interpretación se basa en el famoso informe conservado en dos piedras de Éreso (IG XII, 2, 526 = Tod, *GHI* núm. 191 = Heisserer [1980], pp. 27-78). Se han propuesto también otros epítomes. El punto de vista tradicional (Pistorius [1913], pp. 60-67; Berve [1926], 2 núms. 19, 235) afirma que Filipo estableció una democracia y echó al primer grupo de tiranos hacia el año 343, y más tarde Agonipo y Eurisilao, que se hicieron con el poder en 336/335. Heisserer ha defendido que el primer grupo lo expulsaron los generales de Filipo en el año 336. Memnón capturó Lesbos a continuación (¡en el año 335!) y estableció la segunda tiranía. Ninguna de estas reconstrucciones tiene en cuenta el hecho de que Filipo habría aceptado sin recelo la oligarquía existente en Éreso: era el tipo de régimen que, en cualquier otro lugar, apoyaba sin reservas.

por la Liga de Corinto habían actuado a favor de los persas, aunque bajo presión. Cuando sus ciudades se capturaron de nuevo a lo largo del año 332, en ningún momento se pensó en mantener estos gobiernos. Alejandro había estado creando democracias en Asia Menor para que sirvieran como baluartes contra los persas que (como Filipo) habían favorecido a oligarquías restrictivas. Así pues, las nuevas constituciones de las islas fueron democráticas. En Éreso, Alejandro envió a los nuevos dirigentes oligárquicos a juicio ante el nuevo *demos* soberano, el cual, como era previsible, los hizo ejecutar y exilió a sus familias a perpetuidad. Los descendientes de la junta gobernante anterior, que no habían colaborado con los persas, iniciaron una aproximación a Alejandro, pidiendo ser restaurados en sus puestos. Una vez más, el rey remitió el caso al *demos*, que constituyó un tribunal de acuerdo con sus instrucciones y votó para confirmar la sentencia de exilio. Alejandro trataba directamente con el *demos* de Éreso, les daba instrucciones por carta y en ningún punto del largo informe se sugiere que el *synedrion* de Corinto tuviera ningún papel en los tratos. Las decisiones son bastante razonables, pero se pueden interpretar como las de un monarca absoluto y no como las del *hegemon* de una liga de estados aliados. En la época se le reprochó con cierta justificación que los tiranos de Antisa y Éreso se encontraban protegidos por el acuerdo de paz común y su régimen debería haberse mantenido del mismo modo que el de los hijos de Filíades ([Dem.], XVII, 7). Al menos, el *synedrion* habría tenido que decir algo respecto al modo en que debían tratarse los miembros que transgredieran las normas.

En Quíos la situación es aún más interesante, pues tenemos una lápida casi completa que registra el dominio de Alejandro en la isla⁹. Una vez más, el rey es descrito como un déspota que impone el regreso de los exiliados, el establecimiento de una constitución democrática y el nombramiento de un comité de legisladores que debía redactar de nuevo las leyes para eliminar todo obstáculo a la democracia. El propio rey debía examinar la nueva legislación. Hasta este momento, no hay ninguna referencia al *synedrion* de la Liga. Alejandro actúa de modo independiente, ordena un cambio constitucional y el regreso de los exiliados (cuyo exilio había sido sancionado previamente por la paz común); y está claro que la constitución democrática supone una innovación total. Sólo cuando Alejandro se refiere al castigo de los oligarcas que hubieran favorecido a los persas aparece el *synedrion*. Aquellos que se marcharon de Quíos antes de que fueran capturados, expulsados por el fracasado intento democrático producido antes de que llegara la flota macedonia, se vieron sometidos a los decretos generales votados por la Liga; todas las ciudades

⁹ Tod, *GHI* núm. 192 = Heisserer (1980), pp. 79-95.

miembros habían jurado exiliar de su territorio a los culpables de «medismo» —colaboración con los persas— y entregarlos a la justicia si los capturaban, y Alejandro aplicó la sentencia en Quíos: los oligarcas fugitivos fueron exiliados de todas las ciudades firmantes de la paz. Todos los detenidos debían ser llevados a Corinto para ser juzgados ante el *synedrion*. Aquí, el consejo se contempla como un instrumento de castigo que hace cumplir decretos penales que había promulgado anteriormente. No parece tener voz ni voto en las soluciones constitucionales de un estado aliado. Incluso terminó por abandonar los procesos contra aquellos que violaran las normas, porque los oligarcas de Quíos fueron llevados a Menfis en la primavera del año 331 y exiliados a Elefantina (Arr., III, 2, 7). Sólo podemos dar por hecho que el *synedrion* celebró una reunión preliminar y decidió remitir el juicio final a Alejandro, exactamente igual que sucedería con los espartanos en el año 330 (véase, más adelante, p. 237). La noticia de la decisión fue transmitida al almirante macedonio Hegéloco, el cual se llevó consigo los prisioneros a Egipto.

Por lo que sabemos, el *synedrion* no intervino en la reglamentación de las islas del Egeo. Alejandro actuó como un autócrata y dio órdenes sin remitirse a ninguna otra autoridad. Hasta cierto punto, Alejandro podía hacerse eco de la apología de Hipérides en el año 338 y decir que las armas macedonias habían proyectado una sombra sobre las leyes de la ciudad (Plut., *Mor.*, 849A). La guerra en las islas hizo que fuera necesario tomar decisiones inmediatas y no podía dejarse el trabajo en manos de la cámara de debates de Corinto. Además, las decisiones de Alejandro fueron justificables: los hombres que habían violado los decretos de los aliados contra el «medismo» no podían invocar la paz común para mantener su régimen. Sin embargo, es cierto que Alejandro llevó a cabo amplios cambios constitucionales que violaban la letra, si no el espíritu, de la Liga de Corinto, y los hizo sin ponerse en contacto (ni siquiera para que lo confirmara) con el *synedrion* de los aliados. No es sorprendente encontrar en las fuentes otras violaciones técnicas. El caso más manifiesto se produjo en la ciudad democrata de Pelene, donde Querón, uno de los más famosos luchadores en su época, se estableció como tirano con la ayuda de Córago, el general macedonio en el Peloponeso¹⁰. Como resultado, se produjo un exilio masivo y el reparto de tierras entre los esclavos. Era una violación de casi todas las cláusulas de la paz común y, sin embargo, no hubo ningún intento de imponer sanciones, probablemente porque el tema no se abordó nunca en el *synedrion*. Las sanciones sólo podían tener efecto si existía la voluntad de imponerlas.

¹⁰ [Dem.], XVII, 10; Paus., VII, 27, 7; Ateneo, 509B; *Acad. philosoph. index Herculanensis* (Mekler [ed.]), pp. 28-29. Cfr. Berve (1926), 2 núm. 818.

En el otoño del año 336, la propaganda todavía ocupaba un lugar preeminente. Los estados de Grecia reafirmaron la guerra de venganza con el joven rey al frente y volvieron a promulgar la paz común, la cual insistía en que todos los aliados eran libres, autónomos y estaban en paz. Alejandro regresó a Macedonia ya la primavera siguiente inició su campaña contra los tribalos. A continuación se produjo la segunda crisis de Alejandro en Grecia. Mientras se desarrollaba la campaña en el norte y en el sur no se tenía ninguna noticia de su avance, circuló el rumor de que había sido asesinado. En la asamblea de Atenas, Demóstenes presentó a un testigo presencial de la muerte de Alejandro y la especulación se extendió por todo el sur de Grecia. En Tebas se produjo una insurrección. Un grupo de exiliados, deseosos de repetir la gloriosa revolución del año 379, entraron por la noche en la ciudad, mataron a dos miembros de la guarnición macedonia que sorprendieron fuera de la Cadmea e intentaron imponer la revolución en la Asamblea (Arr., I, 7, 1-2). Los tebanos respondieron a la llamada y sitiaron la Cadmea; después abolieron el gobierno oligárquico impuesto por Filipo. Ya como democracia, aprobaron una legislación para resistir ante Alejandro, y la asamblea soberana ratificó una *probouleuma* formal de los dirigentes de la revuelta. que se reunieron en consejo (Diod., XVII, 9, 1). Estas acciones suponían un desafío a la paz común en todos sus aspectos: unos exiliados habían derribado una constitución existente y la ciudad estaba en guerra abiertamente contra Macedonia. La agitación fue considerable. La Liga Arcadia llegó incluso a enviar una fuerza expedicionaria al Istmo, donde permaneció aguardando los acontecimientos, sin apoyar a Tebas ni a Macedonia (Dinarco, I, 18-21). En la Élide se produjo una revolución a pequeña escala. Echaron a los simpatizantes de Alejandro y, probablemente, cambiaron el tipo de régimen (Arr., I, 10, 1). El principal debate tuvo lugar en Atenas, donde a Demóstenes y Licurgo sólo les faltó mostrar el cadáver de Alejandro y, además, exigieron el apoyo de Tebas. Así pues, el *demos* votó en favor de la ayuda, pero no envió tropas. El oro de Persia estaba empezando a actuar. Darío III había llegado al trono persa en el año 336 y, una vez asegurada su posición, estaba dispuesto y deseoso de enviar dinero a sus simpatizantes en Grecia. Tenemos algunas afirmaciones exageradas sobre las cantidades recibidas por Demóstenes (Esquines, III, 239; Dinarco, I, 10, 18), pero no cabe duda de que a sus manos llegó dinero persa. Se ha dicho que Alejandro encontró pruebas documentales de ello en Sardes (Plut., *Dem.*, 20, 5). Así pues, a los tebanos se les dio bastante dinero y pudieron armar a todos sus ciudadanos (Diod., XVII, 8, 5). La situación se estaba deteriorando para Alejandro. La alianza de Queronea casi estaba repuesta y toda la estructura de la Liga de Corinto se encontraba en peligro.

La marcha relámpago de Alejandro hacia el sur salvó la situación. Tebas estaba bajo asedio antes de que los atenienses supieran de la presencia de Alejandro al sur de las Termópilas y ni se planteó la posibilidad de una de-

fensa unida. El ejército arcadio dejó el Istmo y Tebas quedó aislada. Aun así, sus ciudadanos se mantuvieron firmes y contestaron a la propaganda con propaganda. Cuando Alejandro invocó la paz común, respondieron con una llamada a toda la humanidad para que se uniera a los tebanos y al rey persa con el fin de liberar a los griegos y destruir al tirano de Grecia (Diod., XVII, 9, 5). Cada sílaba era un insulto calculado. Alejandro era, en teoría, el dirigente de una alianza libre y autónoma con una misión de venganza contra Persia. A los ojos de los tebanos, era un tirano y un opresor, y el rey persa era el garante natural de la libertad griega. En su llamada a los arcadios, habían insistido en la imposibilidad de la autonomía bajo una guarnición macedonia residente (Dinarco, I, 19-20), y ahora se presentaban como los adalides de la lucha secular por la libertad (Plut., *Al.*, II, 7-8). No se llegó a ningún acuerdo. Los tebanos resistieron hasta el final y la ciudad fue capturada con una terrible matanza. Los enemigos tradicionales de Tebas, los hombres de la Fócide, Tespias, Platea y Orcómeno, se sumaron con entusiasmo a los macedonios en la masacre, en la que hubo más de 6.000 muertos. Un consejo de aliados decidió el destino del resto. Resulta muy dudoso que se considerara que esta era una reunión irregular de la Liga de Corinto. Diodoro (XVII, 14, 1) habla de un encuentro de delegados (*synedroi*) de los griegos, pero es muy poco probable que ninguno de los delegados regulares de Corinto se hubiera sumado a la frenética campaña. Arriano (I, 9, 9; también Justino, XI, 3, 8) debe de estar en lo cierto cuando afirma que el destino de los tebanos lo discutió un consejo de aliados creado ad hoc en el que se encontraba Alejandro, con los mismos hombres que habían colaborado en la masacre. Desde un punto de vista técnico, no fue una decisión de la Liga, sino la dura justicia de los vencedores. Resulta interesante que el debate sobre la sentencia no se centrara en las violaciones de la paz común, sino que volviera a salir a colación la vieja historia de la colaboración de los tebanos con los persas durante la invasión de Jerjes, y los jueces revocaron el juramento de la coalición helénica para castigar a la ciudad (Justino, XI, 3, 9-10). Así, el veredicto pudo representarse como un acto de piedad, y este fue dracónico. Los supervivientes, unos 30.000 en total, fueron vendidos como esclavos, la ciudad fue destruida, excepto la fortaleza situada en la Cadmea, y su territorio se dividió entre los vecinos. El veredicto no la dictó Alejandro, pero era el que él deseaba que se aprobara. El mundo griego tenía ahora un ejemplo impresionante de las consecuencias de ofrecer resistencia. Una de las ciudades más destacadas del mundo griego había sido destruida en un solo día, como si hubiera sido obra de los dioses. Así se lamentaba Esquines en el año 330 (III, 133), y la letanía de tristeza y sobresalto se repitió durante siglos. Hubo un mar de fondo de simpatía hacia las víctimas. A pesar de la prohibición de socorrer a los refugiados (Diod., XVII, 14, 3), los recibieron en las ciudades vecinas, en especial en

Atenas y Acrefnio (Pausanias, IX, 23, 5); y casi veinte años después, cuando Casandro proclamó la restauración de Tebas, recibió un apoyo entusiasta desde puntos tan lejanos como Italia y Sicilia (Diod., XIX, 54, 2).

La reacción inmediata fue de pánico. En la Élide, los simpatizantes de Macedonia fueron llamados de su exilio, y los arcadios condenaron a muerte a los hombres de estado que habían abogado por prestar ayuda a Tebas. Incluso los etolios dieron muestras de docilidad y cada tribu envió una embajada independiente para pedir perdón, demostrando así la renuncia (temporal) a su estado federal (Arr., I, 10, 2). La agitación alcanzó su punto más alto en Atenas. Al tener noticia de la destrucción de Tebas (llevada por un testigo presencial del hecho), los atenienses abandonaron la celebración de los Grandes Misterios, evacuaron el Ática de nuevo y pidieron contribuciones económicas de emergencia. Como en el año 336, enviaron una embajada a Alejandro, encabezada también por Démades, pero en esta ocasión la acogida fue más fría. Alejandro tiró el decreto honorífico por el que se le felicitaba por su regreso sano y salvo del país de los ilirios y por el castigo de Tebas, y dio la espalda a los delegados. Su respuesta a sus avances fue la exigencia de que se rindieran los ocho hombres de estado y generales que más implicados estaban en el movimiento contra Macedonia. Sus nombres varían según las fuentes, pero incluían sin dudas a Demóstenes y Licurgo, así como a Polieucto de Esfeto y al distinguido general Caridemio¹¹. Serían juzgados por el *synedrion* (Esquines, III, 161). Su apoyo a los tebanos exiliados había sido una clara violación de las normas de la paz común y como tal sería castigada. Pero Atenas estaba segura, preservada por su pasado glorioso. Alejandro había invocado los decretos de la alianza helénica contra Tebas y ahora difícilmente podía tomar medidas drásticas contra la ciudad que más se había atrevido y más había sufrido durante las guerras contra los persas, y menos aún cuando estaba a punto de hacerse con la autoridad simbólica de Atenas y vengar sus agravios.

Quedaba por ver si los atenienses se mostrarían arrepentidos de obra y no sólo de palabra. La exigencia de Alejandro provocó un apasionado debate. El veterano general Foción alegaba que no tenían otra opción que someterse; Grecia tenía suficiente con llorar por Tebas, y los hombres de estado mencionados (entre los cuales, afortunadamente, no se encontraba él) debían ofrecer su vida por su ciudad. Por otro lado, la necesidad, como siempre, estimuló la invención de Demóstenes, y fue capaz de lanzar invectivas elocuentes contra los peligros de la pacificación (cfr. Aristóbulo, *FGrH* 139 F 3). La opinión popular estaba en contra de la sumisión, y

¹¹ Para un análisis de las diversas tradiciones, véase Bosworth (1980a), pp. 92-95. Parece claro que la lista auténtica es la conservada en Plut., *Dem.*, 23, 4. Otras listas (Arr., I, 10, 4; Plut., *Phoc.*, 17, 2. «Suda» s. v. Ἀντίπατρος) tienen interpolaciones, en especial Hipérides y Cares, añadidos por ser destacados personajes antimacedonios.

Démades sacó adelante una moción de compromiso, ofreciéndose a castigar a los hombres que merecieran castigo, pero según las leyes atenienses (Diod., XVII, 15, 4). Es posible que Alejandro o sus consejeros hubieran sugerido en privado una fórmula para salvar las apariencias. En todo caso, la segunda embajada tuvo éxito. Alejandro insistió en que Caridemo marchara al exilio, y este tardó poco en entrar al servicio de la corte persa, pero no hizo nada contra los otros siete. El ejemplo de Tebas había sido suficiente. Los atenienses se vieron obligados a retroceder e integrarse en el redil de los aliados leales y cumplir con sus obligaciones relacionadas con los tratados de alianza. Alejandro pudo entonces iniciar la invasión de Asia y vengar el saqueo de Atenas por Jerjes y, tras su primera victoria, envió como regalo 300 armaduras a Atenea (Arr., I, 16, 17; Plut., *Al.*, 16, 17). La ciudad y su diosa eran los mascarones de proa de su cruzada.

Las acciones de Alejandro en el año 335 aumentaron su poder sobre el mundo griego. Uno de los bastiones de la resistencia contra Macedonia había sido destruido, y los enemigos de Alejandro en el sur de Grecia habían sido totalmente intimidados. Sin duda, se trataba de una sumisión muy reticente y Alejandro podía estar seguro de que todos los reveses serían utilizados contra él en años futuros, ya que se le recordaría con odio y amargura. Pero dos cosas le garantizaban el sosiego griego: la primera era el mecanismo de funcionamiento de la paz común y, en particular, el papel supervisor del *syndrion* y su ejecutivo macedonio, que, en teoría, podía prevenir toda subversión interna. En segundo lugar, cuando Alejandro cruzó el Helesponto en el año 334, tenía con él 7.000 soldados de infantería y 600 de caballería de sus aliados griegos. No cabe duda de que las ciudades de origen de algunas de estas tropas se alegraban de perderlas de vista, como la caballería ateniense enviada con Tibrón en el año 400 a. de J.C. (Jenofonte, *Hell.*, III, 1, 4) pero las fuerzas incluirían también hombres valorados en sus lugares de procedencia y constituían rehenes eficaces. Los atenienses, que intentaron varias veces repatriar a los mercenarios capturados en el Gránico, no olvidarían a sus ciudadanos que servían en Asia. Alejandro podía ser razonablemente optimista y suponer que no habría ningún disturbio importante mientras estuviera ocupado en el extranjero. Su confianza se apoyaba en un acuerdo que, en último término, se basaba en la represión militar y, desde el principio, la soberanía macedonia supuso una burla a cualquier concepto de autonomía griega.

AGIS III DE ESPARTA Y LA GUERRA POR MEGALÓPOLIS

Tras el año 335, la escasa resistencia contra la supremacía de Macedonia se concentraba en torno a Esparta. En el momento de la muerte de Filippo, la ciudad había estado en su momento más bajo, desmoralizada por

la muerte, sucedida en la lejana Italia, del veterano rey Arquidamo. Poco había que esperar de su hijo mayor y sucesor, Agis, que había actuado como regente durante la ausencia de su padre, pero era relativamente inexperto. Su colega de la familia agiada, Cleómenes II, fue el arquetipo del personaje insignificante: no hay ningún registro de su reinado de sesenta años y 10 meses de duración (370-309). No pudo haber ninguna resistencia a finales del año 338 cuando Filipo invadió Laconia y se anexionó los territorios fronterizos pertenecientes a Esparta (véase, más arriba, p. 15). Pero, si bien no hubo resistencia, tampoco hubo aquiescencia. Los espartanos se mantuvieron con orgullo al margen de la Liga de Corinto y no quisieron participar en la guerra de venganza. Tras la muerte de Filipo, no prestaron ayuda a los estados desahogados del Peloponeso sino que, una vez más, se negaron a participar en la guerra contra Persia y declararon que ellos siempre habían tenido la hegemonía en Grecia (Arr., I, 1, 2; cfr. Plut., *Mor.*, 240A-B). Nunca habían tenido que transigir ni se habían sometido a la supremacía de otra potencia, y no tenían intención de empezar a hacerlo en aquel momento. Tampoco se planteaban adherirse a la paz común que garantizaba la autonomía de Mesenia. Las pretensiones territoriales de Esparta eran claras, terminantes e incompatibles con la cláusula de autonomía de la paz, por lo menos, tal como la interpretarían el rey de Macedonia y la gran mayoría de los delegados de Corinto. Esparta se mantuvo fuera de la Liga, para el disgusto de Alejandro, que, sin duda, había disfrutado con la posibilidad de incluir bajo su estandarte a los campeones de la gran guerra contra los persas. Su disgusto quedaría patente en la primera ofrenda de la guerra, el botín de «Alejandro y los griegos, con la excepción de los espartanos» (Arr., I, 16, 7; Plut., *Al.*, 16, 17). Pero no hubo represalias. Esparta era demasiado débil para imponer sus ambiciones territoriales, y Alejandro tenía tareas mucho más urgentes que obligarlos a ponerse de acuerdo con el resto de Grecia.

A medida que avanzaba la campaña en Asia Menor y la contraofensiva persa en el Egeo ganaba terreno, las oportunidades de reparar el pasado parecían más prometedoras. En el momento de los éxitos persas, tras la caída de las islas del Egeo y la reconquista de Mileto y Halicarnaso, los espartanos enviaron un embajador, Euticles, a la corte persa. Alejandro lo detuvo después de Isos junto con los delegados atenienses y tebanos¹².

¹² Arr., II, 15, 2-5. Curcio, III, 13-15 menciona a cuatro embajadores espartanos, pero no incluye a Euticles; Arriano (III, 24, 4) sitúa esta legación mucho más tarde, en el verano del año 330. Los problemas que plantean las fuentes son complejos (cfr. Bosworth [1980a], pp. 233-234). Lo más adecuado parece dar por hecho que hubo dos grupos de embajadas: una misión de exploración llevada a cabo por Euticles en el año 333 y otra más numerosa e importante enviada tras el inicio de las hostilidades, en el año 331. Curcio sitúa la segunda embajada, más prestigiosa, en el pasado, y desplaza las propuestas, más modestas, de Euticles.

Probablemente, los tebanos pedían apoyo para un gobierno en el exilio, en tanto que los atenienses presentaban la situación del modo adecuado para obtener más ayudas para alimentar la revuelta en Grecia si, como esperaban, Alejandro era aplastado en Cilicia (Esquines, III, 164). No debieron de establecer muchos compromisos concretos, porque Alejandro los soltó en consideración a su ciudad y a los lazos personales con el ateniense Ificrates. Sin embargo, Euticles permaneció detenido porque su ciudad se consideraba abiertamente hostil. Probablemente, los espartanos se habían comprometido a luchar en apoyo de la causa persa. El rey Agis reveló sus planes poco antes de la batalla de Isos, cuando navegó hasta la base persa situada en Sifnos para consultar con Farnabazo y Autofrádates con la esperanza de obtener apoyo militar y financiero para la guerra en el Peloponeso (Arr., II, 13, 4). La noticia de la batalla de Isos cayó como una bomba y con ella desapareció toda posibilidad de obtener un apoyo persa sustancial. Los comandantes persas se retiraron a la costa de Asia Menor para asegurar sus posesiones antes de la ofensiva de primavera, y Agis se quedó con la cantidad, relativamente miserable, de 30 talentos y tan sólo diez trirremes; envió estos últimos a su hermano Agesilao, que estaba estableciendo el famoso depósito militar de Ténaro, en el extremo meridional de Laconia, y le dio órdenes de cruzar hasta Creta «para estabilizar la situación».

Creta fue una buena elección como teatro de operaciones. Era todavía un lugar apartado, si bien dentro del mundo griego, y es casi seguro que no formaba parte de la Liga de Corinto. Filipo no había intervenido allí y no parece que tuviera aliados en la isla. Pero las ciudades cretenses estaban atormentadas por la guerra de aniquilación mutua. Las gentes de Cnosos habían contratado a Faleco y sus mercenarios, derrotados en la Fócida, y los emplearon en las guerras locales contra Lito y Cidonia (Diod., XVI, 62, 2; 63, 3). Estas hostilidades habían sido dilatadas y no habían llevado a ninguna parte; es casi seguro que a ellas se refería Aristóteles cuando hablaba de la guerra de mercenarios que había desvelado la debilidad de las leyes cretenses (*Pol.*, 1272b20–22). La confusión persistió durante el reinado de Alejandro, y la intervención de Esparta prometía una buena recompensa. Los espartanos habrían operado desde Lito, supuesta colonia de Esparta (Arist., *Pol.*, 1271b27–28; Éforo, *FGrH* 70 F 149) y habían pedido ayuda al rey Arquidamo para su defensa inmediatamente antes de que este iniciara la expedición a Italia (Diod., XVI, 62, 4). Es muy probable que los espartanos ayudaran contra Cnosos y explotaran en su propio beneficio el odio endémico entre las dos ciudades que proseguiría de modo intermitente durante el siglo siguiente. Esta fue una operación fuera del campo de competencia de la paz común. Las ciudades cretenses, al no participar en la paz común, difícilmente podían invocar sus sanciones, en tanto que los espartanos podían congrega mercenarios de sus aliados tradi-

cionales y, de modo no oficial, preparar un abrigo para la flota persa. A principios del año 332, se les sumaron refugiados procedentes del ejército de Darío en Isos, mercenarios griegos que habían cruzado hacia Chipre y, de ahí, a Creta. Según parece, 8.000 se alistaron en el ejército de Esparta (Curcio, IV, 1, 39; Diod., XVII, 48, 2). Durante el verano del año 332 actuaron con éxito en la isla. Es cierto que Antípatro envió una cierta ayuda a las ciudades hostiles a Esparta, pero no fue eficaz. Los restos de la flota persa se reagruparon en Creta y, junto con el ejército mercenario de Agis, consiguieron controlar la mayor parte de la isla (Curcio, IV, 8, 15; Diod., XVII, 48, 2). Los miembros de la casa real Euripóntida estaban ya en guerra abierta en Creta y habían llegado a enfrentamientos con algunas tropas macedonias. Pero la acción era lejana y no dejaba de ser un apéndice de la más amplia guerra persa. Podría acusarse a los espartanos de traidores pero, hasta el momento, no luchaban en el Peloponeso ni habían atacado ninguna ciudad aliada directamente con Macedonia.

Cuando llegaron a Alejandro las noticias de los éxitos de Esparta, se encontraba ya en Fenicia, preparado para la campaña final contra Darío. En comparación, Creta era un teatro de operaciones de muy escasa importancia, y las fuerzas que Alejandro podía enviar allá eran limitadas. Anfótero, fortalecido tras sus éxitos en el Egeo, fue enviado con una escuadrilla que sería reforzada con 100 barcos de guerra enviados por los súbditos fenicios y chipriotas de Alejandro que, paradójicamente, lucharían contra sus antiguos compañeros de armas. Tanto Arriano como Curcio se hacen eco de esta misión, pero ponen énfasis en puntos distintos. Arriano sugiere que el objetivo era el Peloponeso, pero sitúa la misión en el contexto de la guerra contra Persia. Curcio afirma de modo explícito que Anfótero fue enviado para liberar Creta y limpiarla de piratas¹³. Estos datos no se contradicen entre sí. Los autores, como sucede tantas otras veces, resaltan distintos aspectos de una negociación compleja: Anfótero iba a abordar el problema de Creta y, además, a prestar apoyo en el Peloponeso, en especial, a los enemigos tradicionales de Esparta. Parece como si Alejandro evitara declarar abiertamente la guerra a Esparta, cuya gloriosa historia suponía una seria molestia para él. En lugar de ello, Alejandro intensificó las operaciones en Creta, prestando apoyo masivo a toda ciudad que resistiera el ataque de los espartallos, y, al mismo tiempo, planeó fortalecer a los aliados macedonios en el Peloponeso que se encontraran en peligro de subversión (la guerra de la Élide se encontraba en un momento especialmente delicado). Alejandro pretendía así impedir la guerra en el Peloponeso al tiempo que destruía los restos de la flota per-

¹³ Arr., III, 6, 3; Curcio, IV, 8, 15. El punto de vista del texto es el expuesto (con alguna modificación) por Bosworth (1975); (1980a), p. 279. Para una interpretación distinta, véase Atkinson (1980), pp. 484-485.

sa en Creta. Esparta se vería aislada y estaría obligada a alinearse con el resto del mundo griego.

Anfótero partió de Fenicia y pronto se vio desbordado por los acontecimientos. Tal vez llegó a iniciar las operaciones en Creta (aunque ninguna fuente lo afirma), pero no pudo impedir la guerra en el Peloponeso, que estalló en el verano del año 331¹⁴. Fue una estación especialmente propicia para las ambiciones de Esparta. Durante el invierno del 332/331, los oficiales de Alejandro habían estado reclutando hombres en Macedonia (véase, más arriba, p. 81) y hacia finales de la primavera del año 331 una densa columna del ejército, integrada por más de 15.000 hombres, inició su larga marcha hacia Mesopotamia. De estas fuerzas, 6.000 hombres eran soldados de infantería de origen macedonio y 4.000 soldados de infantería mercenarios, reclutados en el Peloponeso. Estos hombres, en otras circunstancias, podrían haber sido utilizados contra Esparta, y su marcha reforzó la posición militar de Agis. Más o menos al mismo tiempo, Antípatro fue distraído por una revuelta en Tracia. Este es uno de los episodios más misteriosos de todo el periodo pero, lamentablemente, tan sólo lo narra Diodoro. Según dice, Memnón, el general en Tracia, colaboró con sus súbditos para desertar de Alejandro y forzaron a Antípatro a sacar todo su ejército de Macedonia (Diod., XVII, 62, 4-6). La historia resulta desconcertante por dos motivos, ya que este mismo Memnón aparece más tarde conduciendo los refuerzos tracios a la India (Curcio, IX, 3, 21) y nada sugiere que despertara ningún tipo de sospechas o hubiera caído en desgracia. Pudo rehabilitarse tras la revuelta, pero quizá sea más probable que Diodoro desvirtuara los hechos. La verdad puede ser que Memnón fomentara una revuelta en Tracia y que más tarde no pudiera controlarla y pidiera ayuda a Antípatro¹⁵. Al margen de la causa de

¹⁴ La cronología se ha discutido acaloradamente. El punto de vista antiguo, que es, en esencia, el que se acepta en esta obra, fecha la conclusión de la guerra en la primavera del año 330. Ha sido defendido en fechas recientes por Cawkwell (1969), pp. 170-173, y por Bosworth (1975). Sin embargo, Niese afirmaba que la derrota de Esparta se produjo en el otoño del año 331, y Badian (1967), pp. 190-192, desarrolló ese argumento (no obstante, véase Badian [1985], pp. 446-447). En los últimos años, este último punto de vista ha tenido más aceptación (para la bibliografía, véase Will [1983], pp. 76-77). La principal prueba a su favor es la afirmación de Curcio (VI, 1, 21) de que la guerra había terminado antes de que Alejandro ganara la batalla de Gaugamela. Si eso es cierto, resulta difícil creer que Alejandro no hubiera oído la noticia cuando envió a Menes desde Susa en diciembre del año 331 con gran cantidad de dinero para la guerra contra Esparta (Arr., III, 16, 10; sin embargo, véase Atkinson [1980], p. 484). No puedo garantizar la exactitud de la cronología que aquí utilizo, pero permite que los hechos se produzcan en una sucesión lógica y sin incómodas lagunas.

¹⁵ Son posibles muchas otras interpretaciones: cfr. Berve (1926), 2 núm. 499 y Badian (1967), pp. 179-180. Badian sugiere que Memnón estaba conchabado con Agis, lo que es posible pero, de ser cierto, hace que su rehabilitación resulte aún más problemática. También lo identifica con el pariente de Memnón de Rodas al cual se rindió homenaje en Atenas más tar-

la revuelta, esta era importante y requirió por completo las menguadas fuerzas de Antípatro. Este fue el detonador de la guerra en el Peloponeso. El gobierno de Esparta se declaró a favor de la libertad y envió embajadas por toda Grecia pidiendo apoyo. Al mismo tiempo, si no antes, Agis retiró su ejército de mercenarios de Creta e inició operaciones en el Peloponeso. Un general macedonio, Córago (muy posiblemente, el comandante de la guarnición de Corinto), fue derrotado y los aliados se sumaron a la causa de Esparta. El régimen oligárquico de la Élide, impuesto por Filipo, había sido inestable desde sus orígenes; el partido exiliado en el año 343 hizo un intento frustrado para regresar en vida de Filipo¹⁶ y, durante un corto espacio de tiempo del año 335, consiguió desbancar a sus oponentes, respaldados por Macedonia. Cuando se declaró la guerra contra Esparta (si no antes) se produjo un cambio de gobierno y la Élide se unió a la alianza espartana. La Liga Aquea, con la única excepción de Pelene, también se comprometió con Esparta, como habían hecho las ciudades de la Arcadia, salvo Megalópolis. La sorpresa vino de parte de Tegea, que había recibido los territorios fronterizos con Esparta tras Queronea y, sin embargo, se sumó a la alianza de Esparta en el año 331. Pudo producirse una revolución interna y un cambio de gobierno pero, en cualquier caso, la ciudad estaba tan cerca de Esparta que habría sido prudente aceptar los avances de Esparta y, de ese modo, evitar una invasión que, de otra manera, habría sido inevitable. Las fuerzas conjuntas de la alianza eran formidables: 20.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería, y su núcleo lo formaban los mercenarios procedentes de Asia, endurecidos por la batalla; y, mientras Antípatro estaba ocupado por la situación de emergencia en el norte, podían tener esperanzas de dominar el Peloponeso.

Mucho dependía de la reacción que se produjera en Atenas. La ciudad era, de modo inevitable, el principal objetivo de la diplomacia de Esparta y recibió una serie de embajadas en el curso de la crisis. Se produjo un debate largo y mordaz. Por un lado, había una fuerte corriente de simpatía hacia Esparta. El talante belicoso del *demos* aparece reflejado en el categórico discurso sobre el tratado con Alejandro ([Dem.], XVII), probablemente pronunciado entre el 331 y el 330¹⁷ y culmina con una calurosa

de, en el año 327 (Tod, *GHI* núm. 199). Es muy improbable. Memnón no es de los nombres más frecuentes, pero aparece en, por lo menos, dos familias atenienses de este periodo (Davies [1971], pp. 399-400; *IG* II². 500, líneas 9-10) y tenemos testimonios abundantes de su presencia durante el periodo helenístico. Es perfectamente verosímil su uso como nombre macedonio.

¹⁶ Diod., XVI, 63, 4: los exiliados de la Élide fueron apoyados por el resto de los mercenarios de Faleco mucho tiempo después de la partida del rey Arquidamo a Italia. Por fuerza, debía de tratarse de la facción favorable a Esparta expulsada a instancias de Filipo en el año 343 (Dem., XIX, 260; Paus., IV, 28, 4-6).

¹⁷ Para esta fecha, véase CAWKWELL (1961); para otras sugerencias, Will (1982); (1983), pp. 67-70.

llamada a la guerra contra los macedonios, los enemigos jurados de la autonomía griega. Pero se produjo también una reacción negativa, en especial por parte de Demóstenes¹⁸. Su discurso, tal como lo cita en tono de burla Esquines (III, 166), es de una oscuridad sibilina y no podemos reconstruir el contenido de su razonamiento. No cabe duda de que creó una atmósfera de sospecha, con misteriosas insinuaciones de amenazas ocultas y subversión en el interior de la ciudad, y aconsejó que se adoptara una actitud de espera. Demóstenes nunca había sido amigo de Esparta. Al principio de su carrera, en el 353/352, había instado al *demos* a que ayudara a Megalópolis, alegando que a Atenas le interesaba que Esparta siguiera siendo débil. Si Megalópolis caía, Mesenia estaba en peligro, y una Esparta que se hubiera hecho con Mesenia amenazaría una vez más la libertad de Grecia (Dem., XVI, 19-22). La situación no era muy distinta a finales del año 331. Tras la derrota de Córago, Agis inmediatamente sitió Megalópolis y pareció inclinado a destruirla. La eliminación de ese bastión del noroeste abriría el paso a Mesenia, y los espartanos podrían sojuzgar a sus antiguos ilotas bajo el pretexto de la autonomía griega. Estaban atacando a los aliados de Macedonia en nombre de la libertad, pero el objetivo último era devolver el territorio a manos espartanas. Demóstenes bien pudo sentirse poco inclinado a colaborar con las ambiciones hegemónicas de Esparta a expensas de Atenas y de los ciudadanos atenienses que todavía servían bajo Alejandro. Así pues, los atenienses se limitaron a darles ánimos durante la crisis; el *demos* se contuvo por su propio interés y el cálculo político. En fechas tan tardías como febrero del año 330, la presión popular insistió en enviar trirremes en apoyo del movimiento, pero Démades sofocó la protesta al hacer notar el coste de la operación y con la amenaza de recurrir al teórico para financiarla (Plut., *Mor.*, 818E-F). Eubulo había empleado argumentos similares en el año 346 con el mismo éxito (Dem., XIX, 291). Los atenienses conservaron sus fondos y, tal como habían hecho en el año 335, se abstuvieron de toda acción.

El retraso fue fatal. Antípatro consiguió llegar a un acuerdo con los rebeldes de Tracia y dejar el ajuste de cuentas para más tarde (Diod., XVII, 63, 1). Entonces, probablemente a principios de la primavera del año 330, Antípatro viajó hacia el sur, acumulando tropas a medida que avanzaba. El ejército que congregó era grande, estaba integrado por 40.000 hombres. El núcleo de macedonios sería pequeño tras la reducción que había causado el reclutamiento de hombres realizado por Amin-

¹⁸ Pudo mostrar un cierto entusiasmo al inicio de las hostilidades (Plut., *Dem.*, 10, 1; cfr. Burke [1977], p. 336); en ese caso, pronto se sintió decepcionado. Pero el texto de Plutarco es muy vago y retórico, y bien puede resultar erróneo; nada dice de la contrastada oposición de Demóstenes a la intervención militar, y la idea de que apoyaba el movimiento puede ser sólo una deducción de Plutarco.

tas. Probablemente, el número de soldados había aumentado con las levadas realizadas entre los bárbaros del norte, y los aliados de Macedonia habían aportado tropas compuestas por ciudadanos y mercenarios. No está especificado quiénes eran los aliados, pero lo probable es que incluyera a los tesalios y a los pueblos de la Grecia central, así como a los estados del Peloponeso hostiles a Esparta. El total superaba en mucho a las fuerzas de Agis, y el rey de Esparta se encontraba en una posición muy poco envidiable. Su ejército seguía inmovilizado en el sitio de Megalópolis, incapaz de asaltarla o hacer que se sometiera por el hambre, y Agis permaneció por la zona esperando a Antípato. El último acto de la obra tuvo lugar cerca de la ciudad, en un terreno accidentado; probablemente, Agis se había replegado hacia el sur y estaba defendiendo el camino a Laconia. Si podemos confiar en el relato parcial y retórico de Curcio, fue un combate reñido, con movimientos constantes. La llanura donde tuvo lugar la mayor parte de la lucha era angosta y sólo permitía que combatiera una parte de las tropas (Curcio, VI, I, 10). Sin duda, Agis había escogido su terreno con habilidad y consiguió así neutralizar la superioridad numérica de Macedonia. La falange espartana tuvo uno de sus mejores momentos e inmovilizó a los macedonios. Paradójicamente, fue la línea de Antípato la que se quebró (Curcio, VI, I, 6), una prueba más de que los integrantes de la falange no eran precisamente expertos. El propio Agis luchó con heroísmo, pero fue herido al principio de la batalla y se lo llevaron de allí. Sus hombres lucharon hasta quedar exhaustos pero, al final, tuvieron que replegarse (las abundantes reservas de Antípato intervinieron a tiempo). El rey herido fue adelantado en la desbandada y se defendió hasta el final con un coraje que no desmerecía el de Leónidas. Antípato quedó dueño del campo de batalla, donde había 5.300 enemigos muertos, entre los cuales se encontraban numerosos espartanos cuya pérdida suponía un golpe mortal para su ciudad.

Esta única victoria fue suficiente. Con Esparta herida, los estados insurgentes no tuvieron otra alternativa que iniciar una aproximación hacia Antípato y rogar para que esta fuera en los mejores términos posibles. El regente remitió la cuestión al *synedrion* de la Liga de Corinto; era normal que lo hiciera, ya que la principal víctima de la guerra, Megalópolis, era aliada de Macedonia y firmante de la paz común. A continuación se produjo un largo debate en Corinto, tras el cual los aliados de Esparta fueron castigados. Los aqueos y los eleos debían pagar una indemnización de 120 talentos a Megalópolis, mientras que los tegeos, que, probablemente, habían actuado a la fuerza, fueron perdonados, excepto la facción responsable de la revuelta (Curcio, VI, 1, 20). Los espartanos estaban en otra categoría, ya que eran los instigadores de la guerra, pero no eran miembros de la Liga: así pues, el *synedrion* reservó a Alejandro la decisión sobre su destino y les permitió enviar una delegación para defender su cau-

sa en Asia. Antípatro también pidió cincuenta rehenes, pero los espartanos se resistieron con firmeza a esta imposición. El éforo Eteocles ofreció 100 viejos y mujeres en lugar de los jóvenes solicitados por Antípatro, declarando que la muerte era preferible a semejante sumisión (Plut., *Mor.*, 235B). Sin embargo, su opinión no era general y los espartanos entregaron a los rehenes para que los enviaran a Alejandro. Cuando Esquines pronunció su discurso contra Ctesifonte, a finales de verano del año 330, estaban a punto de iniciar el viaje, y el orador hizo un alarde de elocuencia al aludir a su tragedia y lo precario de su situación, sujeta al capricho de Alejandro (Esquines, III, 133)¹⁹. Estos presagios estaban, probablemente, injustificados ante los hechos. No hay registro de que Alejandro celebrara ningún juicio que castigara a Esparta. La entrega de los rehenes y las pérdidas de la batalla habrían sido considerados pena suficiente. Esparta pudo haber sido forzada a aliarse y pasar a ser miembro de la Liga, pero esto también es dudoso. Para cuando los embajadores espartanos y los rehenes alcanzaron a Alejandro, este estaría ya al norte del Hindu Kush, enredado en la revuelta sogdiana, y los problemas de Grecia estaban muy lejos de constituir inquietudes apremiantes y, desde luego, no lo era una Esparta que había sido aplastada militarmente y había perdido una parte considerable de su población ciudadana. Podía dejar que decayera, que se convirtiera en un fósil viviente en un mundo en transformación, obsesionada por la mitología de su pasado y acariciando tercamente ambiciones de hegemonía que era incapaz de conseguir.

Esparta no tenía otra opción que permanecer en paz y reparar los estragos de la guerra. Los ciudadanos en declive no podían correr ya más riesgos. Todos los espartanos eran necesarios, y no resulta sorprendente que se suspendieran las sanciones que tradicionalmente se imponían a los supervivientes de las derrotas espartanas, al igual que tras Leuctra (Plut., *Agés.*, 30). Las leyes de Licurgo permanecieron dormidas, y sólo un espíritu osado, el príncipe Agiada Acrótato, se manifestó a favor del castigo tradicional, un acto de valor que lo convirtió en un hombre marcado (Diod., XIX, 70, 4-6). Pero el sucesor de Agis, su hermano más joven, Eudamidas, aparentemente no hizo nada para alterar el statu quo (Paus., III, 10, 5) y el veterano Cleómenes continuó con su vida de inactividad. Bajo su gobierno, Esparta no entró en la Guerra Lamíaca, y la coalición

¹⁹ Para una discusión sobre las fuentes, véase McQUEEN (1978), pp. 53-56. McQueen se mete en dificultades innecesarias por creer que Agis fue derrotado en el año 331, y se ve obligado a rechazar el testimonio del contemporáneo Esquines. Si la batalla se libró en la primavera del año 330, pasaron tres o cuatro meses antes de los discursos sobre la corona, un periodo de tiempo no demasiado largo para que se celebraran los debates en Corinto y para que la opinión de Esparta se hubiera reconciliado con la entrega de los rehenes. Estos habrían viajado a la corte de Alejandro en compañía de los embajadores. No hay conflicto formal entre las fuentes.

fue muy débil, debido a su ausencia. Todos los esfuerzos de Agis habían fracasado y habían tenido como resultado final el fortalecimiento de la dominación macedonia sobre Grecia. Un mayor apoyo por parte de Atenas podría haber alterado la situación, pero el error fatal fue, sin duda, el terco sitio de Megalópolis, que hizo imposible la defensa del Peloponeso contra Antípatro y, al mismo tiempo, revivió el fantasma del anticuado imperialismo de Esparta. La mayoría de los estados todavía consideraban que el dominio de Macedonia era una alternativa más agradable.

ATENAS BAJO LA ADMINISTRACIÓN DE LICURGO

En muchos aspectos, Atenas llegó a la cumbre de su prosperidad material durante el reinado de Alejandro. Desde la batalla de Queronea hasta el estallido de la Guerra Lamíaca, disfrutó de quince años de paz ininterrumpida sin tener que hacer frente a otra cosa que a una amenaza pasajera de invasión. Los años de paz trajeron consigo beneficios económicos sin precedentes. Los ingresos de Atenas pasaron de los 400 talentos registrados en el año 346 a. de J.C. a unos asombrosos 1.200 talentos *per annum*. Los ingresos generaron impresionantes programas de gasto civil y militar, y se construyó con una intensidad que no se había visto en todo un siglo. Tras toda esta actividad se encontraba el aristócrata Licurgo, hijo de Licofrón, que administró las finanzas de Atenas de modo directo o indirecto durante doce años ininterrumpidos. Por desgracia, el cargo que ocupó no está definido con claridad. Las fuentes se limitan a decir que estaba al frente de la administración²⁰ pero, por las descripciones de sus éxitos, en particular, el decreto honorífico aprobado por Estratocles en el año 307 a. de J.C., resulta evidente que controlaba todas las finanzas públicas atenienses. El *teórico* habría sido un importante elemento de su administración. Probablemente, era todavía el mayor receptáculo de fondos públicos, pero sus funciones parecen haber estado restringidas por la legislación de Hegemón, promulgada poco después de que Demóstenes actuara como comisario del *teórico* (337/336), y tal vez dirigida contra el propio Demóstenes²¹. Esquines (III, 25) sugiere que, en el año 330, la ad-

²⁰ Diod., XVI, 88, 1; Hipérides, F 118 Sauppe; [Plut.], *Mor.*, 841B-C, 852B; Dionisio de Halicarnaso, *Din.* II, p. 316. El decreto de Estratocles se conserva en parte (IG II². 457 = SIG³ 326); una versión extensa y parcialmente elaborada aparece en las *Vidas de diez oradores* (*Mor.*, 851F-852E), de Pseudo Plutarco.

²¹ Hegemón fue adversario de Demóstenes (*Dem.*, XVIII, 285). Para la posible relación entre la ley de Hegemón y el establecimiento de la posición de Licurgo, véanse Cawkwell (1963), pp. 54-55; Rhodes (1972), pp. 107-108; (1981), pp. 515-517. La datación más tradicional para el periodo en que Licurgo estuvo en su cargo es 338-326, y empieza antes de la ley de Hegemón; cfr. Berve (1926), 2 núm. 477; Mitchel (1970), p. 12; Will

ministración del *teórico* era relativamente limitada. El administrador ya no tenía la amplia competencia de la época de Eubulo y por lo menos uno de los cargos cuyas funciones había absorbido (el *antigraphus*) reaparece en un documento público fechado en 335/334 (IG II² 1700, línea 217). Quizá los comisarios del *teórico* ahora sólo se encargaban de repartir dinero en ocasión de las representaciones teatrales, su primera misión y la que les dio nombre, y la administración más general estaba en manos del supervisor financiero. Sin duda, el arsenal y los nuevos astilleros que habían iniciado los comisarios del fondo los terminó Licurgo, y se le supone el papel de supervisor que antes ejercía el *theorikon*. Es razonable suponer que la legislación que establecía la administración financiera de Licurgo fuera un corolario de la limitación de Hegemón a la función de comisario del *teórico*. La confianza pública en Licurgo era tal que el *demos* estaba dispuesto a nombrarlo encargado general de la maquinaria financiera de Atenas, igual que había estado deseoso de permitir que el comisario del *teórico* ampliara sus funciones bajo la presidencia de Eubulo. Había algunos dispositivos de seguridad legales. En algún momento, quizá cuando se creó el cargo, la ley estableció un límite para impedir que nadie lo ocupara durante más de cinco años seguidos²², y Licurgo se vio obligado a presentar la candidatura de algún representante (por poderes) en alguna ocasión, en tanto que retenía en sus manos la verdadera administración. Los detalles de este arreglo son muy oscuros. No está claro si hubo uno o varios representantes ni se estuvieron en el cargo durante sólo un año o un plazo de cuatro. Sólo se conoce un nombre: Jenocles de Esfeto aparece como administrador de las finanzas durante este periodo²³ y no cabe duda de que actuó como testaferro de Licurgo y gestionó los ingresos según sus directrices.

El carácter de la supervisión financiera constituye un misterio. Los principales cargos financieros del *demos*, el tesorero del *estratiótico* y los comisionarios del *teórico*, siguieron ejerciendo sus funciones y recaudando y desembolsando dinero igual que antes. Se supone que Licurgo revisaba

(1983), pp. 22-23 y 78 ss. Sin embargo, el argumento está basado en la presunción de que los periodos cuadriales de los nombramientos ([Plut.], *Mor.*, 841C) estaban comprendidos entre dos celebraciones de la Gran Panatenea (cfr. Aristóteles, *Ath. Pol.*, 43, 1), pero, en el mejor de los casos, las pruebas no nos dicen nada concluyente (cfr. Rhodes [1972], pp. 236-237). La muerte de Licurgo probablemente se produjo en el arcontado de 325/324 y, sin duda, seguía en su cargo cuando estaba en su lecho de muerte ([Plut.], *Mor.*, 842E-F; cfr. Davies [1971], p. 35); parece como si su tercer periodo en ejercicio no se hubiera agotado. La datación de D. M. Lewis (sin publicar): 336-324 sería preferible.

²² [Plut.], *Mor.*, 841C. Para la interpretación, véase MARKIANOS (1969), el cual argumenta (de modo poco convincente) que esta legislación no se aprobó; Licurgo vio la posibilidad de que así fuera y lo impidió.

²³ Meritt (1960), 2-4, núm. 3.

los ingresos en su totalidad y los dividía entre los diversos órganos financieros del estado. Se ha dicho que facilitó nuevas fuentes de ingresos (Hipérides, F II Sauppe) pero, probablemente, eso lo hizo mediante *psephismata* y lo ratificó el *demos*. El cargo financiero de Licurgo lo convertía en el hombre adecuado para hacer tales propuestas, pero no tenía poderes legislativos *ex officio*. Los poderes que tenía consistían en la gestión del caudal del dinero público y está claro que era Licurgo quien decidía cómo se dirigía el excedente de la administración general, si debía destinarse a las obras públicas, a armamento o distribuirse entre la gente. El buen funcionamiento del sistema dependía de la cooperación entre los distintos funcionarios, y tenemos un ejemplo notable de ello en las provisiones de Licurgo para nuevas naves procesionales y *Nikai* de oro ([Plut.], *Mor.*, 841D, 852B). El propio Licurgo hizo las propuestas, pero las aplicó el funcionario adecuado, el tesorero del *estratiótico*, que realizó pagos a los tesoreros de Atenea en el arcontado de 334/333. El tesorero del fondo *estratiótico* no era otro que Démades de Peania²⁴, cuya defensa de la paz en el año 335 lo había llevado a enfrentarse con Licurgo, y este se había opuesto a que se le hiciera objeto de los honores que se había acordado por votación otorgarle. Sin embargo, Démades pudo trabajar eficazmente con Licurgo durante el año siguiente, demostrando que los enfrentamientos políticos más violentos no impedían la colaboración en otros aspectos.

Los fondos que pasaron por manos de Licurgo fueron colosales. Las estimaciones de la antigüedad van de los 14.000 a los 18.900 talentos y no es muy exagerado decir que las entradas anuales llegaban a los 1.200 talentos. Este enorme incremento tuvo que estar generado, en gran medida, por el comercio. No hay indicios de que los impuestos internos, las recaudaciones por tierras o propiedades, se hubieran aumentado, y durante este periodo de paz no se recurrió a la *eisphora*, la contribución de emergencia sobre el capital de los ricos. Fueron los impuestos indirectos, las tasas portuarias y sobre las ventas, para no mencionar el alquiler de las concesiones mineras, lo que hizo crecer el tesoro público. Si el comercio que pasaba por Atenas aumentó, también lo hicieron los ingresos públicos que de él se derivaban. Puesto que en Atenas el comercio estaba en gran medida en manos de no ciudadanos, como consecuencia necesaria se fomentó la presencia de metecos y de comerciantes extranjeros, que generarían ingresos y, en el caso de los metecos, pagaban impuestos adicionales: las doce dracmas del *metoikion* y la *eisphora* destinada al arsenal y los astilleros. No resulta sorprendente encontrarse a Licurgo protegiendo los intereses de los extranjeros residentes, reprimiendo el celo excesivo y molesto de las autoridades fiscales ([Plut.], *Mor.*, 842B) y proponiendo

²⁴ IG II². 1493. Para la datación y cierta rehabilitación del nombre de Démades, véase Mitchel (1962).

una legislación que concediera a los comerciantes de Citión el derecho a adquirir tierras para dedicar un templo a Afrodita (Tod, *GHI* núm. 189: a los egipcios se les había hecho una concesión similar para un templo dedicado a Isis). Los extranjeros que ayudaban a Atenas importando productos esenciales recibieron señalados honores del *demos*; entre ellos destacó Heraclides de Salamina, el cual recibió una corona de oro y la *isoteleia* por sus servicios durante la gran escasez. En su caso, el *demos* llegó a enviar una embajada a Dionisio de Heraclea exigiendo una compensación por el arresto de la nave de Heraclides y la confiscación de sus velas, e insistiendo en que no hubiera más interferencias con el comercio ateniense (*IG* II². 360 = *SIG*³ 304). Esta iniciativa diplomática para proteger el comercio tuvo su contrapartida militar. Licurgo se apresuró a reprimir la piratería y, de acuerdo con un decreto que aprobó en 335/334, Diotimo fue enviado en una misión de protección (*IG* II². 1623, líneas 276-308). Esta política tuvo continuación: en 325/324, tras las quejas sobre la piratería etrusca, el *demos* votó el establecimiento de una colonia en la costa del Adriático, gobernada por el aristócrata Milcíades, de la familia de los Filaidas, con un modesto contingente naval. Los objetivos de la expedición aparecen explicados con detalle (Tod, *GHI* núm. 200, líneas 217 ss.) y el primero de ellos es asegurar al *demos* su propio comercio. Pocas misiones estatales de la antigüedad tienen un motivo económico definido con tanta claridad. Los ingresos y el comercio que los garantizaban eran de importancia primordial en la Atenas de Licurgo.

La explotación de las minas de plata, que Jenofonte (*Poroi* 4) había considerado el principal medio para aumentar los ingresos estatales, siguió adelante y se vigiló con cuidado. Un tal Dífilo fue condenado a muerte por especular con la venta de puntales y sus bienes, que ascendían a 160 talentos, fueron confiscados y se distribuyeron entre el *demos*²⁵. El episodio es doblemente importante. Demuestra claramente la escrupulosa preocupación de Licurgo por proteger la propiedad pública, pero también resalta un aspecto más siniestro de las finanzas públicas atenienses. Los ingresos de la ciudad podían aumentar considerablemente con la venta de los bienes de los condenados y, en tiempos de dificultades económicas, la riqueza visible podía ser un incentivo para que se entablaran acciones judiciales. El propio Licurgo tenía una gran reputación como fiscal y era famoso por su elevado tono moral y su pasión en la denuncia. Se decía que su pluma estaba mojada en muerte y no en tinta. La literatura anti-

²⁵ [Plut.], *Mor.*, 843D. Sin embargo, compárese este caso con el de Epícrates, en el que el *demos* votó a favor de la absolución a pesar del atractivo de los 300 talentos ofrecidos por el fiscal. Pero el juicio había asustado a los arrendatarios y reducido la explotación de las minas. Probablemente, la defensa puso énfasis en que la absolución favorecía a los intereses de la ciudad a largo plazo (cfr. Hipérides, *Eux.*, 35-36).

gua no pone en duda su integridad, pero se podría sospechar que la riqueza del acusado era un estímulo adicional para la acusación. Este factor ayuda a explicar el que se juzgara a Leócrates tanto tiempo después de su supuesto delito (véase, más adelante, p. 250). La desertión del Ática en un momento de necesidad para la ciudad había enfurecido a Licurgo; él mismo había acusado a Licofrón ante el Areópago por un delito similar (*Leocr.*, 52; F 15-17). Pero eso había sucedido en plena emergencia del año 338. La acusación contra Leócrates se produjo casi ocho años más tarde, cuando este llevaba como mínimo un año residiendo allí antes de que lo llevaran a juicio. Quizá una necesidad temporal de fondos azuzó la indignación de Licurgo y la transformó en una acción legal. Leócrates era rico y, en caso de que fuera condenado, sus propiedades se sumarían al tesoro público. Más inquietante todavía es el caso de Euxenipo de Lamprtras, encausado por contar mal un sueño que había tenido en el templo de Anfiarao. Sólo tenemos el discurso de Hipérides en relación con la defensa, pero está claro que la acusación era tendenciosa, insinuaba simpatías con los macedonios e insistía de modo irrelevante en la riqueza del acusado (Hipérides, *Eux.*, 19-20, 32). El caso tenía connotaciones políticas. El fiscal, Polieucto de Esfeto, se había visto frustrado por Euxenipo y se estaba desquitando. Pero lo apoyó en la acusación el propio Licurgo, que tal vez se había agregado al caso por motivos tanto financieros como religiosos. Es evidente que el caso era trivial y constituía un abuso del procedimiento de acusación, que debería haberse reservado a los delitos más serios contra el Estado, y si Hipérides se atiene a la verdad (*Eux.*, 1-3), este abuso no fue, ni mucho menos, el único.

Es más fácil documentar el gasto de los ingresos que su recaudación. Una parte considerable del gasto se dedicó a mejorar la preparación militar ateniense. El decreto de Estratocles alaba a Licurgo por almacenar armas en la Acrópolis y mantener 400 trirremes en orden de batalla ([Plut.], *Mor.*, 852C). Los inventarios de los conservadores navales confirman esta última afirmación y dan un total de 391 trirremes en 330/329 (IG II², 1627, línea 266). Lo impresionante no es la cantidad total (Atenas podía presumir de tener 349 trirremes en 353/352 tras la Guerra Social) sino el hecho de que estuvieran preparados para la acción. La reconstrucción era sólida y los trierarcas atenienses habían puesto sus miras en los sucesos del Mediterráneo oriental, donde los pesados cuadrirremes y quinquerremes estaban sustituyendo al trirreme como barco de guerra básico. Así pues, los atenienses reforzaron los «cuatro» en su armada; de los 18 que había en 330/329 pasaron a 50 en 325/324 (además, con dos «cincos»)²⁶, mien-

²⁶ IG². 1629, línea 811. Para una lectura correcta, véase Ashton (1979) y, para las figuras de la flota en general, Ashton (1977), pp. 3-7. La evidencia de la construcción de *te-trereis* la da Schmitt (1974).

tras que los trirremes se redujeron de 392 a 360. La fuerza total se mantuvo en 410, pero la proporción de navíos nuevos y más pesados iba en aumento. Al mismo tiempo, se reanudó la construcción de las nuevas instalaciones navales, el arsenal y los astilleros, tras la interrupción de la guerra del 340 al 339, y se completaron durante la administración de Licurgo. La flota estaba ahora equipada magníficamente, pero su experiencia era escasa. Los catálogos navales registran pocas escuadras en servicio. Por ejemplo, a finales del arcontado de 330/329, sólo 17 barcos estaban fuera del Pireo. La actuación de mayor envergadura que se conoce en el periodo fue una votación por la cual se enviaron 100 trirremes para liberar a la flota cargada con el grano interceptada en Ténedos, y es probable que esa escuadra no necesitara llegar a navegar ni, mucho menos, luchar ([Dem.], XVII, 20). Los ingresos del Estado no se derrochaban en costosas operaciones militares, sino que se dirigían a mantener el armamento necesario para una emergencia en el futuro. En teoría, la lógica era impecable, pero cuando la armada ateniense tuvo que hacer frente a la dura realidad en la Guerra Lamíaca, el resultado fue una derrota catastrófica. Ya no tenían experiencia ni habilidad en los combates navales como para hacer frente a los almirantes macedonios, que podían recurrir a todas las reservas del Mediterráneo oriental.

De modo paralelo a la restauración de la marina se produjo la reorganización de la *ephebeia*. A principios de siglo, los jóvenes varones habían servido de modo voluntario durante dos años tras ser reconocidos como ciudadanos (Esquines, II, 167). Algún tiempo después de Queronea, quizá en el 336 ó 335, un tal Epícates cambió la legislación para hacer que ese servicio fuera obligatorio²⁷. Todos los atenienses —es probable que los *thetes* también estuvieran incluidos— estaban ahora obligados a cumplir dos años de instrucción militar. Los mantenían con un rancho común y el estado les pagaba la friolera de 4 óbolos al día y les daba armas con cargo al gasto público, un privilegio que antes se reservaba sólo a los hijos de los caídos. Los oficiales eran elegidos por votación: un supervisor (*sophronistes*) de cada tribu y un director (*kosmetes*) seleccionado entre todo el cuerpo de ciudadanos. Había también instructores más especializados que entrenaban en armamento, tanto pesado como ligero, y en técnicas de la catapulta. El primer año de instrucción lo pasaban en fuertes

²⁷ La larga serie de dedicatorias de los efebos empieza en 334/333 (cfr. Reinmuth [1971]) y hay registradas unas quince durante los siguientes diez años. No tenemos pruebas anteriores de la *ephebeia* controlada por el estado; Reinmuth núm. 1 ya no se asocia con el periodo en que fue arconte Nicofemo (Mitchel [1975]). El número de efebos en cada tribu va de ca. 44 (Reinmuth núm. 9) a 62 (Reinmuth núm. 15). Esto sugiere un cuerpo integrado por unos 500-600 muchachos, un 3 por 100 de la población total ciudadana de 21.000, cifra que concuerda con la proporción de individuos de dieciocho años en poblaciones mejor documentadas (cfr. RUSCHENBUSCH [1979]).

situados en el Pireo y esta instrucción básica culminaba en un desfile ceremonial, ante todo el *demós*, en la orquesta del teatro de Dioniso (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 42, 4). A continuación venía un año de servicio en la frontera, en las guarniciones del campo del Ática (especialmente en las marcas del norte, en Eleusis, File y Ramnunte). La legislación sobre los efebos estaba claramente dirigida a producir un ejército de ciudadanos más eficaz. También estaba destinada a inculcar un sentimiento de hermandad tribal entre los jóvenes, que vivían separados en unidades tribales y de acuerdo con actitudes espartanas, comían el rancho común y estaban vigilados por sus *sophronistes*. Al mismo tiempo, se llevaba a cabo un cierto grado de adoctrinamiento patriótico. El juramento tradicional de los efebos, formulado en un lenguaje deliberadamente arcaico, los comprometía con la defensa de las leyes y santuarios del Ática (Tod, *GHI* núm. 204), y el cuerpo de efebos aparecía como cosa normal en los festivales religiosos; aparecen compitiendo de modo colectivo en la carrera de antorchas ya en 333/332 (Reinmuth núm. 6). El resultado de la instrucción era, en teoría, un ejército ciudadano eficaz, bien armado y entrenado, y muy motivado para defender a Atenas, sin duda, con un alto coste. Si los catálogos tribales constituyen una guía precisa, el número de efebos rondaba los 500 por año, y el mantenimiento del cuerpo y sus oficiales habría consumido bastante más de cuarenta talentos. La provisión de armas habría sido uno de los mayores gastos habituales.

Los festivales nacionales que se celebraban en Atenas también incrementaban los ingresos públicos. Uno de los mayores éxitos de Licurgo fue la conclusión del estadio panatenaico y, para su construcción, obtuvo donaciones de lugares lejanos a Atenas. Un decreto existente atestigua que promovió que se concedieran honores a Eudemo de Platea por su aportación de 1.000 carros y animales de tiro (Tod, *GHI* núm. 198). La política de recaudar ayudas privadas, que había tenido éxito en el programa de fortificación de emergencia llevado a cabo tras Queronea, se extendió fuera de la ciudad y se invitó a destacados extranjeros a convertirse en benefactores del estado ateniense. El cuidado dedicado a la sede permanente del festival se aplicó a todos sus detalles. Hay legislación que estipula la compra regular de animales destinados al sacrificio y otros equipos necesarios con fondos generados por el arrendamiento de tierras del estado que recibían el nombre de *Nea*, lo que constituiría «el primer caso de asignación de una fuente de ingresos específica para un propósito específico»²⁸. Las panateneas iban a ser verdaderamente dignas de la ciudad. De igual modo, la administración ateniense prestó una atención especial al territorio recién adquirido de Oropo. Bajo la supervisión del

²⁸ IG II². 334 con Lewis (1959).

anticuario ateniense Fanodemo se aprobaron leyes que establecían un festival cuadrienal en honor del héroe local Anfiarao, con la provisión regular de fondos y mejoras para el templo para hacer honor a la ocasión (IG VII. 4253 = SIG³ 287). La primera celebración se llevó a cabo a su debido tiempo en el 329/328, con una solemne procesión y con competiciones atléticas y ecuestres. El *demos* eligió a diez comisionados, entre los que estaban Fanodemo, Licurgo, Démades y Nicérato, descendiente del gran Nicias (IG VII. 4254 = SIG³ 298). El calendario religioso de Atenas absorbió el culto local de Oropo y la integración religiosa completó la anexión política de la zona. Una vez más, los enemigos políticos del año 335, Licurgo y Démades, aparecen uno junto a otro, igual que en la lista de *hieropoioi* enviada para representar a su ciudad en Delfos en 326/325²⁹. Los gastos religiosos de Licurgo no suscitaban controversias y todos podían cooperar en honrar a los dioses.

El *demos* en su totalidad se benefició de todas estas medidas, en especial, del programa de festejos, en los que participaba como público y beneficiario de la generosidad del festival. El *teórico*, llamado cemento de la democracia, siguió prosperando y los fondos que desembolsaba eran importantes. Se dice que Démades prometió media mina a cada ciudadano por el festival de Coas a principios del año 330 (Plut., *Mor.*, 818E), cantidad que parece sospechosamente alta, pero que coincide con lo que distribuyó Licurgo tras la condena de Dífilo. La generosidad extravagante pudo ser norma durante este periodo de prosperidad económica y, si su fin último era hacer desistir de los sueños imperiales y de los compromisos militares en el exterior, estaba plenamente justificada. Atenas vivió sin guerras durante quince años y, como resultado de ello, su capacidad militar aumentó. Los beneficios de esta política se hicieron visibles a través de una sucesión de obras públicas dedicadas a la comodidad y la edificación del *demos*³⁰. Para la población más joven se construyó la escuela de lucha y el gimnasio en el Liceo. Para los ciudadanos maduros, se mejoraron mucho los entretenimientos cívicos. El teatro de Dioniso se reconstruyó y se amplió, y se inició un programa de construcción en el Pnix, donde se edificaron dos grandes pórticos sobre el auditorio. En el *agora* se añadió un pórtico a la nueva cámara del consejo y se adosó un *propylon* al lado sur del edificio del consejo, mientras que a los tribunales se les dio una sede más impresionante con la edificación del edificio similar a un claustro conocido como el Peristilo Cuadrado. Todos los principales edificios públicos de la asamblea, el consejo y los dicasterios se ampliaron y embellecieron de acuerdo con el programa de Licurgo. Al mismo tiem-

²⁹ SIG³ 296-297; cfr. D. M. Lewis, *ABSA* 50 (1955) 34.

³⁰ Véase el catálogo completo en Will (1983), pp. 79-93.

po, el templo de Apolo Patroos se reconstruyó en el *agora* para conmemorar los antepasados de los pueblos jónicos y atenienses como su origen común (cfr. Arist., *Ath. Pol.*, F 1). Siempre había un elemento de patriotismo en el programa de Licurgo y sería un error creer que no era sincero ni compartido. Sería aún más erróneo atenerse al punto de vista, de moda en otro tiempo, que defendía que la generosidad de Licurgo minó la moral política y militar de los atenienses. Al contrario, en cuanto se supo que Alejandro había muerto, el *demos* se alzó en una demanda de libertad y, a pesar del escepticismo de Diodoro (XVIII, 10, 1-2), que refleja el desprecio oligárquico de su fuente macedonia, Jerónimo, los atenienses estuvieron a la altura de los sacrificios que la guerra les exigía en un esfuerzo digno de sus mejores tiempos.

Licurgo tenía enemigos. Se vio obligado a defender sus cuentas en repetidas ocasiones, incluso en su lecho de muerte ([Plut.] *Mor.*, 842F); y poco después de su muerte sus hijos fueron acusados de responsabilidad colectiva en un caso de malversación y fueron condenados y llevados a prisión. Fue un miserable acto de venganza por motivos puramente personales. El principal agresor de Licurgo, Menesecmo, había sido acusado de impiedad por este ([Plut.], *Mor.*, 843D; *P. Ber.*, 11748) y abrigaba un amargo resentimiento. Pero fue también el sucesor de Licurgo como administrador de las finanzas de Atenas (Dionisio de Halicarnaso, *Din.* II, p. 316) y siguió su política general. De hecho, es difícil ver cómo se podría poner alguna objeción, en principio, a la administración de Licurgo, con sus prioridades firmemente centradas en la preparación militar y el adorno cívico de Atenas. No hay nada más engañoso que la imagen convencional de la Atenas de Licurgo polarizada en facciones a favor y en contra de Macedonia. Esto se basa, en el fondo, en los insensatos alegatos de los discursos del foro, en los que las acusaciones de colaboración con las potencias extranjeras son frecuentes. Si se toma en serio la perorata de la obra de Demóstenes *De corona* (y muchos lo han hecho), se llega a la conclusión de que había un gran grupo de gente dedicado activamente a la subversión del estado ateniense y al mantenimiento de la supremacía de Macedonia. De hecho, los únicos atenienses que optaron por el bando de Macedonia cuando estalló la guerra en el 323 fueron Piteas y Calimedón (Plut., *Dem.*, 27, 2). De los dos, Piteas había adquirido cierta fama hasta el momento por su postura populista (*Dem.*, *Ep.*, III, 29) y se había opuesto a una petición de barcos para la flota macedonia (Plut., *Phoc.*, 21, 1). Su desertión se produjo después de ser encarcelado por deudas al estado y nada sugiere que el caso por el cual fue multado se sacara a la luz por sus actividades en favor de Macedonia. Su traición parece haber constituido una sorpresa. Sería acertado decir que había un sentimiento general de pesar y desilusión por la pérdida de hegemonía de Atenas y un apoyo generalizado al programa de preparación militar. En

lo que sí hubo desacuerdo fue en la necesidad de aceptar el *statu quo*. En un extremo se encontraba la postura del veterano Foción el cual, según parece, hacía una valoración realista del poder militar macedonio y abogaba coherentemente por la inactividad y la no provocación. Incluso en la marea creciente de la Guerra Lamíaca se oponía a lo que consideraba la temeraria belicosidad de Leóstenes, pero eso no impidió que el *demos* lo eligiera general para los dos años de la guerra (si bien en el Ática); y su falta de entusiasmo por el tema no mermó su eficacia militar (Plut., *Phoc.*, 25). En cambio, es difícil encontrar a ningún político firme partidario de la guerra. Hipérides había estado en activo durante la campaña de Queronea y sería uno de los primeros instigadores de la Guerra Lamíaca. Si fue él el autor del discurso sobre el tratado con Alejandro, fue inflexible en su petición de guerra en el 331/330. Pero no hay indicios de oposición en el inicio del reinado de Alejandro y es significativo que no fuera él uno de los hombres de estado requeridos en el año 335. En cambio, tal como hemos visto, Demóstenes tenía una actitud belicosa en los años 336 y 335, pero tibia en relación con la guerra de Agis, y su actuación en el caso de Hárpalos lo aproximó a un hombre de paz, su compañero en el *demos*, Démades (véase, más adelante, p. 256). Los asuntos exteriores suscitaban en Atenas un complicado mosaico de actitudes y emociones, y pocos hombres podían o querían seguir una línea política coherente.

Naturalmente, hubo contactos con Macedonia. Algunos atenienses tenían relaciones personales con algunos macedonios. Los lazos de invitaciones y de *proxenia* eran tan estrechos como siempre; y el intercambio constante de embajadas entre Atenas y la corte real proporcionaba un amplio campo para establecer relaciones provechosas. Antes de que muriera Filipo, Démades había propuesto decretos oficiales para conferir la ciudadanía y la *proxenia* a distinguidos macedonios, entre los que estaban Alcímaco y el propio Antípatro (Tod, *GHI* núms. 180-181; Hipérides, F 77). Hárpalos mantenía una estrecha relación con la familia de Foción y había conseguido la ciudadanía. Incluso Demóstenes consideró útil enviar a su favorito Aristión a la corte para que se ganara a Hefestión (Esquines, III, 162; cfr. Berve 1926, 2 núm. 120). Estos lazos eran informales, pero resultaban muy importantes. Permitían a determinados atenienses conseguir acceso a los oídos del rey y ayudaban a suavizar el trato que este dio a la ciudad, al tiempo que los invitados macedonios recomendarían prudencia a sus amistades atenienses. Resulta difícil creer que la precaución política de Foción no estaba influida por sus contactos en la corte macedonia y sus relaciones amistosas con el rey. Lo cierto es que estas relaciones amistosas fueron, probablemente, base para acusaciones de corrupción política (cfr. Hipérides, *Eux.*, 22). Pero, en cuanto la ciudad entró en guerra, los lazos se rompieron. El mejor ejemplo de ello es la actua-

ción de Démades que, sin duda, era amigo de Antípatro y explotó su amistad en interés de la ciudad en el año 322. Sin embargo, en el punto álgido de la Guerra Lamíaca estuvo dispuesto a escribir a Perdicas y exhortarlo a invadir Europa y atacar a su amigo (Diod., XVIII, 48, 2), en una maniobra que recordaba el coqueteo de Átalo en el año 336.

En Atenas los casos de deslealtad fueron escasos, pero no debería pensarse que la unanimidad era total cuando estalló la guerra. Diodoro, a pesar de su tendencia hostil, debe de estar en lo cierto cuando dice que las clases propietarias presionaban en favor de la paz (XVIII, 10, 1). Sus observaciones guardan una semejanza notable con el análisis, también poco comprensivo, de la opinión ateniense hecho por el historiador de Oxirrincos (6, 3). Tanto en el año 396 como en el 322, los ricos constituían una fuerza a favor de la contención, reticente a soportar las pesadas cargas financieras de la guerra. Entre estos hombres estarían los viejos amigos de Foción, miembros destacados de la oligarquía del año 322 y condenados de modo colectivo en el año 318 (Plut., *Phoc.*, 35, 5). Poco se sabe de ellos, excepto que Pitocles y Hegemón fueron asociados a los ataques de Esquines a Demóstenes, y Hegemón aprobó la legislación que restringía los poderes de los comisionados del *teórico*. La enemistad hacia Demóstenes, a pesar de las protestas de este, no equivalía a una postura en favor de Macedonia. Sólo podemos estar razonablemente seguros de una cosa: eran ricos (Tudipo y Pitocles pertenecían a familias cuya riqueza está bien contrastada) y se resistían a poner en peligro su propiedad. Pero esta renuencia, como hemos visto en el caso de Foción, no impidió que prestaran un servicio excelente una vez que se votó a favor de la guerra y, por lo menos Tudipo, prestó servicio activo como trierarca en 323/322 (*IG II²*. 1631, líneas 470, 592, 600).

El tema de la Corona ilustra bien las tensiones políticas del periodo. En el verano del año 330 a. de J.C., Esquines resucitó la acusación contra Ctesifonte que ya había presentado en el 337/336 alegando que el decreto de Ctesifonte para coronar a Demóstenes como director de las fortificaciones (*teichopoios*) era ilegal. Seis años después de la notificación formal de acusación, por fin se vio el caso, sin duda a instancias de Esquines (no es fácil que Demóstenes omitiera el caso si hubiera tomado él la iniciativa). Es probable que Esquines intentara sacar provecho de la simpatía general hacia los vencidos espartanos y el consecuente desencanto por la tibia participación de Atenas en el asunto. Así pues, utilizó la acusación contra Ctesifonte como vehículo para poner en tela de juicio toda la carrera política de Demóstenes. La base técnica de la acusación era irrelevante, afortunadamente para Ctesifonte, porque por sofisticada que fuera la acusación, nada podía disimular el hecho de que el decreto había propuesto la coronación de Demóstenes antes de que él presentara sus informes y, por este simple hecho, era ilegal. Fue el contenido de la propuesta de Ctesifonte lo que for-

mó la base de la acusación de Esquines. Demóstenes iba a ser coronado porque había «seguido diciendo y haciendo lo mejor para el *demos*» (Esquines, III, 49-50). Esquines afirmaba que, por el contrario, la política de Demóstenes había sido ruinosa para la ciudad; había conducido al desastre de Queronea, era responsable de la destrucción de Tebas y había pasado por alto la magnífica oportunidad de la guerra de Agis. El discurso termina con una acusación, muy emotiva y afectada, contra Demóstenes por su colaboración con los persas: el que hubiera aceptado dinero de los persas era una afrenta a los hombres de Maratón y Salamina.

Demóstenes no pudo hacer caso omiso de este desafío y saltó en defensa de Ctesifonte. Su discurso es uno de los hitos de la literatura europea y su calurosa llamada al patriotismo ha inspirado a generaciones de hombres de estado. Pero no sólo es un supremo ejemplo de retórica patriótica; también es un ejemplo inteligente y brillante del arte del foro. La defensa de Demóstenes se centra en exclusiva en la gran alianza que creó en el 338, que presenta como un brillante ejemplo de un éxito heroico. Él mismo enarboló la bandera de la libertad y fue adalid de su causa contra una multitud de contemporizadores corruptos en Atenas. Si la resistencia contra Filipo fracasó no fue culpa suya: Demóstenes hábilmente convierte su defensa en un contraataque contra la vida y la política de Esquines. A diferencia de su rival, a él lo movía la lealtad al *demos* y había conseguido dirigir con éxito la alianza contra todos los ataques. Él era responsable de la guerra que se había librado a 700 estadios de Atenas, de que Eubea fuera un baluarte contra la piratería y, lo más importante, de haber garantizado que la ciudad no hubiera sido conquistada y hubiera recibido un trato generoso por parte de Filipo (Dem., XVIII, 229-231). Todo esto es bien cierto, pero sólo responde a una parte de la acusación. Demóstenes pasa por alto totalmente los complejos sucesos de los seis años anteriores, y su reacción ante Agis y la revuelta de Tebas. La defensa en ese terreno habría exigido un tono emocional totalmente distinto. Demóstenes habría tenido que poner acento en la necesidad de adoptar una postura de compromiso, de la elección cuidadosa del momento adecuado para la acción militar, en tanto que si se concentraba en la campaña de Queronea podía presentar su política como una oposición incondicional a la tiranía macedonia. Aunque la cuestión se conociera de antemano, la ciudad habría tenido que comportarse del mismo modo. Si hubiera vacilado en la lucha y hubiera preferido la seguridad ignominiosa a la llamada del honor, habría traicionado su historia entera. Eso es lo que Atenas había hecho en 331/330, pero Demóstenes no permite que el contexto contemporáneo se inmiscuya. Se refiere únicamente al reinado de Filipo, que en el momento constituía ya un pasado semilegendario, y pinta un cuadro de aspiraciones heroicas y fracasos gloriosos, gracias a un «Dolchstoß» por parte de Esquines y sus amigos.

Demóstenes tuvo un éxito total en su recurso a los sentimientos de patriotismo frustrado contemporáneos. Esquines no consiguió ganar un quinto de los votos y se retiró mortificado a Rodas. Los dos hombres habían intentado manipular los sentimientos del momento, pero Demóstenes, de modo deliberado, había apartado las mentes de los miembros del jurado de un presente penoso y se había recreado en la imagen sentimental que estos tenían del pasado reciente. Sin duda, esa era la dirección que su audiencia deseaba tomar. Por el momento, se veían obligados a aceptar la hegemonía de Macedonia, pero podían enorgullecerse de haber ofrecido resistencia en el pasado y tal vez lo volverían a hacer en un futuro indefinido. En el presente, Macedonia era imbatible militarmente en Europa y en Asia. El *demós* podía convivir con la situación y aceptar posturas políticas de compromiso, pero prefería que no se lo recordaran. Demóstenes utilizó estos sentimientos con propósitos jurídicos, como había hecho Licurgo meses antes, cuando acusó a Leócrates por abandonar la ciudad, presa del pánico, al tener noticia de Queronea. Como Demóstenes, su causa era débil desde un punto de vista técnico y no pudo hacer referencia a ninguna ley específica que prohibiera sus acciones; sólo pudo citar la extraordinaria y discutible actuación de control del Areópago (*Leocr.*, 52-54). En lugar de apelar a las leyes, Licurgo compara la actitud de Leócrates con los ejemplos heroicos del pasado ateniense y cita de modo indiscriminado el juramento de los efebos, el *Erechtheus* de Eurípides y las elegías de un ateniense notable, Tirteo. Una vez más, mezcla el pasado remoto y el reciente. El discurso de Licurgo culmina con una invocación a los muertos en Queronea, para los que Leócrates es una afrenta viviente. ¿Absolverían al hombre que traicionara las tumbas en las que yacían? Era un recurso vistoso, casi mendaz y, sin embargo, estuvo a punto de tener éxito. Leócrates se salvó de ser condenado por un solo voto (*Esquines*, III, 252). El sentimiento patriótico de la Atenas de Licurgo era intenso y estaba cuidadosamente fomentado. Como hemos visto, suponía un cierto consuelo por la relativa impotencia ante los tiempos presentes, pero también era una preparación para el futuro, la contrapartida psicológica del programa de armamento. La moral de Atenas durante la Guerra Lamíaca era la justificación esencial del programa de Licurgo.

ATENAS Y LA LLEGADA DE HÁRPALO

En el año 324 a. de J.C., la estabilidad política de la Atenas de Licurgo pasó por la dura prueba de la llegada de Hárpalos, hijo de Mácata, antiguo amigo y tesorero de Alejandro, convertido ya en sólo un refugiado. Hárpalos había huido de Babilonia al tener noticia de las ejecu-

ciones de Carmania (véase, más arriba, p. 175). Con un importante ejército mercenario de 6.000 hombres y un tesoro todavía más impresionante de 5.000 talentos (Diodoro, XVII, 108, 6), se dirigió hacia el oeste, probablemente hacia la costa de Cilicia, donde había instalado a su amante ateniense, Glicerá, en el palacio de Tarso (Teopompo, *FGH* 115 F 254). Por el momento, Hárpalo estaba seguro. Ningún sátrapa tendría recursos suficientes para poder desafiarlo; el edicto que ordenaba licenciar a los ejércitos de mercenarios de las satrapías se había encargado de ello. Pero Hárpalo no podía permanecer en Asia indefinidamente. Alejandro avanzaba hacia el norte de modo inexorable, en dirección a Susa y, de ahí, hacia Mesopotamia, y podía desplegar un ejército contra él en cualquier momento. Cuando empezó la estación navegable, en la primavera del año 324, Hárpalo contrató tripulación para una flotilla de 30 barcos y viajó hacia el oeste, en dirección a la Grecia continental. Su primer destino fue, inevitablemente, Atenas, la ciudad que le había dado sus amantes y el título de ciudadano honorario; y, teniendo en cuenta la decisión de Alejandro de apoyar el regreso de los exiliados de Samos, un refugiado rico y poderoso podía esperar una cálida acogida. Bien pudo ser la primera promulgación del Decreto de Exiliados de Alejandro lo que lo incitó a marchar con el dinero a la Grecia continental para aprovechar la resistencia que, inevitablemente, allí habría. La cronología de estos hechos es difícil hasta un punto desesperante, pero Hipérides parece decir que Hárpalo apareció repentinamente en escena cuando el mundo griego estaba inquieto por la llegada de Nicanor y el decreto que traía³¹. Probablemente, era el mes de mayo de 324 cuando Hárpalo apareció en la costa de Sunio y pidió asilo en Atenas.

Al principio, se produjo una resistencia total y se le negó la entrada a Hárpalo en Atenas. Sin duda, el rechazo de Atenas se debía al miedo a la reacción de Alejandro si acogían a lo que equivalía a un ejército insurrecto (cfr. Curcio, X, 2, 2). También pudo existir un profundo recelo hacia Hárpalo. ¿Y si quería congraciarse con su rey ocupando el Pireo y frustrando así todo intento por parte de los atenienses de defender Samos? En cualquier caso, los políticos que se habían puesto histéricos ante la idea de que entrara un solo trirreme macedonio ([Dem.], XVII, 27-28) mirarían con recelo a los 30 barcos de guerra repletos de curtidos mercenarios. El

³¹ Hipérides, *Dem.*, col. 18. Hay una laguna en el papiro y hay que añadir el nombre de Hárpalo: el fragmento no puede aludir a otro contexto. Este pasaje indica que Hárpalo llegó a Grecia no mucho antes de los Juegos Olímpicos. Por otra parte, Hárpalo había sido admitido en Atenas cuando Filocles era todavía general en el Pireo, en el arcontado de 325/324 (véase, más adelante, apéndice B). Si el año era bisiesto (cfr. W. B. DINSMOOR, *The Archons of Athens in the Hellenistic Age*, Cambridge, Mass., 1931, pp. 372 y 429), como se acepta generalmente, Hárpalo estaba en Atenas antes del 21 de julio.

Pireo permaneció cerrado y Hárpalos no tuvo otra opción que llevar sus tropas a la gran base mercenaria de Ténaro, donde se sumaron a los miles de hombres allí concentrados bajo el mando de Leóstenes (véase, más arriba, p. 175). A continuación regresó a Atenas con tres barcos y una buena reserva de dinero. En esta ocasión, Filocles, el general al frente de Muniquia y del puerto³², el mismo hombre que había impedido la entrada a la fuerza más numerosa, lo dejó pasar (Dinarco, III, 1-5). El refugiado entró entonces en la ciudad. Alejandro bien podría considerarlo una provocación, pero difícilmente un acto de guerra. Mucha gente habría pensado que Atenas tenía una deuda de gratitud con Hárpalos, entre ellos, el yerno de Foción, Caricles, que había supervisado la construcción del monumento conmemorativo que Hárpalos dedicó a Pitonice (Plut., *Phoc.*, 22). Otros compartían el punto de vista de Hipérides, que defendía que la acogida amistosa de Hárpalos animaría a otros disidentes del imperio de Alejandro a enviar sus fondos y sus fuerzas a Grecia (Hipérides, *Dem.*, col. 19). Por otra parte, se produjo una fuerte resistencia, en especial por parte de Demóstenes, que insistía en que la admisión de Hárpalos podría tomarse como pretexto para una guerra general contra Atenas (Plut., *Dem.*, 25, 3). Pero el dinero de Hárpalos actuó enseguida y no cabe duda de que se aceptaron los sobornos. Se dice que el mismo Demóstenes recibió la importante cantidad de 20 talentos y abandonó su oposición a la presencia de Hárpalos en la ciudad. El fugitivo podía permanecer allí por el momento, hasta que se conociera la reacción de Alejandro.

Al final, se hizo necesario tomar una decisión. A su debido tiempo, la noticia de la acogida de Hárpalos llegó hasta Macedonia y Asia Menor. Antípatro y Olimpiade pidieron su extradición, quizá por carta (Diod., XVII, 108, 7). Al mismo tiempo, Filóxeno, el sátrapa de Caria, envió agentes a Atenas con una petición formal para que le entregaran al fugitivo. El día de la decisión se había pospuesto, quizá durante semanas³³, pero algo tenía que pasar. Una vez más, Demóstenes fue el protagonista. Se opuso a la entrega de Hárpalos con razonamientos y sofismas brillan-

³² Véase el apéndice B (p. 344).

³³ En relación con la embajada de Filóxeno, véanse Hipérides, *Dem.*, col. 8; Pausanias, II, 23, 4; Plut., *Mor.*, 531A. Con frecuencia se ha interpretado que Hipérides establece una correlación entre la llegada de Hárpalos a Atenas y la de los agentes de Filóxeno. Sin embargo, el contexto es muy poco preciso. Hipérides da sólo una vaga aproximación cronológica al momento en que Hárpalos había llegado a Atenas y la delegación de Filóxeno era recibida por el *demos*. Nada indica que ambos hechos fueran necesariamente simultáneos (¿µα se referiría, probablemente, al contexto inmediato de la asamblea: los hombres de Filóxeno fueron llevados ante la asamblea junto con Hárpalos). Sería razonable pensar que una embajada para pedir la extradición de un fugitivo no se podría enviar antes de que se conocieran con detalle las andanzas de este, ni tampoco antes de que la noticia de su acogida en Atenas hubiera tenido tiempo de llegar a Caria.

tes. Se impugnaron las credenciales de los embajadores de Filóxeno: no los había enviado Alejandro en persona y podrían perder al cautivo; en ese caso, la ciudad sería declarada cómplice de conspiración (Hipérides, *Dem.*, col. 8). Sólo podían entregar a Hárpalo a agentes que respondieran directamente ante el rey. Entretanto, lo mantendrían bajo custodia ([Plut.], *Mor.*, 846B) y su dinero (que, según su declaración, ascendía a 700 talentos) se depositó en la Acrópolis al día siguiente. En teoría, los atenienses fueron de una escrupulosidad impecable en la custodia del refugiado y de su dinero. En la práctica, podían hacer lo que quisieran y, si la guerra por Samos se hacía inevitable, todavía podían tomar como aliados a Hárpalo y a sus hombres. Con un poco de suerte, eso sería meses antes de que los enviados de Alejandro llegaran por fin.

Hárpalo había pasado varias semanas en Atenas antes de su detención. Había llegado a la ciudad antes del año civil 325/324 a. de J.C., pero cuando lo pusieron bajo custodia ya había empezado el siguiente arcontado y los Juegos Olímpicos estaban ya cerca. Así pues, Demóstenes encabezó la legación oficial a Olimpia y, en el transcurso del festival, discutió con Nicanor en relación con la situación de Samos (véase, más adelante, p. 257), pero Demóstenes también debió de sondear las impresiones de Nicanor sobre la actitud de Alejandro hacia Hárpalo. Quizá se sugirió que el rey no quería cargar con el compromiso de entregar y condenar a su viejo amigo. En cualquier caso, se permitió que Hárpalo escapara a la custodia. Se redujo su guardia, al final se eliminó del todo (Hipérides, *Dem.*, col. 12) y Hárpalo se marchó de la ciudad. Pronto terminó la historia de Hárpalo. Recogió a sus tropas de Ténaro e inició operaciones como *condottiere* en Creta. Allí lo asesinó su lugarteniente Tibrón en fechas no posteriores a octubre del 324; su ejército de mercenarios fue retenido por los exiliados de la Cirenaica³⁴ y desapareció de los asuntos griegos. Entretanto, en Atenas, la fuga de Hárpalo había provocado un escándalo que se incrementó cuando un inventario del dinero de la Acrópolis reveló que sólo quedaban 350 talentos de los supuestos 700. Quizá sea este el episodio más oscuro de un asunto, en conjunto, tenebroso. Sin embargo, algunos aspectos sí están razonablemente claros: ninguna fuente sugiere que el dinero desapareciera de la Acrópolis; sólo se insiste en la discrepancia entre la que se suponía que Hárpalo había llevado al Ática y lo que se encontró en la Acrópolis. Se supuso automáticamente que lo que faltaba se había ido en sobornos (Hipérides, *Dem.*, col. 7). Hasta que Hárpalo desapareció, el dinero no se vigiló muy de cerca, pero su fuga llevó de modo natural a la acusación de que había pagado sobornos para poder huir y se pasó a examinar el tesoro con atención. El descubrimiento

³⁴ En relación con la cronología, véase, más adelante, apéndice A (p. 341).

de que las cifras no encajaban llevó a estallidos de furia en todos los puntos del espectro político. Algunos dijeron que el dinero era de Alejandro, procedía de una malversación de fondos y que el *demos* tendría que hacer frente a represalias cuando los agentes reales fueran a recuperarlo (Dinarco, I, 68, 89). Otros, como Hipérides, afirmaron que la ciudad había sido despojada de recursos vitales para la guerra inevitable con Alejandro. En el centro del furor se encontraba Demóstenes, que había adoptado el papel más destacado a la largo de todo el asunto; Hipérides lo apodó «el árbitro de todos nuestros asuntos» (*Dem.*, col. 12). Las acusaciones se hicieron más violentas. No sólo había aceptado 20 talentos, sino que los había tomado para minar la constitución y las leyes (Hipérides, *Dem.*, col. 2). Ante las insinuaciones de traición, Demóstenes se vio obligado a defenderse. Propuso un decreto en la asamblea para que el Areópago llevara a cabo una investigación e informara al *demos* de todo aquel que hubiera recibido parte del dinero traído al país por Hárpalos. Al mismo tiempo, hizo una firme declaración de inocencia (Hipérides, *Dem.*, col. 2; Dinarco, I, 61). Lamentablemente, su causa distaba de ser firme. No podía negar que había recibido dinero de Hárpalos, pero alegaba que lo había tomado como un préstamo para el fondo *teórico* y lo había usado en interés del *demos* (Hipérides, *Dem.*, col. 13). Algo de cierto podía haber en ello: durante el tiempo en que Licurgo administró las finanzas, se habían tomado préstamos de individuos particulares para hacer frente a gastos extraordinarios ([Plut.], *Mor.*, 852B; *SIG*³ 298, 29). Demóstenes pudo gastar los fondos de Hárpalos en asuntos de estado, posiblemente en pagos preliminares a Leóstenes en Ténaro. En ese caso, sus pagos eran necesariamente secretos, como lo fue el posterior pago de cincuenta talentos que hizo el *boule* (Diod., XVII, 111, 3), y no había registro oficial de ello. ¿En qué circunstancias alguien podría distinguir entre un préstamo y un soborno? Demóstenes era vulnerable e hizo lo que pudo para aplazar el ajuste de cuentas. Ya había utilizado el Areópago antes para dirigir investigaciones de acuerdo con sus intereses (*Dem.*, XVIII, 132; Dinarco, I, 62-63) y puede suponerse que el consejo estaba lleno de partidarios suyos y no iba a precipitarse a procesarlo.

No quedó decepcionado. El Areópago inició su informe, probablemente en septiembre, y tardó seis meses en hacer públicas sus investigaciones (Dinarco, I, 45), aunque la presión pública para que hiciera alguna declaración era continua (Hipér., *Dem.*, col. 5). Los motivos del retraso son oscuros, pero parece cierto que Hárpalos y su dinero pronto dejaron de ser un tema candente. Alejandro no reclamó su tesoro ni sus barcos y no había señales de la guerra con la que se creyeron amenazados cuando Atenas admitió a Hárpalos. Quizá se pensó que la política de Demóstenes, basada en la moderación y el intento de evitar el conflicto manifiesto, podía tener posibilidades de éxito. Pero hubo partes interesadas

en que el escándalo de los sobornos se mantuviera vivo y las alegaciones continuaron. Durante los primeros meses del 323 (probablemente en las Leneas, a finales de enero), el comediógrafo Timocles satirizó a algunos de los políticos dirigentes en su obra *Delos*, escrita en feliz ignorancia de los últimos hallazgos del Areópago. Hipérides, que nunca se vio implicado en el caso, aparece asociado con Demóstenes, al igual que Moerocles, Demón y Calistenes, hombres que nunca aparecieron asociados con el escándalo (Ateneo, 341E-342A). Lo que es más, el tono de la comedia es burlesco, casi tolerante; nada sugiere una atmósfera de encendida furia popular. Las emociones del *demos* ya no se agitaban profundamente, pero las acusaciones de soborno no se habían olvidado. Finalmente, hacia marzo del 323, el Areópago emitió su informe y envió una lista de nombres con la cantidad total que se suponía que cada uno de ellos había recibido. Demóstenes encabezaba la lista con veinte talentos; a Démades se le achacaba haber recibido 6.000 estateras (probablemente de plata)³⁵, y se mencionaba a otros varios, entre ellos Caricles (el yerno de Foción) y Filocles (que había admitido a Hárpalo en Atenas). A continuación, el *demos* formó un tribunal integrado por 1.500 jueces y se asignaron 10 acusadores a cada demandado. Los únicos nombres dados son los de los acusadores de Demóstenes ([Plut.], *Mor.*, 846C), un grupo de apariencia heterogénea que incluye a Hipérides y Piteas, cuyas políticas serían diametralmente opuestas al inicio de la Guerra Lamíaca. Evidentemente, los juicios unieron a los oponentes de Demóstenes, al margen de sus ideas políticas, y combinaron sus esfuerzos para minar su posición. No podemos decir si el Areópago se había visto forzado por hechos externos a hacer una declaración. Es notable que los hombres más inculpados, Demóstenes y Démades, hubieran contribuido ambos en proponer que se honrara a Alejandro como a un dios (véase, más adelante, p. 338), y quizá eso les hizo perder popularidad. Pero, aunque Hipérides y Dinarco mencionan la cuestión, no insisten en ello y no hay indicios de que las emociones populares siguieran inflamadas. Es más probable que Alejandro hubiera pronunciado algún fallo contra las pretensiones atenienses sobre Samos. Las negociaciones estaban en marcha y, en cualquier momento, las malas noticias procedentes de la corte podrían exasperar al *demos* y minar la popularidad de los partidarios de la moderación.

Los juicios no fueron espectaculares. Se han conservado algunos de los discursos que Dinarco escribió para la acusación y carecen por completo de brillantez, como también se han conservado los fragmentos del discurso de Hipérides contra Demóstenes. Ambos autores presuponen una gran indiferencia pública hacia las acusaciones de soborno e in-

³⁵ Dinarco (I, 89) habla de 6.000 estateras *de oro*, lo cual es, casi seguro, una exageración forense (cfr. Badian [1961], p. 35, n. 146).

sisten en la gravedad del delito y en los peligros de absolver a hombres de venalidad probada. Tenían razón en hacerlo. Demóstenes y Démades fueron declarados culpables, igual que, según parece, Filocles (Dem., *Ep.*, III, 32), pero las penas impuestas fueron relativamente leves: lejos de la pena capital que Demóstenes había reclamado cuando inició la investigación del Areópago, o de la restitución de la cantidad, multiplicada por 10, que la ley estipulaba, el tribunal impuso una multa de cincuenta talentos, dos veces y media la cantidad del supuesto soborno. No hay constancia de la cuantía de la multa impuesta a Démades pero, probablemente, estaba dentro de lo que podía pagar, porque permanecía en activo en la ciudad en el momento de la muerte de Alejandro. Sin embargo, Demóstenes no quiso o no pudo pagar y fue encarcelado por ello. Al cabo de unos días, se le permitió escapar y, para más ironía, de modo similar a Hárpalo. Hasta la muerte de Alejandro vivió de modo miserable en el exilio, primero en Trecén y después en Egina. Fue la principal víctima del episodio de Hárpalo que con tanta habilidad había manejado en su primer momento. Hárpalo había entrado y huido de la ciudad sin provocar hostilidades con Alejandro. El núcleo de su tesoro permaneció en la Acrópolis como fondo de emergencia y se utilizó de inmediato en los inicios de la Guerra Lamíaca (Diod., XVIII, 9, 4), y sus barcos de guerra se emplearon en la armada ateniense. Ciertamente es que Atenas había perdido la oportunidad de aliarse con Hárpalo e iniciar una guerra general en Grecia, pero en el verano del año 324 semejante guerra habría sido fatal para Atenas y para cualquier ciudad lo bastante insensata como para unirse a ella. Sólo un Hipérides lamentaría que no lo hubiera hecho. Tal y como estaban las cosas, la guerra se pospuso y los atenienses pudieron seguir con su actuación diplomática en la retaguardia para la defensa de Samos hasta el final del reinado.

EL DECRETO DE EXILIADOS Y SUS CONSECUENCIAS

En los Juegos Olímpicos del año 324 a. de J.C. (que, probablemente, culminaron en la luna llena del 4 de agosto)³⁶, Alejandro declaró el camino abierto para el regreso de los exiliados en todo el mundo griego. Su mensaje, entregado por Nicanor de Estagira, fue leído en alto por el

³⁶ Sealey (1960) propuso la fecha, que apoya la teoría general de Beloch, de que los Festivales Olímpicos alternaban entre las lunas llenas de julio y agosto. La fecha central, referida a los Juegos Olímpicos del año 480 a. de J.C., sigue siendo discutida (Labarbe los hace coincidir con la ascensión heliaca de Sirio, tesis rebatida en todos sus puntos por C. Hignett en *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford, 1963 p. 449). Sacks (1976) afirma que no había una regularidad total en el cálculo del ciclo olímpico y no está dispuesto a ir más allá de los límites de finales de julio y finales de septiembre. Si eso es correcto, no podemos excluir la fecha alternativa del 3 de septiembre para los Juegos Olímpicos del año 324 a. de J.C.

heraldo victorioso ante una audiencia numerosa y expectante que incluía a más de 20.000 exiliados, reunidos para la ocasión (Diod., XVIII, 8, 3-5). Fue un gesto grandioso y tuvo grandes repercusiones; estuvo a punto de provocar una guerra abierta contra Atenas, cuyos intereses en Samos estaban amenazados, y supuso un grave trastorno para miles de comunidades, que se vieron obligadas a acoger de nuevo y a compensar a familias que llevaban largo tiempo alejadas, algunas de ellas formadas por expatriados de segunda y tercera generación. Además, infringía uno de los principios fundamentales de la Liga de Corinto, que prohibía el regreso de los exiliados, por lo menos, respaldados por la fuerza ([Dem.], XVII, 16). Y lo que era más grave todavía, Alejandro estaba incurriendo en una violación flagrante de la autonomía griega al promulgar una orden general que afectaba a la estabilidad política y económica de todas las ciudades, grandes y pequeñas. Las fuentes no dan el menor indicio de que se produjera un debate en el *synedrion* de la Liga ni ningún tipo de consulta diplomática. En lugar de ello, hablan de una declaración unilateral que Alejandro envió por carta. Según cita Diodoro (en un extracto del contemporáneo Jerónimo de Cardia), fue un breve comunicado en el que rechazaba la responsabilidad de los exiliados y garantizaba el regreso de todos, excepto de los culpables de sacrilegio, y en el que revelaba que Antípatro tenía instrucciones de obligar a cualquier ciudad que no quisiera cooperar: ese es el lenguaje de la autocracia. Alejandro estaba otorgando algo que beneficiaba a todos y nada iba a impedirlo, y mucho menos todas las leyes de las ciudades estado individuales. Filipo, por lo menos, no había promulgado edictos generales, aunque había intervenido políticamente con métodos directos e indirectos y se había asegurado así que la mayoría de los regímenes respondían a sus deseos. En el año 324, Alejandro fue más allá de estos procedimientos. Pasó a tratar a los griegos del continente como súbditos, destinatarios de órdenes directas. Alejandro estaba dispuesto a escuchar a sus representantes y a modificar su edicto general para ajustarlo a los problemas de las ciudades concretas, pero nadie podría poner en cuestión sus poderes para organizar el mundo griego del modo que considerara adecuado. Su monarquía era ahora universal y no habría zonas exentas o privilegiadas.

Probablemente, el Decreto se formuló durante un periodo de varios meses. Se promulgó en Olimpia, pero la había concebido en Mesopotamia. Tanto Curcio como Diodoro lo asociaron con el licenciamiento de los veteranos en Opis en el verano del año 324³⁷, y si Arriano lo anotó (y es difícil que sus fuentes omitieran un hecho que tan bien encajaba con la

³⁷ Diod., XVII, 109, 1-2; Curcio, X, 2, 4-8. Las fuentes basadas en Jerónimo son menos precisas: «poco tiempo antes de su muerte» (Diod., XVIII, 8, 2), «a su regreso de la India» (Justino, XIII, 5, 1).

propaganda), estaría incluido en la gran laguna donde habría que situar los hechos del verano del 324, entre Opis y Ecbatana. En cualquier caso, Alejandro envió a Nicanor a Grecia en mayo como muy tarde para darle tiempo suficiente para que viajara y llegara a los Juegos Olímpicos y, a partir de ese momento (si no antes), el motivo de su misión fue de dominio público. A medida que viajaba hacia el oeste, se iba incrementando el debate público y, en algunos lugares, también crecía la consternación. Es probable que, en Asia, Alejandro lo anunciara de modo formal ante el ejército. Sabemos que las normas específicas relacionadas con la devolución de Samos a los samios se anunciaron en público, «en el campamento», ante una audiencia integrada por griegos (*SlG³ 312, 12-14*)³⁸, y la ordenanza completa debió de hacerse pública de modo similar. El decreto para el regreso de los exiliados, único tema del anuncio hecho en los Juegos Olímpicos, fue sólo una de las órdenes que llevaba Nicanor, pero tenía más instrucciones específicas relacionadas con dos zonas con problemas: los etolios veían amenazada su ocupación de Eniadas, ciudad de Acarnania, y las cleruquías de Atenas en Samos tenían que ser retiradas para que la población samia, en exilio desde el año 365, pudiera regresar a su tierra. Estas decisiones no se promulgaron en Olimpia, pero habían aparecido prefiguradas en anteriores declaraciones de Alejandro y las negociaciones estaban ya en marcha. Resulta significativo que fuera Demóstenes quien encabezara la legación oficial ateniense enviada a Olimpia, y este aprovechó la ocasión para iniciar conversaciones con Nicanor (*Dinarcos, I, 81-82*), el cual era al mismo tiempo mensajero y embajador. Además de las decisiones sobre Eniadas y Samos, había unas misteriosas instrucciones relacionadas con las asambleas federales de las Ligas Aquea y Arcadia. Por desgracia, el texto de Hipérides (la única fuente en este tema) es incompleto y sigue siendo muy dudoso lo que Alejandro se proponía hacer con estas comunidades³⁹, pero es más que posible que planeara abo-

³⁸ Errington (1975a), pp. 53-55, sostiene que la decisión sobre Samos se tomó en Babilonia en la primavera del año 323, mucho después de los Juegos Olímpicos. Es una fecha poco verosímil para una decisión que afectaba a un grupo tan importante de exiliados (cfr. Heisserer [1980], pp. 183-189; Ashton [1983], pp. 62-63).

³⁹ Hipérides, *Dern.*, col. 18. El papiro hace referencia al κοινὸν σύλλογος de los aqueos y arcadios y se interrumpe bruscamente. Se conservan los restos de algunas pocas letras de la línea siguiente y Blass llegó a la conclusión de que se podía leer [καὶ Β] οἱ [ω] τῶ[ν] sugerencia que se ha aceptado de modo general. Sin embargo, Aymard 1937, 7-10 observó que los beocios, totalmente leales a Alejandro, son asociados muy poco naturales de aqueos y arcadios. Esto dio pie a una interpretación anodina que no aporta nada nuevo: [καὶ τ] οἱ [οὔ] τῶ [ν]. De hecho, los rasgos son tan ambiguos (se puede poner en duda la interpretación de cada una de las letras) que es posible añadir cualquier cosa, y es innecesario proponer un tercer estado federal. Es mejor quedarse con los aqueos y arcadios, que no presentan dificultades históricas. Aymard también rechazó la interpretación tradicional del pasaje con el argumento de que hace referencia a la solicitud de Alejandro de que las

lir las asambleas federales en conjunto y destruir así su maquinaria legislativa. Nicanor llevó algo más que una carta: fue enviado con un conjunto de decisiones destinadas a reorganizar la estructura política de Grecia.

Estas reglamentaciones no se habían concebido de la noche a la mañana. Probablemente, Alejandro había estado reflexionando sobre los asuntos de Grecia desde que regresó del este. Como siempre, resulta difícil descubrir sus motivos. Diodoro (XVIII, 8, 2) da dos razones para el Decreto de Exiliados: el deseo de gloria de Alejandro y su afán de tener partidarios en cada ciudad como contrapunto contra la revolución y la defección. Esta información procede de Jerónimo y es verosímil. La popularidad de la acción era bastante evidente. Había numerosos exiliados en la corte que se movían constantemente para conseguir su regreso. Si no eran cortesanos destacados, con frecuencia tenían amigos poderosos que podían apoyarlos. Tenemos testimonios epigráficos de los esfuerzos de Gorgo de Yaso en apoyo de los desposeídos samios; presentó peticiones en su nombre en la corte y, cuando el rey anunció que podían regresar, Gorgo le regaló una corona como muestra de agradecimiento y envió ayuda concreta a los refugiados samios en Yaso (*SIG*³ 312). Los exiliados de la corte no eran los únicos solicitantes: había una afluencia constante de embajadas procedentes de las comunidades en el exilio para solicitar la ayuda de Alejandro. Los exiliados de la Heraclea Póntica habrían tenido una actitud típica. Después de que Alejandro se convirtiera en dueño y señor del Imperio persa, le enviaron embajadas directamente en las que solicitaban poder regresar a su país y que impusiera en él un régimen democrático. El resultado fue que Dionisio, tirano de Heraclea, se vio obligado a organizar una actuación de retaguardia desesperada, amenazado por una intervención militar por parte de Alejandro, y sólo sobrevivió gracias al patrocinio de Cleopatra (Memnón, *FGH* 434 F 1 [4, 1]). Otras peticiones similares por parte de los exiliados pudieron estar en el origen de la implantación de la democracia en Amiso y también en la región Póntica (App., *Mithr.*, 83, 374). Alejandro estaba al corriente de las desventuras de los exiliados y deseoso de la gloria que supondría para él el regreso de todos. La pasión por hacer gala de su magnanimidad era siempre una fuerza motora en él y la carta enviada a Olimpia lo subraya: él no es responsable de la condición de los exiliados, pero asumirá la responsabilidad de su regreso. Era una muestra de su generosidad real y no se podía rechazar. Tras la diplomacia de Nicanor estaba el poder coercitivo de los ejércitos de Antípatro y la carta de Alejandro dejaba claro que los emplearía.

asambleas de la Liga reconocieran su divinidad. Es muy poco probable; ¿por qué tendría que distinguir a dos estados únicamente para una petición semejante? Badian (1961), p. 31, n. 105, es más ortodoxo y convincente y admite «alguna restricción o castigo, quizá enviada más tarde, como resultado de las embajadas».

La otra cara de la moneda era la ventaja política que se derivaba del regreso de los exiliados. Diodoro insiste en el deseo de Alejandro de tener sus propios partidarios para compensar la revolución en las ciudades, y los exiliados de Heraclea eran un caso modelo. Si se les autorizaba a volver, su ciudad se convertiría en una democracia bajo un régimen que debía a Alejandro su existencia. En otros lugares los cambios serían menos espectaculares, pero no menos importantes. Algunas familias que habían pasado generaciones en el exilio regresarían para reclamar algo que les pertenecía y, casi por definición, serían hostiles a los regímenes existentes. En Tegea, por ejemplo, regresaron juntos los exiliados de varias generaciones. Algunos habían estado fuera tiempo suficiente para que sus anteriores esposas e hijas se hubieran casado o vuelto a casar y hubieran tenido descendencia que, a su vez, también se hubiera exiliado (Tod, *GHI*, núm. 202, pp. 48-57). Entre aquellos a quienes se les autorizó a regresar en el año 324 estarían los supervivientes y los descendientes de las familias exiliadas durante la revolución democrática de los años 360, cuando se fundó la Liga Arcadia. En otros lugares también había exiliados que habían permanecido largos años fuera de su país, en especial los samios, refugiados desde el 365. Los expatriados como estos, que llevaban largo tiempo fuera, habían perdido todo contacto con sus ciudades natales y el único garante real de sus intereses era el hombre que les había permitido regresar. Por ello, su gratitud y lealtad eran firmes. Pero había también exiliados más recientes, muchos de los cuales se habían opuesto a Macedonia antes del establecimiento de la Liga de Corinto y habían sido expulsados durante los reajustes constitucionales de 338/337. Alejandro estaba, hasta cierto punto, destruyendo la política de su padre y no es difícil ver el motivo. Los gobiernos que Filipo respaldara, en especial, los del Peloponeso, no habían sido de fiar en el pasado reciente. Los estados que prestaban apoyo material a Agis incluían la Liga Aquea, la Liga Arcadia excepto Megalópolis, y la Élide (Esquines, III, 165). De estos, a Tegea se le había concedido la zona fronteriza con Esparta tras Queronea, y la Élide había cooperado con Filipo desde el año 343. La única ciudad Aquea que permaneció leal en el 331 (Pelene) tenía un tirano impuesto por Alejandro, no un gobierno sancionado por su padre. Así pues, el Decreto de Exiliados atacaba las garantías de la estabilidad política que constituían la base de la Liga de Corinto. Decenas de miles de exiliados regresarían en masa y los gobiernos de sus países tendrían las manos demasiado llenas de problemas internos para planear o respaldar ningún levantamiento militar. En este contexto, las instrucciones secundarias en relación con las ligas Aquea y Arcadia encajan perfectamente. Ambas habían intervenido en la guerra de 331/330, y los arcadios habían enviado un ejército para controlar los sucesos de Tebas en el año 335 (Dinarco, I, 18-20). Podría haber parecido prudente establecer límites para

las asambleas comunes e impedir votaciones colectivas que pudieran comprometer a una confederación entera contra Macedonia. Filipo había actuado de modo muy similar contra los etolios cuando dividió el *koinon* en las tribus que la integraban. Ahora parecía que su hijo planeaba fragmentar y debilitar los dos estados federales del Peloponeso que mayor oposición habían ofrecido durante su reinado. Así pues, el Decreto fue la considerada respuesta de Alejandro al problema de la resistencia griega. Este era deliberadamente trastornador y estaba destinado a incrementar las tensiones en las ciudades estado griegas al tiempo que aumentaba el número de los partidarios de Alejandro en cada comunidad.

La amnistía, aunque de carácter general, no se aplicó sin restricciones. La carta de Alejandro a Olimpia excluía específicamente a los culpables de sacrilegio, y Diodoro (XVII, 109, 2) extiende esa exclusión a los asesinos. No obstante, es muy improbable que pudieran regresar los individuos exiliados como resultado de las decisiones y las políticas de Alejandro. La carta rechaza toda responsabilidad sobre el destino de los exiliados y no se trata de un gesto de hipocresía. Alejandro no consideraba que el Decreto abarcara a la gente que él había enviado al exilio; él autorizaba a regresar a las personas expulsadas en fecha anterior a su acceso al trono y por actos no relacionados con él. El grupo más numeroso de víctimas suyas, los tebanos, no tenían ciudad a la que regresar. Su territorio estaba dividido en cleruquías, cultivado por otros beocios (Diod., XVIII, 11, 3-4), y antes de que Casandro invadiera Beocia en el año 316 nada sugería que la situación fuera a cambiar (cfr. Diod., XIX, 53, 2). También podían quedar excluidos otros exiliados. Dado el carácter homicida del conflicto entre las facciones griegas, pocas familias de exiliados podían estar libres de algún homicidio político, si Alejandro deseaba que se tuviera presente el hecho. También era difícil escapar a las acusaciones de sacrilegio. Por ejemplo, se dijo que los oligarcas efesios habían profanado el templo de Ártemis (Arr., I, 17, 11). También, según parece, los tiranos de Éreso quemaron y saquearon templos (Tod, *GHI*, núm. 192, 5-12); ni se planteó la posibilidad de que sus familias regresaran durante el reinado de Alejandro y, cuando los exiliados apelaron a Filipo III para que les permitiera regresar, este confirmó la sentencia. La mayoría de las personas exiliadas por colaborar con los persas o con Agis habría caído en el ámbito de la cláusula de exclusión. Eso es, por lo menos, la que parecían pensar Filipo y Poliperconte. Su famoso *diagramma* del año 319 a. de J.C. volvía a promulgar el Decreto de Exiliados y garantizaba el regreso a las personas exiliadas más tarde con las mismas exclusiones para los delitos de sangre y de sacrilegio. El límite superior, sin embargo, no fueron los Juegos Olímpicos del año 324, sino el momento en que Alejandro cruzó a Asia diez años antes (Diod., XVIII, 56, 4). Por ello, los exiliados del reinado de Alejandro fueron excluidos de la amnistía del 324.

Las familias autorizadas a regresar en esa fecha fueron las víctimas del conflicto político producido antes de la subida al trono de Alejandro y las que, con mayor probabilidad, estaban agradecidas por el favor. Los opositores a Alejandro permanecieron en el olvido.

No resulta sorprendente que la noticia del Decreto desencadenara una actividad diplomática frenética. A principios del año 323, Alejandro recibió una serie de embajadas para protestar contra el regreso de los exiliados de las ciudades (Diod., XVII, 113, 3) y, durante el resto de su vida, recibió un flujo continuo de representantes, ya que los términos generales del Decreto se modificaron para adaptarlos a las condiciones de cada una de las ciudades. No cabe duda de que se introdujeron modificaciones. En Tegea, las disposiciones que finalmente se inscribieron en una lápida seguían un nuevo escrito real estableciendo correcciones para satisfacer las objeciones específicas de la ciudad (Tod, *GHI*, núm. 202, 2-4). Estas objeciones, en gran medida, se referían a la propiedad y a partir de ellas podemos rastrear hasta qué punto el Decreto supuso una alteración (aunque el número de exiliados que regresó y su situación financiera nos sean totalmente desconocidos). Los exiliados recuperarían parte de su propiedad (paterna o materna, en el caso de mujeres sin parientes carnales varones), y se les garantizó una casa con el precio establecido en dos *minae* por habitación⁴⁰. Las disputas deberían atenderse, en primer lugar, fuera de la ciudad, probablemente en Mantinea; los tribunales tegeos sólo actuaban si los pleitos no eran presentados a los sesenta días del regreso. La estipulación de que debía recurrirse a una jurisdicción externa probablemente se debía a Alejandro y era prudente. No era probable que los tribunales tegeos trataran de modo favorable a los residentes desposeídos de propiedades que tal vez se habían adquirido generaciones atrás. El regreso de los exiliados significaba de modo inevitable penalidades y pérdidas, en especial en el seno de las clases adineradas, y debió de provocar malestar. Pero no se produjo un rechazo general porque ninguna ciudad ni ningún régimen quiso hacer frente a represalias por parte del conquistador del mundo. Como Dionisio en Heraclea, lo único que podían hacer era retrasar el aciago día mediante la diplomacia.

Los atenienses eran unos diplomáticos excelentes y consiguieron conservar el control de Samos hasta el final del reinado. Pero fueron presionados y estuvieron a punto de una guerra total. La crisis surgió cuando Hárpalo llegó a Atenas (véase, más arriba, p. 251) a mediados de verano del año 324. Alejandro ya conocía bien las objeciones de Atenas a

⁴⁰ Según la convincente sugerencia de Klaffenbach, propuesta brevemente en *DLZ* 69 (1948) 503, olvidada durante mucho tiempo. La explicación ortodoxa de que cada *casa* se vendió por dos *minae* o se valoró en dos *minae* como compensación (Heisserer [1980], pp. 213-214) es mucho menos interesante.

la pérdida de Samos y la llegada de un famoso desertor a la altura de la costa de Sunio parecía responder a un acuerdo previo y, al mismo tiempo, presagiar la guerra (Curcio, X, 2, 1-2). En ese momento, llegó a Ecbatana la noticia de que Gorgo de Yaso hacía la famosa oferta de 10.000 panoplias y catapultas para sitiar Atenas (Efipo, *FGrH* 126 F 5: cfr. Justino, XIII, 5, 7). Alejandro planeaba en serio una campaña y la guerra era inminente. Por fortuna, en Atenas actuaban fuerzas poderosas decididas a impedir un conflicto manifiesto. El punto clave era el mantenimiento de las cleruquías de Samos y en ello no influiría la cuestión de Hárpalo, por grande que fuera la deuda que la ciudad había contraído con él. Demóstenes, por lo menos al principio, presionó al *demos* para que no embarcara a la ciudad en una guerra de gran alcance por una causa injusta e innecesaria (Plut., *Dem.*, 25, 3), argumento que recordaba la perorata de *De pace*, pronunciada sólo veinte años antes (*Dem.*, V, 24-25). A las pocas semanas de su admisión en Atenas, Hárpalo se encontraba en la Acrópolis bajo vigilancia, a la espera de la extradición, y, en su debido momento, escapó a su custodia. Los atenienses se ahorraron la humillación de entregar a un conciudadano que les había pedido ayuda y el *casus belli* se eliminó. Hárpalo se había marchado; sólo quedaba su dinero. Atenas respiró con alivio por unos momentos, pero los preparativos para la guerra prosiguieron en secreto. Leóstenes, el comandante de mercenarios en Ténaro⁴¹, quedó al servicio de Atenas junto con sus hombres tras unas negociaciones secretas con la *boule* y tuvo a sus tropas listas para entrar en acción (Diod., XVIII, 9, 2; XVII, III, 3). Al mismo tiempo actuó como intermediario entre Atenas y Etolia, y estableció las bases diplomáticas para la alianza formal que se firmó en cuanto se tuvo noticia de la muerte de Alejandro. Estas negociaciones eran rigurosamente extraoficiales, pero suponían una provocación y no es posible que Antípatro no estuviera al corriente de ellas (cfr. Diod., XVIII, 9, 2). Por fortuna, el propio Antípatro no estaba en una situación segura. Pronto Crátero lo sustituiría como regente y marcharía al frente de un ejército de hombres recién reclutados en dirección a Babilonia. Lo último que deseaba era tener un conflicto importante en Grecia que distrajera su atención y agotara sus reservas de soldados, de modo que toleró las negociaciones sediciosas que tenían lugar en el sur e incluso inició algún contacto por su cuenta con los etolios (Plut., *Al.*, 49, 14-15).

Los atenienses tenían problemas internos provocados por el Decreto. Los exiliados de la ciudad esperaban poder regresar de inmediato y, cuando se produjo el juicio de Demóstenes, se habían agrupado en Mégara. Se les consideraba una amenaza a la constitución. La comunicación con

⁴¹ Véase el apéndice B (p. 344).

ellos estaba prohibida y perseguida judicialmente. El propio Demóstenes inició (aunque lo dejó más tarde) un proceso contra su enemigo Calimedón sobre la base de que este intrigaba con los exiliados para derribar la democracia (Dinarco, I, 94; cfr. 58); y dado que más tarde Calimedón colaboró con Macedonia, quizá la acusación no carecía de fundamento. También hubo disturbios en Samos donde, según parece, los exiliados samios llevaron a cabo un intento frustrado para regresar. Este episodio, que no se ha conocido hasta hace poco, gracias a los decretos samios de regreso⁴², fue dramático. Un grupo de exiliados se había concentrado en Anea, en las laderas del monte Mícale, frente a la isla. En un momento dado, cruzaron el estrecho que los separaba de Samos y entraron en conflicto con los clerucos atenienses⁴³. El intento fue un fracaso. Los insurgentes fueron capturados por el general ateniense delegado en Samos y fueron llevados en barco a Atenas, donde el *demo* los condenó a muerte. Mientras se encontraban en prisión, a la espera de la ejecución, un simpatizante con su causa, Antileonte de Calcis, los llevó consigo a su ciudad y más tarde los samios que regresaron le rindieron honores por su acción. Estos hechos son difíciles de fechar, pero está claro que no se produjeron más tarde de la batalla de Cranón (322), cuando Atenas estaba a merced de Antípatro. Resulta también poco probable que Antileonte, cuya ciudad era beligerante contra Atenas en la Guerra Lamíaca, pudiera intervenir de modo tan decisivo en una ciudad enemiga mientras duraban las hostilidades. En mi opinión, lo más adecuado es situar el episodio en los últimos meses del reinado de Alejandro. Un grupo de exiliados se anticipó a las disposiciones finales del rey sobre Samos y se expuso a las represalias atenienses, por la que fueron condenados a muerte, pero los atenienses se resistieron a ejecutar la sentencia. Para sus fines propagandísticos, era mejor cobrar un rescate por ellos a un personaje neutral y amistoso. Habían anunciado que defenderían la que consideraban unas peticiones justas, pero no llegaron a aplicar un castigo que sus enemigos condenarían como una atrocidad. Quedaba por ver la que decidiría Alejandro al final, si admitiría en alguna medida las pretensiones de los atenienses o consideraría que su resistencia suponía una afrenta a su autoridad. Lo que ya no estaba en duda era que los atenienses lucharían para defender su dominio sobre Samos.

⁴² Habicht (1957), 156-169, núms. 1-2. El mismo Habicht estaba inclinado a fechar los hechos inmediatamente antes de la decisión final de Perdicas en favor de Samos (a principios del año 321), mientras que Errington (1975a), p. 55, sugiere que los exiliados samios cruzaron desde Anea a finales de la primavera o a principios de verano del año 323. ROSEN (1978), p. 26, va más lejos y fecha los hechos en las últimas semanas del reinado de Alejandro.

⁴³ Para esta interpretación y el regreso περί τὸν π[όλεμον τὸν] πρὸς τοὺς κληροῦ [χοῦς] en Habicht (1957), núm. 2, líneas 8-10, véase Badian (1976b).

El otro Estado directamente amenazado por el Decreto era la Liga Etolia. Los etolios se llevaban mal con Alejandro de un modo más abierto que los atenienses. Habían revocado el dominio de Filipo y habían reconstituido su gobierno federal. Habían también ocupado la ciudad acarnania de Eniadas y habían expulsado a sus habitantes, acción que los expuso a las sanciones colectivas de la Liga de Corinto, de la que los acarnanios eran signatarios. Al final deberían hacer frente a represalias y Alejandro ya había prometido castigo en los términos más explícitos⁴⁴. Por el momento, se encontraban a salvo por su lejanía y por el hecho de que los protagonistas de la acción tenían preocupaciones más acuciantes. Pero era necesario llegar a un ajuste de cuentas y los etolios eran aliados automáticos de cualquier estado que resistiera ante Macedonia. Todavía eran demasiado insignificantes para ser el centro de un levantamiento general y sólo podían esperar que otros, sobre todo los atenienses, dieran el primer paso.

No tenemos pruebas de que se produjera una reacción en otro lugar. Es de suponer que la mayoría se comportó como Tegea, protestando primero y alegando circunstancias especiales para permitir después que sus exiliados regresaran bajo determinadas condiciones. Pero debió de producirse una situación de descontento general y el resentimiento contra el Decreto de Exiliados fue probablemente una de las causas principales de las pérdidas de apoyo de Macedonia durante los primeros meses de la Guerra Lamíaca. Los tesalios, en particular, revocaron treinta años de lealtad a la casa Argéada cuando cambiaron de bando en masa durante el otoño del año 323 (Diod., XVIII, 11, 1, 3). Acababan de verse enfrentados al regreso de las familias exiliadas durante los largos años de conflicto entre la liga Tesalia y los tiranos de Feras. Los beneficiarios de ese conflicto habían sido los partidarios de Filipo, los nobles que dominaban las grandes ciudades de Larisa y Farsalia: hombres como Daoco, Cineas y Trasideo, a los que Demóstenes (XVIII, 295) estigmatizó como traidores; y resulta significativo que fuera Farsalia, la ciudad más favorecida al final del reinado de Filipo, cuya caballería era la elite de los tesalios con Alejandro, la que formara el centro de la resistencia tesalia durante la Guerra lamíaca. En Farsalia, por lo menos, el regreso de los exiliados del reinado de Filipo haría que muchos ciudadanos (y, sin duda, los más importantes) se sintieran defraudados y no resulta sorprendente que reaccionaran con violencia.

Alejandro no tuvo tiempo suficiente para que su política diera resultado. Murió tan sólo 10 meses después de que el Decreto se promulgara en Olimpia, un plazo demasiado breve para que los exiliados regresaran, se establecieran de nuevo y se atrincheraran como sus leales partidarios.

⁴⁴ Diod., XVIII, 8, 6; Plut., *Al.*, 49, 15; cfr. MENDELS (1984), pp. 129-149.

La desestabilización que Alejandro planeaba nunca se produjo. Sin embargo, está claro que el Decreto de Exiliados supuso el rechazo de la política y de los partidarios de Filipo. El acuerdo impuesto tras Queronea no había sido una salvaguardia contra la resistencia armada frente a Macedonia y los regímenes sancionados por Filipo habían sido de una lealtad equívoca. Así pues, Alejandro cambió el rumbo de su política y golpeó la base de la Liga de Corinto, cuya piedra angular era el mantenimiento de los gobiernos en el poder y la aplicación de sentencias de exilio. Sus nuevos partidarios tenían que ser los antiguos desposeídos y ahora ni siquiera mencionaba el concepto de autonomía. Alejandro se limitaba a imponer su voluntad por decreto. Más tarde, la diplomacia podía ejercer sobre él cierta influencia, pero la decisión final era sólo suya. El suyo era un mando absoluto, el polo opuesto de la apariencia de consenso que Filipo había intentado crear. En cualquier caso, cuando Alejandro murió, los regentes de Babilonia consideraron prudente enviar una carta circular a las ciudades anunciando la restauración de «la paz y las constituciones que Filipo había establecido» (Diod., XVIII, 56, 2). Era una proclamación con fines propagandísticos para ganar popularidad y también una reacción contra el despotismo de los últimos meses de Alejandro. En comparación, incluso la paz impuesta militarmente y la inercia política de la Liga de Corinto suponían un buen cambio.

B

Alejandro y su imperio

EL GOBIERNO DE LOS SÁTRAPAS

Cuando Alejandro invadió Asia, se encontró en un terreno nuevo en sentido literal. No había precedentes para la administración del territorio que se anexionaba, no tenía ningún sistema heredado de su padre. Desde el principio, Alejandro no sólo actuó como un conquistador, sino como el heredero de los Aqueménidas. Su primer gesto, si se puede creer la tradición de la vulgata (*Diod.*, XVII, 17, 2; Justino, XI, 5, 10), fue clavar una lanza en Asia y proclamar que era una tierra «ganada por la lanza»¹. No hay motivos para rechazar la historia como apócrifa y, hasta cierto punto, los primeros actos administrativos de Alejandro la corroboraron: estos consistieron en colocar a sus propios hombres en las satrapías existentes, manteniendo la jerarquía de mando persa. En la Frigia Helespónica nombró sátrapa a Calas, hijo de Hárpalos, uno de los comandantes de la fuerza expedicionaria del 336, y ordenó que se mantuvieran los tributos tal como estaban (*Arr.*, I, 17, 1). El territorio seguía sujeto a las mismas condiciones que con la administración persa, aunque bajo el mando de un macedonio y no de un persa, del mismo modo que el gobernador era también macedonio y retuvo el nombre persa de su cargo (*SIG*³ 302).

El centro del dominio persa en Asia Menor era Sardes, y su acrópolis inexpugnable era al mismo tiempo fortaleza y sede del tesoro. Desde tiempo inmemorial, según parece, esta ciudadela había estado ocupada por un comandante de guarnición nombrado directamente por el rey, y su guarnición estaba separada del ejército mercenario que mantenía el sátrapa. La administración de Lidia bien pudo inspirar el retrato formal de Jenofonte del gobierno persa, con su rígida distinción entre los comandantes de las satrapías y los de las fortalezas (Jenofonte, *Cyrop.*, VIII, 6, 1-13; *Oec.*, 4, 5-7). Alejandro mantuvo este sistema. Como sátrapa de Lidia (incluida la costa jónica) nombró a Asandro, hijo de Filotas, con un elemental ejército de caballería e infantería ligeramente armada. La ciudadela quedó con un oficial superior y una guarnición homogénea independiente, el contingente aliado de Argos (*Arr.*, I, 17, 7-8).

En Caria se llegó a una situación distinta. Allí, el gobierno civil se puso en las manos de Ada, princesa Hecatomnida, que había gobernado

¹ SCHMITTHENNER (1968), pp. 32-38; véase, sin embargo, Badian (1965b), p. 166, n. 1.

la satrapía durante cuatro años (desde 344/343) antes de que la desplazara su hermano. Completamente distanciada del régimen anterior, se había retirado a su formidable fortaleza de Alinda y se entregó a Alejandro, junto con sus tierras, en cuanto este entró en Caria². También adoptó a Alejandro como hijo suyo, con lo que, sin duda, incrementó la legitimidad de este a ojos de las gentes del lugar. En su debido momento, Ada recibió toda la satrapía de Caria, pero su competencia no debió de extenderse más allá de la administración civil. La vertiente militar del gobierno quedó en manos de un general macedonio, Ptolomeo, que dirigía un gran ejército mercenario de infantería y caballería integrado por unos 3.200 hombres (Arr., I, 23, 6). En esto también existía un remoto precedente persa. Un año o dos antes, el hermano de Ada, Pixódaro, se había puesto en manos del rey persa y había pedido que un gobernador persa compartiera el mando con él y se casara con su hija. Durante el breve periodo anterior a la muerte de Pixódaro, en Caria hubo un mando conjunto, pero fue el persa Orontóbates quien llevó el título de sátrapa (Estrabón, 657). Sin embargo, Ada era la titular del gobierno bajo Alejandro, y Ptolomeo podría haber sido considerado, en teoría, su subordinado, como sucedió en Lidia en el año 322, cuando Perdicas puso el mando militar macedonio directamente bajo Cleopatra, la hermana de Alejandro, en calidad de sátrapa (Arr., *Succ.*, F 25, 2 Roos). Fuere lo que fuere en teoría, Ptolomeo actuó de modo independiente durante la guerra en el Egeo y luchó con Asandro, el sátrapa de Lidia (Arr., II, 5, 7). Al igual que los comandantes persas anteriores, no estaban confinados a los límites geográficos de sus provincias y llevaban sus tropas allí donde hubiera necesidad militar de ellas.

Estos primeros nombramientos fueron de carácter militar. Alejandro colocó hombres que defenderían y asegurarían su territorio frente a la contraofensiva de los persas. La administración civil era menos importante y podía delegarse en subordinados o conferirla a algún gobernante local, como Ada. Hasta cierto punto, Alejandro seguía el precedente persa, pero no estaba constreñido por él, como demostró en su dominio sobre Licia. Las comunidades de allí habían mantenido una independencia local bajo sus príncipes nativos durante la primera parte del siglo, pero gradualmente habían ido quedando bajo el dominio de la dinastía Hecatómnida de Caria. En el año 337, Licia se había convertido en parte de la satrapía de Pixódaro, el cual colocó al frente de la misma a dos lugartenientes de nombre griego e impuso un supervisor (*epimeletes*) en la importante ciudad de Janto. Pixódaro gobernó directamente y llegó a exigir incluso que le ratificaran detalles sobre las costumbres del culto (la

² Arr., I, 23, 7-8. Cfr. Bosworth (1980a), pp. 152-153; Hornblower (1982), pp. 45-51.

introducción del culto cario al *Basileus Kaunios*) en griego, licio y arameo³. Alejandro podía haber mantenido con facilidad la satrapía conjunta de Caria y de Licia pero, en lugar de ello, las comunidades licias se unieron a sus vecinos de Panfilia bajo el control de un amigo de Alejandro, Nearco de Creta. Dada la historia precedente del reinado, el dominio de los Hecatómnidas no habría sido popular y su destitución estaba, casi sin duda, entre las peticiones que se hicieron a Alejandro durante su paso por Licia (Arr., I, 24, 4-5). No costó nada liberar a la zona de sus señores anteriores, pero el resultado no fue la restitución de la independencia local. Alejandro creó una satrapía totalmente nueva y colocó la franja costera comprendida entre Telmiso y Side bajo el mando de un solo comandante encargado de supervisar toda la zona. Se trataba de una disposición sólo para la guerra contra los persas. Después de que Nearco fuera llamado a la corte en 330/329, no tenemos constancia de que se le sustituyera, y tanto Licia como Panfilia habían sido anexionadas a la satrapía de Antígono a finales del reinado. La nueva disposición se produjo de modo natural después de que Nearco se retirara, cuando Asia Menor ya no estaba bajo la amenaza de una acción naval. El territorio pudo ser puesto en las manos del sátrapa de la Frigia Mayor, el cual operaba desde su capital, Celenas, situada en el norte. Alejandro estaba dispuesto a poner y quitar la jurisdicción de las satrapías según conviniera a la situación militar del momento.

En el verano del año 333, todo cálculo quedaba eclipsado por el inminente enfrentamiento con Darío. Antígono fue destinado a Celenas como sátrapa de Frigia con una modesta fuerza de 1.500 mercenarios (Arr., I, 29, 3). El propio rey se desplazó rápidamente hacia el este y estableció someramente su dominio en el interior de Asia Menor. En cuanto a los paflagonios, que ofrecieron rápidamente su sumisión, se limitó a ponerlos bajo el control del sátrapa de la Frigia Helespóntica, y no era una tarea fácil, pues estaban muy lejos de la capital, Dascilio, y los separaban de ella los territorios de los salvajes e intratables bitinios. No es sorprendente que revocaran su sumisión en cuanto Alejandro les dio la espalda y que cooperaran con la resistencia persa después de Isos (Curcio, IV, 5, 13). La dominación de Capadocia tuvo una historia similar. Este territorio había estado dividido en dos satrapías durante las convulsiones de las revueltas del s. IV. La región Póntica, situada al norte, estaba bajo el control de un dinasta nativo, Ariarates, y no se vio afectada por Alejandro, cuyo camino discurría mucho más al sur⁴. Fue la satrapía situada

³ Metzger *et al.* (1974), pp. 82-149. Para la fecha correcta, véanse Badian (1977a); Hornblower (1982), pp. 47-49. Para la relación de Pixódaro con Fasélide, véase Hornblower (1982), pp. 122-123 y 367 (M.10).

⁴ Cfr. Bosworth (1980a), pp. 188-189; Hornblower (1981), pp. 240-244.

al sur, cuyo gobernante había caído en el Gránico (Arr., I, 16, 3), la que se rindió a Alejandro. El gobierno fue confiado de inmediato a un capadocio, Sabictas, mientras el rey se desplazaba rápidamente en dirección a las Puertas Cilicias sin que, por lo que parece, dejara ninguna clase de fuerza de control; Alejandro estaba reservando sus hombres para el enfrentamiento inminente con Darío. Sabictas se perdió sin dejar rastro durante la contraofensiva persa en Anatolia emprendida como consecuencia de Isos. Antígono dirigió las hostilidades en el bando macedonio y obtuvo tres victorias, pero se diría que Capadocia permaneció como tierra de nadie. El camino real entre Sardes y las Puertas Cilicias debió de estar controlado por Antígono, del que se sabe que operó en Licaonia (Curcio, IV, 5, 13), pero su mandato no debió de extenderse más al norte. En cualquier caso, toda la Capadocia, junto con Paflagonia, quedaron incluidas en la satrapía de Éumenes en el año 323, la cual comprendía territorio que no se había pacificado nunca durante el reinado de Alejandro y que estaba destinado a ser recuperado mediante la fuerza militar.

En contraste, el de 332 fue un año de consolidación. La satrapía de Cilicia, rica y vital desde un punto de vista estratégico, quedó en manos de un miembro de la guardia personal del rey, Bálacro, hijo de Nicanor, que era al mismo tiempo sátrapa y general (Diod., XVIII, 22, 1). También supervisó las finanzas y acuñó monedas de Cilicia en plata, tal como habían hecho los sátrapas, pero en su propio nombre⁵, y pudo ser el primer responsable del pago del ejército durante el largo sitio de Tiro. Cilicia era una unidad geográfica homogénea, relativamente compacta y con fronteras bien definidas. Todas las funciones de gobierno podían ponerse en manos de un solo hombre. En cambio, Siria era mucho más compleja: una vasta banda de territorio que se extendía desde el Éufrates a la frontera egipcia e incluía comunidades de aspecto muy distinto, desde las ciudades estado de Fenicia al hierático gobierno de Judea. Aquí las disposiciones de Alejandro fueron variadas y complejas. Poco después de Isos, colocó a Menón, hijo de Cerdimnas, al frente del territorio recién adquirido al norte de Siria, con una modesta fuerza de contención formada por la caballería mercenaria⁶. El centro de su autoridad era, probablemente, la llanura de Amik, que más tarde dominarían las tetrápolis seléucidas, y su competencia se habría extendido hacia el sur, hasta las fronteras de Fenicia. Debería limpiar la zona de refugiados persas y mantenerla en paz mientras Alejandro avanzaba hacia el sur.

El conquistador pasó por Fenicia y recibió la rendición de sus ciudades estado una por una. Los reyes locales fueron mantenidos en su puesto: Geróstrato en Arados y Enilo en Biblos. En Sidón, el rey Estratón II fue

⁵ Von Aulock (1964).

⁶ Bosworth (1974), pp. 46-53; Atkinson (1980), pp. 370-371.

depuesto por su amistad con Darío y lo sustituyó Abdalónimo, miembro de una rama colateral de la casa real. Estos monarcas, como sus equivalentes griegos y semitas en Chipre, mantuvieron una semiindependencia bajo la soberanía de Alejandro, pero dejaron de emitir moneda de modo autónomo⁷. Las cecas fenicias pasaron a acuñar las monedas reales de Alejandro (véanse, más adelante, pp. 284-285) y mantuvieron tan sólo el monograma de la ciudad como identificación. Como siempre, hubo una excepción: Tiro, que ofreció resistencia a Alejandro durante siete meses, vio cómo vendían como esclavos a sus habitantes y los sustituían pueblos periecos bajo la supervisión de una guarnición macedonia (Curcio, IV, 5, 9). Fenicia, en conjunto, no tenía ningún gobernador macedonio. Mientras Alejandro estaba en Tiro no fue necesario y tras su marcha, Filotas, el comandante de la guarnición de Tiro, pudo tener un papel de supervisor general.

El interior presenta más problemas. Tras Isos, Parmenión había actuado en el interior, en las zonas situadas al este del macizo del Líbano, en Damasco y en el sur. Los dirigentes locales se vieron obligados a someterse. Al inicio del sitio de Tiro, Alejandro recibió el homenaje de Sanballat III, el soberano hereditario de Samaria, y la confirmó en su puesto (Josefo, *A.J.*, XI, 321-322). Pero también nombró un comandante militar macedonio sobre Celesiria para encargarse de toda tarea de pacificación que Parmenión hubiera dejado pendiente (Curcio, IV, 5, 9). Las funciones de este puesto eran estrictamente militares y contrastaban con las de Menón en el norte, una zona más colonizada. Siria estaba todavía bajo proceso de conquista y, a finales del año 332, formaba un mosaico administrativo en el que convivían los dirigentes locales nativos junto con los comandantes macedonios, aplicados todavía a la tarea militar de la ocupación. Justo antes de que Alejandro entrara en Egipto, Sanballat murió en Samaria (Josefo, *A.J.*, XI, 325) y se produjo una revuelta entre sus súbditos. Andrómaco, el comandante militar, fue capturado por los insurgentes samaritanos a principios del año 331 y estos lo quemaron vivo. La respuesta de Alejandro fue enviar a Menón desde el norte y poner en su lugar a Arimas, tal vez uno de los subordinados de este. Hubo una breve campaña de represalia, que ha dejado sus huellas en las tremendas ruinas de Wadi Daliyeh⁸, y Alejandro regresó a Tiro con intención de prepararse para la campaña final contra Darío. Menón permaneció como comandante militar en el sur y se nombró a un nuevo oficial en Fenicia: Cerano de Berea, uno de los tesoreros de Alejandro, fue colocado al frente del sistema fiscal de Fenicia (véase, más adelante, p. 282). Fenicia seguía sin sátrapa, pero el comandante de la guarnición de Tiro

⁷ Bellinger (1963), pp. 49-53.

⁸ CROSS (1963); (1966).

debía de ser el equivalente militar del cargo fiscal de Cerano. Juntos tendrían amplias competencias para convencer a cualquier ciudad reacia de que se encontraba en un error.

El último acto administrativo de Alejandro en Siria fue la sustitución de Arimas, cuyos preparativos para la marcha del ejército hacia el Éufrates no habían sido nada satisfactorios. Su sucesor fue Asclepiodoro, hijo de Eunico. Siria estaba, por el momento, controlada por dos comandantes macedonios en el norte y en el sur, con gobernantes locales en Fenicia que coexistían con delegados militares y fiscales. Esta situación duró menos de un año. Al final del 331, Alejandro envió a la costa a un tal Menes, que actuaría como hiparco de Cilicia, Siria y Fenicia. Al mismo tiempo, se apartó de sus puestos a los comandantes titulares. Asclepiodoro llevó tropas mercenarias a Bactra en el invierno del 329/328, junto con otro hombre cuyo nombre la tradición ha deformado pero que denomina sátrapa de Siria (Arr., IV, 7, 2). Lo más sencillo es dar por hecho que los dos sátrapas anteriores fueron llamados a la corte con refuerzos para el ejército. En el lugar de ambos, Menes, un miembro destacado de la guardia personal del rey, ocupó un importante puesto militar desde el cual debía coordinar la costa comprendida entre Cilicia y la frontera egipcia. No podemos saber si operaba en conjunción con otros gobernantes o tenía a su cargo un mando único y amplio: los datos son demasiado vagos e incompletos⁹. Pero Siria no permaneció dividida. En el momento en que se estableció el dominio de Babilonia (junio de 323) estaba gobernada como una unidad y Cilicia era una satrapía separada. La zona occidental de Anatolia proporciona una analogía muy útil. Durante la confusión de la guerra del Egeo, Licia y Panfilia formaron una satrapía independiente bajo el mando de Nearco pero, en cuanto se consiguió la paz, se unificó con Frigia bajo el control general de Antígono. Las exigencias de la guerra habían requerido pequeños mandos que pudieran combinarse más adelante, cuando los ejércitos mercenarios que habían mantenido la lucha fueran enviados de regreso al mando central, dirigidos todavía por sus anteriores sátrapas.

Egipto no suponía ningún problema. Había admitido de modo pacífico a Alejandro con la colaboración del sátrapa persa y el pueblo lo acogió como un liberador. Todo indicaba que era necesario reconocer, aunque sólo fuera de palabra, las aspiraciones nacionalistas de los egipcios. Así pues, se confió a dos nativos, Doloaspis y Petisis, la administración civil de Egipto, dividida de nuevo en sus dos reinos gemelos inmemoriales. Arriano (III, 5, 2) les da el título de *nomarcos*, lo que indica que iban a

⁹ Bosworth (1974), pp. 53-39; Brunt (1976-19839, pp. 1 y 278-279. Para otros puntos de vista, véanse LEUZE (1935), pp. 436 ss.; Tarn (1948), pp. 2 y 176-178.

llevar a cabo a nivel nacional las funciones que los modestos gobernadores desarrollaban en los cuarenta y dos nomos, las subdivisiones administrativas del país. Pero los nombramientos parecen haber sido pura fachada. Cuando Petisis rechazó el cargo, Doloaspis recibió la administración entera, de modo que sus funciones no podían ser una carga demasiado onerosa. En efecto, había una plétora de oficiales macedonios. Las guarniciones de Pelusio y Menfis tenían comandantes macedonios, al igual que los dos ejércitos del Alto y el Bajo Egipto, y la flota integrada por 30 trirremes. Las fuerzas mercenarias residentes, pobladores militares reclutados en los periodos saíta y persa, fueron retenidos bajo el mando de un inmigrante griego, Licidas el Etolio, pero Alejandro delegó a uno de sus Compañeros para que actuara como secretario. Había también dos misteriosos supervisores (*episkopoi*), cuyas funciones Arriano (III, 5, 3) no define con claridad; podían ser inspectores suplementarios de los mercenarios residentes, pero es más probable que fueran el equivalente civil de los generales, revisarían la administración de Egipto y supervisarían al nomarca nativo¹⁰. Visto de modo superficial, la división de competencias no es distinta de la de Caria, pero los oficiales nombrados son mucho más numerosos y el único egipcio que hay entre ellos parece abrumado por los macedonios. Hasta la fecha, no hay pruebas de que hubiera ningún sátrapa. A Alejandro parecía horrorizarle la idea de dar a un solo hombre el control de todo el viejo reino (cuyos habitantes podrían haber tomado a mal que se mantuviera el título persa).

La figura más interesante de la administración egipcia fue Cleómenes, un inmigrante griego de Náucratis. Primero fue destinado al mando de Arabia, con base en Heroópolis, que suponía la supervisión de las regiones desérticas situadas al este del delta (las regiones situadas al oeste tenían un comandante distinto, Apolonio, hijo de Carino). Pero también quedó al frente de todo el sistema fiscal de Egipto; los nomarcas de las 42 subdivisiones fueron encargados de recaudar el tributo local, tal como habían hecho bajo el dominio persa, y de ponerlo en manos de Cleómenes (Arr., III, 5, 4). Esto le dio un enorme poder real en todo Egipto. Como receptor del tributo, controlaba de modo natural el gasto público y, en particular, el pago de las guarniciones y los ejércitos reales. Tenía también encomendado supervisar la construcción de Alejandría ([Arist.], *Oec.*, 1352a29; Arr., VII, 23, 7). Por otra parte, su trabajo implicaba la supervisión directa de los nomarcas y, estuviera autorizado formalmente o no, les imponía directrices. Durante la gran escasez de la década del 320 a. de J.C., reguló la exportación de cereales por parte de los

¹⁰ Según Bosworth (1974), p. 55, n. 2; (1980a), p. 276. Para el otro punto de vista, véanse EHRENBERG (1965), p. 437; Pearson (1960), pp. 61-62; Atkinson (1980), p. 365.

nomos. Los nomarcos vieron sus cuotas de exportación restringidas severamente y sujetas a un fuerte impuesto que revertía de modo automático a Cleómenes junto con los pagos de otros impuestos ([Arist.], *Oec.*, 1352a17-23). Al mismo tiempo, especulaba por su cuenta utilizando los excedentes administrativos para comprar cereales a precios interesantes a los agricultores locales y revendiéndolos al precio colosal de 32 dracmas por medida, obteniendo una triple ventaja: acaparaba el mercado, lo explotaba en beneficio propio y también en el del tesoro público. Los resultados se verían en los grandiosos edificios de Alejandría, y su fundador estuvo más que agradecido. Una famosa carta, mencionada por Arriano (VII, 23, 7-8), da instrucciones a Cleómenes para que edifique un *heroa* dedicado a Hefestión y le garantiza que ninguno de sus delitos, pasados o futuros, será castigado si la construcción es la bastante impresionante. Es probable que la carta sea auténtica¹¹, quizá la citara Ptolomeo para justificar el haber ejecutado a Cleómenes, y proyecta una luz considerable sobre la actitud de Alejandro en relación con el gobierno. La explotación y la malversación eran permisibles e incluso dignos de elogio siempre que el gobierno obtuviera con ello un beneficio suficiente. Cleómenes fue debidamente reconocido como sátrapa de Egipto. Desde el principio, fue el principal administrador de la provincia y en su dirección de las finanzas actuó de facto como sátrapa, presumiblemente con la cooperación de las autoridades militares macedonias. Finalmente, antes de que Alejandro regresara de la India, fue investido de modo formal con la satrapía. Había demostrado su valía y no podría constituir nunca una amenaza para la autoridad real¹².

Después de Gaugamela, la política administrativa de Alejandro tomó un nuevo rumbo. Durante el año siguiente, escogió a sus sátrapas entre la nobleza persa derrotada. El primero de estos nuevos nombramientos tuvo lugar en Babilonia a finales del año 331. Maceo, sátrapa de Cilicia y Siria desde los primeros años de Artajerjes III, presidió la rendición de la ciudad a Alejandro y este pronto lo nombró sátrapa de Babilonia. Probablemente, su esposa era de Babilonia (sus hijos tienen nombres claramente babilonios) y resultaba tan aceptable para el pueblo como cualquier otro persa. No parece que Alejandro dudara de su lealtad y, en cualquier caso, era poco probable que si se producía una revuelta los babilonios tomaran partido a favor de un miembro de la aristocracia persa. Una vez más, los efectivos militares quedaron bajo el mando de un Compañero, Apolodoro de Anfípolis (Arr., III, 16, 4; VII, 18, 1), y la formidable ciudadela de Babilonia fue ocupada por Agatón de Pidna con una guarnición macedo-

¹¹ Según Hamilton (1953), p. 157; VOGT (1971), *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 303-306; Seibert (1972b).

¹² Badian (1966), pp. 58-59.

nia integrada por 700 hombres (Diod., XVII, 64, 5). A Maceo le habría tocado la administración civil de Babilonia, una tarea bastante pesada, y en teoría era la cabeza de la satrapía, con cierta influencia sobre la acuñación de moneda. En Babilonia continuó con las emisiones sátrapas que había acuñado en Siria y las primeras acuñaciones llevaron su propio nombre¹³. No se sabe hasta qué punto controlaba la acuñación pero, en la vertiente económica, sus actividades estaban severamente circunscritas por el nombramiento de otro funcionario que recaudaba el tributo de la satrapía, y quedaron todavía más limitadas cuando Hárpalos convirtió a Babilonia en el centro de su administración. El poder real, como en otras partes, estaba en manos de los comandantes militares macedonios.

El mismo modelo se aplicó en Susa, donde el sátrapa titular, Abulites, quedó confirmado en su puesto, acompañado por el comandante de la guarnición macedonia y por un general para el ejército de ocupación (Curcio, V, 2, 16-17; Arr., III, 16, 9). Incluso en Pérsida, el corazón del viejo imperio Aqueménida, nombró a un sátrapa persa, Frasaortes, pero había una fuerza de ocupación de macedonios mayor de lo habitual (Curcio, V, 6, 11). El caso de Media es especialmente interesante. Alejandro rodeó la provincia a velocidad suicida durante la persecución de Darío y dejó un gran contingente de infantería de la falange para que transportara el gran tesoro desde Persépolis a Ecbatana, situada más al norte. Parmenión estaba al frente de la operación y después permaneció en Ecbatana junto con cuatro altos mandos de la infantería mercenaria y de la tracia. Por el momento, el administrador del tesoro, Hárpalos, estaba ligado a ellos. Era una concentración de fuerza militar sin precedentes en Asia y el sátrapa quedaba, inevitablemente, eclipsado. Este sátrapa era, una vez más, un persa; en esta ocasión, un disidente llamado Oxidates que habían encontrado en Susa condenado a muerte. A pesar de sus credenciales, duró un tiempo relativamente corto. Dio muestras de una falta de entusiasmo manifiesta durante la contraofensiva de Beso en el año 329, y fue sustituido por el sátrapa anterior, Atrópates, el cual se rindió a Alejandro tan sólo tras la muerte del rey su señor (Arr., IV, 18, 3). Al haber dado muestras de sumisión, pudo ser restituido en su antigua satrapía, en la que permaneció hasta el final del reinado, gozando del favor del rey mientras los jefes militares macedonios eran ejecutados. Según parece, también tenía ciertas competencias en el terreno militar. Fue él quien suprimió la insurrección nacionalista de Bariaxes en el año 324 (Arr., VI, 29, 3), dando muestras de lealtad a su nuevo rey y poniéndose en contra de su propio pueblo, en tanto que Alejandro destituía a sus colegas macedonios por considerarlos indignos de confianza.

¹³ Bellinger (1963), pp. 60-68; Badian (1965b), p. 171; Bosworth (1980a), p. 315.

Según las fuentes, en Partia, el cruce de caminos estratégico situado al este del Irán, tuvo lugar una serie de acontecimientos similares. Allí, el primer sátrapa de Alejandro fue Aminapes, exiliado de la corte de Filipo que, tras recuperar el favor de Alejandro, lo ayudó a someter a Egipto. Podía esperarse de él que fuera leal, pero no tenía contactos locales y fue incapaz de controlar su satrapía cuando Beso instigó una revuelta. El sátrapa anterior, Fratafernes, se rindió tras el asesinato de Darío y fue restituido en su anterior satrapía en los primeros meses del año 329 (Arr., III, 28, 2). Una vez en su puesto, defendió Partia contra Brazanes, al que Beso había nombrado sátrapa, y conservó el territorio para Alejandro. Cuando dio la noticia de su éxito en el invierno de 328/327, se le encargó otro cometido: detener a Autofrádates, sátrapa de los pueblos vecinos de las montañas de Elburz, y anexionarse su satrapía. Esta misión era, sin duda, apropiada para él y la ejecutó con éxito (Curcio, X, I, 39). Del mismo modo que en Atropates, podía confiarse en Fratafernes para que defendiera una satrapía que, seguramente, él consideraba tan suya como de Alejandro, y para que aplastara tan duramente como Alejandro todo intento local de usurpar su posición.

La cuestión fundamental era la lealtad. Atropates y Fratafernes se comportaron de modo irreprochable en este sentido, pero no todos los sátrapas iraníes fueron tan intachables. Satibarzanes fue confirmado en Aria, pero en cuanto Alejandro le dio la espalda, trasladó su lealtad a Beso, que había adoptado el nombre real de Artajerjes, masacró la pequeña fuerza macedonia que habían dejado con él y emprendió una campaña de guerrillas contra Alejandro y sus lugartenientes que duró casi un año. Estaba claro que prefería un rey de su propia raza al conquistador macedonio. Su sucesor, Arsaces, no lo hizo mucho mejor y Alejandro ordenó que lo arrestaran a los pocos meses de estar en su puesto y que lo sustituyera como sátrapa un Compañero, Estasanor, de la ciudad chipriota de Solos¹⁴. En esta ocasión, el nombramiento fue un éxito. Estasanor dio muestras de eficacia y energía, y en el año 327 obtuvo como recompensa la extensión de su satrapía hacia el sur, hacia la región lacustre de Sistan (la antigua Drangiana). Sustituyó al anterior sátrapa nativo, Arsames¹⁵. Drangiana había estado unida a Aracosia, el corredor vital del río Helmand, y la satrapía conjunta estaba gobernada por el regicida Barsantes. En la emergencia militar del año 329, con el camino del norte, el de Bactra, en manos del enemigo, Alejandro consideró prudente dividir el mando, dejar a un persa al frente de la región de lagos de Sistan y nombrar a un Compañero, Menón, para que controlara una ruta vital a través del Hindu Kush (Arr., III, 28, 1; Curcio, VII, 3, 5).

¹⁴ Cfr. Berve (1926), 2 núms. 146, 697, 719; Bosworth (1981), pp. 19-22.

¹⁵ Curcio, VIII, 3, 17; cfr. Bosworth (1981), pp. 22-23.

La siguiente zona de importancia era la región fronteriza del noreste de Bactria y Sogdiana, la satrapía originaria de Beso. Allí Alejandro empezó por repetir el modelo que había establecido en el año 330 y nombró sátrapa de Bactria al noble persa Artabazo (Arr., III, 29, 2). El territorio se había ganado con una facilidad asombrosa y Alejandro consideró que podía dejarlo bajo un persa, con comandantes macedonios en las principales ciudadelas para que lo ayudaran o le pusieran trabas, según dictaran las circunstancias. Artabazo era uno de los supervivientes más distinguidos de la aristocracia persa, nieto de Artajerjes II y con un linaje digno de una de las satrapías que solían reservarse a los príncipes de sangre real¹⁶, no obstante, sus relaciones lo ligaban a la Frigia Helespónica, situada en el extremo opuesto del imperio, y no tenía lazos ancestrales con Bactria. Era también enemigo de Beso y era previsible que ofreciera resistencia ante él. Alejandro no quedó decepcionado por la lealtad de Artabazo pero, por una vez, sus cálculos militares fueron erróneos. En el verano del año 329, toda la zona comprendida entre el río Jaxartes y el Hindu Kush se alzó en una insurrección (véanse, más arriba, pp. 128 ss.) y no pudo someterla hasta pasados dos años de guerra muy reñida. Quedó así bien claro que esta satrapía presentaba uno de los problemas militares más difíciles del imperio y, a finales de verano del año 328, Artabazo abdicó de su mando con la diplomática excusa de su edad (no tendría sesenta años). En su lugar, Alejandro nombró primero a uno de sus generales más veteranos, Clito el Negro (Curcio, VIII, I, 19-21), y después (tras el banquete fatal de Maracanda) nombró a Amintas, hijo de Nicolao. El ejército que dejó en la satrapía estaba en consonancia con su importancia: 10.000 soldados de infantería y 3.500 de caballería, la mayor fuerza defensiva del imperio (Arr., IV, 22, 3). Había también una red de colonias militares con una élite gobernante integrada por grecomacedonios (véase, más adelante, p. 290). Al mismo tiempo, la población militar nativa quedó reducida por las levas que Alejandro impuso para sus campañas en la India y para su nuevo cuerpo de Epígonos¹⁷. Alejandro había cambiado con mayor profundidad a Bactria y Sogdiana que a cualquier otro sector del imperio. La guerra, las matanzas y los asentamientos militares habían afectado al equilibrio demográfico, y Alejandro pudo dejar una clase dominante europea integrada por muchas decenas de miles de individuos, el núcleo de la que se desarrolló hasta formar el imperio indogriego un siglo más tarde. Los poderosos barones iraníes de la satrapía conservaron sus dominios en su mayor parte; tenemos pruebas concretas en el caso de Corienes, que fue confirmado en la hiparquía de los paretecos. Pero el verdadero gobierno estaba firmemente sujeto por manos

¹⁶ Berve (1926), 2 núm. 152; Brunt (1975).

¹⁷ Arr. V, 11, 3; 12, 2; VII, 6, 3. Cfr. Bosworth (1980b), pp. 15-18.

macedonias. Alejandro estaba dispuesto a contraer matrimonio con una princesa bactria para hacer que su dominio fuera más aceptable y los altos cargos que había dejado en la satrapía, aparentemente, siguieron su ejemplo y demostraron así que había surgido una nueva clase dominante¹⁸. En esta satrapía, los persas ocupaban una posición subordinada y ni se planteaba la posibilidad de una división de poderes.

Cuando Alejandro se desplazó hacia el este, en el verano del 327, entró en el territorio que quedaba fuera del Imperio persa y estaba gobernado por una multitud de príncipes nativos que, con frecuencia, se llevaban mal entre sí¹⁹. Aquí Alejandro apenas intentó interferir en los gobiernos existentes. Los príncipes (que Arriano llama hiparcos) conservaban sus regímenes si se rendían; en caso contrario, eran depuestos y sustituidos por gobernantes más sumisos. Al principio se llevó a cabo una política deliberada para promover a indios expatriados: en Peucelótide, Sangeo fue nombrado para el cargo tras regresar del exilio en la corte de Taxiles (Arr., IV, 22, 8), y Sisicoto, al cual se le había dado la gran ciudadela de Aornos, había pasado muchos años en Bactria, donde prestó servicio con lealtad, primero a Beso y después a Alejandro (Arr., IV, 30, 4). Alejandro también dejó un gran número de tropas en las guarniciones, lo que era inevitable debido a la tenaz resistencia con que se encontró durante su marcha hacia la India. Un sátrapa macedonio, Nicanor, desempeñó una supervisión general del territorio comprendido entre Parapamísada y el Indo, pero sus funciones eran militares: seguir con la pacificación de la zona. La administración civil debió de permanecer en manos de los gobernantes nativos. Al otro lado del Indo, Taxiles, el príncipe indio más poderoso de la región, reconoció de inmediato a Alejandro. En el momento en que había llegado al trono, había enviado una embajada a Sogdiana, invitando al conquistador a que la ayudara contra sus recalcitrantes vecinos. En cuanto Alejandro cruzó las fronteras de Parapamísada (Arr., IV, 22, 6), le ofreció su sumisión y su ayuda material. Alejandro lo confirmó debidamente en sus dominios, pero bajo el control macedonio. Taxiles había renunciado a la soberanía y Alejandro impuso su propia autoridad real, representada por un sátrapa macedonio, Filipo, hijo de Mácata; y tomó la precaución de dejar una guarnición en Taxila (Arr., V, 8, 3). Se aplicó también un tributo regular (Arr., VI, 14, 2). Taxiles tenía un cierto grado de autonomía local, pero esta se ejercía según la voluntad de Alejandro y de su sátrapa.

El Hidaspes se convirtió en la verdadera frontera del imperio. Al otro lado, se permitió que Poro conservara su reino, que Alejandro amplió

¹⁸ *Epit. Metz*, 31; *Diod.*, XVII, índice A; cfr. Bosworth (1980b), p. 11.

¹⁹ Véanse, en especial, Niese (1893), pp. 1 y 500-509; Berve (1926), pp. 1 y 268-273; Badian (1965b), p. 180; Bosworth (1983).

cuidadosamente, colocando a los pueblos vecinos bajo su dominio hasta que controló todo el territorio entre el Hidaspes y el Hífasis, unas tierras de riqueza proverbial que comprendían (según las cifras más moderadas) siete tribus y 2.000 ciudades (Arr., VI, 2, 1; V, 29, 2). En ellas, Poro era plenipotenciario y ocupaba el poder sin tropas macedonias o un sátrapa macedonio. Alejandro estaba lo bastante impresionado por su valor y su habilidad como para colocarlo como gobernante vasallo de su territorio fronterizo avanzado. Al oeste del Hidaspes, la presencia macedonia fue más impertinente. Filipo se había visto forzado a intervenir en Asacenia en conjunción con el sátrapa iraní de Parapamísada después de que el macedonio Nicanor cayera en acción contra los insurgentes, todavía reacios a aceptar la dominación de Alejandro (Arr., V, 20, 7). Su propio territorio se extendía hacia el sur e incluía a los molestos malios y, al final, cubrió todo el curso del Indo hasta su confluencia con el Acesines (Arr., VI, 14, 3; 15, 2). Las fuerzas de la satrapía eran considerables: conservaba todo el contingente tracio más tropas de infantería para la tarea de las guarniciones, testimonio elocuente de la naturaleza inestable de su mando. Al sur de la confluencia, otro sátrapa, Pitón, hijo de Agenor, extendía sus dominios hasta el océano y, cuando Alejandro partió en dirección al oeste, estaba actuando en las proximidades de Pátala.

Esta división no duró mucho. Cuando Alejandro llegó a Gadrosia, a finales del año 325, recibió la noticia de que Filipo había sido asesinado por unos mercenarios nativos que estaban a su servicio (sus tracios no eran suficientes para todas sus tareas militares). Por el momento, la satrapía del norte quedó bajo el mando de Taxiles y de Eudamo, el lugarteniente macedonio de Filipo (Arr., VI, 27, 2; Curcio, X, 1, 20-21). Alejandro tenía intención de enviar otro sátrapa pero, según parece, cambió de opinión. En el momento de su muerte, Taxiles seguía al mando de la satrapía del norte, mientras Pitón había sido trasladado al noroeste, al valle del Cofén. El territorio de Poro se había ampliado. En el año 321, llegaba hasta lugares tan al sur como Pátala y el océano, y se deduce que esta ampliación se había hecho bajo Alejandro (Arr., Succ., F 1, 36). Parece como si Alejandro no estuviera dispuesto a pagar el precio de gobernar todo el curso del Indo mediante sátrapas macedonios y, en lugar de ello, ampliara el reino vasallo de Poro, dejando que fuera él quien mantuviera el control de los molestos pueblos del sur²⁰. Las fuerzas militares macedonias fueron enviadas junto con sus comandantes para que vigilaran la ruta vital entre el Indo y Parapamísada, que nunca había estado bien pacificada. En cuanto al valle del Indo, Taxiles era el príncipe supremo de la zona del norte y gobernaba con la ayuda del ejército europeo y, al otro

²⁰ En relación con esta interpretación, véase Berve, *RE* XIX, 219; *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 310-313.

lado del Hidaspes, hacia el este y el sur, Poro gobernaba de modo independiente; en teoría, estaba sometido a Alejandro, pero sólo lo ataba su declaración de vasallaje. Esta era una amplia zona de seguridad y abarcaba desde las laderas del Himalaya hasta el océano Índico, donde, probablemente, ni siquiera el mando de Poro podía ir más allá de sus dominios ancestrales. En el nordeste, el imperio macedonio se había reducido: el estrecho corredor que discurría por el paso de Khyber estaba gobernado directamente por un sátrapa macedonio, y la cabeza de puente del Punjab por un príncipe nativo. La conquista de la India, con todas sus victorias poco seguras, demostraba que el país no podía ser sometido sin un gasto de hombres inaceptable.

Los últimos acontecimientos se produjeron después de que Alejandro regresara al oeste e iniciara la purga de sátrapas infractores durante el invierno de 325/324. La mayoría de las víctimas fueron iraníes: Astaspes en Carmania, Orxines en Pérsida, Abulites y Oxatres en Susiana y Paretacene²¹. Fueron acusados de incompetencia y mal gobierno, pero las acciones de Alejandro implicaban algo más que la represión de la extorsión. El ejemplo de Cleómenes en Egipto muestra que la explotación de los súbditos podía excusarse e incluso permitirse si ese abuso suponía algún beneficio. Más importantes eran los levantamientos nacionalistas en el centro de Irán. En Media había surgido un pretendiente y había adoptado la tiara vertical que simbolizaba la realeza (Arr., VI, 29, 3), y Crátero había arrestado a una serie de rebeldes durante su paso por Aracosia y Drangiana (Arr., VI, 27, 3; Curcio, IX, 10, 19). Existía también el problema de la insubordinación. Cuando Alejandro estuvo ausente en la India, las comunicaciones con él quedaron prácticamente cortadas y era natural que los sátrapas se sintieran tentados de actuar como déspotas independientes. Nada ilustra mejor la situación que el caso de Orxines, general de las levas persas en Gaugamela y noble de linaje real. Mientras Alejandro estaba en la India, había usurpado la satrapía, aprovechando el interregno provocado por la muerte de Frasaortes. Alejandro no lo había confirmado nunca en su puesto ni tampoco se había comunicado con él (Arr., VI, 29, 2). Orxines hizo declaraciones de sumisión en cuanto el rey se acercó a Pérsida, pero pronto fue acusado de complicidad en la profanación de la tumba de Ciro y fue ejecutado. La usurpación del poder no podía perdonarse, aunque el castigo no se infligiera por ese concepto. En otros lugares se produjeron acciones similares. En Carmania, Astaspes fue acusado de tramar una revolución mientras Alejandro estaba en la India (Curcio, IX, 10, 21), y Abulites y su hijo quizá también estaban en el

²¹ Documentación en Badian (1961), p. 17; no obstante, véase Higgins (1980), pp. 140-152.

mismo caso: Arriano (VII, 4, 2) da a entender que su mala conducta estaba alentada por la idea de que Alejandro nunca volvería.

Es posible que le llegara al rey alguna advertencia sobre los problemas de la insubordinación de los sátrapas ya en el año 325, cuando Tiriaspes, acusado de mal gobierno en Parapamísada, fue depuesto de su cargo y ejecutado (Arr., VI, 15, 3; Curcio, IX, 8, 9). Su sucesor fue el propio suegro de Alejandro, Oxiartes, cuya lealtad, dadas las circunstancias, era irreprochable. Alejandro había tomado medidas drásticas contra la insubordinación en el este y siguió con el proceso en el oeste cuando encontró pruebas de que se burlaba su autoridad. Como resultado, los sátrapas iraníes desaparecieron casi por completo. Los únicos supervivientes, además de Oxiartes, fueron Atrópates en Media y Fratafernes en Partia, que habían demostrado su lealtad deteniendo insurgentes y entregándolos a la justicia. Sus sucesores fueron macedonios. En Pérsida fue Peucestas quien se puso al frente de la satrapía, y Alejandro lo alentó vivamente a que aprendiera persa y asimilara las *mores* del país; y en Carmania fue Tlepólemo, que tenía años de experiencia como supervisor militar en Partia, donde había colaborado estrechamente con Fratafernes. Alejandro los escogió con sumo cuidado para que gobernaran con eficacia y lealtad, y la escasa posibilidad de que provocaran algún incidente fue reducida todavía más por el edicto general para licenciar todos los ejércitos de las satrapías (Diod., XVII, 111, 1).

La única acción de castigo contra los comandantes macedonios fue la ejecución de los generales de Media. Cleandro y Sitalces (y probablemente Agatón) fueron sometidos a juicio cuando se encontraron con Alejandro en Carmania, acusados de sacrilegio y de opresión por sus súbditos, y de inmediato fueron sentenciados a muerte. Heracón fue indultado por el momento, pero más tarde fue condenado por delitos similares en Susa (su competencia militar se había extendido de modo evidente más allá de la satrapía en la que estaba instalado). Este asunto es un verdadero misterio²². Arriano (VI, 27, 4) y Curcio (X, 1, 1-9) coinciden en que se trataba de un caso de mal gobierno, pero los oficiales de Media no tenían el monopolio en este tema. La insubordinación fue, una vez más, un factor importante. Los culpables se habían comportado como monarcas semiindependientes, como si no fueran responsables ante nadie (cfr. Curcio, X, 1, 7). Al mismo tiempo, su ejecución fue bien recibida por el ejército. Habían estado muy involucrados en el asesinato de Parmenión y ahora estaban expiando sus culpas. Ahora se les rechazaba, mientras que el sátrapa iraní de Media, que había dado muestras de falta de lealtad hacia sus compatriotas, retuvo su puesto con felicitaciones. Como de cos-

²² Cfr. Badian (1961), pp. 20-25; Bosworth (1971b), p. 124.

tumbre, las acciones de Alejandro estaban determinadas por consideraciones a corto plazo. Resulta difícil vislumbrar una política permanente tras la exigencia básica de que las satrapías, una vez conquistadas, se mantuvieran en paz con el mínimo gasto de hombres y de que se le reconociera como rey de modo universal e incondicional.

ADMINISTRACIÓN FINANCIERA

En términos generales, Alejandro aceptó el sistema fiscal Aqueménida tal como lo encontró. Bajo Alejandro, los sátrapas eran en gran medida responsables de la recaudación de impuestos, tal como lo habían sido antes. Utilizaban los ingresos para pagar sus gastos habituales y enviaban lo que sobraba (si sobraba algo) a los depósitos centrales. La recaudación habría permanecido en manos de los funcionarios locales, según indican los datos de Egipto, donde los 42 nomarcos siguieron obteniendo tributos locales y entregándolos a la autoridad central (Arr., III, 5, 5). Alejandro no se preocupaba por los pagos regulares de los tributos. Confiaba en la afluencia periódica de lingotes de metales preciosos para financiar los gastos de sus campañas y recurría con prodigalidad a las reservas acumuladas que había descubierto en Sardes, Damasco, Susa y, sobre todo, en Persépolis. Al final, en Ecbatana había más de 180.000 talentos acumulados²³, una cantidad colosal que liberaba a Alejandro de las limitaciones de un presupuesto. Los excedentes de las provincias no eran vitales para él y bien podría haber aceptado que los gastaran los sátrapas, ya que casi todos ellos estaban acosados de modo intermitente por la guerra y la rebelión, y tenían ejércitos permanentes que mantener y que pagar.

En la mayoría de los casos, el sátrapa estaba al frente de la organización fiscal, pero en algunos lugares aparecen otros funcionarios con responsabilidades tributarias en las satrapías más grandes. En Lidia, un griego llamado Nicias estaba al frente «del gravamen y la recaudación de los tributos» (Arr., I, 17, 7)²⁴. No aparece mencionado como subordinado del sátrapa pero, por otra parte, no tenía efectivos militares separados y dependería del sátrapa de modo inevitable si surgía alguna resistencia a sus actividades fiscales. Era un nombramiento lógico, dada la complejidad y diversidad de la satrapía de Lidia, y dado el hecho de que el sátrapa Asandro pronto estaría combatiendo en la guerra del Egeo. La compleja tarea de controlar las obligaciones fiscales de las comunidades lidias, fueran de colonos bárbaros en

²³ Estrabón, 731; cfr. Diod., XVII, 80, 3; Justino, XII, 1, 3. Es difícil reducir las cifras que mencionan las fuentes a un esquema coherente; cfr. Bellinger (1963), pp. 68-70; Bosworth (1980a), p. 330.

²⁴ Bosworth (1980a), p. 130; *contra* Griffith (1964), pp. 25-30; Wirth (1972).

tierras reales o en las ciudades helénicas, quedaba en manos de otro funcionario. Lo mismo sucedía con la rica satrapía central de Babilonia, que también tenía un encargado especial para gestionar sus impuestos: Asclepiodoro, hijo de Filón (Arr., III, 16, 4) y aquí también la complejidad financiera de la provincia justificaba este nombramiento adicional. Otras zonas clave también tenían supervisores financieros. El tributo de las ciudades fenicias estaba bajo el mando del macedonio Cerano de Berea; y, tal como hemos visto, el control de Cleómenes sobre los tributos del Alto y Bajo Egipto lo convirtió, de modo inevitable, en el hombre más influyente de la satrapía. Existe un posible paralelo en el nombramiento de Filóxeno en el sudoeste de Asia Menor. Se le encargó recaudar los tributos «de esta zona del Tauro» (Arr., III, 6, 4), una descripción tremendamente vaga que, por lo menos, correspondía a la gestión del tributo en varias satrapías de Asia Menor. En el año 331, los comandantes de Frigia y de Caria en particular habían estado muy ocupados con las guerras de los dos años anteriores y poco tiempo habrían tenido para dedicar a la administración fiscal de sus áreas. Se produciría también una importante reorganización posbélica y sería razonable delegar en un solo funcionario la tarea de coordinar las finanzas de las satrapías más apremiadas. En ese caso, las amplias competencias de Filóxeno lo convirtieron en uno de los hombres más influyentes del subcontinente, y no resulta sorprendente encontrarse con que sucedió a la anciana princesa Ada como sátrapa de Caria²⁵. Sus amplios poderes hicieron que resultara natural que asumiera las funciones de sátrapa hasta que Alejandro lo confirmó en su puesto.

El corazón financiero del imperio comprendía las capitales reales: Babilonia, Susa, Ecbatana y Persépolis. Allí se encontraban las reservas del Imperio persa, que Alejandro había intentado concentrar, en un principio, en la ciudadela de Ecbatana bajo el control de su principal tesorero, Hárpal, hijo de Mácata (Arr., III, 19, 7). Durante el verano del año 330, Hárpal quedó separado de la corte y durante los cinco años siguientes actuó como tesorero central del Imperio. La sede de su administración parece haber estado en Babilonia, donde instaló a su amante ateniense, Pitonice; pero su influencia llegó hasta puntos tan lejanos como Tarso y Roso en la costa oriental del Mediterráneo, y su enemigo Teopompo lo acusó de comportarse como un rey por derecho propio (*FGrH* 115 F 253-254). Sus competencias se extendían sobre las provincias centrales del Imperio y abarcaban algo más que las simples finanzas: se dice que los 7.000 mercenarios que se sumaron a Alejandro en la India los había enviado él (Curcio, IX, 3, 21). Debido a la escasez de pruebas, no podemos definir los límites de su autoridad y valorar hasta qué punto el rey aprobaba su poder de facto, pero, lo

²⁵ Arr., VII, 23, 1; 24, 1; [Arist.], *Oec.*, 1351b36. Véase Bosworth (1980a), pp. 281-282; *contra* Berve (1926), 2 núms. 793-794; Badian (1966), pp. 56-60.

aprobara o no, su verdadero poder era inmenso. Controló el tesoro real, tuvo cantidades sin precedente a su disposición y, al mismo tiempo, era un viejo amigo del rey y miembro de la antigua casa de los príncipes de Elimiótide. Aquel que se hubiera atrevido a desafiarlo directamente habría sido un hombre valiente. Diodoro (XVII, 108, 4) lo describe como un sátrapa y, aunque no lo fuera exactamente, el término no es inadecuado. No hay duda de que su sucesor, Antímenes de Rodas, tuvo poderes de mando. Su ingenioso sistema de seguro para los esclavos del ejército real implicaba poder dar instrucciones directas a los sátrapas, tanto para recobrar a los evadidos como para reembolsar su valor; y no vaciló en volver a instaurar un diezmo babilónico obsoleto sobre las importaciones para recaudar dinero de los distinguidos embajadores que visitaron la capital durante el último año de Alejandro ([Arist.], *Oec.*, 1352b28-32, 1353a2-4). A diferencia de Hárpalos, Antímenes era relativamente mediocre, pero mantuvo la tarea de Hárpalos de supervisión general de las satrapías centrales. Se diría que no era el grado de autoridad de Hárpalos lo que molestó a Alejandro, sino los aires reales que adoptaba. Como los jefes militares de Media, había actuado como si su rey no fuera a regresar nunca (Diod., XVII, 108, 4) y, en lugar de sufrir el destino de estos, huyó a Europa con un ejército mercenario y 5.000 talentos del tesoro real, todo lo que podía llevar a toda velocidad con su modesto convoy. Su misma distinción había contribuido a su caída y Alejandro se aseguró de que ese error no se repetiría. Su sucesor heredó sus poderes, pero sólo pudo ejercerlos con el apoyo del rey y bajo su mando. Antímenes nunca pudo ser un peón independiente en el juego.

No tenemos pruebas de que los territorios situados al este de los montes Zagros tuvieran un sistema de administración financiera específico. Alejandro encontró allí una economía no monetaria en la que los tributos seguían pagándose en especie: mercancías, ganado y lingotes de metales preciosos. El tributo de los uxios en caballos, bestias de carga y ovejas (Arr., III, 17, 6) pudo haber sido un ejemplo típico de las imposiciones sobre los pueblos dedicados al pastoreo²⁶; y las comunidades agrarias habrían entregado parte de sus productos, los cuales se consumirían en la satrapía de origen en forma de raciones destinadas a los empleados reales²⁷. Estos bienes perecederos no podían transportarse muy lejos, en especial durante el periodo inestable que sucedió a la conquista de Alejandro; las satrapías del este probablemente siguieron siendo entidades económicas separadas, y la tarea de la recaudación de tributos recaería, tal como había sucedido siempre, en el sátrapa.

El monumento conmemorativo permanente de las finanzas de Alejandro es la moneda que acuñó. Tras su subida al trono, inició emisiones

²⁶ Briant (1982a), pp. 57 ss.

²⁷ Lewis (1977), pp. 4 ss.; Hornblower (1982), pp. 155-156.

en su propio nombre en las cecas reales de Pela y Anfípolis. Las famosas tetradracmas con la cabeza de Heracles y el Zeus sentado (antepasado y padre putativo del rey) se emitieron a la par que las estateras de oro con la cabeza de Atenea y una Niké alada para rendir homenaje a la diosa de la guerra de venganza ya las aspiraciones de victoria de Alejandro. Al principio, las emisiones procedían en exclusiva de las cecas de Macedonia²⁸ pero inmediatamente después de Isos se inició la acuñación de monedas reales en todas las cecas de la costa oriental del Mediterráneo, primero en Tarso y después en las cecas sirias y fenicias de Miriandro, Biblos y Sidón. En algunos casos, la acuñación de moneda local cesó. En Sidón, por ejemplo, los siclos dobles acuñados antes de la llegada de Alejandro siguieron en circulación, pero a partir del año 332²⁹, la ciudad produjo las tetradracmas de Alejandro con el monograma de la ciudad (ΣΙ), la única concesión a la autonomía local. Lo mismo sucedió en Chipre, donde los reyes de la ciudad interrumpieron sus emisiones propias (existe un hueco de diez años en las fechas de las monedas de oro de Pumiátón de Citión), y actuaron como productores locales de las monedas reales. No se trató de un acto voluntario, tal como lo demuestra el resurgimiento temporal de las emisiones chipriotas tras la muerte de Alejandro; Nicocles de Pafos, previendo la situación, grabó discretamente su nombre en letras casi invisibles en la melena del león de Heracles³⁰. Sin duda, las principales intenciones de Alejandro eran de carácter político: producir una moneda que abarcara todo el imperio y declarara el carácter universal de su monarquía. Se intentaba disuadir de toda expresión de autonomía local, pero, como de costumbre, no existe un patrón fijo. Las emisiones locales sí continuaron, en cambio en Cilicia y, lo que es más notable, también en Babilonia. Más aún, las emisiones de Bálacro en Cilicia al principio llevaron el nombre completo del sátrapa, siguiendo el precedente de las emisiones de los sátrapas bajo la administración persa. Más tarde pasaron a tener sólo la inicial, cuando Bálacro se vio obligado a actuar como sus vecinos fenicios³¹. Lo mismo sucedió en Babilonia, donde las famosas «estateras» del león llevaron al principio el nombre del sátrapa Maceo, pero más tarde hubo cuatro acuñaciones sin leyenda escrita. Fueran emitidas antes o después de la llegada de Alejandro estas monedas con inscripción (véase, más arriba, p. 274), el efecto último de la intervención del rey fue hacer que la acuñación local fuera anónima.

²⁸ Para los problemas de datación, véanse Bellinger (1963), pp. 3-13, y el debate reciente entre O. H. ZERVOS (1982) y M. J. PRICE (1982). Hay algunos aspectos muy pertinentes en Martin (1985), pp. 122-131.

²⁹ Cfr. NEWELL (1916); Merker (1964); MØRKHOLM (1978), pp. 136-138.

³⁰ Cfr. Mørkholm (1978); *contra* Gesche (1974).

³¹ Von Aulock (1964).

Se siguió fabricando moneda abundantemente: los dobles siclos en Cilia, las estateras del león en Babilonia, junto con las emisiones de daricos de oro. Debió de existir un importante mercado local para todo ello, pero sigue siendo un misterio cuál era el alcance de este mercado. Las acuñaciones de Alejandro, sin embargo, tenían un papel dominante, como una moneda universal que era suya de modo único y explícito.

La acuñación de monedas era una función del rey. La contemporánea *Oeconomica* de Aristóteles (1345b20 ss.) rechaza que la emisión de moneda fuera la cuestión fundamental en la economía real, que se distingue de modo explícito de la administración de los sátrapas. Sin embargo, Alejandro no pudo tener mucho que ver con la producción de monedas, en especial durante el periodo comprendido entre los años 330-324, cuando se encontraba en el este, lejos de sus cecas, ya que no había ninguna al este de Zagros³². Debió de ser el tesorero real, Hárpalos, quien supervisara la acuñación en el corazón del imperio. Sus últimas residencias comprobadas, Tarso y Babilonia, fueron centros emisores, y el gran tesoro de lingotes procedente de Susa y de Persépolis estaba bajo su mando, así como su distribución y transformación en moneda. En Fenicia, Cerano pudo estar al frente de tareas similares. La contribución del rey consistía en proporcionar la demanda: solicitaba monedas, incluso cuando estaba en la India, y resulta evidente que la abastecían en abundancia (Plut., *Al.*, 59, 5; Curcio, VIII, 12, 16). Otra pregunta que queda sin respuesta es el modo en que se mantenía este suministro. El único convoy enviado por Hárpalos del que tenemos noticia no parece que llevara moneda (Curcio, IX, 3, 21; cfr. Diod., XVII, 95, 4), y se podría pensar que el transporte de dinero por la meseta iraní habría sido una tarea muy difícil y costosa. El hecho es que durante la mayor parte de su reinado Alejandro estuvo alejado de sus centros de acuñación, en especial de Anfípolis, que produjo la mayor parte de las monedas durante los primeros años de la campaña, por la que el efecto del rey sobre la producción fue indirecto. Su supervisión personal era, por lo tanto, mínima, y sus tesoreros, en especial Hárpalos, tenían gran libertad de acción. El poder del que disfrutaban era proporcional a los fondos que gastaban, y debieron de ser unos de los personajes más poderosos del imperio. Es lamentable que queden tan pocos datos directos para poner en claro su papel.

LAS NUEVAS FUNDACIONES

Nadie ha superado la reputación de Alejandro como fundador de ciudades. En un pasaje famoso, Plutarco (*Mor.*, 328E) le atribuye la fun-

³² Bellinger (1963), pp. 70-77.

dación de 70 ciudades entre los pueblos bárbaros, las cuales llevaron civilización y cultura a los extremos más salvajes de Asia: esta es una buena muestra del chovinismo helénico, pero está totalmente alejada de la realidad. La fundación de ciudades era un corolario necesario de la conquista para situar guarniciones extranjeras permanentes en un territorio inquieto, y, como en el caso de las *coloniae* del mundo romano, se concebían como *propugnacula imperii*.

La actividad de Alejandro en este campo empezó temprano, en el año 340 a. de J.C., cuando suprimió un levantamiento entre los medios del valle del alto Estrimón e introdujo nuevos habitantes en su principal centro de población³³. Esta acción tomaba como modelo la actuación de Filipo en Tracia, donde la población local fue mantenida a raya por inmigrantes procedentes del sur de Grecia, los cuales fueron establecidos en emplazamientos ricos y estratégicos como Filipópolis (Plovdiv). Entre los medios también habría una guarnición, de cuyo emplazamiento habrían expulsado a los antiguos habitantes nativos para ocuparlo con una población inmigrante heterogénea. Ese era, de modo explícito, un centro de guarnición y recibió el nombre del joven príncipe (Alejandrópolis, por analogía con Filipópolis), fuera por gracia de su padre o por su propia voluntad cuando accedió al trono. Alejandrópolis fue la primera ciudad fundada por Alejandro y la última durante casi diez años. No tenemos pruebas de que sucediera nada similar durante la primera parte de la campaña de Asia. Las Alejandrías de que se guarda constancia más tarde en Asia Menor y en el Oriente Próximo, en particular Alejandría junto al Latmos y Alejandría junto a Isos, probablemente son fundaciones póstumas hechas por los Sucesores³⁴, tal como se sabe que fue el caso de Alejandría en la Tróade, fundada de nuevo por Lisímaco en un sinecismo anterior de Antígono (Estrabón, 593). Algo parecido a una nueva fundación se produjo tras los sitios de Tiro y Gaza. Ambas ciudades fueron repobladas con periecos nativos que permanecieron bajo la supervisión de una guarnición macedonia³⁵ y sirvieron como centros de control regional, al igual que los asentamientos de Filipo entre los tracios. Pero los soldados europeos de las guarniciones no se consideraban pobladores permanentes y las ciudades siguieron siendo comunidades claramente semíticas.

La primera fundación nueva del reinado fue, probablemente, Alejandría en Egipto. En este caso, Alejandro estableció una ciudad totalmente nueva en el emplazamiento de una instalación portuaria en Racotis³⁶ y él

³³ Plut., *Al.*, 9, 1. Cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 557-559; *contra* Tarn (1948), pp. 2 y 248-249; Hamilton (1969), p. 23.

³⁴ Cfr. Errington (1976), pp. 162-168; Hornblower (1982), p. 314.

³⁵ Arr., II, 27, 7 (Gaza); Curcio, IV, 5, 9 (Tiro). Cfr. Bosworth (1980a), pp. 256-260.

³⁶ Fraser (1972), pp. 1 y 5-7; 2 y 4-10; CAVENAILE (1972); Jähne (1981), pp. 68-72.

mismo trazó el plano con la ayuda del famoso arquitecto Dinócrates de Rodas. Esta sería una fundación fundamentalmente griega, tal como Alejandro había previsto al escoger personalmente el emplazamiento de un ágora y un templo destinado a dioses predominantemente helénicos (Arr., III, 1, 5). Desde el principio, la población nativa egipcia formó una subclase no privilegiada, ligada a la nueva fundación por sinecismo a partir de otros centros, en especial Canope³⁷. Por lo que sabemos, no hubo ningún destacamento de tropas del ejército de Alejandro. Los colonos griegos que allí había habrían acudido desde su lugar de origen, y su número se incrementó con los residentes helénicos de Egipto y Cirenaica³⁸. La ausencia de un componente militar propio sugiere que el primer objetivo de la fundación no era militar. En lugar de ello, las fuentes insisten en la magnificencia de su emplazamiento, en el istmo entre el Mediterráneo y el lago Mareotis, muy bien situado para el comercio con el interior, agraciado con un clima muy salubre y rodeado de tierras ricas para la agricultura. La nueva ciudad añadía un puerto seguro a la inhóspita costa de Egipto y la puerta de entrada a la satrapía se convirtió en un baluarte griego. Quizá parte de la iniciativa para la fundación procedió de los griegos residentes en Egipto. Es poco probable que Alejandro diera con el lugar del modo casual que sugieren las fuentes, en un viaje en barco por el Mareotis (Arr., III, I, 5; Curcio, IV, 8, 1-2); es probable que se lo aconsejaron los griegos del lugar, deseosos de que se fundara una nueva ciudad favorecida en la que ellos tendrían el papel dominante. El propio Alejandro tenía fuertes motivos personales para fundar una Alejandría que superara al Filipo fundado por su padre y, según parece, puso un gran interés personal en su desarrollo (Arr., VII, 23, 7); no tenemos constancia de que prestara una atención semejante a ninguna de las otras fundaciones del este. El deseo de gloria de Alejandro y, en este caso, de que lo honraran a perpetuidad como fundador, pudo ser el factor fundamental. El potencial del emplazamiento para el comercio, que, sin duda, gravitaba sobre las cabezas de sus consejeros, era una consideración muy secundaria para él.

Los nuevos casos de fundación de ciudades tuvieron lugar en el año 330, cuando Alejandro estaba haciendo campaña en el centro del Irán. El factor desencadenante fue la autoproclamación de Beso como Artajerjes V y la consiguiente oleada de insurrecciones por todas las satrapías del este. La primera ciudad que se fundó sería, probablemente, Alejandría en Aria (la actual Herat)³⁹, fundada tras la rebelión de Satibarzanes. Después vino Alejandría en Aracosia (¿Kandahar?)⁴⁰, quizá fundada en los primeros

³⁷ Curcio, IV, 8, 5; [Arist.], *Oec.*, 1352a29 ss.; cfr. Ateneo, I, 33D.

³⁸ Fraser (1972), pp. 1 y 63-65.

³⁹ TSCHERIKOWER (1927), p. 102; Bosworth (1980a), pp. 356-357.

⁴⁰ Fisher (1967), p. 132 ss.; Fraser (1979-1980).

meses del 329, durante la marcha de Alejandro remontando el valle del Helmand. Estas fueron fundaciones nuevas como contrapartida de los viejos centros nativos de Artacoana en Aria y de la anterior capital de Aracosia, y fueron introducidas como nuevos puntos para dotar de guarniciones al territorio conquistado. La única evidencia explícita que tenemos se refiere a Alejandría en el Cáucaso (Begram), en la confluencia del Gorband y el Panjshir, en el Hindu Kush central. Allí Alejandro estableció una ciudad con un núcleo de 3.000 colonos grecomacedonios, soldados que ya no eran aptos para el servicio y voluntarios de entre los mercenarios, junto con 7.000 miembros de la población local. Esta mezcla se repetiría: un núcleo de griegos que comprendía, por la menos en parte, a un grupo de veteranos, y una reserva de gentes indígenas para que trabajaran el interior rural. Si los europeos debían hacer las funciones de guarnición de un modo eficaz, necesitaban suficientes cultivos como para permitirles proseguir con su tarea militar. Alejandro ampliaría más tarde la colonia y añadiría más soldados licenciados y más gentes nativas procedentes del territorio circundante (Arr., IV, 22, 5). Este lugar se convirtió en un formidable bastión del imperio. Estaba situado en el cruce de caminos del Hindu Kush, con una población europea integrada por varios miles de personas y un núcleo de población rural mucho más numeroso que suministraba el excedente que les permitía seguir empuñando las armas.

Sogdiana constituye un ejemplo claro. Alejandro decidió establecer aquí una nueva fundación junto al río Jaxartes como punto defensivo para rechazar las incursiones de los nómadas y también, sospechamos, para contrarrestar la gran fortaleza establecida por Ciro a unos 40 km al este⁴¹. Mientras Alejandro seguía pendiente de la ciudad, la revuelta estalló en toda Bactria y Sogdiana. Alejandro respondió con una masacre y la venta masiva de los prisioneros como esclavos, y destruyó los principales centros de resistencia, incluida Cirópolis. Allí se concentró un gran número de esclavos a los que Alejandro «liberó» para proporcionar habitantes rurales a la nueva fundación y los asentó junto a un núcleo de mercenarios y veteranos macedonios licenciados⁴². Alejandro puso a todo el ejército a trabajar en la tarea de construcción básica y se dice que terminó el círculo de las murallas al cabo de diecisiete días (Curcio, VII, 6, 25; Justino, XII, 5, 12). Esta fundación, llamada Alejandría Escate (la actual Leninabad), sería el modelo de fundación seguido durante los años siguientes, mientras continuaron las revueltas locales. En el año 328, Alejandro estableció una tra-

⁴¹ Arr., IV, 1, 3. Para Cirópolis, véanse Arr., IV, 2, 2; Curcio, VII, 6, 6, con BENVENISTE (1943-1945).

⁴² Curcio, VII, 6, 27; Justino, XII, 5, 12; *contra* Arr., IV, 4, 1. Cfr. Briant (1982b), pp. 244-247.

ma de seis ciudades situadas al norte del Oxo, emplazadas en lugares elevados y separadas por distancias moderadas. Poco tiempo después, recibieron como refuerzo prisioneros de guerra nativos capturados durante el sitio de la roca de Arimazes y cedidos a las nuevas fundaciones como siervos para cultivar el campo⁴³. Una vez más, las nuevas ciudades eran, en esencia, guarniciones y su subsistencia quedaba asegurada por los miembros de la población nativa trasladados. Su núcleo, según Curcio Rufo (VII, 10, 15), fue un importante centro local que él llama Margiana. La tierra estaba ya cultivada y los conquistadores sólo tenían que apropiársela. Las excavaciones francesas alrededor de Al Janum, probablemente el emplazamiento de Alejandría del Oxo, ilustran muy bien el proceso. Allí, la ciudad nueva se estableció en la llanura del río Kokcha, irrigada por una red de canales, de entre los cuales el principal conducto (el Rud-i Sharavan) estaba ya hecho. Los nuevos colonos extendieron la red existente, pero resulta evidente que encontraron una zona ya floreciente, sometida a cultivos intensivos⁴⁴. La ciudad propiamente dicha era un injerto griego, que contaba con un gimnasio y un teatro, donde vivía tan sólo la población griega y sólo en la acrópolis (por la que parece) hay restos de un asentamiento Aqueménida anterior⁴⁵. Nada podía demostrar de un modo más gráfico que la nueva fundación era parásita de la población rural, que se vio forzada a soportar un enclave griego impuesto.

No tenemos indicios de cuántas ciudades se establecieron en Bactria y en Sogdiana, pero no cabe duda de que fueron numerosas y que, combinadas con las guarniciones de las ciudadelas nativas y el ejército de ocupación de los sátrapas, supusieron una concentración de colonos europeos sin paralelo en otro lugar del imperio. Alejandro había diezmado, alterado y trasladado la población nativa, y le había añadido una fuerza extranjera muy numerosa. Este esquema se repitió en una escala menor en la India. En el valle del Cofén hubo, por lo menos, una fundación: el centro nativo de Arigeo se repobló con la mezcla habitual de veteranos y nativos (Arr., IV, 24, 7), y los principales baluartes se ocuparon con guarniciones. El mayor trabajo de fundación de Alejandro se llevó a cabo en la llanura del Indo. Las ciudades gemelas, Nicea y Bucéfala, se establecieron en orillas opuestas del Hidaspes, teóricamente para conmemorar las victorias de Alejandro pero, en la práctica, como defensas de la frontera del imperio después de que las regiones del este hubieran sido

⁴³ Curcio, VII, 10, 15; 11, 29; Arr., IV, 16, 3. Para la identificación de estos lugares, véase Bosworth (1981), pp. 23-29; no tienen nada que ver con ninguna fundación de la provincia de Margiana (Merv), como se da por sentado normalmente (cfr. Tschirikower [1927], p. 105; Berve [1926], pp. 1 y 294; Tarn [1948], pp. 2 y 234-235).

⁴⁴ Cfr. Bernard (1974), pp. 281-287; (1975), pp. 195-197; GARDIN (1980), pp. 498-501.

⁴⁵ P. Bernard, *Fouilles d'Ai-Khanoum*, pp. 69 ss.; (1980a), pp. 435 ss.

cedidas a Poro (véase, más arriba, p. 157). Había también una importante fundación más al sur, que Alejandro había previsto como base naval, en la gran confluencia del Indo con el Acesines⁴⁶. En Sind empezó un proceso similar. Alejandro fortificó algunos de los centros más importantes del delta del Indo y ordenó a sus oficiales que los poblaran con habitantes nuevos. La principal ciudad nativa, Pátala, fue evacuada ante su avance y tuvo que persuadir a la población para que regresara con promesas de que podría volver a trabajar la tierra⁴⁷. Alejandro necesitaba a los agricultores nativos para abastecer a su ejército y, en este caso, estaba dispuesto a ofrecer garantías que aseguraran sus intereses. Eso supuso que Pátala no pudo volver a fundarse con población griega. Con todo, una guarnición ocupó la ciudadela y las nuevas instalaciones para la flota pudieron llegar a ser una nueva ciudad por derecho propio. Esa era, probablemente, la *Xylinepolis* («ciudad de madera») que, según Plinio, fue el punto de partida de Nearco para su viaje por el océano⁴⁸. Pero las fundaciones en el sur de la India se encontraban todavía en un nivel rudimentario cuando Alejandro dejó la región y es probable que no sobrevivieran al viaje de Pitón al noroeste (véase, más arriba, p. 279). Las ciudades que sobrevivieron al reinado se encontraban en la zona norte del Punjab, en el territorio de Taxiles.

Alejandro siguió fundando ciudades mientras regresaba al oeste. En el territorio de los oritas, que lindaba con el lado oeste del delta del Indo, seleccionó al mayor poblado nativo, Rambacia, que volvió a fundar con el nombre de Alejandría, y dejó que Leónato terminara la tarea de asentamiento con población procedente, en parte, del norte de Aracosia⁴⁹. Los miembros de las tribus locales fueron desposeídos y la nueva fundación fue, de modo comprensible, un importante motivo de queja que agudizó su resistencia a la ocupación macedonia. De regreso a Mesopotamia, Alejandro fundó una nueva ciudad en la confluencia del Euleo y el Tigris, otra Alejandría que más tarde se conocería con el nombre de Spasinou Charax. Una vez más, Alejandro utilizó aquí como base para su fundación una comunidad nativa, Durine, que fue disuelta y sus habitantes fueron adjudicados a la nueva ciudad. Aquí también los soldados incapaces de seguir en servicio quedaron como núcleo, en un barrio especial llamado Peleo, en honor a la capital macedonia (Plinio, *NH*, VI, 138). Con

⁴⁶ Arr., VI, 15, 2, 4 (aparece dos veces la reseña de la misma fundación: cfr. Bosworth [1976b], pp. 130-132); Diod., XVII, 102, 4; Curcio, IX, 8, 8.

⁴⁷ Arr., VI, 17, 5-6; cfr. Briant (1982a), pp. 250-252.

⁴⁸ Plinio, *NH* VI, 96 = *FGH* 134F 28 (no mencionan el nombre de Pátala ni Estrabón ni Arriano en sus resúmenes sobre Nearco).

⁴⁹ Arr., VI, 21, 5; 22, 3; cfr. Plinio, *NH* VI, 97; Curcio, IX, 10, 7; Diod., XVII, 104, 8. Cfr. Hamilton (1972).

la excepción de Alejandría en Egipto, este parece haber sido el modelo seguido por las nuevas fundaciones de Alejandro. No cabe duda de que para los habitantes locales suponía una dura prueba e introducía una clase privilegiada extranjera que tenían que mantener con los recursos del territorio. Para los colonos, el panorama no era mucho más prometedor. Eran inmigrantes mal recibidos en un territorio hostil, a miles de kilómetros de los centros de la cultura helénica, con todas las incomodidades de la vida de un pionero. La mayoría eran colonos a la fuerza y sólo se quedaban en su sitio por temor a Alejandro. La falsa noticia de su muerte, aunque fue desmentida enseguida, hizo que 3.000 de ellos iniciaran una larga marcha de regreso al Mediterráneo⁵⁰. Cuando llegó realmente el fin, más de 20.000 se unieron y se encaminaron hacia la costa «por añoranza del modo de vida griego» (Diod., XVIII, 7, 1). Fue necesaria una masacre atroz por parte de las tropas macedonias enviadas desde Babilonia para convencerlos de que su residencia era permanente, y las nuevas ciudades se mantuvieron. Pero no constituían una perspectiva atractiva y el traslado a las satrapías del este era el castigo final que aplicaban los Sucesores de Alejandro (Diod., XVIII, 25, 5). El resultado último de la actividad de Alejandro fue el enorme programa seléucida de fundación de ciudades y la helenización parcial del Oriente Próximo, pero es difícil que Alejandro hubiera previsto este desarrollo. Sus propias fundaciones tenían fines militares e impusieron la presencia de colonos reacios sobre anfitriones todavía más reticentes. Plutarco lo interpretó como una obra de civilización que suavizó la barbarie con el influjo de una cultura superior. A los hombres de la época no les faltarían motivos para pensar que la barbarie procedía del oeste.

LOS GRIEGOS DE ASIA MENOR

Las ciudades griegas de Asia Menor fueron una anomalía en la estructura administrativa. Por una parte, su liberación era un objetivo explícito de la guerra contra Persia (Diod., XVI, 91, 1; XVII, 24, 1) y no era razonable que se les diera el mismo trato que a los súbditos bárbaros de Alejandro. Pero también eran peones que ocupaban un lugar estratégico en una zona de guerra y no se podían dejar totalmente a su aire si existía alguna posibilidad de que se alinearan con los persas o se sometieran a su ocupación. Estaban también sujetas a la suerte de la guerra. Si se resistían a sus libertadores o albergaban a una guarnición persa, aunque fuera de modo involuntario, en caso de que la ciudad fuera tomada por

⁵⁰ Curcio, IX, 7, 1-11; Diod., XVII, 99, 5 (algo mutilado).

asalto se vería sometida a las sanciones habituales. Eso es lo que se desprende claramente del destino de la pequeña comunidad eólica de Grineo, asaltada por Parmenión en el año 335 y reducida a la esclavitud (Diod., XVII, 7, 9). Tebas recibió ese mismo trato aquel año y, como Tebas, Grineo estuvo contaminada por el «medismo». Fue uno de los feudos concedidos a Góngilo de Eretria, compañero de Pausanias en su traición, y tal vez siguió siendo gobernada por sus descendientes⁵¹. El trato drástico que recibió de Parmenión pudo ser, en parte, un castigo por el pasado. Se puede comparar este caso con el de Mileto, asaltada en el año 334. Los ciudadanos se rindieron en el último momento y se postraron ante el rey en actitud suplicante cuando ya les habían abierto una brecha en las murallas, y no sólo se salvaron sino que Alejandro les garantizó la libertad (Arr., I, 19, 6; Diod., XVII, 22, 4-5). En este caso, la libertad podía consistir en poco más que no ser esclavo, pero los milesios, por lo menos, pudieron retener sus propiedades y territorios. La ciudad que Darío había sometido a la esclavitud en el año 494 no podía sufrir el mismo destino en manos del vengador del sacrilegio persa. No obstante, en Halicarnaso, la ciudad propiamente dicha fue destruida parcialmente⁵² y, aunque la población civil no fue masacrada, sin duda se vio reducida a la pobreza y quizá también fuera repartida entre otras comunidades de la península.

En la práctica, la promesa de liberación podía significar muy poco. Una vez expulsados los persas, sus súbditos estaban, por definición, liberados, incluso los miserables habitantes de Halicarnaso o de Lidia, que fueron liberados para pagar el tributo y obedecer a un sátrapa macedonio (Arr., I, 17, 4; 4, 7). Sin embargo, dados sus impulsos magnánimos, sin duda Alejandro habría deseado conceder a todos un grado de libertad compatible con la eficacia militar —y con su propia soberanía—. Pero esta última restricción es importante. Por liberados que estuvieran, los griegos de Asia Menor se encontraban en territorio conquistado y Alejandro no renunció a los derechos de la victoria. Así pues, todos los acuerdos con las ciudades griegas fueron impuestos por el rey. Era él quien escogía gobiernos, decidía el nivel tributario y concedía la autonomía como un obsequio personal. En ningún momento hay el menor indicio de algún tratado bilateral de alianza, ni siquiera de amistad. Alejandro dictaba los términos que quería como déspota y como vencedor, y el proceso era

⁵¹ De STE CROIX (1972), p. 39; Lewis (1977), p. 54. La familia de Damarato residía en los alrededores de Pérgamo y se había unido por varios matrimonios con los gongílidas, sobrevivió en Misia hasta el reinado de Lisímaco (*SIG*³ 381, 584 con HÓMOLLE, *BCH* 20 [1896] pp. 510-512); uno de sus miembros casó con Pitias, hija de Aristóteles (*Sext. Emp., Adv. math.*, 1, 258).

⁵² Bosworth (1980a), p. 151; Hornblower (1982), pp. 102-103.

unilateral por completo. Los tratados formales parecen haber estado reservados a los pueblos situados más allá del imperio propiamente dicho, como los «escitas europeos» y los corasmios (Arr., IV, 15, 2-4), o las comunidades griegas de Cirene (Diod., XVII, 49, 3; Curcio, IV, 7, 9). En el interior del imperio, la diplomacia partía de la base de la desigualdad, tal como descubrieron los habitantes de la ciudad griega de Fasélide cuando enviaron una embajada a Alejandro y solicitaron su amistad (invierno del 334/333). La categórica respuesta de Alejandro fue enviar a unos oficiales para pedir la rendición de la ciudad (Arr., I, 14, 5-6). No sabemos a qué acuerdo se llegaría después de esto pero, sin duda, fue una decisión personal del rey. Al margen de lo que los habitantes de Fasélide consideraran que representaba su embajada, el rey la tomó como un gesto de sumisión.

Las condiciones de conquista permitían una gran variación en el trato dado a cada una de las ciudades. Ilión, respaldada por los lazos ancestrales que la unían a la casa real Molosa, pudo gozar del favor de Alejandro y fue dotada con nuevos edificios públicos y declarada libre y exenta de tributos (Estrabón, 593). En cambio, Zelea, que había sido utilizada como base persa para la batalla del Gránico, tuvo que hacer frente a acusaciones de medismo y tuvo suerte al no recibir castigo (Arr., I, 17, 2). En Éfeso, la situación era compleja⁵³. La ciudad era presa de la agitación entre facciones. Había sido «liberada» durante el reinado de Filipo, probablemente tras la primera ofensiva de Parmenión en el verano del año 336 pero, a continuación, cayó en manos de Memnón, invitado por la facción de Sirfax y su familia. El resultado fue el exilio masivo de los simpatizantes de Macedonia y un gobierno estricto y oligárquico. Ante la proximidad de Alejandro, la guarnición mercenaria se retiró y el rey devolvió a su puesto a sus partidarios que se encontraban en el exilio. El pueblo linchó a los principales oligarcas, hasta que Alejandro insistió en la amnistía y su gobierno fue sustituido por una democracia. El conquistador había impuesto su voluntad y el pueblo efesio cooperó con entusiasmo. Sirfax pudo ser verdaderamente impopular pero, además, era prudente dar muestras de lealtad a Alejandro mediante acciones extremas contra sus supuestos crímenes y dejar que fuera el rey quien indicara los límites aceptables de la venganza. Éfeso quedó con una democracia, pero una democracia dominada por los partidarios de Macedonia. También mejoró desde un punto de vista económico. Alejandro había renunciado al tributo que antes se pagaba a la administración persa y lo había cedido al gran templo de la ciudad dedicado a Ártemis. Nada se dice de la ocupación militar de la ciudad pero es casi inconcebible que en el verano del

⁵³ Arr., I, 17, 10-12. Sobre estos hechos, véanse Badian (1966), p. 47; Heisserer (1980), pp. 58-59.

año 334 una posición estratégica como aquella pudiera permanecer sin una guarnición frente a la flota persa que se acercaba rápidamente.

Desde Éfeso, Alejandro envió a un oficial superior, Alcímaco, hijo de Agatocles, para que actuara en las zonas de Eólida y de Jonia, todavía bajo ocupación persa, con la orden de sustituir las oligarquías por democracias, volver a instaurar la autonomía y remitir el tributo impuesto por los persas (Arr., I, 18, 2). Esto era, en parte, respuesta a la situación militar, un gesto para ganarse a las ciudades de la costa situada más al norte (en especial, podríamos sospechar, Cime y la península de Eritras) que, de otro modo, serían ocupadas por la flota persa. La remisión del tributo era un camino obvio para atraerse partidarios, igual que la promesa de autonomía. La instauración de la democracia era también una necesidad política. Las oligarquías dominantes estaban lejos de ser populares. En particular, la costa comprendida entre Atarneo y Aso, que había sido el principado de Hermias, había caído en manos persas en el año 342, y los gobernadores impuestos por Mentor de Rodas (cfr. [Arist.], *Oec.*, 1351a32-38; Diod., XVI, 52, 6-7) habían sido especialmente mal recibidos. Probablemente, hubo pocas objeciones locales a la democracia. En cambio, es más difícil saber lo que significaba la promesa de autonomía. Arriano habla sólo de restablecimiento de las leyes particulares de cada ciudad, implicando que se había producido un periodo de usurpación bajo el gobierno persa durante el cual el adecuado imperio de la ley se había pasado por alto. Lo más probable es que Arriano esté pensando en la legislación que decreta la democracia, que Alejandro consideraba, o decía considerar, como la constitución original de los griegos asiáticos. En Amiso, en la costa pónica, impuso la democracia por decreto y afirmó que esa era la tradición política ancestral de la ciudad (App., *Mithr.*, 8, 24; 83, 374); de la misma manera, la democracia podía aparecer como el gobierno natural para las ciudades jónicas que tenían a Atenas como antepasado común. La nueva legislación y los nuevos gobiernos podían pasar por un restablecimiento del pasado. Se pretendía que las ciudades fueran autónomas, y Eritras y Colofón, ambas en el campo de operación de Alcímaco, más tarde alardearían de la libertad que les habían otorgado Alejandro y Antígono. Los habitantes de Eritras hablaban de modo explícito de autonomía y exención del tributo⁵⁴. Pero, en ambos contextos, las ciudades están solicitando favores a dirigentes posteriores y les interesaba sacar el máximo partido del acuerdo de Alejandro. En la situación de guerra del año 334, su autonomía estaba necesariamente restringida, y no sólo por la imposición de guarniciones protectoras que podían ser denunciadas por los críticos hostiles como una violación de la autonomía

⁵⁴ OGIS 223, línea 22 (Eritras); *AJP* 56 (1925) 361 (Colofón).

(cfr. Diod., XX, 19, 3) pero que Alejandro podía presentar como el baluarte de su libertad recién ganada.

Desde Mileto, Alejandro se desplazó hacia el sur a través de Caria, granjeándose la amistad de la gente con su generosidad. Las ciudades griegas que se encontró en el camino a Halicarnaso fueron objeto del mismo trato que sus hermanas de Jonia y recibieron autonomía y exención del tributo (Diod., XVII, 24, 1). En Yaso, aparentemente, la democracia había sobrevivido, incluso bajo el gobierno Hecatófinida (SIG³ 169; Hornblower [1982], pp. 112 ss.). Alejandro la confirmó. Tenemos datos en relación con el *demos* en el momento de recibir algún territorio disputado (el «pequeño mar») de manos del rey, gracias a la intercesión de dos de sus magnates, los hermanos Gorgo y Minión, que habían conseguido la confianza y el favor del rey y controlaban de modo evidente la suerte de la democrática Yaso (Tod, GHI núm. 190 = Heisserer [1980], p. 173). No podemos saber hasta qué punto Alejandro intervino en el gobierno de la ciudad ni si introdujo una guarnición para garantizar que seguía siéndole leal. Existe información precisa sólo en relación con una comunidad, la ciudad de Priene, refundada en fechas recientes por los Hecatófinidas, si es que no la fundó el mismo Alejandro⁵⁵. No tenemos testimonios literarios de la presencia del rey, pero los registros epigráficos son impresionantes. Alejandro patrocinó el nuevo templo de Atenea Políade que, en su momento, se dedicó en su nombre. Era algo muy natural. Atenea era la diosa tutelar de la cruzada de Alejandro y le había rendido honores en Atenas y en Ilión, y fue objeto de su generosidad en Priene, donde los ciudadanos, a diferencia de los efesios, no tuvieron reparos en inscribir el nombre de Alejandro como promotor de la dedicación (véase, más adelante, p. 340). Más importante es la inscripción fragmentaria y defectuosa que registra parte del detallado trato que Alejandro otorgó a la ciudad (Tod, GHI núm. 185 = Heisserer [1980], p. 146). Probablemente, las normas se fijaron en el año 334, mientras Alejandro estaba presente en la costa oeste⁵⁶, ya que afectan a la situación de Priene de un modo fundamental y establecen qué parte de su territorio debe ser tierra real y qué parte autónoma. No parecen revisiones retrospectivas. En primer lugar, los ciudadanos de Priene que residían en la ciudad donde estaba el puerto, llamada Nauloco, son declarados libres y autónomos, en plena posesión de cualquier propiedad que tuvieran en la ciudad o el campo. Apa-

⁵⁵ Para la datación en el reinado de Alejandro, véanse Van Berchem (1970), Hornblower (1982), pp. 323-330; para datación de los Hecatómnidas, véase Heisserer (1980), pp. 157-162, a partir de H. von GAERTRINGEN, *Insch. Priene* xi.

⁵⁶ *Contra* Badian (1966), pp. 47-48; Heisserer (1980), pp. 161-162. La inscripción parece posterior, parte de un archivo o documentos afines establecidos durante el reinado de Lisímaco (Sherwin-White [1985]).

recen comparados con otro grupo que no procedía de Priene y cuya autonomía se habría restringido de algún modo (los detalles se han perdido debido a una laguna en el texto). A continuación, Alejandro se adjudica algunos pueblos del interior que declara sometidos al tributo regular (*phoroi*). Probablemente, estos habían sido anexionados como dominios reales durante la administración persa y Alejandro perpetuó esa situación, insistiendo en las obligaciones fiscales previas. La ciudad de Priene quedó exenta de la *syntaxis*⁵⁷. Esta expresión no se encuentra en otros lugares durante el reinado de Alejandro, pero denota con claridad algún tipo de pago que no era un tributo exactamente. Con frecuencia se ha comparado con la *syntaxis* impuesta sobre los aliados de Atenas durante la segunda confederación, y el término habría sido escogido de modo deliberado como un eufemismo, equivalente a la palabra tributo. La analogía puede ser correcta, pero sería erróneo acusar a Alejandro de una cínica manipulación semántica. Las contribuciones originales (*syntaxeis*) de la confederación ateniense parecen haber sido impuestos irregulares con objetivos específicos y no eran impuestos anuales⁵⁸, y la *syntaxis* de Alejandro pudo tener una intención similar: un impuesto sobre las ciudades griegas para ayudar a cubrir los gastos de la campaña. En ese caso, anticipaba la práctica selúcida posterior de imponer exacciones especiales, añadidas al tributo regular, para guerras concretas⁵⁹. Sin duda, Priene quedó exenta de toda exacción económica (no se le impuso tributo), pero el tono de la inscripción sugiere que la *syntaxis* era casi general en otros lugares. Otras ciudades pudieron quedar dispensadas del tributo, pero no pudieron evitar una contribución a la guerra de liberación. Sin embargo, Priene quedó al margen de cualquier tipo de impuesto, se le garantizó la libertad y a sus ciudadanos se les concedieron derechos exclusivos de residencia en Nauloco o bien una posición privilegiada allí mismo, con la garantía de que así se le negaba otra base a la flota persa⁶⁰. Impusiera o no Alejandro

⁵⁷ τῆς δὲ συντάξεως ἀφίημι τὴν Πριηνέω πόλιν. Deducimos que el artículo definido se refiere a una *syntaxis* impuesta de modo general, no a un impuesto específico impuesto en Priene tiempo atrás (del mismo modo que Badian [1966], p. 48). Sherwin-White (1985), p. 85, argumenta que el término es sinónimo de *phoros* y se utiliza aquí para dar variación, por motivos estilísticos.

⁵⁸ Accame (1941), p. 132.

⁵⁹ HERRMANN (1965), p. 104; Rosworth (1980a), pp. 166 y 281; GIOVANNINI (1983).

⁶⁰ No se conoce la situación posterior de Nauloco. La inscripción *thearodokos* argiva de ca. 330 (BCH 90 [1966] 157, 11, línea 10) menciona Nauloco más que Priene como ciudad anfitriona; pero debemos deducir que la invitación a los juegos se dio en el puerto y más tarde se transmitió a Priene, de modo que los enviados no perdieran tiempo viajando al interior. Del mismo modo, también aparece Notio y no la ciudad interior de Colofón (11, línea 7). En cualquier caso, la inscripción indica que Nauloco formaba parte del Estado de Priene. Si hubiera sido totalmente independiente, Priene habría tenido una entrada separada. Véase ahora Sherwin-White (1985), pp. 88-89.

una guarnición (se menciona una en la lápida, pero se ha perdido el contexto), el puerto estaría en manos amigas. Este era un acuerdo generoso, la población de Priene la reconoció como tal y proclamó su autonomía en una fórmula regular que aparecía en los decretos emitidos tras la liberación; con todo, era un acuerdo dictado e impuesto por Alejandro. La ciudad podía perder sus privilegios con tanta facilidad como los había ganado si así la decidía el conquistador.

El principal ejemplo de un cambio de situación lo encontramos en el caso de Aspendo, en Panfilia. El grado de helenismo del lugar ha sido cuestionado en los últimos años, pero no cabe duda de que Alejandro consideraba que se trataba de una ciudad griega. No parece haber habido ninguna duda sobre los orígenes eólicos de la población de Side, caída en la barbarie (cfr. Arr., I, 26, 4). A los habitantes de Aspendo, que, por lo menos, utilizaban un dialecto reconocible como griego⁶¹, se les garantizaron derechos de ciudadanía en Argos hacia finales del siglo IV, como parientes y (tal vez) colonos, y a las gentes de la ciudad cilicia de Solos, que también proclamaban sus orígenes argivos, se les dio acceso privilegiado a la asamblea⁶². No cabe duda de que se las consideraba comunidades helénicas y Alejandro las habría tratado como tales, como hizo con la población de Malo, cuyos orígenes argivos inspiraron su generosidad (Arr., II, 5, 9). En el invierno de 334/333, los embajadores plenipotenciarios de Aspendo entregaron la ciudad a Alejandro, pidiendo tan sólo que no impusiera ninguna guarnición. Alejandro se mostró de acuerdo, pero exigió una donación de cincuenta talentos para la paga de su ejército, así como los caballos que criaban como parte del tributo que pagaban al rey persa (Arr., I, 26, 3). Era una exigencia considerable, pero Aspendo era de una riqueza notoria y podía esperarse que hiciera contribuciones sustanciales a los fondos de la campaña. Sin embargo, los habitantes de Aspendo pensaron de otro modo. Se negaron a pagar y se prepararon para resistir. La visión del ejército de Macedonia inspiró una reflexión más serena y ofrecieron de nuevo su sumisión. En esta ocasión, las exigencias del rey fueron mayores: tendrían que pagar un tributo anual, además del impuesto inmediato, que se duplicaba y pasaba a ser de 100 talentos, serían súbditos del sátrapa nombrado por Alejandro y se tomaron rehenes para garantizar su obediencia (Arr., I, 27, 4). Los dos tipos de trato ilustran la diferencia entre las comunidades privilegiadas y las desfavorecidas. En el peor de los casos, una ciudad podía quedar sometida a un tributo y a la supervisión del sátrapa bajo el ojo vigilante del comandante de una guarnición. No tenemos datos acerca de lo que podía suponer la vigilancia

⁶¹ BRIXHE (1976). Véase, sin embargo, Hornblower (1982), p. 121.

⁶² Stroud (1984), esp. 201-203.

del sátrapa, pero, probablemente, había inspecciones regulares y tal vez se le enviaban las ordenanzas de la ciudad para que el sátrapa las revisara. No cabía duda de que Aspendo había perdido su autonomía, pero todavía podía considerarse liberada de los bárbaros, aunque se hubiera mostrado indigna de la plena generosidad de Alejandro. Las circunstancias podían cambiar e ir en la dirección contraria. A las gentes de Solos, en Cilicia, se les impuso una multa de 200 talentos como castigo por supuestas simpatías hacia los persas (Arr., II, 5, 5). Tras la batalla de Isos, el resto que quedaba por pagar les fue condonado y se les devolvieron los rehenes que Alejandro había tomado de la ciudad (Arr., II, 12, 2). Ahora que ya tenía el tesoro persa de Damasco, la multa de Solos se había convertido en algo insignificante y podía perdonarla. Alejandro fue imponiendo distintos tipos de trato sin perder de vista la situación militar con el fin de ganar aliados, castigar desertores o recaudar fondos; y las normas fueron variando con las vicisitudes de la guerra. Aparte de la imposición de la democracia, que era una reacción necesaria contra las oligarquías que los persas habían fomentado de modo general, no existe un trato regular, sino una gama de favores que el rey concedía o retiraba a su antojo.

Es muy poco probable que los griegos de Asia fueran incorporados a la Liga de Corinto. Este tema se ha debatido de modo interminable con una intensidad sorprendente⁶³, pero la discusión fracasa por falta de pruebas. Este silencio tiene cierto peso: si las ciudades griegas hubieran formado parte de la Liga y hubieran tenido las obligaciones impuestas por sus tratados de alianza, resultaría muy curioso que no aparezca ninguna referencia a una alianza, ni siquiera a un tratado formal. Tal como hemos visto repetidas veces, Alejandro los trató como un déspota victorioso, no como el dirigente ejecutivo de una Liga en expansión. La simple prueba de la *syntaxis* no abre una brecha en esta pared de silencio. La terminología podría recordar a la confederación ateniense, pero eso no implica que Alejandro tomara prestadas las instituciones de la confederación. Podía imponer contribuciones hubiera o no una alianza o tratado. Por otra parte, es difícil ver qué ventajas se derivarían de su adhesión a la Liga. La principal función de la paz común en Europa era garantizar que no se produjera una rebelión o un cambio constitucional en las ciudades integrantes; y además facilitaba un ejército común y una acción común contra los desertores. Sin embargo, Jonia y Caria estaban lejos del centro de la Liga, situado en Corinto, y les resultaría difícil cooperar en una acción militar y más difícil todavía para las fuerzas de la Liga movilizarse contra ellas. Pero los sátrapas de Alejandro y sus ejércitos estaban lo bastante cerca para ayudar a los regímenes en apuros y, en caso necesario, reprimir el

⁶³ En relación con la bibliografía, véase Seibert (1972a), pp. 85-90.

descontento. No era necesario incluirlos en la Liga de Corinto, ni siquiera como una anexión asiática semiindependiente. Quizá se pensó en el efecto que causaría como propaganda. Habría sido un gesto ingenioso unir a los liberados y a los libertadores como aliados en la guerra de venganza pero, si tal propaganda existió, no ha dejado rastro en la tradición —y habría sido previsible que por lo menos Calístenes hubiera dado al tema un énfasis especial que no se les habría escapado a Ptolomeo y a Aristóbulo—. Hasta que tengamos más datos, será mejor considerar a las ciudades griegas como entidades autónomas en un territorio sometido, dependientes de la permanencia del favor real y sin las sanciones ni las garantías de la paz común.

Después del año 333, Alejandro ya no estuvo implicado directamente en los problemas de las ciudades griegas en Asia. Para él, estaban ya liberadas, tal como proclamó tras Gaugamela cuando escribió que se habían abolido todas las tiranías y la autonomía prevalecía (Plut., *Al.*, 34, 2). A medida que Alejandro avanzaba hacia el este, los griegos fueron cayendo en la oscuridad y prácticamente no hay datos sobre ellos. Los datos que tenemos hacen referencia al misterioso Filóxeno que actuó en la costa sudoeste de Asia Menor durante los últimos años del reinado. Un tal Filóxeno fue, sin duda, sátrapa de Caria durante este periodo y se mantuvo en el puesto hasta los primeros meses del año 323. Todavía no se sabe si había otro oficial, también llamado Filóxeno, activo en la costa de Rodas y Éfeso, denominado «general de las zonas costeras» o «hiparco de Jonia»⁶⁴. Resulta más sencillo suponer que hubo un solo Filóxeno que empezó su carrera en el año 331 como supervisor fiscal al oeste del Tauro (véase, más arriba, p. 283) y ocupó la satrapía de Caria tras la muerte de Ada. En las circunstancias cambiantes del año 324, Filóxeno actuó más allá de las fronteras teóricas de su satrapía y se convirtió en supervisor general *de facto* de la costa del sudoeste. Las actividades de que tenemos constancia son todas compatibles con un único individuo que operara desde una base en Caria. A finales del año 324, Filóxeno intervino en Rodas para detener a Hárpalo, el tesorero fugitivo (Pausanias, II, 33, 4), y solicitó la extradición de Hárpalo de Atenas ese mismo año (véase, más adelante, p. 253). Ambas acciones podrían atribuirse a un sátrapa ambicioso, deseoso de aumentar su favor en la corte. No hay motivo para postular ningún mando extraordinario. Lo mismo puede decirse de su intervención en Éfeso, de nuevo (según parece) en el año 324⁶⁵. Se dice que

⁶⁴ Plut., *Mor.*, 333A, 531A, *Al.*, 22, 1; Polieno, VI, 49. Para un solo Filóxeno, véase Bosworth (1980a), pp. 281-282; para dos individuos, véanse Berve (1926), 2 núms. 793-794; LEUZE (1935), pp. 435-438; BENGTON (1937); Radian (1966), pp. 56-60.

⁶⁵ Polieno, VI, 49. Tarn 1948, 2, 174-175, desprecia esta historia de entrada, sin abordar los detalles circunstanciales; Badian (1966), pp. 56-57 y 64, rechaza con razón su argumento.

allí había un tirano llamado Hegesias. No está claro si eso implica la desaparición de la democracia. Hegesias pudo ser sólo una personalidad dominante de Éfeso, un jefe político que pudiera imponer su voluntad sobre las instituciones democráticas de la ciudad. Fue asesinado por tres hermanos, cuya detención exigió Filóxeno. Cuando su exigencia fue desoída, introdujo una guarnición, apresó a los culpables y los envió ignominiosamente a la prisión central de Sardes. Fue una violación de la soberanía, tal como admitió tácitamente Perdicas cuando envió a Diodoro (el único hermano que quedaba en prisión a la muerte de Alejandro) para que fuera juzgado de acuerdo con las leyes de Éfeso. Filóxeno no había tenido escrúpulos en relación con la intervención militar. Un simpatizante de los macedonios había sido asesinado en las fronteras de su satrapía y se trasladó para infligir el debido castigo. Los culpables debían ser remitidos a Alejandro para que él los castigara, pero se quedaron provisionalmente en Sardes, la mayor fortaleza de Asia Menor, que hacía también las veces de centro de confinamiento para toda la costa (Plut., *Phoc.*, 18, 4-5; Eliano, *VH I*, 25). Es poco probable que fuera un único incidente aislado. Cuando Alejandro volvió la espalda a la costa del Egeo en el año 334, dejó la zona bajo el control de una contraofensiva persa. Sus sátrapas se enfrentaron a una lucha desesperada contra fuerzas enemigas superiores y se inició una amarga lucha que duraría dos años. No es probable que Mileto fuera la única ciudad en sufrir una reconquista (Curcio, *IV*, I, 37; 5, 13); la guerra requirió una serie de intervenciones en ciudades que eran en teoría autónomas. Los sátrapas podían haberse sentido autorizados a imponer sus voluntades sobre las ciudades griegas, incluso mediante coerción militar y, una vez acostumbrados a intervenir, les habría resultado difícil dejar de hacerlo cuando los tiempos estuvieran más calmados. *Necessitate armorum excusata etiam in pace mansere.*

El propio Alejandro parece haber hecho pocas distinciones en sus últimos años entre los griegos de Europa o de Asia, o incluso entre los griegos y los bárbaros. El Decreto de Exiliados era una violación flagrante de la autonomía, puesto en vigor por un edicto real sobre todos los helenos (véanse, más arriba, pp. 256 ss.). Más inquietante resulta una anécdota que narran tanto Plutarco (*Phoc.*, 18, 5) como Eliano (*VH I*, 25). Una de las instrucciones que tenía Crátero en el verano del año 324 era la de ofrecer a Foción la posibilidad de elegir entre cuatro ciudades de Asia para que las explotara como feudo personal (en una relación no muy distinta a la producida con la ocupación de Sigeo por Cares que había tenido lugar en ese mismo siglo, unos años antes). Las comunidades mencionadas forman un grupo variopinto y demasiado confuso para que se trate de una invención, y la población de Cíos, totalmente helénica, aparece junto a Mílasa, un asentamiento cario helenizado. Si la historia es cierta

(y no puede refutarse)⁶⁶, Alejandro trató a todas las comunidades de Asia Menor como una propiedad personal y las entregó como donaciones cuando quiso favorecer a alguien. Les había concedido el regalo de la autonomía y estaba dispuesto a quitárselo. Para la mayoría de las ciudades griegas, la liberación parece haber sido verdadera. Los cultos establecidos en toda Asia Menor eran expresiones de gratitud; sin duda, votados a sugerencia del rey, pero populares y duraderos (véase, más adelante, p. 339). Con todo, la posición de las ciudades era precaria. Ninguna declaración de autonomía ofrecía garantías contra la coerción o la intervención en la práctica si eso convenía a los intereses del rey o de sus sátrapas. Los griegos de Asia eran, sin duda, súbditos privilegiados, pero, en última instancia, seguían siendo súbditos.

⁶⁶ Rechazada por Tarn ([1948], pp. 2 y 222-227; Gehrke [1976], p. 145, n. 79), sobre una base totalmente errónea; véanse, sin embargo, Hornblower (1982), p. 68, n. 116; Heiserer (1980), p. 177.

C

Alejandro y el ejército

EL EJÉRCITO DE INVASIÓN DEL AÑO 334

En la primavera del año 334, el ejército de Alejandro estaba congregado en Anfípolis y una fuerza expedicionaria de menor tamaño operaba ya en Asia Menor. Es difícil estimar el número total de las tropas debido a la diversidad de cifras que proporcionan las fuentes, las cuales abarcan desde un máximo de 43.000 soldados de infantería y 5.500 de caballería a un mínimo de 30.000 a pie y 4.000 a caballo¹. Algunas discrepancias pueden explicarse por el hecho de que algunas autoridades incluyen a las fuerzas avanzadas en el total y otras las omiten; pero las contradicciones son más profundas y no pueden resolverse sólo con esta hipótesis. Afortunadamente, el tamaño y la composición de los contingentes macedonios no se discuten. Alejandro llevó consigo a 12.000 soldados de infantería y dejó otros tantos con Antípatro, su regente en Macedonia (Diod., XVII, 17, 4; 5). Había también un cuerpo de macedonios sirviendo ya en Asia (Diod., XVII, 7, 10) compuesto por varios miles de hombres. Después de que Alejandro cruzara el Helesponto, el total de su infantería macedonia era de unos 15.000 hombres. La mayoría estaban agrupados en seis divisiones de la falange (que Arriano normalmente llama *taxeis*) y respondían al término colectivo de Compañeros de a Pie (*pezhetairoi*). Tres de estas divisiones, por lo menos, habían sido reclutadas en los viejos principados de la Alta Macedonia y reciben el nombre de *asthetairoi*, un término muy misterioso que todavía no se ha explicado de modo satisfactorio². Los otros *taxeis* no parecen tener una denominación distintiva, pero bien pudieron reclutarse según un criterio regional (cfr. Arr., III, 16, II). El otro componente principal de la infantería macedonia era el cuerpo de hipaspistas. Esta fuerza había evolucionado a partir de la antigua guardia personal de los reyes macedonios y su núcleo, el *agema*, todavía actuaba como guardia de Alejandro cuando luchaba a pie. El resto de los hipaspistas estaba organizado en quiliarquías (unidades de 1.000) y quizá había tres. Era una elite de hombres seleccionados por su capacidad y su físico, tan expertos en la tarea de la falange en una batalla campal como

¹ Berve (1926), pp. 1 y 177-178; Brunt (1963), pp. 32-36; Bosworth (1980a), pp. 98-99.

² Bosworth (1973), (1980a), pp. 251-253; Milns (1976), pp. 97-101; Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 709-713. Sobre la posibilidad de que existiera una unidad de caballería llamada *asthippoi* véanse Hammond (1978a) y Milns (1981).

en escaramuzas rápidas con apoyo de la infantería ligera y de la caballería. En las batallas más importantes, se mantuvieron a lo largo de los *taxeis* de la falange y no cabe duda de que llevaban el mismo armamento³. Lo que era superior era su capacidad en conjunto.

El equipamiento del soldado de infantería macedonio era una mezcla del armamento de los hoplitas y el de los peltastas. La principal arma ofensiva era la *sarisa*, una enorme pica de seis metros de largo con una cuchilla de forma lanceolada y un pincho en el otro extremo, ambos de unos 50 cm de largo⁴. El peso total sería de unos 7 kg, por lo que el arma sólo podía manejarse con ambas manos y sólo se podía llevar un escudo pequeño en forma de botón, colgado del cuello, para proteger el hombro izquierdo⁵. Había armas auxiliares, una lanza corta más ortodoxa y una espada afilada, pero tenían una importancia muy secundaria en la batalla campal. La *sarisa* era el arma principal y no estaba destinada a ser utilizada de modo aislado: la historia del combate singular entre Córago y Dioxipo es una ilustración vívida de lo vulnerable que podía ser un solo soldado de infantería cuando estaba aislado del resto de la falange⁶. La armadura defensiva era relativamente escasa⁷. No hay descripciones contemporáneas, pero el emperador romano Caracalla, que llevó al absurdo la imitación de Alejandro, creó una falange macedonia supuestamente auténtica, armada con las tres armas ofensivas (*sarisa*, lanza y espada), junto con un casco de cuero de buey, un corselete de hilo triplemente reforzado y botas altas (Dion, LXXVIII, 7, 1-2). También se ha hablado de grebas (Polieno, IV, 2, 10) y no son improbables. Era bastante lógico que la armadura fuera ligera. Era la línea de las *sarisae* lo que proporcionaba la principal protección y hacía que la infantería de la falange fuera prácticamente invulnerable, excepto ante los ataques con proyectiles, de modo que era innecesario equiparla con una pesada armadura corporal. De hecho, si prescindía temporalmente de las *sarisae*, tenía tanta movilidad como la infantería ligera.

La falange estaba organizada en unidades básicas de 16 hombres (en su origen eran 10, como su nombre técnico *dekas* indica) que se combinaban en grupos más numerosos llamados *lochoi*. En su formación primitiva, parece que la falange tenía 16 hileras de fondo y las *dekades* se desplegaban junto con los hombres de la primera línea, más expertos y mejor pagados. En el momento del enfrentamiento, sólo las tres o cuatro

³ Tarn (1948), pp. 2 y 153-154; Hamilton (1955), pp. 218-219; Milns (1971), pp. 186-188; Ellis (1975); Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 414-418.

⁴ Andronikos (1970); MARKLE (1977), pp. 323-326; (1980).

⁵ Asclepiodoto, *Tact.*, 5; cfr. Markle (1982), pp. 92-94.

⁶ Diod., XVII, 100, 2-8; Curcio, IX, 7, 16-22; Eliano, *VH* X, 22.

⁷ Moretti, *ISE* núm. 114, BI; cfr. Griffith (1956-1957); Markle (1977), pp. 327-328.

primeras filas utilizaban las *sarisae* en posición horizontal; el resto las mantenía en posición vertical y utilizaba su peso corporal para incrementar el ímpetu de la primera hilera⁸. Las variaciones posibles eran muchas. Las *dekades* podían duplicarse para hacer la falange más profunda, con 32 hileras, o bien podían reducirse a la mitad y dejarla en ocho hileras; y la carga de la línea frontal podía ser progresiva, tal como sucedió antes de Isos, cuando la línea macedonia, que en su origen tenía una profundidad de 32 hombres, se fue expandiendo gradualmente al llegar a la llanura. A medida que aparecían huecos en las líneas delanteras, las filas de detrás pasaban hacia delante, hasta que la profundidad de la falange quedó reducida a ocho hileras⁹. La actuación más impresionante de la que se tiene constancia fue la exhibición que Alejandro organizó para los ilirios en el año 335. En esa ocasión, Alejandro concentró una falange de 120 líneas de fondo y llevó a cabo una serie de cambios en el frente, variando la dirección de la marcha y la arremetida de las *sarisae* de izquierda a derecha. Al final, retiró toda la línea delantera para crear una punta de lanza a la izquierda (Arr., I, 6, 1-3). Estas maniobras se llevaban a cabo en silencio y la disciplina era perfecta. El entrenamiento estaba encaminado a producir una masa de infantería flexible y compacta. En el periodo posterior a Alejandro, la integridad de la falange se convirtió en una obsesión: los cortes en la línea se consideraban fatales y los comandantes no podían concebir que sus hombres pasaran por terrenos irregulares o a través de cursos de agua¹⁰. Los hombres de Alejandro eran más versátiles. Los llevaban en formación por terreno muy difícil y en Isos lucharon tras cruzar un río; y la línea se rompió, tanto en Isos como en Gaugamela, sin que ello tuviera como resultado una catástrofe¹¹. Los hombres situados en posiciones intermedias podían desenvolverse hasta cierto punto con brechas en la primera línea de un modo que más tarde resultaría imposible, cuando la *sarisa* medía ocho metros o más de largo. No todas las operaciones habrían requerido la utilización del armamento completo. Es muy poco probable, por ejemplo, que la infantería que llevó a cabo la persecución final de Darío llevara consigo la pesada *sarisa* (Arr., III, 21, 2-7); lo más probable es que marcharan sólo con las lanzas. Pero parece evidente que la *sarisa* era el arma básica. La utilizaba la guardia de la corte en ocasiones en las que era molesta e inadecuada (Arr., IV, 8, 8-9); y sabemos de modo explícito que, cuando la infantería macedonia cruzó el Danubio en el año 335, llevó sus *sarisae* consigo (Arr., I, 4, I). Así pues, el soldado de la falange era, en esencia, parte de una masa organizada, en-

⁸ Polibio, XVIII, 29, 2; 30, 4; Eliano, *Tact.*, 14, 6; Arr., *Tact.*, 12, 11.

⁹ Polibio, XII, 19, 5-6 = Calístenes, *FGrH* 124F 35; Arr., II, 8, 2; Curcio III, 9, 12.

¹⁰ Polibio, XII, 22, 4-6; cfr. Markle (1978), pp. 493-495 (algo exagerado).

¹¹ Arr., II, 10, 5; III, 14, 4-5.

trenada de modo intensivo en un modo de lucha muy especializado, con una cohesión y un armamento ofensivo de un peso sin parangón en su época.

El complemento de la infantería de la falange era la caballería macedonia, conocida por el término colectivo de los Compañeros (*hetairoi*). En el Helesponto eran 1.800 y estaban divididos en ocho escuadrones (*ilai*), uno de los cuales, el *ile basilike*, defendía al rey cuando este luchaba a caballo¹². Este Escuadrón Real formaba una elite que, probablemente, comprendía a la mayoría de los cortesanos, a los Compañeros propiamente dichos que no tenían un mando específico. En cuanto al reclutamiento, este se hacía por regiones. Los escuadrones cuyos orígenes conocemos proceden de zonas de Tracia en las que Filipo había establecido una población militar: Botia, Anfípolis, Apolonia y Antemunte¹³. La única excepción es un misterioso «*ile leugeo*» (Arr., II, 9, 3), que podía ser una unidad muy anterior, creada antes de que se instituyera el reclutamiento por regiones. La caballería de la Alta Macedonia (Arr., II, 9, 3) era otro grupo regional, pero no tenemos pruebas directas de que marchara en campaña a Asia. Pudo formar parte de los 1.500 soldados de caballería que se quedaron con el ejército nacional bajo el mando de Antípatro (Diod., XVII, 17,5), pero es mucho más probable que Alejandro reclutara tropas de todos los sectores de su reino para llevárselas a Asia y dejara una parte de cada zona de reclutamiento. En un principio, no hay constancia de que subdividiera los *ilai*; cada escuadrón, según parece, luchó como una unidad bajo su comandante local. Su armamento era sencillo: una lanza para arremeter de madera de cornejo y una reserva de jabalinas, y quizá un escudo de caballería, junto con una armadura reducida al mínimo, que incluía el casco macedonio, la *kausia* de ala ancha. En las batallas campales, la caballería era la principal fuerza de ataque de Alejandro. En repetidas ocasiones, se iniciaba con una carga de la caballería, normalmente en forma de cuña¹⁴, que aprovechaba la brecha fundamental creada en las líneas enemigas. Por desgracia, sólo podemos hacer conjeturas acerca del número de hombres que integraba cada escuadrón. La guardia real pudo haber alcanzado los 300 hacia finales del reinado (véase, más adelante, p. 315), pero no tenemos datos sobre cuáles eran sus fuerzas en el momento en que se cruzó el Helesponto. Y, lo que es aún más grave, no sabemos si la cifra de 1.800 hombres a la que Diodoro hace referencia incluye tan sólo a los Compañeros o abarca otras unidades de la caballería macedonia.

¹² Arr., III, 11, 8; Diod., XVII, 57, 1; cfr. Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 411-414.

¹³ Arr., I, 2, 5; 12, 7; II, 9, 3; cfr. Berve (1926), pp. 1 y 105.

¹⁴ Eliano, *Tact.*, 18, 6; Arr., *Tact.*, 16, 6-7; cfr. Rahe (1981); contra Markle (1977), pp. 338-339.

El problema de los *prodromoi* complica más el tema. Estas tropas eran una división de la caballería asociada habitualmente con los Compañeros y con la caballería ligera peonia; y, como su nombre implica, se utilizaban en misiones de reconocimiento. Pero también recibían el nombre de portadores de *sarisa* (*sarisophoroi*)¹⁵; y está claro que operaron en la vanguardia del asalto en el Gránico armados con la *sarisa* de la caballería que, según todos los indicios, era de igual medida que la de la infantería¹⁶. Estaban divididos en *ilai* como los Compañeros y había por lo menos cuatro (Arr., I, 12, 7). El uso de las *sarisae* en la batalla, junto con el hecho de que Arriano los menciona sin calificativo étnico, sugiere que eran de origen macedonio y estaban organizados al margen de los Compañeros propiamente dichos, pero quedarían incluidos en los 1.800 hombres que Diodoro atribuía a la caballería macedonia¹⁷. Según parece, cumplían una función doble: como exploradores (evidentemente, sin la *sarisa*) y como cuerpo contra la caballería enemiga cuando luchaban en orden abierto. La *sarisa*, que sobresalía de modo mortífero por delante y por detrás del caballo, no podía utilizarse en formación cerrada sin peligro mortal para las propias tropas. La caballería que la empleara necesitaría tener mucho espacio o bien estar colocada en una única línea extendida, en cuyo caso supondría una defensa eficaz contra asaltos frontales por parte de oponentes con armas ligeras (cfr. Arr., IV, 4, 6). Aunque tenemos pruebas, en especial en el Mosaico de Alejandro, de que los Compañeros podían utilizar la *sarisa* en algunas ocasiones, es evidente que esta arma no podía emplearse con provecho en la formación en cuña destinada al asalto. El arma principal de los Compañeros debió de ser la lanza para arremeter y estaban entrenados para realizar ataques intensivos en formación cerrada y en columna densa, en contraste con los *prodromoi*, destinados a operar en condiciones más abiertas. Ambos grupos eran de extracción macedonia, pero no podemos de ningún modo calcular su número proporcional y el total de *ilai* de los *prodromoi* sigue siendo desconocido.

El complemento indispensable de las fuerzas macedonias era la infantería ligera. Algunas de estas unidades podían proceder de Macedonia propiamente dicha, pero hay pocos datos explícitos. Arriano menciona

¹⁵ La equiparación es explícita: Arr., I, 14, 1 y 6; III, 12, 3 con Curcio, IV, 5, 13.

¹⁶ Markle (1977), pp. 333-339; (1982), pp. 105-106.

¹⁷ Diodoro, XVII, 17, 4 tiene una nota ὁράκες δὲ πρόδρομοι καὶ Παίονες ἐννακός-στοι, de la que se ha deducido que los *prodromoi* eran tracios (Tarn [1948], 2, 157) o bien se ha enmendado para disociar a los tracios de los *prodromoi* (cfr. Milns [1966a]). Ninguna de las dos cosas es necesaria; el término *prodromoi* podría utilizarse como nombre genérico para la caballería ligera y aplicarse a los tracios ya los peonios (Arr., III, 8, 1), igual que el de los *sarisophoroi* macedonios. Pero, si los *sarisophoroi* eran macedonios, tal como parece casi seguro (Berve [1926], pp. 1 y 129; Brunt [1963], pp. 27-28), Diodoro debería incluirlos con el cuerpo principal de la caballería macedonia y no separados y asociados con la caballería del norte.

ocasionalmente algunas divisiones (*taxeis*) de tropas con armamento ligero, pero pocas veces indica su nación de origen y no designa nunca a ninguna de ellas como macedonia. Por otra parte, Arriano parece incluir a los tracios y a los agrianes en los *taxeis* de lanzadores de jabalina¹⁸. El único grupo conocido de tropas ligeras que pudo estar integrado por macedonios es el contingente de lanzadores de jabalina dirigido por Bálacro; aparece mencionado sin referencias étnicas en la descripción que da Arriano de la línea de batalla en Gaugamela, en la que especifica el origen nacional de las otras unidades¹⁹. Si había tropas macedonias con armamento ligero, no cabe duda de que eran poco numerosas. Como hemos visto, los soldados de la falange tenían un equipo defensivo relativamente ligero y pocos macedonios pudieron quedar excluidos del servicio a causa de su pobreza. Alejandro habría tenido la prudencia de concentrar la infantería de su país en la falange y confiar en que sus vecinos del norte aportarían la infantería ligera. En líneas generales, eso fue lo que pasó. Entre todas las tropas con armamento ligero de Alejandro, las más importantes fueron los agrianes de las montañas, un cuerpo relativamente pequeño de lanzadores de jabalina procedentes del alto curso del Estrimón. Sólo en Arriano, aparecen mencionados unas cincuenta veces, utilizados casi en todas las ocasiones que exigían movimientos rápidos en terreno difícil. Desde la campaña del Danubio, fueron utilizados con los hipaspistas y la mejor infantería de la falange para realizar marchas especialmente duras y, en las batallas, formaban una pantalla defensiva por delante de la línea principal. Por lo general, actuaban junto con los arqueros. También pudo haber un cuerpo de arqueros macedonios (Arr., III, 12, 2) pero de escaso número. Por lo demás, los arqueros acostumbraban a ser cretenses y tenemos constancia de que dos de los comandantes de ese contingente habían nacido en Creta²⁰. Evidentemente, el de los arqueros era un cuerpo de especialistas, reclutado fuera de Macedonia pero, junto con los agrianes, fueron utilizados sumados a las tropas macedonias cuando era necesario recurrir a las tácticas de escaramuzas. Los tracios se utilizaron ocasionalmente con el mismo fin (Arr., I, 28, 4) pero los arqueros y los agrianes aparecen mencionados con mayor frecuencia, y Diodoro (XVII, 17, 4) los cita como un cuerpo compuesto, integrado por 1.000 hombres en el Helesponto. Esta era una cifra mínima. Alejandro había desplegado el doble en el norte (Arr., I, 6, 6) y,

¹⁸ Cfr. Arr., I, 27, 8 con I, 28, 4; VI, 8, 7.

¹⁹ Arr., III, 12, 3; 13, 5; cfr. IV, 4, 6; Berve 1926, 1, 131; Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 430.

²⁰ Arr., II, 9, 3; Diod., XVII, 57, 4; Curcio, IV, 13, 31. Los comandantes son Euribotas (Arr., I, 8, 4) y Ombrión (III, 5, 6). En relación con los arqueros macedonios, véanse Arr., III, 12, 2 y Bosworth 1980a, 302.

en cuanto se inició la campaña en Asia, su número aumentó con los refuerzos. A mediados del reinado, había por lo menos 1.000 agrianes²¹ y los arqueros estaban agrupados en quiliarquías (Arr., IV, 24, 10). Habían demostrado que eran unidades clave y por ello fueron ampliadas de modo sistemático.

El resto del ejército consistía en las tropas de los aliados y en los mercenarios. De estos, el contingente más importante, con mucha diferencia, era el de la caballería tesalia, probablemente compuesta por el mismo número de hombres que la macedonia y casi equivalente en potencia. Al igual que los Compañeros, estaba dividida en *ilai*, entre los cuales el contingente farsalio era el más prestigioso y numeroso (Arr., III, 11, 10), y cumplía funciones muy parecidas a las de los Compañeros: protegió el ala izquierda de la falange en las tres primeras batallas importantes. La estructura de mando parece haber sido paralela a la de la caballería macedonia, con *ilai* de base regional, pero a la cabeza se encontraba un comandante macedonio. El resto de la caballería aliada, que en su mayoría procedía de la Grecia central y del Peloponeso, era mucho menos importante y eficaz, más escasa en número y menos destacada en la acción. Como los tesalios, también estaban divididos en *ilai* (Tod. *GHI* núm. 197, 3) bajo el mando de un oficial macedonio. La infantería de los estados griegos aliados plantea más problemas. Formaba un contingente numéricamente poderoso, eran 7.000 cuando cruzaron el Helesponto en el año 334 y, en su mayoría, eran hoplitas con armamento pesado. Pero, una vez en Asia, la que resulta notable es su ausencia. No hay constancia explícita de su presencia en ninguna de las batallas más importantes. En Gaugamele, podemos deducir que proporcionaron la mayor parte de los hombres de reserva para la falange (Arr., III, 12, 1) pero en otros enfrentamientos no tienen cabida. Sólo aparecen mencionados como participantes en campañas secundarias, normalmente bajo el mando de Parmenión (en la Tróade, en las Puertas Amánicas, en Frigia y en la marcha sobre Pérside)²², y nunca aparecen en el entorno de Alejandro. Un contingente, el de Argos, fue destacado para formar una guarnición en Sardes (Arr., I, 17, 8), pero es el único caso registrado (sin embargo, la caballería aliada formó la guarnición original de la Alta Siria). Parte del motivo de este olvido debe de haber sido la naturaleza heterogénea de la infantería aliada, dado que procedía de una plétora de distintas ciudades y resultaba prácticamente imposible que su comandante macedonio la organizara en una única unidad. Estaba también la cuestión de la lealtad. Alejandro bien podía haber sido reticente a confiar en que los hombres vencidos recientemente en Queronea se enfrentaran a los mercenarios helenos al

²¹ Arr., IV, 25, 6; cfr. Curcio, V, 3, 6.

²² Arr., I, 17, 8; I, 24, 3; II, 5, 1; III, 18, 1.

servicio de los persas. Era una lucha entre hermanos y los aliados griegos de Alejandro estaban menos motivados para la tarea que los macedonios.

El otro grupo de infantería importante era el contingente de 7.000 hombres formado por tracios, tribalos e ilirios. Estas tropas son, si cabe, más escurridizas que la infantería helénica. Los tribalos nunca aparecen mencionados en la narrativa sobre la campaña y los ilirios tan sólo en una referencia tangencial en el relato de Curcio sobre Gaugamela (IV, 13, 31), donde salen asociados a la infantería mercenaria. Los tracios destacan un poco más. Bajo el príncipe odrisio Sitalces, estuvieron en activo antes de la batalla de Isos y durante esta, y en Sagaleso y en Gaugamela llevaron a cabo en la izquierda de la línea la misma función que los agrianes desempeñaron en la derecha (Arr., I, 28, 4; III, 12, 4). Quizá sólo se deba al azar que no tengamos más datos sobre ellos en acción, pero su historia posterior sugiere que Alejandro no los consideraba en absoluto indispensables. Gran parte de ellos quedaron atrás en el año 330 para guarnecer de hombres los ejércitos de los sátrapas de Media y Partia (Arr., III, 19, 7; V, 20, 7). Unos pocos regresaron al ejército principal en el 326/325, pero el contingente entero de tracios pronto fue licenciado para que desempeñara el poco envidiable papel de ejército de guarnición en el norte de la India (Arr., VI, 15, 2). Es un dato poco explícito, pero es lo único que tenemos, y sugiere que, por lo general, no se utilizaban como tropas de primera línea, sino en misiones secundarias o en posiciones en las que era más importante el número que la pericia. Fueron ellos quienes integraron la fuerza de ocupación de la isla de Lade junto con otros 4.000 soldados no macedonios, impidiendo el acceso a la flota persa (Arr., I, 18, 5), y también fueron enviados a hacer una carretera en Panfilia (Arr., I, 26, 1). Parece como si Alejandro no estuviera interesado en repatriarlos y la principal justificación de su contingente tracio fuera tan sólo estar fuera de Tracia: su ausencia hacía que ese territorio fuera más fácil de controlar. Las mismas consideraciones podían hacerse, con más motivo incluso, en relación con los ilirios y tribalos.

La caballería tracia puede incluirse en esta misma categoría. Estas tropas estuvieron situadas junto a la caballería griega aliada en el Gránico y en Gaugamela, pero se utilizaron de modo muy esporádico y fueron asignadas a la guarnición de Media, junto con la infantería. No cabe duda de que otro contingente de caballería tracia que llegó a la India a finales del año 326 (Curcio, IX, 3, 21) se quedó con el ejército sátrapa del norte de la India. El otro cuerpo de caballería procedente del norte, el de los peonios, tuvo una carrera más notable. Aparece asociado con los *prodromoi* y se encontraba en la vanguardia de la lucha en el Gránico y en Gaugamela; su equipo era lo bastante ligero como para merecer el calificativo de exploradores (Arr., III, 8, 1). Pero no aparecen en ninguna narración posterior al

año 331 y no hay constancia de que fueran destinados a ninguna guarnición. Debieron de ser pocos (junto con la caballería tracia sólo sumaban 900), y es fácil que se amalgamaran con otras unidades (véanse, más adelante, pp. 318-319).

Finalmente, Alejandro, como su padre, hizo un amplio uso de los mercenarios. En el Helesponto sólo se menciona la cifra de 5.000, pero no cabe duda de que había ya varios miles en activo en la fuerza expedicionaria enviada a Asia Menor, entre la que se encontraba el total de la caballería mercenaria²³. Un grupo bien determinado, el de los «viejos mercenarios», se unió bajo el mando del macedonio Cleandro²⁴. En otras ocasiones, parece que fueron divididos según las exigencias del momento. La caballería mercenaria en Gaugamela estaba dividida en dos grupos bajo el mando de Menidas y Andrómaco, de nuevo ambos macedonios, y la división de mando persistió durante cierto tiempo (Arr., III, 25, 4). Esta es la única organización con cierta duración cuya pista puede seguirse. En general, los mercenarios parecen haber estado organizados de un modo mucho más elástico que el resto del ejército. Su número fluctuaba constantemente, se reclutaban nuevas unidades y, por otra parte, otros que estaban ya en servicio eran destacados a ejércitos sátrapas o bien, durante los últimos años del reinado, se los enviaba como pobladores para las nuevas fundaciones en el este. Es probable que constituyeran la parte menos necesaria del ejército en lo que se refiere a la lucha en primera línea. En las batallas más importantes, quedaban en reserva, excepto la caballería, que desempeñó un papel importante en Gaugamela; y, como la infantería de la Liga de Corinto, tendieron a quedar bajo el mando de Parmenión para ser utilizados en expediciones secundarias. En años posteriores, las fuerzas enviadas para luchar contra Satibarzanes en Aria y Espítámenes en Sogdiana estaban compuestas de modo casi exclusivo por mercenarios (cfr. Curcio, VII, 3, 2; Arr., IV, 3, 7). Lo cierto es que, fuera del entorno inmediato de Alejandro, las tropas que luchaban en todo el imperio tendían a ser mercenarias. Al principio, Alejandro tenía que pagarles regularmente, y el hecho de que el Gran Rey fuera un pagador rival habría reducido el número de hombres disponibles. Aparte de los 300 mercenarios que se sumaron a su ejército, procedentes de la guarnición de Mileto (Arr., I, 19, 6), sólo tenemos constancia de que Cleandro reclutó a 4.000 en el Peloponeso y que Antípatro envió a Menfis 400 mercenarios de caballería. Aunque se considera que este es un dato par-

²³ El total de las fuerzas en Asia ascendía a más de 10.000 hombres (Polieno, V, 44, 4), y parte de ellos eran macedonios (Diodoro, XVII, 7, 10). No cabe duda de que la mayoría eran mercenarios, como era el caso de la caballería (Diod. no menciona la existencia de caballería mercenaria en el ejército del Helesponto).

²⁴ Arr., III, 12, 2; cfr. Griffith (1935), pp. 17 y 29-30.

cial, contrasta vivamente con la situación posterior al año 331, cuando los fondos de Alejandro eran prácticamente ilimitados. Entonces se produjo un flujo abundante y continuo: las fuentes mencionan casi 60.000 reclutamientos y muchos pudieron quedar sin registrar.

EVOLUCIÓN Y REORGANIZACIÓN: 333-323 A. DE J.C.

Lo verdaderamente importante, la principal fuerza de ataque en el ejército y la tabla de salvación en todas las principales batallas, era el núcleo de macedonios, integrado tal vez por unos 15.000 soldados de infantería dentro de una fuerza que, en su origen, superaba los 40.000 hombres. En la caballería, los macedonios no dominaban de modo tan absoluto —los tesalios, como mínimo, los igualaban— pero Alejandro los utilizaba con mucha mayor frecuencia que a otras unidades de caballería. En términos numéricos, el ejército de Alejandro era enorme (superaba el número total de combatientes en Nemea, en el año 394) pero el complemento macedonio vital era una parte relativamente pequeña del mismo. En la práctica, todas las victorias de Alejandro, exceptuando tal vez Gaugamela, se obtuvieron con una fracción de las fuerzas existentes. Así pues, durante los primeros años de la campaña se fue incrementando de modo deliberado el núcleo macedonio del ejército, a medida que Alejandro se preparaba para hacer frente a todas las tropas reclutadas por el Imperio persa. Nuestras fuentes registran un número impresionante de refuerzos procedentes de Macedonia entre los años 333 y 330. En Gordio, 3.000 soldados de infantería macedonios y 500 de caballería, tanto macedonios como tesalios, llegaron para incrementar las fuerzas de Alejandro (Arr., I, 29, 4); y a finales del verano de ese año, justo antes de que Alejandro entrara en Cilicia, llegaron procedentes de Macedonia otros 5.000 soldados de infantería y 800 de caballería²⁵. Esta afluencia amplió la falange en una mitad más y es posible que no represente la totalidad. Curcio indica que habían llegado otras fuerzas o estaban en camino cuando tuvo lugar la batalla de Isos (III, 1, 24; 7, 8). A finales del año 333, el componente macedonio del ejército alcanzó su máximo número hasta el momento. Al año siguiente, estas cifras se reducirían bruscamente cuando los sitios de Tiro y Gaza infligieron importantes pérdidas y, a finales del año 332, uno de los jefes de la falange, Amintas, hijo de Andrómenes, fue enviado a Macedonia, a través de los mares invernales del Mediterráneo, con la misión urgente de reclutar hombres²⁶. Antes del verano del año 331, había

²⁵ Polibio, XII, 19, 2; cfr. Brunt (1963), p. 37; Bosworth (1975), pp. 42-43; Milns (1976), p. 106.

²⁶ Diod., XVII, 49, 1; Curcio, IV, 6, 30 (cfr. VII, 1, 37-40).

reunido una fuerza de 15.000 hombres, todo un ejército, entre los que había 6.000 soldados de infantería y 500 de caballería macedonios²⁷. Este es el último dato que tenemos sobre refuerzos específicamente macedonios. Aunque existe un amplio registro de llegadas posteriores, ningún contingente incluye macedonios nativos; las tropas enviadas por Antípatro estaban integradas por tracios, ilirios o mercenarios. El propio Alejandro pidió reemplazos de Macedonia en el año 327 (Arr., IV, 18, 3) pero, por la que parece, no hubo respuesta y, en el año 324, cuando desmovilizó a los 10.000 veteranos de Opis, insistió en que Antípatro trajera excelentes reclutas de Macedonia para ocupar su lugar²⁸. Pero Antípatro no salió de Macedonia y los refuerzos no llegaron nunca. El país estaba desprovisto ya de hombres en edad de combatir debido a las levas enviadas anteriormente (Diod., XVIII, 12, 2) y el ejército nacional no podía debilitarse más. De hecho, Antípatro tuvo bastantes problemas para formar un ejército en el año 331/330 y todavía más cuando estalló la guerra Lamíaca, momento en que se vio en graves dificultades. En efecto, los macedonios que estaban en el ejército en el año 330 no recibieron refuerzos hasta el final del reinado. Con todo, su número era impresionante. En Opis, en el verano del año 324, 10.000 macedonios fueron desmovilizados y, en el momento de la muerte de Alejandro, había un importante contingente, integrado por un mínimo de 8.000 hombres²⁹.

El periodo más importante en lo que se refiere a los refuerzos fue el comprendido entre el año 333 y el 331 a. de J.C. Incluso basándonos en los informes incompletos que nos han llegado, resulta claro que tanto la infantería macedonia como la caballería doblaron su número, y es muy posible que el incremento fuera, en realidad, mucho mayor. Es poco probable que la tasa de mortalidad fuera inferior al 50 por 100, debido al combate constante y al rigor de las condiciones físicas a las que se enfrentaban. En ese caso, el número de hombres procedentes de Macedonia superaría los 30.000. El número de soldados capaces de combatir alcanzó su máximo a finales del año 333 y, más tarde, a finales del 331, para ir declinando durante el resto del reinado. Es difícil seguir la pista del efecto que produjeron los refuerzos. No tuvieron como resultado ningún cambio importante en la organización. Por lo que sabemos, los refuerzos que llegaron se dividieron entre las unidades existentes de acuerdo con sus orígenes regionales. Así pues, los batallones de la falange siguieron siendo seis entre el Gránico y Gaugamela, si bien el complemento de cada batallón se incrementó notablemente. Incluso los refuerzos masivos

²⁷ Diod., XVII, 65, 1; Curcio, V, 1, 40-42; cfr. Arr., III, 16, 10.

²⁸ Arr., VII, 12, 4; Justino, XII, 12, 9.

²⁹ Cfr. Brunt (1963), p. 19. Para otras estimaciones, véanse Schachermeyr (1973), p. 491; Milns (1976), p. 112.

traídos por Amintas se incluyeron, sin más, en las unidades existentes de acuerdo con su nacionalidad. Sólo en el momento de la invasión de la India hay constancia de la existencia de un séptimo batallón de la falange, y este es circunstancial: aparecen los nombres de siete comandantes situados de modo simultáneo al frente de los *taxeis* de la falange³⁰. Las razones para este cambio son totalmente oscuras. Uno de los batallones pudo haber crecido de modo desproporcionado gracias a los refuerzos y a las pérdidas irregulares y por ello pudo dividirse y quedar bajo dos mandos. Esto es, sin embargo, pura especulación. No sabemos el motivo y no tenemos indicaciones acerca del momento en que se produjo el cambio ni cuánto duró.

A finales del año 331 se produjo una cierta reorganización cuando llegaron los refuerzos macedonios de Amintas. Alejandro dividió los *ilai* de la caballería en dos *lochoi* y nombró nuevos subcomandantes, ascendidos por méritos y no por sus lazos regionales³¹. Era una ruptura con la tradición y el rey debía de tener fuertes razones para hacerlo. Es muy probable que se tratara de un primer paso para romper los lazos entre los comandantes originales y sus hombres. Ahora había un nivel intermedio de mando en el cual los oficiales no tenían necesariamente contacto con sus hombres y debían su nombramiento tan sólo al favor real. Un proceso similar pudo tener lugar en la organización de los hipaspistas. Por desgracia, Curcio (V, 2, 2-5) mutila los detalles³², pero parece que se introdujo otro puesto de mando en la jerarquía y los nuevos oficiales, también en esta ocasión, ascendieron sólo por mérito militar. A partir de este momento, el cuerpo de hipaspistas tuvo tanto quiliarquías como pentacosiarquías, unidades de 1.000 y 500 hombres, y hubo una nueva categoría de oficiales de rango relativamente humilde.

Después del 330, toda la caballería macedonia parece haber sido reorganizada. La unidad básica ya no era el *ile* sino una nueva formación llamada «hiparquía». Estas nuevas unidades aparecen mencionadas en la parte ptolemaica de la narración de Arriano durante la primavera del año 329³³ y, a partir de aquel momento, «hiparquía» es el término que se aplica de modo casi invariable a las unidades de caballería. Cuando oímos hablar de *ilai*, aparecen como subdivisiones: cada hiparquía comprendía un

³⁰ Arr., IV, 22, 7 (Gorgias, Clito, Meleagro); IV, 24, 1 (Ceno, Átalo); IV, 25, 6 (Ceno, Poliperconte); IV, 27, 1 (Alcetas). Cfr. Milns (1966); Bosworth (1973), pp. 247 y 249.

³¹ Arr., III, 16, 11; cfr. Diod., XVII, 65, 3.

³² Arr., VII, 25, 6; Plut., *Al.*, 76, 6. Cfr. Bosworth (1980a), pp. 148-149; Milns (1971), pp. 189-192.

³³ Arr., III, 29, 7. Hay una referencia anacrónica anterior en Arr., I, 24, 3. Diod., XVII, 57, 1 describe a los *ilai* de Gaugamela como hiparquías: ejemplo claro de sustitución del término posterior.

mínimo de dos *ilai* (Arr., VI, 21, 3-4; 27, 6). El *ile* Real también desaparece como título y la sustituye el término *agema*: ahora, la guardia de infantería y de caballería de Alejandro recibían el mismo nombre. Por desgracia, no tenemos una lista de las hiparquías y de sus comandantes similar a la lista de *ilai* de Gaugamela, y sólo podemos deducir su número por indicios que aparecen al azar en la narrativa de la campaña. Parece como si hubiera ocho hiparquías, además del *agema*, durante toda la campaña de la India³⁴, pero no hay modo de saber si el número se mantuvo constante desde el principio. Ptolomeo, por lo menos, llevó consigo tres hiparquías de Compañeros en su persecución de Beso, y esta era claramente sólo una fracción de la fuerza total. No es improbable que hubiera ocho hiparquías ya en el año 329.

El otro cambio fundamental de este periodo es la desaparición aparente de los *prodromoi*. No hay constancia de que esta unidad entrara en acción bajo este nombre tras la muerte de Darío. Existe una breve referencia a los *sarisophoroi* en el año 329, cuando, al parecer, todavía estaban agrupados en *ilai* (Arr., IV, 4, 6). Quizá todavía no estaban divididos en hiparquías, pero la caballería mercenaria había sido organizada así y, a fortiori, se podría esperar que las tropas macedonias hubieran sufrido la misma transformación. Podría ser que el término *ile* fuera utilizado ya en su sentido técnico posterior y que los *sarisophoroi* del año 329 estuvieran movilizados en subgrupos contra sus enemigos sacas. En cualquier caso, se trata de su última aparición y parece razonable deducir que fueron amalgamados con la caballería de los Compañeros y organizados con las hiparquías. Por ejemplo, cada hiparquía podría haber tenido una subdivisión de *sarisophoroi*. Estos la habrían hecho más versátil cuando estaban lejos de la base y las subunidades podían destacarse para un servicio especial durante una emergencia, como, por ejemplo, el paso del Jaxartes.

Desconocemos la fuerza relativa de las hiparquías. Tenemos algún indicio del periodo de los Sucesores que apunta que los miembros del *agema* eran 300³⁵. En relación con el resto de los Compañeros, sólo contamos con el dato de Arriano, que da la cifra de 1.700 hombres en relación con las tropas embarcadas al principio del viaje al Indo (Arr., VI, 14, 4), pero nada indica que ese fuera todo el contingente. Perdicas, por lo menos, estaba lejos, ocupado en otras misiones (Arr., VI, 15, 1) y tal vez no era el único ausente³⁶. Todo lo que tenemos es una cifra mínima y esta

³⁴ Brunt (1963), p. 29; Bosworth (1980a), pp. 375-376.

³⁵ Diod., XIX, 28, 3 y 29, 5 (*agema* de Eumenes y Antigono en 317), III, 71A 76.

³⁶ Según Arriano (*Indo* 19, 2), los hipaspistas, los arqueros y la caballería de dos compañeros sumaban 8.000 hombres en el año 325, pero no está claro cómo debían dividirse los grupos. En otro sitio (VII, 2, 2) afirma que sólo el *agema* de caballería se embarcó en esta ocasión.

es sorprendentemente alta, casi tanto como todo el cuerpo de la caballería macedonia en el Helesponto. Hasta el año 331/330 los refuerzos fueron numerosos, pero el ritmo de desgaste debió de ser alto. Si los Compañeros eran un mínimo de 1.700 en el año 326, todo indica que habían absorbido a los *prodromoi*.

No tenemos datos sobre las causas de la reorganización, pero probablemente fueron importantes. Los términos técnicos, en especial los tradicionales, no se cambian sólo por el gusto por la novedad. No cabe duda de que la ejecución de Filotas estuvo relacionada de un modo u otro con el cambio. Tras la muerte de Filotas, Alejandro no quiso nombrar un nuevo comandante para todo el cuerpo de caballería, sino que dividió a los Compañeros entre Clito, el veterano comandante del *ile* Real, y Hefestión, su mejor amigo³⁷. La división se realizó por motivos de seguridad (Arr., III, 27, 4) y pudo formar parte de una reorganización más general de la caballería para reducir los lazos de lealtad personal. Casi un año antes, Alejandro había introducido subunidades (*ochoi*) con comandantes escogidos por sus méritos. Hay también un leve indicio que apoya la tesis de que Alejandro iba haciendo pruebas: las tropas destinadas a rodear al enemigo en las Puertas Persas incluían una *tetrarchia* de caballería (Arr., III, 18, 5), unidad de la que no tenemos constancia antes ni después. Alejandro pudo haber estado cambiando de modo deliberado el equilibrio de la caballería, atacando los lazos regionales de los *ilai* con el fin de obtener una fuerza más homogénea. Pudo haber también consideraciones logísticas. Tal vez el tamaño de los *ilai* quedara desequilibrado debido a pérdidas desproporcionadas en la batalla y a un crecimiento irregular debido a los refuerzos que, probablemente, no se dividieron con igualdad matemática entre las zonas de reclutamiento; pudo ser necesario distribuirlos de modo irregular para equilibrar su número. En cualquier caso, los viejos *ilai* desaparecieron, al igual que sus comandantes: por lo que se sabe, sólo Demetrio, hijo de Altámenes, continuó con una hiparquía³⁸. En su lugar aparecieron nuevas unidades compuestas, cuyos comandantes fueron la elite de la corte de Alejandro (A) *obul h. galy lsh oigpinq*

No tenemos datos que acrediten una reorganización similar en la infantería de la falange. La división entre los hipaspistas y los batallones de la falange persistió hasta el final del reinado y, exceptuando la aparición de un séptimo batallón, nada sabemos sobre ningún cambio importante.

37 Arr., III, 27, 4. Arriano llama a estos comandantes *ἡπάρχαι*, pero eso no implica que

hubiera sólo dos hiparquías. Emplea el término *ἡπάρχαι* con un significado muy elástico y puede aplicarlo tanto a oficiales de baja graduación (cfr. III, 11, 6) como a comandantes en jefe (I, 25, 2); no es un término técnico en el mismo sentido que lo es *ἡπαρχία*.

38 Arr., III, 11, 8; IV, 16, 3; cfr. Berve (1926), 2 núm. 256.

Hay una innovación menor en relación con la nomenclatura. Justo antes de que Alejandro entrara en la India, se dice que introdujo el uso de escudos de plata en su ejército y acuñó el título *argyraspides* (Justino, XII, 7, 5). Este nuevo término estaba reservado a los hipaspistas y, por lo que parece, era de uso común hacia finales del reinado³⁹, pero no tuvo su mejor momento hasta después de la muerte de Alejandro. Entonces, los hipaspistas de Alejandro mantuvieron su identidad colectiva e insistieron en utilizar el título de *argyraspides*, que los distinguía de los distintos cuerpos de hipaspistas formados por los Sucesores⁴⁰. En vida de Alejandro, cuando no había rivalidades, el término usado más generalmente parece haber sido el de «hipaspista». Esta unidad mantuvo su posición de elite durante todo el reinado y lo más probable es que recibiera suplementos del resto de la falange para mantener sus efectivos relativamente estables. Tras la muerte de Alejandro, estaba integrada todavía por 3.000 hombres y sus miembros eran todos curtidos veteranos de las campañas de Alejandro. En el año 317 a. de J.C. se dijo que todos sus hombres superaban los sesenta años, afirmación sin duda exagerada, pero que procede de un testigo contemporáneo, Jerónimo de Cardia⁴¹. Los hipaspistas incluyeron a los más expertos soldados de infantería durante todo el reinado y debió de haber un movimiento continuo de hombres escogidos procedentes de los batallones de la falange, la cual, como consecuencia, se vio perjudicada. Tras la desmovilización de los 10.000 veteranos en Opis, el núcleo de las tropas de la falange, incluidos los hipaspistas, se vio reducido amenos de 10.000 y, a finales del reinado, Alejandro se vio obligado a reforzarlo con infantería iraní (Arr., VII, 23, 3-4). Sólo cuatro hombres de cada fila de dieciséis eran macedonios y estaban situados delante y detrás; la masa de la formación estaba integrada por persas armados con arcos y jabalinas utilizadas como proyectiles. La falange mixta que resultaba de esto estaba ideada para lanzar tan sólo ataques frontales y carecía por completo de la flexibilidad que caracterizaba a las maniobras de la infantería al principio del reinado. Era una improvisación para sacar el máximo partido posible de los escasos soldados de la falange entrenados en el uso de la *sarisa*, así como de la superabundancia de iraníes sin formar. Este número relativamente escaso de soldados de infantería macedonios en el año 323 explica en gran medida la rápida capitulación de la caballería en el conflicto que se produjo tras la muerte de Alejandro. La gran diferencia que había entre los dos cuerpos al principio del reinado se había reducido mucho.

³⁹ Arr., VII, 11, 3; aparece como anacronismo en los relatos de la vulgata sobre Gaugamela (Diod., XVII, 57, 2; Curcio, IV, 13, 27).

⁴⁰ Anson (1981); *contra* Lock (1977b).

⁴¹ Diod., XIX, 41, 2 (cfr. 30, 6); Plut., *Eum.*, 16, 7-8; cfr. Hornblower (1981), pp. 190-193.

EL USO DE TROPAS ORIENTALES

El momento decisivo en la evolución del ejército de Alejandro parece haber sido el año 330. Hasta entonces, el componente macedonio se iba reforzando progresivamente, de modo que alcanzó uno de sus puntos culminantes antes de Isos y tras la llegada del gran contingente de Amin-tas a finales del 331. En ese momento, a Alejandro le pareció seguro renunciar a las tropas no macedonias. Las fuerzas de la Liga de Corinto, tanto la infantería como la caballería, fueron desmovilizadas de Ecbatana en la primavera del año 330⁴²; incluso la caballería tesalia que se había reen-ganchado fue licenciada en el Oxo antes de que transcurriera un año (Arr., III, 29, 5). Alejandro pasó a confiar en el núcleo macedonio para la vanguardia y en los mercenarios para las labores de apoyo. Estos últimos eran importantes y fueron reclutados en número cada vez mayor (véanse, más arriba, pp. 312-313) pero lo probable es que se distribuyeran en cuanto llegaban. Las fuentes, si bien son parciales, dicen que más de 36.000 quedaron en los ejércitos de los sátrapas o en las nuevas fundaciones, y tenemos datos sobre muchos asentamientos en los que no se da el número de mercenarios que había⁴³. Las pérdidas eran constantes y Alejandro no debió de tener un gran número con su ejército de operaciones en ningún momento. Con el complemento helénico de su ejército reducido y con pocos refuerzos, si es que había alguno, procedentes de Macedonia, el rey se lanzó a tres años de lucha de guerrillas, primero en la meseta iraní y después en Bactria-Sogdiana. No es sorprendente que necesitara recurrir a las tropas orientales en mayor medida cada vez. Es difícil fijar el momento en que se inició este proceso. Desde finales del año 330, Alejandro utilizó una tropa especializada de jinetes lanzadores de jabalina que, por lo general, se da por hecho que eran de origen persa. Esto es posible, pero no tenemos datos que lo confirmen. Alejandro recurrió a ella inmediatamente para poner una guarnición en Aria (Arr., 25, 2), y no tenemos constancia de que ninguna otra unidad oriental desempeñara esta función, ni siquiera en las satrapías de la India. Es también posible que la nueva unidad estuviera compuesta por caballería de origen europeo⁴⁴. Los peonios, por ejemplo, no aparecen mencionados después de Gaugamela y, como caballería ligera, podrían haber formado el núcleo de la unidad especializada de lanzadores de jabalina, que se asocia en acción con los agrianes, también procedentes de Peonia (cfr. Arr., IV, 26, 4; VI, 17, 4).

⁴² Arr., III, 19, 6-7; Plut., *Al.*, 42, 5; Diod., XVII, 74, 3-4; Curcio, VI, 2, 17; cfr. Tod, *GHI* núm. 197.

⁴³ Para las cifras detalladas, véanse Berve (1926), pp. 1 y 146-149; Griffith (1935), pp. 20-23. Cfr. Wirth (1984).

⁴⁴ Bosworth (1980b), pp. 14-15; *contra* Berve (1926), pp. 1 y 151; Brunt (1963), p. 42.

La primera vez que se utilizaron tropas orientales de modo inequívoco fue en el invierno del 328/327. A finales de la campaña en Sogdiana, la caballería local reclutada servía junto con las fuerzas macedonias (Arr., IV, 17, 3). Alejandro llevó consigo a la India a unos cuantos más y, en el Hidaspes, utilizó caballería procedente de Aracosia, Parapamisada, Bactria, Sogdiana y los territorios de los sacas del norte (Arr., V, 11, 3; 12, 2). Los reforzó con levás procedentes de príncipes indios amigos hasta que las fuerzas bajo su mando alcanzaron un total, casi increíble, de 120.000 hombres (Arr., Ind., 19, 5), de los que sólo una parte habrían sido macedonios. Hasta el momento, la caballería oriental luchó en unidades nacionales separadas, con la única excepción del cuerpo de arqueros a caballo —reclutados, por lo menos en parte, entre los dahos nómadas— que se desplegaba normalmente junto con las tropas macedonias. La mayoría se encontraba en la misma situación que los contingentes ilirios y tracios en el año 334; es decir, eran reclutados tanto para reducir la resistencia en sus países de origen como para aumentar la fuerza del ejército de Alejandro. Según parece, mantuvieron su identidad sin mezclarse hasta su regreso al oeste, cuando se produjo una cierta integración con la caballería macedonia. Según Arriano, uno de los principales motivos de queja de los macedonios en Opis fue la admisión de tropas orientales seleccionadas en la caballería de los Compañeros: se formaron cuatro hiparquías integradas tan sólo por soldados procedentes del este y una quinta que combinaba macedonios con iraníes⁴⁵. Nos gustaría mucho saber algo más sobre la transición, sobre el número de iraníes a los que afectó y su fuerza en proporción a los macedonios, pero el lenguaje de Arriano es siempre poco preciso. Lo único que podemos decir es que Alejandro concedió a un cierto número de iraníes el codiciado título de Compañeros y los agrupó en hiparquías junto con los macedonios. A excepción de los pocos iraníes de la quinta hiparquía mixta (y del puñado de nobles del *agema*) apenas se intentó integrar los dos grupos nacionales. Alejandro se limitó a poner juntos a dos grupos de Compañeros entre los que se daba una relación bastante difícil. En todo caso, los iraníes escogidos para ser admitidos entre los Compañeros eran una pequeña minoría en relación con los contingentes de su nacionalidad, que suponían la gran mayoría de la caballería que acompañó a Alejandro en sus últimos años.

Los datos en relación con la infantería oriental son menos ambiguos. Cuando Alejandro se marchó de Bactria en el año 327, dio órdenes para que se reclutara a 30.000 jóvenes y se los formara en las armas y la disciplina macedonias. De modo que los sátrapas y los comandantes de las ciu-

⁴⁵ Arr., VII, 6, 4. Para esta interpretación, véase Bosworth (1980a), pp. 15-17 y 20-21. Véanse también a Brunt (1963), pp. 43-45; Griffith (1963), pp. 68-74; Badian (1965a); Hammond (1983b).

dades de las provincias del este organizaron un programa conjunto de formación para el que, sin duda, utilizaron como instructores a los veteranos instalados en las nuevas fundaciones; ya principios del año 324, la nueva falange se presentó en Susa y desplegó una impresionante exhibición ante el mismo rey⁴⁶. No se intentó fundir este nuevo cuerpo con la falange macedonia, sino que se convertiría en una formación rival, un *antitagma*, tal como lo llama Diodoro⁴⁷, para utilizarla como entidad separada. El sugerente nombre (*Epigoni*) dado a estos reclutas implica que Alejandro pensó en ellos como herederos de su falange macedonia, que estaba casi jubilada. La nueva unidad mantuvo su integridad mientras la auténtica falange macedonia se adulteraba con la mezcla producida por las levas de Peucestas en Pérsida (véase, más arriba, p. 200). Hasta que llegaron los refuerzos de su país de origen, los macedonios (con la excepción tal vez de los hipaspistas) quedaron inmersos en una masa de infantería iraní: su pericia era indispensable, pero su número escaso. Por otra parte, había ya iraníes escogidos, expertos en las técnicas macedonias y que formaban una reserva que el rey podía utilizar como infantería para la primera línea de combate.

El carácter del ejército había cambiado de modo irreversible. Los macedonios ya no gozaban de la supremacía sobre otras unidades del ejército. No sólo los superaban en número sino que había contingentes de iraníes que tenían un prestigio casi igual: las nuevas hiparquías de Compañeros y la falange de los epígonos. El cambio del ejército reflejaba la transición del propio Alejandro, que pasó de ser rey de Macedonia a convertirse en rey de Asia. Sus macedonios ya no eran para él una elite privilegiada, sino súbditos, al mismo nivel que los iraníes. En Opis había hecho saber que, en caso necesario, cubriría las plazas de su ejército y de sus oficiales con persas, y su nuevo ejército lo recordaba de modo constante. Además, el futuro de este estaba definido con claridad. Las bases en las que había reclutado a los nuevos soldados habían sido las satrapías del este del imperio, pero estos llevarían a cabo su servicio en el oeste, en condiciones que les eran tan ajenas como lo había sido Bactria para los macedonios. Al final, vivirían en una situación de desarraigo en la que la única constante sería su jefe, Alejandro. El proceso iría todavía más lejos en la siguiente generación. Alejandro había retenido de modo premeditado a los hijos de sus veteranos macedonios cuando los desmovilizó, con la promesa de formarlos al estilo macedonio⁴⁸. El fin último de Alejandro era unirlos en una fuerza militar sin lazos de raza o procedencia, leales sólo a él. La transformación del ejército nacional macedonio, con sus unidades formadas a partir del origen regional de los soldados, no podía haber sido más completa.

⁴⁶ Arr., VII, 6, 1; Plut., *Al.*, 71, 1; Diod., XVII, 108, 1-3; Curcio, VII, 5, 1.

⁴⁷ XVII, 108, 3: cfr. Briant (1982b), pp. 32-41.

⁴⁸ Arr., VII, 12, 2; Justino XII, 4, 2-10.

LA ESTRUCTURA DE MANDO

Poco se sabe de la estructura de mando del ejército en sus niveles inferiores, aunque tenemos indicios que sugieren una compleja jerarquía. En la falange, cada fila o *dekas* tenía cuatro miembros de rango superior, que también recibían mayor paga. Además del jefe de la fila (*dekadarches*), dos hombres recibían paga doble (*dimoirítai*) y un tercero, paga y media (Arr., VII, 23, 3; *Succ.*, F 24, 2). Servían en posiciones destacadas y se les pagaba según su pericia. Por encima de ellos se encontraban los comandantes de los *lochoi*. No sabemos nada de su número y no tenemos ningún hombre registrado, pero eran lo bastante importantes como para que Alejandro los incluyera en el consejo que se celebró antes de Gaugame-la Arr., III, 9, 6). Los hipaspistas habrían tenido una organización similar para sus filas, pero el único grado intermedio entre la fila y la quiliarquía parece haber sido la «pentacosiarquía», cuyos comandantes fueron relativamente oscuros⁴⁹. Las subdivisiones de la caballería de los Compañeros constituyen un misterio similar. La primera división de la que tenemos constancia es el *hekatostys*⁵⁰, que habría tenido una fuerza nominal de 100 hombres (aunque la analogía con la *dekas* de la infantería nos advierte de que no podemos tomarnos la cifra muy en serio); y desde 331/330 existieron las subdivisiones en *lochoi*, de mayor tamaño. No se sabe nada de estos mandos menores y el único nombre que tenemos es el del «hiparco» Calines, que intervino brevemente en Opis (Arr., VII, II, 6).

Las posiciones más importantes de la jerarquía eran, naturalmente, los mandos de los contingentes individuales, pero incluso en los niveles más altos había diferencias de rango difíciles de dilucidar. Antes de Isos, Alejandro convocó a su consejo a los comandantes de la infantería, a los ilarcos de la caballería y a los comandantes de los aliados (Arr., II, 7, 3); y se celebró una reunión similar antes del sitio de Tiro que incluyó a todo el cuerpo de *hetairoi*, así como a los comandantes de las unidades específicas Arr., II, 16, 8). Estos episodios tan sólo nos dan la totalidad del alto mando y no la jerarquía existente en su interior. Sin embargo, parece que los comandantes de los *ilai* de la caballería se encontraban en un nivel ligeramente inferior. Arriano (II, 10, 2) los asocia con los oficiales de los *lochoi* de la infantería y los oficiales mercenarios más destacados, por debajo de los oficiales de mayor graduación. Esto encaja con el resto de los datos. Aunque los ilarcos en alguna ocasión aparecen mencionados por su nombre en la narrativa de la campaña, no eran muy notables (excepto Clito el Negro, comandante del *ile* Real); y nunca se les concedían pues-

⁴⁹ Curcio, V, 2, 5; cfr. Berve (1926), pp. 1 y 127-128; Milns (1971), pp. 192-194; Bosworth (1980a), p. 149.

⁵⁰ Arr., VII, 27, 6; VII, 24, 4.

tos independientes. Lo mismo parece haber sucedido con los oficiales de los hipaspistas: los quiliarcos y pentacosiarcos se encontraban en un nivel notablemente inferior al de los comandantes de los batallones de la falange, los generales propiamente dichos (cfr. Arr., VII, 25, 6). Parece como si el primer nivel de mando por debajo de Parmenión y el mismo rey comprendiera a todos los comandantes de la caballería de los Compañeros y los hipaspistas (los dos hijos de Parmenión, Filotas y Nicanor), y a los seis generales de los *taxeis* de la falange. Son ellos los que aparecen al frente de múltiples contingentes en ausencia del rey y de Parmenión: Filotas, por ejemplo, llevó la caballería y tres *taxeis* de la falange para hacer frente a la flota persa en el monte Mícale (Arr., I, 19, 8), y Crátero y Perdicas quedaron al frente de las operaciones en Tiro mientras Alejandro llevaba a cabo una campaña en el Antilíbano (Curcio, IV, 3, 1). Si alguno de los miembros de este grupo llegó a estar por encima de los demás durante los primeros años, probablemente ese fue Crátero, el cual tuvo el mando general de la infantería en el costado izquierdo tanto en Isos como en Gaugamela, y quedó al frente del campamento en las Puertas Persias mientras Alejandro daba un rodeo⁵¹.

Una posición algo anómala en la jerarquía de mando es la de los guardias personales del rey. Este grupo, el círculo interior de los *hetairoi*, era la reliquia institucionalizada de la vieja guardia personal del rey integrada por nobles y todavía constituía el entorno inmediato del rey⁵². La pertenencia a este grupo era incompatible con todo puesto alejado de la corte, y tanto Bálacro como Menes fueron sustituidos en cuanto se les asignó mando en las provincias⁵³. También parece haber sido incompatible con un puesto de mando en el ejército. Durante los primeros años del reinado, no se conoce ningún ejemplo de un guardia del rey que ocupara un puesto superior; y, cuando Ptolomeo, hijo de Seleucu, se puso al frente de un batallón de la falange, perdió el título de guardia personal⁵⁴. Sin embargo, algunos miembros de la guardia personal aparecen ocasionalmente al mando de grupos del ejército en situaciones puntuales; otro Ptolomeo, también de la guardia personal del rey, estuvo al frente de una fuerza conjunta de hipaspistas y soldados con armas ligeras durante el sitio de Halicarnaso (Arr., I, 22, 4-7). Parecía como si el grupo, en conjunto, tuviera el mismo nivel que los comandantes de los batallones de la falange, pero sus miembros no tenían un lugar propio en la estructura de mando. Lo mismo puede decirse de Parmenión: no tenía un mando específico propio, pero Alejandro lo utilizaba continuamente como segun-

⁵¹ Arr., II, 8, 4; Curcio, III, 9, 8; Arr., III, 11, 10; 18, 4; Curcio, V, 4, 14.

⁵² Berve (1926), pp. 1 y 25-30; Hammond y Griffith (1979), pp. 2 y 403.

⁵³ Berve (1926), 2 núms. 200, 507.

⁵⁴ Arr., I, 24, 1; cfr. II, 8, 4; 10, 2; 12, 2.

do jefe; se encargaba del ala izquierda en las batallas más importantes y tenía prioridad para escoger en las campañas secundarias. Como resultado, estaba especialmente ligado a las fuerzas aliadas y mercenarias (Diod., XVII, 17, 3, incluso le da un vago mando eneral de la infantería), que normalmente quedaban bajo su mando, pero no había un único cuerpo de tropas destinado a él de modo fijo.

En el curso del reinado tuvieron lugar varios cambios. En particular, los mandos de la caballería se hicieron mucho más importantes y eclipsaron con mucho a las posiciones de la falange. Esta fue una clara decisión táctica de Alejandro. Tras la ejecución de Filotas y el asesinato de Parmenión, Alejandro se opuso a los mandos amplios y únicos, y eliminó el puesto que había tenido Filotas⁵⁵. Dividió a los Compañeros por primera vez entre Clito el Negro y Hefestión, pero las hiparquías individuales pronto se convirtieron en entidades importantes por derecho propio y, en el momento de la invasión de la India, los comandantes de las iparquías parecen tener todos el mismo rango. Entonces los taxiarcos de la falange más apreciados fueron trasladados a hiparquías: Perdicas, Crátero y, más tarde, Clito el Blanco⁵⁶. Al mismo tiempo, la separación de la guardia personal de la estructura de mando fue disminuyendo gradualmente. Perdicas, que fue ascendido a la guardia personal en el año 330, estuvo al frente de una hiparquía en el año 327, y Hefestión combinó ambas funciones de modo parecido. También eran posibles otras combinaciones. Es muy probable que Pitón, hijo de Crateas, guardia personal en el año 325, sea el Pitón que aparece en los textos al frente de un batallón de la falange en 326/325⁵⁷. Pero la guardia personal se asociaba principalmente con la caballería, y la asociación se hizo más intensa a medida que la infantería declinaba en número de soldados, durante los últimos años de Alejandro. Cuando Crátero se llevó el contingente de veteranos de Opis en el año 324, tenía con él, por lo menos, tres taxiarcos de la falange, entre los cuales estaba el veterano Poliperconte⁵⁸. Meleagro fue el único comandante de la falange que permaneció en su puesto hasta la muerte de Alejandro, e hizo frente al motín de la infantería en Babilonia casi solo. En cambio, los ocho comandantes que se mencionan junto con la caballería eran los hombres más destacados que quedaban en la corte, y seis

⁵⁵ Arr., III, 27, 4; cfr. I, 25, 5.

⁵⁶ Arr., IV, 22, 7; V, 12, 2 (*taxis* de la falange); V, 22, 6; VI, 6, 4 (hiparquía). El hecho de que Clito fuera licenciado en Opis con Crátero no implica que retuviera el mando de la falange. Sin embargo, véanse Berve (1926), 2 núm. 428; Hammond (1980b), pp. 466-467.

⁵⁷ Arr., VI, 6, 1; 7, 2-3 (*taxis* de la falange); VI, 28, 4 (guardia personal). Pace Berve (1926), 2 núms. 621 y 623, no hay ninguna buena razón para rechazar la identificación de Pitón, hijo de Crateas, con el jefe de la falange. A finales del reinado, pudo pasar a un puesto de mando de la caballería (Arr., *Succ.*, F I, 2).

⁵⁸ Justino, XII, 12, 8 (Poliperconte, Gorgias y Antígenes (cfr. Arr., V, 16, 3)).

de ellos aparecen antes como miembros de la guardia personal⁵⁹. Es una ilustración drástica de cómo el equilibrio de poder había cambiado. Los comandantes de la falange no habían sido degradados, pero la caballería se hizo mucho más importante a medida que a la flor y nata de la corte se le asignaba mando en ella. Y, por encima de todo, cuando Alejandro nombró visir (quiliarco) a Hefestión, no la asoció con la guardia de la infantería, como parece haber sido el caso con sus predecesores Aqueménidas, sino que la puso al frente de su hiparquía, que a partir de entonces se conoció como la quiliarquía de Hefestión⁶⁰. El cambio de énfasis es cierto, pero no podemos hacer más que conjeturas acerca de sus motivos. Hay algunos datos que indican una desilusión creciente entre la infantería en el momento del asesinato de Parmenión y esta culminó en los dos motines, el del Hifasis y el de Opis, y no sería sorprendente que Alejandro hubiera tenido como objetivo deliberado aumentar el prestigio y la importancia de la caballería.

La otra transformación importante en la organización militar es la creciente movilidad del mando. Desde finales del año 330, cuando estalló la guerra de guerrillas en el este del Irán, se inició una tendencia creciente a dividir el ejército entre varios mandos, creados con un fin estratégico específico. Al principio del año 328, por ejemplo, Alejandro dejó cuatro comandantes de la falange en Bactra para que controlaran la zona situada al sur del Oxo y después dividió el resto del ejército en cinco columnas separadas mandadas por oficiales superiores, tres de los cuales son conocidos miembros de la guardia personal (Arr., IV, 16, 1-3). Estas divisiones son muy distintas de las campañas separadas que, según los datos, se produjeron al principio del reinado. Entonces, Alejandro tendía a destacar sus tropas aliadas y mercenarias mientras retenía las fuerzas macedonias al completo. Ahora, pasó a dividir sus fuerzas de modo más o menos indiscriminado, macedonios y mercenarios por igual. Alejandro dio estos mandos separados a un número relativamente pequeño de oficiales: Crátero, Hefestión, Ceno y Perdicas, que tendieron a ser utilizados desde el primer momento, y Ptolomeo (hijo de Lago), Leónato, y, más tarde, Pitón en caso de que fueran necesarias columnas secundarias. En la marcha a la India, Hefestión y Perdicas fueron enviados por delante en dirección al Indo con una gran fuerza que comprendía casi la mitad de los macedonios y toda la infantería mercenaria (Arr., IV, 22, 7), mientras Alejandro llevaba a cabo una campaña intensiva a lo largo del valle del Cofén, en la que utilizó una multitud de columnas más pequeñas que unía cuando la ocasión lo pedía⁶¹. Uno de

⁵⁹ Arr., *Succ.*, F 1, 2 (Perdicas, Leónato, Ptolomeo, Lisímaco, Aristono, Pitón).

⁶⁰ Arr., VII, 14, 10; Diod., XVII, 48, 4; cfr. Schachermeyr (1970), pp. 31-37 (véase, sin embargo, Lewis [1977], pp. 17-19).

⁶¹ Arr., IV, 23, 5-24, 1; 24, 8-10; 27, 1, 5-6; 28, 7-8; 30, 6.

los rasgos peculiares de estas misiones es la tendencia a destacar a los comandantes de las falanges de sus tropas. En el verano del año 327, Crátero se quedó para pacificar el territorio que rodeaba la ciudad de Andaca junto con el resto de los comandantes de la infantería, aunque sus fuerzas contenían, como mucho, dos *taxeis* (Arr, IV, 23, 5; 24, 1); y, en el Hidaspes, tres comandantes de la falange (Meleagro, Átalo y Gorgias) fueron, por lo que parece, separados de sus *taxeis* y se utilizaron en tácticas de diversión con la infantería y la caballería mercenarias (Arr, V, 12, 1). Lo que es más, Ceno, que estuvo al mando de un batallón de la falange desde el año 334 hasta su muerte a finales del 326, tuvo un papel predominante a la cabeza de la caballería en el Hidaspes, y Arriano incluso le asigna una hiparquía⁶². Seguramente, este último mando fue temporal, pero resulta desconcertante y es una buena ilustración de la variabilidad de los puestos superiores a finales del reinado. Y no sólo se rieron afectados los altos mandos: cuando Nearco, el quiliarco de los hipaspistas, fue enviado a una misión de reconocimiento en el año 327, sus tropas se limitaron a la infantería ligera y su propia quiliarquía se asignó a otra persona, tal vez a su colega Antíoco⁶³.

Las razones de este cambio fueron, hasta cierto punto, de orden militar. Cuanto más variadas eran las operaciones del ejército, más fluida se hacía la estructura de mando. Pero intervino también un factor político. En el momento de la ejecución de Filotas, e incluso antes, Alejandro estaba preocupado por el problema de confiar grandes contingentes de tropas a un único comandante. Alejandro lo contrarrestó de distintos modos: interpuso nuevos puestos subordinados en la jerarquía, trasladó a los mandos con mayor frecuencia y destacó a oficiales superiores para servicios especiales lejos de sus unidades. Lo que pretendía era convertirse en el único foco de lealtad del ejército. Parmenión no tendría sucesor. Crátero constituye el paralelo más cercano debido al alcance de su mando y a la devoción que inspiraba en sus hombres, pero ni siquiera a él se le permitió identificarse con un único grupo en el ejército. Aunque era comandante de la caballería, en los textos sólo aparece una vez con su propia hiparquía (Arr., V, 11, 3), y las fuerzas expedicionarias que mandó variaban ampliamente de composición; por lo general incluían batallones de la falange, pero una selección distinta cada vez. No tuvo monopolio sobre ningún sector del ejército, ni tampoco lo tuvo ningún otro comandante. Los lazos regionales y personales habían perdido mucha importancia: el único factor de unidad era la persona del rey.

⁶² Arr., IV, 28, 8; V, 12, 2 (*taxeis* de la falange); V, 16, 3 (hiparquía); V, 21, 1 (*taxeis* de la falange).

⁶³ Arr., IV, 30, 6: sin embargo, véase Badian (1975), pp. 150-151.

D

La condición divina de Alejandro

El reinado de Alejandro marca un momento decisivo en el desarrollo del culto al gobernante. Tras su muerte, los honores divinos dedicados a los monarcas vivos se convirtieron casi en una costumbre, pero antes de su época estos fenómenos aparecen raras veces en las fuentes y los pocos ejemplos que tenemos de honores divinos destinados a hombres vivos han sido tratados con escepticismo por algunos estudiosos modernos. No cabe duda de que Alejandro cambió todo el clima de pensamiento, creó un precedente en la adoración de un soberano como la encarnación de dios y prefiguró el culto a los gobernantes helenísticos. Pero dista de estar claro el proceso de evolución que tuvo lugar durante el reinado y hasta qué punto Alejandro creía en su propia divinidad. En un primer nivel, tenemos la profunda conciencia de Alejandro de su ascendencia heroica (como Argéada, remontaba su linaje hasta Heracles y, en último término, hasta Dioniso): en otro nivel, está su convicción de que era, en cierto sentido, hijo de Zeus, el igual, como mínimo, de Heracles; y, por último, se encuentra la concepción de sí mismo como dios entre los hombres. Estas categorías son fundamentalmente distintas y representan distintos aspectos del pensamiento religioso griego, pero en el pensamiento de Alejandro pudieron estar mezcladas. El aceptar un papel podía conducirle de modo automático a otro, y el hijo de Zeus podía (tras suficientes halagos) llegar a considerarse un dios por derecho propio.

En un origen, la división entre el dios y el hombre había sido muy clara, basada en el abismo infranqueable que media entre la mortalidad y inmortalidad. Los dioses, por definición, eran eternos e inmortales, en tanto que los mortales, por definición, no eran ninguna de las dos cosas. Los cultos a los héroes proporcionaban un punto medio. Tras su muerte, los mortales de reconocida virtud y hazañas podían ser honrados con un recinto sagrado y con sacrificios cruentos, pero ese culto era, en esencia, el culto a los muertos, y el ritual era totalmente distinto del que se destinaba a los dioses del Olimpo. Antes del siglo IV a. de J.C., el culto como héroe era lo más que podía esperar un mortal y este se restringía a los fundadores de ciudades, como Bato en Cirene o Hagno y Brásidas en Anfípolis (Píndaro, *Pyth.*, V, 93-94; Tucídides, V, II, I). Los héroes eran sobrehumanos. Eran semidioses, iguales incluso a los dioses, pero sólo se asociaban con los dioses por analogía. Sin embargo, la analogía es frecuente desde los primeros tiempos y no se reduce sólo a los héroes. En

algunas ocasiones, podía considerarse que el hombre mortal había trascendido los límites de su mortalidad. Píndaro, que normalmente es inflexible en lo que respecta a la distinción fundamental entre mortales e inmortales, estaba dispuesto a conceder que, a pesar del carácter efímero de la vida humana, el hombre, en cierto modo, se acerca a los inmortales mediante la grandeza de su mente o de su naturaleza (*Nem.*, VI, 4-6). Las hazañas de un hombre pueden aproximarle a lo divino, tal como sugiere Píndaro en otro lugar, cuando describe la felicidad suprema de la victoria en los juegos en términos que recuerdan el estado de bendición de los dioses (*Pyth.*, VIII, 88-92). Para los mortales, este estado divino es transitorio, destinado a ser abatido por la fortuna adversa, en tanto que la felicidad de los dioses es permanente. Pero ¿y si la prosperidad de un hombre fuera constante? ¿Un dinasta no podía conseguir la felicidad permanente de un dios y ejercer un poder comparable al de los dioses en su capacidad de cambiar los destinos de los hombres? Aquí, Píndaro parece inequívoco. En su primera oda, afirma que el mayor esplendor para un hombre reside en conseguir él mismo la victoria y ver cómo su hijo lo repite; el brillante cielo sigue siendo inaccesible (*Pyth.*, X, 22, 9). Repetiría este mensaje para los tiranos de Sicilia, pero en las odas posteriores hay un interesante tono de advertencia. A Terón de Acragante, que ha alcanzado las columnas de Heracles por su éxito en Olimpia, se le advierte que lo que está más allá es inaccesible; sería una locura intentarlo (*Ol.*, III, 43-45). Los mismos sentimientos emergen en el brillante final de los Primeros Olímpicos, donde se advierte a Hierón que tan sólo puede mantener su posición: no puede trascenderla (*Ol.*, I, 113-115). Este aviso reiterado sugiere que los tiranos tenían la tentación de olvidar los límites de la mortalidad y asimilarse a lo divino, en especial en la atmósfera embriagadora de la adulación cortesana. En todo caso, Hierón obtuvo la gloria de la victoria sobre Cartago y Etruria; fue el fundador de Etna y, como tal, el futuro destinatario de la veneración como héroe (*Diod.*, XI, 66, 4) y, como Píndaro subrayó (F 105 Snell), su mismo nombre tenía connotaciones religiosas.

El testimonio de Píndaro es particularmente importante. No existe un género literario posterior en el cual podamos seguir la pista de una tensión semejante entre el panegírico inmediato y las sanciones religiosas tradicionales. Sin embargo, en la filosofía política del s. VI a. de J.C. destaca una línea de pensamiento similar. Aristóteles, en general, acepta la división básica entre el dios y el hombre (*NE* 1123a9-10), pero está dispuesto a contemplar la situación hipotética de una monarquía ideal en la que un hombre sería tan superior a sus compañeros que parecería un dios entre hombres (*Pol.* 1284a 10-11, 1332b 16-22). Esta observación no puede llevarse demasiado lejos, ya que Aristóteles está describiendo una situación que no considera posible y, en cualquier caso, no describe de

modo explícito a los hombres como dioses. Sin embargo, se acerca un poco más en la *Ética Nicomáquea*, cuando define lo opuesto a la brutalidad como una excelencia sobrehumana igual a la de los dioses y los héroes, y sugiere que el dicho popular puede ser cierto, que los hombres se convierten en dioses mediante una muestra incomparable de excelencia (NE 1145a 18-27). Este dicho popular lo ilustra perfectamente la descripción que da Isócrates del rey Evágoras de Chipre: consiguió la máxima felicidad, sin ninguna dosis de adversidad, destacó por su cuerpo y por su mente, alcanzó la vejez con salud y dejó una numerosa progenie situada en posiciones de poder. Todo lo que los poetas dijeron de los hombres en el pasado, que eran dioses entre los hombres o lo divino hecho mortal, resulta apropiado para él (Isócrates, IX, 72). En el lenguaje del elogio, parece claro que Isócrates considera adecuado asimilar este dirigente con lo divino. Es evidente que Aristóteles hace lo mismo cuando define los diversos honores y mezcla lo divino con lo humano: «Sacrificios, obras conmemorativas en prosa y en verso, privilegios, santuarios, asientos destacados, entierro público» (*Rhet.*, 1361a34-36). Cuando Aristóteles habla de sacrificios y santuarios, puede estar pensando en honores heroicos y no en la adoración a los hombres como dioses pero, aun así, su lenguaje sugiere que la ascensión a la categoría de héroe era relativamente frecuente en el mundo griego en su época.

Una cosa era describir a un gobernante como un dios entre los hombres y otra muy distinta ofrecerle verdadera adoración y los atavíos palpables del culto. El primer caso de un reconocimiento público como este es el de Lisandro. Según el historiador del s. III Duris de Samos, Lisandro fue honrado como un dios por las ciudades griegas tras la batalla de Egospótamos. Fue el primer griego al que se le erigieron altares y se le dedicaron sacrificios como a un dios. Los samios cambiaron el nombre de su festival nacional para denominarlo las Lisandreas (Plut., *Lys.*, 18, 5-6 = *FGH* 76 F 71). Estos detalles se han puesto en duda con frecuencia, pero ahora hay epígrafes que confirman que las Lisandreas se celebraron, por lo menos, en cuatro ocasiones durante el siglo IV¹. No parece haber motivo para poner en duda lo que cuenta Duris: que Lisandro fue adorado como un dios, y esta adoración debió de producirse durante su vida; la posibilidad de que se tratara de un culto póstumo parece altamente improbable, ya que fue durante su vida cuando Lisandro ejerció poder de vida y muerte sobre las ciudades que la reverenciaban, y era su poder temporal el que estas intentaban hacer propicio mediante sacrificios y ofrendas. Es posible (aunque no probable) que el culto se resucitara más

¹ Habitch (1970), pp. 243-244, fecha las Lisandreas en el año 404, mientras que Badian ([1981], pp. 33-38) insiste en que se trató de un culto póstumo, establecido a partir del 394.

tarde por motivos políticos, pero en sus orígenes debió de desarrollarse durante la vida de Lisandro. No hay datos sobre ningún caso comparable de un culto oficial durante las siguientes décadas, pero entonces ningún comandante gozaba del poder colosal que Lisandro había ejercido en el 405/404. Sin embargo, pudo haber actos locales de adoración en una escala más modesta. Es posible (aunque las fuentes no coinciden plenamente) que se votara conceder honores de héroe a Dion a su regreso de Siracusa en el año 357². De modo más riguroso, las fuentes dicen que Clearco, el excéntrico tirano de Heraclea (364-352), se divertía presentándose a sí mismo como hijo de Zeus y llamó a su hijo Ceraunos; y una tradición señala que fue adorado y ensalzado con honores olímpicos³. Si Clearco tenía pretensiones divinas, sin duda estaba en situación de imponerlas a sus desgraciados súbditos.

Cuando Filipo llegó al poder en Grecia, imperaba un clima de pensamiento compatible con la idea de que el gobernante destacado era un dios entre los hombres. Había también algún precedente dudoso de adoración de un gobernante vivo. No resulta muy sorprendente encontrar unas cuantas historias que cuentan que el propio Filipo recibió diversos honores próximos a los divinos. Los efesios introdujeron la estatua (secular) de Filipo en el templo de Ártemis (Arr., I, 17, 11), un gesto que era sin duda honorífico, pero no un acto de deificación (cfr. Paus., VI, 3, 15-16). Más significativo es el hecho, del que tenemos una constancia irrecusable, de que la población de Éreso, en Lesbos, erigió altares a Zeus Filipo (Tod, *GHI* núm. 191, 6). No podemos recuperar el significado exacto de este acto, pero parece cierto que Filipo estaba profundamente asociado con el culto a Zeus y que los sacrificios hechos a Zeus, en cierto modo, se ofrecían también a Filipo. No podemos decir si sólo en Éreso se le honraba de este modo pero, de entrada, parece poco probable. Muchas de las pequeñas ciudades estado de las islas y del continente pudieron aprovechar la oportunidad de ligar a Filipo de un modo u otro al culto de su ciudad. Existe incluso una tradición tardía y dudosa según la cual los atenienses sancionaron su adoración en el santuario de Heracles en Cinosarges⁴; como mucho, se refiere a la erección de una estatua honorífica en el recinto, como la de Éfeso. En cualquier caso, Filipo concibió una noción muy elevada de su propio estatus y la última ceremonia de su vida incluyó una pro-

² En relación con Dion, véase Diod., XVI, 20, 6, quizá simplificado en exceso Plut., *Dion.*, 46, 1 afirma que los siracusanos lo aclamaron como «salvador y dios» en el calor de la batalla, pero revela que había una seria oposición a los honores que más tarde se propuso concederle (*Dion.*, 48, 4-6) El entusiasmo previo a la batalla se diluyó más tarde e incluso la votación de concederle honores de héroe pudo no llegar a celebrarse.

³ «Suda» s. v. Κλέαρχος, corroborado en varios detalles por Memnón, *FGH* 434 F I (1, 1); Justino, XVI, 5, 8-11; Plut., *Mor.*, 338B. Para otros ejemplos, véase WEINREICH (1933), pp. 9-19.

⁴ Clem. Al., *Protr.*, IV, 54, 5; cfr. Fredricksmeyer (1979a); contra Badian (1981), pp. 67-71.

cesión en la cual su estatua aparecía asociada con los doce olímpicos, como si fuera su *synthronos* (Diod., XVI, 92, 5, cfr. 95, 1). Esta exhibición tendría más sentido si estuviera prefigurada por una serie de ocasiones específicas en las que Filipo hubiera estado asociado con cultos locales.

No hay pruebas de que Alejandro tuviera una temprana concepción de sí mismo como héroe o dios. En los primeros años de la campaña en Asia, el énfasis se pone en su linaje heroico, en que descendía de Éaco y de Aquiles por parte de madre, y de Heracles por parte de padre. Ya en la visita a Ilión (334) tuvo la precaución de ofrecer un sacrificio a Príamo en un acto expiatorio destinado a purgar el sacrilegio de su antepasado Neoptólomo (Arr., I, 11, 8) y sus favores a la ciudad se justificaron por su parentesco a través de Andrómaca (Estrabón, 594). Un año más tarde, Alejandro mostraría una consideración similar a la ciudad cilicia de Malo, con el débil pretexto de que tanto él como la ciudad descendían de Argos (Arr., II, 5, 9). Esto era mucho más que propaganda. Alejandro creía firmemente en sus antepasados heroicos y se veía constantemente siguiendo sus pasos. Aceptó el sincretismo tradicional griego y consideró que las deidades de Oriente Próximo eran manifestaciones locales de los dioses griegos. Así pues, sus antepasados nunca estaban muy lejos. Esto fue fatal para la gente de Tiro. El dios de su ciudad, Melkart, fue identificado con Heracles y, desafiando la cronología (cfr. Heródoto, II, 44, 4; Arr., II, 16, 1), Alejandro lo reconoció como antepasado suyo (Curcio, IV, 2, 3) y quiso ofrecerle un sacrificio. La negativa condujo directamente al sitio y la destrucción de la ciudad. Alejandro no sólo reconocía a sus antepasados; competía con ellos. Su viaje a Siwa estaba motivado en parte por el deseo de emular a Heracles y Perseo, de quienes se decía que habían visitado el oráculo en tiempos míticos. Algunos años más tarde, en 327/326 a. de J.C., Alejandro se lanzaría al épico (e innecesario) asedio de la roca Aornos porque la tradición local decía que Heracles no había conseguido capturarla (Arr., IV, 28, 2; 30, 4; Curcio, VIII, 11, 2). Alejandro tenía una firme obsesión por sobresalir y superar los precedentes, por realizar en todos los aspectos el mandato de su antepasado Peleo (II, VI, 208).

A principios de su reinado, Alejandro se convenció de que era más que un descendiente lejano de Zeus a través de sus antepasados heroicos y que era, en cierto sentido, el verdadero hijo del dios. Las fuentes repiten una serie de historias según las cuales Olímpíade quedó embarazada de Zeus en alguna de sus manifestaciones, ya fuera como rayo o como serpiente. Eratóstenes contaba que la reina misma insinuó algo en relación con un secreto relacionado con el nacimiento de Alejandro cuando este partió hacia Asia (Plut., *Al.*, 3, 3). La creencia en sus orígenes divinos parece haberse extendido lo bastante como para que Seleuco I lo imitara y afirmara que su madre, Laódice, recibió la visita de Apolo. Estas historias pueden haberse originado muy pronto. No es probable que

se hablara de ellas en público durante el reinado de Filipo, en especial durante el turbulento último año, cuando la legitimidad de Alejandro fue puesta en duda. El espartano Damarato había aprendido en propia piel que un padre divino no era garantía contra la deposición (Heródoto, VI, 69, 4) y, mientras hubiera rivales, era peligroso atribuir el nacimiento de Alejandro a cualquier otro que no fuera Filipo. Tras su acceso al trono, el campo para la especulación quedó abierto y era posible afirmar que Alejandro tenía una paternidad dual comparable a la de Heracles: tenía un padre terrenal y un padre divino. Según ciertos indicios, esta idea había tomado forma en el pensamiento de Alejandro antes de la visita a Siwa. Arriano (III, 3, 2) afirma que uno de los motivos para consultar al oráculo era su creencia en que, en cierta manera, debía su origen a Amón, del mismo modo que los mitos relacionaban a Heracles y a Perseo con Zeus. Este motivo no aparece en el relato original de Calístenes sobre la visita (Estrabón, 814 = *FGrH* F 14), que sólo mencionaba la emulación de sus antepasados. Pero lo confirman los oráculos que, según Calístenes, se llevaron a Menfis desde Mileto y Eritras. Los oráculos milesios, emitidos de modo milagroso en Bránquidas, relacionaban el nacimiento de Alejandro con la intervención de Zeus: y las palabras de Atenais de Eritras ponían acento en su *eugeneia*, insinuando sin duda una filiación divina. Estos oráculos fueron entregados en Menfis a principios de la primavera del año 331. Era demasiado pronto para que estuvieran influidos por los informes de la consulta de Alejandro y, probablemente, la noticia de que Alejandro afirmaba ser hijo de Zeus *antes* del viaje a Siwa fue lo que les inspiró la idea de responder con oráculos propios.

Sea cual fuere la actitud de Alejandro antes de la visita, la consulta al oráculo causó en él una impresión profunda y duradera. Es evidente que Alejandro consideraba a Amón, la deidad oracular de Siwa, como la manifestación libia de Zeus. Esta equiparación es explícita desde la época de Píndaro y en la narración de Calístenes, contemporánea de Alejandro, se refiere a esta deidad llamándola simplemente Zeus. Así pues, si Alejandro consideraba al dios de Siwa como una manifestación de su padre divino, el saludo del sacerdote que oficiaba el oráculo, que lo acogió públicamente como hijo de Zeus, habría sido una gratificante confirmación en su creencia. Este hecho clave, subrayado por Calístenes, aparece en casi todas las fuentes posteriores y no puede descartarse. La consulta propiamente dicha se celebró en privado y los detalles, por lo que parece, no fueron nunca revelados. Las fuentes posteriores mencionan una secuencia de cuestiones que deben de ser apócrifas, pero que tratan del reconocimiento de Alejandro como hijo de Zeus⁵. Los escritores contemporá-

⁵ Diod., XVII, 51, 2-4; Curcio, IV, 7, 25-27; Justino, XI, 11, 9-10; Plut., *Al.*, 27, 5-8.

neos y posteriores consideraron que la filiación divina fue el tema central de la consulta. Hay referencias frecuentes a la relación con Amón tras la visita. Calístenes representó a Alejandro con apariencia de héroe en la mañana de Gaugamela, orando en términos homéricos a su padre divino y suplicándole su ayuda; de inmediato apareció un águila como respuesta (Plut., *Al.*, 33, 1-2 = *FGrH* 124 F 36). En el año 328, por lo menos, la noticia de su pretensión de ser hijo de Zeus Amón se había extendido por la corte, ante el desagrado de los miembros de más edad y más conservadores de la nobleza macedonia. Está claro que uno de los muchos motivos de queja de Clito era la pretensión de Alejandro de ser hijo de Zeus Amón, y sus críticas tuvieron eco más tarde en las burlas de los amotinados de Opis, que presionaron a Alejandro para que los licenciara y prosiguiera la campaña con su padre (Arr., VII, 8, 3). Un personaje como Clito podía poner objeciones, pero otros estaban dispuestos a aceptar esas pretensiones, ya por adulación, ya por convicción. Así pues, se dice que el destacado dignatario Gorgo de Yaso otorgó a Alejandro en Ecbatana (324) una corona de oro de un valor exorbitante mientras lo proclamaba hijo de Amón. La fuente, Efipo de Olinto, ha sido considerada algo dudosa (sin duda, era hostil a Alejandro) pero, aunque su relato contenga algo de ficción, es obvio que se trata de una ficción que Efipo, contemporáneo de Alejandro, consideraba convincente⁶. De hecho, lo confirma la propuesta que Demóstenes formuló ese mismo año: Alejandro debería ser hijo de Zeus o de Posidón, si lo deseaba (Hipérides, *Dem.*, col. 31). La propuesta estaba cargada de ironía, pero no cabe duda de que la hizo.

Alejandro no rechazó oficialmente a su padre mortal. Exceptuando una referencia a su «supuesto padre», hecha en una carta a Atenas, citada por Plutarco (*Al.*, 28, 2) y de autenticidad dudosa, las declaraciones públicas de Alejandro fueron siempre laudatorias, y uno de los Últimos Planes descubiertos por Perdicas era erigir una tumba para Filipo de la altura de las pirámides (Diod., XVIII, 4, 5). Como Heracles, que reconocía como padres tanto a Anfitríon como a Zeus, podía pretender una paternidad divina y humana. Sin embargo, parece claro que Alejandro llegó a creer que Zeus Amón era su verdadero padre y esperaba que esta relación se reconociera públicamente. Pero, tal como Alejandro, devoto de Homero, sabía bien, ser hijo de un dios no implicaba la divinidad. Los dioses acostumbraban a engendrar mortales en sus relaciones con mujeres mortales. Pero había excepciones a la norma y estas, cosa muy significativa, concernían a las figuras de culto más estrechamente asociadas a Alejandro. Heracles trascendió la barrera entre el héroe y el dios en una fecha relativamente temprana. Se le rindió culto en Maratón desde, por lo

⁶ Efipo, *FGrH* 126 F 5. Para los antecedentes, véase Heisserer (1980), pp. 169-203.

menos, el siglo VI, y Píndaro considera que tiene la equívoca condición de héroe dios (*Nem.*, III, 22). Fue un héroe en la tierra, pero marchó al Olimpo, donde vivió feliz como esposo de Hebe y yerno de Hera⁷. Algo parecido sucedía con Polideuces (Pólux) que, como hijo de Zeus, tenía la posibilidad de escapar a la muerte y vivir con los dioses en el Olimpo, o bien alternar entre el cielo y el Hades con su hermano, el héroe Cástor (*Nem.*, X, 80-90). El concepto de la apoteosis había surgido: el héroe podía alcanzar la divinidad por sus logros y ser trasladado al cielo, evitando así la muerte (cfr. Diod., IV, 38, 5). La tradición insiste en que el tema se debatió durante las campañas sogdianas del 328/327. Según Arriano (IV, 8, 3), la provocación que condujo al exabrupto de Clito en Maracanda fue la comparación entre Alejandro y los Dioscuros, y ese es el tema básico del debate sobre la *proskynesis*, según lo narran Arriano (IV, 10, 5-7) y Curcio (VIII, 5, 8). Este debate está adornado por el lenguaje de la retórica imperial romana, pero su tema principal está firmemente anclado en el pensamiento contemporáneo de Alejandro y tenemos constancia de él desde diversos ángulos. No hay motivo para dudar de que la condición de Alejandro era objeto de una discusión intensa y que, por lo menos, algunos cortesanos sugirieron que era adecuado reconocer su divinidad con honores divinos.

Unida de manera indisoluble con el debate sobre la divinidad se encuentra la introducción de la *proskynesis* a finales de la primavera del año 327 a. de J.C. *Proskynesis* era el término griego para el secular acto de homenaje que los súbditos ejecutaban ante el rey de Persia. Podía incluir una ligera inclinación hacia delante mientras se enviaba un beso con la mano, tal como lo describe el relieve del tesoro de Persépolis, o bien podía ser una prosternación completa ante el monarca. Era un acto puramente secular y se encontraba en todos los niveles de la sociedad persa; un individuo que perteneciera a una capa social inferior se prosternaría delante de una persona muy superior en la jerarquía (Heródoto, I, 134)⁸. Sin embargo, en el mundo griego la *proskynesis* era un gesto de culto que se ejecutaba ante los dioses. Por lo general, se llevaba a cabo de pie, con las manos alzadas hacia el cielo con las palmas hacia delante. Algunas veces, el adorador podía arrodillarse en un gesto de súplica delante de una deidad, sobre todo ante una deidad sanadora o libertadora como Asclepio, Ártemis o el mismo Zeus, pero es una actitud que aparece con mayor frecuencia entre las mujeres, y las fuentes parecen desaprobirla; Diógenes, en concreto, consideraba que era un acto de superstición indigno⁹.

⁷ *Isthm.*, IV, 61-66; *Nem.*, I, 69-72, X, 17-18; cfr. SHAPIRO (1983-1984).

⁸ En relación con la *proskynesis* en la corte persa, véanse Bickerman (1963a); FRYE (1972).

⁹ Diógenes Laercio, VI, 37-38. cfr. Teofrasto, *Char.*, 16, 5. Von Straten (1974) aporta una documentación completa.

¿En qué medida los griegos interpretaban la prosternación de los persas como un gesto de culto? Se ha debatido esta cuestión de modo interminable, pero hay algunas cuestiones claras. Aparte de Esquilo, que sí parece representar la inclinación ante el rey como un gesto de adoración (Pers., 588-589), los autores griegos parecen coincidir en que el monarca persa no era considerado un ser divino por sus súbditos y que la *proskynesis* no era un gesto de adoración. Sin embargo, suscitaba un aborrecimiento general. Se consideraba intolerablemente servil, tanto, que aceptarlo era *hybris*, apropiado sólo para los esclavos naturales de Asia (cfr. Esquilo, *Ag.*, 918-920; Eurípides, *Orest.*, 1508). Aristóteles (*Rhet.*, 1361a36) lo cataloga como un gesto de homenaje específicamente bárbaro. Al mismo tiempo, existía el sentimiento de que la *proskynesis* no debía dedicarse a ningún hombre mortal. Se supone que los embajadores de Esparta ante Jerjes fueron obligados a prosternarse y protestaron diciendo que no tenían por costumbre practicar la *proskynesis* ante ningún ser humano (Heródoto, VII, 136, 1), e Isócrates (IV, 151) censuraba duramente a los persas por ejecutar ese acto ante un mortal. Los griegos sentían repugnancia por varios motivos: la *proskynesis* (por la degradación que implicaba) constituía una violación de su dignidad personal; era un acto de sumisión total que entraba en contradicción con cualquier concepto de *eleutheria* (Jenofonte, *Hell.*, IV, I, 35), y les producía una cierta inquietud religiosa dedicárselo a un hombre vivo.

No es sorprendente, pues, que el intento de Alejandro de introducir la *proskynesis* provocara resentimiento y resistencia, y no sólo entre los macedonios tradicionalistas. El centro de la oposición estuvo en Calístenes de Olinto. En las fuentes aparecen mencionados dos episodios, en uno de ellos Calístenes se negó a cooperar en una ceremonia privada; el otro es un discurso de oposición en un debate público. Según el punto de vista dominante, es posible que ninguno de los hechos tuviera lugar y los estudiosos han escogido uno u otro según sus prejuicios¹⁰. De hecho, no son incompatibles y pudieron producirse ambos. El primero lo registró el chambelán de la corte, Cares de Mitilene, el cual probablemente presenció la escena o, como mínimo, tuvo descripciones de primera mano¹¹. Se celebró un banquete entre varios amigos íntimos que, supuestamente, habían discutido la cuestión de antemano. Los participantes hicieron un brindis por turno, ejecutaron la *proskynesis* y recibieron un

¹⁰ La historia de Cares es la más popular y la que aceptan aquellos que desean relacionar la *proskynesis* enteramente con el ceremonial persa (véanse BALSDON [1950], pp. 379-382; Hamilton [1969], pp. 152-153). Badian (1981), 48-54, ha defendido la veracidad histórica del debate y ha rechazado la de Cares como una invención apologética, en tanto que Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 47-49, distingue dos episodios separados.

¹¹ Plut., *Al.*, 54, 5-6; Arr., IV, 12, 3-5 (FGH 125 F 14).

beso del rey. Sin embargo, Calístenes omitió la *proskynesis*, aprovechando un momento de descuido de Alejandro, pero reclamó el beso. Uno de los Compañeros, Demetrio, lo impidió al indicar que no se había ajustado a las reglas. Entonces Alejandro rechazó el beso y Calístenes se marchó diciendo con desafío que era tan sólo un beso más pobre. Este episodio no es de una importancia vital. Fue un pequeño experimento que obtuvo un gran éxito, ya que sólo Calístenes se negó a ejecutar la *proskynesis* e incluso intentó ser discreto y evitar el enfrentamiento directo. Nada indica que su conducta en esta ocasión provocara ningún cambio de opinión en Alejandro y no hay motivo para que esta lo consiguiera. La historia ocupa un lugar marginal en el drama principal, es una anécdota seleccionada por Plutarco y Arriano como pieza lateral de interés, pero es perfectamente verosímil como preludio privado a la ceremonia pública de inauguración.

La ceremonia pública es el momento en que se producen los debates retóricos que encontramos en Arriano y en Curcio, en ambos casos elaborados como representaciones, pero el núcleo central es común y también lo narra Plutarco (*Al.*, 54, 3). Una vez más, se establecieron acuerdos previos. Alejandro preparó a algunos de los intelectuales griegos, así como a los dignatarios de Persia y de Media para que el tema de la *proskynesis* se abordara durante la conversación del banquete (Arr., IV, 10, 5; Curcio, VIII, 5, 9). Se trataba de un acto público y ceremonial, destinado claramente a la introducción formal de un gesto generalizado de protocolo cortesano. La conversación se inició, tal como había pretendido Alejandro, cuando Cleón de Siracusa (Curcio) o el filósofo Anaxarco (Arriano) abordaron de modo formal el tema de la *proskynesis*. Nuestras dos fuentes principales sugieren que el contexto general trataba de los honores divinos, y la emulación por parte de Alejandro de sus antepasados aparece como tema común. El rey había superado a Heracles y Dioniso en sus hazañas y merecía de sobra ser venerado como un dios (Arr., IV, 10, 6-7; Curcio, VIII, 5, 11-12). En ambos autores, Calístenes es el portavoz de la oposición. Insiste en una división estricta entre los honores divinos y humanos, alega que es impío conceder a Alejandro un reconocimiento superior al de los mortales, y rechaza específicamente la *proskynesis* por ser una afrenta a las tradiciones de libertad de los griegos. El núcleo de los discursos de Calístenes parece histórico y es cierto que proclamó su oposición, pronunciando las críticas que los viejos macedonios compartían en secreto. Su discurso fue recibido con una evidente aprobación que Alejandro no pudo pasar por alto. Después, el banquete continuó. Los miembros de más edad de la nobleza persa le dedicaron, uno por uno, un gesto de *proskynesis*, hasta que un viejo Compañero se echó a reír ante un gesto de humillación especialmente exagerado. El rey se puso furioso, pero el daño estaba hecho. El rechazo público de Calís-

tenes se sumó a la ridiculización y el experimento pasó al olvido para no ser revivido nunca. En el futuro, la *proskynesis* se limitaría a los súbditos bárbaros del rey, así como los besos de este (Arr., VII, 11, 1; 6).

Es relativamente fácil explicar la conducta de Calístenes. Algunos autores antiguos lo acusaron de falta de sinceridad. En particular, Timeo lo ridiculizó como adulator por su apoteosis literaria de Alejandro (Polibio, XII, 12b, 2-3 = *FGrH* 566 F 155), pero sus críticas se basaban, sobre todo, en el trato que Calístenes dio al episodio de Siwa en el que, igual que haría más tarde, representó a Alejandro como hijo de Zeus, pero no como dios propiamente dicho. También había descrito al mar de Panfilia que rodeaba al monte Clímax como si estuviera ejecutando *proskynesis* ante Alejandro y, por lo menos de modo implícito, su lenguaje recordaba el retrato que hace Homero del homenaje del mar a Posidón (*FGrH* 124 F 31). Eso era comprensible. Alejandro acababa de cruzar lo que se había reconocido de modo tradicional como el límite sur del Asia Menor persa, y el mar bárbaro ejecutaba de modo natural el homenaje adecuado ante su nuevo señor. Pocos griegos o macedonios habrían puesto reparos a que los súbditos bárbaros de Alejandro ejecutaran la *proskynesis*, y las princesas capturadas, según parece, llevaron a cabo esta ceremonia desde el principio (Arr., II, 12, 6; Diod., XVII, 37, 5). Incluso la descripción de Alejandro como hijo de Zeus era venial. Muchas personas, probablemente Calístenes entre ellas, habrían compartido el punto de vista de Polibio acerca de que Alejandro era de una naturaleza sobrehumana (Polibio, XII, 23, 5), pero la adoración era un asunto totalmente distinto. Calístenes bien pudo haber sentido una repugnancia total contra todo acto de reconocimiento de divinidad en un hombre mortal. Era peor cuando el reconocimiento implicaba un gesto que, durante siglos, había resumido el servilismo de los bárbaros: Alejandro estaba colocando a los vencedores ya los vencidos en el mismo plano; esta asociación ofendió a Calístenes y protestó en público.

Constituyen un misterio mucho más profundo los motivos de Alejandro para introducir una ceremonia que tenía que saber que provocaría odio y resentimiento. La única conclusión posible parece ser la de que Alejandro creía firmemente en su divinidad y que los halagos continuos e insistentes que lo colocaban por encima de Heracles y Dioniso habían arraigado en él. Al mismo tiempo, el ceremonial de la corte persa lo iba penetrando todo. En la primavera del año 327, Alejandro había tomado su primera esposa iraní y habría recibido la *proskynesis* como algo natural por parte de sus nuevos parientes. Habría parecido adecuado imponer el mismo ritual sobre todos sus súbditos para resaltar así el carácter universal de su monarquía. Si el acto suponía un reconocimiento implícito de su divinidad, tanto mejor. A la hora de la verdad, Alejandro subestimó la resistencia y se vio obligado a echarse atrás. Pero quizá no abandonó sus

aspiraciones de ser adorado de un modo u otro. La *proskynesis*, sin duda, resultaba aborrecible para los griegos por impía y bárbara, pero quizá otras ceremonias podrían haber sido aceptables.

Por desgracia, los datos se van haciendo escasos y anecdóticos. Efipo ofreció un retrato típicamente sensacionalista de la actitud en la corte hacia finales del reinado. En los banquetes, Alejandro se vestía de Amón, con trajes de color púrpura y cuernos de carnero. En otras ocasiones, llevaba el traje de culto de Hermes e incluso de Ártemis (*FGrH* 126 F 5). El que se colocara los cuernos de Amón es, por lo menos, un dato histórico. Aparecen en los retratos del rey realizados inmediatamente después de su muerte, en especial en el Sarcófago de Alejandro (311) y en las famosas tetradracmas de Lisímaco, y debió de ser un rasgo distintivo de su atuendo. Al haber asumido los atributos divinos, Alejandro debió de creer que compartía algo con la divinidad: no sólo era hijo de Amón sino, en cierto sentido, su encarnación. Otros estaban dispuestos a mostrarse de acuerdo y propagar este punto de vista. Apeles retrató a Alejandro con el rayo de Zeus en la famosa pintura del templo de Ártemis en Éfeso y recibió por ella una buena recompensa (Plinio, *NH*, XXXV, 92). El precedente lo había inaugurado el propio rey cuando autorizó las decadracmas de Babilonia, que lo retrataban con atuendo militar, coronado por la victoria y, de modo inconfundible, agarrando un rayo con la mano derecha¹². Pero tampoco retratar al rey con los atributos de la divinidad implicaba adoración: es necesario encontrar pruebas de que se le rindiera culto. Efipo se acerca bastante cuando menciona el hecho de que se quemaba incienso delante de él y que se le atendía con un silencio reverencial (*FGrH* 126 F 5). Una imagen similar se desprende de la brillante descripción que hace Filarco de las recepciones de Alejandro (Ateneo, 539 F = *FGrH* 81 F 4). No cabe duda de que se trataba a Alejandro con la reverencia debida a un dios. Arriano describe con cierta ironía a los embajadores griegos que honraron al rey en Babilonia poco más o menos que si fueran mensajeros sagrados enviados a venerar a algún dios¹³. Quizá no le rindieron culto (y el modo en que Arriano se expresa sugiere que no lo hicieron) pero su actitud era de una profunda reverencia y trataron a Alejandro con el respeto que destinarían a un dios. El terreno para la adoración estaba abonado.

Se diría que, durante el último año de su vida, Alejandro promovió su divinidad de modo más explícito y agresivo. El catalizador fue la muerte de Hefestión en el otoño del 324. Alejandro inmediatamente estableció el culto como héroe para su amigo e hizo que un oráculo de Siwa lo

¹² Cfr. Bellinger (1963), p. 27; Kaiser (1962); Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 61-64.

¹³ Arr., VII, 23, 2. Cfr. Badian (1981), pp. 55-59; *contra* Fredricksmeier (1979b); Goukowsky (1978-1981), pp. 1 y 185.

confirmara de modo formal¹⁴. En la corte, el culto era de rigor y parece como si Alejandro lo hubiera hecho cumplir (Luciano, *De calumn.*, 17). El astuto Cleómenes de Náucratis le dedicó rápidamente un *heroon* en Alejandría, e incluso en la Grecia continental el culto se introdujo formalmente. Hipérides insinúa una cierta coerción cuando afirma que bajo la dominación macedónica los griegos se vieron obligados a apoyar el olvido de las prácticas religiosas tradicionales y a rendir honores escrupulosamente a hombres vivos; también se habían visto obligados a honrar como héroes a sus servidores (Hipérides, *Epitaph.*, 21). Se trata de una afirmación general, disfrazada por la retórica, pero Hipérides puede estar haciendo referencia a una única cosa: la adoración de Alejandro como dios (no es verosímil que se refiera a ningún otro hombre vivo), y el culto simultáneo de su sirviente (y gran visir) Hefestión. La obligatoriedad sólo se asocia a los honores dedicados a Hefestión; Hipérides da a entender que el culto a Alejandro existía y se practicaba en detrimento de las instituciones religiosas tradicionales, pero no estaba impuesto de modo formal.

La cuestión de la adoración a Alejandro se planteó en Atenas en los meses anteriores al juicio de Demóstenes (marzo 323). Sigue siendo una cuestión controvertida si fue la respuesta a una petición formal de adoración o un intento más espontáneo de congraciarse con Alejandro¹⁵. Las principales fuentes narrativas no sugieren ninguna petición oficial, pero el texto de Arriano y el de Curcio está lleno de lagunas en este punto y su silencio no es significativo. Por otra parte, la tradición anecdótica de los debates en Atenas y en Esparta parece presuponer cierto tipo de petición. Como mínimo, es prueba de que se sabía que el rey deseaba vivamente que se le concedieran honores divinos. No es imposible ni improbable que cuando Alejandro envió cartas formales solicitando (o exigiendo) que Hefestión fuera honrado como un héroe, también sugiriera que el reconocimiento de su divinidad sería muy adecuado y bien acogido.

Por mucho que fuera una sugerencia, el deseo de Alejandro de recibir honores divinos provocó debate y disensión en Grecia. Sólo en Atenas queda algún registro de las actas y este es tristemente fragmentario.

¹⁴ Arr., VII, 14, 6-7, 23, 6; Plut., *Al.*, 72, 3; Hipérides, *Epitaph.*, 21. La tradición de la vulgata (Diod., XVII, 115, 6; Justino, XII, 12, 12) habla de adoración como a un dios. No cabe duda de que es erróneo y es posible que se trate de una confusión a partir de la tradición que cuenta que Alejandro solicitó que Amón sancionara la deificación de Hefestión, cosa que le fue negada.

¹⁵ La supuesta demanda de deificación era un axioma de la escuela alemana (cf. Wilcken [1970], pp. 2 y 391; Schachermeyr [1973], pp. 525-531). Eduard Meyer (1910), pp. 330-332, argüía que se debía a motivaciones políticas e influyó en muchos estudiosos posteriores (por ejemplo, Tarn [1948], pp. 2 y 370-373; Atkinson [1973], pp. 331-335). Para un punto de vista más escéptico, véanse Hogarth (1887); Baldson (1950), pp. 383-388; Badian (1981), pp. 54-58.

Démades propuso un decreto promulgando honores divinos. Se ha perdido la forma precisa de la propuesta; la tradición que decía que Alejandro iba a convertirse en el dios número trece es tardía y poco digna de confianza (Eliano, *VH*, V, 12). En algún momento del debate se propuso erigir una estatua (aunque no una estatua de culto) dedicada al «rey Alejandro, el dios invencible» (Hipérides, *Dem.*, col. 33) y, como hemos visto, Demóstenes estaba dispuesto a reconocer una cierta filiación divina. Por otra parte, la oposición era considerable y el piadoso y conservador Licurgo exclamó que los adoradores del nuevo dios tendrían que purificarse tras cada acto de adoración ([Plut.] *Mor.*, 842D). Las tensiones tiraban en dos direcciones. La ocupación ateniese de Samos estaba amenazada por el Decreto de Exiliados, y era necesario hacer la corte a Alejandro para que anulara su decisión, pero permanecía el aborrecimiento por la adoración a un hombre vivo, y mucho más si se trataba del destructor de Tebas. Debieron de votar algunos honores con la esperanza de obtener ventajas políticas a corto plazo, pero no cabe duda de que desaparecieron al principio de la Guerra Lamíaca, cuando Démades sufrió una fuerte multa y fue castigado con la *atimia*. En cuanto a los sucesos de Esparta, tenemos incluso menos información. A un tal Damis se le atribuye un solo apotegma: «Ya que Alejandro desea ser un dios, que sea un dios» (Eliano, *VH*, II, 19; Plut., *Mor.*, 219E). Una vez más, sólo podemos hablar de un debate; no hay pruebas de que en Esparta se votara concederle honores. Pero es importante que el debate se produjera. Si Esparta y Atenas, ciudades inveteradamente hostiles a Macedonia, podían plantearse la implantación del culto a Alejandro, eso significa que mociones similares se habrían aprobado con diligencia en ciudades más amistosas o más dóciles.

Hasta cierto punto, puede seguirse el proceso en Asia Menor y en las islas. Tenemos datos sobre una serie de cultos celebrados en los siglos posteriores a la muerte de Alejandro. Algunos corresponden a épocas tan tardías como el siglo II d. J.C. y están relacionados con la idealización del rey en el Imperio romano. Sin embargo, Alejandro fue honrado en Tasos con un festival durante la primera generación tras su muerte, y en Eritras existía un sacerdocio dedicado al «rey Alejandro» en el año 270 a. de J.C.¹⁶ En esa época, el *koinon* jónico celebraba un festival anual regular, según parece, en la fecha del nacimiento de Alejandro, y fue modelo para los honores dedicados a Antíoco I (OGIS 222). Casi tres siglos más tar-

¹⁶ Salviat (1958), pp. 244-248 (Tasos); SIG³ 1014, línea 111 (Eritras). En relación con esos cultos, véase Habicht (1970), pp. 17-25 y 245-246, el cual los explica como actos espontáneos de gratitud por la «liberación» del año 334. Por desgracia, no hay criterios de datación inequívocos, tal como Badian resalta ([1981], pp. 59-63), argumentando que los cultos de Asia Menor se desarrollaron de modo gradual durante los cuatro últimos años del reinado.

de, el festival seguía celebrándose, ahora ya en el recinto permanente situado al oeste de Teos (Estrabón, 644). Estos son honores divinos y es muy probable que se originaran en vida de Alejandro, mientras todavía ejercía el poder. Por desgracia, no tenemos datos acerca de cuándo se votaron esos cultos. Pudo ser en cualquier momento, una vez fueron ampliamente conocidas las aspiraciones divinas de Alejandro, y no tuvieron por qué votarse simultáneamente. Es bastante probable que el trato como héroe de Hefestión y la promoción de honores divinos para Alejandro suscitara en Asia Menor el mismo tipo de propuestas (y, posiblemente, la misma oposición) que aparecen en Atenas. No hay rastro de honores semejantes en el registro histórico de la primera parte del reinado y el primer reconocimiento de Alejandro como divinidad de que tenemos constancia en Jonia parece haberse producido en los oráculos enviados a Menfis en el año 331. Según una anécdota, los efesios rechazaron el ofrecimiento de Alejandro al templo de Ártemis con el argumento de que no era adecuado que un dios hiciera dedicatorias a los dioses (Artemidoro *apud* Estrabón, 641), pero la historia, aunque sea cierta, no está fechada.

En el año 323 el dios murió, pero su culto siguió adelante con tenacidad. La ficción pronto contó que él, como Heracles, había sido trasladado al cielo. Surge en los documentos poco después de su muerte (OGIS 4, 5; Diod., XVIII, 56, 2) y pronto se difundió, culminando en la absurda historia de que Alejandro intentó desaparecer en el Éufrates y crear su propia apoteosis. El progreso de Alejandro fue completo. Había empezado como un heraclida, un descendiente de héroes, y se había convertido en hijo de Zeus y rival de los héroes. Al final, se había transformado en un dios manifiesto en la tierra, que debía ser venerado con todos los accesorios del culto. El precedente para la adoración de un hombre vivo había quedado firmemente establecido y a sus Sucesores se les rindió culto con mayor frecuencia y magnificencia.

Apéndice A

Tibrón en Cirenaica

Las actividades de Tibrón tras el asesinato de Hárpalo aparecen descritas en Diodoro y Arriano (*Succ.*, F 1, 16-19 Roos). Ambas fuentes dan detalles considerables, sin duda tomados de un original común, pero se concentran en distintos aspectos de la historia. Arriano (o, mejor dicho, el autor del extracto, Focio) se siente más atraído por los detalles sensacionalistas de su derrota y captura por Ofelas, mientras que Diodoro se concentra en la primera parte de la narración. Resulta evidente, a partir de la narración conjunta, que las campañas en Cirenaica estuvieron llenas de acción y duraron un tiempo considerable. Por desgracia, relatan la historia de una pieza, situada en el contexto general del fin de la Guerra Lamíaca; no hay una datación cronológica precisa. Justino permite una datación aproximada cuando sitúa en el tiempo la consecución de Cirene por Ptolomeo (el resultado final de las campañas de Tibrón) algún tiempo antes de la invasión de Egipto por Perdicas en el año 321 (XIII, 6, 20; 8, 1). El Mármol de Paros lo confirma, en cierto grado, al situar en el mismo momento las operaciones de Ofelas en Cirene y la caída de Atenas en el arcontado de 322/321 (*FGrH* 239 B 10; la visita de Ptolomeo (*Arr.*, *Succ.*, F 1, 19) está fechada en el año siguiente, tras la muerte de Perdicas). Hasta este punto, los datos son coherentes e indican que la guerra había terminado y Tibrón había ya muerto a finales del año 322 a. de J.C.

La intervención de Ptolomeo en la guerra llegó muy tarde. Los oligarcas exiliados de Cirene sólo recurrieron a él tras la revolución democrática provocada por la larga tensión que causaron las operaciones de sitio de Tibrón (*Diod.*, XVIII, 21, 6). El resultado de su llamada fue la expedición de Ofelas, que unió el *demos* de Cirene con Tibrón. La guerra que se produjo a continuación no fue precisamente una operación relámpago. Ofelas tuvo que hacerse con el control, no sólo de Cirene, sino también de Taucheira, anteriormente en manos de Tibrón (*Arr.*, *Succ.*, F 1, 17; cfr. *Diod.*, 20, 6). Incluso antes de la llamada de los oligarcas, tuvieron lugar operaciones prolongadas. El sitio de Tibrón a Cirene y su puerto fue precedido por una importante batalla para la cual Cirene había hecho largos preparativos, y había pedido ayuda a lugares tan lejanos como Cartago (*Diod.*, 21, 4). La ciudad se había alarmado con la llegada de mercenarios para reforzar a Tibrón, el cual había enviado una misión de reclutamiento a Ténaro, donde todavía había mercenarios en busca de alguien que los contratara, y allí alistó a 2.500 hombres (*Diod.*, 21, 1-2). Este es

un dato importante. Resulta casi inconcebible que hubiera todavía mercenarios sin contratar tras el estallido de la Guerra Lamíaca. Leóstenes había reclutado a los mercenarios disponibles y los había utilizado como núcleo de su ejército en la Grecia central (Diod., 9, 2-4); y la coalición helénica necesitaba a todo hombre que pudiera retener. Es muy poco probable que el reclutamiento de Tibrón se produjera después del verano del año 323. Pero el reclutamiento se produjo después de que Tibrón hubiera pasado un tiempo considerable en las campañas de la Cirenaica. Después de que llegara a la región, se produjeron muchas escaramuzas sin orden ni concierto. Forzó Cirene a la sumisión con el apoyo de los exiliados que le habían pedido ayuda en Creta (Diod., 19, 2-4). Mientras estaba planeando más operaciones en el interior de Libia (Diod., 19, 5) se produjo una revolución interna en Cirene que la confinó en el puerto mientras la ciudad se mantenía libre. Siguió un periodo de guerra general en el cual las ciudades de Barca y Espérides ayudaron a Tibrón, pero fueron atacadas por Cirene. En el transcurso de esta guerra, Tibrón perdió el control del puerto de Cirene, pero tomó al asalto Taucheira (Diod., 20, 6). Los altibajos de la fortuna prosiguieron mientras sus tropas eran diezmadas por los nativos libios mientras buscaban alimento, y su flota fue casi destruida en el mar (Diod., 20, 7). Sólo entonces Tibrón mandó a sus enviados a reclutar hombres en Ténaro. Estos hechos debieron de producirse a la largo de varios meses, y es muy poco posible que Tibrón saliera de Creta después del otoño del 324. El esquema que se da a continuación es una ligera aproximación a la cronología; y, si bien es posible que exista alguna variación dentro de los límites, estos deben de ser correctos.

Octubre 324	Tibrón va en barco de Creta a Cirenaica. Ocupación de Cirene y, posiblemente, de Barca (Arr., <i>Succ.</i> , F 1, 16; Diod., 20, 3). Preparación para la campaña de Libia.
Diciembre 324	Sublevación en Cirene: Tibrón conserva el puerto y lanza un ataque frustrado a la ciudad.
Invierno/primavera 323	Guerra en el campo: Tibrón socorre Barca y Hespérides pero pierde el puerto de Cirene.
Marzo/abril 323	Tibrón captura Taucheira pero poco después pierde su flota.
Mayo/junio 323	Reclutamiento en Ténaro. Mientras, Tibrón es vencido en Cirenaica.
Julio 323	Preparativos para la guerra: Cirene va a buscar refuerzos para combatir a los recién llegados.

Agosto 323	Victoria de Tibrón sobre Cirene: sitia el puerto y ataca la ciudad a diario.
Otoño 323	Revolución interna en Cirene. Los oligarcas exiliados inician contactos con Ptolomeo.
Primavera 322	Ofelas dirige tropas de Ptolomeo hasta Cirenaica. Guerra contra Tibrón, ahora aliado de los demócratas de Cirene.
Verano 322	Derrota y captura de Tibrón. Ptolomeo se anexiona Cirenaica.

Esta cronología fija el plazo de la estancia de Hárpalo en Atenas. Desde la ciudad, se trasladó a Ténaro, embarcó sus tropas y navegó hacia Creta, donde fue asesinado. Estos movimientos debieron de tomar, por lo menos, un mes (pero no mucho más), y es casi imposible que Hárpalo saliera de Atenas después de mediados de septiembre del año 324.

Apéndice B

Atenas en 324/323 a. de J.C.: algunas notas biográficas

En el año 1918, B. Leonardos hizo pública una dedicatoria efébrica del santuario de Anfiarao en Oropo (Ἀρχ. Ἐφ 1918, 73-100, núms. 95-97. Cfr. Reinmuth [1971], 58-82, núm. 18). La lápida enumera los efebos de la tribu de Leontis junto con sus *lochagoi* y termina mencionando a varios oficiales galardonados por sus servicios, entre los cuales se encuentran los oficiales de la *ephebeia* y tres generales. Dos de los nombres nos interesan especialmente: Leóstenes, hijo de Leóstenes, de Céfale, era general al frente de la *chora*, y Filocles, hijo de Formión, de Eroedas, era *kosmetes*. Estos hombres fueron identificados inmediatamente como Leóstenes, el héroe de la Guerra Lamíaca, y como Filocles, el general de Muniquia cuando Hárpalos llegó a Atenas, del que se sabe que tenía un cargo al frente de los efebos en el momento de su juicio, en el año 323 (Dinarco, 111, 15). Era un corolario natural fechar la inscripción en el arcontado de 324/323, cuando se sabe que Dicaógenes, que aparece en la lápida como general en el Pireo, fue general, probablemente en el Pireo (IG II².1631, líneas 380-381). Por desgracia, estas identificaciones suponen graves problemas históricos. Reinmuth (pp. 67-68) negó que Filocles pudiera ser el Filocles del asunto de Hárpalos con el convincente argumento de que difícilmente podía ser galardonado como *kosmetes* si había sido expulsado de su cargo por votación de modo ignominioso (Din., 111, 15) y condenado por soborno. Para que todo tenga sentido tenemos que dar por hecho que fue devuelto a su puesto antes del fin del arcontado, posibilidad lógica sobre la que no tenemos datos y que, además, es muy improbable. Jaschinski ([1981], pp. 51-54) ha ido más lejos y ha negado la identificación de Leóstenes. Este es el punto clave. Si Leóstenes no es el general de Ténaro, no hay motivo poderoso para mantener la fecha de 324/323.

El principal obstáculo para la identificación es la evidencia literaria. Ninguna fuente sugiere que Leóstenes tuviera ninguna posición oficial en Atenas. Diodoro (XVII, 111, 3) afirma que los mercenarios de Ténaro lo eligieron general supremo y da a entender con insistencia que él también había sido mercenario. De modo similar, cuando trabaja a partir de Jerónimo, Diodoro (XVIII, 9, 2) afirma que la *boule* se comunicó con Leóstenes como individuo particular y su misión secreta en Etolia difícilmente

pudo llevarla a cabo como general ateniense. Es posible, teóricamente, argumentar que las negociaciones tuvieron lugar en el 325/324, mientras Leóstenes era todavía un individuo particular, y que fue general en el 324/323. En ese caso, resultaría muy tonto por parte de los atenienses haberlo nombrado general en la *chora*, trabajo que implicaba la defensa de la ciudad y confinaba al titular al Ática (Arist., *Ath. Pol.*, 61, 1), cuando era vital que se mantuvieran los contactos de Leóstenes con los mercenarios. Si no estaba en Ténaro en persona, otros pagadores rapaces podían quitarle de modo furtivo sus tropas. En cualquier caso, Diodoro pone énfasis en la continuidad de su residencia en Ténaro y deja claro que estaba allí con sus hombres cuando llegó a Atenas la noticia de la muerte de Alejandro (XVIII, 9, 4). Esto encaja con el retrato contemporáneo, aunque muy retórico, de Hipérides (*Epitaph.*, 10-11), que sugiere que Leóstenes sólo llegó a ser comandante de las fuerzas de su ciudad al principio de la Guerra Lamíaca, después de que hubiera adquirido su ejército mercenario. El peso acumulado de las pruebas rechaza el que Leóstenes fuera general en Atenas en el 324/323. Pero bien pudo haber dos hombres notables llamados Leóstenes. El nombre no es infrecuente: aparte del famoso general exiliado en el año 361 por su fracaso en Peparetos, hay por lo menos otros dos conocidos a mediados del siglo IV en Atenas (PA 9145, 9146). De ello se deduciría que Leóstenes, el general de Ténaro, no tenía ningún puesto oficial en Atenas antes del estallido de la Guerra Lamíaca. Su homónimo, Leóstenes de Céfales, fue general de la *chora* y trierarca durante la Guerra Lamíaca. Según parece, murió en el verano del 322 (IG II². 1631, líneas 601-602), pero no hay nada sorprendente en que dos hombres del mismo nombre murieran en un arcontado tan lleno de acción, en especial en el mar. Según esta reconstrucción, es fácil que Leóstenes de Céfales sirviera como trierarca, en tanto que según los puntos de vista ortodoxos que presuponen la existencia de un solo Leóstenes «es un poco difícil ver en qué momento, durante la guerra, sus actividades se lo habrían permitido» (Davies 1971, 343). Leóstenes de Céfales era, probablemente, el hijo del general del año 361; la desgracia del padre pudo haber empobrecido a la familia en el Ática (él vivía cómodamente en la corte macedonia) y el hijo, por lo tanto, no pudo pagar liturgias en gran escala antes de la crisis de la Guerra Lamíaca.

Es menor la necesidad de argumentar que los dos hombres llamados Filocles estaban asociados con la *ephebeia*. Es muy poco probable que el Filocles del caso Hárpalos fuera nombrado *kosmetes* a finales del 324/323, pero no hay motivo que nos obligue a fechar la inscripción en ese año. Está claro que Filocles era popular en el *demos* (Din., 111, 12) y bien pudo tener un puesto efébio en un año que no fuera el 323 (fue general en más de 10 ocasiones). De modo similar, si Dicaógenes fue general en el 324/323 y el 323/322, bien pudo tener el cargo en varias ocasio-

nes previas. La inscripción de Oropo encaja mejor fuera del contexto del año 324/323; y, si Reinmuth (70-72) tiene razón al afirmar que corresponde a un año de festival, probablemente deberíamos mirar hacia la gran celebración del 329/328 (IG VII.4254 = SIG³ 298). Afortunadamente, la fecha precisa de la lápida no influye en la datación del caso Hárpalo. Parece cierto que Filocles fue general en Muniquia en el 325/324; esa posición fue, probablemente, ocupada por Dicaógenes en el 324/323, y Filocles fue destituido de un puesto efébico antes de su juicio (si hubiera sido general —como dice Jaschinski (1981), pp. 40-41, siguiendo a Adams y Berve— Dinarco seguramente habría insistido en el hecho). En ese caso, Filocles admitió a Hárpalo en Atenas antes de que acabara el arcontado de 325/324.

Bibliografía

I Fuentes clásicas

Esta sección no pretende ser exhaustiva, sino tan sólo familiarizar al lector con la variedad de material disponible sobre Alejandro, tanto actual como clásico, e indicar cuáles son los principales problemas del estudio de las fuentes. Para profundizar sobre el tema, me remito a mi *Commentary on Arrian* (Bosworth [1980a]) y a mi obra sobre historiografía, de próxima publicación, *From Arrian to Alexander: Studies in Historical Methodology*, Oxford, 1988.

El reinado de Alejandro es escaso en documentos contemporáneos. Tan sólo se pueden datar con cierto grado de certeza en ese periodo unas pocas inscripciones. Este magro corpus está editado adecuadamente por Heisserer (1980) (véase también Tod, *GHI* núms. 183-203). Con frecuencia son también útiles las inscripciones de periodos anteriores o posteriores. Mis notas hacen referencia a compilaciones estándar. Deben tenerse en cuenta, en especial, las *Inscrizioni Storiche Ellenistiche* (Florencia [1967], [1976]) en relación con una colección de piedras descubiertas recientemente, y Austin (1981), que proporciona una traducción de documentos seleccionados. La acuñación del reinado es importante y compleja (véase el debate mencionado anteriormente, pp. 284 ss.) y el registro material de emplazamientos y rutas con frecuencia es pertinente desde un punto de vista histórico. La bibliografía se da en las notas cuando hace al caso.

Predominan los datos de origen literario. La mayoría procede de la época romana, más de tres siglos después de la muerte de Alejandro, y se trata, necesariamente, de datos derivados de otros textos. Resulta especialmente difícil recrear las fuentes originales relacionadas con el reinado, ya que las memorias e historias se escribieron en la primera generación tras la conquista. Lo que tenemos se ha mantenido a través de citas y menciones selectivas y, con excesiva frecuencia, lo que se cita junto con el nombre de los autores son los detalles sensacionalistas y tendenciosos. La mayor parte del material, aquello que era sobrio y aparentemente fuera de toda duda, lo absorbió la tradición secundaria sin ningún reconocimiento de autoría. El material existente cuya autoría aparece mencionada de modo explícito fue recogido por Felix Jacoby en su monumental

corpus de fragmentos (*Die Fragmente der griechischen Historiker* [FGrH], Berlín y Leiden, 1923). Los textos están recopilados en el volumen IIB: 618-828 con un breve comentario en alemán en el volumen IID: 403-542. Unos pocos fragmentos adicionales, de escaso valor histórico, están compilados en FGrH III.B. 742-743 y en *Lustrum* 21 (1978) 19-20 por H. J. Mette. Existe una traducción de C. A. Robinson, Jr., *The History of Alexander the Great I* (Providence, R. I., 1953): 30-276, y un comentario sobre las obras individuales perdidas realizado por Pearson (1960) y Pédech (1984). Seibert (1972a), aporta bibliografía sobre determinados autores.

La primera historia como tal fue la de *Los hechos de Alejandro*, de Calístenes de Olinto (FGrH 124). Familiar de Aristóteles por matrimonio, se destacó como historiador; redactó una lista de vencedores píticos con el gran filósofo y compuso una monografía formal sobre la Guerra Sagrada, así como un elogio a Hermias de Atarneo. Su trabajo más famoso, antes del reinado de Alejandro, fueron las *Helénicas*, una historia en 10 libros que abarcaba los treinta años transcurridos desde la Paz del Rey hasta la ocupación focia de Delfos (356) (cfr. Jacoby, RE X, 1685-1698; Pédech [1984], pp. 18-40). En el año 334 se fue a Asia como historiador oficial de Alejandro y, hasta la fecha de su muerte en el año 327, escribió los hechos extraordinarios que presencié. Su obra cubrió los hechos transcurridos, por lo menos, hasta Gaugamela, y tal vez abarcó hasta la muerte de Darío en el año 330. Para la primera mitad del reinado, fue una fuente segura, con gran influencia sobre la tradición existente. Si bien en relación con Alejandro era encomiástico y panegírico (véanse, más arriba, pp. 58 y 83), debió de incluir una gran cantidad de material fidedigno de primera mano que más tarde absorbió la tradición secundaria. La docena de fragmentos identificables de su obra dan una impresión inadecuada y tal vez engañosa sobre su contenido, pero fue de importancia fundamental. Se trató de la primera formulación de lo que podemos denominar tradición cortesana del reinado de Alejandro.

Las otras obras contemporáneas de Alejandro resultan nebulosas. Anáximenos de Lámpsaco escribió, por lo menos, dos libros *Sobre Alejandro*, en relación con los acontecimientos sucedidos hasta el año 333 y, probablemente, más tarde (FGrH 72 F 15-17, 29), pero no se sabe prácticamente nada del alcance y contenido de la obra. Para encontrar más obras que ofrezcan una garantía razonable debemos buscar tras la muerte del rey, la cual desencadenó una profusión de escritos realizados por personajes que participaron en la campaña, en una combinación de memorias personales e historia propiamente dicha. La primera de estas obras la escribió el jefe de timoneles de Alejandro, Onesícrito de Astipalea, el cual (quizá imitando de modo deliberado a Jenofonte) escribió una obra de título incierto (cfr. Pearson [1960], pp. 89-92; véanse también Brown [1949a],

pp. 1-2; Strasburger [1982], I, pp. 178-179), otro panegírico de Alejandro (*FGrH* 134). Esta se conoce principalmente a través de las citas de Estrabón y de Plinio, que tomaron de ella las descripciones de las curiosidades naturales de la India. Se sabe poco del carácter general de la obra o de su descripción de Alejandro. Los fragmentos más interesantes tratan de los filósofos indios y del reino utópico de Musícano (*FGrH* 134 F 17, 24; cfr. Brown [1949a], pp. 24-27), donde aflora el cinismo de Onesícrito (según parece, era discípulo de Diógenes). Su descripción de Alejandro habría sido interesante, pero está irremisiblemente perdida. Las citas que tenemos, tal vez indebidamente influidas por Nearco, lo condenan como mentiroso, y su impacto sobre la tradición histórica existente es despreciable.

Nearco de Creta (*FGrH* 133) es mucho más accesible. Su obra sólo está contrastada parcialmente, porque sólo se cita en relación con la descripción de la India. No hay indicios de que cubriera la primera parte del reinado, pero la descripción de la India es explotada por autores posteriores como Arriano y Estrabón; grandes partes de su obra, en especial la descripción del océano Índico y la narración de las penurias del desierto de Gadrosia (véase, más arriba, p. 171), están relativamente bien contrastadas. Su relato, especialmente en lo que respecta al viaje por el océano, contiene muchas anécdotas; es seguro que exageró y dio una importancia desmesurada a sus propias hazañas, al tiempo que rebajaba a Onesícrito, por el que sentía una antipatía manifiesta (véanse en especial Pearson [1960], pp. 131-139; Badian [1975]). Pero a lo largo de su narración fue dando detalles sobre individuos, distancias y lugares, y la mezcla de hechos escuetos con otros novelados no es muy distinta de la que se detecta en Calístenes. Probablemente, escribió su obra poco después de la muerte de Alejandro y, tal vez en parte, como reacción contra Onesícrito.

Algo más tarde llegaron las obras de Ptolomeo (*FGrH* 138) y Aristóbulo (*FGrH* 139), las cuales comparten con Nearco la distinción de ser las fuentes esenciales de Arriano (cfr. Bosworth [1980a], pp. 22-32). Ambas pueden considerarse «historias cortesanas» en el sentido de que su visión de Alejandro es siempre favorable y que sus obras se centran siempre en la persona y en los lugares de operaciones del rey. Por lo demás, son muy distintas. Ptolomeo cubrió todo el reinado, desde por lo menos el año 335 hasta la muerte de Alejandro en Babilonia y, según parece, su narración era sobre todo de carácter militar, con un énfasis importante (y comprensible) en sus propios éxitos. No cabe duda de que proporcionó a Arriano la base militar de su historia, una narración admirablemente clara, pero destinada a dar énfasis a los éxitos de Alejandro y de sus macedonios. Sería de ayuda conocer la fecha de la redacción, pero todavía no se ha descubierto ningún criterio razonable y las teorías varían entre el

año 320 a. de J.C. y el año de la muerte de Ptolomeo, el 283 (para un estudio de las posibilidades, véase Roisman [1984]). En realidad, no tenemos ni idea de la fecha o de la extensión de la obra. La conocemos ampliamente a través de las citas de Arriano y sólo podemos acercarnos a ella estudiando a Arriano.

Las cosas están un poco mejor en el caso de Aristóbulo, el cual escribió en su vejez, algún tiempo después de la batalla de Ipsos (301). Sirvió con Alejandro en un puesto relativamente humilde y, como Ptolomeo, escribió una narración en parte autobiográfica (véase, más arriba, p. 181). Una amplia gama de autores citan su obra, en especial, Arriano, Estrabón, Plutarco y Ateneo. Algunas veces, como en el caso de su descripción de las actividades de Alejandro en el Éufrates (F 55, 56), tenemos dos versiones del mismo pasaje y podemos reconstruir el original hasta cierto punto. La mayor parte de las citas, como siempre, hacen referencia a curiosidades geográficas y botánicas, pero parece claro que Aristóbulo pudo redactar detalles de la campaña con sobriedad y, aparentemente, con precisión. Y así lo hizo. Como Ptolomeo, era proclive a elogiar a Alejandro y a su ejército, y su obra mostraba una tendencia consciente a la apología que fue censurada ya en la antigüedad.

El más influyente de los primeros historiadores de Alejandro fue, probablemente, Clitarco de Alejandría (FGH 137). Su obra fue considerable, de más de doce libros de extensión, y abarcaba todo el reinado. La escribió relativamente pronto, tal vez antes del año 310; y, aunque Clitarco no participara en las campañas, tuvo acceso a informes de primera mano. Ha sido especialmente desafortunado en las citas de su obra, todas ellas centradas en detalles triviales o en exageraciones sensacionalistas, y ha sido caracterizado repetidas veces como comerciante de la retórica y la ampulosidad (véase, más recientemente, Hammon [1983a], pp. 25-27; contrástese con Jacoby, RE XI, 645-648). Pero Clitarco fue muy leído, especialmente en el periodo romano, y no cabe duda de que su trabajo subyace bajo buena parte del material existente sobre Alejandro. Esto es especialmente cierto en la llamada «tradición de la vulgata». Grandes fragmentos de la obra de Curcio Rufo y de Diodoro Sículo, XVII, derivan de una fuente común y, en algunas ocasiones, la narración discurre de modo paralelo, si bien cada autor da su propia versión de un original más extenso, omitiendo muchos detalles que el otro incluye, pero ambos con el mismo esquema. La misma fuente puede detectarse en el muy posterior epítome de Trogo Pompeyo de Justino y en los *Epítomes Metz* (una compilación de finales de la edad antigua que cubre la campaña comprendida entre Hircania y el sur de la India). Algo de este material, junto con mucho más, está incluido en la *Vida de Alejandro*, de Plutarco. Es muy posible que Clitarco sea la fuente básica de la tradición común. Se le considera una de las fuentes de Diodoro y, lo que es más, Curcio, en su narra-

ción sobre la India (IX, 8, 15 = *FGrH* 137 F 25), la cita como autoridad en una cuestión de detalle, narración que tiene su paralelo en Diodoro (Diodoro, XVII, 102, 6. cfr. Hamilton 1977, 129-135). En este caso concreto, se demuestra que Clitarco es la fuente de una tradición compartida y es altamente probable que el resto de las narrativas paralelas procedan de su obra. En ese caso, tendremos un material que completa ampliamente el escaso corpus de los fragmentos mencionados. Lo que tenemos está necesariamente distorsionado por los vehículos de la tradición existentes, contaminados por la retórica o abreviados hasta el punto de resultar ininteligibles, pero existe un formidable corpus secundario que puede situarse junto a la tradición cortesana de Ptolomeo y Aristóbulo. El material basado en Clitarco pone mayor énfasis en los hechos acontecidos fuera de los cuarteles generales macedonios y tiende a ser notablemente menos elogioso en relación con Alejandro. Muestra una clara inclinación hacia el sensacionalismo y la exageración, pero también hacia el reportaje centrado en los hechos, relativamente sobrio. No podemos pasar por alto la «vulgata», y la mayoría de los problemas de los estudios de Alejandro proceden de las contradicciones e incoherencias entre esta y la tradición de Arriano.

Se conocen otras historias sobre Alejandro, como las de Hegesias de Magnesia (*FGrH* 142) y Aristón de Salamina (*FGrH* 143), pero son tardías e indirectas, y tuvieron poco impacto en las fuentes actuales. Más importante es el gran trabajo de Jerónimo de Cardia (*FGrH* 154; cfr. Hornblower [1981]). Este fue el registro de hechos de mayor autoridad después de Alejandro. Escrito por un compañero de Éumenes y Antígono, trata el periodo que transcurre entre el año 323 hasta la muerte de Pirro, y fue la principal fuente utilizada por Diodoro (XVIII-XX) en su narración del periodo de los Sucesores. La de Jerónimo era una obra detallada, bien informada y dada al análisis político. Incluía también alguna referencia a los documentos: tratados, edictos y cartas. Aunque no fuera muy pertinente en relación con el reinado de Alejandro, hace constantes referencias al pasado, dando el contexto político de los hechos que se produjeron a raíz de la muerte del rey. Su prefacio a la Guerra Lamíaca, con la cita, aparentemente textual, del Decreto de Exiliados (Diod., XVIII, 8, 4) es de una importancia fundamental, como lo es también el *diagramma* de Filipo Arrideo sobre el regreso de los exiliados (Diod., XVIII, 55). Lo que nos queda de Jerónimo enriquece sustancialmente la tradición histórica de los dos últimos años del reinado de Alejandro. Existe también un detrito de material anecdótico, la mayor parte del cual conservado por Ateneo. Este se deriva de panfletos, generalmente atribuibles al periodo inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro, o bien de memorias personales. Los restos más impresionantes proceden de Cares de Mitilene (*FGrH* 125), uno de los chambelanes de la corte de

Alejandro. Sus *Historias de Alejandro* se centran, sobre todo, en sus experiencias durante los últimos años del reinado y (tal como extractó Ate-neo) daba abundantes detalles sobre las grandes celebraciones matrimoniales en Susa (F 4). Las citas existentes están muy noveladas, pero quizá se ha puesto un énfasis exagerado en este aspecto de su obra. Plutarco la utilizó como fuente acreditada y parte del material que cita contiene detalles y buena información. Otro material, citado por Estrabón en sus digresiones geográficas, procede de los escritores tesalios, Policlito y Medio de Larisa (FGrH 128-129). De Efipo de Olinto y de Nicobulo (FGrH 126-127) se citan detalles de sesgo más emotivo, relacionados con las circunstancias de las muertes de Hefestión y del mismo Alejandro. Este material era, sin duda, sesgado, pero los fragmentos citados abundan en hechos. Forman parte de una tradición de propaganda y especulación que iba a ser elaborada a la largo de siglos y se fundiría con la existente Leyenda de Alejandro y el *Liber de Morte* de los *Epitoma*, donde, bajo la capa novelada posterior, hay un eco auténtico de los panfletos originales de Perdicas (cfr. Merkelbach [1977], pp. 164-192 y 253-283).

Parte del material mencionado posee una perspectiva documental. Existen algunos registros de los agrimensores profesionales de Alejandro, los bematistas. Hay pruebas de que Baetón, Diogneto y Amintas (FGrH 119-120 y 122) escribieron obras dedicadas a narrar las etapas (*stathmoi*) de las marchas de Alejandro. Efectivamente, proporcionaron algunos datos precisos sobre las distancias entre distintas ciudades a lo largo del camino, y parece cierto que los bematistas fueron una de las principales fuentes de información para el gran geógrafo de Alejandro, Eratóstenes. Pero esos trabajos eran mucho más que itinerarios, ya que contenían una información colorista y exagerada sobre la flora y la fauna autóctonas. Los bematistas, al menos, participaban en la campaña y sus obras eran, en apariencia, auténticas. Mucho más dudosas son las numerosas cartas que menciona la tradición literaria (Pearson [1954-1955], pp. 443-450). Algunas de ellas, como la correspondencia que ha pasado a integrar la Leyenda de Alejandro son, obviamente, ficticias. Otras son elaboraciones literarias sobre material conservado en las fuentes originales. El ejemplo más elaborado de este género es el intercambio de correspondencia entre Alejandro y Darío después de Isos. Arriano y Curcio la registran, con contenido similar, aunque con divergencias en los detalles (Arr., II, 14; Curcio IV, I, 7-14; véase, más arriba, p. 74). En este caso concreto, los distintos informes de los historiadores originales aparecen descritos de distinta manera por las autoridades existentes, las cuales imponen su propio punto de vista al material. La mayoría de las cartas sólo se mencionan una vez, normalmente en Plutarco. La autenticidad de muchas está poco clara; otras, como la carta condonando la corrupción de Cleómenes (Arr., VII, 23, 6-8) o la respuesta a los atenienses sobre Samos (Plut., *Ale-*

jandro, 28, 2), pueden ser auténticas. Lo que resulta claro es que durante el periodo helenístico estuvo de moda compilar supuestas cartas de Alejandro y había en circulación muchas apócrifas. Por lo general, no podemos ir más allá de la afirmación de que las cartas mencionadas son una deformación adornada de hechos comprobados. Pocas de ellas pueden utilizarse como datos fidedignos sin corroboración con otras fuentes.

El más peculiar de los supuestos documentos son las *Efemérides* o *Diarios del Rey*, que Arriano y Plutarco citan como registro diario de la enfermedad final del rey (FGrH 117). Durante mucho tiempo se creyó que ese registro era el extracto de un diario oficial que cubría todo el reinado, y Ptolomeo lo utilizó como fuente primordial. Wilcken, en 1984, dio gran difusión a esta teoría, e incluso los estudios modernos sobre Alejandro lo repiten (véanse, más arriba, pp. 202-203; trato esta cuestión de modo exhaustivo en *From Arrian to Alexander*, cap. 7). Pero no tenemos pruebas de que las *Efemérides* abarcaran otra cosa que los últimos años del reinado del rey, así como los detalles centrados en la rutina de la corte y los banquetes. Contienen también supuestos anacronismos que han sugerido la posibilidad de que se tratara de una falsificación posterior, y el «documento» está claramente relacionado con los rumores y especulaciones que rodearon la muerte de Alejandro. Las *Efemérides* probablemente ocupan un punto medio peculiar entre la ficción y el reportaje: se trataría de un registro que seleccionaba algunos hechos de modo deliberado para sugerir una interpretación específica (véase, más arriba, p. 203). Probablemente, es un «documento», en el sentido de que se originó en la corte macedonia, pero no podemos dejar de recelar sobre su testimonio y, además, no tenemos pruebas de que Ptolomeo o cualquiera de las otras fuentes primarias utilizaran sistemáticamente un diario de la corte.

Espero haber dejado claro que la tradición original sobre el reinado de Alejandro sólo es accesible a través del filtro distorsionador de las fuentes existentes. Esto, en la práctica, se reduce a seis autoridades primordiales: Estrabón (en especial, los libros XV-XVII), Curcio Rufo, Diodoro, Plutarco, Arriano y el epítome de Justino sobre Trogo Pompeyo. No se puede hacer un trabajo serio sobre las historias originales antes de valorar debidamente las características y los métodos de los escritores de que disponemos. He intentado hacerlo en mi libro *From Arrian to Alexander: Studies in Historical Interpretation*, al cual remito a quien desee más detalles y más bibliografía sobre el tema.

Los textos y traducciones de las fuentes existentes que considero más útiles son los siguientes:

- | | |
|---------|---|
| Arriano | Brunt 1976-1983 (el texto de Loeb, basado en la edición Teubner estándar de A. G. Roos. Texto y traducción de la historia de Alejandro y el <i>Indike</i> con |
|---------|---|

- una anotación histórica y apéndices generales). Para un comentario completo sobre los Libros I-III, véase Bosworth (1980a) y, para la vida de Arriano y su método, puede consultarse P. A. STADTER, *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, 1980.
- Estrabón (La *Geografía* de Estrabón), H. S. Jones (ed. y trad.), 1-8, Cambridge, Mass. (Loeb), 1917-1932.
- Plutarco (Plutarco, *Vitae Parallelae*) K. Ziegler (ed.), Leipzig (Teubner), 1968, II, 2, pp. 152-253. Es el texto utilizado en el comentario estándar (Hamilton [1969]). (*Plutarch's Lives*), B. Perrin (ed. y trad.), Cambridge, Mass. (Loeb), 1919. La división en párrafos es distinta de la de Teubner, que es el texto de referencia estándar para la mayoría de los trabajos históricos.
- Curcio Rufo (Quinte-Curce, *Histoires*), H. Bardon (ed. y trad.), I-II, París (Budé), 1947-1948.
(Quintus Curtius Rufus, *The History of Alexander*), H. Yardley (trad.), introd. y nn. de W. Heckel, Harmondsworth (Penguin), 1984. Para un comentario completo de los Libros III-IV, véase Atkinson (1980).
- Diodoro Sículo (Diodore de Sicile, *Bibliothèque Historique*), XVII-XVIII, P. Goukowsky (ed.), París (Budé), 1976 y 1978.
(Diodorus of Sicily) 8 (XVI.66-95 y XVII), C. B. Welles (ed.), y 9 (XVIII-XIX.65), R. M. Geer (ed.), Cambridge, Mass. (Loeb), 1963, 1967. Hay comentarios generales útiles en Hornblower (1981).
- Justino (*M. Iuniani Iustini, Epitoma Historiarum Philippicarum Pompei Trogi*), O. Seel (ed.), Stuttgart (Teubner), 1972. La única traducción al inglés totalmente accesible es la vieja edición de Bohn's Libraries (Justino, Cornelio Nepote y Eutropio, J. S. Watson [trad.], Londres, 1875).

II Autores modernos

La lista que damos a continuación da detalles bibliográficos de toda la literatura mencionada en el texto y en las notas. Es un compendio razonablemente completo del trabajo reciente sobre Alejandro pero no es, en ningún modo, una bibliografía sistemática sobre el tema. Esta aparece en los dos estudios de Jakob Seibert (1972a, 1983), que son indispensables para aquel que quiera estudiar el periodo con seriedad.

ACCAME, S. (1941), *La lega ateniense nel secolo IV a.c.*, Roma.

ALTHEIM, F. y STIEHL, R. (1970), *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín.

- ANDERSON, J. K. (1970), *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*. Berkeley.
- ANDREOTTI, R. (1956), «Per una critica dell' ideologia di Alessandro Magno», *Historia* 5, pp. 257-302.
- (1957), «Die Weltmonarchie Alexanders des Grossen in Überlieferung und geschichtlicher Wirklichkeit», *Saeculum* 8, pp. 120-166.
- ANDRONIKOS, M. (1970), «Sarissa», *BCH* 94, pp. 91-107.
- (1979), «The finds from the royal Tombs at Vergina», *PBA* 65, pp. 355-367.
- (1980), «The Royal Tomb at Vergina and the problem of the dead», *AAA* 13, pp. 168-178.
- ANSON, E. M. (1981), «Alexander's hypaspists and the argyraspids», *Historia* 30, pp. 117-120.
- ANSPACH, A. (1903), *De Alexandria Magni expeditione Indica*, Leipzig.
- ASHTON, N. G. (1977), «The *naumachia* near Amorgos in 322 B.C.», *ABSA* 72, pp. 1-11.
- (1979), «How many *pentereis*?», *GRBS* 20, pp. 327-342.
- (1983), «The Lamian War: a false start», *Antichthon* 17, pp. 47-61.
- ATKINSON, J. E. (1980), *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni Books 3 & 4* (London Studies in Classical Philology 4), Amsterdam/Uithoorn.
- ATKINSON, K. M. T. (1973), «Demosthenes, Alexander and Asebeia», *Athenaeum* 51, pp. 310-335.
- AULOCK, H. von (1964), «Die Prägung des Balakros in Kilikien», *JNG* 14, pp. 79-82.
- AUSTIN, M. M. (1981), *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest*, Cambridge.
- (1986), «Hellenistic kings, war and the economy», *CQ* 36, pp. 450-466.
- AYMARD, A. (1937), «Un ordre d'Alexandre», *REA* 39, pp. 5-28.
- (1967), *Études d'histoire ancienne*, Paris.
- BADIAN, E. (1958a), «The eunuch Bagoas: a study in method», *CQ* 8, pp. 144-157.
- (1958b), «Alexander the Great and the unity of mankind», *Historia* 7, pp. 425-444.
- (1960a), «The death of Parmenio», *TAPA* 91, pp. 324-338.
- (1960b), «The first flight of Harpalus», *Historia* 9, pp. 245-246.
- (1961), «Harpalus», *JHS* 81, pp. 16-43.
- (1963), «The death of Philip II», *Phoenix* 17, pp. 244-250.
- (1965a), «Orientals in Alexander's army», *JHS* 85, pp. 160-161.
- (1965b), «The administration of the empire», *Greece & Rome* 12, pp. 166-182.
- (1965c), «The date of Clitarchus», *PACA* 8, pp. 5-11.
- (1966), «Alexander the Great and the Greeks of Asia», *Ancient Society and Institutions* (estudios presentados a V. Ehrenberg, Oxford), pp. 37-69.

- (1967), «Agis III», *Hermes* 95, pp. 170-192.
- (1968), «A king's notebooks», *HSCP* 72, pp. 183-204.
- (1971), «Alexander the Great, 1948-67», *CW* 65, pp. 37-83.
- (1975), «Nearchus the Cretan», *YCS* 24, pp. 147-170.
- (1976a), «Some recent interpretations of Alexander», *Entretiens Hardt* 22, pp. 279-311.
- (1976b), «A comma in the history of Samos», *ZPE* 23, pp. 289-294.
- (1977a), «A document of Artaxerxes IV?», en K. Kinz (ed.) *Greece and the Eastern Mediterranean in History and Prehistory*, estudios presentados a F. Schachermeyr, pp. 40-50.
- (1977b), «The battle of the Granicus: a new look», *Ancient Macedonia* 2 (Salónica), pp. 271-293.
- (1981), «The deification of Alexander the Great», en H. J. Dell (ed.), *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*, Salónica, pp. 27-71.
- (1982), «Greeks and Macedonians», *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times* (Studies in the History of Art 10), Washington, pp. 33-51.
- (1985), «Alexander in Iran», en I. Gershevitch (ed.), *Cambridge History of Iran II*, Cambridge, pp. 420-501.
- BAGNALL, R. S. (1979), «The date of the foundation of Alexandria», *AJAH* 4, pp. 46-49.
- BALSDON, J. P. V. D. (1950), «The "Divinity" of Alexander», *Historia* 1, pp. 363-388.
- BEAN, G. E. y COOK, J. M. (1955), «The Halicarnassus Peninsula», *ABSA* 50, pp. 85-171.
- BELLEN, H. (1974), «Der Rachege danke in der griechisch-persischen Auseinandersetzung», *Chiron* 4, pp. 43-67.
- BELLINGER, A. R. (1963), *Essays on the Coinage of Alexander the Great* (Numismatic Studies 11), Nueva York.
- BENDINELLI, G. (1965), «Cassandro re di Macedonia nella Vita plutarchea di Alessandro Magno», *RFIC* 93, pp. 150-164.
- BENGTSON, H. (1937), «Φιλόξενος ὁ Μακεδών», *Philologus* 92, pp. 126-155.
- BENVENISTE, É. (1943-1945), «La ville de Cyreschata», *Journal Asiatique* 324, pp. 163-156.
- BERCHEM, D. van (1970), «Alexandre et la restauration de Priène», *MH* 27, pp. 198-205.
- BERNARD, P. (1974), «Fouilles d'Aï Khanoum. Campagnes de 1972 et 1973», *CRAI*, pp. 280-308.
- (1975), «Campagne de fouilles 1974 à Aï Khanoum», *CRAI*, pp. 167-197.
- (1980a), «Campagne de fouilles 1978 à Aï Khanoum», *CRAI*, pp. 435-459.

- (1980b), «Heracles, les Grottes de Karafto et le sanctuaire de Mont Sambulos en Iran», *Studia Iranica* 9, pp. 301-324.
- BERVE, H. (1926), *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage* I-II, Múnich (el vol. II, *Prosopographie*, se ocupa de un catálogo amplio de personajes documentados durante el reinado de Alejandro, numerados y por orden alfabético).
- (1938), «Die Verschmelzungspolitik Alexanders des Grossen», *Klio* 31, pp. 135-168.
- (1967), *Die Tyrannis bei den Griechen*, Múnich.
- BICKERMANN, E. J. (1934), «Alexandre le Grand et les villes d'Asie», *REG* 47, pp. 346-374.
- (1940), «La lettre d' Alexandre le Grand aux bannis grecs», *REA* 42, pp. 25-35.
- (1963a), «À propos d'un passage de Chares de Mytilène», *PdP* 18, pp. 241-255.
- (1963b), «Sur un passage d' Hypéride», *Athenaeum* 41, pp. 70-83.
- BIEBER, M. (1964), *Alexander the Great in Greek and Roman Art*, Chicago.
- BIGWOOD, J. M. (1978), «Ctesias as historian», *Phoenix* 32, pp. 19-41.
- BORZA, E. N. (1967), «Alexander and the return from Siwah», *Historia* 16, p. 369.
- (1972), «Fire from heaven: Alexander at Persepolis», *CPh*. 67, pp. 233-245.
- (1979), «Some observations on malaria and the ecology of Central Macedonia in antiquity», *AJAH* 4, pp. 102-124.
- (1981-1982), «The Macedonian Royal Tombs at Vergina: some cautionary notes», *Archaeological News* 10, pp. 73-87; 11, pp. 8-10.
- (1982), «The natural resources of early Macedonia», Philip II, en W. L. Adams y E. N. Borza (eds.), *Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, pp. 1-20.
- BOSWORTH, A. B. (1970), «Aristotle and Callisthenes», *Historia* 19, pp. 407-413.
- (1971a), «Philip II and Upper Macedonia», *CQ* 21, pp. 93-105.
- (1971b) «The death of Alexander the Great: rumour and propaganda», *CQ* 21, pp. 112-136.
- (1973), «ΑΣΘΕΤΑΙΠΟΙ», *CQ* 23, pp. 245-253.
- (1974), «The government of Syria under Alexander the Great», *CQ* 24, pp. 46-64.
- (1975), «The mission of Amphoterus and the outbreak of Agis' War», *Phoenix* 29, pp. 27-43.
- (1976a), «Arrian and the Alexander Vulgate», *Entretiens Hardt* 22, pp. 1-46.
- (1976b), «Errors in Arrian», *CQ* 26, pp. 117-139.
- (1977a), «Alexander and Ammon», en K. Kinzl (ed.), *Greece and the Ancient Mediterranean in History and Prehistory*, estudios presentados a Fritz Schachermeyr, Berlín, pp. 51-75.

- (1977b), «Early relations between Aetolia and Macedon», *AJAH* 1, pp. 164-181.
- (1978), «Eumenes, Neoptolemus and PSI XII.1284», *GRBS* 19, pp. 227-237.
- (1980a), *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander I*, Oxford.
- (1980b), «Alexander and the Iranians», *JHS* 100, pp. 1-21.
- (1981), «A missing year in the history of Alexander the Great», *JHS* 101, pp. 17-39.
- (1982), «The location of Alexander's campaign against the Illyrians in 335 B.C.», *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times* (Studies in the History of Art 10), Washington, pp. 75-84.
- (1983), «The Indian satrapies under Alexander the Great», *Antichthon* 17, pp. 37-46.
- (1986), «Alexander the Great and the decline of Macedon», *JHS* 106, pp. 1-12.
- (1987), «Nearchus in Susiana», en W. Will (ed.), *Zu Alexander dem Grossen* (Festschrift G. Wirth), Amsterdam.
- BRAUNERT, H. (1968), «Staatstheorie und Staatsrecht in Hellenismus», *Saeculum* 19, pp. 47-66.
- BRELOER, B. (1933), *Alexanders Kampf gegen Poros* (Bonner Orientalische Studien 3), Stuttgart.
- BRIANT, P. (1973), *Antigone le Borgne; les débuts de sa carrière et les problèmes de l'assemblée macédonienne*, Paris.
- (1982a), *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, Cambridge y París
- (1982b), *Rois, tributs et paysans* (Centre de Recherches d'Histoire Ancienne 43), Paris.
- BRIXHE, C. (1976), *Le Dialecte grec de Pamphylie*, Paris.
- BROWN, T. S. (1949a), *Onesicritus: a Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley.
- (1949b), «Calisthenes and Alexander», *AJP* 70, pp. 225-248.
- (1967), «Alexander's book order (Plut. Alex. 8)», *Historia* 16, pp. 359-368.
- BRUNDAGE, B. C. (1958), «Herakles the Levantine», *JNES* 17, pp. 225-236.
- BRUNT, P. A. (1963), «Alexander's Macedonian cavalry», *JHS* 83, pp. 27-46.
- (1975), «Alexander, Barsine and Heracles», *RFIC* 103, pp. 22-34.
- (1976), «Anaximenes and King Alexander I of Macedon», *JHS* 96, pp. 151-153.
- (1976-1983), *Arrian: History of Alexander and Indica* (Loeb Classical Library) 1-11, Cambridge, Mass.
- BURKE, E. M. (1977), «Contra Leocratem and de Corona: political collaboration?» *Phoenix* 31, pp. 330-340.
- BURN, A. R. (1952) «Notes on Alexander's campaigns 332-330 B.C.», *JHS* 72, pp. 81-91.

- CARNEY, E. (1981), «The death of Cleitus», *GRBS* 22, pp. 149-160.
- CAROE, O. (1962), *The Pathans*, Londres.
- CASSON, L. (1971), *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton.
- CAUER, F. (1894), «Philotas, Kleitos, Kallisthenes», *Jahrbücher für klassische Philologie*, Suppl. 20, pp. 8-38.
- CAVENAILE, R. (1972), «Pour une histoire politique et sociale d'Alexandre – les origines», *AC* 41, pp. 94-112.
- CAWKWELL, G. L. (1961), «A note on Ps.-Demosthenes 17.20», *Phoenix* 15, pp. 74-78.
- (1963), «Eubulus», *JHS* 83, pp. 47-67.
- (1969), «The crowning of Demosthenes», *CQ* 19, pp. 161-180.
- CLASSEN, D. J. (1959) «The Libyan god Ammon in Greece before 331 B.C.», *Historia* 8, pp. 349-355.
- COHEN, G. M. (1978), *The Seleucid Colonies* (Historia Einzelschr. 30), Wiesbaden.
- COOK, J. M. (1983), *The Persian Empire*, Londres.
- CROSS, F. M. (1963), «The discovery of the Samaria papyri», *BA* 26, pp. 110-121.
- (1966), «Aspects of Samaritan and Jewish history in late Persian and Hellenistic times», *HTR* 52, pp. 201-211.
- DAVIES, J. K. (1971), *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.*, Oxford.
- DAVIS, E. W. (1964), «The Persian battle plan at the Granicus», *James Sprunt Studies in History and Political Sciences* 46, pp. 34-44.
- DEMANDT, A. (1972), «Politische Aspekte in Alexanderbild der Neuzeit», *Archiv für Kulturgeschichte* 54, pp. 325-363.
- DEVELIN, R. D. (1981), «The murder of Philip II», *Antichthon* 15, pp. 86-99.
- (1985), «Anaximenes (FGH Hist 72) F4», *Historia* 34, pp. 493-496.
- DEVINE, A. M. (1975), «Grand tactics at Gaugamela», *Phoenix* 29, pp. 374-385.
- (1983), «ΕΜΒΟΛΟΝ: a study in tactical terminology», *Phoenix* 37, pp. 201-217.
- (1984), «The location of Castabulum and Alexander's route from Mallus to Myriandrus», *Acta Classica* 27, pp. 127-129.
- DOBESCH, G. (1975), «Alexander der Grosse und der Korinthische Bund», *Grazer Beiträge* 3, pp. 73-149.
- DROYSEN, J. G. (1952) *Geschichte des Hellenismus: I Geschichte Alexanders des Grossen*, Gotha, 1877²; Basilea, 3^a ed.
- DÜRR, N. (1974), «Neues aus Babylonien», *Schweizer Münzblätter*, pp. 33-36.
- EADIE, J. W. (1967), «The development of Roman mailed cavalry», *JRS* 57, pp. 161-173.
- EDMUNDS, L. (1971), «The religiosity of Alexander», *GRBS* 12, pp. 363-391.
- EGGE, R. (1978), *Untersuchungen zur Primärtradition bei Q. Curtius Rufus*, Friburgo.

- EGGERMONT, P. H. L. (1970), «Alexander's campaign in Gandhara and Ptolemy's list of Indo-Scythian towns», *Orientalia Lovaniensia Periodica* 1, pp. 63-123.
- (1975), *Alexander's Campaigns in Sind and Baluchistan* (Orientalia Lovaniensia Analecta 3), Lovaina.
- EHRENBERG, V. (1938), *Alexander and the Greeks*, Oxford.
- (1965) *Polis und Imperium*, Zúrich.
- ELLIS, J. R. (1971), «Amyntas Perdikka, Philip II and Alexander the Great», *JHS* 91, pp. 15-24.
- (1975), «Alexander's hypaspists again», *Historia* 24, pp. 617-618.
- (1981), «The assassination of Philip II», en H. J. Dell (ed.), *Ancient Macedonian Studies in honor of Charles Edson*, Salónica, pp. 99-137.
- ENGELS, D. W. (1978a), *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley.
- (1978b), «A note on Alexander's death», *CPh.* 73, pp. 224-228.
- (1980), «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, pp. 327-340.
- ERRINGTON, R. M. (1969), «Bias in Ptolemy's History of Alexander», *CQ* 19, pp. 233-242.
- (1970), «From Babylon to Triparadeisos: 323-320 B.C.», *JHS* 90, pp. 49-77.
- (1974), «Macedonian "Royal Style" and its historical significance», *JHS* 94, pp. 20-37.
- (1975a), «Samos and the Lamian War», *Chiron* 5, pp. 50-57.
- (1975b), «Arybbas the Molossian», *GRBS* 16, pp. 41-50.
- (1976), «Alexander in the Hellenistic world», *Entretiens Hardt* 22, pp. 137-179.
- (1978), «The nature of the Macedonian state under the monarchy», *Chiron* 8, pp. 77-133.
- (1986), *Geschichte Makedoniens*, Múnich.
- ÉTIENNE, R. y PIÉART, M. (1975), «Un décret du koinon des Hellènes à Platées», *BCH* 99, pp. 51-75.
- FAKHRY, A. (1944), *Siwa Oasis: its History and Antiquities*, El Cairo.
- FARBER, J. J. (1979), «The Cyropaedia and Hellenistic kingship», *AJP* 100, pp. 497-574.
- FEARS, J. R. (1975), «Pausanias, the assassin of Philip II», *Athenaeum* 53, pp. 111-135.
- FISCHER, K. (1967), «Zur Lage von Kandahar an Landverbindungen zwischen Iran und Indien», *BJ* 167, pp. 129-232.
- FOSS, C. (1977) «The battle of the Granicus: a new look», *Ancient Macedonia* 2, Salónica, pp. 495-502.
- FOUCHER, A. (1942), *La Vieille Route de l'Inde de Bactres à Taxile*, París.
- Fouilles d'Ai Khanoum I* (1973), (Mémoires de la délégation archéologie française en Afghanistan 21), París.

- FRASER, P. M. (1967), «Current problems concerning the early history of the cult of Sarapis», *Opuscula Atheniensia* 7, pp. 23-45.
- (1972), *Ptolemaic Alexandria I-II*, Oxford
- (1979/1980), «The son of Aristonax at Kandahar», *Afghan Studies* 2, pp. 9-21.
- FREDRICKSMEYER, E. A. (1961) «Alexander, Midas and the oracle at Gordium», *CPh*. 56, pp. 160-168.
- (1979a), «Divine Honours for Philip II», *TAPA* 109, pp. 39-61.
- (1979b), «Three notes on Alexander's deification», *AJAH* 4, pp. 1-9.
- (1981), «On the background of the ruler cult», en H. J. Dell (ed.), *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*, Salónica, pp. 145-156.
- FRYE, R. N. (1972), «Gestures of deference to royalty in Ancient Iran», *Iranica Antiqua* 9, pp. 102-107.
- GARDIN, J.-C. (1980), «L'archéologie du paysage bactrien», *CRAI*, pp. 480-501.
- GEHRKE, H. J. (1976), *Phokion* (Zetemata 64), Múnich.
- GEROV, B. (1981), «Zum Problem der Wohnsitze der Triballen», *Klio* 63, pp. 485-492.
- GESCHE, H. (1974), «Nikokles von Paphos und Nikokreon von Salamis», *Chiron* 4, pp. 103-125.
- GIOVANNINI, A. (1983), «Téos, Antiochos III et Attale Iter», *MH* 40, pp. 178-184.
- GOUKOWSKY, P. (1969), «Un lever de soleil sur l'Ida de Troade», *R. Ph.* 43, pp. 249-254.
- (1972), «Le roi Poros et son éléphant», *BCH* 96, pp. 473-502.
- (1976), *Diodore de Sicile XVII* (Budé), Paris.
- (1978-1981), *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre I-II*, Nancy.
- GREEN, P. (1974), *Alexander of Macedon*, Londres.
- (1982), «The Royal Tombs of Vergina: a historical analysis», en W. L. Adams y N. Borza (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, pp. 129-151.
- GRIFFITH, G. T. (1935), *The Mercenaries of the Hellenistic World*. Cambridge.
- (1947), «Alexander's generalship at Gaugamela», *JHS* 67, pp. 77-89.
- (1956/1957), «Μακεδονικά: notes on the Macedonians of Philip and Alexander», *PCPS* 4, pp. 3-10.
- (1963), «A note on the hipparchies of Alexander», *JHS* 83, pp. 68-74.
- (1964), «Alexander the Great and an experiment in government», *PCPS* 10, pp. 23-39.
- (1968), «The letter of Darius at Arrian 2.14», *PCPS* 14, pp. 33-48.
- GULLATH, B. (1982), *Untersuchungen zur Geschichte Boiotiens in der Zeit Alexanders und der Diadochen*, Fráncfort del Meno y Berna.

- GUNDERSON, L. L. (1982), «Quintus Curtius Rufus», en W. L. Adams y E. N. Borza (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, pp. 177-196.
- GÜNTHER, W. (1971), *Das Orakel von Didyma in hellenistischer Zeit* (MDAI[I] Beih. 4), Tubinga.
- HABICHT, C. (1957), «Samische Volksbeschlüsse der hellenistischen Zeit», *MDAI(A)* 72, pp. 152-274.
- (1970²), *Gottmenschen und griechische Städte* (Zetemata 14), Múnich.
- (1973), «Literarische und epigraphische Überlieferung zur Geschichte Alexanders und seiner ersten Nachfolger», *Akten des VI Internationalen Kongresses für Gr. und Lat. Epigraphik* (Vestigia 17), Múnich, pp. 367-377.
- (1975), «Der Beitrag Spartas zur Restitution von Samos während des Lamischen Krieges», *Chiron* 5, pp. 45-50.
- (1979), *Untersuchungen zur politischen Geschichte Athens im 3 Jahrhundert v. Chr.*, Múnich.
- HADLEY, R. A. (1974), «Royal propaganda of Seleucus I and Lysimachus», *JRS* 94, pp. 50-65.
- HAMILTON, J. R. (1953), «Alexander and his “so-called” father», *CQ* 3, pp. 151-157.
- (1955), «Three passages in Arrian», *CQ* 5, pp. 217-221.
- (1956), «The cavalry battle at the Hydaspes», *JHS* 76, pp. 26-31.
- (1961), «Cleitarchus and Aristobulus», *Historia* 10, pp. 448-458.
- (1969), *Plutarch Alexand: a Commentary*, Oxford.
- (1971), «Alexander and the Aral», *CQ* 21, pp. 106-111.
- (1972), «Alexander among the Oreitai», *Historia* 21, pp. 603-608.
- (1973), *Alexander the Great*, Londres.
- (1977), «Cleitarchus and Diodorus 17», en K. Kinzl (ed.), *Greece and the Ancient Mediterranean in History and Prehistory*, estudios presentados a Fritz Schachermeyr, Berlín, pp. 126-146.
- HAMMOND, N. G. L. (1978a), «A cavalry unit in the army of Antigonus Monophthalmus», *CQ* 28, pp. 128-135.
- (1978b), «“Philip’s Tomb” in historical context», *GRBS* 19, pp. 331-350.
- (1980a), *Alexander the Great: King, Commander and Statesman*, Park Ridge, NJ.
- (1980b), «Some passages in Arrian concerning Alexander», *CQ* 30, pp. 455-476.
- (1980c), «The battle of the Granicus river», *JHS* 100, pp. 73-88.
- (1980d), «The march of Alexander the Great on Thebes in 335 B.C.», *Μέγας Ἀλέξανδρος: 2300 χρόνια από τὸν θάνατον τοῦ*, Salónica, pp. 171-181.
- (1982), «The evidence for the identity of the Royal Tombs at Vergina», en W. L. Adams y E. N. Borza (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, pp. 111-127.

- (1983a), *Three Historians of Alexander the Great*, Cambridge.
- (1983b), «The text and the meaning of Arrian VII.6.2-5», *JHS* 103, pp. 139-144.
- HAMMOND, N. G. L. y GRIFITH, G. T. (1979), *A History of Macedonia II*, Oxford.
- HAMPL, F. (1953), «Alexanders des Grossen *Hypomnemata* und letzte Pläne», *Studies Presented to D. M. Robinson II* (St. Louis), pp. 816-829.
- (1954), «Alexander der Grosse und die Beurteilung geschichtlicher Persönlichkeiten», *La Nouvelle Clio* 6, pp. 115-124.
- HANSMAN, J. (1967), «Charax and the Karkheh», *Iranica Antiqua* 7, pp. 21-58.
- (1968), «The problems of Qumis», *JRAS*, pp. 111-139.
- (1972), «Elamites, Achaemenians and Anshan», *Iran* 10, pp. 101-125.
- HANSMAN, J. F. y STRONACH, D. (1970), «Excavations at Shahr-i Qumis», *JRAS*, en pp. 29-62.
- HATZOPOULUS, M. B. (1982a), «Dates of Philip II's reign», en W. L. Adams y E. N. Borza (eds.), *Philip, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, pp. 32-42.
- (1982b), «A reconsideration of the Pixodarus Affair», *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times* (Studies in the History of Art 10), Washington, pp. 59-66.
- HECKEL, W. (1975), «Amyntas son of Andromenes», *GRBS* 16, pp. 393-398.
- (1977a), «The conspiracy against Philotas», *Phoenix* 31, pp. 9-21.
- (1977b), «The flight of Harpalus and Tauriskos», *CPh.* 72, pp. 133-135.
- (1979), «Philip II, Kleopatra and Karanos», *RFIC* 107, pp. 384-393.
- (1980), «Alexander at the Persian Gates», *Athenaeum* 58, pp. 168-174.
- (1981), «Some speculations on the prosopography of the Alexanderreich», *LCM* 6, pp. 63-69.
- HEISSERER, A. J. (1980), *Alexander the Great and the Greeks of Asia Minor*, Norman, Oklahoma.
- HELLENKEMPER, H. (1984), «Das wiedergefundene Issos», en J. Ozols y V. Thewalt (eds.), *Aus dem Osten des Alexanderreiches*, Colonia, pp. 43-50.
- HERRMANN, P. (1965), «Antiochos der Grosse und Teos», *Anadolu* 9, pp. 29-160.
- HERZFELD, E. (1908), «Pasargadae», *Klio* 8, pp. 20-25.
- (1968), *The Persian Empire*, Wiesbaden.
- HIGGINS, W. E. (1980), «Aspects of Alexander's imperial administration: some modern methods and views reviewed», *Athenaeum* 58, pp. 129-152.
- HOGARTH, D. G. (1887), «The deification of Alexander the Great», *EHR* 2, pp. 317-329.
- HÖGEMANN, P. (1985), *Alexander der Grosse und Arabien* (Zetemata 82), München.

- HORNBLOWER, J. (1981), *Hieronymus of Cardia*, Oxford.
- HORNBLOWER, S. (1982), *Mausolus*, Oxford.
- HUGHES-BULLER, R. (ed.) (1906), *Baluchistan District Gazetteer*, Bombay, Series VII (Makrān).
- INSTINSKY, H. U. (1949), *Alexander der Grosse am Hellespont*, Godesberg.
- (1961), «Alexander, Pindar, Euripides», *Historia* 10, pp. 250-255.
- JÄHNE, A. (1981), «Die Ἀλεξανδρέων χώρα», *Klio* 63, pp. 63-103.
- JANKE, A. (1904), *Auf Alexanders des Grossen Pfaden. Eine Reise durch Kleinasien*, Berlin.
- (1910), «Die Schlacht bei Issos», *Klio* 10, pp. 137-177.
- JASCHINSKI, S. (1981), *Alexander und Griechenland unter dem Eindruck der Flucht des Harpalos* (Habelts Dissertationsdrucke, Reihe alte Geschichte 14), Bonn.
- JEPPESSEN, K. (1960), «A royal message to Ikaros: the Hellenistic temples of Failaka», *KUML*, pp. 174-187.
- JONES, T. B. (1935), «Alexander and the winter of 330/20 B.C.», *CW* 28, pp. 124-125.
- JOUGUET, P. (1940), «La date Alexandrine de la fondation d' Alexandrie», *REA* 42, pp. 192-197.
- JUDEICH, W. (1908), «Die Schlacht am Granikos», *Klio* 8, pp. 372-397.
- KAISER, W. B. (1962), «Ein Meister der Glyptik aus dem Umkreis Alexanders», *JDAI* 77, pp. 227-239.
- KIENAST, D. (1965), «Alexander und der Ganges», *Historia* 14, pp. 180-188.
- KIENITZ, F. K. (1953), *Die politische Geschichte Ägyptens*, Berlin.
- KINGSLEY, B. M. (1986), «Harpalos in the Megarid and the grain shipments from Cyrene», *ZPE* 66, pp. 165-177.
- KOENEN, L. (1977), *Eine agonistische Inschrift aus Ägypten und frühptolemäische Königsfeste* (Beiträge zur klassischen Philologie 56), Meisenheim am Glan.
- KRAFT, K. (1971), *Der «rationale» Alexander* (Frankfurter Althistorische Studien 5), Kallmünz.
- LAMBRICK, H. T. (1964), *Sind: a General Introduction*, Hyderabad.
- LAMMERT, F. (1953), «Alexanders Verwundung in der Stadt der Maller und die damalige Heilkunde», *Gymnasium* 60, pp. 1-7.
- LANE FOX, R. (1973), *Alexander the Great*, Londres.
- LEUZE, O. (1935), *Die Satrapieneinteilung in Syrien und in Zweistrolchland von 520-320* (Schriften der Königsberger Gelehrten Gesellschaft; Geisteswiss., Kl. 11), Halle.
- LÉVY, I. (1913), «Sérapis», *Revue de l'histoire des religions* 67, pp. 308-317.
- LEWIS, D. M. (1955), «Notes on Attic Inscriptions II», *ABSA* 50, pp. 1-36.
- (1959), «Law on the Lesser Panathenaia», *Hesperia* 28, pp. 239-247.
- (1969), «Two days», *CR* 19, pp. 271-272.
- (1977), *Sparta and Persia* (Cincinnati Classical Studies I), Leiden.

- LOCK, R. A. (1977a), «The Macedonian Army Assembly in the time of Alexander the Great», *CPh.* 72, pp. 91-107.
- (1977b), «The origins of the Argyraspids», *Historia* 26, pp. 373-378.
- MCQUEEN, E. J. (1978), «Some notes on the anti-Macedonian movement in the Peloponnese in 331 B.C.», *Historia* 27, pp. 40-64.
- MARKIANOS, S. S. (1969), «A note on the administration of Lycurgus», *GRBS* 10, pp. 325-331.
- MARKLE, M. M. (1977), «The Macedonian Sarissa, spear and related armour», *AJA* 81, pp. 323-339.
- (1978), «Use of the Macedonian Sarissa by Philip and Alexander of Macedon», *AJA* 82, pp. 483-497.
- (1980), «Weapons from the cemetery at Vergina and Alexander's army», *Μέγας Ἀλέξανδρος: 2300 χρόνια ἀπὸ τὸν θάνατον τοῦ*, Salónica, pp. 243-267.
- (1982), «Macedonian arms and tactics under Alexander the Great», *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times* (Studies in the History of Art 10), Washington, pp. 87-111.
- MARQUART, J. (1907) «Untersuchungen zur Geschichte von Eran», *Philologus*, Suppl. 10, pp. 1-258.
- MARSDEN, E. W. (1964), *The Campaign of Gaugamela*, Liverpool.
- (1969-1971), *Greek and Roman Artillery*; I. *Historical Development*. II; *Technical Treatises*, Oxford.
- (1977), «Macedonian military machinery and its designers under Philip and Alexander», *Ancient Macedonia* 2, Salónica, pp. 211-223.
- MARSHALL, J. H. (1951), *Taxila I-III*, Cambridge.
- MARTIN, T. R. (1982), «A phantom fragment of Theopompus and Philip II's first campaign in Thessaly», *HSCP* 86, pp. 55-78.
- (1985), *Sovereignty and Coinage in Classical Greece*, Princeton.
- MARTIN, V. (1959), «Un recueil de diatribes cyniques: Pap. Genev. inv. 271», *MH* 16, pp. 77-115.
- MEHL, A. (1980/1981) «Δορίκτης χώρα: kritische Bermerkungen zum "Speererwerb" in Politik und Völkerrecht der hellenistischen Epoche», *Ancient Society* 11/12, pp. 173-212.
- MENDELS, D. (1984), «Aetolia 331-301: frustration, political power and survival», *Historia* 33, pp. 129-180.
- MENSCHING, E. (1963), «Peripatetiker über Alexander», *Historia* 12, pp. 274-282.
- MERRITT, B. D. (1952) «Greek inscriptions», *Hesperia* 21, pp. 340-380.
- (1960), «Greek inscriptions», *Hesperia* 29, pp. 1-27.
- MERKELBACH, R. (1977²) *Die Quellen der griechischen Alexanderromans* (Zetemata 9), München.
- MERKER, L. (1964), «Notes on Abdalonymus and the dated coins of Sidon and Ake», *ANSMN* 11, pp. 113-120.

- MERLAN, P. (1950), «Alexander the Great or Antiphon the Sophist?», *CPh* 45, pp. 161-166.
- (1954), «Isocrates, Aristotle and Alexander the Great», *Historia* 3, pp. 60-81.
- METZGER, H., LAROCHE, E. y DUPONT-SOMMER, A. (1974), «La stèle trilingue récemment découverte au Létôon de Xanthos», *CRAI* 82-93, pp. 115-125 y 132-149.
- MEYER, E. (1910), *Kleine Schriften zur Geschichtstheorie und zur wirtschaftlichen und politischen Geschichte des Altertums*, Halle.
- (1927), «Alexander und der Ganges», *Klio* 21, pp. 183-191.
- MICHAÏLOV, G. (1961), «La Thrace au IV^e et III^e siècles avant notre ère», *Athenaeum* 39, pp. 33-44.
- MIKROGIANNAKIS, E. I. (1969), αἱ μεταξὺ Ἀλεξάνδρου Γ καὶ Δαρείου Γ διπλωματικά ἐπαφραί, Atenas.
- MILNS, R. D. (1966a), «Alexander's Macedonian cavalry and Diodorus xvii.17.4», *JHS* 86, pp. 167-168.
- (1966b), «Alexander's seventh phalanx battalion», *GRBS* 7, pp. 159-166.
- (1968), *Alexander the Great*, Londres.
- (1971), «The hypaspists of Alexander III: some problems», *Historia* 20, pp. 186-195.
- (1976), «The army of Alexander the Great», *Entretiens Hardt* 22, pp. 87-136.
- (1981), «“ΑΣΘΙΠΠΟΙ” again», *CQ* 31, pp. 347-354.
- MITCHEL, F. W. (1962), «Demades of Paenia and IG II². 1413/4/5», *TAPA* 95, pp. 213-229.
- (1965), «Athens in the Age of Alexander», *Greece & Rome* 12, pp. 189-204.
- (1970), *Lykourgan Athens*, pp. 338-322, Cincinnati, conferencias dadas en memoria de Louise Semple Taft, 2.^a serie.
- (1975), «The so-called earliest ephebic inscription», *ZPE* 19, pp. 233-243.
- MØRKHOLM, O. (1978), «The Alexander coinage of Nicocles of Paphos», *Chiron* 8, pp. 135-147.
- MUGHAL, M. R. (1967), «Excavations at Tulamba, West Pakistan», *Pakistan Archaeology* 4, pp. 1-152.
- MURISON, J. A. (1972), «Darius III and the battle of Issus», *Historia* 21, pp. 399-423.
- NEUBERT, M. (1934), «Alexandres des Grossen Balkanzug», *Petermanns Mitteilungen* 80, pp. 281-289.
- NEWELL, E. T. (1916), *The Dated Alexander Coinage of Sidon and Ake*, New Haven.
- NIESE, B. (1893), *Geschichte der griechischen und makedonischen Staaten seit der Schlacht bei Chaeronea*, Gotha.
- NODELMAN, S. A. (1960), «A preliminary history of Characene», *Berytus* 13, pp. 83-121.

- OLMSTEAD, H. T. (1948), *A History of the Persian Empire*, Chicago.
- OSBORNE, M. J. (1979), «Kallias, Phaidros and the revolt of Athens in 287 B.C.», *ZPE* 35, pp. 181-194.
- OSTWALD, M. (1955) «The Athenian legislation against tyranny and subversion», *TAPA* 86, pp. 103-128.
- PAPAVASTRU, J. (1936), *Amphipolis* (Klio Beih. 37), Leipzig.
- PAPAZOGLOU, F. (1977), *The Central Balkan Tribes in Pre-Roman Times*, Amsterdam.
- PARKE, H. W. (1933), *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford.
- (1967), *The Oracles of Zeus*, Oxford.
- (1985), «The massacre of the Branchidae», *JHS* 105, pp. 59-68.
- PARKER, R. A. y ČERNÝ, J. (1962), *A Saite Oracle Papyrus from Thebes*, Brown Egyptological Studies 4, Providence, RI.
- PARSONS, P. J. (1979), «The burial of Philip II», *AJA* 4, pp. 97-101.
- PEARSON, L. (1954-1955), «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, pp. 429-439.
- (1960), *The Lost Histories of Alexander the Great* (Philological Monographs 20), Nueva York.
- PÉDECH, P. (1958), «Deux campagnes d'Antiochus III chez Polybe», *REA* 60, pp. 67-81.
- (1984) *Historiens compagnons d'Alexandre*, París.
- PICARD, G. y C. (1964), «Hercule et Melqart», *Hommages à J. Bayet* (Collection Latomus 70, París), pp. 569-578.
- PISTORIUS, H. (1913), *Beiträge zur Geschichte von Lesbos im 4 Jahrh. v. Chr.* Jena.
- PRAG, A. J. N. W., MUSGRAVE, J. H. y NEAVE, R. A. H. (1984), «The skull from Tomb II at Vergina: King Philip II of Macedon», *JHS* 104, pp. 60-78.
- PRESTIANNINI GIALLOMBARDO, A. M. (1973-1974), «Aspetti giuridici e problemi cronologici della reggenza di Filippo II di Macedonia», *Helikon* 13/14, pp. 191-209.
- PRICE, M. J. (1982), «Alexander's reform of the Macedonian regal coinage», *NC* 142, pp. 180-190.
- RADET, G. (1931), *Alexandre le Grand*, París.
- (1932), «La dernière campagne d'Alexandre contre Darius», *Mélanges Glotz* 2 (París), pp. 765-778.
- (1935), «Alexandre et Poru: le passage de l'Hydaspe», *REA* 37, pp. 349-356.
- (1938), «Explorations Indo-Iraniennes», *REA* 40, pp. 421-432.
- (1941), «Les colonies macédoniennes de l'Hydaspe», *REA* 43, pp. 33-40.
- RAHE, P. A. (1981), «The annihilation of the Sacred Band at Chaeronea», *AJA* 85, pp. 84-87.
- REINMUTH, O. (1971), *The Ephebic Inscriptions of the Fourth Century B.C.* (*Mnemosyne* Suppl. 14), Leiden.

- RENARD, M. y SERVAIS, J. (1955), «À propos du mariage d'Alexandre et de Roxane», *ACI* 24, pp. 29-50.
- RHODES, P. J. (1972), *The Athenian Boule*, Oxford.
- (1981), *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford.
- RITTER, H. W. (1965), *Diadem und Königsherrschaft* (Vestigia 7), München.
- ROBERT, L. (1962²) *Villes d'Asie Mineure*, Paris.
- (1975), «Une nouvelle inscription grecque de Sardes», *CRAI*, pp. 306-330.
- ROBINSON, C. A. (1957), «The extraordinary ideas of Alexander the Great», *AHR* 62, pp. 326-344.
- ROISMAN, J. (1984), «Ptolemy and his rivals in his history of Alexander the Great», *CQ* 34, pp. 373-385.
- ROSEN, K. (1978), «Der "göttliche" Alexander, Athen und Samos», *Historia* 27, pp. 20-39.
- ROUECHÉ, C. y SHERWIN-WHITE, S. (1985), «Some aspects of the Seleucid Empire: the Greek inscriptions from Falaika, in the Arabian Gulf», *Chiron* 15, pp. 1-39.
- RUBIN, B. (1955), «Die Entstehung der Kataphraktenreiterei im Lichte der chorezmischen Ausgrabungen», *Historia* 4, pp. 264-283.
- RUMPF, A. (1962), «Zum Alexander Mosaik», *MIDAI(A)* 77, pp. 229-241.
- RUSCHENBUSCH, E. (1979), «Die soziale Herkunft der Epheben um 330», *ZPE* 35, pp. 173-176.
- RUTZ, W. (1965), «Zur Erzählungskunst des Q. Curtius Rufus», *Hermes* 93, pp. 370-382.
- SACHS, A. (1977), «Achaemenid royal names in Babylonian astronomical texts», *AJAH* 2, pp. 129-147.
- SACHS, A. J. (1955), *Late Babylonian Astronomical and Related Texts*, Rhode Island.
- SACKS, K. S. (1976), «Herodotus and the dating of the battle of Thermopylae», *CQ* 26, pp. 232-248.
- STE CROIX, G. E. M. DE (1972), *The Origins of the Peloponnesian War*. Londres.
- SALVIAT, F. (1958), «Une nouvelle loi Thasienne: institutions judiciaires et fêtes religieuses à la fin du IV^e siècle av. J.C.», *BCH* 82, pp. 193-267.
- SAMUEL, A. E. (1962), *Ptolemaic Chronology* (Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und Rechtsgeschichte 43), München.
- (1965), «Alexander's royal journals», *Historia* 14, pp. 1-12.
- SCHACHERMEYR, F. (1954), «Die letzte Pläne Alexanders», *JÖAI* 41, pp. 118-140.
- (1955), «Alexander und die Ganges-Länder», *Innsbrucker Beiträge zur Kulturgeschichte* 3, pp. 123-135.
- (1970), *Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinem Tode* (Sitzb. Vienna 268.3), Viena.

- (1973), *Alexander der Grosse: das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens* (Sitzb. Vienna 285), Viena.
- SCHEFOLD, K. (1968), *Der Alexander-Sarkophag*, Berlin.
- SCHEHL, F. (1932), «Zum Korinthischen Bund vom Jahre 338/337 v. Chr.», *JÖAI* 27, pp. 115–145.
- SCHIER, T. (1909), «Zur Lage des Schlachtfeldes von Issos und des Pinaros», *WS* 31, pp. 153–168.
- SCHIWEK, H. (1962), «Der persische Golf als Schifffahrts- und Seehandelsroute», *BJ* 162, pp. 4–97.
- SCHMIDT, E. F. (1953–1970), *Persepolis I–III*, Chicago.
- SCHMIDT, L. (1959), «Der gordische Knoten und seine Lösung», *Antaios* 1, pp. 305–318.
- SCHMITT, J.-M. (1974), «Les premières tétrarches à Athènes», *REA* 87, pp. 80–90.
- SCHMITTHENNER, W. (1968), «Über eine Formveränderung der Monarchie seit Alexander d. Grossen», *Saeculum* 19, pp. 31–46.
- SCHWARTZ, J. (1948), «Les conquérants perses et la littérature égyptienne», *BIFAO* 48, pp. 65–80.
- SCHWARZ, F. von (1906²), *Alexanders des Grossen Feldzüge in Turkestan*, Stuttgart.
- SCHWARZENBERG, E. von (1967), «Der lysippische Alexander», *BJ* 167, pp. 58–118.
- (1976), «The portraiture of Alexander», *Entretiens Hardt* 22, pp. 223–278.
- SEALEY, R. (1960), «The Olympic festival of 324 B.C.», *CR* 10, pp. 185–186.
- (1967), *Essays in Greek Politics*, Nueva York.
- SEIBERT, J. (1969), *Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios 1* (Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte 56), München.
- (1972a), *Alexander der Grosse* (Erträge der Forschung 10), Darmstadt.
- (1972b), «Nochmals zu Kleomenes von Naukratis», *Chiron* 2, pp. 99–102.
- (1983), *Das Zeitalter der Diadochen* (Erträge der Forschung 185), Darmstadt.
- (1985), *Die Eroberung des Perserreiches durch Alexander dem Grossen auf kartographischer Grundlage* (Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderern Orients. Reihe B. Nr. 68), Wiesbaden.
- SETON-WILLIAMS, M. V. (1954), «Cilician Survey», *Anatolien Studies* 4, pp. 121–174.
- SHAPIRO, H. A. (1983–1984), «Heros Theos: the death and apotheosis of Heracles», *CW* 77, pp. 7–18.
- SHEAR, T. L. (1978), *Kallias of Sphettos and the Revolt of Athens in 286 B.C.* (*Hesperia* Suppl. 17), Princeton.
- SHERWIN-WHITE, S. M. (1985), «Ancient archives: the Alexander Edict», *JHS* 105, pp. 69–89.

- SNEAD, R. E. (1966), *Physical Geography Reconnaissance: Las Bela Coastal Plains. W. Pakistan*, Baton Rouge.
- SORDI, M. (1965), «Alessandro e i Romani», *Rend. dell. Ist. Lombardo* (Classe di lett. e sc. mor. e stor.) 99, pp. 445-452.
- STAHL, A. von (1924), «Notes on the march of Alexander the Great from Ecbatana to Hyrcania», *Geogr. J.* 64, pp. 312-329.
- STANDISH, J. F. (1970), «The Caspian Gates», *Greece & Rome* 17, pp. 17-24.
- STEIN, A. (1929), *On Alexander's Track to the Indus*, Londres.
- (1931), *An Archaeological Tour in Gedrosia* (Mem. Arch. Survey of India 43), Calcuta.
- (1932), «The site of Alexander's passage of the Hydaspes and the battle with Porus», *Geogr. J.* 80, pp. 31-46.
- (1937), *Archaeological Reconnaissances in North-West India and South-East Iran*, Londres.
- (1940), *Old Routes of Western Iran*, Londres.
- (1942), «Notes on Alexander's crossing of the Tigris and the battle of Arbela», *Geogr. J.* 100, pp. 155-164.
- (1943), «On Alexander's route into Gedrosia. An archaeological tour in Las Bela», *Geogr. J.* 102, pp. 193-227.
- STEINDORFF, G. (1904), *Durch die libysche Wüste zur Amonsoase*, Bielefeld.
- STRASBURGER, H. (1982), *Studien zur Alten Geschichte*, W. Schmitthenner y R. Zoepffel (eds.), Hidesheim.
- STRATEN, F. T. von (1974), «Did the Greeks kneel before their gods?», *Bulletin Antieke Beschaving* 49, pp. 159-189.
- STRONACH, D. (1978), *Pasargadae*. Oxford.
- STROUD, R. S. (1984), «An Argive decree from Nemea concerning Aspendos», *Hesperia* 53, pp. 193-216.
- SUTTON, D. F. (1980), *The Greek Satyr Play* (Beiträge zur klass. Philologie 90), Meisenheim am Glan.
- TAEGER, F. (1951), «Alexander der grosse und die Anfänge des hellenistischen Herrenkultes», *HZ* 172, pp. 225-244.
- (1957), *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes I*, Stuttgart.
- TARN, W. W. (1948), *Alexander the Great I-II*, Cambridge.
- TIBILETTI, G. (1954), «Alessandro e la liberazione delle città d'Asia Minore», *Athenaeum* 32, pp. 3-22.
- TOLSTOV, S. P. (1953), *Auf den Spuren der altchoresmischen Kultur*, Berlin.
- TOMASCHEK, W. (1890), «Topographische Erläuterung der Küstenfahrt Nearchs bis zum Euphrat», *Sitzb. Vienna* 121 (9), pp. 31-88.
- TRONSON, A. (1984), «Satyrus the Peripatetic and the marriages of Philip II», *JHS* 104, pp. 116-126.
- TSCHERIKOWER, V. (1927), *Die hellenistische Städtegründungen von Alexander dem Grossen bis auf die Römerzeit* (Philologus Suppl., 19.1).

- UNZ, R. K. (1985), «Alexander's brothers?», *JHS* 105, pp. 171-174.
- URBAN, R. (1981), «Das Verbot innenpolitischer Umwälzungen durch den Korinthischen Bund (338/37) in antimakedonischer Argumentation», *Historia* 30, pp. 11-21.
- VOGT, J. (1971), «Kleomenes von Naukratis: Herr von Ägypten», *Chiron* 1, pp. 153-157.
- VOLKMANN, H. (1975), *Endoxos Douleia. Kleine Schriften zur Alten Geschichte*, H. Bellen (ed.), Berlin.
- WANKEL, H. (1976), *Demosthenes' Rede für Ktesiphon über den Kranz*, Heidelberg.
- WEINREICH, O. (1933), *Menekrates Zeus und Salomoneus* (Tübingen Beiträge zur Altertumswissenschaft 18), Stuttgart.
- WEIPPERT, O. (1972), *Alexander-imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburg.
- WELLES, C. B. (1930), *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, Londres.
- (1962), «The discovery of Sarapis and the foundation of Alexandria», *Historia* 11, pp. 271-298.
- (1963), «The reliability of Ptolemy as an historian», *Miscellanea di studi alessandri in memoria di A. Rostagni*, Turín, pp. 101-116.
- WELWEI, K. W. (1979), «Der Kampf um das makedonische Lager bei Gaugamela», *Rh. Mus.* 122, pp. 222-228.
- WHEELER, M. (1962), *Charsadda: a Metropolis of the North-west Frontier*, Oxford.
- (1968), *Flames over Persepolis*, Nueva York.
- WILCKEN, U. (1894), «Ὑπομνηματισμοί», *Philologus* 53, pp. 84-126.
- (1917), «Beiträge zur Geschichte des Korinthischen Bundes», *Sitzb. Münch. Abh.* 10.
- (1922-1937), *Urkunden der Ptolemäerzeit*, Berlin.
- (1967), *Alexander the Great*, prefacio, nn. y bibliografía de E. N. Borza, Nueva York.
- (1970), *Berliner Akademieschriften zur alten Geschichte und Papyruskunde (1883-1942)*, Leipzig.
- WILHELMY, H. (1966), «Der "wandernde" Strom: Studien zur Talgeschichte des Indus», *Erdkunde* 20, pp. 265-276.
- (1968a), «Indusdelta und Rann of Kutch», *Erdkunde* 22, pp. 177-191.
- (1968b), «Verschollene Städte im Indusdelta», *Geogr. Zeitschrift*, 56, pp. 156-194.
- (1969), «Das Urstromtal am Ostrand der Indusebene und das Sarasvati-Problem», *Zeitschrift für Geomorphologie*, Suppl. 8, 76-93.
- WILL, W. (1982), «Zur Datierung der Rede Ps.-Demosthenes XVII», *Rh. Mus.* 125, pp. 202-213.
- (1983), *Athen und Alexander* (Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und Rechtsgeschichte 77), München.

- WIRTH, G. (1971), «Dareios und Alexander», *Chiron* 1, pp. 133-152.
- (1972), «Die συντάξεις von Kleinasien 334 v. Chr.», *Chiron* 2, pp. 91-98.
- (1977), «Erwägungen zur Chronologie des Jahres 333 v. Chr.», *Helikon* 17, pp. 23-55.
- (1980-1981), «Zwei Lager bei Gaugamela», *Quaderni Catanesi di Studi Classici e Medievali* 2, pp. 51-100; 3, pp. 5-61.
- (1984), «Zu einer Schweigenden Mehrheit. Alexander und die griechischen Söldner», en J. Ozols y V. Thewalt (eds.), *Aus dem Osten des Alexanderreiches*, pp. 9-31.
- (1985), *Studien zur Alexandergeschichte*, Darmstadt.
- WOODWARD, A. M. (1962), «Athens and the oracle of Ammon», *ABSA* 57, pp. 5-13.
- WORTHINGTON, I. (1984), «The first flight of Harpalus reconsidered», *Greece & Rome* 31, pp. 161-169.
- WÜST, F. R. (1953-1954a), «Die Rede Alexanders des Grossen in Opis», *Historia* 2, pp. 177-188.
- (1953-1954b), «Die Meuterei von Opis», *Historia* 2, pp. 418-431.
- (1959), «Zu den Hypomnematen Alexanders: das Grabmal Hephaistions», *JÖAI* 44, pp. 147-157.
- ZERVOS, O. H. (1982), «Notes on a book by Gerhard Kleiner», *NC* 142, pp. 166-179.

Índice analítico

- abástanos, tribu de la India, 161
- Abdalónimo, soberano de Sidón, 271
- Abisares, príncipe indio, 145-146, 153, 157
- Abido, 42
- Abulites, sátrapa de Susiana, 275, 280
 - ejecución, 281
- Acarmania, 18, 219
- Acemilco, rey de Tiro, 75
- Acesines, río, 146, 153-154, 157-161, 279
 - fundación de la ciudad junto al, 291
- Acrótato, príncipe de Esparta, 237
- acuñación de moneda, 275, 285-286
- Ada, dinasta de Caria, 56, 73, 267-268, 283, 300
- Adrastea, llanura, 44-45
- Aérope, dinasta de Lincéstide, 27
- afán de venganza, 21, 99, 107-108, 126, 285, 293
- Aftide, 82
- África, proyecto de
 - circunnavegación, 178, 180
- Agatón, comandante de los tracios
 - en Ecbatana, 173, 281
- Agatón, de Pidna, 276
- agema* (guardia real),
 - caballería, 314, 316, 319
 - infantería, 36, 304
- Agén*, obra teatral satírica, 176
- Agesilao, hermano de Agis III, 231
- Agesilao II, rey de Esparta, 15, 103, 217
- Agis III, rey de Esparta, 229-231, 233, 235, 237
 - actuación en Creta, 87, 231-232
 - aproximación a comandantes persas, 230
 - guerra en el Peloponeso, 102-103, 109, 235-236, 258
- Agonipo, «tirano» de Éreso, 223
- agrianes,
 - bajo Alejandro, 34-35
 - bajo Filipo, 14
 - cfr. 31, 70, 94, 96, 103, 114, 140
 - en el ejército de Alejandro, 307-308, 310
- Al Janum (¿Alejandría del Oxo?), 131, 290
- Alcímaco, hijo de Agatocles, 51, 247, 295
- Alejandría,
 - en Arabia, 200
 - en Egipto, 83, 85, 273, 287-288
 - en el Acesines, 161
 - en el Cáucaso, 123, 207, 289
 - Escate, 128-129, 289
 - Spasinou Charax, 187, 291
- Alejandro I, hijo de Neoptólemo, de Epiro, 6, 25, 189, 195
- Alejandro III, de Macedonia, el Magno,
 - a través del Makrân, 168, 172
 - acciones en Carmania, 173, 280
 - anexión de Egipto, 81-82, 272-273
 - aspecto físico, 206

- campaña contra los malios, 158-159
- campaña contra los medios, 24, 287
- campaña de Gaugamela, 86
- campaña de Isos, 63, 65-67, 69, 73
- campaña del Hidaspes, 146, 151
- campaña en el Danubio, 31-33
- campaña iliria, 33-35
- captura de Beso, 126
- conquista de los asacenos, 143-144
- conspiración de los Pajes, 138-139
- disputa con Clito, 133-135
- durante el reinado de Filipo, 21, 26
- elimina a Filotas y Parmenión, 117-119
- embajadas del oeste, 195-196, 338
- en Babilonia, 98-100, 195, 197, 274
- en el Gránico, 44-48
- en el Helesponto, 42
- en Gordio, 62-63
- en Hircania, 112, 114
- en Licia, 57, 268
- en Nisa, 141
- en Panfilia, 58, 298
- en Siria, 86, 272
- en Susa, 182-183, 186
- exploración del delta del Indo, 163-164
- ideas e ideología; ambiciones en
 - el oeste, 79, 83, 132-133, 178
 - ambiciones imperiales, 43, 74, 156-157
 - conceptos geográficos, 127, 153
 - desacuerdos con Parmenión, 46, 89, 108
 - emulación de los héroes, 143-144, 168, 330-331
 - filiación divina, 133, 330-331
 - importancia como símbolo, 5, 211-212
 - influencia sobre sus sucesores, 206, 212
 - planes de matrimonio, 73, 133, 137, 183-184
 - relación con lo divino, 81-82, 84-85, 194, 198-199, 206, 326, 340
 - últimos planes, 193, 332
- invasión de la India, 139, 146
- finanzas, 10, 282, 286
- fundación de ciudades, 123, 128, 131, 148, 152, 161, 167, 186, 195, 200, 286, 291-292
- medidas administrativas, 267, 301
- motín de Opis, 188, 313
- motín del Híasis, 156-157
- muerte, 201, 203
- ocupación de Bactria, 123-124
- ocupación de Pérsida, 103-107, 182
- persecución de Darío, 110-112
- plan de exploración del Caspio, 128, 199
- plan de invasión de Arabia, 200
- reacción ante la muerte de Hefestión, 192, 194, 338
- relaciones con los griegos,
 - actuaciones en el sur de Grecia, 31, 35-37, 219, 226-227
 - Decreto de Exiliados, 256, 265, 301
 - dominación de las islas del Egeo, 72, 223-224
 - honores divinos, 255, 337, 339
 - Liga de Corinto, 219-224
 - reacción ante la política de Agis, 87, 232
 - reintegración de los samios, 250, 257

- relación con Atenas en
324/323, 192, 251, 263, 265
- relación con los tesalios, 14, 265
- trato de los griegos en Asia Menor, 293, 301
- represión de la revuelta de Tebas, 37, 226, 228
- revuelta en Aria, 122
- revuelta sogdiana, 128, 131, 135, 137, 289
- sitio de Gaza, 79
- sitio de Halicarnaso, 56
- sitio de Mileto, 53
- sitio de Tiro, 75-77
- subida al trono, 27-31
- viaje hacia el océano, 157-158, 163
- visita a Siwa, 82-85, 330-331
- Alejandro IV, de Macedonia, 313
- Alejandro, hijo de Aérope, de Lincéstide, 120
- en la subida al trono de Alejandro, 30
- presunta traición, 57, 120-121
- Alejandro, mosaico, 71, 307
- Alejandro, sarcófago, 23, 337
- Alejandrópolis, 287
- Alinda, 268
- Aloro, 161
- Amastres, princesa persa, 184
- Amatunte, 76
- Amik, llanura, 66-68, 270
- Amintas, hijo de Andrónenes, juicio, 119
- papel en el caso Filotas, 119
- reclutamiento en Macedonia, 80, 87, 102, 236, 312-313, 318
- Amintas, hijo de Antíoco, 30, 65, 72
- Amintas, hijo de Arrabeo, 47-48
- Amintas, hijo de Nicolao, sátrapa de Sogdiana, 277
- Amintas, hijo de Perdicas, rey (?) de Macedonia, 27, 29
- Amiso, democracia, 259, 295
- Amón, 81-85, 188, 332
- aprobación del culto a Hefestión, 192, 201
- embajada a Alejandro, 196
- identificación con Zeus, 82, 330
- Ampracia, 19, 219
- Anaxarco, de Abdera, 24
- filosofía política, 135
- respaldo a la *proskynesis*, 334
- Anaxímenes, de Lámpsaco, historiador, 348
- Anaxipo, supervisor en Aria, 115, 117
- Andaca, ciudad de la India, 141, 325
- Andrómaca, 43, 134, 330
- Andrómaco, comandante de mercenarios, 311
- Andrómaco, comandante en Siria, 86, 271
- Andrónico, comandante de mercenarios, 130
- Andróstenes, de Tasos, 180, 199-200
- Anea, 264
- Anfípolis, 17, 31-32, 204, 285-286, 326
- Anfótero, hijo de Alejandro, 60, 87, 223
- Antela, 219
- Antígono, hijo de Calas, 77
- Antígono (Monoftalmos), hijo de Filipo, 182, 209, 211, 272, 287, 295
- honores divinos, 206
- Liga de, 221-222
- sátrapa de Frigia, 59, 269
- tras la muerte de Alejandro, 205
- victorias en Asia Menor, 72
- Antileonte, de Calcis, 264
- Antímenes, de Rodas, tesorero en Babilonia, 284
- Antíoco, comandante hipaspista, 325

- Antíoco I, 339
 Antíoco III, 199
 Antípatro, hijo de Iolao, 24, 28, 31, 42, 57, 60, 87, 121, 201-202, 219, 233, 235-236, 247, 306
 consejo antes de la expedición, 48
 contra Agis, 102, 109, 233
 dirigente de la Liga de Corinto, 221
 enviado a Asia, 174, 190, 263, 313
 impone el Decreto de Exiliados, 256
 pide la extradición de Hárpalos, 253
 regencia, 204
 Antisa, ciudad de Lesbos, 60, 224
 Aornos, roca (¿Pit Sar?), 144-145, 278, 330
 Apama, hija de Espítámenes, 184-185
 Apeles, pintor, 23, 337
 Apis, 81
 Apolodoro, general en Babilonia, 175, 274
 Apolodoro, oligarca en Éreso, 223
 Apolófanes, sátrapa de Orítide, 172
 Apolonio, comandante del oeste de Egipto, 273
 aqueos, Liga Aquea, 234, 236, 258, 260
 Aquiles,
 antepasado de Alejandro, 22-23, 330
 emulación de Aquiles por Alejandro, 43-44, 193
 Aquiles, embajador ateniense, 86
 Arabia, planes de conquista de Alejandro, 180, 187, 199-201
 Arabio, río, 167, 177
 Aracosia, aracosios, 168, 171, 280, 291, 391
 dominio de Alejandro, 122, 276
 en Gaugamela, 91, 93
 Arados, 74-75, 270
 Araxes, río (Pulvar), 107
 Arbela, 90, 99-100
 Argos, argivos, 14-15, 218, 222, 267, 309
argyraspides, 317
 Aria, arios,
 dominación de Alejandro, 66, 279
 en Gaugamela, 90
 rebelión, 117, 123, 136
 Ariarates I, de Capadocia, 62, 269
 ariaspas (*Euergetae*), 122
 Arigeo, ciudad de la India, 290
 Arimas, sátrapa de Siria (331), 271
 Arimazes, fortaleza de, 132, 290
 Ariobarzanes, sátrapa de Pérsida, 105, 107
 Arisbe, 44
 Aristandro de Telmiso, vidente, 93
 Aristión, favorito de Demóstenes, 247
 Aristóbulo, de Casandrea,
 historiador, 350
 regreso de Alejandro a Menfis, 85
 sobre Alejandro y el imperio, 178
 sobre el «Nudo Gordiano», 62
 sobre el desastre en Zeravshan, 131
 sobre la entrada de Alejandro en Babilonia, 197
 sobre la línea de combate persa en Gaugamela, 93
 sobre la muerte de Clito, 134
 sobre la tumba de Ciro, 181
 sobre los cambios fluviales en la India, 148
 sobre los dioses de Arabia, 198-199
 Aristón, de Salamina, historiador, 196-197
 Arístono, hijo de Peisaios, 160
 Aristóteles,
 sobre la geografía del este, 127

- sobre la *proskynesis*, 333
- sobre las relaciones entre lo divino y lo mortal, 327-328
- tutor de Alejandro, 24
- Armenia, 89, 93
- Arquelao, rey de Macedonia, 37
- Arquias, hijo de Anaxídoto, de Pela, 180, 199-200
- Arquidamo III, rey de Esparta, 15, 230-231
- Arrabeo, hijo de Aérope, 28
- Arriano,
 - sobre la carta de Alejandro a Cleómenes, 274
 - sobre el arresto de Alejandro el Lincesta, 57
 - sobre el Gránico, 44-46
 - sobre Halicarnaso, 54
 - sobre la bacanal de Carmania, 173
 - sobre la embajada romana, 196-197
 - sobre la estrategia en Isos, 68
 - sobre los campamentos en Gaugamela, 93
- Arsaces, príncipe indio, 157
- Arsaces, sátrapa de Aria, 117, 276
- Arsames, sátrapa de Cilicia, 49, 62
- Arsames, sátrapa de Drangiana, 276
- Arses (Artajerjes IV), rey persa, 21, 38
- Arsínoe, esposa de Ptolomeo I, 206
- Arsites, sátrapa de Frigia
 - Helespóntica, 39, 44, 49
- Artabazo, hijo de Farnabazo, 74
 - enviado contra Satibarzanes, 123
 - papel en los últimos días de Darío, 109, 111
 - relación con Memnón, 39
 - rendición a Alejandro, 114-115
 - residente en Pela, 10
 - revuelta contra Oco, 17, 174
 - sátrapa de Bactria, 122, 134, 277
 - yernos macedonios, 184
- Artacoana, 289
- Artajerjes II Mnemón, 74
- Artajerjes III Oco, 21-22, 38, 81, 174, 184
- Ártemis, templo en Éfeso, 51, 261, 329, 337
- asacenos, tribu de la India, 143-145
- Asandro, hijo de Filotas, sátrapa de Lidia, 81, 267, 282
- Asclepiádes, historiador, 196-197
- Asclepiodoro, hijo de Eunico, sátrapa de Siria, 138, 272
- Asclepiodoro, hijo de Filón, encargado de finanzas, 283
- Aspendo, 58
 - dominación de Alejandro, 298
- Astaspes, sátrapa de Carmania, 172, 280
- asthetairoi* (tropas macedonias), 140, 303
- Átalo, hijo de Andrómenes, 120, 149, 325
- Átalo, tío de Cleopatra, 25-27, 39, 218, 248
- Atenas, atenienses, 228, 235
 - acogida de Hárpalos, 175, 192, 250, 252
- alianza con Etolia, 263-264, 345
- Areópago, 218, 242, 250, 254-256
- cleruquía en Samos, 16, 257-258, 262-264, 339
- culto a Alejandro, 338
- en el año 335, 226, 228
- en el año 336, 38, 218-219
- fuentes de ingresos, 17, 240, 242
- prisioneros del Gránico, 59, 87, 229
- reacción ante el Decreto de Exiliados, 196, 256, 265
- reacción ante la guerra de Agis, 234
- reacción ante la muerte de Alejandro, 196, 202
- rebelión contra Demetrio, 208
- recursos militares, 242-244

- relaciones con Filipo, 9, 17-19, 329
situación a mediados del siglo IV a. de J.C., 16-17
teórico, 239, 245,
Atenea, 49, 229,
en Ilión, 42-43, 194
en Priene, 297
Atenodoro, actor trágico, 86
Aticie, sátrapa de Frigia, 49, 56-57
Atrópates, sátrapa de Media, 184, 192, 275, 281
Audata, esposa de Filipo II, 6
autariatas, tribu iliria, 34
Autofrádates, comandante de la flota persa, 73, 231
Autofrádates, sátrapa de Tapuria, 114, 276
autonomía, como lema, 51, 199, 217-218, 226, 256, 294-295

Babilonia (ciudad), 61, 65, 90, 99, 107, 137, 185, 195, 210, 266
como centro financiero, 23, 152, 283, 286, 337
estancia de Alejandro en el año 323, 195-196, 199
instalaciones militares, 179, 198
rendición a Alejandro, 99
revueltas contra Persia, 12, 38
Babilonia, satrapía,
dominación de Alejandro, 99, 274
sistema fiscal, 282, 284-285
Bacira, ciudad de la India, 144
Bactra (Balkh), 122, 128, 131, 135, 138, 324
Bactria, bactrianos,
bajo Beso, 109, 116
en el ejército de Alejandro, 150, 319
en Gaugamela, 89, 93-95
ocupación de Alejandro, 122, 128, 137, 277
Bagistane (Bisutun), 191

Bagistanes, noble babilonio, 111
Bagoas, eunuco de la corte de Alejandro, 115, 176, 181
Bagoas, hijo de Farnuces, 184
Bagoas, quiliarco de Oco, 21, 38, 74
Bagófanos, 100
Bálacro, comandante de los lanzadores de jabalina, 308
Bálacro, hijo de Nicanor, sátrapa de Cilicia, 74, 270, 285
Bardileo, rey ilirio, 34
Bargilia, 74
Bariaxes, pretendiente medo, 275
Barsaentes, sátrapa de Drangiana-Aracosia, 112, 117, 276
Barsine, amante de Alejandro, 74
Básista, reserva de caza, 133
Batis, comandante en Gaza, 79
Bato, honrado como héroe en Cirene, 326
Belén, paso, 63, 68
Beocia, confederación beocia, 35, 217, 219, 261
Beso, sátrapa de Bactria-Sogdiana, 89, 112, 278
asume título real, 116-117, 126
captura y asesinato de Darío, 112
captura y ejecución, 126, 315
contraofensiva, 109, 230, 268, 270, 275, 301
Biblos, 74, 270, 285
Bistanes, hijo de Oco, 110
Bitinia, bajo Alejandro, 269
Bizancio, 18, 33
Borístenes, río, 195
brahmanes, 148, 162
bránquidas,
masacre, 126
santuario, 206, 331
Brásidas, honrado como héroe, 326
Brazanes, pretendiente de Partia, 122-123, 276
brucios, 195

- Bucéfala, fundada por Alejandro,
148, 152, 154, 157, 290
- Bumelo, río, 90
- Cabila, fundada por Filipo, 13
- Cadmea, 36-37, 226-227
- cadusios, tribu del Caspio, 38, 109,
111
- Cálano, asceta indio, 148, 182
- Calas, hijo de Hárpalo, 39
sátrapa de la Frigia Helespónica,
50, 62, 267
- Calias, de Esfeto, 208
- Calimedón, político ateniense, 246,
264
- Calines, oficial de caballería, 188,
321
- Calis, presunto conspirador, 119
- Calístenes, de Olinto, historiador,
348
caída y muerte, 139
descripción de Parmenión, 89,
96
en la muerte de Clito, 135
resistencia a la *proskynesis*, 334-
335
sobre el «Nudo Gordiano», 61
sobre el campo de batalla de
Isos, 69
sobre el mar de Panfilia, 58
sobre la visita a Siwa, 82-83, 85,
331-332
- Calístenes, político ateniense, 255
- Cambises, 81-82
- Capadocia, capadocios,
bajo Alejandro, 62, 270
contraofensiva persa, 72-73
en Gaugamela, 89, 93
- Caracalla, 212, 304
- Cárano, epicúreo macedonio, 210
- Cárano, supuesto hermanastro de
Alejandro, 22, 29
- Cares, de Mitilene, 334
sobre la *proskynesis*, 333
- Cares, general ateniense, 17, 301
- Caria, carios,
bajo Alejandro, 267-268, 273,
283
ciudades griegas, 296
mercenarios, 174, 201
- Caricles, paje macedonio, 138
- Caricles, político ateniense, 252,
255
- Caridemo, general ateniense, 65,
228-229
- Carmania, 162, 170, 172-173, 178
- Cartago, cartaginenses, 77, 178,
195, 327
- Casandro, hijo de Antípatro,
elimina a la familia de Alejandro,
204
régimen, 205, 208, 210
relación con Alejandro, 23, 190
restauración de Tebas, 228, 261
- Caspias, Puertas, 110-111
- Caspio, mar, 128, 199
- Castábalo, 67
- Cebalino, 118-120
- Cefirio, ciudadela de Halicarnaso,
54-55
- Celenas, capital de Frigia, 59, 75,
269
- celtas, 33
- Ceno, hijo de Polemócrates,
comandante de batallón, 77, 325
en el Acesines, 153-154
en el Hidaspes, 151
en el Hífasis, 156
mandos separados, 135-136,
143
papel en el caso Filotas, 119-121
- Cerano, oficial de finanzas en
Fenicia, 271, 283, 286
- Cersobleptes, rey tracio, 13, 16
- Chandragupta, rey indio, 155, 207
- Chipre,
monedas, 232, 271, 285
- Cícico, 39, 50
- Cidno, río, 63
- Cidonia, 231

- Cilicia,
administración, 270
administración de Alejandro,
285
Cilicia «Escabrosa», 67
construcción naval, 179
importancia en el año 333, 62,
68
recursos, 209
- Cilicias, Puertas, 57, 62-63, 72,
270
- Ciluta, isla del delta del Indo, 163
- Cimolo, 222
- Cina, hermanastra de Alejandro, 29
- Cinda, fortaleza cilicia, 209
- Cíos, 301
- Cirene, Cirenaica,
agitación política en los años
324-322, 83, 341-342
ocupación por Ptolomeo I, 207
pobladores en Alejandría, 287
tratado con Alejandro, 84, 294
- Ciro el Grande,
en Gadosia, 170, 172, 176, 183
tumba, 107, 181, 280
- Ciro, hijo de Darío II, 20, 57, 91
- Cirópolis, en Sogdiana, 129, 289
- Citión, 285
- Cleandro, hijo de Polemócrates,
comandante de mercenarios, 94
ejecución, 173, 175, 281
en Media, 120
- Clearco, tirano de Heraclea, 329
- Cleómenes, de Náucratis, 273,
280, 283, 338
- Cleómenes I, rey de Esparta, 14
- Cleómenes II, rey de Esparta, 230,
237
- Cleón, de Siracusa, cortesano
adulador, 335
- Cleopatra, esposa de Filipo II, 25-
26
- Cleopatra, hija de Filipo II, 25,
190, 259, 268
- Clímaco, 58
- Clitarco, de Alejandría, historiador,
350
sobre bajas en el sur de la India,
162
sobre la ciudad de los malios,
160
sobre la embajada romana, 196
sobre la muerte de Batis, 80
sobre los oráculos de Siwa, 82
sobre Persépolis, 282
- Clito, «el Blanco», 109
- Clito, «el Negro», hijo de
Drópides, 24, 48, 121, 134-135,
277, 321, 323, 332-333
- Clito, hijo de Bardileo, rey ilirio,
34
- Cnosos, 231
- Coaren, 111
- Cócala, puerto de Orítide, 177
- Coes, río (¿Alingar?), 141
- Cofén, río, 140, 145
- Colofón, 297
- Columna de Jonás, 63, 67-69
- Compañeros (*hetairoi*),
caballería macedonia, 32, 47-48,
70, 95, 110, 116, 151, 184,
306-307, 309, 313-314, 316,
319
en la corte, 7-8, 209
- Consejo Anfictiónico, 8, 13, 18,
219
- Corasmia, corasmios, 124, 132
- Córago, general macedonio, 225,
234-235, 304
- Corienes, dinasta sogdiano, 277
- Corinto, 19, 31, 219
- Corupedión, batalla, 206
- Cos, 55
- coseos, tribu de Zagros, 191, 194,
200
- Cotis, rey tracio, 13
- Crátero, hijo de Alejandro,
al frente de una columna de la
India a Carmania, 162, 171-
173, 280

- al mando del ejército, 322
- choque con Hefestión, 192
- en Aria, 122-123,
- en Bactria-Sogdiana, 134-135, 137
- en el caso Filotas, 118-119, 121
- en Hircania, 112
- en la India, 141, 144, 149-150, 152-153
- en las Puertas Persas, 106
- en Uxiana, 104
- matrimonio, 183
- nacionalismo, 157, 185
- papel en Opis, 189, 263, 301, 323
- tras la muerte de Alejandro, 205
- Cremónides, político ateniense, 208
- Creta, 72-73, 87, 231-232, 234, 342
- arqueros con Alejandro, 308
- Critobulo, de Cos, médico, 160
- Ctesifonte, político ateniense, 248
- cuadrirreme (*tetreses*), 179, 248
- Cunaxa, batalla de, 20, 91

- dahos, 93, 130, 159, 319
- Damarato, rey de Esparta, 331
- Damasco, 66-67, 73, 271, 282, 299
- Damis, espartano, 339
- Danubio, río, 31-33, 125, 305
- Daoco, de Farsalia, 12, 265
- dardanios, tribu iliria, 34
- Darío I, 38, 107, 126, 139
- Darío II, 38
- Darío III,
 - acceso al trono, 38
 - en Gaugamela, 90-91, 93-94, 97, 99
 - entierro, 112, 126
 - estrategia antes de Isos, 61, 65-68, 70
 - fomenta los desórdenes en Grecia, 227
- intrigas con Alejandro el Lincesta, 57
- nombramiento de Memnón, 54
- perseguido por Alejandro, 111-112
- propuestas diplomáticas, 74, 87-88
- supuesta cobardía, 71, 96
- Dascilio, 50
- Datafernes, noble sogdiano, 126, 128, 136
- Datames, comandante de la flota, 60
- Démades, orador ateniense, 247-248
- apoyo al culto a Alejandro, 338
- en el escándalo de Hárpalos, 255
- encabeza embajada en el año 335, 228, 235
- oposición a la ayuda a Esparta, 235, 245
- tesorero en 334/333, 240
- Demarato, de Corinto, 26
- Demetrio (Poliorcetes), hijo de Antígono, 208, 221
- Demetrio, de Falero, 208
- Demetrio, guardia de corps, 121-122
- Demetrio, hijo de Altámenes, hiparco, 316, 334
- Demón, 255
- Demóstenes, político ateniense, 15
- acciones en el año 336, 219
- actitud hacia Filipo, 9, 12-13
- ataque a Calimédón, 264
- «De corona», 264-248
- en el año 331, 234-235
- en el año 335, 226, 228
- en Olimpia, 253, 258
- juicio y exilio, 254-256
- relación con Hárpalos, 252-253, 263
- respaldo al culto a Alejandro, 332, 339
- sobre el *teórico*, 238

- Diades, de Tesalia, ingeniero, 76
Dífilo, especulador ateniense, 241, 245
Dimno, de Calaestra, conspirador, 118-119
Dinócrates, de Rodas, arquitecto, 288
Dío, 37, 49
Diódoto, de Eritras, 202
Diofanto, embajador ateniense, 86
Dionisio, tirano de Heraclea, 241, 259-260, 262
Dioniso, 140-141, 143, 172-173, 199, 244-245, 326, 335-336
Diopites, general ateniense, 18
Dioscuros, 133, 333
Diotimo, político ateniense, 241
Dioxipo, ateniense, 304
Doloaspis, nomarca egipcio, 272-273
Drangiana (Sistan), 117, 136, 170, 276, 280
Dripetis, hija de Darío, 184
Durine (Spasinou Charax), 291
Éaco, 330
Ecbatana, 109-111, 116, 119-120, 126, 173, 175, 191-192, 194-195, 210, 258, 263, 275, 282-283, 318, 332
Ecbolima, ciudad de la India, 144
Edesa, 34
Éfeso, efesios, en 324, 301 honores a Filipo, 329 lucha política en los años 336-334, 38-39, 51-52, 294-295 rechazo de la dedicatoria de Alejandro, 338, 340
Efialtes, general ateniense, 55
Efipo, de Olinto, panfletista, 332, 337
Egas, capital macedonia, 26, 55
Egeo, guerra, 51, 61, 73, 223, 268, 272, 282
Egina, 256
Egipto, egipcios, comerciantes en Atenas, 240 destino del cuerpo de Alejandro, 211 dominación de Alejandro, 79-81, 85, 272, 274, 279 relaciones con Persia, 15, 20-22, 37 riqueza con los Ptolomeos, 208 ejército de Macedonia bajo Alejandro, en el año 334, 33, 303, 305 en el año 335, 31-32 equipo de sitio, 11, 54-55, 76, 145 estructura de mando, 321, 325 número, 39, 149, 166, 303, 312-313 organización, 102, 121, 303, 325 refuerzos, 56, 81, 87, 100, 174, 190, 207, 233, 308, 313-314 tropas orientales, 188, 318-319 ejército de Macedonia bajo Filipo, 9-11 ejército de Persia, 44, 65, 110 carros falcados, 91, 93, 95, 151 de Poro, 148, 150-151 en Gaugamela, 89-90, 93-94 elefantes, 145-146, 148, 150, 207, 212
Elefantina, 225
Eleo, 42
Élide, eleos, 228 en la guerra de Agis, 229, 231, 247 en los años 336/335, 218, 247
Elimiótide, cantón de Macedonia, 6-7, 175, 284
Eniadas, en Acarnania, 258, 265
Enilo, rey de Biblos, 270
Eólida, 50-52, 295
Eordaico, río, 34
Eordea, cantón macedonio, 34-35

- Ephemerides*, Diario Real, 202-203, 353
- Epícrates, político ateniense, 241
- Epidauro, 195
- Epigoni*, infantería oriental, 186, 201, 210, 277, 320
- Epiro, 6-7, 25, 30, 190
- Éreso, ciudad de Lesbos, culto a Filipo, 224-329 en la Guerra del Egeo, 73, 223, 282
- Eretria, 9
- Erigio, hijo de Larico, derrota a Satibarzanes, 122 en Hircania, 114 orígenes, 7
- Erigón, río (Crna), 34
- Eritras, 202, 295, 331, 339
- Esagil, templos de Babilonia, 100, 197-198
- Escepsis, 206
- escitas, europeos, campaña de Filipo contra ellos, 31 embajada a Alejandro, 195
- España, 229-234
- Esparta, espartanos, 231 antes de Filipo, 14-15 debate sobre el culto a Alejandro, 338-339 embajada a Jerjes, 334 embajadores ante Darío, 115, 230 no participa en la Liga de Corinto, 19, 49, 229 población, 14-15, 237 tras la guerra de Agis, 229
- Espítámenes, magnate de Sogdiana, entrega a Beso, 126 rebelión contra Alejandro, 128, 130-131, 134, 311 su hija Apama, 184-185
- Espitrídates, sátrapa de Lidia, 39, 48
- Esquines, orador ateniense, 248-249 ataque a Ctesifonte, 237, 248
- Estasandro, sátrapa de Aria (321), 205
- Estasanor, de Solos, 123, 136, 170, 276
- Estatira, esposa de Darío, 73
- Estatira, hija de Darío, 89, 184
- Estratocles, político ateniense, 238, 242
- Estratón, hijo de Estratón II, 74
- Estratón II, rey de Sidón, 74, 270
- Eteocles, éforo espartano, 237
- Etna, fundada por Hierón, 327
- Etolia, etolios, 265, acciones en el año 336, 219 alianza con Atenas, 263 en el 335, 228 ocupación de Eniadas, 258, 265 relaciones con Antípatro, 191-192
- Etruria, etruscos, 195, 327
- Eubea, 18, 60, 113, 249
- Eubulo, político ateniense, 235, 239
- Eucrates, político ateniense, 218
- Eudamidas I, rey de Esparta, 237
- Eudamo, oficial macedonio en la India, 279
- Eudemo, de Platea, 244
- Éufrates, río, 66, 89-91, 113, 179, 183, 187, 197-200
- Eufreo, filósofo, 24
- Euleo, río, 186, 291
- Éumenes, de Cardia, carrera tras la muerte de Alejandro, 205, 209 hostilidad hacia Hefestión, 193 matrimonio persa, 183 ocupa Capadocia, 207, 270 orígenes, 7 redacta las *Ephemerides*, 202
- Eurídice, hija de Cina, 204
- Euríloco, comandante macedonio, 9
- Eurisilao, «tirano» de Éreso, 223
- Euticles, embajador de Esparta, 230-231

- Euxenipo, de Atenas, 242
Evágoras I, de Salamina, 328
Exiliados, Decreto de, 196, 251,
256, 258-263, 265-266, 301,
339

Faílo, de Crotona, 99
Faleco, jefe focense, 231, 234
Fanodemo, anticuario ateniense,
245
Farásmenes, rey de Corasmia, 132
Farcadón, en Tesalia, 12
Farnabazo, hijo de Artabazo, 57,
60-61, 73, 231
Farsalia, farsalios, 94, 265
en el ejército de Alejandro, 94,
309
Fasélide, 57-58, 294
Fenicia, fenicios,
administración, 270, 282
bajo el dominio persa, 20
construcción naval, 179-180
presencia de Alejandro, 74, 86
Feras, 9, 13, 265
Fila, esposa de Filipo II, 6, 25
Filíades, hijos de, dinastas mesenios,
218, 224
Filina, de Larisa, esposa de Filipo
II, 12
Filipo, el Acarnanio, médico, 63
Filipo, hijo de Mácata, sátrapa en la
India, 159, 161, 279
Filipo II de Macedonia,
acuerdo tras Queronea, 19, 226,
229, 266
asesinato, 26, 28-29, 85
culto, 223, 329
historia de su reinado, 6, 85
institución de la Liga de
Corinto, 20, 217-219
política matrimonial, 6, 12, 25
relación con Alejandro, 25, 133,
193, 332
relaciones con Atenas, 18-19
relaciones con Tracia, 13, 31-32

Filipo III Arrideo, 25, 30, 204, 261
Filipópolis (Plovdiv), 13, 32, 287
Filipos (Crenides), 9, 42, 288
Filisto, de Siracusa, historiador, 24,
179
Filocles, general ateniense, 251-
252, 255-256, 344-346
Filotas, comandante de la
guarnición de Tiro, 271
Filotas, hijo de Parmenión,
entierro de Nicanor, 116
jefe de caballería, 47, 102, 106,
316, 322-323
juicio y ejecución, 57, 117-120
Filóxeno, de Eretria, pintor, 71
Filóxeno, sátrapa de Caria,
papel en Jonia, 252, 283, 300-
301
responsable de las finanzas, 283
flota ateniense, 16, 242-243
flota macedonia,
bajo Demetrio, 209
en Egipto, 283
en el Egeo, 42, 52-53, 60, 73
en el Hidaspes, 152, 158
en el océano Índico, 163-164,
168, 177, 183
en Fenicia, 232
para la expedición a Arabia,
179-180, 198-200
flota persa, 38, 50-54, 56-57, 60-
61, 72-73, 75, 232, 295, 310,
322
Fócide, focenses, 11, 15, 18, 37,
227
Foción, general ateniense, 218,
228, 247-248, 252, 255, 301
Frada (Farah), Proftasia, 117, 122
Frasaortes, sátrapa de Pérsida, 180,
275, 280
Fratafernes, sátrapa de Partia, 114,
123, 136, 276, 281
Fravartish, pretendiente medo, 126
Frigia Helespóntica, 39, 44, 50, 62,
111, 267, 269, 277

- Frigia Mayor,
administración, 59, 268, 282-283
campaña de Parmenión, 59
- Gadrosia, gadrosios,
dominación, 122-123
fertilidad, 169
viaje de Alejandro a través de,
82, 163, 171
- gargaridas, tribu de la India, 155
- Ganges, río, 156
- Gaugamela, 14, 86-87, 90, 93, 110, 140, 309
- Gaza, 79-81, 287, 312
- Geróstrato, rey de Arados, 75, 270
- Gerrha, en Arabia, 199
- getas, 6, 33
- glaukas, tribu de la India, 152-153
- Glauco, comandante de mercenarios, 90
- Glaucón, político ateniense, 208
- Glicera, amante de Hárpalo, 175, 251
- Góngilo, de Eretria, 293
- Gordio, 58-59, 61-62, 312
- Gorgias, comandante de la falange, 314, 323, 325
- Gorgo, de Yaso, 192, 259, 263, 332
- Gránico, río,
batalla, 45-46, 48, 59-60, 87, 134, 229
descripción, 44
- Grineo, 39, 293
- Gureo, río, 140
- Hagno, honrado como héroe, 326
- Halicarnaso,
nueva ocupación persa, 67
sitio de Alejandro, 53-56
trato dado por Alejandro, 56, 293
- Halis, río, 87
- Harmozeia (Hormoz), 176-177
- Hárpalo,
acogida en Atenas, 192, 250, 256, 262, 300
administración de las finanzas, 175
inicio de su carrera, 25
muerte, 341, 343
primera huida, 65
relaciones con Foción, 247-248, 252
segunda huida, 175
- Hecateo, de Carilla, 30-31
- Hecatómpilo, ciudad de Partia, 112-113
- Hefestión, hijo de Amintor,
avance hacia el Indo, 140, 145
culto como héroe, 193, 326, 337
en Pátala, 163-164,
exequias, 116, 193
hiparquía, 323
mando de la caballería, 121, 316
mandos separados, 136, 154, 162, 167, 180, 182, 186, 324-325
matrimonio persa, 184
muerte, 192
papel en el caso Filotas, 119, 121
quiliarquía, 184, 324
- Hegéloco, hijo de Hipóstrato, 60, 119, 225
- Hegemón, político ateniense, 238-239, 248
- Hegesias, de Magnesia, 80
- Hegesias, «tirano» de Éfeso, 301
- Helesponto, 39, 42, 45-46, 60, 87, 164, 201, 205, 229, 303, 306, 308-309, 311, 316
acciones de Alejandro, 42-44, 267
- Heliópolis, 81
- Hemo, monte, 31
- Heraclea Póntica, 259, 262, 328
- Heracles,
antepasado de Alejandro, 22-23, 33, 285, 330

- apoteosis, 333, 340
- emulación de Alejandro, 42, 82, 140, 144-145, 335
- identificación con Melkart, 75
- paternidad dual, 331-332
- Heracles, hijo de Alejandro, 74
- Heracrides, de Salamina, 241
- Heracón, comandante en Media, 173, 281
- Hereo, «tirano» de Éreso, 223
- Hermias, de Atameo, 295
- Hermolao, hijo de Sopólido, 138
- Hermón, «tirano» de Éreso, 223
- Herómeno, hijo de Aérope, 28
- Hidaspes, río (Jhelum), 146, 148-150, 152-154, 157-158, 170, 278-280, 290, 319, 325
 - batalla del, 148-150, 152
- Hidraotes, río, 153-154, 158-160
- Hierón, de Solos, 180, 200
- Hierón, tirano de Sicilia, 327
- Hifasis, río, 155-158, 160, 164, 188, 279, 324
- hiparquías, unidades de
 - caballería, 315-316, 319-320, 323
- hipaspistas, 77, 79, 94-95, 102, 134, 140, 149
- organización, 303
- relación con los *argyraspides*, 317
- reorganización, 100, 314
- Hipérides, orador ateniense,
 - defensa de Euxenipo, 242
 - incita a Hárpalo, 253
 - papel en el escándalo de Hárpalo, 253, 256
 - postura política, 247
 - sobre el culto a Hefestión, 338
 - supuesto autor de [Dem.] XVII, 225
- Hipóstrato, hermano de Cleopatra, 25
- Hircania, 112, 114-115
- Icaria (Falaika), 198
- ictiófagos, 177
- Ificrates, embajador ateniense, 231
- ilai*, unidades de caballería, 306-307, 314-315
- ile basilike* (Escuadrón Real), 94, 306, 315, 321
- Ilión (Alejandría en la Tróade), 42-43, 160, 194, 294, 296, 330
- ilirios,
 - campana de Alejandro contra ellos, 34-35, 305
 - embajada a Alejandro, 195
 - en el ejército de Alejandro, 35, 310, 312
 - enemigos de Macedonia, 229
- Imbros, isla, 16
- India, indios,
 - administración de Alejandro, 145, 153, 156-157, 161, 278-280
 - en Gaugamela, 89, 96, 98, 140
 - fundación de ciudades, 157, 287-288, 292
 - guarnición, 310
 - invasión de Alejandro, 139, 163
- Indo, río, 140, 145
- Iolao, hijo de Antípatro, 190, 201
- Ipsó, batalla, 206-207, 212
- Isócrates, 13, 20, 328, 334
- Isos,
 - batalla, 14, 63-64, 70, 72, 98, 230, 269, 304-305
 - emplazamiento, 67
- Itome, monte, 15
- Jabal Maqlub, 90, 92
- Janto, en Licia, 56, 268
- Jasón, de Feras, 20
- Jaxartes, río (Sir Daria), 127, 132, 289
- Jenocles, administrador de las finanzas de Atenas, 239
- Jerjes,
 - daños al Esagil, 100

- en el Helesponto, 42-43
- inspira el «afán de venganza», 21, 99, 107-108, 126-227
- Jerónimo, de Cardia, historiador, 351
- sobre el «Decreto de Exiliados», 256-257
- sobre los *argyraspides*, 317
- sobre los planes de Alejandro en la India, 155
- sobre los políticos atenienses, 246
- Jonia, 51-52, 295-296
- Khababash, dinasta egipcio, 38
- Lácrates, general tebano, 16, 20
- Lade, isla, 52, 310
- Lamíaca, Guerra, 179, 237-238, 243, 247-248, 250, 255-256, 264-265, 313, 339, 341-342, 344-345
- Lángaro, rey de los agrianes, 34
- Laódice, madre de Seleuco, 330
- Laomedonte, hijo de Larico, 7
- Lápsaco, 45
- Larisa, 265
- Lemnos, isla, 16
- Leócrates, de Atenas, acusado por Licurgo, 242, 250
- Leónato,
 - en la ciudad de los malios, 203
 - en Orítide, 172, 177, 183, 291
 - imitación de Alejandro, 304
 - mandos separados, 324
- Leónidas, tutor de Alejandro, 24
- Leóstenes, ateniense, comandante de mercenarios,
 - al frente de los mercenarios de Ténaro, 175, 252, 341-342
 - al servicio de Atenas, 254, 263, 344
 - en la Guerra Lamíaca, 247
- Leóstenes, hijo de Leóstenes, general ateniense, 344-345
- Lesbos, 60, 73, 223
- libios, embajada a Alejandro, 195
- Licaonia, 72
- Licia,
 - acciones de Alejandro, 77
 - administración, 268-269, 272
 - operaciones persas, 56-57, 60
- Licidas, 273
- Lico, río, 97
- Licofrón, de Atenas, acusado por Licurgo, 242
- Licurgo, orador ateniense,
 - acciones en el año 335, 226, 228
 - administración de las finanzas, 239, 246
 - como fiscal, 241, 250
 - rechazo al culto a Alejandro, 338
- Lidia, lidios,
 - bajo Alejandro, 50-51, 344-345
 - colonización de Alejandro, 50
 - mercenarios, 173, 200
 - tributos, 267, 282
- Liga Arcadia, 15, 218, 226, 258-260
- Liga de Corinto,
 - bajo Alejandro, 31, 219, 221-225, 257
 - hegemon*, 31, 221
 - institución, 20, 217-218
 - legislación para la guerra en Persia, 50, 113
 - obligaciones militares, 60, 222
 - pertenencia de los griegos de Asia, 299
 - synedrion*, 219-222, 224-225, 228-229, 236, 257
 - tropas con Alejandro en Asia, 113, 229, 311, 318
- Ligino, río, 32
- Lincéstide, cantón de Macedonia, 6, 27, 34
- Lisandro, culto a, 328-329
- Lisímaco, hijo de Agátocles, 51, 205, 207, 287, 293, 296, 324, 337

- Lisipo, de Sición, escultor, 22, 49
 Lito, ciudad de Creta, 231
 Lócride, 18
 lucanos, 195
- Macedonia, macedonios,
 Alta Macedonia, 6-7, 37, 305
 tropas, 32, 303, 306
 asamblea del ejército, 156
 bajo Filipo, 6, 14
 efecto demográfico de las
 campanas de Alejandro, 205-
 206, 312-313
 guardia personal del rey, 322
 instituciones, 7, 89
 población, 10, 39, 303
 recursos, 9-10
- Maceo,
 papel en Gaugamela, 90-93, 96,
 99
 sátrapa de Babilonia, 100, 274,
 285
- Magnesia, del Meandro, 51
 Magnesia, junto al monte Sípilo, 39
 malios, tribu de la India, 158-161,
 182-183, 203, 279
- Malo, ciudad de Cilicia, 66-67,
 143, 298, 330
- Mantineia, 262
- Maracanda (Samarcanda), 127, 129-
 133, 332
- Marato, ciudad fenicia, 74
- Maratón, culto a Heracles, 332
- mardos, de Hircania, 114-115
- mardos, de Pérsida, 108
- Mareotis, lago, 83, 288
- Margiana, lugar de Sogdiana, 290
- Marsias, río, 59
- Masaga, fortaleza india, 143-144
- maságetas, pueblo saca, 135-136
- Mazaces, sátrapa de Egipto, 79, 81
- Meciberna, ciudad de Calcídica, 10
- Meda, esposa de Filipo II, 7
- Medates, sátrapa de Uxiana, 103-104
- Media, 99, 108, 110
- administración bajo Alejandro,
 110-111, 275, 281
 guarnición, 110, 120, 173, 310
- Medio, de Larisa, 13, 201
- medios, 24, 287
- Megalópolis, 15, 229, 234-236,
 238, 260
- Mégara, Megáride, 65, 263
- Megástenes, 158
- Meleagro, hijo de Neoptólemo,
 comandante de la falange, 149,
 204, 314, 323, 325
- Melkart, dios tirio, 75, 77, 86, 330
- melophoroi*, guardia persa, 93
- Melos, 222
- Memnón, de Rodas,
 relación con Artabazo, 39, 74
 campanas en 336/335, 38-39,
 294
 en el Gránico, 44, 47, 63
 en Halicarnaso, 49, 53-56
 en Quíos y Lesbos, 73, 223
 territorios en Tróade, 51
- Memnón, general en Tracia, 233
- Menedemo, comandante de
 mercenarios, 130
- Menes, hijo de Dionisio, oficial en
 Siria, 102, 233, 272, 322
- Menesecmo, político ateniense, 246
- Menfis, 72, 81-83, 85-86, 203,
 225, 273, 311, 331, 340
- Menidas, comandante de caballería,
 94-97, 311
- Menón, hijo de Cerdimnas, en
 Siria, 74, 270-271
- Menón, sátrapa de Aracosia, 112,
 276
- Mentor, de Rodas, 20, 74, 295
- mercenarios al servicio de Persia,
 20, 44, 48, 52, 59-60, 65, 73,
 89, 93, 111, 114, 232
- mercenarios bajo Alejandro,
 caballería, 110, 116, 311
 desmovilización de los ejércitos
 de los sátrapas, 174

- en las nuevas fundaciones, 189
infantería, 94, 103, 113, 307,
310-311, 318
mercenarios bajo Filipo, 9
mercenarios en Egipto, 273
Mesenia, mesenios, 15-16, 217,
230, 235
Metimna, ciudad de Lesbos, 60
Metone, 17
Mícale, monte, 52-53, 264, 322
Mícalo, de Clazómenas, 198
Mieza, en Macedonia, 24-25
Mílasa, 301
Milciades, aristócrata ateniense, 241
Mileto,
oráculo para Alejandro, 337
sitio en el año 334, 52-53, 60,
87, 293, 311
tomada de nuevo por los persas,
60, 301
Milíade, región de Licia, 56
Mindo, 54
Minión, de Yaso, 296
Miriandro, 285
Mitilene, 60-61
Mitrene, comandante de Sardes, 50
Moerocles, político ateniense, 255
monzón, 154, 164, 167-168, 171
Muhamad Ben Qasim,
conquistador árabe, 169
Musícano, príncipe indio, 161-162,
349

Nabarzanes, quiliarco persa, 109,
111-112, 114-115, 122
Nauloco, 296-297
Nautaca, ciudad de Sogdiana, 136,
190
Nearco, hijo de Andrótimo,
comandante de la flota del Indo,
158
comandante de la flota oceánica,
164, 172
durante el reinado de Filipo, 6,
25
en Orítide, 167-168
matrimonio persa, 184
sátrapa de Licia-Panfilia, 58, 269
viaje a Susa, 178, 183
escritos, 349; sobre Alejandro en
Gadrosia, 169, 171; sobre la
«civilización» de los coseos,
194; sobre la identificación
Indo-Nilo, 153; sobre sus
experiencias, 163, 176-177
Nearco, quiliarco de los hipaspistas,
325
Neoptólemo, comandante
hipaspista, 121
Neoptólemo, hijo de Aquiles, 43,
330
Nicanor, de Estagira, 251, 253,
256-259
Nicanor, hijo de Parmenión, 116,
322
Nicanor, sátrapa en la India, 145,
278-279
Nicea, fundada por Alejandro, 148,
152, 154, 157, 290
Nicerato, aristócrata ateniense, 245
Nicesípolis, esposa de Filipo II, 7
Nicias, administrador financiero en
Lidia, 282
Nicocles, de Pafos, 285
Nidin-Bel, insurgente babilonio, 38
Nisa, ciudad de la India, 141
Nisea, llanura, 192, 194, 206
Nísibis, 91

odrisios, pueblo de Tracia, 13, 195,
207
Oesco, río (Iskur), 31
Ofelas, general de Ptolomeo I, 341,
343
Olimpia, 196, 257
Olimpiade, madre de Alejandro,
acciones en el año 317, 229
hostilidad hacia Antípatro, 190
linaje de Éaco, 22
mata a Cleopatra, 30

- pide la rendición de Hárpalo, 252
relaciones con Filipo, 6, 25,
330-331
Olímpicos, Juegos, 253, 256
Olinto, 7-10
Onesícrito de Astipalea,
comandante de timoneles de
Alejandro, 157, 183
obra, 348
sobre el envenenamiento de
Alejandro, 201
sobre el reino de Musícano, 161
Onquesto, 35
Opis, 187, 191, 257, 321, 332
Ora, ciudad de la India, 16
Orcómeno, 16
Oréstide, cantón de Macedonia, 6
Orítide, oritas (Las Bela),
campaña de Leónato, 140, 172,
177
medidas de Alejandro, 167, 306
Orontóbates, sátrapa de Caria, 54
Oropo, 19, 244-245, 344
Orxines, noble persa, 180-181,
183, 280
Oserapis (Osiris-Apis), 81, 203
Oxatres, hijo de Abulites, 280
Oxiartes, noble de Bactria, 137,
183, 277
Oxiatres, hermano de Darío, 116,
184
Oxicano, príncipe indio, 161
Oxidates, sátrapa de Media, 275
oxídracos, tribu de la India, 158,
161
Oxo, río, 125, 127, 131
Paflagonia, 62, 72, 270
Pajes, 7, 138-139
Palácopas, canal de Babilonia, 200
Pámenes, general tebano, 16
Panfilia, 58, 269, 272, 298, 336
Pangeo, monte, 8, 42
Parapamisada, satrapía, 123, 140,
145, 278-279, 281, 319
Paretacene, en Irán, 110
Paretonio, 83
Parientes del Rey (escuadrón de
persas), 93
Parmenión, hijo de Filotas,
acciones en 336/335, 39-40, 51,
293
al mando de una fuerza
expedicionaria, 28
asesinato, 117, 281
bajo Filipo, 9
camino de Pérside, 105, 108
campanas en Frigia, 56, 59
con las tropas aliadas, 309, 311
consejo a Alejandro antes de la
expedición, 48
divergencias con Alejandro, 46,
89, 108, 113
en Damasco, 73
en el interior de Siria, 75, 271
en Gaugamela, 93-98
en la campaña de Isos, 63, 67,
71
en Media, 110, 116, 173, 275
mando del ejército, 322-323
ocupa Dascilio, 173
relación con Átalo, 30
Partia, partienos,
dominación de Alejandro, 115,
276, 310
en Gaugamela, 90, 93, 98
rebelión, 136
Pasargada, 180-181
Pasitigris, río, 180, 183
Pátala, Patalene,
ciudad y región del sur de la
India, 157, 162-164, 166-
167, 182, 279, 291
Pataliputra, capital india, 155
Patrón, comandante de
mercenarios, 90
Pausanias, asesino de Filipo II, 26-
27
Pelene, 225, 234
Pelina, 35

- Pelio, fortaleza macedonia, 34-35
 Pelusio, 72, 80-81, 273
 Peonia, peonios,
 bajo Filipo, 10, 14
 en el ejército de Alejandro, 94,
 306, 311, 318
 Perdicas, hijo de Orontas,
 anula los «últimos planes», 193,
 207, 332
 avance hacia el Indo, 140, 145
 comandante de batallón, 54, 322
 como regente, 72, 204, 248,
 268, 301, 322
 en el caso Filotas, 121
 hiparquía, 323
 mando en la India, 161, 324
 matrimonio persa, 184
 Perdicas III, de Macedonia, 24, 27,
 34
 Perge, 58
 Perinto, 21
 Persas, Puertas, 105
 Perseo, 330
 Persépolis, 105, 107-109, 182, 282-
 283, 286, 333
 Persia, persas,
 control de la India, 139
 división de administración, 267
 grado de integración con
 Macedonia, 183
 reservas financieras, 102, 107, 282
 situación en el siglo IV, 20-22
 Pérside, satrapía,
 administración bajo Alejandro,
 107, 174, 275, 281
 fuerzas de Gaugamela, 94, 96-97
 presencia de Alejandro, 104,
 107, 180-181
 Petisis, nomarca egipcio, 272-273
 Peuce, isla del Danubio, 32
 Peucelótide, región de la India,
 145, 278
 Peucestas, hijo de Alejandro,
 en la ciudad de los malios, 183,
 203
 sátrapa de Pérside, 110, 180-
 181, 200, 275, 281, 320
pezhetairoi (compañeros de a pie),
 303
 Pidna, 17
 Píñaro, río, 69-70
 Píñdaro,
 equipara Amón a Zeus, 332
 sobre lo humano y lo divino,
 327, 333
 Pireo, 243, 252, 344
 Pirro, rey de Epiro, 207
 Pisidia, 56, 58-59
 Pitane, en Eólida, 39
 Piteas, político ateniense, 246, 255
 Pitonice, amante ateniense de
 Hárpalo, 176, 252, 283
 Pitocles, político ateniense, 248
 Pitón, hijo de Agenor, sátrapa del
 sur de la India, 161-162, 279,
 291
 Pitón, hijo de Crateas, guardia
 personal, 323-324
 Pixódaro, dinasta de Caria, 25, 121,
 268-269
 Platea, 48, 99, 227, 244
 Polemócrates, padre de Ceno, 7
 Polemón, hijo de Andrómenes,
 120
 Policlito, de Larisa, idea sobre el
 Caspio, 128
 Polieucto, político ateniense, 228,
 242
 Poliperconte, hijo de Simnias, jefe
 de infantería, 189, 204, 261,
 314, 323
 Poro, primo de Poro, 153-154, 162
 Poro, príncipe indio,
 defensa del Hidaspes, 149-150
 en Sangala, 154-155
 funciones bajo Alejandro, 152-
 153, 157, 278-279, 290
 reino, 146
 su hijo, 150
 Posidón, 42, 164, 332, 336

- Potidea, 17-18
 prasios, tribu de la India, 155
 Príamo, 43-44, 330
 Príapo, ciudad de la Propóntide, 45
 Priene, 296-298
prodromoi (exploradores), 47, 110, 307, 310, 315-316
proskynesis (prosternación), 138, 333-337
 Próteas, sobrino de Clito, 135
 Protesilao, 42-43
 Ptolomeo, comandante en Caria, 56, 267
 Ptolomeo, guardia personal, 322
 Ptolomeo, hijo de Lago (Ptolomeo I Soter), 25, 121, 350
 anexión de Cirenaica, 207, 341
 como fuente segada, 35-36, 130, 160
 elementos autobiográficos, 126
 en la muerte de Clito, 134
 guardia de corps, 121
 linaje divino, 206
 mando bajo Alejandro, 106, 126, 144, 154-155, 315, 324
 régimen en Egipto, 205, 208, 211
 sobre Calístenes, 138
 sobre el paso del Acesines, 154
 sobre la campaña contra los malios, 158
 sobre la carta de Alejandro a Cleómenes, 273
 sobre Sisigambis y los uxios, 103
 sobre Siwa, 83-85
 Ptolomeo, hijo de Seleuco, comandante de batallón, 322
 Ptolomeo II Filadelfo, 209
 Ptolomeo III Evérgetes, 209
 Pumiatón, rey de Citión, 285
 Punjab, hidrografía, 148
 Pura, ciudad de Gadrosia, 170
 Querón, tirano de Pelene, 225
 Queronea, batalla de (338), 11, 19, 24, 217
 Quersoneso, 16, 19, 42
 quinquerrema (*penteres*), 179, 193, 242-243
 Quíos, quíos,
 dominación de Alejandro, 224
 en la guerra del Egeo, 56, 60, 73
 oligarquía respaldada por Filipo, 223
 Racotis, 83, 287
 Raga (Rey), 111
 Rambacia, en Orítide, 167-168, 291
 Resaces, noble persa, 48
 Ridagno, río, 114
 Rodas, 250
 Ródope, montes, 32
 Roxana, hija de Oxiartes, esposa de Alejandro, 137, 185, 204
 Sábaces, sátrapa de Egipto, 72
 Sabictas, sátrapa de Capadocia, 62, 269
 sacas,
 aliados de Beso, 123
 derrota de Alejandro, 131
 en el ejército de Alejandro, 149, 319
 en Gaugamela, 89, 93, 95
 identificación con los escitas europeos, 128
 tratado con Alejandro, 128, 130, 133, 310
 Sagaleso, toma de, 59
 Salmácide, ciudadela de Halicarnaso, 54-56
 Salmos, en Carmania, 176
 Samaria, 86, 271
 Sambo, príncipe indio, 161-162
 Samos, samios,
 cleruquía de Atenas, 16, 53-54, 263, 339
 regreso frustrado de los exiliados, 264-265
 restitución por Alejandro, 250, 256-257

- Sanballat III, dinasta palestino, 271
 Sangala, ciudad de la India, 154-155
 Sangeo, notable indio, 278
 Sardes, 50-51, 56, 226, 267, 270, 282, 301, 309
sarisa, pica macedonia, 47, 304-305, 307, 317
sarisophoroi, 307, 315
 Satibarzanes, noble persa,
 apoyo a Beso, 116-117, 122, 288, 311
 confirmado en Aria, 115, 276
 regicida, 112
 Seleuco, hijo de Antíoco (Seleuco I Nicátor),
 hijo de Apolo, 206, 330
 matrimonio persa, 184
 régimen, 205, 207, 211-212
 Selge, 59
 Semíramis, 82, 140, 168, 171
 Sesto, 42
 Seutes, rey odrisio, 13, 195, 207
 Side, 58, 298
 Sidón, sidonios,
 bajo Persia, 20, 23
 dominación de Alejandro, 66, 279
 en el sitio de Tiro, 77, 79, 87
 monedas, 285
 Sifnos, 60, 72, 231
 Sigeo, 301
 Silio, en Panfilia, 58
 Simias, hijo de Andrómenes, 120
simposia, 133, 192, 202
 Sindimana, capital india, 162
 Sirfax, oligarca efesio, 294
 Siria, sirios,
 acciones de Alejandro, 74
 en Gaugamela, 89, 93
 medidas administrativas, 270-272
 Sirmo, rey tribalo, 33
 Sisicoto, notable indio, 139, 278
 Sisigambis, madre de Darío III, 73, 95, 103
 Sisimetres, magnate sogdiano, 136-137
 Sisines, agente persa, 57
 Sitacenes, provincia de Babilonia, 102
 Sitalces, noble tracio,
 ejecución, 173, 281
 mando, 14-15, 310
 Siwa, 78, 82-86, 201, 330-331, 336-337
 Socos, en la llanura de Amik, 66-67
 Sogdiana, sogdianos,
 dominación de Alejandro, 136, 277
 en el ejército de Alejandro, 319
 en Gaugamela, 89
 fundaciones, 128, 132-133, 289
 revuelta, 128, 131-132, 135
 Solos, en Cilicia, 66, 77, 86, 298-299
 Sunio, 251, 263
 Susa, 57, 73, 100, 102-103, 107, 168, 172, 178, 182-183, 185-186, 194-195, 210-211, 233, 251, 275, 281-283, 286, 320
 Susia (Tus), 115
syntaxis, 297, 299
 Tais, amante ateniense de Ptolomeo, 108
 Tanais, río, confundido con el Jaxartes, 127-128
 Tápsaco, 66, 72, 91, 198
 Tapuria, tapurios, 114-115, 200
 Tara, población de Partia, 112
 Tarso, 63, 66, 251, 283, 285-286
 taulancios, tribu iliria, 34
 Taurisco, 65
taxeis (batallones de la falange), 303-304, 308, 314, 322, 325
 Taxila, 139, 146, 148, 278
 Taxiles (Onfis), príncipe indio, 148, 153, 157, 278-279, 291
 Tebaida, en Egipto, 83

- Tebas, tebanos,
 acuerdo en el año 388, 19-20
 antes de Filipo, 16
 contactos con Persia, 230
 destrucción, 37, 227, 261, 293
 en el año 336, 218
 revuelta contra Alejandro, 35-
 36, 226, 260
- Tegea, tegeos, 234, 260, 262,
 265
- Telmiso, 56
- Tempe, 31
- Ténaro, 175, 231, 252-254, 341-
 345
- Ténédos, 60, 73, 243
- Teopompo, de Quíos,
 ataque contra Hárpalos, 176, 283
- Teres, rey tracio, 13
- Termeso, en Pisidia, 58
- Terón, tirano de Sicilia, 327
- Tesalia, tesalios,
 bajo Filipo, 7, 12, 14
 caballería, 12, 21, 70-71, 94, 98,
 116, 309, 318
 en la Guerra Lamíaca, 265
 reconocimiento de Alejandro,
 31, 219
- Tésalo, actor, 86
- Tespías, 16, 109
- tetracoritas, tribu de Tracia, 31
- tetrarquía, unidad de caballería,
 316
- Tiana, 62
- Tibrón, lugarteniente de Hárpalos,
 83, 229, 253, 341-343
- Tigris, río, 90-91, 99, 186-187,
 291
- Tilo (Bahrein), 198-199
- Timbrara, batalla, 91
- Timeo, de Tauromenio, ataque a
 Calístenes, 336
- Timocles, poeta cómico ateniense,
 255
- Timondas, hijo de Mentor, 61
- Tinfea, cantón de Macedonia, 6
- Tiriaspes, sátrapa de Parapamísada,
 281
- Tirídates, tesorero de Persépolis,
 106
- Tiro, tirios,
 nueva fundación, 79, 271, 287
 sitio de Alejandro en el año 332,
 75-76, 79, 321, 330
 visita de Alejandro en el año
 331, 86-87, 91
- Tlepólemo, sátrapa de Carmania,
 281
- Torone, 10
- Tracia, tracios,
 bajo Filipo, 13, 18
 en el ejército de Alejandro, 94,
 116, 280, 307, 310, 312
 relaciones con Alejandro, 31,
 195
 revueltas, 195, 233
- Trajano, emperador romano, 91,
 212
- Trales, 51
- Trasíbulo, comandante ateniense,
 55
- Trasideo, de Farsalia, 13, 265
- Trecén, 256
- tribalos,
 campana de Alejandro contra
 ellos, 31-34, 226
 en el ejército de Alejandro, 34,
 310
- Trica, en Tesalia, 12, 35
- Trípoli,
 en Fenicia, 72
- Troya, Tróade, 42-43, 50-51
- Tudipo, político ateniense, 248
- últimos planes de Alejandro, 193,
 207, 332
- Urano, adorado en Arabia, 199
- uxios, tribu de Zagros, 103-104,
 194, 284
- Yaso, 54, 296, 332

- Zadracarta, capital de Hircania,
114-115
- Zelea, 44, 50, 294
- Zeravshan, río,
 campaña de Alejandro, 130-131
- Zeus,
 asimilación de Alejandro, 23,
 135
- en Gordio, 62
- padre putativo de Alejandro, 82,
 85, 93, 326, 330-331
- sacrificios, 33, 37, 109
- templo en Sardes, 51
- Zeus Filipo, 223, 329
- Zopirión, general en Tracia, 195